

Ramos, Gerardo Daniel

Trilogía “Teología del cambio de época”

Volumen 3: Lectio pastoral y epílogo

Credo Ediciones, 2013

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Ramos, Gerardo D. Trilogía “Teología del cambio de época” : lectio pastoral y epílogo [en línea]. Vol. 3. Saarbrücken : Credo Ediciones , 2013. Disponible en <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/libros/trilogia-teologia-cambio-epoca-3.pdf> [Fecha de consulta:...]

Gerardo Daniel Ramos

**Trilogía "Teología del cambio de época"
(Vol.III)**

Lectio pastoral y epílogo

CREDO EDICIONES

Impressum / Aviso legal

Bibliografische Information der Deutschen Nationalbibliothek: Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

Alle in diesem Buch genannten Marken und Produktnamen unterliegen warenzeichen-, marken- oder patentrechtlichem Schutz bzw. sind Warenzeichen oder eingetragene Warenzeichen der jeweiligen Inhaber. Die Wiedergabe von Marken, Produktnamen, Gebrauchsnamen, Handelsnamen, Warenbezeichnungen u.s.w. in diesem Werk berechtigt auch ohne besondere Kennzeichnung nicht zu der Annahme, dass solche Namen im Sinne der Warenzeichen- und Markenschutzgesetzgebung als frei zu betrachten wären und daher von jedermann benutzt werden dürften.

Información bibliográfica de la Deutsche Nationalbibliothek: La Deutsche Nationalbibliothek clasifica esta publicación en la Deutsche Nationalbibliografie; los datos bibliográficos detallados están disponibles en internet en <http://dnb.d-nb.de>.

Todos los nombres de marcas y nombres de productos mencionados en este libro están sujetos a la protección de marca comercial, marca registrada o patentes y son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de sus respectivos propietarios. La reproducción en esta obra de nombres de marcas, nombres de productos, nombres comunes, nombres comerciales, descripciones de productos, etc., incluso sin una indicación particular, de ninguna manera debe interpretarse como que estos nombres pueden ser considerados sin limitaciones en materia de marcas y legislación de protección de marcas y, por lo tanto, ser utilizados por cualquier persona.

Coverbild / Imagen de portada: www.ingimage.com

Verlag / Editorial:

CREDO EDICIONES

ist ein Imprint der / es una marca de

AV Akademikerverlag GmbH & Co. KG

Heinrich-Böcking-Str. 6-8, 66121 Saarbrücken, Deutschland / Alemania

Email / Correo Electrónico: info@credo-ediciones.com

Herstellung: siehe letzte Seite /

Publicado en: consulte la última página

ISBN: 978-3-639-52020-0

Copyright / Propiedad literaria © 2013 AV Akademikerverlag GmbH & Co. KG

Alle Rechte vorbehalten. / Todos los derechos reservados. Saarbrücken 2013

Gerardo Daniel Ramos scj

TRILOGÍA

Teología del cambio de época: *Polícroma, transdisciplinar-sapiencial, con impostación pastoral, desde Argentina*

**(Investigación posdoctoral independiente, en diálogo con
variadas instancias académicas, culturales y pastorales)**

VOLUMEN 3: LECTIO PASTORAL Y EPÍLOGO

3.1. *Lectio* pastoral y sabiduría creyente

Epílogo: Peregrinando al Santuario

Buenos Aires, 2013

Índice

Índice	3
Presentación de la Trilogía	7
¿Qué es y qué contiene la Trilogía? ¿Cómo se fue gestando y cómo se difunde? ¿En qué radica su originalidad? ¿Cómo se sitúa en el marco de la Nueva Evangelización para la transmisión de la Fe?	
Sinopsis de la Trilogía	16

LIBRO V

Lectio pastoral y sabiduría creyente	21
Introducción	21
I. La promesa del Adviento	25
Primera Semana. Segunda Semana. Tercera Semana. Cuarta Semana.	
II. El Dios-con-nosotros en Navidad	45
Nochebuena y Navidad. Sagrada Familia. María Madre de Dios. Epifanía del Señor. Bautismo del Señor.	
III. La conversión cuaresmal del corazón	59
Miércoles de Ceniza. Primera Semana. Segunda Semana. Tercera Semana. Cuarta Semana. Quinta Semana. Solemnidad de San José. Solemnidad de la Anunciación del Señor.	

IV. Camino hacia la Pascua: la Semana Santa	121
Domingo de Ramos. Sinopsis de Semana Santa.	
V. Resurrección y vida nueva: el tiempo Pascual	133
Vigilia y Octava de Pascua. Segunda Semana. Tercera Semana. Cuarta Semana. Quinta Semana. Sexta Semana. Séptima Semana. Ascensión del Señor. Pentecostés.	
VI. Solemnidades y Fiestas del Tiempo Ordinario	195
Santísima Trinidad. Cuerpo y Sangre de Cristo. Sagrado Corazón de Jesús. Nuestra Señora de Luján. Nacimiento de San Juan Bautista. Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Transfiguración del Señor. Asunción de la Virgen María. Exaltación de la Santa Cruz. Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael. Solemnidad de la Inmaculada Concepción.	
VII. Consagrar la vida cotidiana: el tiempo durante el año	219
Primera Semana. Segunda Semana. Tercera Semana. Cuarta Semana. Quinta Semana. Sexta Semana. Séptima Semana. Octava Semana. Novena Semana. Décima Semana. Undécima Semana. Décimo Segunda Semana. Décimo Tercera Semana. Décimo Cuarta Semana. Décimo Quinta Semana. Décimo Sexta Semana. Décimo Séptima Semana. Décimo Octava Semana. Décimo Novena Semana. Vigésima Semana. Vigésimo Primera Semana. Vigésimo Segunda Semana. Vigésimo Tercera Semana. Vigésimo Cuarta Semana. Vigésimo Quinta Semana. Vigésimo Sexta Semana. Vigésimo Séptima Semana. Vigésimo Octava Semana. Vigésimo Novena Semana. Trigésima Semana. Trigésimo Primera Semana. Trigésimo Segunda Semana. Trigésimo Tercera Semana. Trigésimo Cuarta Semana. Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo.	

EPÍLOGO

Peregrinando al Santuario 421

Prólogo (Card. Jorge M. Bergoglio sj) 421

Introducción 423

 Mi experiencia del Santuario. El propósito de este Epílogo

I. Peregrinos 429

 Llegar como peregrinos. Jesús y la mujer samaritana. La verdadera adoración. La conversión de los discípulos misioneros.

II. FE: “El peregrino vive la experiencia de un misterio que lo supera” (DA 260) 441

 La decisión de peregrinar. Matices y evolución histórica. Pedagogía icónica de la peregrinación y el santuario. Una vida nueva en gratuidad.

III. ESPERANZA: “La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios” (DA 259) 453

 Un canto de esperanza. Transformación del imaginario simbólico. Don de lo alto y tarea propia. Releer y esperar nuestra vida.

IV. CARIDAD: “La llegada es un encuentro de amor” (DA 259) 467

 Transformación afectiva y moral. Silencio orante y contemplativo. Sacramentos y sacramentales de y en la Iglesia. Bautismo, eucaristía, reconciliación, unción, matrimonio. Conversión moral y compromiso social.

Bibliografía 481

APÉNDICE A: Recapitulación analítica de los tres volúmenes de la Trilogía 485

1. Volumen I: Historia y contextos 485

Libro I: Historia y perspectivas de las ideas teológicas. Libro II:
La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural

2. Volumen II: Imaginarios y evangelización 493

Libro III: El imaginario de los cristianos en contexto cultural argentino. Libro IV: La pastoral de la Iglesia en el actual contexto argentino

3. Volumen III: Lectio pastoral y epílogo 498

Libro V: Lectio pastoral y sabiduría creyente. Epílogo:
Peregrinando al Santuario.

APÉNDICE B: Fichas para una lectura guiada de la Trilogía 513

1. Volumen I: HISTORIA Y CONTEXTOS 514

2. Volumen II: IMAGINARIOS Y EVANGELIZACIÓN 538

3. Volumen III: LECTIO PASTORAL Y EPÍLOGO 572

Presentación de la Trilogía

“Los cambios sociales, culturales, económicos, políticos y religiosos nos llaman a algo nuevo: a vivir de un modo renovado nuestra experiencia comunitaria de fe y el anuncio, mediante una evangelización ‘nueva en su ardor, en sus métodos, en sus expresiones’ (Juan Pablo II)” (XIIIº Sínodo de los Obispos, Mensaje al Pueblo de Dios, 2).

Voy a presentar mi Trilogía, con su correspondiente curso virtual gratuito, respondiendo a cuatro preguntas fundamentales: 1) ¿Qué es y qué contiene la Trilogía? 2) ¿Cómo se fue gestando y cómo se difundió? 3) ¿En qué radica su originalidad? 4) ¿Cómo se sitúa en el marco de la Nueva Evangelización para la transmisión de la Fe?

¿Qué es y qué contiene la Trilogía?

Se trata de un trabajo sistemático de reflexión teológica inculturada en el cambio de época. Más en concreto, se caracteriza por ser policroma, transdisciplinar-sapiencial, con impostación pastoral, desde Argentina. Salvando distancias, procura ser en este contexto y con estas características, una especie de Suma Teológica en permanente construcción interactiva, sin afiliación institucional explícita, y en diálogo con diferentes instancias académicas, culturales y pastorales.

La Trilogía tuvo una versión impresa remotamente predecesora publicada en tres volúmenes por Ed. San Benito (entre 2009-2010),

y la actual, significativamente revisada y ampliada, posee contenidos prácticamente idénticos a los que hoy son accesibles en formato virtual. A modo de fotografía de su presente, pero nunca en versión definitiva: ¡porque ninguna expresión de la fe es definitiva, si por esto se entendiera que ya no pudiese ser dicha de un modo mejor y más conveniente!

¿Cómo se fue gestando y cómo se difundió?

La construcción de la Trilogía en su versión actual me demandó unos 15 años de laborioso trabajo, si considero que inicialmente se apoyó en el núcleo cultura-inculturación de mi tesis doctoral (1998). A partir de allí fui escribiendo muchos artículos en referencia a temáticas, lecturas y experiencias humanas, eclesiales y pastorales que me “afectaron”. O sea, cuestiones decididamente significativas, según mi modo subjetivo-objetivo de percibir e interpretar teológico-pastoralmente la vida y el mundo desde la fe.

Estos artículos se fueron publicando tanto en revistas especializadas (principalmente: *Teología*, *Stromata* y *Proyecto* [Buenos Aires], *Theologica Xaveriana* [Bogotá], *Vidyadyoti* [New Delhi]) como de divulgación (principalmente: *Vida pastoral*, *Didascalia* y *Criterio* [Argentina], *Vida religiosa* [Madrid]). Oportunamente dieron lugar a una generación intermedia de 9 libros-ensayos que publiqué entre 2005-2006, principalmente por Ed. Guadalupe, pero también uno por Ed. San Benito. Todos estos contratos fueron oportunamente rescindidos, y lo más significativo de lo consignado en esas obras fue en gran parte integrado en la

primera y referida versión impresa (y provisoria) de la Trilogía 2009-2010. Desde entonces trabajo en lo que hoy es versión 2012.

A partir de julio de 2011, y en versión predecesora, la Trilogía aparece en formato virtual on-line, en el blog www.teologiayculturadesdeargentina.blogspot.com, que en estos precisos momentos supera los 30.500 ingresos. Allí ofrecí los contenidos en un curso virtual gratuito semestral (2º semestre 2011), y luego, en 2012 y con los archivos una vez más revisados y progresivamente enriquecidos, el curso virtual gratuito anual, cuyas fichas completas se reúnen en el último archivo PDF disponible a la derecha del blog.

El curso virtual, que sigue posteado para quienes quieran iniciarlo, fue animado con oportunos post temáticos desde *Blogger*. A su vez, el acceso a este blog fue facilitado, y los ítems a considerar más detallada y didácticamente propuestos por medio de *Facebook*: (gerardodaniel.ramos, que superó los 3.600 amigos), donde podrían rastrearse retrospectivamente los pasos dados. Finalmente, y de un modo más discreto y parcial, también *Twitter* cumplió su papel (@gerardodramos).

También me resultó útil el recurso al correo electrónico, desde dos casillas diferentes, algunas páginas Web que fueron enlazando mi blog (por el número de ingresos, agradezco principalmente a www.pregoncristiano.com y www.parroquiaemigrantes.blogspot.com.ar), y oportunos envíos desde *mailings* institucionales: principalmente, y en reiteradas oportunidades, el del Instituto de Cultura Universitaria UCA; pero también el de la Facultad de Psicología UCA, la Sociedad Argentina de Teología, la Agencia Informativa Católica Argentina (AICA), la

Pastoral de Santuarios CEA, el Vicariato Río de la Plata (Betharram) y la Facultad de Teología UCA.

Sin embargo, el modo más efectivo de difusión terminó siendo, como siempre, el “boca a boca”, el “compartir” de FB, o el “reenvío” de correos electrónicos. Al respecto, tuve muchos *feedbacks* alentadores.

¿En qué radica su originalidad?

Por lo que sé, la Trilogía “Teología del cambio de época” es la primera obra sistemática de teología, complexiva e inculturada, dada a luz en nuestro medio. Cada uno de sus 5 libros y el mismo Epílogo son en sí mismos originales, y casi todos ellos tienen ya varias ediciones. El detalle de todo esto puede observarse en el PDF “Sinopsis de la Trilogía”. En cuanto al curso virtual, es presentado como un apasionante *viaje* contextualizado, entre asombroso, turístico y novelado, que de la mano de la fe, con el paso del tiempo y el transcurso de la vida, va deviniendo serena, gozosa y progresiva *peregrinación* hacia el Santuario definitivo de Dios.

1) *Historia y perspectivas de las ideas teológicas* hace un itinerario que rastrea la evolución del pensamiento teológico, particularmente en el contexto de la historia de la Iglesia y el pensamiento prevalentemente occidental. Pero sus últimos tres capítulos se abocan explícitamente a una teología sistemática desde Argentina. Por ejemplo, el capítulo IX (último del libro) es una versión del artículo publicado recientemente en la revista Teología

109 (2012), y se titula: “Contribución argentina reciente para una teología del cambio de época”.

2) *La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural* recorre contextos socio-culturales y epistemológicos, a partir de la convicción hermenéutico-pascual de que lo que parecía “no ser sino” en realidad acaba siendo “no sólo eso”. El diálogo se abre casi naturalmente a las ciencias sociales, la antropología cultural y las ciencias duras. El icono bíblico de referencia, inspirador en cierto modo para toda la Trilogía y también utilizado de modo paradigmático en el reciente *Sínodo de la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana* (ej., *Mensaje al Pueblo de Dios*, 1), es el pasaje de Jesús y la mujer samaritana (*Jn* 4,1-42). Allí, Jesús Esposo, Palabra hecha carne, conversará con una extranjera que personifica a un pueblo idólatra, en el desierto y al mediodía: como Yahveh lo haría con su Esposa infiel hablándole al corazón (*Os* 2,16); o también como un hombre dialogaría con su mujer en casa, haciendo del mundo morada de Dios.

3) *El imaginario de los cristianos en contexto cultural argentino* despliega la propuesta de “hacer teología de otra manera”: a partir del itinerario psico-espiritual de las personas en las variadas instancias de la vida, y del diálogo creativo con el cine, la música, la literatura y el teatro musical. Permitiendo que arte, psicología y mística entren en diálogo fecundo e innovador, la propuesta vertebradora de este libro es el desafío de ir pasando de un imaginario prevalentemente regresivo a otro progresivo: del ídolo al icono, de lo “mítico” a lo “místico”. De interpretaciones que cierran la mente y asfixian la vida a otras que abren horizontes teologales y dan vida gratuita en abundancia.

4) *La pastoral de la Iglesia en el actual contexto argentino* es el primer manual de teología pastoral inculturada escrito en nuestro medio. Tiene una versión predecesora de 2006. Ha sido significativamente enriquecido, entre otras cosas, con un Apéndice sobre “la vida consagrada y el cambio de época”, aplicable en realidad a otras muchas instancias institucionales de la Iglesia Católica, invitada por el Espíritu en nuestro tiempo a posicionarse y autocomprenderse desde un perfil más místico, pneumatológico y mariano (desde la circularidad concéntrica que sugiere LG I: Iglesia Misterio y LG VIII: María figura, con un punto de inflexión en LG V: Santidad).

5) *Lectio pastoral y sabiduría creyente* es una original propuesta de *lectio divina* con impostación pastoral, que va recorriendo el año litúrgico en sus tres ciclos dominicales (más extensamente) y dos feriales (más brevemente), pero sin intención de agotar todos los textos. Su finalidad es la internalización del camino teologal (escucha, celebración, vida) por parte del creyente que accedió a la fe (Libro I), procura reflexionarla contextualizadamente (Libro II), desde un imaginario psico-espiritual concreto (Libro III), en el marco de la vida pastoral de la Iglesia (Libro IV).

6) El *Epílogo* lleva por título *Peregrinando al Santuario*, y recoge lo más significativo de toda la Trilogía, planteando la vida del creyente como una peregrinación teologal al Santuario definitivo de Dios. Junto a la Sinopsis general de la Trilogía, ofrece una visión de conjunto de la obra, dado que en él convergen múltiples enfoques interdisciplinares: humanos, espirituales y pastorales.

¿Cómo se sitúa en el marco de la Nueva Evangelización para la transmisión de la Fe?

Como evento pastoral, la Trilogía se inserta decididamente en el marco de una Evangelización “nueva en sus métodos, en su ardor y expresiones” (Juan Pablo II), a la que nos invita el reciente Sínodo de los Obispos.

1) *Método*: cuando “muchas puertas se cierran” (J. Bergoglio, con motivo del inicio del Año de la Fe), y por delicadeza no detallo aquí cuáles fueron esas puertas que se cerraron, “se abre un espacio interior” (Carmelitas de Caucete). Pero también un espacio virtual, que hoy ofrece a un mundo lleno de cerrojos uno de sus mejores espacios de apertura, participación y democracia. El mensaje de salvación, el Evangelio de Jesucristo, no puede ser maniatado por mezquinos intereses institucionales o lógicas de mero cálculo humano: la verdad que libera y da vida tiene que resonar hasta los confines del mundo. “Abran de par en par las puertas al Redentor” (Juan Pablo II).

En este sentido, es pertinente un curso de “teología para todos” que procure en primer lugar ser eficaz al momento de anunciar a Cristo, y que solo en segundo lugar ofrezca posibilidades de rédito comercial o institucional a quienes puedan y quieran capitalizarlo de este modo, que de por sí no es malo, y por el contrario, resulta incluso legítimo, siempre cuando no se haga de los fines medios y de los medios fines.

2) *Ardor*: se vincula con el apasionamiento, que hoy es prudente diversificar, pero sin que merme, en última instancia, la pasión evangelizadora. Cristo es “luz del mundo”, pero cuidado con

darlo a conocer como desapasionada “lámpara bajo consumo” o iluminación *Led*, siempre condicionado por el afán de una economía de esfuerzo en los evangelizadores, o lleno de prejuicios y reparos socio-político-culturales, al mejor estilo del “*pensiero debole*” (G. Vattimo). “Mansos como palomas, astutos como serpientes”: fuertes como el oso, ingeniosos como un tero. Hoy la evangelización requiere creatividad y constancia, decisión y valentía.

3) *Expresión*: una especie de Suma teológica inculturada en el cambio de época, en formato virtual y animada desde las TIC’s aún no existía. Esta expresión es inédita, no solo en nuestro medio, sino al menos en lengua castellana. Y como todo lo que el Espíritu sugiere, lo será por vez única. Luego habrá otras cosas, incluso mejores, pero no ya lo mismo “clonado”. En tiempos del “copiar y pegar”, el Señor es un artista que hace “nuevas todas las cosas”. Hoy estamos saturados con muchas cosas que son “más de lo mismo”, y sólo el laborioso silencio contemplativo desde alguna periferia exterior-interior posibilita el advenio de algo nuevo: el extrañamiento sugerido por el “hágase en mí” (*Lc 1,38*).

El curso virtual, con la Trilogía que lo sustenta y posibilita, se convirtió –parafraseando a O. González de Cardedal– en excelente púlpito (Templo) y cátedra abierta (Academia) en la aldea global (Plaza pública), desde la convicción fundamental de que, porque la Palabra se hizo carne, el mundo es morada de Dios (Santuario trinitario). Y que por esto mismo, cualquier cosa que inicialmente pareciese “no haber sido sino”, en realidad “no fue solo eso”.

Éste fue el modo en que procuré ir expresando, una y otra vez, el *Kerygma* pascual, remitiendo al que nos hace transitar del agua de pozo al manantial de vida eterna (*Jn 4*), del profeta fracasado de Nazaret al Mesías resucitado y glorioso (*Lc 24*). Desde allí procuré

recoger lo que hoy es más significativo considerar al momento de buscar conservar y transmitir la fe en nuestro medio: no todas las cosas (¡nunca fui cachivachero!), sino las verdaderamente valiosas y vitales, bellas, elocuentes y significativas (¡poco y bueno!).

“La obra de la nueva evangelización consiste en proponer de nuevo al corazón y a la mente, no pocas veces distraídos y confusos, de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y, sobre todo a nosotros mismos, la belleza y la novedad perenne del encuentro con Cristo” (XIIIº Sínodo de los Obispos, Mensaje al Pueblo de Dios, 3).

Sinopsis de la Trilogía “TEOLOGÍA DEL CAMBIO DE ÉPOCA”

Título del libro	Descripción	Síntesis articuladora	Contenido teologal-trascendental
1.1) <i>Historia</i> y perspectivas de las ideas teológicas (Vol. 1)	Panorama histórico-evolutivo del pensamiento teológico, en el marco de la historia de la Iglesia y la cultura prevalentemente occidental.	Lo teologal en el tiempo... (<i>HISTORIA</i>)	(I) FE (Mística de la encarnación) <i>Adviento - Navidad</i>
1.2) La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural (Vol. 1)	Fundamentación teológica transdisciplinar para una adecuada vivencia de la fe en contextos, ámbitos y diálogos diversos.	...y ante los desafíos de nuestro presente. (<i>CONTEXTOS</i>)	VERUM – PULCHRUM
2) El <i>imaginario</i> de los cristianos en el contexto cultural argentino (Vol. 2)	La transformación del imaginario simbólico como clave de crecimiento psico-espiritual, en diálogo con expresiones artístico-culturales significativas en Argentina.	Lo teologal implícito en el itinerario vital y en expresiones relevantes de nuestra cultura (<i>IMAGINARIOS</i>)	(II) ESPERANZA (Transformación pascual) <i>Cuaresma - Pascua</i> PULCHRUM – BONUM

Título del libro	Descripción	Síntesis articuladora	Contenido teológico-trascendental
3.1) La <i>pastoral</i> de la Iglesia en el actual contexto argentino (Vol. 2)	Historia y fundamentación, actores y dimensiones, desafíos y propuestas pastorales de relevancia: en nuestro medio y ante el cambio de época.	Lo teológico llamado a manifestarse más explícitamente en el contexto socio-cultural (argentino) a través de la Iglesia (<i>EVANGELIZACIÓN</i>)	(III) CARIDAD (Misión evangelizadora) <i>Tiempo durante el año</i> BONUM
3.2) Lectio pastoral y <i>sabiduría</i> creyente (Vol. 3)	Meditaciones sapienciales a partir de los textos dominicales del año litúrgico y de versículos seleccionados para cada día.	Lo teológico interiorizado en el corazón y vida del creyente. (<i>TRANSFORMACIÓN</i>)	FE – ESPERANZA – CARIDAD (Sabiduría y santidad cristianas) <i>Año litúrgico</i>
Epílogo: <i>Peregrinando al Santuario</i> (Vol. 3)	La vida cristiana como peregrinación al Santuario definitivo de Dios	Lo teológico progresivamente configurante del <i>homo viator</i> . (<i>TRANSFIGURACIÓN</i>)	VERUM – PULCHRUM – BONUM UNUM MÍSTICA

***Polícroma, transdisciplinar-sapiencial, con impostación
pastoral, desde Argentina***

Núcleos significativos	Campos epistemológicos	Observaciones
<p>1.1. Las religiones e Israel. Jesucristo y la plenitud de los tiempos. La Patrística y el Medioevo. La Modernidad y el siglo XX. Ensayo de sistematización teológica del misterio cristiano en los albores del siglo XXI.</p>	<p>Teología fundamental y dogmática, en diálogo con la historia de la Iglesia, la fenomenología religiosa y la filosofía.</p>	<p>Se prioriza la percepción pedagógica y sintética de la evolución histórica por encima del análisis fino y riguroso. Se incluyen referencias a la teología en Argentina. El ensayo sistemático del último capítulo sustenta teológicamente el conjunto de la Trilogía.</p>
<p>1.2. Mística de la encarnación y mística evangelizadora. Cultura e inculturación. Lo teologal en diferentes contextos culturales y ámbitos de la vida social. Una antropología y método adecuados para el diálogo transdisciplinar.</p>	<p>Teología fundamental en diálogo con la filosofía, las Sagradas Escrituras, la antropología (cultural), y algunas expresiones culturales.</p>	<p>El icono bíblico de Jesús y la mujer samaritana es sumamente elocuente (cap. I), como así también resulta original el abordaje concreto de los diferentes contextos culturales (cap. III). Más densas, pero necesarias, las sistematizaciones magisteriales de los cap. II y IV.</p>
<p>2. Hacer teología de otra manera. Una seria consideración y discernimiento de expresiones culturales. La transformación del imaginario simbólico. En las diferentes etapas de la vida, a partir de expresiones culturales relevantes en nuestro medio.</p>	<p>Teología pastoral en diálogo con el arte, la psicología y la mística.</p>	<p>El cap. II, dedicado a teorizar la transformación del imaginario psico-espiritual, se convierte en vertiente hermenéutica de toda la Trilogía. Es desde allí que se "leen" las expresiones culturales, para comprenderlas, discernirlas y resignificarlas. En los capítulos sucesivos se ofrecen ejemplos tomados del cine, teatro musical, ópera, literatura, poesía, música, etc.</p>

Núcleos significativos	Campos epistemológicos	Observaciones
<p>3.1. La pastoral de la Iglesia en el tiempo. Qué es y qué contenidos supone y articula la teología pastoral. Las personas que intervienen en el proceso pastoral. Las dimensiones profética, sacerdotal y real. Los desafíos y propuestas en contexto argentino a partir de <i>NMA</i>. Hacia una pastoral mística en la aldea global.</p>	<p>Teología pastoral en diálogo con la historia de la Iglesia, las ciencias sociales, el arte y la espiritualidad .</p>	<p>Una buena referencia básica al momento de reflexionar sistemáticamente los variados aspectos que hacen a la vida pastoral de la Iglesia (en Argentina). La mayor originalidad se concentra en el cap. IV. El conjunto de la reflexión se inserta en el contexto del cambio de época mediante un apéndice específico sobre la vida consagrada.</p>
<p>3.2. El Adviento y la Navidad asociados a la mística de la encarnación. La Cuaresma y la Pascua vinculadas a la transformación psico-espiritual de la persona y la cultura. El Tiempo durante el año como espacio habitual para el desarrollo de la misión evangelizadora a partir de la cotidianidad.</p>	<p>La espiritualidad bíblica en diálogo con la antropología, la teología pastoral y la filosofía.</p>	<p>Puede leerse al margen del calendario litúrgico, y resulta de interés espiritual-sapiencial, sobre todo a causa de las preguntas finales. Mucho más logrados los comentarios dominicales, si bien no están completos todos los textos. Los diarios, en cambio, giran en torno a un sólo versículo e idea.</p>
<p>Epílogo. Dios inhabita el mundo y cada lugar puede convertirse en santuario: llamados a la santidad de vida a partir del adentramiento teológico cotidiano.</p>	<p>La mística en diálogo con la estética, la moral y la pastoral.</p>	<p>Una síntesis existencialmente integradora de los núcleos más significativos de toda la Trilogía.</p>

LIBRO V

Lectio pastoral y sabiduría creyente

La Palabra celebrada e interiorizada en el año litúrgico

“Dedícate a la lectio de las divinas Escrituras; aplícate a esto con perseverancia. Esfuérzate en la lectio con la intención de creer y de agradecer a Dios” (Orígenes).

“En cierto sentido, la lectura orante, personal y comunitaria, se ha de vivir siempre en relación a la celebración eucarística” (VD 86).

Introducción

Existen muchos comentarios a las lecturas de los domingos¹, y seguramente menos meditaciones en torno al Evangelio de cada día. También abundan las publicaciones sobre *Lectio divina* o lectura orante de la Biblia, y los textos de espiritualidad que ofrecen

¹ Destaco en Argentina los trabajos de L. Rivas, J. L. Gergolet y, más recientemente, M. Bautista.

meditaciones que ayudan a vivir la fe². Pero es más difícil encontrar todas estas perspectivas conjugadas en una sola obra. Y esto es lo que he tratado de hacer en el presente libro, que puede considerarse una recapitulación teológica, y corolario de inspiración bíblica, de mi Trilogía³, en la cual desarrollo una *teología del cambio de época: polícroma, transdisciplinar-sapiencial, con impostación pastoral, desde Argentina*.

A la vez que va siguiendo el ciclo litúrgico, la presente “*Lectio pastoral*” procura anudar variadas temáticas antropológicas, psico-sociales y culturales de nuestro tiempo, según el mismo texto bíblico pueda irlo sugiriendo: en torno a un núcleo sapiencial unificador, de inspiración creyente. De este modo, el lector que buscó entrar en diálogo desde la fe con diferentes vertientes y percepciones del fenómeno cultural (*mística de la encarnación*, vol. I-II), particularmente con significativas expresiones artísticas de nuestro medio capaces de mediar un progresivo itinerario psico-espiritual (*transformación pascual*, vol. III), y habiendo enmarcando todo esto en un contexto socio-histórico-teológico-pastoral (*pastoral cotidiana*, vol. IV), pueda ahora unificarse desde dentro, a partir de la celebración gustada e interiorizada de la Palabra: en *Adviento y Navidad* (vol. I-II); *Cuaresma y Pascua* (vol. III) y durante el *tiempo ordinario* (vol. IV).

² En el modo de comentar la Escritura, reconozco un influjo remoto del Cardenal Carlo M. Martini y otro más cercano de su par argentino Jorge M. Bergoglio, ambos jesuitas. En el plano comunicacional, agradezco el ameno estilo pastoral de A. Álvarez Valdés.

³ La primera versión impresa incluyó: *La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural* (I), San Benito, Buenos Aires 2009; *El imaginario de los cristianos en el contexto cultural argentino. Arte, Psicología y Mística* (II), San Benito, Buenos Aires 2010; *La pastoral de la Iglesia en el actual contexto argentino. Celebrando el Bicentenario 2010-2016* (III), San Benito, Buenos Aires 2010. La presente versión digital incorpora significativas modificaciones, como por ejemplo, la inclusión de *Historia y perspectivas de las ideas teológicas* como primer volumen de la Trilogía, y de esta *Lectio pastoral y sabiduría creyente* como quinto de los ahora cinco tomos que la componen.

En esta perspectiva, la presente *Lectio* pastoral, decantación de dieciséis años ejerciendo el ministerio de la predicación y la docencia catequístico-teológica en variadas formas, induce y propicia un talante místico para la vida cristiana, ya que invita al creyente a unificar su existencia en el aquí y ahora; a sumergirse en la totalidad del misterio a partir de un determinado fragmento de tiempo. Evocando cuestiones afines y pertinentes al texto bíblico, después de numerosos ejercicios de *Lectio*, la gran mayoría de las temáticas significativas para el hombre y la mujer de fe, culturalmente situados, acaban siendo de algún modo abordadas y, en cierto modo, acrisoladas en el núcleo decisivo de su vida teologal.

Estas características de la obra que describo son las que me eximen de tener que “decir algo”, casi forzosamente, de todos los textos litúrgicos: ciclos A, B y C para los domingos, años pares e impares para las ferias, además de solemnidades y fiestas. Dado que según san Ignacio de Loyola “no el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas internamente” (*Ejercicios Espirituales [=EE], 2*), comentaré muchos de los pasajes pero no todos. Al respecto, el criterio que me ha guiado fue el de no escribir por escribir: o dicho en términos positivos, una especie de fidelidad a ultranza a una verdaderamente percibida y “afectada” elocuencia objetivo-subjetiva de la Palabra.

Recorreré este itinerario siguiendo el ritmo propuesto por los tiempos litúrgicos, dando prioridad a los textos dominicales, y deteniéndome brevemente en algunos versículos feriales. Comenzaré por los tiempos fuertes y seguiré por las semanas del tiempo ordinario. En todos los casos propondré algunas preguntas de interiorización, que contribuyan a la internalización reflexiva y

orante del pasaje comentado. Las mismas podrían ayudar también a quien quiera utilizar la presente *Lectio* con fines prevalentemente pastorales: por ejemplo, para armar retiros espirituales. O para realizarlos él o ella mismo/a...

I. La promesa del Adviento

Primera Semana

“Está por llegarles la liberación” (Lc 21,28)

1) La segunda venida (‘gloriosa’) del Señor, que hemos celebrado el último domingo del tiempo ordinario con la Solemnidad de Cristo Rey, tiende a unirse litúrgicamente con su primer adviento (‘en carne’), al comenzar hoy un nuevo ciclo litúrgico. Por eso la perplejidad que podría despertar un juicio universal incierto se abre ahora a una más *gozosa expectativa de redención*, que llega incluso a cualificar ese juicio, haciendo que del temor se pase al gozo, y del abatimiento a la confianza en la misericordia: “Los hombres desfallecerán de miedo ante la expectativa de lo que sobrevendrá al mundo, porque los astros se conmoverán”, pero “cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación”.

En efecto, como lo anunciaba el profeta Jeremías, “en aquellos días y en aquel tiempo, haré brotar para David un germen justo, y él practicará la justicia y el derecho en el país. En aquellos días, estará a salvo Judá y Jerusalén habitará segura”. Todo esto nos dice que una nueva era está llegando, que el Señor viene a consolar a su pueblo, a renovar la esperanza en la vida de cada uno de nosotros, a dar sentido a nuestras búsquedas y agobios personales y colectivos, para que no desfallezcamos ni claudiquemos. Dios hará algo inédito, algo nunca visto. Como en

tiempos del destierro babilónico de Israel, la restauración que humanamente parece imposible, eso Él anuncia y llevará a cabo de un modo sorprendente.

2) El advenimiento del Señor está decretado, pero es necesario *disponerse adecuadamente* para recibirlo. Por eso el apóstol Pablo ruega y exhorta a los tesalonicenses “que vivan conforme a lo que han aprendido de nosotros sobre la manera de comportarse para agradar a Dios”. Si bien el don viene de lo alto, nos cabe a cada uno de nosotros la responsabilidad de la preparación, que no deja incluso de ser respuesta a un don previo conferido por el mismo Dios. La preparación tiene que tener consecuencias en todas las dimensiones de la vida cristiana: tanto en el plano fraterno, para “que el Señor los haga crecer cada vez más en el amor mutuo y hacia todos los demás”, como en el plano estrictamente teológico: “Que Él fortalezca sus corazones en la santidad y los haga irreprochables delante de Dios, nuestro Padre, el Día de la Venida del Señor Jesús con todos sus santos”.

3) Para prepararse adecuadamente a recibir al Señor que adviene, *hay que vigilar y orar*. Vigilar para “no dejarse aturdir por los excesos, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, para que ese día no caiga de improviso sobre ustedes como una trampa”. Hace falta orar “incesantemente, para quedar a salvo de todo lo que ha de ocurrir”, y para “comparecer seguros ante el Hijo del hombre”. La vigilancia y la oración nos disponen a la gracia que rectifica, confirma e ilumina el contenido de nuestra esperanza. Particularmente la oración nos unifica en actitud de escucha receptiva y transformadora ante Dios, ya que “el Señor da su amistad a los que lo temen y les hace conocer su alianza”, y “el Señor guía a los humildes [...] y enseña su camino a los pobres”.

Al iniciar este tiempo de Adviento, podemos preguntarnos: ¿Cómo me dispongo al nacimiento del Señor? ¿En qué aspectos concretos de mi vida tengo que concentrar la vigilancia? ¿Cuáles son mis espacios reales de oración?

[Domingo Iº de Adviento (C): Lc 21,25-36; Jer 33,14-16; Sal 24,4-14; 1 Tes 3,12-4,2]

"El Hijo del hombre vendrá a la hora menos pensada" (Mt 24,44)

Con el comienzo del Adviento, la liturgia nos sigue invitando a la vigilancia: "El Hijo del hombre vendrá a la hora menos pensada" (Mt 24,44). Como ocurre en el fútbol con las jugadas de gol, tampoco en la vida podemos dejar pasar las oportunidades. Los acontecimientos diarios son espacio de salvación, a causa de la íntima y misteriosa presencia en ella del Señor de la Historia.

Por eso, un buen modo de comenzar el Adviento es hacer silencio interior, disponerse con mayor atención a escuchar la voz del Padre que nos habla al corazón para encender o reavivar nuestra esperanza, y preguntarse: *¿Cómo me voy disponiendo al comenzar este propicio tiempo de Adviento?*

"Vendrán de Oriente y de Occidente" (Mt 8,11)

El Reino de Dios se construye a partir de respuestas creyentes: como la del centurión que rogaba a Jesús por la salud de su sirviente (Mt 8,5-11). Las actitudes de fe no siempre vienen de donde más lo esperamos. En ocasiones, surgen inesperadamente de personas no tan preparadas como creíamos. Porque en el fondo

responden a una misteriosa iniciativa del Espíritu Santo. Podemos preguntarnos: *¿Estoy abierto a la acción del Espíritu Santo en mí?*

"¡Felices los ojos que ven lo que ustedes ven!" (Lc 10,24)

No siempre somos conscientes y agradecemos lo que tenemos entre manos. En ocasiones nos parecería que lo verdaderamente importante está en otra parte o en otro tiempo. Sin embargo, el presente de cada persona es acontecimiento salvífico. En lo que de hecho vivimos, hay muchísimo más de lo que podemos imaginar.

De ahí que debemos cultivar una lúcida actitud de asombro: para que el Dios de la vida nos manifieste lo que de momento se oculta a nuestra mirada... Podemos preguntarnos: *¿Cultivo una actitud de asombro de cara a las variadas horas de la vida?*

"Todos comieron hasta saciarse" (Mt 15,37)

Jesús se compadece de la multitud hambrienta. La gente había venido para escuchar sus enseñanzas y hacía tres días que no se despegaba de Él. No era fácil conseguir ahora pan para tantas personas con tanto hambre. Sin embargo, Jesús hizo que lo poco que había alcanzara e incluso sobrara para saciar a todas. No cedió a la tentación cómoda de 'despachar' a sus seguidores 'así nomás', con el riesgo de que pereciesen por el camino.

Muchas veces, el problema de la escasez y la pobreza no es tanto una cuestión cuantitativa, sino más bien actitudinal. Con buena disposición y generosidad, siempre puede haber lugar para uno más. Podemos preguntarnos: *¿Tengo disposición humana para incluir compasivamente a quien verdaderamente lo necesita?*

"No son los que me dicen: 'Señor, Señor'" (Mt 7,21)

El amor hay que ponerlo más en las acciones que en las palabras (*Ejercicios Espirituales [=EE]*, 230). También el seguimiento de Jesús radica más en qué y cómo construimos que en lo que al respecto proclamamos. Sólo un estilo de vida consistente, arraigado en los valores evangélicos, es verdaderamente testimonial. Sólo en docilidad a la voluntad del Padre se construye con solidez, sobre roca firme.

Para esto, hay que dar tiempo y espacio al discernimiento de espíritus, que nos permite vislumbrar lo verdaderamente importante 'aquí y ahora', cumpliendo en la construcción de la propia existencia la función de cimientos sólidos. Al respecto, podemos preguntarnos: *¿Tengo mi vida anclada en el firmísimo plan de Dios?*

"Ten piedad de nosotros, Hijo de David" (Mt 9,31)

Dos ciegos claman a Jesús que tenga compasión de ellos. El Evangelio los introduce justo en ese momento para mostrar a sus contemporáneos que los verdaderos ciegos eran los que no creían: "¿Creen que yo puedo hacer lo que me piden?" (v.28).

Al devolverles la vista, el Señor nos está diciendo que sólo Él es capaz de darnos el don de la fe, haciéndonos ver el mundo de un modo nuevo, y posibilitándonos una manera inédita de posicionarnos en él: en clave teologal, de acción de gracias y alabanza (v.31). Podemos preguntarnos: *¿Pido insistentemente y agradezco gozosamente el don de la fe?*

“Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente” (Mt 10,8)

Las adquisiciones más importantes de la vida no tienen precio. Se reciben con gratitud y son comunicables con gratuidad. Buscar tasarlas, en el modo que esto se hiciera, desmerecería su valor real. En esta categoría de realidades valiosas y gratuitas entra el anuncio del Reino de Dios. Sólo puede ser realizado a partir de una profunda compasión por quienes se sienten "fatigados y abatidos": a modo de Buena Noticia, como lo hizo Jesús.

Podemos preguntarnos: ¿Me dedico apasionadamente al anuncio evangélico del Reino?

Segunda Semana

“Verán la salvación de Dios” (Lc 3,6)

1) Las lecturas de este domingo están signadas por *el entusiasmo y la alegría propios de la esperanza*: “Verán la salvación de Dios”. Lo justifica no sólo las grandes maravillas realizadas por el Señor en favor de sus servidores en aflicción, por ejemplo, de los israelitas desterrados (Primera lectura), o más en general, de cada creyente que sufre y abre esta experiencia humana a un significado trascendente; sino que el entusiasmo y la alegría surgen también del hecho que el evangelio va fructificando y dando vida, de un modo original y propio, en y a partir de cada uno de nosotros como discípulos-misioneros (Segunda lectura).

Este gozo, que tanto asociado a la acción de gracias como a la promesa será siempre un don, hubo sin embargo que prepararlo en

la soledad hostil del desierto, como lo hizo el mismo Juan Bautista en referencia a la primera venida de Jesús: “Una voz grita en el desierto: Preparen el camino del Señor”. Habitualmente esta preparación resultará laboriosa y requerirá una buena dosis de abnegación. Sobre todo porque “Dios dispuso que sean aplanadas las altas montañas y las colinas seculares, y que se rellenen los valles hasta nivelar la tierra”.

2) *Abajar las montañas* de la soberbia idolátrica, y *rellenar los valles* del apocamiento timorato, es un esfuerzo exigente y nunca acabado, pero que vale la pena realizar, ya que permitiéndonos superar la presunción y la desesperación a que se asocian lo que nos fascina y lo que nos atemoriza respectivamente, posibilita la acción transformadora del Señor; para vivir en esperanzada autenticidad, y llegar a ver “la Salvación de Dios”, es decir, el sentido pleno y trascendente de nuestra existencia humano-espiritual.

De este modo y por gracia, la cercanía y condescendencia del Señor nos convertirá en iconos radiantes de su presencia, mostrando Él “tu resplandor a todo lo que existe bajo el cielo”. En singular, pero también en plural, Dios conducirá a su pueblo “en la alegría, a la luz de su gloria, acompañándolo con su misericordia y su justicia”, ya que es simultáneamente Padre y Madre: con verdad y rectitud abriendo horizontes de esperanza (justicia de Padre), con amor y ternura protegiendo su vida (misericordia de Madre).

3) El contraste entre los tiempos de aflicción y la alegría que ahora adviene en el presente nos hace constatar, una vez más, esa *misteriosa lógica pascual*, en la que “el sembrador va llorando cuando esparce la semilla, pero vuelve cantando cuando trae las gavillas”. Esta asombrosa constatación pascual nos lleva también a

nosotros a una convicción análoga a la que tiene Pablo para con los cristianos de Filipos: “Estoy firmemente convencido de que Aquél que comenzó en ustedes la buena obra la irá completando hasta el Día de Cristo Jesús”. Sabiendo que esta “buena obra” es simultáneamente don y tarea, y de cara a la complejidad socio-cultural que comporta y con la que nos desafía nuestra época, también nosotros debemos pedir que nuestro amor “crezca cada vez más en el conocimiento y en la plena comprensión”, a fin de que, viviendo en esperanza, podamos “discernir lo que es mejor”.

Podemos preguntarnos: ¿Cuál ha sido últimamente mi mayor motivo de alegría? ¿En qué sentido este acontecimiento contribuyó a nutrir y afianzar mi esperanza? ¿Llegó a convertirse para mí en experiencia concreta del Emmanuel, del Dios-con-nosotros?

[Domingo IIº de Adviento (C): Lc 3,1-6; Ba 5,1-9; Fp 1,4-11]

"Conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca" (Mt 3,1)

El anuncio del Reino es, en primera instancia, predicación que exhorta a la conversión, a un cambio completo de mentalidad. A esta nueva actitud invita Juan el Bautista, el precursor de Jesús, quien preparó el camino para su venida. De aspecto austero y exigente, testigo íntegro y valiente, Juan despliega su misión profética pero sin perder de vista que "Aquél que viene detrás de mí es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de quitarle las sandalias" (v.11).

Juan no se predica a sí mismo, sino que lo dispone todo para Jesús. Cada uno/a de nosotros está llamado/a a seguir su ejemplo, contribuyendo a que la venida del Señor en nuestro presente resulte

un poco más sencilla. Podemos preguntarnos: *¿Estoy abierto/a al Adviento del Señor? ¿Colaboro activamente en la preparación de su llegada?*

[Domingo IIº de Adviento (A): Mt 3,1-12]

"Hoy hemos visto cosas maravillosas" (Lc 5,26)

La gente quedó asombrada y glorificaba a Dios a causa de la curación del paralítico. En respuesta a la fe de quienes lo bajaron por entre las tejas, Jesús pudo realizar un signo más que elocuente. Sanando al enfermo mostró que estaba investido con autoridad divina. Pero también, que era capaz de perdonar los pecados.

Sin embargo, no basta con que ocurran cosas sorprendentes: hay que estar atentos para percibirlos. "Hoy hemos visto cosas maravillosas" (Lc 5,26). El desafío para cada uno de nosotros es el de mantenernos vigilantes para que estos cotidianos acontecimientos sorprendentes no dejen de asombrarnos y entusiasmarnos. Podemos preguntarnos: *¿Estoy atento/a al paso del Señor por mi vida?*

"Ni uno solo de estos pequeños" (Mt 18,14)

Dios tiene una extraña e inexplicable pasión por el hombre, ya que no quiere que ninguno/a de nosotros/as se pierda. Nos busca a cada uno/a como un pastor lo hace con la oveja extraviada de su rebaño. Pese a las dificultades, no claudica ni desespera en ningún momento. Y se alegra entrañablemente cuando, finalmente, nos encuentra.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy convencido/a de que Dios me ama y me busca infatigablemente?

"No ha nacido ningún hombre más grande" (Mt 11,11)

Jesús hace notar que, aunque no haya nacido ningún hombre más grande que Juan el Bautista, "el más pequeño en el Reino de los Cielos es más grande que él" (v.12). El motivo es claro: la fe cristiana da un plus de luminosidad a la interpretación y desarrollo de nuestra existencia y a sus posibilidades de vida, que no aporta la más férrea disciplina ni el más coherente orden ético.

La fe permite entrar en el orden de la gratuidad, que conlleva siempre algo de inédito y asombroso. Por eso, la afirmación del Señor no intenta quitarle dignidad al precursor, sino más bien hacernos tomar conciencia de nuestra propia vocación cristiana.

Podemos preguntarnos: ¿Valoro y agradezco la vocación cristiana a la que he sido llamado/a?

Tercera Semana

"¿Qué debemos hacer?" (Lc 3,14)

1) A medida que avanza el Adviento, y en un tiempo crepuscular en la que ésta escasea, la liturgia nos invita a la alegría: "¡*Alégrate y regocíjate* de todo corazón, hija de Jerusalén!"; "Él exulta de alegría a causa de ti, te renueva con su amor y lanza por ti gritos de alegría, como en los días de fiesta". Es a causa de la acción salvífica de Dios que los miembros del pueblo redimido

“sacarán agua con alegría de las fuentes de la salvación”. En el caso de los cristianos, la razón evidente de esta invitación a la alegría es el ya próximo nacimiento del Señor: “El Señor está cerca. No se angustien por nada”; con la consecuente promesa del Bautista: “Él los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego”.

2) Ante esta inminente llegada del Señor, que viene a traer el gozo del Espíritu y a “recoger el trigo en su granero”, pero que también “consumirá la paja en el fuego inextinguible”, hay que *disponerse con decisión*. Es interesante notar que, posiblemente debido a esta urgencia, todos los sectores de la sociedad de entonces queden representados en las preguntas dirigidas a Juan Bautista respecto de “qué debemos hacer”: primero le preguntaba la gente en general, luego los publicanos y por último los soldados. ‘¿Qué hacer?’: se trata de la pregunta ética más fundamental, a partir de cuya respuesta puede construirse un estilo de vida. Pero para ello, todos deben prepararse, si bien a cada uno el Bautista le hace propuestas diferenciadas.

Al primer grupo le dice: “El que tenga dos túnicas, dé una al que no tiene; y el que tenga qué comer, haga otro tanto”. Es decir, que una primera forma de preparación, para todos posible, es la de dar cabida solidaria al otro, compartiendo lo que se tiene: bienes, dones y recursos. Al segundo grupo, de los publicanos, que eran los recaudadores de impuestos, aquellos que tenían legitimidad social para cobrarlos y por esto mismo muy mal vistos por la gente (porque sus ingresos e intereses eran diametralmente opuestos a los del común), les pide que “no exijan más de lo estipulado”. A los soldados, que en una época en la que no existía la policía eran quienes tenían poder de coacción, los exhorta a que “no

extorsionen a nadie, no hagan falsas denuncias y conténtense con su sueldo”.

3) Mirando el conjunto de los caminos de preparación a la venida del Señor, vemos que todos quedan en alguna forma involucrados, pero que hay *exigencias particulares para los grupos con mayor responsabilidad* y poder socio-económico y político-militar. En estos últimos casos, se pide mantener la equidad y no hacer un uso injusto y arbitrario de la fuerza. Pero en todas las situaciones, la preparación a la venida del Señor tiene connotaciones sociales: tiene que ver con la preocupación por los demás y el bien común.

La inequidad y la pobreza, como expresión de una ‘deuda social’ escandalosa en Argentina, deberían convertirse en preocupaciones prioritarias en la agenda pública de nuestro país. Denotan una mala distribución, debido en parte a cuestiones que tienen que ver con el déficit de desarrollo humano, pero también al efecto nefasto de políticas corruptas, prácticas especulativas, y presiones corporativas por parte de diferentes sectores de la sociedad, que denotan en su conjunto fallas dirigenciales de fondo, como así también un deterioro ético general y una ‘falta de pasión por el bien común’. Ante este panorama, todos podemos hacer algo. Sobre todo si tenemos un espacio social de irradiación o de poder significativo.

Podemos preguntarnos en primera persona: ¿Qué debo hacer? ¿Cómo estoy preparando la venida del Señor? ¿Soy realmente ‘peregrino a la ciudad celeste y ciudadano de la ciudad terrena’?

[Domingo IIIº de Adviento (C): Lc 3,14-18; Sof 3,14-18; Is 12,2-6; Fp 4,4-7]

"¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?" (Mt 11,3)

1) La perplejidad de Juan el Bautista frente al misterio de Jesús, no le impide hacer de su parte todo lo posible para preparar el camino del Señor. El más grande de entre los nacidos de mujer (v.11), ya encarcelado, manda preguntar a Jesús: "¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?" (v.3).

Esto nos hace pensar que no debemos esperar a tener todo meridianamente claro para poner manos a la obra, sino que muchas veces es preciso arriesgarnos a partir de cierta 'oscuridad'. En ocasiones, las cosas se van clarificando en la medida en que las emprendemos.

2) La respuesta de Jesús se atiene a los hechos: "Los ciegos ven y los paralíticos caminan; los leprosos son purificados y los sordos oyen; los muertos resucitan y la Buena Noticia es anunciada a los pobres" (vv.4-5). Todos estos signos estaban asociados inequívocamente al advenimiento del Reino de Dios (ver, por ejemplo, Is 26,19).

El discernimiento es la actitud mediante la cual vamos descubriendo por dónde pasa el plan de Dios. Existen indicios o frutos que nos hablan de la presencia del Espíritu en determinadas circunstancias. También hay personas que pueden ayudarnos a descubrir esa presencia con mayor facilidad.

Podemos preguntarnos: ¿Asumo en la vida una verdadera actitud de discernimiento?

[Domingo IIIº de Adviento (A): Mt 11,2-11]

"Los publicanos y las prostitutas creyeron en él" (Mt 21,32)

A veces, quienes de acuerdo a los cánones sociales vigentes parecían estar peor posicionados para comprender las cuestiones atinentes al Reino de Dios, terminan entendiéndolas mejor que los más capaces y favorecidos. En este caso, Jesús hace notar que los publicanos y las prostitutas aceptaron mejor que los escribas y fariseos el mensaje de Juan el Bautista. Al respecto, un estudioso contemporáneo de la Biblia, J. Meier, titula su prestigiosa investigación sobre el Jesús histórico con la sugerente expresión "un judío marginal".

Podemos preguntarnos: ¿Estoy atento/a a los discretos signos de la presencia de Dios en mi vida cotidiana? ¿Me dejo interpelar y convertir por esa misma presencia?

"¡Feliz aquél para quien Yo no sea motivo de tropiezo!" (Lc 7,23)

La presencia de Jesús se pone de manifiesto en sus signos de liberación: la gente vive mejor, recupera sus capacidades, se eleva a lo mejor de sí misma. Éste es el único argumento que esgrime Jesús cuando los discípulos de Juan le mandan preguntar si era Él quien debía venir: vayan a decirle 'lo que ven'.

Hoy transitamos una crisis generalizada de confianza, y por eso, la Palabra de Dios debe ser proclamada con el firme respaldo de testimonios creíbles. De ahí que podamos preguntarnos: *¿Soy agente de liberación en los entornos en los que vivo y me muevo?*

"Mi amor no se apartará de ti" (Js 54,10)

Una de las actitudes que más se condice con el amor es la de la presencia. Dios se compromete a no abandonar a su pueblo, que ama como a la esposa de su juventud. En esta fidelidad hasta el fin, el Señor nos revela su cariño (ver Js 54,1-10).

El misterio de la Encarnación nos habla de una presencia inédita y amorosa del Dios-con-nosotros; que a su vez estamos llamados a cultivar también los cristianos de cara a las variadas situaciones de vida que afligen a las personas concretas que vamos encontrando en nuestro día a día.

Podemos preguntarnos: ¿Me hago presente ante el hermano sólo y desamparado?

"El testimonio que Yo tengo es mayor que el de Juan" (Jn 5,35)

El evangelizador no es el Evangelio: éste es Cristo. Como Juan el Bautista, cada uno de nosotros está llamado a testimoniar que Jesús es la luz verdadera. El anunciador de Buenas Noticias no debe sustituir a la misma Buena Noticia hecha carne. Como el Bautista, tampoco nosotros somos dignos de desatar la correa de las sandalias de Jesús.

Y acerca de la superioridad de Jesucristo, Palabra del Padre, respecto de quien lo anuncia, el mismo Señor atestigua: "El testimonio que Yo tengo es mayor que el de Juan" (Jn 5,35).

Podemos preguntarnos: ¿Busco dar testimonio humilde de Jesús en mi vida cotidiana?

Cuarta Semana

“Feliz de ti por haber creído” (Lc 1,45)

1) A medida que va llegando la Navidad, el *clima de alegría* se va haciendo más notorio en los textos litúrgicos: “Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor”. “El niño saltó de alegría en tu vientre”. Es la alegría de la fe, es la alegría de la salvación que nos viene ofrecida en Jesús por medio de María. Es la alegría que surge de la respuesta creyente de la Madre de Dios: “Yo soy la servidora del Señor, que se haga en mí según tu Palabra”; pero también es la alegría que brota de la alabanza de Isabel: “¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!”.

Es la alegría del cumplimiento de la promesa, y de la inauguración de los tiempos mesiánicos que traen paz: “Él se mantendrá de pie y los apacentará con la fuerza del Señor, con la majestad del nombre del Señor, su Dios. Ellos habitarán tranquilos, porque Él será grande hasta los confines de la tierra. ¡Y Él mismo será la paz!”. En todos los casos, la verdadera alegría es sobre todo un don de lo alto, la iniciativa es del Señor.

2) En efecto, este gozo preanunciado por los profetas ha sido en realidad plenamente factible gracias a la *disponibilidad del Hijo de Dios*, que al hacerse hombre y entrar en el mundo dijo: “Tú no has querido ni has mirado con agrado los sacrificios, los holocaustos, ni los sacrificios expiatorios, a pesar de que están prescriptos por la Ley”, añadiendo: “Aquí estoy, yo vengo para hacer tu voluntad”. Aclara la Epístola a los Hebreos que “en virtud de esta voluntad quedamos santificados por la oblación del cuerpo

de Jesucristo, hecha de una vez para siempre". Es la docilidad incondicional de Jesucristo hacia su Padre la que nos redime y la que en última instancia trae la alegría al mundo.

3) Como el Hijo de Dios, pero también *como María, cada uno de nosotros* está llamado a vivir con entusiasmo la disponibilidad creyente. Es esa misma disposición, participación en la obediencia de Jesucristo, la causa última de la verdadera alegría. Esta disposición obediencial surge de la escucha silenciosa a la voz de Dios, pero también de las diversificadas mediaciones eclesiales y los signos de los tiempos, que nos ayudan a discernir la voluntad de Dios y a unificar nuestras vidas religándonos al amor del Padre.

Sólo esta confianza filial, que busca reproducir autoimplicativamente la disponibilidad del Hijo, nos hace felices. Sólo desde esta actitud de base, miramos con la justa perspectiva los acontecimientos de la vida, nos vinculamos creativamente con las personas, sopesamos el adecuado valor de cada momento, y descubrimos a Dios en todas las cosas. Sólo desde esta religación creyente nuestras vidas se pacifican en profundidad, porque a decir de san Agustín de Hipona, "nos hiciste para ti, Señor, y nuestras almas vagan intranquilas hasta que no reposan en ti".

Podemos preguntarnos: ¿Estoy dispuesto a dejarme conducir por la voz del Señor, por el designio del Padre, por las mociones del Espíritu Santo? ¿Qué resistencias encuentro hoy por hoy en mí? ¿Cómo puedo trabajar para superarlas y vivir más feliz?

[Domingo IVº de Adviento (C): Lc 1,39-45; Mq 5,1-4; Hb 10,5-

10]

"Concibió un hijo por obra del Espíritu Santo" (Mt 1,18)

La concepción del Hijo de Dios está enmarcada en el misterio (ver Mt 1,18-24). Jesús es engendrado por obra del Espíritu Santo; María asiente a la iniciativa de Dios sin comprender demasiado; José hace lo que el Ángel del Señor le ordena y lleva a María a su casa... Las cosas no son meridianamente claras. Pero así suelen ser los acontecimientos decisivos de la historia salvífica, conducidas en circunstancias inciertas por un Dios 'siempre mayor', si bien con un resplandor y serenidad de fondo en las personas creyentes.

También las experiencias humanas y espirituales decisivas en nuestras vidas suelen tener esta confusa tonalidad entre oscura y resplandeciente. Lo que más tiende a desconcertarnos es lo que finalmente, en el tiempo, acaba siendo más revelador y elocuente.

Podemos preguntarnos: ¿Me dejo conducir por el Espíritu aunque no siempre tenga claro a dónde me conduce?

[Domingo IVº de Adviento (A): Mt 1,18-24]

"Se cumplirá lo que te fue anunciado" (Lc 1,45)

La fe introduce el gozo de Dios, asociado a su presencia íntima en nuestra vida. Consignando la propia existencia en manos del Señor, la recuperamos plenamente: en la 'desapropiación' de nuestra persona, devenimos verdaderamente nosotros/as mismo/as; hijo/as de Dios en el Hijo (ver Lc 1,39-45).

Sin embargo, hoy nos cuesta confiar; y esta experiencia la trasladamos casi naturalmente a nuestra relación con Dios. Procuramos reservarnos cautamente lo mejor de nuestras vidas.

Pero esto, en definitiva, restringe nuestro crecimiento: lo agosta y circunscribe.

Podemos preguntarnos: ¿Soy un hombre o mujer de fe?

"Mi alma canta la grandeza del Señor" (Lc 1,46)

El cántico de María (ver Lc 1,46-55) es una expresión de alabanza que recorre tanto su propia vida como la de Israel su pueblo. Sus palabras son la manifestación entusiasta y elocuente de un alma contemplativa, que reconoce el paso y la lógica liberadora de Dios por la historia humana.

María nos invita a madurar y proferir nuestro propio *Magnificat*, un canto de alabanza que emerja del reconocimiento agradecido por la acción de Dios, que nos ama e invita a crecer.

Podemos preguntarnos: ¿Doy gracias al Señor por lo que día a día obra en mi vida?

"¿Qué llegará a ser de este niño?" (Lc 1,66)

El nacimiento de Juan Bautista preludia el de Jesús (ver Lc 1,57-66). El evangelio de Lucas pone ambos relatos en paralelo, para mostrar al primero como precursor, y al segundo como Salvador.

Todo/a niño/a que viene a este mundo es motivo de esperanza. Con el advenimiento de una nueva creatura irrumpe la novedad. Pero también la pregunta por el futuro: "¿Qué llegará a ser?" (Lc 1,66).

Cada persona tiene una vocación original que tendrá que ir descubriendo y discerniendo con el tiempo. La misma se asocia a

una misión a desempeñar: grande o discreta, será siempre original, única e irrepetible.

*Podemos preguntarnos: ¿Estoy abierto al adviento del Señor?
¿Doy a mi vida una permanente tónica vocacional?*

II. El Dios-con-nosotros en Navidad

Apenas un ciervo vulnerado
Pastor de su pastora olvidado:
y de amor ya no tiene otra Palabra
el Dios que es a una Padre y Madre.

Pronunciada en las entrañas generosas,
dulces y fecundas de María;
por ella amamantada, nacida frágil niño,
en una noche oscura dada a luz fue la Palabra.

Nido de teros en frondoso roble trinitario,
crece su vida en un mundo tenebroso;
José contempla entusiasta y vigilante,
con tierno y paternal mirar de esposo.

Sencillos changos pastores y sabios magos orientales
por ángeles alegres y una estrella luminosa
hacia la dichosa gruta son guiados:
también yo tengo un encargo en esta noche tan hermosa.

Nochebuena y Navidad

“Hoy les ha nacido un Salvador” (Lc 2,11)

1) La noche de Navidad nos sumerge en el *gozo sereno* de la presencia del Dios-con-nosotros, del Emanuel, “porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado”. Si en la gran mayoría de las culturas y épocas el nacimiento de un niño, especialmente si era varón, se asociaba a la esperanza por abrir el futuro, mucho más cuando se trataba de un primogénito, de un hijo de rey, y más aún, del mismo Mesías e Hijo del Altísimo: “No teman, porque les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor”.

Es interesante notar que a este anuncio lo acompaña una ‘señal’: el niño recién nacido está “envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. Es en la fragilidad de la carne que nace el hijo de Dios. Pero fue humanamente bien recibido, si bien en los límites de la pobreza. Experimentó en su hogar afecto y protección: tuvo una madre y un padre adoptivo. “María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque donde se alojaban no había lugar para ellos”. Según una exégesis posible del texto (A. Álvarez Valdés), el lugar del nacimiento sería la misma casa de José, ya que su familia era oriunda de Belén de Judá, y él, como varón justo y previsor, a la vez que no había dejado de recibir en su casa a sus parientes, venidos también para el censo, preparó el lugar contiguo a la sala, en donde habitualmente estaban los animales, para que María diera a luz y estar ellos allí más tranquilos.

2) A la vez que en la calidez del hogar, la escena del nacimiento está inmersa en *una digna y noble sencillez*. Allí encontramos sólo lo esencial, no sobra nada. El Señor sólo puede manifestarse con claridad en el despojo, en la desapropiación: en la simplicidad, no en el poder. En el anonadamiento de Jesús, “el pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz”. Esta luz que brilla en la oscuridad es el esplendor de Dios mismo, que inunda de alegría a quienes se acercan al pesebre: a María y a José en primer lugar, pero también a los pastores, y luego a los magos de Oriente.

“Tú has multiplicado la alegría, has acrecentado el gozo; ellos se regocijan en tu presencia, como se goza en la cosecha como cuando reina la alegría por el reparto del botín”. Las metáforas son muy claras: el gozo de la cosecha es el de haber finalmente obtenido el rédito del propio trabajo; el del reparto del botín se debe no sólo a lo que se consigue del enemigo, sino sobre todo al hecho de no haber perdido la guerra, en tiempos en donde esto podría traducirse en una segura destrucción nacional: muerte, violencia y esclavitud.

3) El nacimiento del Hijo de Dios tiene *consecuencias decisivas en nuestro estilo de vida*, que la carta a Tito explicita: “La gracia de Dios, que es fuente de salvación para todos los hombres, se ha manifestado. Ella nos enseña a rechazar la impiedad y los deseos mundanos, para vivir en la vida presente con sobriedad, justicia y piedad, mientras aguardamos la feliz esperanza y la Manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador, Cristo Jesús”. El nacimiento de Jesús nos invita a vivir una vida nueva, ordenada en esperanza y solidaridad, unificada en el gozo y la paz. La vida

nueva es siempre un don de lo alto que nos viene ofrecida en la sencillez y fragilidad del Hijo de Dios.

[Misa de la Noche de Navidad: Lc 2, 1-14; Is 9, 1-6; Ti 2, 11-14]

"Y la Palabra se hizo carne" (Jn 1,14)

Ayer por la noche, casi en la intimidad, celebramos el nacimiento de Jesús. Hoy, a pleno día, la liturgia nos invita a percibir las consecuencias cósmicas y salvíficas que ese nacimiento tuvo para todo el género humano (ver Jn 1,1-18).

Cristo es la Palabra que "estaba junto a Dios" y era Dios; y por quien "todas las cosas fueron hechas [...]. A todos los que la recibieron, a los que creen en su Nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios [...]. De su plenitud, todos nosotros hemos participado y hemos recibido gracia sobre gracias".

Esta es la Buena Noticia que en este día de Navidad se expande a todos los hombres y mujeres; y que nos invita particularmente a los creyentes a considerar agradecidamente: "Reconoce, oh cristiano, tu dignidad" (San León Magno).

[Misa de Navidad: Jn 1, 1-18]

Sagrada Familia

"Tu padre y yo te buscábamos angustiados" (Lc 2,48)

1) El Evangelio de este domingo comienza con una situación que nos deja perplejos: acabada la fiesta de Pascua en Jerusalén, Jesús, con doce años, se queda conversando en el Templo con los

doctores de la Ley. Sus padres lo buscan durante tres días hasta encontrarlo. Al verlo, “su madre le dice: ‘Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto? Piensa que tu padre y yo te buscábamos angustiados’”. La respuesta de Jesús parece interponer una desconcertante distancia de cara a ellos: “¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que Yo debo ocuparme de *los asuntos de mi Padre?*”. Por eso se dice que “no entendieron lo que les decía”, por más que el texto luego afirme que a su regreso a Nazaret, Jesús “vivía sujeto a ellos”.

2) Normalmente tendemos a dar una importancia muy significativa, y con razón, a *los afectos más cercanos*: especialmente a las vinculaciones familiares más estrechas, como las que nos presenta el texto de Lucas en relación a la paternidad (adoptiva)-maternidad. Pero a veces la vehemencia de este amor corre el riesgo de tornarse un tanto posesiva y no permitir crecer humana y espiritualmente a la persona destinataria de nuestro amor. Justamente porque María “conservaba estas cosas [que Jesús le decía] en el corazón”, aceptando ‘desapropiarse’ de su Hijo, es que Él “iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres”.

Es que la paternidad-maternidad humana es sacramento evocativo de la paternidad-maternidad divina. El amor a los hijos es una mediación del amor que Dios Padre-Madre tiene hacia cada persona. Es así que esta mediación no debe absolutizarse, sino más bien dejar traslucir y estimular esta otra vinculación con Dios que la precede y sostiene. El Señor “quiso que nos llamáramos hijos de Dios, y nosotros lo somos realmente [...]. Desde ahora somos hijos de Dios, y lo que seremos no se ha manifestado todavía”. En esta perspectiva, que incluye el misterio de la vocación personal y única de cada uno de nosotros, estamos llamados

fundamentalmente a ser familia de Dios: como dice el Salmo, a ser 'felices por habitar en la casa del Señor y alabarlo sin cesar'.

3) Estas observaciones, que nos invitan a relativizar nuestros afectos en relación al designio de Dios, nos hacen dirigir la mirada a la figura ejemplar de Ana. En su esterilidad, ella había pedido insistentemente al Señor tener un hijo: "Era este niño lo que yo suplicaba al Señor, y Él me concedió". Pero fue entonces cuando ella *aceptó no absolutizarlo* como una pertenencia irrenunciable, lo cual le hubiera hecho olvidar que la vida en sus entrañas era un don de lo alto; y por eso cuando "el niño era aún muy pequeño" lo consigna al Templo, para que Samuel sea ungido y consagrado para Dios: "Ahora yo, a mi vez, se lo cedo a Él: para toda su vida queda cedido al Señor".

Cuando por un amor un tanto desordenado buscamos retener a las personas irrenunciablemente, lo más normal es que terminemos limitándolas en su crecimiento y luego perdiéndolas. En el caso presente, esto podría aplicarse a una forma de maternidad absorbente. Pero la observación sería válida también para el caso de una relación esponsal o de pareja de tipo idolátrica, o cualquier forma de amistad demasiado posesiva. Para que los vínculos permanezcan y crezcan, por un lado hay que cultivarlos y servirlos; pero por otro hay que 'dejar ser y partir' a las personas. Cada uno debe descubrir su propio itinerario vital y vocación en la presencia de Dios: eso es lo que debemos valorar, respetar y alentar tanto en nosotros como en los demás; Él es el único Señor absoluto de nuestras vidas, el único que las libera plenamente y nos hace crecer "en estatura, sabiduría y gracia".

Podemos preguntarnos: ¿Cuáles son las personas a las que más quiero? ¿Tomo hacia ellas una actitud posesiva, o respeto su

autonomía y busco alentar el misterio y vocación del Señor en ellas?

*[Sagrada Familia (C): Lc 2,41-52; 1 Sam 1,20-28; Sal 83,2-10;
1 Jn 3,1-2-.21-24]*

"Será llamado Nazareno" (Mt 2,23)

Jesús tuvo una familia, y en su infancia, no escapó a los sobresaltos típicos de la vida. El relato nos muestra a José, advertido en sueños y llevando a María y a Jesús a Egipto para salvarlo de una muerte segura (ver Mt 2,13-15.19-23).

Más allá de que el pasaje se trate de un típico *midrash*, a saber, una historia no necesariamente verídica que no obstante incluye una enseñanza, la escena pone de manifiesto la responsabilidad con que José toma a cargo el cuidado de los suyos.

La vida en familia es satisfactoria cuando cada uno de sus miembros ponen lo mejor de sí para el bien común. La primera lectura, tomada del libro del Eclesiástico (3,3-7.14-17) tiene, al respecto, algunas exhortaciones muy interesantes.

Podemos preguntarnos: ¿Pongo lo mejor de mí para que nuestra vida familiar sea lo más satisfactoria posible?

San Juan Apóstol y Evangelista (27/12)

"Para que nuestra alegría sea completa" (1 Jn 1,4)

No existe plena alegría hasta que no comunicamos lo que para nosotros es verdaderamente importante. Sólo cuando ofrecemos gratuitamente "lo que hemos visto y oído" como Buena Noticia, es que la misma nos plenifica (ver 1 Jn 1,1-4). De ahí que el creyente

no puede dejar de convertirse en un discípulo misionero. Que de la abundancia del corazón hable la boca...

Podemos preguntarnos: ¿Comunico con entusiasmo la Buena Noticia del Dios-con-nosotros?

Santos Inocentes (28/12)

"Llanto y lamentos grandes" (Mt 2,18)

El *Midrash* de los Santos Inocentes (ver *Mt 2,13-18*), muertos a causa del celo de Herodes tiene por finalidad vincular el nacimiento liberador del Mesías con los acontecimientos hebreos ocurridos en Egipto: entonces murieron los primogénitos, ahora los niños inocentes; entonces fue Moisés quien condujo a su pueblo a la tierra de promisión, ahora es Jesús el que vuelve de Egipto para rescatarnos.

Sin embargo, el relato nos permite reflexionar también hoy a nosotros sobre la matanza de muchos nuevos inocentes. También hoy existe "llanto y lamentos grandes" (ver *Mt 2,18*) cuando no se da cabida al don de la vida y luego se sufren entrañablemente las consecuencias funestas de esa decisión perversa [=aborto]; cuando se hace lo indecible por 'producir un/a hijo/a selectivamente' a modo de incuestionable 'derecho de los progenitores' [=manipulación]; o cuando se induce su finalización arbitraria, porque se la juzga ya no digna de ser vivida, haciendo lo necesario para abreviarla [=eutanasia]. En todos estos casos, prevalecen intereses espurios que privilegian la propia comodidad, desarrollo profesional o lucrativos réditos económicos por encima del valor inalienable de la vida.

Podemos preguntarnos: ¿Respeto la vida humana en toda su extensión y riqueza?

"El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría" (Lc 2,40)

Tanto María como los pastores, Simeón y Ana quedan perplejos por lo que se dice de Jesús (ver Lc 2,36-40). Para todo/as ello/as el Señor es motivo de admiración y asombro, acción de gracias y alabanza. Sus vidas no continúan del mismo modo antes que después del encuentro con el Emanuel.

En los últimos dos casos, el texto bíblico subraya la larga espera que precedió al hallazgo. De algún modo, tanto Simeón como Ana representan al antiguo Israel en espera del Mesías. Pero también reflejan la actitud de todas las personas que a lo largo de la historia humana han aguardado con paciencia y generosidad la manifestación del Dios-con-nosotros.

Podemos preguntarnos: ¿Soy constante en mi esperanza? ¿Sé dar gracias al Señor por los hallazgos verdaderamente significativos que he realizado a lo largo de mi vida?

Santa María Madre de Dios (01/01)

"María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón" (Lc 2,19)

1) El texto evangélico nos invita a situarnos en la escena del nacimiento junto a los otros protagonistas del relato: los pastores, que "fueron corriendo y encontraron a María, a José y al Niño acostado en el pesebre". También nos estimula a hacerlo en actitud

contemplativa, como la Madre de Dios, que “conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”. O en clave de alabanza, como al final los pastores, que “se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído”.

‘Ir, contemplar, alabar’: son los verbos que procuran transformar nuestras vidas a partir del encuentro con el Señor recién nacido, envuelto en pañales y recostado en un pesebre. ¿Por qué?

2) Porque el acontecimiento de la encarnación y nacimiento del Hijo de Dios se convierte en *la mayor bendición que podamos imaginar*, fundamento de cualquier otra gracia: porque por medio de estos misterios Dios quiso poner junto y desposar lo humano con lo divino. Es por esto que el niño es Dios, la noche se ilumina, los despreciados pastores son visitados por gloriosos ángeles, la tierra oscurecida se abre al cielo luminoso, la paz viene del cielo, una virgen es madre del Altísimo. Es también por todo esto que en la persona de Jesús llega a plenitud el anhelo de una decisiva inclinación de Yahveh hacia su pueblo, expresada en una bendición ritual: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz”.

3) La síntesis en nosotros de toda bendición y gracia es *nuestra propia filiación divina*, que nos viene conferida en Jesucristo: “Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción. Como son hijos, Dios envió a sus corazones al Espíritu de su Hijo que clama: ‘¡Abba!’ (Padre). Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios”.

Nuestra mayor dignidad, la que verdaderamente nos libera y enaltece, es la de ser hijos de Dios. Pero la misma nos viene conferida en Cristo, el Hijo de Dios que es el hijo de María. La presencia del hijo de María serena nuestras vidas y el mundo, porque el recién nacido viene a traernos paz y esperanza. Viene a revelarnos el motivo último por el cual no debemos estar ansiosos: nuestra vida tiene un valor infinito a los ojos de Dios porque en ella resplandece la imagen del Hijo. Por ÉL todo lo que es carne, todo lo frágil y caduco es capaz de renovarse renaciendo de lo alto; todo puede ingresar en la paz (*shalom*) de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿Cómo vivo mi devoción a María? ¿En qué sentido el misterio de Navidad me pacifica y alegra? ¿Soy instrumento de paz y bendición a mi alrededor?

[María Madre de Dios: Lc 2,16-21; Num 6,22-27; Gal 4,4-7]

Segunda Semana

"La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14)

Decir que la Palabra o Sabiduría de Dios se hizo carne, significa afirmar que todo lo que experimentamos y contemplamos es mensaje, que las realidades que nos afectan nos hablan sacramentalmente de un 'algo más'. Esto quiere decir que 'no son sólo' lo que a primera vista parecen, porque en Cristo, la segunda Persona de la Trinidad, todas ellas nos conducen a Dios, y a su vez, todas ellas nos hablan de Dios.

A partir de Jesús no existe nada profano, dado que lo sagrado se convierte en cotidiano. La vida de Dios se hace connatural a la nuestra, y así, no hay nada de profundamente humano que no encuentre eco en el corazón de Dios. Esto nos invita a convertirnos, día a día, en 'místicos de la Encarnación'.

Podemos preguntarnos: ¿Busco mirar y posicionarme ante las situaciones que a diario me toca vivir como un/a 'místico/a de la Encarnación'?

[Domingo IIº de Navidad: Jn 1,1-18]

"Tú te llamarás Cefas" (Jn 1,42)

El encuentro de los primeros discípulos con Jesús cambió sus vidas (ver Jn 1,35-42). Esto queda expresado en el nuevo nombre que recibe Simón: "Tu te llamarás Cefas", que traducido significa Pedro" (Jn 1,42).

La Navidad nos manifiesta un nuevo modo de vida: el que se centra en la persona de Jesús. El nacimiento del Hijo de Dios en un pesebre modifica nuestra imagen de Dios, y consecuentemente nos invita a un nuevo estilo de vida.

Podemos preguntarnos: ¿En qué sentido mi encuentro con Jesús transformó mi modo de autoperibirme en el mundo?

"Hemos hallado a Aquél de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas" (Jn 1,44)

En la vida pueden ocurrir acontecimientos que marquen un antes y un después. Es lo que denominamos 'experiencias cumbre' (*Peak experiences*). Algo inédito que modifique radicalmente

nuestra percepción de las cosas, y que haga que en nuestra cosmovisión existencial se produzca un giro decisivo.

Esto es lo que les ocurrió a los primeros discípulos al ver a Jesús por primera vez (ver *Jn 1,43-51*): "Hemos hallado a Aquél de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas. Es Jesús de Nazaret, el hijo de José" (*Jn 1,44*). Normalmente, este tipo de hallazgos decisivos ocurren porque fueron precedidos por una intensa búsqueda, asociada a una paciente esperanza.

Podemos preguntarnos: ¿Cuál fue el hallazgo más decisivo que hice en mi vida?

Epifanía del Señor

"Encontraron al niño con María, su madre" (*Mt 2,10*)

El relato de los magos de Oriente (ver *Mt 2,1-12*) nos vuelve a conducir a la escena del nacimiento, donde encontramos, una vez más, al niño con su madre. Ellos representan a los pueblos paganos en busca de la verdad, a partir de, y en fidelidad a los signos de su propia sabiduría (=la estrella). Como otrora lo hiciera la reina de Saba yendo como peregrina a visitar a Salomón, hoy estos sabios de Oriente reconocen en Jesús como un Alguien superior a ese rey de Israel. Y le rinden culto de adoración ofreciendo sus dones.

Cada persona está llamada a ser fiel a su conciencia, y a lo que de Dios conoce, a partir de los elementos culturalmente disponibles en su tiempo y geografía. Sólo en esa fidelidad podrá producirse el encuentro con el Emanuel.

Podemos preguntarnos: ¿Pongo empeño en buscar al Señor con todo mi corazón, con toda mi alma, y con todas mis fuerzas?

Bautismo del Señor

**"Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco"
(Mt 3,17)**

En el Bautismo de Jesús (ver Mt 3,13-17) se revela a los presentes su filiación divina: "Éste es mi Hijo amado" (Mt 3,17). También queda de manifiesto la íntima vinculación que el Señor tiene con el Espíritu Santo, que "descendió como paloma y se posó sobre Él" (v.16).

Además, y tal como lo entiende la liturgia oriental que lo celebra junto en una sola fiesta, el episodio a orillas del Jordán se vincula con el de la Transfiguración en el Tabor, donde también aparece una voz del cielo que repite la misma expresión inicial.

Podría decirse que con su Bautismo, Jesús se nos presenta no sólo como modelo de Hijo, sino también como anticipo de esa santidad a la que todos los que lo somos por adopción estamos llamados: a partir de nuestra vocación bautismal y por el camino estrecho de la humildad y la cruz.

Podemos preguntarnos: ¿Me tomo seriamente la vocación personal a la santidad?

III. La conversión cuaresmal del corazón

La Cuaresma es tiempo propicio para renovar nuestra conversión a Dios, recreando y fortaleciendo nuestros vínculos, descentrándonos en el servicio esforzado y generoso a los demás. En función de esto, este anual espacio litúrgico promueve un mayor dominio de nuestros impulsos y apetencias, para que adquiramos una mirada del mundo más libre y teologal.

Miércoles de Ceniza

"Vuelvan a mí de todo corazón, con ayuno, llantos y lamentos" (Jl 2,12)

Comenzamos el tiempo de cuaresma, con una particular exhortación a la conversión: "Vuelvan a mí de todo corazón" (Jl 2,12). El llamado parece vehemente: "¡Que el recién casado salga de su alcoba y la recién casada de su lecho nupcial!" (v.16), como si se tratara de una cuestión de vida o muerte. La convocatoria está dirigida "a todo el pueblo", desde los ancianos a los niños de pecho (v.15).

El itinerario cuaresmal resulta decisivo al momento de procurar que nuestra fe se torne significativa en nuestras vidas y elocuente para los demás. Es un tiempo para considerar más en serio nuestro seguimiento de Jesús. Es un espacio análogo al que propicia una peregrinación: ambos nos preparan para celebrar una renovada fe pascual en Cristo Templo vivo de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿Cómo me dispongo para comenzar esta Cuaresma?

"Hoy pongo delante de ti la vida y la felicidad, la muerte y la desdicha" (Dt 30,15)

El Señor apela a nuestra libertad responsable: vida y felicidad, muerte o desdicha están en nuestras manos. Todo depende de la actitud que adoptemos de cara a la iniciativa salvífica de Dios: "Si escuchas los mandamientos del Señor [...] entonces vivirás, te multiplicarás, y el Señor, tu Dios, te bendecirá". En cambio, "si tu corazón se desvía y no escuchas, si te dejas arrastrar y vas a postrarte ante otros dioses para servirlos, yo les anuncio hoy que ustedes se perderán irremediabilmente" (Dt 30, 16-18).

También hoy, en la vida de cada uno/a de nosotros/as, tiene lugar esta confrontación entre el culto al Dios vivo y otras opciones de tono idolátrico. Idolatrar es absolutizar cualquier realidad creada al margen o en competencia con Dios. Una opción así, por ejemplo, en pos de una persona, del dinero, del poder o de las gratificaciones fáciles, o incluso una distorsión fanática o reductiva de la propia percepción y actitud religiosa, no pueden conducir a buen puerto.

Podemos preguntarnos: ¿Hay algo o alguien que en este momento de mi vida ocupe el lugar de Dios?

"¿Es éste acaso el ayuno que Yo amo?" (Js 58,5)

Ninguna práctica religiosa debería ser meramente exterior: tampoco el ayuno. Para no caer ni en el ritualismo ni en la hipocresía, es preciso que el acto externo se condiga con el interno;

o también, que la palabra y el gesto se correspondan con la actitud religiosa del creyente.

En el caso concreto del ayuno, disciplinar nuestras pulsiones y temperar nuestros deseos por medio de alguna forma de privación voluntaria, deberían condecirse con un mayor compromiso de justicia en el modo en que obramos con nuestro prójimo. Si el ayuno no nos ayuda a ser más ecuánimes y caritativos, carece de sentido.

"Éste es el ayuno que Yo amo -oráculo del Señor-: soltar las cadenas injustas, desatar los lazos del yugo, dejar en libertad a los oprimidos y romper todos los yugos; compartir tu pan con el hambriento y albergar a los pobres sin techo; cubrir al que veas desnudo y no despreocuparte de tu propia carne" (Is 58,6-7).

Podemos preguntarnos: ¿Oriento el sentido penitencial de la cuaresma hacia una mayor justicia y caridad para con mi prójimo?

Primera Semana

“Fue conducido por el Espíritu al desierto” (Lc 4,1)

1) “Fue *conducido por el Espíritu* al desierto, donde fue tentado por el demonio durante cuarenta días”. La primera vez que leí esta frase me impactó mucho, porque queda claro que es el Espíritu de Dios el que quiere que el Hijo sea puesto a prueba. En efecto, en el texto original griego, *peirasmós* significa tentación, prueba. El desierto es un lugar natural para ser probados: allí no hay seguridades pero sí muchos peligros, escasea el agua y el pan, no se avizora el horizonte, el clima es hostil, etc. Por el desierto, que por momentos es una metáfora de la existencia humana, peregrinó

Israel durante el simbólico tiempo de cuarenta años. Ahora Jesús es probado durante cuarenta días en ese mismo lugar en que el pueblo de la Primera Alianza murmuró y renegó de Yahveh, mostrándonos a los discípulos de la Nueva Alianza cómo debemos proceder de ahora en más nosotros para no equivocarnos el camino.

2) En su conjunto, las *tres tentaciones o pruebas* condensan los grandes desafíos a que Jesús quedará expuesto a lo largo de su ministerio público: retornarán formalmente en Getsemaní y sobre todo, al pie de la cruz. Esto nos recuerda que, como en el caso del Maestro, toda la vida del discípulo estará sujeta a la prueba, y a lo largo de toda ella habrá que permanecer vigilantes en el discernimiento para seguir viviendo como hijos o hijas de Dios. Por otra parte, el tres es simbólicamente un número que nos remite a las cuestiones decisivas en el plano de la vida y de lo religioso. En concreto, en *Lc*, tres anuncios y constataciones de la pasión, tres días en el sepulcro, tres negaciones, tres peticiones de crucifixión, etc.

a) “Si Tú eres Hijo de Dios, manda a esta piedra que se convierta en *pan*”. La primera tentación o prueba tiene que ver con las cosas esenciales. El pan resume no sólo el alimento de cada día, sino que es un símbolo de las necesidades cotidianas: afectos, seguridades, satisfacción. El pan es lo que llena y sacia; es lo que satisface el deseo y gratifica. Pero “el hombre no vive solamente de pan”, responde Jesús de acuerdo al libro del *Dt*: está llamado a más. Como lo señala *Mt*, está llamado a vivir de “toda palabra que sale de la boca de Dios”. Es decir, a vivir no sólo en conformidad a lo ‘importante para mí’, asociado al goce natural de los impulsos, sino sobre todo a lo ‘importante en sí’, asociado al gozo pascual de

los valores (L. Rulla). Justamente porque Jesús es Hijo de Dios, no vivirá por debajo de lo que eso significa.

b) “Te daré todo este *poder* y el *esplendor* de estos reinos, porque me han sido entregados, y yo los doy a quien quiero. Si Tú te postras delante de mí, todo eso te pertenecerá”. Aquí la prueba recae en el tema del dominio y el prestigio. El demonio se atribuye una posesión exclusiva al respecto, y en consecuencia, la capacidad de darlo arbitrariamente a quien quiere. Es, por tanto, su reino. El poder y el esplendor seducen más sutilmente que el pan, porque tocan las fibras profundas de la persona: poder y esplendor hacen que nos sintamos seguros, que sintamos que tenemos control sobre los demás, que decidimos incluso quién vive y quién muere, quién entra y a quién se excluye. Poder y esplendor nos hacen sentir dioses (“serán como dioses” [Gn 3,5]). A causa de estas connotaciones idolátricas que tienen el poder y el esplendor, es que Jesús responde: “Adorarás al Señor, tu Dios, y a Él sólo rendirás culto”.

c) La tercera prueba tiene que ver con el modo de llevar a cabo la misión mesiánica: “Si Tú eres Hijo de Dios, *tírate de aquí abajo*” (“baja de la cruz para que creamos”; o incluso “aparta de mí este cáliz”). Tiene que ver con un modo anestesiado, menos cruento, de llevar a término la obra de la redención, valiéndose del ‘privilegio’ de ser Hijo de Dios. Pero una vez más, justamente porque Jesús es Hijo de Dios, no puede dejar de asumir el plan de salvación tal como éste ha sido concebido por su Padre: “No tentarás al Señor, tu Dios”. También la misión del discípulo transitará en ocasiones por los valles de la cruz, y éste deberá continuar sin apostatar, elevándose a lo mejor de sí mismo. Porque no existe, en realidad, un cristianismo fácil y a la carta.

3) "Una vez agotadas todas las formas de tentación, *el demonio se alejó* de Él, hasta el momento oportuno". La lucha espiritual nunca concluye: es preciso estar siempre vigilantes, con las lámparas encendidas. Aquí el 'momento oportuno' es sin dudas el de la crucifixión (ver *Lc 23,35-39*). Se produce así lo que se llama una 'inclusión': desde el inicio hasta el fin, el ministerio pastoral de Jesús estará signado por la prueba y el discernimiento de lo que en verdad significa obrar como Hijo de Dios. También nuestra condición de discípulos misioneros se verá interpelada, y el Señor nos pedirá que demos una respuesta generosa desde nuestra libertad responsable. Es así que podemos preguntarnos: *¿en qué consiste la tentación del 'pan' en mi vida? ¿Cuáles son los reinos que se me presentan? ¿Cuál es el cristianismo light que a veces vislumbro como alternativo?*

[Domingo Iº de Cuaresma (C): Lc 4,1-13; Dt 26,1-10; Sal 90,1-15; Rom 10,5-13]

"Se les abrieron los ojos y descubrieron que estaban desnudos" (Gn 3,7)

La seducción que conlleva el fruto prohibido termina asociándose a la vergüenza: "La mujer vio que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir discernimiento, tomó de su fruto y comió"; pero luego "descubrieron que estaban desnudos" (*Gn 3,6-7*).

La experiencia de humillación que conlleva la vergüenza de la desnudez es presentada en el relato como la contracara de la presunción a la que había inducido la serpiente: "Se les abrirán los ojos y serán como dioses, conocedores del bien y del mal" (v.5). De

este modo, el pecado puede ser considerado como resultado de una consideración 'excesiva' y autorreferencial de sí mismo, en detrimento de Dios y sus preceptos. Y lo que acaba avergonzando es el intento prometeico de haberse querido igualar a Él.

La cultura contemporánea nos induce a pensar que somos demiurgos, creadore/as de nosotros/as mismo/as, y que nada debería quedar excluido de antemano a las posibilidades de nuestra libertad. Sin embargo, esto conduce a un deterioro vergonzoso de lo humano, puesto de manifiesto en las variadas modalidades de perversión psicológica, degradación ética y sinsentido existencial en que podemos recaer cuando vivimos a espaldas de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿Tengo un respetuoso sentido de lo sagrado y una justa consideración de mí mismo/a?

[Domingo Iº de Cuaresma (A): Gn 2,7-9; 3,1-7].

"La palabra que sale de mi boca no vuelve a mí estéril" (Is 55,11)

La Palabra del Señor no sólo es elocuente, sino también eficaz. Tiene la fuerza de la autenticidad, que es lo propio de Dios: la Palabra revela transparentemente su misterio, que es vida y salvación para el que la recibe. La Palabra es fecunda porque surge de la entraña misma del misterio trinitario: nos da a conocer la hondura de Dios.

En ocasiones, nuestras palabras son vacías y, faltas de contenido, se revelan estériles. Acaban significando poco o nada, en un fárrago de informaciones innecesarias o superficiales. Sólo el silencio madura la palabra y la torna elocuentemente significativa,

transformadoramente eficaz. Es en el silencio de María, que "la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14).

Podemos preguntarnos: ¿Dedico tiempo a la lectura orante de la Palabra?

**"Dios se arrepintió de las amenazas que les había hecho"
(Jon 3,10)**

La convicción de que Dios es lento para el enojo y rico en misericordia es muy recurrente en la Biblia. Incluso su aparente enojo se ordena a la conversión de su pueblo, o a la de los creyentes en particular. Lo que el Señor, en definitiva, quiere es que las personas se aparten del mal y vivan. Él no se complace en el castigo sino más bien en el perdón.

Esto es lo que ilustra el relato de Jonás en Nínive. Se trata de un cuento didáctico, que apunta a subrayar la intención salvífica universal de Yahveh. Lo único que se requiere al respecto es la conversión del corazón, cambiar de vida, no enquistarse ni reincidir en la maldad. Presupuesto esto, el Señor no hace acepción de personas: para Él todos somos iguales, destinatarios de su compasión y cercanía.

*Podemos preguntarnos: ¿Estoy abierto a la conversión?
¿Participo de los sentimientos y actitudes de misericordia propios de Dios?*

"¡No tengo a nadie fuera de ti, Señor!" (Est 3,25)

El clamor de Ester en medio de la angustia de su pueblo evoca la oración ferviente de quien se encuentra ante Dios en una

situación límite. Podemos pensar en crisis personales y catástrofes colectivas, como la ocurrida recientemente en Japón, en donde todo resguardo humano parece inútil, y en donde la esperanza sólo parecería poderse fundar, de modo atinado, en el Señor.

"¡No tengo a nadie fuera de ti!" (*Est 3,25*). En última instancia, esta es la verdad más decisiva y radical de la persona humana. Si bien nunca podríamos afirmar con M. Heidegger que somos arrojados a la existencia y tenemos que hacernos cargo de la angustia que esto supone, sí podríamos acordar con D. Bonhöffer que, en ocasiones, "estamos ante Dios, con Dios pero como sin Dios".

Por esta misma 'noche oscura' (Juan de la Cruz) pasaron innumerables místicos. La experiencia tal vez más conocida es la de Teresa de Lisieux, hacia el final de su vida; o también la sequedad interior de la que dio cuenta, respecto de su propia vida, Teresa de Calcuta. El mismo Jesús exclamará en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (*Mc 15,34*).

Podemos preguntarnos: en los momentos difíciles, ¿me acerco confiadamente al Señor?

"¿Acaso deseo Yo la muerte del pecador?" (*Ez 18,23*)

El Señor no se complace en la muerte del pecador, sino en que se convierta y viva (*Ez 18,23*). Verdad perogrullada, pero no siempre bien comprendida e internalizada, incluso por parte de los creyentes. Dios no busca complicarnos la vida, sino más bien salvarla. Todo lo que nos acontece a lo largo de nuestra existencia, en el plan providencial del Señor, se ordena a este único fin. Nadie es predestinado al mal, de ninguno Dios desespera.

Lo único que se nos pide en contrapartida es docilidad para buscar comprender ese plan providencial, que no deja de ser misterioso; y una consecuente y generosa responsabilidad ética, centrada principalmente en la justicia y el amor.

Podemos preguntarnos: ¿Confío en la misericordia del Señor y obro dócilmente en consecuencia?

"Pidan y se les dará, busquen y encontrarán" (Mt 7,7)

Resulta un poco extraño en nuestro anónimo mundo de hoy pensar que porque pidamos se nos dará, que porque busquemos encontraremos y que porque llamemos se nos abrirá. De hecho nuestra época se caracteriza por exponernos a frustraciones permanentes, como parte de un *marketing* que se despliega a partir de la insatisfacción de las personas, o estrategias de poder que se desarrollan a partir de la incertidumbre y la impredecibilidad.

Sin embargo, existe un deseo profundo con el cual esta estrategia de pedido, búsqueda y llamado insistentes sí funciona: es el ámbito de los anhelos decisivos de la existencia humana, que tienen que ver con los valores y el sentido último de las cosas, e inevitablemente, con la experiencia religiosa y creyente. Es sobre todo aquí donde es preciso no claudicar, para que se vaya decantando lo Absoluto en medio de contingencias relativas.

Me suelo preguntar: ¿En qué sentido estoy abierto al don, al hallazgo, a las puertas que se abren en mi vida?

"Si no son mejores que los letrados y fariseos..." (Mt 5,20)

Los letrados y fariseos eran buena gente, pero a mi gusto demasiado formales. Habían hecho del culto a la Ley o Torah el eje de sus vidas, pero también la habían enmarcado en un tradicionalismo legalista exagerado. Y así la ética que de ella se desprendía acababa siendo meramente exterior, rígida y casi sin vida.

Jesús pide una perfección mayor. No tanto la del cumplimiento estrictísimo, sino más bien la que surge de la gratuidad y el don. En lo práctico, esto incluye la cordialidad y la misericordia en las relaciones interpersonales, el espacio humano. Para Jesús, ser perfecto no es tanto hacer más y mejor, sino más bien dejarse imbuir de la presencia amorosa de Dios.

Me pregunto: ¿nos hacemos espacio para vivir más gratuita y distendidamente la vida? ¿Impregna esta gratuidad nuestro modo de relacionarnos con el Señor y con nuestros hermanos?

"Sean perfectos como el Padre celestial es perfecto" (Mt 5,48)

Las prácticas religiosas siempre se caracterizaron por exigir de sus fieles la perfección. La cuestión es en qué se fundó esa perfección. Por ejemplo, en las religiones primitivas, la perfección tenía que ver con el modo de proceder en rituales, y así adquiría connotaciones casi mágicas, ya que era 'tabú' transgredir lo pautado desde antiguo. En otros casos, la perfección se asoció a un celo fundamentalista, o a un espíritu de sacrificio casi ilimitado. En Occidente, un cierto modo de entender el cristianismo condujo también a prácticas morales con tonalidades narcisistas.

Para Jesús, en cambio, la perfección está en el amor a los enemigos: "Han oído que se dijo: 'Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo'. Yo, en cambio, les digo: 'Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los aborrecen y recen por los que los persiguen y calumnian. Así serán hijos de su Padre que está en el cielo'" (Mt 5,43-44).

¿Soy capaz de perdonar de corazón y trascender ese natural (y comprensible) espíritu de venganza que nos caracteriza como personas? ¿Qué pasos puedo dar al respecto?

Segunda Semana

“¡Qué bien estamos aquí!” (Lc 9,33)

1) En ocasiones, la vida nos hace experimentar las denominadas ‘*experiencias cumbre*’ (=peak experiences). Son momentos particularmente intensos, que reúnen plenitud de sentido, que condensan emociones indescriptibles, y que permanecerán en nuestra memoria como algo irrepetible e inefable. Una experiencia de amistad entrañable, un período laboral particularmente productivo, un viaje sorprendente e inolvidable, el descubrimiento de algunas intuiciones decisivas, un período vital de particular creatividad o fecundidad, un tiempo de oración y vida interior verdaderamente transformador.

También Jesús, casi previendo su pascua, vivirá una experiencia cumbre en el monte de la transfiguración: “Mientras oraba, su rostro cambió de aspecto y sus vestiduras se volvieron de una blancura deslumbrante”. En este contexto de oración en que

Lucas nos presenta varias veces a Jesús, el blanco deslumbrante parece anticiparnos su resurrección: un anticipo de lo definitivo.

Además, y en condiciones de esplendor semejantes a las de Jesús, “dos hombres conversaban con Él: eran Moisés y Elías, que aparecían revestidos de gloria y hablaban de la partida de Jesús, que iba a cumplirse en Jerusalén”. Moisés y Elías representan a la Ley (*Torah*) y los Profetas (*Nebihim*): es decir, las Escrituras de la Primera Alianza, la tradición del Antiguo Testamento. Si Jesús dialoga con ellos acerca de los acontecimientos pascales que deben cumplirse en Jerusalén, es señal de que todo está previsto en el libreto, y que los sucesos dramáticos de la pasión, hacia los cuales el Señor se encamina decididamente, tendrán un significado profundo: nada queda expuesto al azar, todo tendrá sentido. Es así que el futuro puede aguardarse con confianza y enfrentarse con decisión.

2) A la luz de lo dicho, es comprensible la reacción ingenuamente entusiasta de Pedro: “Maestro, ¡qué bien estamos aquí! *Hagamos tres carpas*”. Pedro podía haber pensado: ‘Que no se nos pase esta experiencia indescriptible, no la dejemos ir así nomás, congelemos este momento cumbre para siempre’. Es la tentación de lo que se denomina pecado de ‘presunción’, que podríamos resumir como la pretensión de un ‘paraíso ya’ y ‘a la carta’. Por eso el texto añade inmediatamente que “él no sabía lo que decía”. En efecto, las experiencias cumbre no pueden retenerse, sino que son para ser agradecidas, para renovar la esperanza creyente y luego dejarlas partir. Proceder de otro modo es portarse “como enemigos de la cruz de Cristo”: como lo hace el mismo Pedro en su impremeditación (ver *Mc 8,33*), destruyendo la

riqueza, encanto y mensaje de esas mismas experiencias que no se supieron consignar a tiempo.

3) La respuesta de lo alto sugiere estas mismas cosas: “*Éste es mi Hijo, el Elegido, escúchenlo*”. Es como si el Padre dijese: ‘Bajen de la montaña y reempresen la vida cotidiana, viviendo con mayor pasión la vida teologal, como hijos de la promesa, como lo hace mi Hijo Amado’. San Pablo toma conciencia también de esto mismo cuando afirma que “somos ciudadanos del cielo, y esperamos ardientemente que venga de allí como Salvador el Señor Jesucristo”. En efecto, escuchar al Hijo en la vida cotidiana y reproducir sus actitudes posibilita abrirse al futuro con entusiasmo y optimismo. Como lo hizo Abraham: “Mira hacia el cielo y, si puedes, cuenta las estrellas [...]. Así será tu descendencia”.

Podemos preguntarnos: ¿Cuáles fueron las experiencias cumbre más significativas que viví? ¿Qué actitud adopto hoy ante ellas: de presunción o de gratitud? ¿En qué sentido estas experiencias vividas nutren mi fe, esperanza y amor en la vida diaria?

[Domingo IIº de Cuaresma (C): Lc 9,28-36; Gn 15,5-18; Sal 26,1-14; Fp 3,17-4,1]

"Deja tu tierra natal y la casa de tu padre" (Gn 12,1)

La liturgia de este domingo vincula el episodio de la vocación de Abraham con el pasaje evangélico de la Transfiguración. Un común denominador de ambos relatos es la invitación a dejar lo seguro, conocido y gratificante. Para hacer auténtica experiencia de Dios, tenemos que ser capaces de abandonar y partir, mostrándonos libres frente a todo y a todos.

En efecto, la fe nos hace poner nuestra mirada únicamente en el Señor, estimulándonos a reestructurar la vida desde ese apoyo teológico fundamental: desde la escucha obediencial a la Palabra que Dios nos dirige, como lo hizo con Abraham (Gn 12,1) o con Pedro, Santiago y Juan (Mt 17,5: "Éste es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta mi predilección: escúchenlo").

Podemos preguntarnos: ¿Estoy dispuesto a dejar y partir?

[Domingo IIº de Cuaresma (A): Gn 12,1-4; Mt 17,1-9].

"Inventemos algún cargo contra él" (Jer 18,18)

La temática del justo perseguido aparece encarnada tanto en la figura del profeta Jeremías como en la vida de Jesús (ver Mt 20,17-28). En ambos casos, lo que genera resistencia y contradicción es la presentación diáfana de la verdad. En el caso de Jeremías, si la dirigencia del pueblo continuara apartándose de las exigencias de la Alianza, el anuncio de calamidades; y en el de Jesús, lo concerniente al desenlace de su propia vida: "Subimos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre va a ser entregado" (Mt 20,17).

La verdad genera resistencia en cada uno de nosotros, porque nos trasciende e interpela nuestra naturaleza herida, y por este motivo no nos deja tranquilos. Cuando la misma se encarna en un testigo histórico, inevitablemente surge en nosotros alguna de estas dos posibles actitudes: la feroz resistencia a lo que hemos percibido agrediendo al mensajero, o la humilde aceptación de que algo tendrá que modificarse en nosotros.

Podemos preguntarnos: ¿Cuál es mi actitud ante la verdad evangélica que me interpela?

"Sean compasivos como el Padre de ustedes es compasivo" (Lc 6,36)

El relato de hoy es recurrente, al insistir en que se nos pagará con la misma moneda que nosotros utilizamos para con nuestro prójimo: "No juzguen, y no serán juzgados; no condenen, y no serán condenados; perdonen, y serán perdonados; den, y se les dará [...]. La medida que usen, la usarán con ustedes". Lo que Jesús nos propone es medir todo con la misma vara. Dicho en positivo, "amar al prójimo como a uno mismo", y "ser compasivos como el Padre de ustedes es compasivo".

Por lo general, y en todos los órdenes de la vida, solemos evaluar con criterios diferentes las conductas ajenas y la propia. Incluso sin ser del todo conscientes, tendemos a ser exigentes con la ética de los demás, y laxos o al menos condescendientes con la propia; reclamamos legítimos derechos individuales, porque los consideramos justos, pero no nos responsabilizamos con la misma pasión y empeño por el bien común, que es el bien de todos y de cada uno.

Me pregunto, ¿soy capaz de colocarme en el lugar del otro, al momento de juzgar, decidir y actuar?

"Hagan y observen..., pero no imiten su conducta" (Mt 23,3)

En todos nosotros existen contradicciones entre lo que decimos y hacemos, entre los valores que proclamamos y las acciones que en la práctica concretamos. Cuanto más elevado el discurso ético o prestigiosa la organización al respecto, o cuanto más alto en el escalafón jerárquico estén algunos de sus miembros, tanto más

notorias y detestables pueden resultar las incoherencias y dobles discursos de sus integrantes. Esto que sucede en el marco de cualquier sociedad o institución humana se aplica con mayor razón a las de orden religioso, ya que normalmente de ellas se espera un más elevado y sólido testimonio de transparencia y moralidad.

Jesús critica la hipocresía de los escribas y fariseos, laicos piadosos del judaísmo de su tiempo que, debido en parte al tradicionalismo que los rodeaba y su falta de humanidad, acababan escandalizando a los pequeños o gente sencilla de su entorno.

También hoy algunos graves pecados de pedofilia de miembros de la jerarquía eclesial, ampliamente difundidos por los medios; los ya no tan solapados intereses económicos y políticos de algunos nuevos movimientos religiosos (como la Iglesia Universal del Reino de Dios); ciertas prácticas fundamentalistas incitadas en contextos islámicos, o políticamente manipuladas en relación al hinduismo en la India; o el aparente silencio en cierta ortodoxia judía de Jerusalén en referencia a los abusos contra los derechos humanos de muchos palestinos por parte de autoridades israelíes, entre otros muchos ejemplos que podrían proponerse o debatirse, pueden hacer hoy menos creíble el discurso religioso, como así también su efectivo poder dignificador y liberador.

Podemos preguntarnos, ¿en qué área de mi vida debería ser un poco más coherente? ¿Qué pasos puedo dar al respecto?

"El que quiera ser el primero entre ustedes..." (Mt 20,27)

A todos nos gusta mandar, incidir en las opiniones ajenas, y tener control sobre las situaciones socialmente conflictivas. Los discípulos de Jesús no escapaban a esta tendencia tan humana, y

por ello discutían y peleaban entre sí para ver quién era el mayor. En contrapartida, el Señor les propone la grandeza del servicio, que Él mismo ejemplificará por medio del lavatorio de pies, poco antes de morir.

El que sirve pone en primer lugar a los demás, pero procediendo así, los incluye en su vida: ésta se expande con nuevo espacio y vínculos teologales. De este modo despliega su humanidad y crece. En cambio, quien se deja llevar por la fascinación del dominio ('Tener y controlar para ser más'), pone una distancia mortal frente a los demás. Esto lo aísla y empobrece. Al desconfiar y no entrar en comunión, acaba recortando e inhibiendo su propia humanidad.

Desde el centro narcisista de los flashes y el poder no puede apreciarse y disfrutarse en profundidad la escena. Desde las márgenes, en cambio, se tiene una mejor perspectiva y serenidad para brindar por la vida. Es cierto que sólo quien está seguro del propio valor personal y tiene una autoestima bien fundada en su condición de hija/o de Dios puede 'arriesgarse' a descentrarse y servir: a resignar sus intereses y, llegado el caso, ceder el mando. En cambio, quien ha hecho de su propio espacio de potestad un medio para sus fines mezquinos, cuando se ve obligado a resignarlo tiene la impresión de quedarse sin nada..., y sola/o.

Podemos preguntarnos, ¿cómo utilizo el espacio social del que dispongo? ¿Hago del empoderamiento personal o sectorial un culto? ¿Cómo ejerzo la autoridad?

"Había un hombre rico..., y uno pobre, llamado Lázaro" (Lc 16,19)

El contraste entre sociedades y sectores opulentos ('el rico que banqueteaba' como *winner*), y naciones y enclaves misérrimos (simbolizados en 'el pobre Lázaro' que aparece como un *looser*) constituye hoy más que en otros tiempos un dramático y alarmante pecado social que 'clama al cielo'.

La concentración de riqueza, asociada a un mayor desarrollo humano y a niveles mucho más aceptables y superiores de capital intelectual, social y simbólico, se presenta como la contracara de una masa amorfa de millones de anónimas personas que viven por debajo de la línea de indigencia, con menos de dos dólares diarios *per capita*, y que sin embargo están presentes de un modo preferencialmente entrañable en el corazón de Dios. Una brecha aparentemente infranqueable se establece entre ambos grupos humanos en la denominada 'sociedad líquida' (Z. Bauman) global.

La parábola de Jesús, al proponernos como horizonte último de nuestra existencia un juicio compensador, en el que el pobre resulta beneficiado entrando en el seno de Abraham y el rico insensible es castigado gimiendo en el *Sheol* (=lugar de los muertos), más que atemorizarnos o aletargar nuestra responsabilidad personal (según convenga), busca hacernos reaccionar, despertándonos de ese sopor o incomprensible letargo al que nos hemos venido habituando, e invitándonos a tomar algún tipo de iniciativa al respecto.

Todos podemos hacer algo para reconocer e incluir al que está afuera permanente o temporalmente, y todos podemos hacer algo para mejorar nuestra calidad de inserción y participación, superando

creativamente la tentación de la violencia ciega que a nada conduce.

Podemos preguntarnos: ¿Qué iniciativa tomo para hacer partícipe de lo mío (espacio social, bienes, conocimientos, tiempo) al que no tiene? ¿Qué actitudes creativas adopto para no dejarme vencer por el resentimiento en las situaciones en las que me experimento marginado?

"La piedra que los constructores desecharon" (Mt 21,42)

La parábola de los viñadores homicidas preanuncia la muerte de Jesús. Es una imagen viva del rechazo que el Señor experimentará de parte de los sectores influyentes de su pueblo, pero también de la resistencia que el mensaje evangélico y sus anunciadores padecerán a lo largo de la historia. En particular, esta parábola se convierte en una metáfora viva del Occidente moderno y postmoderno, en cuya cultura hegemónica parecería no existir lugar para el Hijo-Heredero, sino más bien una preponderante actitud de abierto rechazo.

El dramatismo de la parábola, que pone de manifiesto la necesidad con que proceden los viñadores y el castigo que en consecuencia merecerían, suscita en nosotros la pregunta acerca de nuestra disposición para recibir al Hijo-Palabra. Él adviene a nuestra vida como enviado del Padre a través del anuncio de los discípulos-misioneros (=la Iglesia, pueblo de Dios), pero también mediando su presencia en el rostro de los pobres, en quienes acostumbra 'ocultar su gloria'.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy abierto a la fe, y dispuesto a vivir sus implicaciones éticas? ¿Percibo en mí dureza de corazón o

resistencia a las insinuaciones del Espíritu? ¿Tengo una actitud de asombro y apertura frente a los heraldos del Evangelio?

"Padre, he pecado contra el cielo y contra ti" (Lc 15,21)

La parábola del padre misericordioso nos presenta dos modos diferentes de alejamiento. Por un lado, el del hijo menor, que tomó 'la parte que le correspondía', se alejó, y dilapidó la herencia de su padre. Pero también el del hijo mayor, que si bien es cierto se quedó en casa trabajando, en realidad nunca acabó de descubrir (a) a su padre como padre ("Hace tantos años que te sirvo" como esclavo, aclararía la palabra griega *duleuo*); (b) ni a su hermano como hermano ("Este hijo tuyo..."). Ambos hijos tienen necesidad de experimentar la misericordia del Padre (H. Nouwen). Mirado así, ambos hijos tienen necesidad de conversión.

En efecto, el hijo menor se presenta como icono privilegiado de nuestro alejamiento de juventud: faltos de experiencia, encandilados por el afán de libertad y de una vida a nuestra medida, presuntuosos de poderlo todo ilimitadamente, de disfrutar sin restricción alguna, sin norma ni ley, acabamos 'haciendo la nuestra' por cuenta propia (*Just do it!*). Es una imagen también de la veleidad de pueblos e idiosincrasias jóvenes, sin suficiente tradición a sus espaldas con la que dialogar o confrontarse.

El hijo mayor, en cambio, es preferentemente imagen del pecado adulto y tiende a prevalecer en los *ethos* culturales sedimentados: se asocia a la rigidez de una posición laboriosamente adquirida, a un creer que ya no se le debe nada a nadie (lo cual hace perder el sentido de gratitud), a pensar que se

puede juzgar duramente a los demás con inmunidad desde el inmaculado tribunal de Dios.

El hijo menor que subsiste en nosotros está llamado a descubrir la claridad y calidez del hogar paterno, a saber, una vida en la presencia de Dios, mediada por la participación de una comunidad (cristiana) que acoge y libera. Nuestro hijo mayor, en cambio, tendrá que ablandar el corazón, adquiriendo los sentimientos compasivos del Padre, reconociendo con alivio y gratitud el don de Dios en la propia vida y abriéndose con gratitud al perdón y la misericordia.

En este tiempo de Cuaresma podemos preguntarnos, ¿qué puedo hacer para interiorizar un poco más los sentimientos del Padre?

Tercera Semana

**“¿Creen que eran más culpables que los demás?”
(Lc 13,4)**

1) Cuando *acontece una catástrofe* o alguna persona cercana atraviesa una situación límite, podemos estar tentados de buscar un ‘chivo expiatorio’ (‘Juicio y castigo’). O por el contrario, pensar que eso se debe a que alguien no hizo bien las cosas (‘Por algo será...’). En definitiva, así pensaba la gente en tiempos de Jesús. Por eso el Señor se pregunta retóricamente: “¿Creen ustedes que esos galileos [sacrificados por Pilato en el Templo] sufrieron todo esto porque eran más pecadores que los demás? [...]. ¿Creen que las dieciocho personas que murieron cuando se desplomó la torre

de Siloé, eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén?”. Y se encarga de aclarar: “Les aseguro que no, y si ustedes no se convierten, todos acabarán de la misma manera”.

La primera constatación, entonces, es que no existe una relación directa entre pecado (personal o social) y sufrimiento, y que no es que quienes más sufren lo hacen porque son peores personas. Al menos no para Jesús, quien siendo Justo murió en la cruz. Por el contrario, una percepción sapiencial de la historia nos hace ver que ésta última es ‘una larga paciencia de Dios’: una invitación permanente a la reflexión y a la conversión de actitudes, que habitualmente sucede y madura a lo largo del tiempo y los años, nutrida de variadas experiencias leídas a la luz de la fe.

2) Es lo que expresa simbólicamente la metáfora evangélica de la *higuera que no acababa de dar higos*. Cuando el dueño del campo diga a su empleado: “Hace tres años que vengo a buscar frutos en esta higuera y no los encuentro. Córdala, ¿para qué malgastar la tierra?”, la respuesta de éste será: “Señor, déjala todavía este año; yo removeré la tierra alrededor de ella y la abonaré. Puede ser que así dé frutos en adelante. Si no, la cortarás”. Como este campesino laborioso, Dios es “lento para enojarse y de gran misericordia”: no tiene apuro por resolver las situaciones ambiguas, se toma su tiempo porque tiene fundadas esperanzas en lo que es objeto de sus desvelos.

Esta proverbial paciencia de Dios, más que dejarnos pasivos o convertirnos en seres indolentes, nos invita a recapacitar, para poder retribuir mediante una respuesta personal que surja de nuestra vigilancia creyente. Eso es lo que también nos enseña la historia sagrada, por vía negativa y de acuerdo al *Midrash* paulino: “Todos comieron la misma comida y bebieron la misma bebida

espiritual [...]. A pesar de esto, muy pocos de ellos fueron agradables a Dios, porque sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto. Todo esto aconteció simbólicamente para ejemplo nuestro, a fin de que no nos dejemos arrastrar por los malos deseos, como lo hicieron nuestros padres”. El corolario es simple: si bien no existe en la historia presente una relación directa entre pecado y castigo, de cara al Reino definitivo no hay que abusar de la paciencia de Dios. Y así, “el que se cree muy seguro, ¡cuídese de no caer!”.

3) Existe un punto de convergencia entre la paciencia histórica de Dios de cara al sufrimiento humano y el llamado a la vigilancia por parte del hombre: la *compasión entrañable de Dios*, que se manifiesta en su propio abajamiento, y que lo lleva a hacer experiencia personal del dolor humano en el misterio de la cruz. “Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor, provocados por sus capataces. Sí, conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado a librarlo del poder de los egipcios y a hacerlo subir, desde aquel país, a una tierra fértil y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel. Ahora ve, Yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas”.

En última instancia, si el Señor es paciente frente a todo aquello que en la historia ‘no cierra’, es porque pretende liberar a su pueblo, y a cada uno de nosotros desde dentro de ella. Unido al misterio de Cristo, el sufrimiento está llamado a despertar en nosotros una radical vigilancia creyente, para descubrir en el día a día la presencia del Señor que busca darnos vida plena y eterna por la fe. La adversidad abre las pupilas de nuestro corazón para que descubramos esa presencia amorosa y entrañable de Dios en los

acontecimientos cotidianos, tornándonos simultáneamente compasivos 'frente al hermano sólo y desamparado'.

Podemos preguntarnos: ¿Qué situaciones de sufrimiento, propio o ajeno, me han afectado realmente en este último tiempo? ¿En qué sentido abrieron mi corazón a la vigilancia? ¿Descubrí la presencia del Señor en todo esto? ¿En qué sentido me hicieron más misericordioso con quienes sufren a mi lado?

[Domingo IIIº de Cuaresma (C): Lc 13,1-9; Ex 3,1-15; Sal 102,1-11; 1 Co 10,1-12]

"Escucha los preceptos y las leyes que yo les enseño" (Dt 4,1.5-9)

Hoy hemos perdido la capacidad de escuchar. La multiplicidad de mensajes nos dificulta prestar atención, y fácilmente nos dispersamos. Escuchar supone captar el sentido profundo de lo que se está diciendo o comunicando, y obrar en consecuencia. Por eso, tanto en la lengua hebrea como en el griego bíblico, 'escuchar' tiene la misma etimología que 'obedecer'.

'Escuchar' los preceptos y las leyes que Yahveh enseña conlleva el deber de 'obedecer' y ponerlos en práctica. De esa docilidad dependerá tener vida, es decir, ser felices. En ocasiones, lo que más bien escuchamos son los mensajes publicitarios o las propuestas de vida vanas. Son las que no conllevan una invitación a vivir sapiencialmente, sino más bien, a rondar en la superficie, sin anclaje profundo.

Escuchar la fugacidad banal de palabras sin norte conduce a un presuntuoso encandilamiento o a la escéptica decepción. Podemos preguntarnos: *¿A quién estoy escuchando?*

**"Ésta es la nación que no ha escuchado la voz del Señor"
(Jer 7,28)**

"Ellos no escucharon ni inclinaron sus oídos, sino que obraron según sus designios, según los impulsos de su corazón obstinado y perverso; se volvieron atrás, no hacia adelante" (Jer 7,25). Éste es el reproche que hace el Señor por medio del profeta: 'No escuchan ni quieren escuchar; no me prestan atención y continúan haciendo la suya'.

La advertencia puede dirigirse a cada uno/a de nosotros/as individualmente, particularmente en este tiempo de Cuaresma, pero también podría tener por destinatario un colectivo: un grupo humano, un sector de la sociedad, el conjunto de una nación. Lo cierto es que cuando las cosas no se hacen bien, a saber, con criterios éticos fundados en valores trascendentes, los resultados no pueden ser buenos. Al menos no a mediano y largo plazo.

Hoy nos quejamos del deterioro de muchas instituciones y de la vida social en general. Hace unos años, los obispos argentinos advertían que era muy difícil encontrar "pasión por el bien común", y de hecho, hoy constatamos ampliamente que prima el 'sálvese quien pueda'. En la raíz de este deterioro existen connotaciones morales que se emparentan con una pérdida del fervor religioso y el sentido de trascendencia. Del mismo modo que la fe anima la solidaridad, inevitablemente el secularismo conduce a la injusticia.

Podemos preguntarnos: ¿Vivo anclado en un sentido trascendente de la vida?

"Yo los sanaré de su apostasía" (Os 14,5)

Las advertencias y amenazas vertidas por los profetas hacia el siglo VIII a.C. derivan, finalmente, en insistentes y esperanzadas promesas de restauración y misericordia por parte de Yahveh. En última instancia, será el Señor quien tendrá la iniciativa y sanará a su pueblo de la apostasía e infidelidad: "Seré como rocío para Israel" (Os 14,6).

También en nuestras vidas, el único capaz de sanarnos en profundidad, y de forma decisiva, es Dios. Solamente la iniciativa de su amor generoso (v.5), a modo de rocío, es capaz de restablecernos en lo mejor de nosotros mismo/as, vivificándonos desde nuestra más profunda dignidad de hijo/as suyo/as.

Podemos preguntarnos: ¿Confío y me abro a la sanante misericordia de Dios?

"Ningún profeta es bien mirado en su tierra" (Lc 4,24)

¿Te sientes identificado con el título? Es como si en cualquier lugar se pudiera tener autoridad moral, menos entre los que te conocen, o dicen conocerte un poco... Le pasó al mismo Jesús, a quien consideraban, incrédulamente, "el hijo del carpintero".

Es cierto que también nos suele ocurrir a la inversa: a nuestro modo de ver, la cercanía con otras personas es motivo más que suficiente para no dejarnos interpelar por su palabra, testimonio y experiencia de vida. Como si la familiaridad las desautorizara por completo.

Pese a una apariencia en contrario, que suceda esto es bueno, ya que nos habla de un ideal ético-religioso (cristiano) que nunca acaba de encarnarse y ser alcanzado, que siempre anhelamos y los

demás también anhelan. Además, nos invita a consolidar una mayor coherencia de vida de cara a los cercanos, y una creativa iniciativa en nuestros gestos al momento de intentar llegar a los lejanos. Por último, estimula el cultivo del respeto recíproco, para que la fuerza interpelante de las personas y la propia dignidad de hijos e hijas de Dios 'no se desgaste' ni vacíe, y para que conservemos esa capacidad de asombro por la otra persona que los contemporáneos y conocidos de Jesús parecían haber perdido.

Podemos preguntarnos: ¿Qué puedo hacer para que mi testimonio de vida ético (religioso y cristiano) sea más consistente y elocuente? ¿En qué sentido los rechazos me invitan a ir 'más allá de mis fronteras' personales y sociales?

"¿Cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano?" (Mt 18,21)

En ocasiones algunas personas nos hacen perder la paciencia recurrentemente. Sobre todo cuando nos da la impresión de que nuestros derechos, espacios o dignidad son avasallados por actitudes negligentes, displicentes o agresivas que se tornan habituales por repetirse una y otra vez. Es entonces cuando se nos hace más difícil no tomar en cuenta el agravio y perdonar 'en serio'.

Simón Pedro creía comprender bien a Jesús cuando proponía perdonar hasta siete veces, número que en el imaginario bíblico expresa perfección o plenitud. Pero el Señor va más allá de este número limitado de veces, y propone a sus discípulos perdonar hasta "setenta veces siete". Es decir, siempre, ilimitadamente.

Evidentemente, toda ofensa o agravio tiende a herirnos y a poner de manifiesto nuestra vulnerabilidad intrínseca de creaturas.

Sin embargo, la falta de perdón puede ser aún más destructiva que la misma agresión padecida. Por eso estamos llamados a trascender el perjuicio sufrido. Más aún, el Evangelio de Jesús nos invita a ponernos en lugar de la otra persona, ya que sólo intentando comprenderla en profundidad tendremos la libertad interior necesaria para perdonarla de corazón. Sobre todo cuando la injusticia infligida se deba a que ella 'no sabe lo que hace'.

Mirado así el hecho de vida, la injusticia que conduce al perdón se convierte en una ocasión providencial de crecimiento humano-espiritual, debido a que nos posibilita 'elevarnos a lo mejor de nosotros mismos' (A. López Quintás). Esto no obsta que podamos precavernos al momento de evitar futuros agravios, interponiendo una saludable distancia de perspectiva respecto de la persona agresora. Porque la capacidad de perdón no debe ignorar la justicia y el respeto (que es su expresión concreta en las relaciones interpersonales), ni tampoco identificarse con enfermizas tendencias masoquistas...

Podemos preguntarnos, ¿tengo como deuda pendiente algún perdón aún no concedido? ¿Qué pasos puedo dar para destrabar esta situación y recuperar la verdadera paz de espíritu?

"Yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento" (Mt 5,17)

En ocasiones se contraponen el contenido del Nuevo Testamento con el del Antiguo o Primera Alianza. Es cierto que existe un salto cualitativo entre la propuesta de vida que nos hace Jesús, y la que preparaba su venida al mundo de la mano de la Ley y los Profetas. Sin embargo, debemos insistir y profundizar los

aspectos que expresan continuidad entre ambos momentos de la economía salvífica o historia de salvación.

Jesús ahonda de modo novedoso y universaliza sin restricciones de raza o condición la Alianza que Yahveh había sellado con el pueblo hebreo. De este modo nos permite descubrir un nuevo rostro de la misericordia divina: la que tiene su origen en el Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

Históricamente hablando, una fuerte contraposición entre los contenidos de la Primera o mal llamada Antigua Alianza, y el Nuevo o Definitivo Testamento contribuyó a descalificar la tradición judaica antigua, y en consecuencia, tendió a fomentar indirectamente un antisemitismo en Occidente.

A la luz de los actuales estudios interreligiosos, los cristianos valoramos hoy mucho más la importancia de la *Tanaj* (*Torah* o Ley, *Nebihim* o Profetas, *Ketubim* o demás Escritos de la Biblia hebrea), ya que percibimos que de su buena comprensión y familiaridad depende una correcta interpretación de nuestra Biblia, que además de la herencia hebrea incluye las enseñanzas y vida de Jesús, las cartas de San Pablo y otros escritos que incluimos en lo que denominamos Nuevo Testamento.

Podemos preguntarnos: ¿Qué puedo hacer para familiarizarme un poco más con los escritos de la Primera Alianza? ¿En qué sentido esto me invita a una mayor apertura interreligiosa, en especial con el judaísmo?

"Éste expulsa a los demonios por el poder de Belzebul" (Lc 11,15)

Algunos contemporáneos de Jesús pensaban que Él expulsaba demonios con el poder del Diablo. En respuesta, su argumentación era muy sencilla: un reino dividido no puede subsistir, el Maligno no puede expulsarse a sí mismo. Por supuesto que detrás de estas objeciones que se hacían al Señor existía una actitud refractaria a su mensaje de vida y salvación. Acusarlo de que actuaba por obra de los demonios era una razón más que suficiente para no tener que creer en Él y cambiar de vida.

Esto nos conduce a la consideración de los variados modos en que las personas acostumbramos estigmatizarnos unas a las otras. Por diferentes motivos, siempre buscamos 'la quinta pata al gato' o encontramos 'el pelo en la lengua' en la conducta ajena. Así descalificamos de antemano la autoridad y testimonio de aquél o aquella que podría abrirnos nuevos horizontes en la vida (humano-espiritual), invitándonos a crecer (también como creyentes o cristianos).

La actitud de Jesús está en la antípoda de este comportamiento mezquino e insensato: Él hace todo lo posible por valorar y recoger los signos de vida que, pese a sus límites, existe en el prójimo, para que nada se pierda; intenta rescatar 'la mecha humeante' para que no se apague, o la 'caña doblada' para que no se quiebre. En eso consiste su mirada de amor: en procurar intuir y afianzar lo mejor del hermano o la hermana.

Podemos preguntarnos: ¿A qué persona concreta debería mirar con mejores ojos?

"¿Qué mandamiento es el primero de todos?" (Mc 12,28)

Para los tiempos de Jesús, la tradición farisaica había multiplicado significativamente los preceptos de la Ley, llegando éstos al interesante número de 613. Como no siempre estas normas aparecían ordenadas y jerarquizadas, para la mayor parte del pueblo de la tierra, que no tenía formación rabínica, su observancia se tornaba engorrosa. En este contexto, no nos tiene que llamar la atención que un escriba estudioso de la Ley le pregunte a Jesús qué mandamiento es el primero.

Todas las tradiciones religiosas, incluyendo al cristianismo, pueden caer en una progresiva multiplicación de preceptos, prácticas y rituales, acumulados en el tiempo, en donde cueste finalmente identificar lo que es más importante y decisivo. Según la respuesta de Jesús, en consonancia con los libros bíblicos del Deuteronomio y el Levítico, lo que debe primar es el amor: a Dios, "con todo el corazón, con toda el alma, con toda tu mente y con todas las fuerzas", y "al prójimo como a ti mismo". Puede decirse que en esto se resume la ética cristiana.

Cuando el cristianismo cae en el cumplimiento formal de preceptos y olvida el amor, pierde su motivación y rumbo más original y específico. Ingresa en una lógica contractual, más que en la del don. El contrato defiende y protege de cara a una 'injerencia exagerada' de Dios o de los demás en la propia vida, pero por eso mismo impide la emergencia de la gratitud y la gratuidad, que debería impregnar desde lo profundo la vida de los hijos e hijas de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿está mi vida verdaderamente impregnada por el amor a Dios y al prójimo? ¿Es el amor el móvil último de mi ética?

"¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!" (Lc 18,13)

Una de las experiencias más difíciles de interiorizar en la vida es la de la gratuidad incondicional, asociada a la 'amabilidad intrínseca de nuestro ser' (A. Cencini). Por lo general, nos cuesta aceptar recibir algo (un 'don') que no venga a cuenta de algo, que no responda a un mérito o esfuerzo nuestro previo. Naturalmente, en nosotros prima una lógica contractual: tengo lo que me gané y merezco. Esta misma actitud podemos asumir frente a Dios.

Es lo que hacía el fariseo de la parábola, orando con actitud autosuficiente en el Templo, considerándose superior al publicano. Pero esa misma soberbia altiva lo tornaba impermeable y refractario a la acción gratuita de Dios, quien perdonando justifica al pecador. En cambio, el publicano reconocía su falta con humildad. Posiblemente había abusado de su función de recaudador de impuestos cobrando más de lo que correspondía y ensanchando así su peculio a costa de miembros concretos de su pueblo, gente que apenas tenía lo necesario para vivir. Sin embargo, porque se reconocía pecador ("¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!"), se terminaba abriendo a la misericordia divina, y al hacer esta experiencia superlativa de gratuidad, posibilitaba en él un cambio radical de vida, análogo al de Zaqueo en el capítulo siguiente (ver Lc 19,1-10).

Es cierto que sólo podemos reconocer nuestros pecados en un contexto de gratuidad y amor incondicional. Porque, en realidad,

nada nos torna más vulnerables que aceptar no haber sido buenas personas. Nada denigra tanto a un ser humano, ante su propia consideración o la ajena, como la constatación de una flagrante bajeza moral: sobre todo la que se expresa en términos de injusticia hacia el débil o menesteroso (el pobre). Por eso es que nos resistimos a la confesión (no sólo sacramental) de nuestras faltas, y tendemos a ocultarlas celosamente de la mirada inquisidora de los demás. En cambio, nos abrimos con autenticidad y somos capaces de manifestar nuestras miserias cuando nos sentimos misericordiosamente amados: como el publicano ante Dios, que sin levantar la mirada, se golpeaba el pecho desde fuera y pedía perdón.

Podemos preguntarnos: ¿De qué falta o pecado debería pedir perdón, tanto a personas concretas como a Dios? ¿Cómo puedo expresar gestual y ritualmente ese sincero deseo de conversión?

Cuarta Semana

“Padre, pequé contra el cielo y contra ti” (Lc 15,21)

La *parábola del Padre Misericordioso* se enmarca en el contexto de otras dos (la de la oveja y la de la moneda perdidas) que abordan el tema de la conversión como ‘hallazgo gozoso’. Todas ellas buscan mostrar a los escribas y fariseos por qué el Señor come con publicanos y pecadores. En este caso se vale de la metáfora de los dos hijos, el menor y el mayor.

1) “El menor de ellos dijo a su padre: ‘Padre, dame la parte de herencia que me corresponde’”. Recoge todo lo que tiene y se va a

un país lejano “donde malgastó sus bienes en una vida inmoral”. Luego “comenzó a sufrir privaciones” y “se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos”. El relato afirma que “él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba”.

El hijo menor es el que imagina ilusoriamente un porvenir al margen de Dios, fuera de la casa paterna, persiguiendo una libertad sin otras referencias que el propio bienestar y la gratificación egoísta de los sentidos. Este camino acaba cerrándose sobre sí mismo. Esto queda puesto de manifiesto en la referencia a los cerdos, que eran para los judíos animales impuros. El hijo menor retrata la tentación predominante de la edad juvenil, que naturalmente explora caminos propios y tiende a poner distancia respecto de la tradición y el orden establecido. Se convierte también en una imagen del *ethos* prevalente en personas que participan de un humus cultural relativamente reciente, de pueblos jóvenes todavía no suficientemente consolidados.

2) Este hijo es el que recapacita (*‘vuelve en sí’*), y aunque es más difícil volver que irse, toma la decisión de regresar: “Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros”. Sin embargo, y contra todos los pronósticos, este hijo se encuentra con un padre que lo perdona: “Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó”. Es decir, traduce su afecto en gestos concretos de cercanía física. Pero además lo dignifica: “Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies”: el vestido identifica el rango social de la persona; el anillo expresa su

condición de hijo (y por lo tanto, de heredero); las sandalias muestran que el que regresa es recibido como hombre libre y no como esclavo. Pero además hay fiesta: “Traigan el ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado”. En efecto, en el Evangelio de Lucas el mayor motivo de alegría es la conversión del pecador.

3) Sin embargo, no sólo el hijo menor necesita conversión: también *el hijo mayor*, que de momento parece incapaz de compartir la alegría del Padre (H. Nouwen). También a él saldrá el padre a buscarlo, sin preocuparse tampoco en este caso de poner en riesgo su imagen social, no actuando de acuerdo a como lo haría en su lugar ‘una persona honorable’: “El hijo mayor estaba en el campo [...]. Él se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara, pero él le respondió: ‘Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. ¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado!’”.

El hijo mayor es expresión de ese endurecimiento de corazón más típico de la edad adulta. Es el que tiene conciencia de haber adquirido lo que tiene por propio esfuerzo, sin deberle nada a nadie. Pero por esto mismo, es el que se aísla y enquistado en sus prejuicios, el que no disfruta de la presencia en el hogar, el que no reconoce al padre como tal ni a su hermano. Es el que ha perdido la capacidad de gratitud, y por lo tanto, de gratuidad: se ha tornado hosco. Su pecado es más del espíritu que de la carne, y posiblemente por esto, más difícil de convertir. Al salir también al encuentro de este hijo, el padre quiere ayudarle a valorar lo que

siempre él ha tenido: “Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Es justo que haya fiesta y alegría, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”.

4) Ambos hijos necesitan interiorizar *las actitudes del padre*, e iniciar una vida nueva. Ambos hijos necesitan comenzar a comer de “los productos del país” y ya no del maná perimido, porque “el que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente”. Puede que cada uno de nosotros, bajo diferentes perspectivas, tendamos a identificarnos con alguno de los hijos, con uno más que otro; o también, que tengamos algo de ambos. Lo importante (insiste H. Nouwen) es que adquiramos y maduremos los sentimientos del padre. De hecho, “Dios nos reconcilió con Él por intermedio de Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque es Dios el que estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos la palabra de la reconciliación”. A partir de este acontecimiento, de lo que se trata es de pasar de la misericordia recibida (como hijo menor o como hijo mayor) a la misericordia ofrecida.

Podemos preguntarnos: ¿En qué momento de mi vida experimenté el abrazo del Padre? ¿Qué dureza de corazón tengo que poner hoy en remojo y ablandar? ¿Qué paso puedo dar para seguir interiorizando las entrañas de misericordia propias del Padre?

*[Domingo IVº de Cuaresma (C): Lc 15,1-3.11-32; Jos 4,19;
5,10-12; 1 Co 5,17-21]*

"El hombre ve las apariencias, pero Dios ve el corazón" (1 Sam 16,7)

A diferencia del hombre, que se guía por las apariencias de superficie, la mirada de Dios es profunda y decisiva, va a lo esencial. El Señor nos ve en lo que realmente somos en su presencia, a la luz de ese designio definitivo que Él tiene sobre nuestras existencias.

No hay que entender estas afirmaciones como un determinismo que atenta contra nuestra libertad, sino más bien, como una invitación a la confianza en Aquél que nos conoce mejor que nosotros/as mismo/as, porque fuimos creado/as y redimido/as por Él.

La fe es la justa respuesta a esta convicción de fondo. La misma nos hace como sumergirnos en la creatividad absoluta del Señor, permitiéndonos reingresar en la existencia con un tono decididamente nuevo y esperanzador: el que se abre al don inédito de cara a la finitud.

Podemos preguntarnos: ¿Busco participar de esa mirada profunda y creativa de Dios?

[Domingo IVº de Cuaresma (A): 1 Sam 16, 1-13; Jn 9, 1-41].

"El agua descendía por debajo del costado derecho de la Casa" (Ez 40,2)

Así como, de acuerdo a la metáfora profética, del templo de Jerusalén salía un torrente de agua que saneaba las aguas fétidas del mar Muerto, del costado abierto de Cristo traspasado manará sangre y agua (ver Jn 19,34).

El agua, que tiene un simbolismo universal de purificación, utilizado en numerosos ritos de abluciones, tanto en el Judaísmo, como en el Islam o en el Hinduismo, se convierte para los cristianos en expresión del poder purificador del bautismo, que brota como un don asombroso del misterio pascual de Cristo muerto y resucitado.

A medida que avanzamos por este tiempo cuaresmal, nos vamos sintiendo como ese mar necesitado de saneamiento radical. Ese milagro sólo puede provenir, a modo de signo, del nuevo Templo, que es Cristo.

Podemos preguntarnos: ¿Me dispongo a ser purificado por el Señor? ¿He procurado reconciliarme sacramentalmente con Dios en este tiempo de Cuaresma?

"¿Se olvida una madre de su criatura?" (Is 49,15)

En los momentos oscuros de nuestra vida puede parecernos que el Señor no nos escucha: alguien cercano a nosotros se enferma, perdemos el trabajo, no conseguimos superar una dificultad familiar, etc. Es entonces que podemos sentirnos solos y abandonados, como defraudados incluso por Dios.

Sin embargo, Él está siempre presente, orientando nuestras experiencias de vida en orden a nuestro crecimiento y salvación. La metáfora que utiliza Isaías para expresarlo es más que elocuente: "¿Se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus entrañas? ¡Pero aunque ella se olvide, Yo no te olvidaré" (Is 49,15).

Podemos preguntarnos: ¿Confío verdaderamente en el Señor?

"Tu pueblo, ése que hiciste salir de Egipto, se ha pervertido" (Ex 32,7)

Nos llama la atención que sea Dios mismo quien haga notar a Moisés que su pueblo se ha pervertido en un acto de idolatría: más bien esperaríamos lo contrario, ya que el responsable último del buen funcionamiento de las cosas debería ser principalmente el Señor y no su colaborador.

Más aún, en el diálogo que ambos sostienen, parecería como si Moisés fuera más compasivo que el mismo Yahveh, y como si él mismo tuviera que recordar a Dios que el pueblo en realidad es suyo, y que fue Él mismo quien lo rescató de una tierra de esclavitud: "¿Por qué, Señor, arderá tu ira contra tu pueblo, ese pueblo que Tú mismo hiciste salir de Egipto con gran firmeza y mano poderosa?" (v.10).

En la actitud de Moisés se prefigura la compasiva misericordia de Jesús, que en realidad manifiesta en su rostro visible el del Padre invisible. En la figura de Moisés se comienza a revelar una nueva y sorprendente imagen de Dios, quien no acaba obrando como humanamente podríamos pensar que correspondería, sino "arrepintiéndose del mal con que había amenazado a su pueblo" (v.14).

Podemos preguntarnos: ¿Soy partícipe de los sentimientos y actitudes de compasión y misericordia propios del Dios de Jesucristo?

"Tendamos trampas al justo, porque nos molesta" (Sb 1,12)

El justo incomoda... En el contexto bíblico, 'justa' es la persona que se atiene a la ley de Dios, que mantiene independencia respecto de las presiones sociales, que sigue lo que es recto sin hacer acepción de personas ni buscar rédito político. Su estilo de vida se opone al modo de obrar de los impíos, que en contrapartida lo ponen a prueba, buscando que 'pise el palito' o caiga en la emboscada.

"Veamos si sus palabras son verdaderas y comprobemos lo que le pasará al final. Porque si el justo es hijo de Dios, Él lo protegerá y lo librá de las manos de sus enemigos". Más aún, "pongámoslo a prueba con ultrajes y tormentos, para conocer su temple y probar su paciencia. Condenémoslo a una muerte infame, ya que él asegura que Dios lo visitará".

Evidentemente, el Justo por excelencia es el mismo Jesús, probado "hasta la muerte y muerte en cruz". Pero quien ha vivido un poco, sabe que la historia se sigue repitiendo en cada situación en la que una persona busca obrar con criterio ético y libertad interior. Quienes se amoldan al '*status quo*' y se conforman con una vida mediocre, tienden a no aceptar, y más bien atacar, a quien con su forma de vida se convierte en un vivo reproche a su resignada indolencia.

Es cierto que también existirá quien, observando el buen ejemplo, se anime a cambiar y mejorar. De ahí que podamos preguntarnos: *¿Intento obrar como el justo del que nos habla el texto del libro de la Sabiduría, o más bien me encuentro en el grupo de los impíos que atacan y condenan al enviado/a de Dios?*

"Creó él con toda su familia" (Jn 4,53)

En el Evangelio de Juan, el 'creer' está asociado a los 'signos' que Jesús realiza. Los signos son acciones salvíficas que permiten al creyente tener 'vida eterna'. El cuarto Evangelio nos refiere siete signos, número que de acuerdo a la simbología bíblico-rabínica expresa plenitud. Los primeros dos signos, Jesús los lleva a cabo en Caná de Galilea, al transformar el agua en vino y al curar al hijo de un funcionario real.

Pero, ¿qué nos dice todo esto hoy? Es evidente que los signos son tales si existe en nosotros una genuina disposición a la fe, una capacidad de asombro suficiente que nos permita captar que las cosas no son sólo lo que a primera vista aparecen, que la realidad es mucho más rica (profunda y trascendente) de lo que inicialmente pensamos, y que 'en', 'a través' y 'más allá de' (P. Ricoeur) los acontecimientos diarios es Dios mismo el que se manifiesta, actúa y salva.

Mirando las cosas de este modo, la fe redimensiona nuestra percepción de la vida, nos permite ver a Dios en todas las cosas, nos hace pasar de una percepción 'idolátrica' del mundo a otra 'icónica': abre los acontecimientos, personas y realidades a un 'siempre más', a un sentido ulterior que de momento podemos no captar con claridad y hondura. Por eso, el verdadero milagro consiste en que detrás de lo que parecía 'no ser sino' seamos capaces de descubrir, en algún momento, que 'no era sólo' eso, y autopoisionarnos en la vida desde esta siempre nueva perspectiva teologal.

Podemos preguntarnos: ¿Estamos abiertos a los signos que Dios sigue realizando en nuestras vidas? ¿Tenemos la capacidad

de asombro suficiente para descubrirlo en los acontecimientos diarios?

"Levántate, toma tu camilla y anda" (Jn 5,8)

El hombre postrado al borde de la piscina de Betesda desde hacía treinta y ocho años constituye una imagen viva de ese ingente número de personas que en nuestro mundo yacen al margen de la vida, y como excluidos de ella, a la expectativa de algún improbable milagro que pudiera acontecer. Es casi una metáfora de la claudicante esperanza con que subsisten muchos contemporáneos nuestros, afectados por difíciles condiciones de vida, alguna enfermedad o sufrimiento personal, o incluso el bajo desarrollo humano desplegado.

Jesús se le acerca y le pregunta a quemarropa: "¿Quieres recobrar la salud?". El enfermo no concibe otro modo de restablecimiento que aguardar la intervención incierta y ocasional de algún ángel que, según la tradición, movía periódicamente el agua para que quien entrase primero se sanara. El desánimo del paralítico es aún mayor dado que 'no tenía a nadie que lo metiera en la piscina'. Es entonces que el Señor prosigue con decisión: "Levántate, toma tu camilla y anda".

En esta expresión percibimos un llamado a la responsabilidad personal, a un hacerse cargo de la propia vida sin delegar el cometido en el azar ni en intervenciones extraordinarias. Una exhortación que apela a las propias fuerzas y libertad, a no quedarse postrado en el determinismo de un pasado doloroso, sino a caminar por la vida con esperanza, asumiendo la propia historia con decisión y optimismo.

Resulta interesante notar que Jesús lo sana en sábado. Para la tradición de su pueblo, sólo una curación urgente podía realizarse en ese día de descanso: lo demás debía aguardar a cualquier otro día de la semana. Sin embargo vemos que a menudo el Señor realiza sus curaciones justo en sábado, cuando además estaba vedado realizar cualquier tipo de trabajo.

En realidad, esto tiene un sentido teológico muy profundo: si el descanso estaba prescripto para conmemorar el reposo de Dios al séptimo día, cuando vio que todo lo creado era bueno, y en particular la persona humana que por ser su punto culminante era 'muy buena', celebrar el sábado es hacer lo posible para que la obra de Dios reencuentre su orden y esplendor originales. Porque 'la gloria de Dios es que el hombre viva', decía san Ireneo de Lyon, en el siglo II.

Podemos preguntarnos: ¿Qué postraciones me atan todavía a mi pasado? ¿Qué puedo hacer al respecto para reanudar el camino con esperanza? Por otra parte, ¿qué gesto concreto de apoyo puedo realizar para con algún/a hermano/a mío/a, para que no se deje aplastar por el peso de la existencia y recupere su entusiasmo por la vida?

"Yo no busco hacer mi voluntad" (Jn 5,30)

Los fariseos contemporáneos de Jesús le objetan no sólo la curación en sábado, sino además que se tenga por igual a Dios. Es evidente que, para quien no creyera en sus signos, esta última afirmación resultaría impía y blasfema. Sin embargo, la razón que Jesús esgrime es que Él no hace otra cosa sino lo que ve hacer a

su Padre, y que no busca hacer su voluntad, sino la del que lo envió.

Lo que está en juego en la misión de Jesús es su propia identidad. En este sentido, la obra que el Padre le encomendó es reveladora de su propia persona. Para descubrirla, hay que 'ir y ver', tomarse el tiempo y quedarse con Él. Sólo conociendo al Señor y creyendo en Él se tiene vida. Este descubrimiento presupone buena disposición por parte de los candidatos a discípulos. Esto es lo que parece faltar en el sector religioso dominante que interpela a Jesús.

También en nuestro caso, lo que activa nuestra condición más profunda de creyentes, lo que manifiesta nuestro carácter de tales y, llegado el caso, de hijas e hijos de Dios, es vivir en actitud de búsqueda y discernimiento de la voluntad del Padre. Sin esta actitud existencial no resplandece ni se activa lo mejor de nosotros mismos, en cuanto imágenes y expresiones originales de su ser, iconos en el Icono por excelencia que es su Hijo Jesucristo.

Podemos preguntarnos: ¿De qué criterios decisivos de discernimiento me valgo al momento de hacer buen uso de mi libertad? ¿Considero que mi identidad más profunda como persona resplandece cuando actúo en mi vida lo que voy discerniendo como Voluntad de Dios?

"Ustedes no quieren venir a mí para tener vida" (Jn 5,40)

En Jesús está la vida plena: a partir de los signos que Él realiza estamos llamados a participar de la misma por la fe. Ésta es la exhortación ético-religiosa fundamental que nos ofrece el Evangelio de Juan.

Transitamos en Occidente por una época crepuscular (J. M. Mardones), líquida (Z. Bauman), tiempos de vacío (G. Lipovetski) o convicciones débiles (G. Vattimo). En síntesis, una cultura *light and cool*. Esto disuade de compromisos y opciones definitivas, propicia estilos de vida flexibles y vínculos frágiles, nos invita a vivir 'a media marcha', como ahorrando energía, sin entusiasmo por nada ni por nadie. Tal vez por este motivo muchas expresiones artísticas exitosas (por ejemplo, en el mundo de la música, la novela y el cine) busquen recrear 'mitos fundacionales', como si la conciencia implícita fuera: 'Hay que comenzar nuevamente'.

Las personas estamos llamadas a vivir en serio, plenamente. En el fondo nadie está satisfecho con una existencia arrastrada entre la inercia y el desencanto generalizados. Necesitamos encontrar sentido y recrear nuestro día a día desde un hallazgo central y decisivo. Jesucristo se nos propone como ese gran descubrimiento, como centro vital desde el cual ir hilando nuestra cotidianidad. En Él está la Vida con mayúsculas. Él puede convertirse en nuestro centro unificador, dador de sentido, criterio interpretativo de lo que nos acontece, estímulo diario de autotranscendencia, razón última de esperanza.

Podemos preguntarnos: ¿Cultivo a diario un encuentro personal con el Señor? ¿Qué puedo hacer para profundizar mi acercamiento y conocimiento íntimo de la persona de Jesús?

"Yo no he venido por mi cuenta" (Jn 7,28)

Jesús viene a nosotros como revelador del Padre. Viene para darlo a conocer, y no tiene otro plan más que éste. No viene en

nombre propio o por su cuenta, sino que Él mismo ha sido enviado con esta misión.

La vocación pastoral del Señor ilumina la nuestra, tanto en el plano humano como espiritual-religioso. En una época en la que tendemos a vivir de modo autorreferenciado, inmersos en una exacerbada subjetividad individuante, a veces sin otros proyectos más que el de cultivar y expandir indefinidamente experiencias gratificantes asociadas a la exaltación de nuestro 'ego', Jesús nos invita a descubrir a qué está llamada realmente la persona humana: a dejarse iluminar dócilmente por el querer de Dios Padre, y a ser conducida por la acción vivificante del Espíritu Santo.

Nuestras planificaciones y objetivos son muchas veces frágiles y restringidos, y por eso mismo fenecen; o en todo caso, no dan de sí lo que ilusoriamente prometía. El proyecto de Dios, en cambio, 'subsiste por siempre, de edad en edad' (ver *Sal* 32,11). De ahí que lo más conveniente para cada uno de nosotros sea 'no vivir ya para nosotros mismos, sino para Cristo, que por nosotros murió y resucitó' (ver *Gal* 2,20). Sólo esta vivencia radicalmente 'crística' (=en Cristo) nos hace permanecer y adentrarnos en la vida 'en serio'.

Podemos preguntarnos: ¿Vivo realmente como 'oyente de la Palabra'? ¿Soy dócil a la acción del Espíritu en mí?

Quinta Semana

“Vete, no peques más en adelante” (Lc 8,11)

Mientras Jesús enseñaba “los escribas y fariseos le trajeron una mujer que había sido sorprendida en adulterio”. Y a propósito lo pusieron en un aprieto, aprovechando que como Maestro no podía rehusar una respuesta: “Moisés, en la Ley, nos ordenó apedrear a esta clase de mujeres. Y Tú, ¿qué dices?”.

1) No es la primera vez que *los enemigos de Jesús* buscan ponerlo entre la espada y la pared. En otras ocasiones le preguntarán con qué autoridad hace sus signos (ver *Mc 11,28*); si se debe pagar el impuesto del templo (ver *Mc 12,14*); y de quién será esposa la mujer que perdió sucesivamente a sus siete maridos (ver *Mc 12,23*). Y como en esas otras oportunidades, también aquí el Señor saldrá elegantemente del paso con una respuesta apropiada. Como no podía decir que no fuera cierto lo invocado en referencia a la autoridad de Moisés, ya que además en la tradición hebrea el adulterio se equiparaba a la idolatría, y era por tanto un pecado sumamente disolvente en la vida del pueblo de la Primera Alianza, Jesús adopta un método indirecto para su respuesta. Mientras probablemente escribía en el suelo una serie de actitudes que denigraban la moral de los acusadores, que por lo visto no debían ser ‘ninguna pinturita’, les respondió: “*Aquel de ustedes que no tenga pecado, que arroje la primera piedra*”.

Normalmente, el que tiraba la primera piedra era el que se hacía cargo de la acusación como testigo, o en todo caso, el que se consideraba ofendido en primera persona por el agravio de quien era inculpado/a. Por lo mismo, tenía carácter de juramento ante

Dios. Además, esto presuponía que el acusador era inocente, ya que debía tener suficiente autoridad moral para iniciar el castigo. Tal vez por esto, en el caso presente, “todos se retiraron, uno tras otro, comenzando por los más ancianos”: ninguno de los presentes podía esgrimir suficiente integridad moral como para acusar legítimamente a esa mujer, y de esto eran sobre todo conscientes quienes más habían vivido.

2) La respuesta de Jesús es casi un corolario de lo que los demás hicieron: “*Yo tampoco te condeno*”. Pero en sus breves palabras añade una misericordiosa advertencia, que trasciende la resignada actitud de los acusadores que debieron abandonar su vehemente propósito: “Vete, no peques más en adelante”. En este perdón, Jesús manifiesta la novedad de Dios de la que hablaba el texto de Isaías: “Yo estoy por hacer algo nuevo: ya está germinando, ¿no se dan cuenta?”. Esta novedad obrada por Dios se equipara a un hacer “brotar agua en el desierto y ríos en la estepa, para dar de beber a mi Pueblo, mi elegido”; y hace exclamar: “¡Grandes cosas hizo el Señor por nosotros y estamos rebosantes de alegría!”.

El perdón de Dios, manifestado en Jesús como *agua de misericordia que enmienda la injusticia*, nos hace tomar conciencia del don insondable de la gracia divina que nos vivifica reconciliándonos, y que de este modo nos mueve a exclamar como Pablo: “Todo me parece una desventaja comparado con el inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por Él, he sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo y estar unido a Él, no con mi propia justicia –la que procede de la Ley– sino con aquélla que nace de la fe en Cristo, la que viene de Dios y se funda en la fe”.

Podemos preguntarnos: ¿De qué pecado tendría que pedir perdón a Dios y enmendarme en esta Cuaresma? ¿Ante qué faltas ajenas me muestro intolerante o elevo mi dedo acusador? ¿Valoro y agradezco suficientemente la misericordia de Dios, que se expresa como un don de lo alto también para conmigo?

[Domingo Vº de Cuaresma (C): Jn 8,1-11; Is 43,16-21; Sal 125,1-6; Fp 3,8-14]

"Yo voy a abrir las tumbas de ustedes, los haré salir de ellas, y vivirán" (Ez 37,12.14)

Las experiencias límite nos hacen constatar que en nuestro itinerario vital acontecen cosas que escapan a nuestro control. En particular, no estamos en capacidad de eludir la muerte, que en algún momento nos saldrá sorpresiva e inevitablemente al encuentro.

En los textos bíblicos, el sufrimiento aparejado a nuestra condición creatural viene asociado al pecado: 'perecer' significa morir tanto en sentido físico como espiritual. De ahí que necesitemos ser vivificados por Aquél que tiene vida eterna, plena e ilimitada. "Yo voy a abrir las tumbas de ustedes, los haré salir de ellas, y los haré volver, pueblo mío [...]. Yo pondré mi espíritu en ustedes, y vivirán; los estableceré de nuevo en su propio suelo, y así sabrán que Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré" (Ez 37,12.14).

El mismo Jesús dirá de sí mismo: "Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás" (Jn 11,25-26). De modo que sólo en Jesús muerto y resucitado podemos alcanzar esa esperanza de

Vida con mayúsculas que nuestra condición creatural nos niega, pero a la que nuestro corazón aspira.

Podemos preguntarnos: *¿Reconozco y confieso las situaciones de muerte que me dominan, para que pueda obrar el poder vivificador de Jesucristo?*

[Domingo Vº de Cuaresma (A): Ez 37,12-14; Jn 11,1-45].

"Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti" (Nm 21,7)

Las protestas, murmuraciones y rebeldías del pueblo de la Primera Alianza en el desierto fueron recurrentes. La escasez de agua, alimento y seguridad hacían que una y otra vez el pueblo de Dios mirara hacia atrás, hacia el Egipto seductor que habían dejado. Y Moisés era el receptor de todas estas quejas y conflictos.

También nosotros estamos tentados de regresión: volver al paraíso perdido, a nuestra edad dorada, a un tiempo idealizado, etc.; ya que por momentos avanzar se hace difícil, y el camino es exigente. Con el dicho popular, preferimos 'malo conocido que bueno por conocer'.

El pueblo hebreo reconoció que había pecado contra el Señor y contra Moisés (ver Nm 21,7), se arrepintió, y pidió a su líder que intercediera por ellos. También nosotros, en este tiempo cuaresmal, estamos llamados a arrepentirnos de lo que nos tira hacia atrás y hacia abajo, en vez de conducirnos hacia adelante y hacia arriba, en esperanza.

Podemos preguntarnos: *¿Hice ya una buena confesión sacramental?*

"Ustedes deberán postrarse y adorar la estatua de oro" (Dn 3,5)

La idolatría es expresión del anhelo de auto-endiosamiento del hombre. El ídolo es una proyección sin trascendencia de la propia subjetividad. Quien lo adora, se adora a sí mismo, o adora la voluntad de aquél que quiere imponerse y dominar como señor absoluto, a modo de un dios.

Por eso, el culto a los ídolos vanos desencanta la vida. Cuando algo o alguien ocupa el lugar de Dios, todo se opaca y pierde luminosidad. De modo que quien quiera cultivar su libertad interior y preservar su dignidad humana, deberá pararse en la antípoda de la idolatría, y arraigarse en el único culto al Dios vivo.

En ocasiones, los mártires se opusieron y resistieron las provocaciones idolátricas. Es lo que nos muestra el libro didáctico de Daniel: allí Sadrac, Mesac y Aded Negó son puestos a prueba por el rey Nabucodonosor, y por no aceptar dar culto a la estatua de oro construida por el monarca, son colocados en un horno ardiente, del que milagrosamente los acaba liberando el Señor. Así pueden ofrecer un testimonio creíble del Dios verdadero.

Tal vez hoy los ídolos no sean caricaturas religiosas de Dios, sino otras realidades creadas o fabricadas por el hombre al que muchas personas dedican sus mejores tiempos y energías. Sean cuales fueran estas realidades, si no se está dispuesto a darles el justo lugar, y no más que eso, no se podrá vivir de manera digna. Quien idolatra el poder, el dinero, la fama, la belleza humana, el placer sin normas, el estatus social, o su propia imagen y honra, está perdido. Porque sólo Dios es Dios...

Podemos preguntarnos: ¿Existe en mi vida algún ídolo del que aún me encuentre esclavizado?

"Camina en mi presencia y sé irreprochable" (Gn 17,1)

La exhortación que dirige el Señor a Abraham se convierte en paradigmática para toda persona que busque vivir en Alianza con Dios: "Camina en mi presencia y sé irreprochable" (Gn 17,1).

Parece sencillo, pero esta docilidad es la condición necesaria para que pueda obrar el Espíritu de la promesa en nosotros: "Yo seré tu Dios y el de tus descendientes"; "Te daré en posesión perpetua [...] esa tierra donde ahora resides como extranjero" (vv.7-8).

El Señor viene a visitarnos con su bendición, pero para ello es preciso disponer el corazón. Podemos preguntarnos: *¿Cómo estoy disponiendo mi vida en la antesala de Semana Santa?*

"Pero el Señor está conmigo como un guerrero temible" (Jer 20,11)

Existen momentos en nuestras vidas en los que todo parece tambalear: "¡Terror por todas partes! [...] Hasta mis amigos más íntimos acechaban mi caída" (Jer 20, 10).

La situación de Jeremías, profeta incomprendido por su propio pueblo, será análoga a la de Jesús, y por eso el texto nos va poniendo en clima de Semana Santa. Pero, en ocasiones, es también la que podemos enfrentar nosotros, cuando alguna encrucijada de la vida nos pone 'entre la espada y la pared'. Es allí cuando tenemos que redoblar nuestra confianza en el Señor: "El

Señor está conmigo como un guerrero temible: por eso mis perseguidores tropezarán y no podrán prevalecer" (*Jer 20,11*).

Con esta certeza de fondo, es preciso ser fuertes y valientes, y no claudicar en el camino del bien emprendido. Al respecto, podemos preguntarnos: *¿Tengo puesta toda mi confianza en el Señor? ¿Me mantengo firme en la brecha?*

"Yo soy la luz del mundo" (*Jn 8,12*)

Sin luz no advertimos la riqueza de una escena ni captamos el esplendor de lo real. En la oscuridad, el mundo se nos achica, desfigura y empobrece. Esto genera en nosotros temores y dudas que paralizan. Muchos mitos antiguos, cuentos y sagas modernas ilustran esta experiencia decisiva y universal. Las mismas religiones se presentan como caminos salvíficos discernidos a partir de experiencias fundacionales de iluminación: notoriamente el budismo.

Para los cristianos Jesús mismo es la luz del mundo: Él nos permite contemplar la vida en plenitud, con variados colores y perspectivas. Su persona, palabra y misterio dan sentido a lo que sin Él parecía confuso y borroso: Él es 'el sol que nace de lo alto'. La fe en su persona no quita nada a nuestra comprensión de lo real, sino que añade claridad a lo que apenas se vislumbraba en la penumbra.

Crear en el Señor amplía nuestra percepción de las cosas, personas y eventos. La fe respeta y a su vez redimensiona los hallazgos de la experiencia y razón humanas, brindándoles nuevos matices y horizontes. San Anselmo de Aosta, un monje y luego pastor del siglo XI, afirmaba: "Creo para entender". Pero también

sostenía: "Entiendo para creer". Porque la fe no nos exige de tener que reflexionar lo que creemos (o lo que vivimos desde una perspectiva creyente). El motivo es sencillo: el Señor nunca avasalla lo auténticamente humano, ya que es su creación; ni exige de responsabilidad al creyente, porque es protagonista en la historia salvífica...

Podemos preguntarnos: ¿Hago un esfuerzo sistemático por abrirme al 'esplendor de la Verdad'? ¿Dejo que la fe ilumine mi experiencia y estilo de vida de cada día?

"¿Por qué nos has sacado de Egipto?" (Num 21,5)

Llama la atención la reiterada murmuración y protesta que el incipiente pueblo de la Primera Alianza manifiesta en el desierto hacia Moisés (¿hacia Dios?), en su camino a la Tierra Prometida. Al respecto, el capítulo 16 del Libro del Éxodo es posiblemente el mejor ejemplo.

La experiencia de malestar es humanamente comprensible. La dureza del camino magnificaba en la memoria del pueblo elegido los aspectos gratificantes de su estancia en Egipto, y hacía olvidar la durísima esclavitud a la que allí estaban sometidos los hebreos (ver *Ex 1*). Como el futuro era todavía promesa incierta, el rigor del desierto movilizaba en ellos, por momentos, actitudes marcadamente regresivas, manifestadas a modo de protestas (no tenemos agua para beber, pan o carne para comer, etc.), o de culto idolátrico (ver *Ex 32,4*).

Es lo que nos puede pasar a nosotros en momentos críticos de la vida. El futuro anhelado será siempre una dura conquista para nuestra libertad. Supondrá el cultivo de exigentes actitudes

teologales de autotranscendencia, como respuesta al don de lo alto; como así también la postergación o rechazo de ilusorias gratificaciones inmediatas. Esta tarea de discernimiento responsable será la que transforme nuestro imaginario simbólico de prevalentemente regresivo en prevalentemente progresivo.

Pero este esfuerzo, que debe ser realizado en esperanza y con paciente fortaleza, experimenta la tentación diametralmente opuesta de intentar quedarse o volver a lo que se deja y se conoce: aquellas situaciones, experiencias, cosas y personas que nos dieron seguridad en anteriores trechos de nuestro camino vital. La memoria de estas realidades, que tiran 'hacia atrás y hacia abajo', es lo que tiende a estancarnos en el desarrollo de la vida psico-espiritual, inhibiendo o aletargando un decidido crecimiento y madurez 'hacia adelante y hacia arriba'.

Podemos preguntarnos: ¿Hago lo posible en mi oración y meditación diarias por transformar los símbolos psico-espirituales regresivos en progresivos? ¿Busco convertir la memoria pasada en 'combustible' de esperanza futura?

"La verdad los hará libres" (Jn 8,32)

Desde siempre, los pueblos hicieron lo inimaginable por ser políticamente independientes del dominio de imperios extranjeros. A esta noción internacional de libertad, los ingleses añadieron en el siglo XIV otra de carácter doméstico: la 'libertad de'. Consistía en que el propio poder político de una nación no se entrometiera en las cuestiones privadas de los individuos. Así, la 'libertad de' ponía un coto a las arbitrariedades de los monarcas imprudentes y conducía al Occidente por los caminos del debate parlamentario. En Europa

continental, con la Revolución Francesa, y hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, se consagró el concepto de libertad asociada al derecho ciudadano de participación política. Fruto maduro de la expansión de este proceso fueron los Estados de bienestar de la segunda mitad del siglo XX, en los cuales se fue consolidando la noción de 'libertades', asociadas éstas a la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948). Así, desde una perspectiva técnica, los derechos ciudadanos pudieron llegar a todos y a todas, y ser esto expresado, entre otros modos, mediante el sufragio universal.

Sin embargo, nuevas formas de esclavitud fueron emergiendo, en parte asociadas a la promoción de una libertad prevalentemente exterior, en sí misma buena y necesaria pero evidentemente insuficiente. Son aquellas que se emparentan con un relativismo agnóstico de la verdad, propiciado en parte por el exponenciado proceso de globalización, en el que mundos culturales que surcaron caminos paralelos durante siglos y tal vez milenios tienden a convergir y convivir en un mismo espacio (por ejemplo, ciudadano o virtual). Pero en el surgimiento del relativismo contemporáneo inciden también los crecientes niveles de individuación a los que el despliegue de la libertad exterior se vincula, poniéndolo todo en función del bienestar personal, y generando en cierto modo procesos anárquicos. Es así que surge la paradoja de que, en nombre de la defensa de la libertad, y para protegerla de cara a fundados o supuestos peligros de terrorismo fundamentalista, hoy se la controla cada vez más en la vida de las personas. Curiosamente, comenzando por el mismo corazón de Inglaterra (Londres, capital del Reino Unido)...

Así, a una especie de exacerbada libertad individual acaba contraponiéndose, un control y registro digital cada vez más pleno y

pormenorizado de lo que las personas expresan y hacen. Estos comportamientos pueden ser estudiados interdisciplinariamente por peritos, valiéndose de bases de datos y procesamientos informáticos. Con lo cual nunca antes en la historia de la humanidad las personas fueron tan observadas y controladas como hoy, siguiendo la metáfora de *Big Brother*, en todos los órdenes de sus vidas, incluyendo los más privados e íntimos. Otro detalle no menor es que, a la par que en nuestros días se exponencia el volumen del comercio mundial y el turismo en todo el planeta, se va haciendo cada vez más difícil el tránsito e integración de migrantes en el primer mundo, con lo cual también la libertad exterior vuelve a manifestar sus asimetrías.

La *libertad exterior* frente a cualquier forma de dominación y control fue siempre una aspiración profunda de las personas. Para protegerla, en ocasiones se buscó construir poder y dominar: para tener el beneficio de la iniciativa y no ser uno mismo (individuo o pueblo) esclavizado o instrumentalizado. Sin embargo, la *verdadera libertad* a la que las personas aspiramos es de carácter *interior*: ésta es la que recrea la vida y nos hace realmente señores de nuestro destino. Para los cristianos, el horizonte último de nuestra libertad se asocia a la verdad que nos ofrece Cristo: Él es la misma Verdad que nos libera. Al respecto, y por analogía, es muy iluminador el reciente filme "Invictus" (C. Eastwood), en donde se hace referencia a un poema largamente meditado en prisión por Nelson Mandela que podría ser inspirador para cualquier proyecto personal o colectivo de auténtica liberación (como lo fue para la supresión del *Apartheid*, y posteriormente, para la reconciliación de los sudafricanos).

Podemos preguntarnos: ¿De qué esclavitud/es tengo aún que liberarme o ser liberado/a? ¿Pongo los medios necesarios, o al menos me dispongo convenientemente?

"Les conviene que muera uno por su pueblo" (Jn 11,50)

Jesús acaba de revivificar a Lázaro, que estaba en el sepulcro, y que después de cuatro días ya daba mal olor (ver Jn 11,39). Pero para que su amigo salga de la tumba Él mismo deberá dar su vida y morir por el pueblo (11,50): Jesús mismo tendrá que entrar en un sepulcro nuevo (19,41). La vinculación que establece el texto entre ambas experiencias es directa, como así también es contrastante el hedor que emana Lázaro con el buen olor que expande Jesús en Betania (ver Jn 12,3).

Lázaro era aquél a quien Jesús amaba (11,5). En Él se nos simboliza a los creyentes: el Señor muere por cada uno/a, para 'quitarnos el mal olor' y para que respiremos 'al aire libre'. Pero para que nosotros/as tengamos vida, Él deberá probar la muerte. En Jesús, Dios experimentará lo inaudito: morirá. Simultáneamente, también por Jesús y gracias a Él, cada uno/a de nosotros/as podrá hacer experiencia de lo humanamente inefable: vivir eternamente por la fe.

Ya casi entrando en la Semana Santa, se nos presenta por anticipado la inesperada lógica de Dios: en su Hijo Jesucristo, Él dará su vida para que nosotros/as tengamos vida; Él asumirá las consecuencias del pecado (=la muerte) para anular la condena que se cernía sobre cada uno/a; Él se dejará atar (18,12) para que nosotros/as seamos liberados (11,44).

Incluso aunque no fuéramos cristiano/as, o no profesáramos un credo religioso en particular, existe en la actitud de Jesús un mensaje humano decisivo y trascendente que no podría dejar de interpelarnos. De ahí que podamos preguntarnos: ¿Con qué actitud me preparo para celebrar la Semana Santa?

Solemnidad de San José (19/03)

"José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor" (Mt 1,24)

El relato de Mateo nos presenta a un José perplejo por el inesperado embarazo de María, con la que aún no convivía. Sin saber bien a qué atenerse, decide repudiarla en secreto. Sin embargo, Dios le hablará en sueños, y le hará ver que lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo.

En ocasiones, la historia sagrada se alimenta y entreteje en base a situaciones paradójales, desconcertantes, aparentemente incomprensibles. Es lo típico de la acción de Dios, a la vez fascinante y tremendo, el totalmente Otro (R. Otto), que nos invita a transitar por rumbos aún desconocidos, inexplorados y misteriosos.

Haciendo lo que el ángel del Señor le había mandado, José nos está dejando un testimonio de fe. Como María, da su 'sí' sin entender demasiado, pero fiándose de Dios: 'avanza en la fe' en plena oscuridad, sin otra certeza que la de saber en Quién se ha confiado. Y así contribuye a que la historia de salvación pueda seguir su curso. Esa historia que de acuerdo a las lecturas de la *Solemnidad de San José* se inicia con la fe de Abraham (ver *Rom* 4,18) y prosigue en la vida de cada uno/a de nosotros/as.

Podemos preguntarnos: ¿Soy capaz de abandonarme en las manos de Dios, pese a no comprender por anticipado y acabadamente lo que Él espera realmente de mí?

Solemnidad de la Anunciación del Señor (25/03)

"Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38)

La Solemnidad de la Anunciación del Señor nos pone de cara a dos misterios: el del anonadamiento de Dios, que siendo infinito se autolimita por amor; y el del enaltecimiento del hombre, que siendo frágil y pecador es dignificado. Dios se humaniza para que el hombre se divinice, decía san Ireneo de Lyon en el siglo II: es por eso que "la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14).

El misterio de la Encarnación fue posible gracias a la libre concurrencia de un doble sí: el del Hijo de Dios, que en el momento de entrar en el mundo dijo: "Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad" (Heb 10,7), y el de María, que en la escena de la Anunciación responde a las palabras del ángel: "Aquí está la servidora del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). Es la convergencia dócil y efectiva de estas dos libertades lo que permite que llegue a plenitud la historia de salvación, y se concrete el misterio de la Redención.

Los decididos 'sí' del Verbo Encarnado y de María nos interpelan para que también nosotros seamos capaces de ofrecer cotidianamente nuestro asentimiento creyente. La historia de salvación seguirá actualizándose en el 'hoy' de nuestro tiempo en la medida en que el Espíritu de Dios siga encontrando personas disponibles al designio de Dios Padre para con sus vidas. Es esta docilidad la que nos hace entrar dentro de la lógica de gratuidad con

que el Señor acostumbra manejarse para enriquecer nuestras vidas. La que se asocia al don, más que al sacrificio, las víctimas y los holocaustos.

Si bien se achaca al cristianismo haber introducido una lógica dolorista y sacrificial, lo cual por momentos pudo haber sido cierto, por ejemplo, de la mano del jansenismo en los siglos de la modernidad (XVII al XIX), el cometido más original en la vida del discípulo de Cristo es el de acoger gratuitamente el don de lo alto, como lo hizo sencillamente María, y ofrecerlo desinteresadamente, como lo hizo dadivosamente el Hijo de Dios.

*Podemos preguntarnos: ¿Vivo disponible al don de lo alto?
¿Soy dócil a las mociones del Señor?*

IV. Camino hacia la Pascua: la Semana Santa

La *Semana Santa* nos introduce en la celebración de los misterios decisivos de nuestra fe, en la manifestación más honda del amor de Dios para con cada uno/a de nosotros/as. Jesús, “que había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn 13,1).

Domingo de Ramos

“¡Bendito el que viene en nombre del Señor!” (Mc 11,9)

En ocasiones, las personas tendemos a mostrarnos un tanto contradictorias: decimos sostener una cosa y acabamos por obrar en sentido diametralmente opuesto. Los contemporáneos de Jesús no eran ajenos a esta dificultad: primero aclamaron su ingreso triunfal a Jerusalén como descendiente de David (“¡Bendito sea el Rey que viene en el nombre del Señor!”) y luego pidieron a gritos, implacablemente, su atroz crucifixión (“¡Que muera este hombre! ¡Suéltanos a Barrabás!”).

1) Hagamos por un momento el ejercicio de ponernos en lugar del Señor. Lo primero que humanamente nos surgiría si algo así nos aconteciera sería mucha bronca, o al menos *dolor profundo*: ‘Traté de hacerles el bien, de poner de mí lo mejor posible, y resulta que así me pagan...’. Sin embargo, y a diferencia de nosotros,

Jesús no piensa en sí mismo, sino en aquellos por quienes va a dar o está dando su vida. En primer lugar, sus propios discípulos (“He deseado ardientemente comer esta Pascua con ustedes antes de mi Pasión”), pero también las mujeres que lo seguían y se lamentaban por Él (“Hijas de Jerusalén, no lloren por mí”) y el llamado ‘buen ladrón’ (“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”). De acuerdo a estas tres ‘confidencias’, el Señor es capaz de ir más allá de sí y de sus propios intereses de un modo que nosotros jamás podríamos haber imaginado.

2) Si Jesús puede pensar en los demás en un momento de tanto dramatismo personal, es a causa de su *original relación con Dios*. Está convencido, como el profeta, de que “el Señor abrió mi oído y yo no me resistí ni me volví atrás”; de que “el Señor viene en mi ayuda” y “por eso, no quedé confundido”. Es así, con esta decidida confianza puesta en Dios, que pudo presentarse “con aspecto humano” y humillarse “hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte en cruz”.

Sin embargo, esta ofrenda no está exenta (no podía estarlo) de una indecible lucha interior. La misma queda puesta de manifiesto en el modo en que ora. Por un lado, pidiendo misericordiosamente perdón para quienes lo matan (“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”); por otro, expresando su honda vivencia humana de angustia y soledad (“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”); pero por sobre todo, y en última instancia, haciendo prevalecer con decisión su inquebrantable confianza final (“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”).

3) A lo largo de la vida, cada uno de nosotros está llamado a *participar de la cruz* de Jesucristo, y a completar en su carne sus padecimientos. No se trata de sufrimientos buscados

morbosamente por cuenta propia, sino de aquéllos que acontecen como consecuencia de las paradójales contradicciones humanas, de injusticias, o simplemente de esos malos entendidos que nunca faltan en las relaciones interpersonales, dado que ‘en todos lados se cuecen habas’.

En semejantes situaciones, también nosotros tenemos que buscar ponernos en lugar de los demás y pensar en su bien lo más desinteresadamente que nos sea posible, autotranscendiéndonos generosamente en el amor. Como en el caso de Jesús, también aquí la fe, que se despliega y consolida en la oración filial a Dios nuestro Padre, será lo único que podrá fortalecernos y dar sentido a nuestras vidas en semejantes situaciones; lo único que podrá salvarnos de la frustración, el desencanto o el resentimiento estéril.

Podemos preguntarnos: ¿Qué significa hoy para mí participar de la cruz de Jesucristo? ¿Qué actitud creativa debería incorporar para vivir más fecundamente este misterio?

[Domingo de Ramos(C): Lc 19,28-40; 22,7-23,56; Is 50,4-7;

Sal 21,8-24; Fp 2,6-11]

Sinopsis de Semana Santa

“Los amó hasta el fin” (Jn 13,1)

1) Como *gesto recapitulador* del conjunto de su ministerio pastoral, Jesús “empezó a lavar los pies de los discípulos”; y para actualizar su entrega perpetuamente, se quedó presente en la Eucaristía, de modo que el cordero o cabrito “sin ningún defecto, macho y de un año” de antaño sería desde entonces su “Cuerpo que se entrega por ustedes” y la copa de “la Nueva Alianza que se

sella en mi Sangre”. Los acontecimientos de Semana Santa rememoran condensadamente que “Cristo por nosotros se sometió a la muerte y muerte de cruz”, y que “por eso Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre”.

2) Su entrega se valdrá de una patética mediación humana: la de Judas. Cuando María de Betania unja generosamente a Jesús con perfume real, mesiánico, profético y sponsal, inundando de buen aroma la casa y anticipando su glorificación definitiva, la objeción del traidor será: “¿Por qué no se vendió este perfume en trescientos denarios para dárselos a los pobres?”. Es la hipocresía de los mezquinos y escépticos. Ya Jesús lo había anticipado: “Les aseguro que uno de ustedes me entregará”, y al mismo Judas le había dicho: “Realiza pronto lo que tienes que hacer”. De hecho, “Judas buscaba una ocasión favorable para entregarlo”, especulando con su negocio infame: “¿Cuánto me darán si se lo entrego?”.

3) Como nos lo recuerdan los cuatro cánticos que leeremos a lo largo de la semana, Jesús es el *Servidor doliente de Yahveh*, que nos justifica con su entrega: “Éste es mi Servidor, a quien yo sostengo [...]. Él no gritará, no levantará su voz [...]. No romperá la caña quebrada ni apagará la mecha que arde débilmente”. En su persona tienen pleno sentido las palabras de Isaías: “Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban y mis mejillas a los que me arrancaban la barba; no retiré mi rostro cuando me ultrajaban y escupían [...]. Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro, tan despreciado, que lo tuvimos por nada [...]. Él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias [...]. Él fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por

nuestras iniquidades [...]. Fue detenido y juzgado injustamente [...]. El Señor quiso aplastarlo con el sufrimiento”.

En efecto, en el huerto de Getsemaní, en vísperas de su Pasión, “se apoderaron de Jesús y lo ataron”; y si bien reconoció que “mi realeza no es de este mundo”, juzgándolo entre ‘gallos y medianoche’, lo condenaron: “Lo crucificaron, y con Él a otros dos”. Para que se cumplieran las Escrituras, “se repartieron mis vestiduras”. En medio de su tormento, la presencia de la Madre y del discípulo amado constituirán cierto consuelo: “¡Aquí tienes a tu hijo! ¡Aquí tienes a tu madre!”. Mirando el relato en su conjunto, percibimos que en Jesucristo “no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades”. De hecho, “Él dirigió durante su vida terrena súplicas y plegarias, con fuertes gritos y lágrimas, a Aquél que podía salvarlo de la muerte y fue escuchado por su humilde sumisión”.

4) Sin embargo, la muerte del Señor no constituirá la última palabra: “Mi Servidor justo *justificará a muchos* y cargará sobre sí las faltas de ellos”; “sí, mi Servidor triunfará: será exaltado y elevado a una altura muy grande”, Él es “el Alfa y la Omega [...], el que es, el que era y el que viene, el Todopoderoso”. En todo momento Jesús tiene consciencia de ser el Mesías, como lo pone claramente en evidencia la versión según San Juan. “Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en Él”. Jesús se apropia en primera persona las palabras de Isaías: “Yo te destino a ser la luz de las naciones, para que llegue mi salvación hasta los confines de la tierra”. “El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos”. Por todo esto, en todo momento Él es consciente de estar celebrando la

liturgia nueva del Reino: "Todo se ha cumplido". Y así "brotó sangre y agua", símbolos de los sacramentos de la Iglesia.

"La casa se impregnó con la fragancia del perfume" (Jn 12,3)

El gesto que María realiza con Jesús en Betania ungiéndolo con perfume de nardo puro contrasta, por un lado con el mal olor de Lázaro en el sepulcro (ver Jn 11,39), y por otro con el cálculo mezquino de Judas respecto al uso que podría haberse dado a ese dinero. Así como Nicodemo unguirá generosamente a Jesús como difunto (ver 19,39), María lo hace creativamente como rey, mesías, profeta y esposo; reconociendo su gloria seis días antes de la Pascua, y cuando todo parecía insuficiente.

Lo hace como gesto de amor sobreabundante ante lo que iba perfilándose como inevitable: la muerte de Aquél por quien se sentía amada (ver 11,5). Éste es el nivel de íntima gratuidad que no comprende Judas, aferrado a un cálculo externo de resultados, como en otra oportunidad lo hizo Felipe con el pan (6,7). Y así como en aquel evento Jesús fue creativo al momento de multiplicar y perfeccionar la comida para una multitud, ahora lo es María expandiendo generosamente su perfume.

Muchas veces, de cara a las situaciones límites que comprometen la felicidad, salud o integridad de las personas más cercanas, podemos adoptar una actitud defensiva y protectora. Esta estrategia no siempre resuelve las dificultades, y muchas veces anula el espacio de creatividad necesario para encontrar las mejores alternativas, asociadas a la esperanza. El gesto de María nos invita a redoblar la apuesta, expandiendo nuestra confianza en

la gratuidad del amor. Cuando aquellos a los que amamos están 'entre la espada y la pared', no queda mejor alternativa que ayudarlos a 'salir para arriba', autotrascendiéndose a partir de gestos y actitudes inéditos.

Podemos preguntarnos: ¿Cómo expreso mi amor a los más cercanos en sus situaciones límites?

"Uno de ustedes me va a entregar" (Jn 13,21)

El tema de la entrega por parte de *Judas* juega un papel muy importante en los primeros días de la Semana Santa. Ya vimos ayer que cuando María de Betania unguía generosamente a Jesús con perfume real, mesiánico, profético y esponsal, inundando de buen aroma la casa y anticipando su glorificación definitiva, la objeción del traidor fue: "¿Por qué no se vendió este perfume en trescientos denarios para dárselo a los pobres?". Es la hipocresía de los mezquinos y escépticos. De hecho, "Judas buscaba una ocasión favorable para entregarlo", especulando con su negocio infame: "¿Cuánto me darán si se lo entrego?".

Las negaciones de *Pedro* no son un tema menor, si bien es cierto que su disposición inicial había sido de valentía, tanto al prometer dar su vida como al herir al sirviente del Sumo Sacerdote en la oreja, en el momento del prendimiento de Jesús. Sin embargo, y llegado el momento, la fragilidad humana sumada al desconcierto pudieron más que sus buenos propósitos. En Pedro no anidaba la malicia de la traición, pero sí la debilidad propia de la presunción: "¿Conque darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces".

Podemos preguntarnos: ¿Percibo que en estos momentos mi vida se identifica en algo con la de Judas o la de Pedro? ¿En qué?

"¿Cuánto me darán si se los entrego?" (Mt 26,14)

La entrega de Jesús ya está en cierto modo decretada: "¿Seré yo, Maestro?", preguntará Judas. "Tú lo dices", responderá Jesús. Efectivamente, a medida que se van sucediendo los acontecimientos, las mediaciones humanas de la entrega del Justo y Servidor de Yahveh, como así también su juicio y la crucifixión ignominiosa se van haciendo más y más inminentes. Fue la práctica de la misericordia a lo largo de todo su ministerio pastoral la que le suscitó a Jesús enemigos mortales: el poder religioso, y secundariamente el poder político, no veían con buenos ojos que sus intereses creados fueran puestos seriamente en riesgo con esta nueva imagen de Dios que les presentaba el profeta galileo, ese 'judío marginal' (J. Meier). Sin embargo, lo que seguramente más le habrá dolido al Señor, es que el facilitador último de la pérdida entrega haya sido uno de los discípulos con quien Él a diario compartía su pan.

En efecto, la gravedad del pecado que conduce al Señor a la muerte se incrementa al estar asociado a un defraudar la confianza, estima y buena fe de los más cercanos: inesperadamente, Judas se sale con un 'martes trece' que dejará desconcertada a la comunidad de los Doce. Por su malicia, su acción constituye lo que tradicionalmente llamamos pecado mortal. Una mentira abierta en una cuestión decisiva, una situación de infidelidad matrimonial o adulterio culpablemente simulada, un atentado contra la buena fama de otra persona o incluso una calumnia, la manipulación o

comercialización de la vida frágil o indefensa (aborto, tráfico de drogas, trata de personas, etc.) con mezquinos fines de lucro. Judas es el que especula con sacar rédito de todo esto: vislumbró en la entrega de Jesús un posible negociado, y no midió el costo que podía tener para su amigo y hermanos el pretendido beneficio personal que de la situación intentó extraer. Por eso se asfixió en su propia iniquidad y se quitó la vida.

Podemos preguntarnos: ¿Existe en estos momentos de mi vida alguna situación grave que deba cambiar y convertir con urgencia? ¿Soy consciente de que Jesús murió por mí para que efectivamente lo haga? ¿Sé que si no lo hago terminaré mal?

"Empezó a lavar los pies a sus discípulos" (Jn 13,5)

En algún momento tenemos que recapitular lo que hemos buscado hacer en la vida. Hay quienes lo hacen con ocasión de la celebración de algún aniversario, otros escribiendo sus memorias. Jesús lo hizo a través de un gesto sencillo pero elocuente: lavó los pies de sus discípulos. Y buscó asegurarse de que entendieran lo que hacía con ellos: "Si yo que soy Maestro y Señor les he lavado los pies, ustedes deberán hacer lo mismo unos con otros".

Los caminos para descubrir el amor de Jesús son muchos y a veces ajetreados, pero todos estamos llamados a encontrarnos con él, interiorizarlo y reproducirlo como el sentido último de nuestras vidas. Muchos recursos y experiencias pueden hacer madurar en nosotros esta actitud teologal central, pero lo decisivo es que en algún momento de la vida logremos plasmarla en plenitud.

Pedro no quiere dejarse lavar los pies: le cuesta dejarse amar, y así no podrá aprender a ser creativo al momento de tener que

repetir el gesto con los demás. "Si no te lavo, no podés tener parte conmigo", le insinuará Jesús. No hay en nosotros amor ofrecido que previamente no haya sido gestado como amor recibido. La humildad para sentirse indigente es condición *sine qua non* para la acción de gracias que posibilita el surgimiento de la caridad. Sólo ama mucho la persona que tiene conciencia agradecida de haber sido muy amada.

Podemos preguntarnos: ¿En qué circunstancias sentí que me lavaron los pies? A su vez, ¿a quienes habitualmente lavo yo los pies? ¿A quiénes estoy llamado a lavar los pies y aún no lo hago?

"Como un cordero llevado al matadero" (Is 53,7)

De los cuatro cánticos de Isaías referentes al *Servidor de Yahveh* (ver *Is* 42,1-9; 49,1-9; 50,4-11; 52,13-53,12), el último es con creces el que describe con mayor dramatismo y patencia la figura y destino de este misterioso personaje, que en tiempos del autor bíblico podía interpretarse como dicho colectivamente de todo Israel desterrado (siglo VI a.C.), o también en referencia a un futuro profeta mesiánico individual que advendría.

Los relatos de la pasión nutren su composición de estas escalofriantes imágenes, las cuales, en *Viernes Santo* y referidas a Jesús, nos ponen en silenciosa contemplación ante el misterio de la cruz: la de Él y la de todas las personas que completan hoy en su carne los padecimientos de Cristo, sumidos muchas veces en la angustia y el desamparo.

Debido a su conmovedor talante poético, el Cuarto Cántico estimula la compasión entrañable, induce a la devoción profunda, nos invita a una conversión efectiva. Dejemos entonces que las

mismas palabras del texto bíblico nos introduzcan en la contemplación del crucificado, 'que murió por mí, para que más le ame y le siga' (san Ignacio de Loyola), y preguntémosnos: *¿Qué debo hacer yo por Él? ¿Qué debo de mi parte ofrecer?* (ver *Ejercicios Espirituales*, 104; 197).

"Sin forma ni hermosura que atrajera nuestras miradas, sin aspecto que pudiera agradarnos. Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento [...]. Él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias [...]. Fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades [...], por sus heridas fuimos sanados [...]. Al ser maltratado, se humillaba, y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero [...]. Fue arrancado de la tierra de los vivientes y golpeado por las rebeldías de mi pueblo [...]. Si ofrece su vida en sacrificio de reparación, verá su descendencia [...]. Mi Servidor justo justificará a muchos y cargará sobre sí las faltas de ellos [...]. Fue contado entre los culpables, siendo así que llevaba el pecado de muchos e intercedía en favor de los culpables".

“Descendió a los infiernos” (Símbolo de los Apóstoles)

Hoy no hay Palabra, porque Jesús está en el sepulcro. Su espíritu descendió *ad inferos*, a la región de los muertos. Autolimitándose del modo más radical que podamos imaginar, el Señor lleva a plenitud las consecuencias lógicas de su encarnación: se solidariza con el destino ineludible de toda persona que viene a este mundo, con su inevitable tener que morir (M. Heidegger).

Hoy no hay liturgia, no hay eucaristía, no hay esperanza. Por un día estamos solos. Por un día es cierto que el mundo se enfría, que no hay luz, que reina un silencio lúgubre. Muriendo la Palabra, todo deviene desolación, abandono y desconsuelo. Por un día participamos de esa oscuridad que impregnó los últimos meses de la vida de Teresa de Lisieux, y nos hallamos 'con Dios y ante Dios como si Dios no existiera' (D. Bonhoeffer). Por un día la Palabra está bien muerta (H. U. von Balthasar). Por un día F. Nietzsche toma la palabra y afirma con razón: 'Dios ha muerto'.

V. Resurrección y vida nueva: el tiempo Pascual

Vigilia y Octava de Pascua

“¡Feliz culpa que nos mereció tan gran Redentor!” (Pregón Pascual)

1) La *Vigilia Pascual* se va iluminando, progresivamente, con el fuego nuevo que aportan los relatos de la historia salvífica, ofrecidos en abundancia por la Liturgia. En ellos se nos presenta a un Dios empeñado en renovar el esplendor prístino de su creación, cuando “miró todo lo que había hecho y vio que era muy bueno”. Si bien es cierto que la dureza del corazón humano, concomitante al pecado, nos lleva en ocasiones a gastar “dinero en algo que no alimenta” y las “ganancias en algo que no sacia”, el Dios de la Alianza, que se compadeció de su pueblo “con amor eterno”, se ha empeñado siempre en invitarnos e iluminarnos a que caminemos “hacia el resplandor, atraído(s) por su luz”.

Es la *luz de la promesa* prefigurada en Abraham: “Yo te colmaré de bendiciones y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar”. La misma que irá madurando a lo largo de siglos hasta llegar a ese pacto inédito y definitivo vislumbrado por los profetas de la Primera Alianza: “Yo haré con ustedes una alianza eterna”; “Yo los tomaré de entre las naciones, los reuniré de entre todos los países y los

llevaré a su propio suelo. Los rociaré con agua pura, y ustedes quedarán purificados. Los purificaré de todas sus impurezas y de todos sus ídolos. Les daré un corazón nuevo y pondré en ustedes un espíritu nuevo: les arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne”.

2) Esta nueva tierra en donde se nos regala un corazón de carne, purificado de impurezas e idolatrías, e impregnado del Espíritu de Dios, es *Jesucristo resucitado*: “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado”. El mismo que “pasó haciendo el bien y sanando a todos los que habían caído en poder del demonio, porque Dios estaba con Él”, es el que ahora vive para siempre junto al Padre y en la fe de cada uno de nosotros. De este acontecimiento sorprendente y único la Iglesia, comunidad creyente que como el discípulo amado “vio y creyó”, es testigo ante el mundo.

“Sabemos que Cristo, después de resucitar, no muere más, porque la muerte ya no tiene poder sobre Él”. La resurrección del Señor tiene una repercusión concreta en nuestro estilo de vida, ya que “por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva”. En efecto, a partir de la Pascua de Jesucristo estamos llamados a vivir crísticamente: “Si nos hemos identificado con Cristo por una muerte semejante a la suya, también nos identificaremos con Él en la resurrección”. Estas connotaciones ético-espirituales deberán reflejarse en todos los órdenes de nuestras vidas, impregnándolas teologalmente: “Celebremos, entonces, nuestra Pascua, no con la vieja levadura de la malicia y la perversidad, sino con los panes sin levadura de la pureza y la

verdad"; "Ya que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes del cielo donde Cristo está sentado a la derecha de Dios".

Podemos preguntarnos: ¿Cómo repercute hoy en mi vida el anuncio siempre nuevo de la resurrección del Señor? ¿En qué sentido vuelve a recrearla?

[Vigilia y Domingo de Pascua: Gen 1,1-2,2; 22,1-18; Ex 14,15-15,1; Is 54,5-14; 55,1-11; Bar 3,9-4,4; Ez 36,17-28; Rom 6,3-11; Lc 24,1-12; Hch 10,34-43; Col 3,1-4; 1 Cor 5,6-8; Jn 20,1-9]

"Fueron a dar la noticia a los discípulos" (Mt 28,8)

El pasaje de Mt 28,8-15 parece querer representar dos tendencias opuestas con las que se debatirá el anuncio evangélico de la resurrección: la *genuina proclamación entusiasta* de quien está dispuesto a creer y el *sospechoso ocultamiento crítico* de quien mantiene una posición reticente. La proclamación fervorosa aparece en boca de las mujeres que, "atemorizadas, pero llenas de alegría, fueron a dar la noticia a los discípulos"; el ocultamiento escéptico se ve representado por los sumos sacerdotes y ancianos que, "de común acuerdo, dieron a los soldados una gran cantidad de dinero" para que dijeran que el cuerpo había sido robado mientras ellos dormían.

Permitir que los signos de credibilidad sean plenamente elocuentes y suficientes como para fundamentar un acto de fe, o desconfiar de ellos *a priori* para que nunca basten para dar ese paso, es el comienzo de una larga historia de confrontación entre devoto cristianismo e impío agnosticismo. Una historia que hoy se desarrolla no sólo en el marco del legítimo pluralismo filosófico-religioso de las sociedades contemporáneas, sino sobre todo en el

corazón de cada persona que, providencialmente, escucha hablar de Jesucristo y tiene cierto acceso a su mensaje.

Si bien el relato que comento lleva la impronta de los tiempos fundacionales del cristianismo, en los cuales éste busca diferenciarse cada vez más claramente del judaísmo que lo precede y prepara, las posibilidades y tentaciones que surgen al momento de acercarse al misterio de Jesús siguen siendo las mismas hoy que entonces. Por supuesto que no toda actitud escéptica es culposa, pero no es menos cierto que un endurecimiento consciente a la buena noticia del resucitado nos autoexcluiría del misterio de la salvación: a saber, de la comunión plena con Dios tal como nos fue manifestado definitivamente en Cristo.

Podemos preguntarnos: ¿Conservo una actitud interiormente dócil y consecuente a lo revelado por Dios en Jesucristo? ¿Hago lo posible para nutrir también racionalmente las razones de mi esperanza?

"Mujer, ¿por qué lloras?" (Jn 20,13)

"Mujer, ¿por qué lloras? [¿a quién buscas?]" (ver Jn 20,13.15). La pregunta se repite dos veces en el relato, impregnado inicialmente por un hondo desamparo y desconcierto: "Se han llevado al Señor y no sé dónde lo han puesto". Jesús desapareció del mundo conocido y controlado por María Magdalena, que sin embargo lo busca denodadamente, como ya lo habían hecho al inicio del cuarto evangelio los primeros discípulos (1,38), o como el mismo Jesús buscó a Lázaro en su sepulcro (11,34).

Lo cierto es que Jesús ha ingresado en otro orden de existencia, no manipulable por el deseo humano, trascendente a

nuestro afán posesivo ("déjame"), sólo accesible desde una fundamental y 'fundacional' (P. Capelle) disposición creyente. Es la actitud que asumirá finalmente esta mujer, llamándolo inicialmente "Rabbuni [Maestro]", y confesándolo luego a los demás discípulos con entusiasmo: "He visto al Señor" (20,18).

En la apertura de esta mujer creyente y misionera buscamos vernos representados cada uno de los cristianos. Sólo el anhelo profundo de encontrarnos con el Señor nos permitirá descubrirlo y anunciarlo resucitado, como Aquél que nos precede y se nos anticipa, y que por esto mismo es capaz de salvarnos: de hacernos ingresar en un nuevo orden de realidad, en esa esfera teológica de la vida que acaba siendo la más profunda, rica y real.

Como en el caso de María, en ocasiones el Señor resucitado está más cerca de nosotros de lo que imaginamos. Sobre todo en esos momentos difíciles de la vida, en los que nos sobrecoge un fuerte cimbronazo o prueba, y en los que humanamente hablando Jesús parecería estar ausente, como 'robado' de nuestra presencia tangible.

Podemos preguntarnos: ¿Busco de verdad al Señor? Y si lo encontré, ¿doy testimonio entusiasta de mi hallazgo?

"¿No era necesario que el Cristo padeciera?" (Lc 24,26)

El relato de los *discípulos de Emaús* (Lc 24,13-35) pone insuperablemente de manifiesto cómo el encuentro con Jesucristo resucitado cambia radicalmente nuestra percepción de los acontecimientos. Cuando nos animamos a releer nuestras vidas a la luz de la fe, no se modifica en nada la realidad de lo sucedido, pero

cambian por completo el alcance y la interpretación de los hechos: de mediar la nada, pasan a propiciar el encuentro.

1) Los discípulos en cuestión *estaban desanimados*: (a) 'bajaban' de Jerusalén a Jericó (mientras que en Lucas Jesús siempre 'sube' a la Ciudad Santa); (b) discutían con el semblante triste (se utilizan las palabras griegas 'omiléin [=dialogar], syzetéin [=buscar juntos] y antibállein [=discutir⁴], lo cual muestra un tono de conflicto y desencuentro creciente entre los interlocutores); (c) "sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle" (v.16). El párrafo es sumamente elocuente, ya que en síntesis lo que se nos dice es que los discípulos (a) caminaban, (b) se expresaban e (c) interpretaban desatinadamente las cosas.

2) Justamente en este momento de absoluta desesperanza, y por lo tanto, de máxima tensión, *Jesús se les acerca y se pone a caminar con ellos*. Y a causa de este gesto de condescendencia, recibe de inmediato una bofetada: "¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que han pasado allí estos días?" (v.18). Sin embargo, después de que Jesús les explique las Escrituras y comparta con ellos el pan, el texto hará notar que "se les abrieron los ojos y lo reconocieron" (v.31).

Ardió en ellos el corazón y *resurgió la esperanza*. Pasaron de una percepción restringida de lo acontecido en Jerusalén (Jesús "no era sino" un profeta fracasado en el que ilusoriamente habían depositado desmedidas expectativas) a una comprensión más amplia y satisfactoria (Jesús "no era sólo" eso, ya que ha resucitado y se apareció también a Simón).

⁴ Literalmente, *antiballein* da la imagen de 'arrojarse con cosas' o salir despedidos en direcciones opuestas.

3) Es lo que nos sucede con *algunos hechos de vida dolorosos* por los que hemos tenido que transitar: muchas veces les asignamos un significado reductivo, ya que éste queda condicionado por la sensación de desagrado que nos produjeron en su momento las experiencias, y no logramos ver detrás de estas apariencias negativas el carácter salvífico que en realidad lo vivido puede estar encerrando para nosotros aún hoy. No logramos darnos cuenta de que "era necesario que el Cristo [y también nosotros] padeciéra[mos] para entrar así en su gloria [=a saber, para crecer decididamente como hijo/as de Dios]" (v.26).

La octava de Pascua es un tiempo propicio para buscar releer creativamente nuestra historia personal, pasando de interpretaciones parciales, reductivas, regresivas e infantiles [=carnales], a otras más totalizantes, plenas, progresivas y maduras [=espirituales]. Que algo no haya sido gratificante no significa que no haya podido encerrar un sentido providencial profundo, que estamos llamado/as a desentrañar e interiorizar a la luz de la fe. Esta relectura pascual deberá ir de la mano de la siguiente convicción: normalmente, la luminosidad más sublime e inédita (=propia del misterio inefable de Dios que todo lo transfigura) tiende a ocultarse y esconderse detrás de las tinieblas más espesas y abrumadoras (=reveladoras de la finitud radical que impregna todo lo creado y lo crucifica). En ocasiones, lo que creíamos catastrófico en nuestras vidas termina siendo, en realidad, lo mejor que podía habernos pasado. Cuando se nos abren los ojos de la fe y descubrimos esto con claridad, experimentamos agradecimiento, alegría y entusiasmo. Como les pasó a los discípulos de Emaús...

Podemos preguntarnos: ¿Qué experiencia de mi vida no termino de releer pascual y creativamente? ¿Qué puedo hacer al

respecto para descubrir la presencia salvífica de Dios en donde sólo intuía desgracia y fatalismo?

"¿Por qué se admiran de esto?" (Hch 3,12)

Después de la curación del tullido mediada por Pedro y Juan, y ante la mirada de la gente, estos apóstoles terminaron pareciendo una especie de semidioses. Por esto mismo, ellos quisieron dejar en claro en virtud de qué poder obraban esas sanaciones: "¿Por qué se admiran de esto, o por qué nos miran fijamente como si por nuestro poder o piedad hubiéramos hecho andar a éste [hombre]?" (v.12). Y así aprovecharon aquella ocasión favorable para anunciar el nombre y misterio de Jesucristo.

No es fácil adoptar esta actitud de humildad y 'perfil bajo' ante el éxito evidente y halagador. Las personas propendemos a retener y atribuirnos ávidamente aquello en lo que nos hemos sentido de algún modo protagonistas, porque juzgamos que esta actitud consolida nuestra honra y valía. Más aún, a veces llegamos a considerar como propios los méritos ajenos, incluyendo en esta observación lo que en realidad podría ser fundamentalmente obra de Dios. Por el contrario, cuando las cosas no salen bien, tendemos a desentendernos del tema, y si podemos, desplazamos la responsabilidad del fracaso hacia otra/s persona/s. Así, en ocasiones, la culpa de todo puede llegar a tenerla el mismo Dios...

Lo cierto es que, de muchas cosas buenas que podemos llegar a realizar en la vida, somos meros mediadores o instrumentos (¡comenzando por la transmisión de la misma!). Es por esto que, cuando referimos el aparente éxito a nuestro ego, acabamos por arruinarlo todo, ya que en el mejor de los casos dejamos de ser

agradecidos, y de tomar conciencia del don recibido. Por ejemplo, en un equipo de trabajo, en una comunidad o en una familia, no siempre percibimos que los logros y realizaciones personales fueron obtenidos en buena parte gracias a una sinergia de conjunto y a los talentos aportados también por los demás.

Por eso, cuanto menos autorreferenciada sea la actividad que desplegamos, tanto más fecunda será: porque además, a nadie le gusta sentirse mezquinamente instrumentalizado para fines ajenos. Sin embargo, nos cuesta pasar desapercibidos, asumiendo esta actitud que, en realidad, nos haría verdaderamente amables y creíbles: nos gusta dejar nuestro sello e impronta en aquello de lo que hemos tomado parte, para convertirlo en una especie de botín de guerra, y para que nuestro nombre se enaltezca y perdure. En las mismas cosas de Dios, tendemos a sentirnos más fácilmente dueños y acaparadores celosos, que administradores generosos y serviciales...

Podemos preguntarnos: ¿En qué actividad de las que habitualmente realizo tendría que buscar más honestamente 'la gloria de Dios'; o al menos, cultivar un perfil más autotrascendente?

"Sabían que era el Señor" (Jn 21,12)

Cuando alguien conoce muy bien un campo del saber o un oficio, lo advertimos de inmediato, porque capta las cosas intuitivamente, casi 'al vuelo', mucho antes y con mayor precisión de lo que lo haría una persona aficionada o inexperta. Con sólo ver, escuchar y revisar al paciente, un buen médico clínico obtiene un prediagnóstico normalmente certero; con los indicios que le da el propietario sobre los problemas de su auto, un buen mecánico ya

sabr a más o menos a qué atenerse; observando los estilos de vida y preferencias de consumo de una muestra de personas o algunos indicadores clave de la macro/microeconomía, un hábil empresario o un inversor sagaz percibir a cuál ser a su próxima iniciativa administrativa o inversión bursátil.

En el relato desplegado en torno al lago de Tiberíades (*Jn* 21,1-14), viendo la sobreabundante cantidad de peces atrapados en la red después de una noche de trabajo infructuoso, el discípulo amado se da cuenta de que "es el Señor". La escena le recordaría lo descrito en *Lc* 5,1-11, donde una situación análoga había asombrado a Pedro y a los que estaban con él, entre ellos a Juan, uno de los hijos de Zebedeo. Sin embargo, esto no ser a sino un aspecto: del mismo modo que una madre reconoce a su hijo/a entre muchas personas por los más nimios indicios y comportamientos, o viceversa, el niño a su madre por el olor o el timbre de voz; o lo mismo que dos amantes se reconocen y 'adivinan' incluso por detalles que a cualquier otra persona pasar an inadvertidos, aquí el discípulo amado 'se da cuenta' que la persona que estaba en la orilla del lago, pese a su diferente apariencia resucitada, no podía ser sino Jesús.

No conocemos realmente lo que no amamos en profundidad. Si bien es cierto que para amar hay que previamente conocer, al menos incipientemente, no es menos real que sólo 'sabemos' en serio aquello con lo que nos hemos connaturalizado por el amor. El conocimiento profundo e íntimo de una determinada realidad o persona está fuertemente condicionado por el interés y afecto que nos suscita. Tanto el verbo bíblico-hebreo *yada'* [=conocimiento íntimo y experiencial; por revelación, confianza o relación sexual], como el latino *s pere* [=conocer, gustar, saborear] expresan esta

misma convicción. Si "el discípulo al que Jesús amaba" advirtió que 'era el Señor' antes que el mismo Pedro se diera cuenta, fue porque a la identificación racional de la persona o a un carisma de liderazgo, precedió la sintonía cordial y espiritual. Algo semejante a lo que acontece con los sonidos armónicos en los instrumentos musicales, donde unos vibran a causa de otros.

Los cristianos estamos llamados a devenir expertos [=sabedores por experiencia] en el conocimiento de Jesús. No se tratará, entonces, de un conocimiento funcional, pragmático o técnico, sino más bien personal, profundo e íntimo; ese conocimiento que tiene quien está verdaderamente familiarizado con otra persona, a quien se siente vinculado/a de modo estrecho, por muchos, decisivos y trascendentes motivos. En relación a Jesús, esta cercanía, amistad e intimidad cordial, propia de discípulo/as, sólo puede ser cultivada por medio de la lectura orante de la Palabra de Dios, y mediante una decisiva docilidad al Espíritu Santo, para que Él mismo vaya plasmando en nosotros los sentimientos 'sabios y amorosos' del Hijo.

Podemos preguntarnos: ¿Tengo verdaderamente un 'conocimiento interno' del Señor (Ignacio de Loyola)? ¿Qué pasos puedo dar para propiciarlo o consolidarlo?

Segunda Semana

“Dichosos los que crean sin haber visto” (Jn 20,29)

1) En vísperas del encuentro con el resucitado, “los discípulos estaban en una casa con las *puertas cerradas*, por miedo a los

judíos”. Es lo mismo que nos puede suceder a nosotros cuando aún no hemos hecho una experiencia significativa de fe, o cuando ésta no permanece ‘activada’ en dimensiones centrales de nuestras vidas. Es entonces cuando se les presenta Jesús en medio y los saluda con esas palabras que se repetirán por tres veces en el relato: “La paz esté con ustedes”. El resucitado trae paz, ilumina y consuela, unificando el sentido de los acontecimientos, y disipando todo temor, porque Él es el Señor de la historia: “No temas: Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive. Estaba muerto, y ya ves, vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la Muerte y del Infierno”. Jesús resucitado es el que, por sobre todas las cosas, ofrece su Espíritu a la humanidad por medio de la Iglesia: “Reciban el Espíritu Santo”.

2) La reacción natural de los discípulos fue la de llenarse de *“alegría al ver al Señor”*. No siempre estamos capacitados para reconocerlo en los eventos cotidianos de nuestras vidas, y por eso muchas veces la rutina y los contratiempos nos aplastan, sin que les demos espacio para que se nos manifieste en ellos Jesucristo. Pero cuando logramos ‘ver’ al Señor, su presencia resucitada se convierte también para nosotros en motivo de gozo y acción de gracias: “Den gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”.

Es la exclamación que naturalmente nos surge cuando comprobamos que “este es el día en que actuó el Señor”, y con el salmo, nos decimos a nosotros mismos: “Sea nuestra alegría y nuestro gozo”. Es entonces cuando nos damos cuenta que, efectivamente, “la piedra que desecharon los arquitectos”, la que habíamos desechado nosotros mismos como piedra inútil y de escándalo, lo que parecía estar demás en nuestras vidas como

experiencia negativa y detestable, “es ahora la piedra angular” sobre la que se apoya todo el andamiaje de lo que somos y vivimos: una especie de insospechado ‘trampolín’ hacia la vida.

3) Sin embargo, para encontrarse con el resucitado y experimentar el gozo y la paz del Espíritu, *hace falta tener fe*. A diferencia de la primera generación de discípulos, para nosotros el encuentro con el resucitado viene mediado, de generación en generación, por el testimonio de los demás creyentes: es lo que llamamos ‘Tradicición’ (de *tradere*, transmitir). Y aquí surge la dificultad que nos presenta Tomás, sobre todo en un momento cultural como el actual, en el que nos cuesta fiarnos de lo que no experimentamos en primera persona: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo”.

Pese a esto, el Señor será condescendiente y se volverá a presentar para el discípulo ausente, de modo análogo a como también se muestra paciente con nosotros para revelarnos una y otra vez su presencia nueva en las vicisitudes de nuestras vidas: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Ante la confesión adorante de Tomás (“¡Señor mío y Dios mío!”), el Señor sentenciará: “Dichosos los que crean sin haber visto”. Dichosos nosotros, si por medio de la fe estamos en condiciones de percibir un mundo nuevo y luminoso, recreado por la presencia esplendente del resucitado que hace ‘nuevas todas las cosas’.

4) Después del encuentro con Jesucristo glorioso, “los Apóstoles hacían muchos signos y prodigios en medio del pueblo”, y gracias a esta entusiasta actitud ‘de puertas abiertas’, “crecía el número de creyentes, hombres y mujeres, que se adherían al

Señor". Ver las cosas de un modo nuevo, no puede dejarnos apocados como antes: tenemos que ser *testigos fervorosos* de este nuevo modo de ver y posicionarnos ante lo real que hemos descubierto. No podemos dejar de comunicar 'lo que hemos visto y oído': no debemos dejar de anunciar la Buena Noticia de la resurrección.

Me pregunto: ¿Tengo el gozo y la paz del Espíritu de Cristo resucitado? ¿Doy testimonio de Él con entusiasmo?

[Domingo IIº de Pascua (C): Jn 20,19-31; Hch 5,12-16; Sal 117; Ap 1,9-19]

"No podemos callar lo que hemos visto y oído" (Hch 4,20)

El libro de los *Hechos de los Apóstoles* nos presenta la expansión del Evangelio como algo incontenible. Pedro acaba de hacer un signo evidentísimo curando a un tullido (ver 3,1ss.), lo asocia al anuncio de Jesucristo resucitado, y la gente cree en Él (v.11ss.). "Mientras los Apóstoles hablaban al pueblo", vienen "los sacerdotes, el jefe de los guardias del Templo y los saduceos" a detenerlos (4,1), pero Pedro habla con seguridad y entusiasmo (vv.8.13) de Jesús ante sus acusadores. Ellos los amenazan para que no prediquen más, pero con Juan afirman que tienen que obedecer a Dios antes que a los hombres, y que no pueden callar lo que han visto y oído (vv.19.20). Como si el mensaje de salvación se impusiera por sí mismo, a causa de su fuerza intrínseca y la acción del Espíritu. Pero también gracias al testimonio íntegro e incorruptible de sus anunciadores.

Es cierto que, en contrapartida, el pasaje evangélico tomado del final del *Evangelio de Marcos* nos hace ver, con cierto realismo,

que también existen resistencias entre los Once a causa de la falta de fe (ver *Mc 16,11.13*), cosa que Jesús les reprochará: "Su incredulidad y su obstinación porque no habían creído a quienes lo habían visto resucitado" (v.14), como por ejemplo María Magdalena (v.9). Esta incredulidad y obstinación, propias de la fragilidad humana, parecerían ser el contrapunto de esa fuerza arrolladora del mensaje, lo cual muestra que su aceptación no es automática ni siquiera entre los más cercanos y representativos del grupo elegido por Jesús: y esto, porque el Señor no desdeña ni manipula las opciones que emergen de nuestra libertad, como tampoco las posibles resistencias personales que de un modo culpable o no la Buena Noticia pueda provocar en cada uno/a de nosotros/as. De ahí que creer acabe siendo, siempre y para todo/as, una decisión absolutamente libre y personal.

Podemos preguntarnos: ¿Creo en la fuerza transformadora de la verdad? ¿Encuentro resistencias interiores frente a lo evidente? ¿Me abro a la novedad de la Buena Noticia? ¿La anuncio con entusiasmo? Por otra parte, ¿qué puedo hacer para clarificar y despejar los obstáculos que me impiden creer, crecer y evangelizar con mayor hondura y vigor?

"Tienes que renacer de lo alto" (*Jn 3,7*)

La experiencia pascual nos invita a un 'nuevo nacimiento' (ver *Jn 3,3*), "del agua y del Espíritu" (v.5). Los discípulo/as de Jesús estamos llamado/as a ser engendrado/as "de lo alto"; a ensanchar el horizonte de nuestros anhelos y búsquedas; a permitir que los criterios y parámetros de vida con los que habitualmente nos manejamos sean recreados a la luz del resucitado; a no recaer en la

carne, que son los criterios del 'mundo', sino a vivir conducido/as por el Espíritu siempre nuevo del Señor: como hombres y mujeres de la Pascua, como hijos e hijas de Dios.

Esta convicción general y transversal a nuestra vida, debemos ir la encarnando responsablemente en las experiencias, actividades y desafíos de cada día, en conformidad con las exigencias de nuestra vocación. Como cristiano/as, somos heredero/as de una tradición más que bimilenaria, que entonces con mayor razón que el fariseísmo del tiempo de Jesús (al que Nicodemo adscribía), corre el riesgo de caer tanto en una institucionalidad estéril y asfixiante como en una laxa inercia mortecina; en prácticas duales y contradictorias, con prioridades no bien jerarquizadas ni animadas por el Espíritu (filtrando el mosquito y tragando el camello); o por el contrario, en un inevitable y lamentable desgaste, como consecuencia de la extendida presencia del cristianismo en el tiempo. En ambos casos, que dan lugar a tantas 'neo' y 'pos' cristiandades, las referencias que acabarían conduciendo nuestras vidas no serían ya los criterios de Dios (=teológicos), sino más bien otros de tipo prevalentemente mundano (=socio-culturales).

Nicodemo fue honesto al buscar acercarse a Jesús, si bien en su primer encuentro estaba todavía condicionado por el lugar social y religioso de prestigio que ocupaba en el Sanedrín, el órgano colegiado de mayor autoridad en el mundo hebreo de su tiempo: por eso en aquella primera oportunidad "fue de noche" (3,1). Pero la autenticidad de su búsqueda queda puesta de relieve en el hecho de que más adelante haya 'dado la cara por Jesús' ante sus pares, y que esta intervención suya le haya valido una severa reprensión por parte de los otros magistrados (ver *Jn* 7,51-52). Por último, también en la constatación de que haya ido al sepulcro donde había

sido colocado Jesús, llevando áloe y mirra para cumplir con el ritual funerario, y poniendo con esto en riesgo su vida o al menos su prestigio (ver *Jn* 19,39). Es así que la autenticidad personal lo condujo al umbral de la fe: junto a la tumba, en vísperas del día de la resurrección.

Podemos preguntarnos: ¿Busco con todas mis fuerzas renacer de lo alto en este tiempo pascual? ¿Qué aspectos más rutinarios de mi vivencia y práctica religiosa debo dejar que sean recreados por el Espíritu?

"¿Cómo puede ser esto?" (*Jn* 3,15)

No siempre es fácil de comprender la propuesta que nos hace el Señor. En el caso presente, Nicodemo queda perplejo ante la invitación a 'nacer de nuevo / nacer de lo alto' que le hiciera Jesús. Dado que se trata de ingresar en un nuevo orden de cosas, espiritual y no carnal, de lo alto y no de la tierra, el horizonte excede con creces la experiencia humana de quien está en el umbral de la fe. Y así, Nicodemo se ve superado por la oferta que le hace Jesús.

Resulta interesante advertir que la pregunta hecha por el alto magistrado hebreo al Maestro en la noche de su visita es la misma que desliza María en el momento de la Anunciación ante el arcángel Gabriel: "¿Cómo puede ser esto...?" (ver *Lc* 1,34). Es la pregunta correcta que hace con honestidad quien, sin comprender suficientemente, busca abrirse a la fe como oyente de la Palabra, a partir de una posible revelación ulterior que provenga de lo alto.

También en nuestras vidas hay situaciones que no cierran bien y nos dejan desconcertados. El fracaso de algo muy anhelado, el sufrimiento inocente, una respuesta que no acaba de llegar,

expectativas que no terminan de cumplirse, un desafío que no puede concretarse, etc. Es muy sano y conveniente hablar de estas cosas al Señor en la oración, en los mismos términos que lo hicieron Nicodemo o María ("¿Cómo puede ser esto...?"), y con una disposición autoimplicativa que nos permita descubrir o consolidar nuestra fe valiéndonos del aparente escollo.

Podemos preguntarnos: ¿Qué aspecto/s de mi experiencia vital me dejan hoy perplejo y desconcertado? ¿Qué es lo que me dice la Palabra al respecto? ¿Por dónde pasan las insinuaciones del Espíritu?

"Para que todo el que cree en Él tenga vida eterna" (Jn 3,16)

'Todo hombre desea ser feliz', sostenía Aristóteles, lo cual podría traducirse como un deseo de 'vida plena'. La universalidad de esta búsqueda no necesita ser demostrada, ya que la constatamos en nosotros/as mismo/as como una exigencia humana fundamental y decisiva. Sin embargo, y a manera de contrapunto ineludible, a lo largo de nuestro itinerario vital nos topamos con lo negativo, lo no deseado, lo adverso e inesperado, que parece poner en jaque nuestra aspiración inicial a la felicidad, o en tela de juicio los fundamentos en los que hasta el momento apoyábamos esta expectativa. Esto resulta mucho más angustiante cuando emerge el sufrimiento humano con las connotaciones de una 'experiencia límite'.

Al respecto, la Palabra de hoy nos invita a dar un salto cualitativo, adoptando una actitud de autotranscendencia en Dios: a ir más allá de nuestra limitada experiencia personal y a creer confiada

y creativamente en Jesús, abandonando en Él nuestras desilusiones y fracasos aparentes. Porque en la medida en que nos convencemos de que más allá de la oscura percepción que tenemos de los acontecimientos 'el sol está aún brillando', las situaciones más dramáticas de nuestra vida se tornan ocasión de inesperado crecimiento, y con el transcurso del tiempo y la asunción de las vivencias en cuestión, en oportunidades 'cumbre' de maduración y plenitud personal.

Por supuesto que esto es particularmente cierto de cara a la muerte, que mirada a la luz de la fe pascual puede transformarse para cada persona en paso a la Vida con mayúsculas. Pero también es aplicable a otras etapas previas y críticas del camino, en las que amparados a la luz de la fe, podemos leer y vivir más creativa y fecundamente, no sólo sin desmoronarnos ni claudicar, sino incluso sacando provecho de ellos, los aparentes males por los que seguramente debamos ir transitando.

Podemos preguntarnos: en los momentos difíciles, ¿fui o soy capaz de autotrascenderme esperanzadamente en la fe? ¿Asocio este acto de confianza suprema en el Señor a otros ejercicios de confianza en mediaciones humanas, limitadas pero necesarias?

"Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch 5,29)

El Sanedrín busca intimidar a Pedro y los apóstoles para que no sigan con sus enseñanzas acerca de Jesucristo. La respuesta de ellos es contundente: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres". La misma es una muestra elocuente de libertad interior, ya que no se dejan amedrentar con prohibiciones arbitrarias ni por

amenazas de castigos. Esta misma actitud les daba a los discípulos autoridad ante el pueblo (ver *Hch* 5,26), a la par que exacerbaba la hostilidad de sus injustos instigadores (v.33).

Todo/as lo/as cristiano/as estamos llamado/as a vivir y testimoniar a Jesucristo con libertad interior, quien se nos presenta como "camino, verdad y vida" (ver *Jn* 14,6). La libertad interior es condición necesaria para una auténtica vida en el Espíritu. Ningún poder, norma o condicionamiento, exterior o interior, debería impedirnos seguir con docilidad creyente lo que Dios espera de cada uno/a de nosotros/as, lo cual incluye decisivamente la vivencia del discipulado misionero. Por el contrario, los obstáculos y rechazos que puedan presentarse deberían estimular y vigorizar nuestro fervor evangelizador.

No obstante, la libertad interior es una ardua y permanente conquista diaria, vinculada al discernimiento y a la purificación orante, iluminada y amorosa del corazón. Conlleva una actitud de magnanimidad, y un esfuerzo constante por vivir la virtud de fortaleza ante la adversidad y la templanza ante las seducciones. La libertad interior se ve estimulada por la esperanza, que a su vez presupone en quien la practica claridad y fidelidad respecto a la propia identidad vocacional: al modo original en que cada uno/a de nosotros/as es invitado/a a manifestar, de un modo irrepetible y siempre sorprendente, el rostro de Jesús en la Iglesia y en el mundo.

Podemos preguntarnos: ¿Qué es lo que hoy me amedrenta y me impide dar testimonio de Jesús más libremente, con mayor entusiasmo? ¿Qué hago, al respecto, para fortalecerme en la fe pascual?

"¿Dónde compraremos panes para darles de comer?" (Jn 6,5)

La pregunta que le hace Jesús a Felipe no deja de ser capciosa ("para probarle"), y el discípulo cae en la trampa: "Doscientos denarios [=jornales de trabajo] no alcanzarían para dar de comer un poco a cada uno" (Jn 6,7). Felipe entiende la cuestión planteada por Jesús como un problema al que hay que dar una respuesta eficaz, pero aparentemente inviable, y no como un desafío que invita a entrar en una nueva lógica actitudinal. Esta nueva lógica parece captarla en cambio el muchacho, que aparece en escena ofreciendo 'solidariamente' sus "cinco panes de cebada y dos peces" (v.9), para que Jesús realice un signo superior (con más gente y menos pan) al obrado otrora por el profeta Eliseo (ver 2 Re 4,42-44).

Hoy nos planteamos tanto a nivel global como local problemas que tienen que ver con el acceso a los bienes y servicios básicos de consumo, comenzando por el agua y una alimentación digna. Suprimir la pobreza extrema es además una de las denominadas 'metas del milenio' de las Naciones Unidas. Hoy ya no puede esgrimirse la escasez de recursos para sostener que 'no alcanzan', porque somos plenamente conscientes de que en realidad sobran, y que el problema fundamental es más bien la distribución equitativa y la austeridad en el consumo de los mismos. No basta, en cambio, con meras recetas estratégicas, asociadas prevalentemente a una centralizada planificación técnica, ni con un mal entendido principio de subsidiariedad que deje librado todo al libre juego del mercado y la iniciativa individual o de las empresas. Tal como lo entiende Benedicto XVI a lo largo de su carta encíclica *Caritas in veritate* (2009), es preciso adentrarse en la lógica del don y la gratuidad,

que en gran parte incluye el principio de solidaridad y la superación de una mentalidad economicista centrada únicamente en el lucro: incluso para las empresas.

El episodio de la multiplicación de los panes concluye diciendo que la gente se sació, y que con lo que sobró se llenaron doce canastas. Es decir, todos quedaron satisfechos y además sobreabundó: quedó el mandato de seguir compartiendo. Es lo que acontece cuando trascendemos las estrechas soluciones pragmáticas de los 'técnicos' y nos adentramos en una lógica más gratuita de intercambios: nadie pasa necesidad y siempre termina habiendo lugar para más personas. Es el testimonio que podrían dar los miembros de muchas redes y organizaciones sociales, emergentes en las variadas geografías de nuestro mundo a lo largo de los dos últimos decenios, o también la gran mayoría de comunidades de inspiración cristiana que, desde los tiempos de Jesús, buscaron ponerla en práctica con estilo teologal.

Sin oponerlas, podemos preguntarnos: ¿Qué prevalece en mí? ¿La apertura al 'don' o la lógica del 'problema'? ¿El intercambio justo pero 'estricto', o el que incluye un 'plus' de gratuidad?

"Soy yo, no teman" (Jn 6,20)

En el imaginario hebreo del tiempo de Jesús, el lago de Genesaret encrespado era todo un símbolo del poder aterrador del demonio. Como los judíos no eran buenos navegantes, y se limitaban sólo a pescar en precarias embarcaciones, un viento fuerte y tormentoso los amedrentaba. Ésta era la situación en que se encontraban los discípulos al momento de acercárseles Jesús caminando sobre las aguas.

No obstante, en términos comparativos, *Mc* 4,35-41 subraya el poder de Jesús sobre la fuerza demoníaca del viento, a quien se dirige de modo increpante y eficaz como si se tratara de un exorcismo: "¡Silencio! ¡Cállate!" (v.39). En *Jn* 6,16-21, en cambio, se subraya la soberanía de Jesús sobre las aguas con un solemne "Soy yo", que nos evoca el mismo nombre de Yahveh (por ejemplo, *Ex* 3,14) y su acto creador (ver *Gen* 1,2 y siguientes). Pero además, con la advertencia inmediata de que "la barca tocó tierra en seguida" (6,21), podríamos interpretar el evento como una afirmación de que, cruzando el Jordán, el pueblo de la Alianza finalmente alcanzó y poseyó la tierra prometida, derrotando a todos sus enemigos, sostenido por el poder y fidelidad de Yahveh (ver *Jos* 1,2).

Es con esta misma actitud triunfante, que en este caso precede al discurso del 'pan de vida', que comenzará el cuarto Evangelio su relato de la pasión, llegada la 'hora de la glorificación' o paso de Jesús 'de este mundo al Padre': "Soy yo", dirá el Señor reiteradamente en 18,5 y 6. Así, mientras que en *Mc* el miedo es generado por la tempestad demoníaca (4,40), en *Jn*, en cambio, el temor de los discípulos es provocado ¡¡¡por la misma tremenda omnipotente de Dios que se les manifiesta!!! (6,19).

En ocasiones, también a nosotros el Señor nos asusta, ya que de acuerdo a la fenomenología religiosa, Dios es 'fascinante y tremendo' (R. Otto). Nos fascina su poder y magnificencia; pero eso mismo que de Él nosotros no podemos controlar también nos aterra. Nos sentimos ante el Misterio indisponible, no manipulable ni sugetable a nuestros intereses y deseos personales, por bienintencionados que éstos fueran. En este sentido, Dios es el

'totalmente Otro', o al menos, en expresión de un teólogo argentino, el 'diversamente Otro' (R. Ferrara).

Cuando en la vida nos acontece algo que nos saca de los cauces rutinariamente trillados y quedamos expuestos a una situación de desconcierto, inicialmente tendemos a demonizar el acontecimiento, y a pensar que se trata de algo decididamente negativo para nosotros. Así consideramos naturalmente como malas la enfermedad, el quedar desempleados, las desavenencias familiares, la imposibilidad de dar cumplimiento a nuestros objetivos, etc. Pero pocas veces nos animamos a pensar que, detrás de todas estas cosas que nos atemorizan, tal vez esté presente el Señor que busca hacernos crecer y salvarnos.

Si en Jesús, efectivamente, Dios nos ha manifestado que nos ama, entonces podemos abrirnos a Él con confianza en las situaciones más oscuras y tenebrosas de nuestra vida. No deja de resultar sorprendente que en el relato de Jn que estoy comentando se diga de entrada que "ya era de noche" (v.17): ¡como en 13,30, después de la decisión de Judas de entregar al Señor! En Jesús, podemos estar convencidos de que hasta la más tétrica negrura del pecado puede desembocar en un pascual 'feliz culpa que nos mereció tan gran Redentor' (*Pregón Pascual*)...

Podemos preguntarnos: cuando me toca atravesar por momentos oscuros y difíciles, ¿confío en el amor salvífico de Dios? ¿Me animo a pensar que, detrás de lo que parece una manifestación del enemigo, está presente el Señor que me ama y busca salvarme?

Tercera Semana

“¿Me amas más que estos?” (Jn 21,15)

1) El relato evangélico tiene lugar “a orillas del mar de Tiberíades”, en el mismo lugar en el que Jesús había multiplicado los panes (ver Jn 6,1) y reunido al nuevo Israel para celebrar próximamente la Pascua (6,2-4). En esta ocasión “estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos”. Es decir, siete personas, el número perfecto que de este modo remite a la comunidad escatológica en intimidad con Dios. Sin embargo, al igual que en aquel primer encuentro con Jesús del que nos habla Lc 5,1-11, los discípulos “esa noche no sacaron nada”. La esterilidad de su esfuerzo y la frustración de no tener ningún pescado para ofrecer a ese misterioso personaje que los interpelaba desde la playa, quedan puestas elocuentemente de manifiesto en la respuesta que dan a la pregunta de Jesús (“¿Tienen algo para comer?”): “No”. Simplemente: ‘No’. ‘No tenemos nada, siguiendo la iniciativa de ir a pescar con Simón Pedro (v.3), no hemos conseguido nada’.

2) Si ponemos el relato en paralelo con el de la vocación inicial de los discípulos narrada por Lucas, no nos debe sorprender que el discípulo amado, aquél que en la cena estaba reclinado muy cerca del Señor (13,23), que permaneció de pie junto a la cruz (19,26), y que ‘viendo’ los signos del resucitado ‘creyó’ (20,8), haya exclamado con entusiasmo, al ver una vez más esa milagrosa sobreabundancia de peces: “¡Es el Señor!”. Es el reconocimiento certero que hace aquél para quien Jesús resulta sobradamente

familiar, conocido e íntimo. De hecho, viendo los discípulos “que había fuego preparado, un pescado sobre las brasas y pan”, y que esa misma persona que les pedía pescado ahora los invitaba a comer (“Vengan a comer”), podrían haber pensado: ‘Él es el único que puede darnos hoy pescado; Él es el pan de vida que se nos da en alimento’ (ver 6,51); Él es la misma Sabiduría encarnada (1,14) que nos convida a su mesa (ver *Pr* 9,5)’. Sin embargo, Jesús es también el que siempre pide algo de nosotros, a manera de necesaria colaboración: “Traigan algunos de los pescados que acaban de sacar” (ver 6,9.11). Por todo esto, y ahora para todos los presentes, no había lugar a dudas: “Sabían que era el Señor”, que por “tercera vez” se les aparecía resucitado.

3) Luego, y casi repentinamente, el relato adquiere un tono de mayor personalización e intimidad, casi confidencial: “Simón, hijo de Juan, ¿*me amas más que éstos?*”. “Sí, Señor, tu sabes que te quiero”. “Apacienta mis corderos / ovejas”. Fue la pregunta, respuesta y misión que por dos veces hizo el Señor a Pedro. La tercera se vio revestida de mayor dramatismo en el sentir del Apóstol: “Simón, hijo de Juan, ¿*me quieres?*”. Dice el texto que “Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntara si lo quería”. Con menos presunción que en la cena (“Yo daré mi vida por ti” [13,37]), en esta ocasión el discípulo respondió con honesta humildad: “Señor, Tú lo sabes todo; sabes que te quiero”. Así, a la triple negación de la noche del prendimiento (18,15-18.25-27), en la que ‘tampoco había sacado nada’ por iniciativa propia, siguió un triple resarcimiento y una nueva misión, como nos lo anticipara en cierto modo *Lc* 5,10 en referencia a lo de convertirse en ‘pescador de hombres’: “Te aseguro que cuando eras joven, tú mismo te vestías e ibas a donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás

tus brazos y otro te atará y te llevará a donde no quieras” (Jn 20,18).

4) El “*Sígueme*” final de Jesús caló muy hondo en el corazón de Pedro, que detenido tiempo después por el Sumo Sacerdote y sus partidarios dirá con sorprendente valentía y entereza: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”; aprovechando la ocasión para anunciar a los presentes que “el Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, al que ustedes hicieron morir suspendiéndolo del patíbulo”, de lo cual “nosotros somos testigos”. Testimonio de fe que Pedro seguramente habrá dado por amor al Señor, pero también en la esperanza de verse contado algún día entre esa “multitud de Ángeles que estaban alrededor del trono, de los Seres Vivientes y de los Ancianos”, que según Ap 5,12-13 alababa incesantemente al Cordero, y cuyo “número se contaba por miles y millones”. La esperanza de Pedro era la de participar en esa Jerusalén celestial que le escena del lago apenas prefiguraba...

Después de haber meditado personalmente los textos, podemos preguntarnos: ¿En qué sentido el encuentro con Jesucristo Resucitado ha cambiado significativamente mi vida? ¿En qué sentido le imprimió entusiasmo, le confirió fortaleza y la impregnó de esperanza?

[Domingo IIIº de Pascua (C): Jn 21,1-19; Hch 5,27-41; Sal 29,2-13; Ap 5,11-14]

"Me buscan porque comieron pan hasta saciarse" (Jn 6,26)

Después del signo de la multiplicación del pan, la multitud buscaba denodadamente al Señor. Y hasta querían hacerlo rey. Pero Jesús no quiso caer en la trampa de un liderazgo populista, a

base de 'pan y circo', sino conducir progresivamente a sus seguidores a los bienes que perduran: hacia el 'pan de vida' dado únicamente por el Padre para la vida del mundo.

Cuando nuestras búsquedas y actitudes surgen motivadas por necesidades vehementes, aunque éstas sean de tipo religiosas, no terminan contribuyendo a nuestro crecimiento y desarrollo humano-espiritual. Es por eso que Jesús busca sumergir a la gente que lo sigue en el plano de los valores indisponibles y trascendentes, asociados éstos a procesos autotrascendentes de crecimiento en el amor. Mientras que las necesidades se emparentan con un modo de simbolización regresivo e infantil, relacionado con la búsqueda de gratificaciones inmediatas y fáciles; los valores son propiciados, y nos invitan a cultivar, una simbolización progresiva y madura, relacionada con procesos humano-espirituales cada vez más significativos, profundos e indisponibles.

En el texto que comento (*Jn 6,22-29*), la gente buscaba a Jesús 'idolátricamente' y no 'icónicamente', dado que Él se convertía para ellos en objeto para la satisfacción de expectativas políticas mezquinas, y no en sujeto evocador del Misterio 'siempre mayor'. Por eso Jesús 'se hace a un lado'. Es lo mismo que debemos hacer nosotros cuando sentimos que alguien 'nos quiere utilizar'. Sin embargo, tenemos que estar atentos a no caer nosotros mismos en búsquedas y expectativas idolátricas respecto de otro/as. Podemos reconocer inclinaciones idolátricas cuando percibimos en nosotros/as tendencias compulsivas y adictivas, no libres y dependientes: hacia algo o hacia alguien que nos simbolice el 'paraíso ya'. Es sobre todo de estas tendencias interiores que debemos escaparnos, para que no nos conviertan en su 'rey

cómplice', y acaben conduciéndonos a la vivencia inversa del 'paraíso nunca'...

Para ello es preciso decodificar el simbolismo regresivo concomitante al ídolo, seguir su gestación en nuestra historia personal, y buscar reconvertirlo en icono progresivo y liberador. Para esto es indispensable la meditación cotidiana y orante de la Palabra de Dios, que nos lleva a un encuentro cada vez más desinteresado y gratuito con el Señor.

Podemos preguntarnos: ¿Percibo en mí tendencias idolátricas, que coronan rey fácil e ingenuamente una realidad (algo o alguien) diferente del Dios vivo? ¿Pongo los medios para reconvertir progresivamente ése modo de simbolización regresivo?

"¿A quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna" (Jn 6,68)

En muchos órdenes de la vida nos sucede que cuando las cosas se complican, queremos largar todo y marcharnos. Puede acontecer esto en una actividad laboral, en una tarea de voluntariado, en la vida matrimonial o pastoral. También para los interlocutores de Jesús su discurso sobre el Pan de Vida se tornaba denso y difícil de asimilar, y a causa de esto, muchos de hecho optaron por alejarse de Él (ver Jn 6,60-69).

Sin embargo, una cosa es lo emotivo y otra el plano de las convicciones y vivencias profundas. Mientras que lo primero toma dimensiones periféricas de nuestra persona, el nivel más hondo sólo se ve afectado por decisiones verdaderamente maduras. Y es así que, pese a que tampoco los discípulos más cercanos a Jesús habrían entendido gran cosa de lo que Él les decía, sin

embargo optaron por quedarse: "¿A quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna" (*Jn* 6,68).

No es bueno tomar decisiones a las apuradas, y menos aún cuando nos hallamos desolados (cf. *EE* 318). Posiblemente más de una vez nos habrá ocurrido reconsiderar la oportunidad de haber dicho o hecho algo de lo que luego nos hemos arrepentido, porque no se mostró como lo más prudente y acertado: tomas de postura a favor o en contra, asumidas en el 'fragor de la batalla', que *a posteriori* pensamos haber debido postergar o matizar. Por eso, antes de decidir cuestiones importantes en la vida, es conveniente aconsejarse y luego dejar reposar las posibles alternativas cierto tiempo (cf. *EE* 181-183).

También en el plano de la fe podemos tener crisis, y esto es bueno que ocurra. Un caso típico es la muerte de un ser querido, que parecería poner en tela de juicio para nosotros el amor de Dios. La primera lectura nos habla de la muerte de Tabita, que significa Gacela, una discípula muy querida por la comunidad de Jafa, que "hacía infinidad de obras buenas y de limosnas" (ver *Hch* 9,31-42). Sin embargo, este episodio que arrancó llanto y lamentos, dio ocasión para que Pedro rezara y pudiera confirmar en la fe a la comunidad revivificando a la difunta.

Las crisis por las que solemos atravesar en la vida nos muestran que estamos accediendo a un nuevo y más profundo nivel de realidad, que hasta el momento desconocíamos, y que debemos ir experimentando de a poco. Las crisis de fe tienen una vertiente pedagógica: nos invitan a ensanchar nuestra comprensión de lo real, a percibir que 'no era sólo' lo que nosotros creíamos, sino mucho más. Pero esta experiencia pascual, que redimensiona

nuestra esperanza, tiende a ser inicialmente una experiencia oscura, de momento incomprensible.

Podemos preguntarnos: ¿He atravesado o atravieso alguna crisis importante en mi vida? ¿Cuál ha sido o es mi actitud preponderante? ¿Me abrí o me abro a la manifestación inédita de Dios, que me buscó o me busca llevar más allá de lo hasta el momento experimentado y conocido?

Cuarta Semana

“Yo les doy vida eterna” (Jn 10,28)

1) Quienes conocen de majadas, saben que entre el pastor y sus animales se da una cierta intimidad: “Mis ovejas escuchan mi voz; *yo las conozco y ellas me siguen*”. Es la familiaridad que brota del tiempo compartido, del haberse habituado a estar juntos unos con otros. Esta experiencia pastoril, para nosotros hoy ya un poco lejana (aunque posiblemente entendamos de comunicación con mascotas), le sirvió a Jesús para mostrar el modo de relación que Él busca tener con cada uno de sus discípulos. Su ‘voz’ es su ‘palabra’: eso es lo que estamos llamado/as a discernir y reconocer en nuestras vidas para seguirlo.

2) Sin embargo, no es extraño que las ovejas ‘se descarríen’ (ver Lc 15,4ss) y puedan no escuchar la voz del Pastor en medio de tantos *otros ruidos y voces* que las solicitan: “A ustedes debíamos anunciar en primer lugar la Palabra del Señor, pero ya que la rechazan y no se consideran dignos de la Vida eterna, nos dirigimos ahora a los paganos”. Curiosamente, Jesús, el Buen Pastor, respeta

la libertad de sus ovejas, y se opone al espíritu 'gregario' (¡palabra que, sugestivamente, proviene del latín *grex/gregis*: oveja!): decididamente, éste es el límite de su analogía, ya que nunca nos despersonalizaría forzando nuestra libertad. Sin embargo, siempre tendrá otras ovejas en algún otro corral, que también deberá conducir (ver *Jn* 10,16), y a las que se dirigirá si nosotros/as no lo escuchamos...: prueba de ello es la misma historia de la Iglesia desde sus comienzos.

3) *El Pastor busca lo mejor* para su rebaño (ver *Sal* 23,2ss) y, en concreto, para cada uno de sus miembros. También Jesús nos da "vida eterna": lo mejor y más propio de Sí, su intimidad con el Padre, su vida en el Espíritu. Los discípulos estamos llamados a realizar otro tanto, "llenos de alegría y del Espíritu Santo", con las personas que Dios pone a nuestro cargo: a ofrecer lo mejor, aunque para ello debemos sufrir un poco, como Jesús lo hizo amándonos "hasta el fin" (ver *Jn* 13,1). Es la condición para que "los paganos", aquellos para quienes el Evangelio no es aún significativo, alaben "la Palabra de Dios" y "todos los que [estén] destinados a la Vida eterna [abracen] la fe". Si en presencia del Pastor que da la vida por sus ovejas, ellas "no perecerán jamás y nadie las arrebatará de [sus] manos"; lo/as discípulo/as misionero/as estamos llamado/as a hacer sacramentalmente presente a este único Pastor, capaz de dar generosamente su vida por quienes el Padre ha confiado a nuestro cargo y responsabilidad: los ministros ordenados por sus comunidades; los padres por sus hijos; los maestros por sus alumnos; los representantes por sus representados, etc.

4) Por último, resulta interesante notar que el Pastor que 'da su vida' tiene también *experiencia como Cordero*, con la connotación sacrificial (ver *Is* 53,7) y pascual (ver *Ex* 12,5) que esto tiene en la

Sagrada Escritura: “El Cordero que está en medio del trono será su Pastor y los conducirá hacia los manantiales de agua viva”, nos dice el texto del Apocalipsis. Jesús es “el Cordero de Dios” (*Jn 1,36*) que quita el pecado del mundo, permitiendo que el Señor seque “toda lágrima de [los] ojos”. Si bien es cierto que los discípulos deberán ser probados en la tribulación, acabarán blanqueando (=transfigurando) sus vestiduras “en la sangre del Cordero”: por eso estarán en condiciones de presentarse “delante del trono de Dios”, y de rendirle “culto día y noche en su Templo”. Delante del Padre, con quien el Hijo es “una sola cosa” y comparte una mirada ‘pastoral’ coincidente (ver *Ez 34,11.23*), y quien habiéndole dado las ovejas al Buen Pastor, “es superior a todos”.

Podemos preguntarnos: ¿Sigo con docilidad la voz de Jesús que me pastorea? ¿Participo de su condición, sentimientos y actitudes ‘pastorales’? ¿Soy capaz también yo de brindarme, hasta ‘dar la vida’, por las personas que el Padre va poniendo a mi cargo?

*[Domingo IVº de Pascua (C): Jn 10,27-30; Hch 13,14.43-52;
Ap 7,9-17]*

"Un hombre bondadoso, lleno del Espíritu Santo" (*Hch 11,24*)

Quisiera detenerme en la primera lectura (*Hch 11,19-26*), y sobre todo en la frase que describe a Bernabé, como "un hombre bondadoso, lleno del Espíritu Santo y de mucha fe" (*Hch 11,24*). Creo que la descripción que de él se hace da en la tecla con lo que hoy debería ser un evangelizador competente: alguien cuya humanidad trasunta esa noble bondad, transparencia y confianza que sólo resulta posible a partir de una honda vivencia teologal y

concomitante presencia del Espíritu en la vida cotidiana del creyente. De hecho, fue Bernabé quien presentó Pablo de Tarso "a los apóstoles y les contó cómo había visto al Señor en el camino y que le había hablado y cómo había predicado con valentía", etc. (Hch 9,27), haciéndolo creíble ante la comunidad de Jerusalén. Es decir que su palabra fue suficiente para que todos aceptaran como hermano a una persona que hasta el momento había tenido fama de perseguir cristianos.

A diferencia de lo que ocurría en los siglos dominados culturalmente por una mentalidad de cristiandad, en los que la autoridad de la Palabra era de por sí suficiente en el contexto de una cultura cristiana, en el diversificado y crítico mundo de hoy, para mostrar elocuentemente el Evangelio se necesitan personas plenamente humanas y espirituales al mismo tiempo, íntegras en el más completo sentido de la palabra. Sólo estos rasgos las harán creíbles, ya que posibilitarán que, en cierto modo, 'se vea' en ellas la presencia viva de Jesús. Sólo quien está plenamente familiarizado con la palabra de Dios y la vida en el Espíritu podrá reunir estas características de profunda humanidad y auténtica espiritualidad. Sólo quien aprendió a escuchar la voz del Buen Pastor y a seguirlo.

Podemos preguntarnos: ¿Permito que el Espíritu Santo unifique lo mejor de mí a partir de una cada vez más lograda identificación con Jesús? ¿Manifiesto a través del esplendor de mi vida un sentido personalizado de trascendencia?

"Yo soy la luz" (Jn 12,46)

Cuando nos encontramos a oscuras, no somos capaces de reconocer la riqueza de la realidad circundante: a nuestros ojos, el entorno se empobrece, las perspectivas se restringen y los movimientos se acotan. Las *tinieblas* nos amedrentan, nos estancan y paralizan. Aún hoy, pero sobre todo en la antigüedad, la oscuridad se identificaba con el peligro: en la noche todo podía acontecer.

La *luz*, en cambio, nos serena y anima. Nos estimula a comenzar nuevamente: la mañana renueva nuestro entusiasmo, que el agobio del día anterior nos había quitado. La luz nos permite discernir con claridad lo que tenemos a nuestro alrededor, y nos habilita consecuentemente para movernos con libertad y decisión. La luz nos da la justa medida de lo real, nos permite proyectar, emprender, concretar.

El Evangelio de hoy nos dice que *Jesús es la luz* del mundo (ver Jn 12,44-50). Sin Él, no somos capaces de percibir el esplendor de la vida. Con Él, todo adquiere sentido, hondura y trascendencia. La fe en su persona y la confianza en su palabra nos dan una comprensión más acabada y profunda de lo real; y nos permiten posicionarnos con más confianza ante las situaciones adversas de nuestra existencia. De este modo, la luz de Jesús se convierte para los que la acogen en buena noticia que ilumina y expande la propia vida y horizontes, a la vez que los impulsa -como a Bernabé y Saulo- a 'difundirla incesantemente' (ver Hch 12,24-13,5).

Podemos preguntarnos: ¿Considero que mi vida tiene suficiente luminosidad? ¿Me dejo iluminar por el ejemplo y el Espíritu de Jesús? ¿Busco discernir lo que voy viviendo a la luz de la fe? ¿Soy portador de esa misma luz para los demás?

"El servidor no es más grande que su señor" (Jn 13,16)

Jesús acaba de lavar los pies a sus discípulos y ahora busca explicar la grandeza de este gesto humilde de amor concreto (Jn 13,16-20). El verdadero gozo reside en ponerse al servicio de los demás con generosidad, como lo hizo Él mismo con los suyos a lo largo de todo su ministerio público. La auténtica felicidad se asocia a un descentramiento de sí, y a un ofrecer a las otras personas lo mejor de nosotros mismos. Esto es lo que hace verdaderamente grande al Señor y Maestro: más aún que la realización de signos y prodigios asombrosos. Porque esto es lo que en verdad revela una nueva y fascinante imagen de Dios; pero también una nueva imagen del hombre.

En *La Ciudad de Dios*, tal vez la obra de mayor incidencia político-cultural en lo que irá deviniendo Occidente, San Agustín de Hipona (siglo V) hablaba de dos ciudades. Una, la 'ciudad del hombre', construida en torno al amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios; la otra, opuesta a la primera, 'la ciudad de Dios', edificada a partir del amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo. Dicho en términos antropológico-espirituales más actuales, la primera ciudad se construye sin autotranscendencia, a partir del propio afán narcisista de realización y dominio; la segunda, a partir de un anhelo de entrar en comunión con lo diferente, de participar en un campo lúdico común con lo que nos trasciende, con lo indisponible, con el mismo Dios.

El sencillo gesto de Jesús va en esta segunda línea. Sólo cuando somos capaces de dejar de lado nuestros pretendidos títulos y galardones, y abrimos en cambio el corazón al hermano menesteroso, es cuando aflora lo mejor de nosotros/as mismo/as, resplandecen nuestros talentos, y nos tornamos gratos a Dios y a

nuestro prójimo. Es así que, mirado incluso desde el verdadero interés personal seriamente considerado, 'nos conviene' ponernos a lavar los pies...

Podemos preguntarnos: ¿Estoy dispuesto a servir y lavar los pies, a partir del carisma y dones personales recibidos? ¿Trato de orientar ese servicio hacia las personas que realmente más lo necesitan? ¿Lo hago con actitud humilde y magnánima?

"Yo conozco a los que he elegido" (Jn 13,18)

Jesús nos conoce, sabe quiénes somos y de qué estamos hechos: Él conoce "lo que hay en el hombre" sin necesidad de que se lo digan (ver Jn 2,25). Pero el conocimiento que el Señor tiene de cada uno/a de nosotros/as no es el que surge de una insidiosa mirada escrutadora, al estilo que pudo haberlo imaginado F. Nietzsche, como ojo instigador sin rostro, que todo lo ve y al que nada se le escapa: es más bien el conocimiento que brota del amor que elige y libera.

Jesús nos conoce y nos elige porque nos ama. Nos conoce porque nos lavó los pies, y nos elige para que hagamos otro tanto con los demás: "Si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros" (Jn 13,14); "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (v.35).

Éste es el Salvador que Dios hizo surgir para su pueblo, como nos lo señala la primera lectura por boca de Pablo (ver Hch 13,13-25): el que Es y el que sirve, el que nos conoce y nos elige, el que nos ama y libera (ver Jn 13,16-20).

Podemos preguntarnos: ¿me siento conocido y amado por el Señor? ¿Experimento esto como un don o como una restricción a mi libertad? ¿Busco reproducir en mi vida ese amor liberador de Jesús?

"En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones" (Jn 14,2)

Poco antes de su partida, Jesús habla a los discípulos de su vuelta al Padre. Y les hace saber que allí les preparará un lugar (ver Jn 14,1-6). Esto nos hace pensar en lo que tradicionalmente denominamos el 'cielo', al que Jesús, como "Camino, Verdad y Vida" nos muestra el sendero y nos conduce. Es el destino último de nuestra peregrinación por el mundo, el horizonte escatológico de nuestra esperanza, el objetivo final de nuestra vida teológica.

Sin embargo hoy se descrea de la resurrección de los muertos. En el contexto cultural de Occidente, en ocasiones se prefiere hablar de 'reencarnación', con lo que el ciclo de sucesivas vidas se repetiría de modo indefinido en un 'eterno retorno', sin llegar nunca a un final decisivo, ni acabar de asumir, consecuentemente, responsabilidades éticas en la vida presente.

Para los cristianos, la historia es lineal, y el final de la misma (y de cada uno/a de nosotros/as en ella) es absoluto. 'En el atardecer de la vida seremos juzgados por el Amor', decía san Juan de la Cruz, lo que podría tener una doble interpretación: seremos juzgados por el amor que nosotros mismos hayamos cultivado a lo largo de nuestra existencia temporal, o seremos juzgados por Aquél que es el Amor mismo, pero ante quien no podremos sostenernos ni

participar de su plena bienaventuranza sin haber hecho todo lo posible por asemejarnos a Él en la vida presente.

Podemos preguntarnos: ¿Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna? ¿Busco vivir en consecuencia?

"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6)

La metáfora del camino está presente en muchas religiones y aproximaciones sapienciales relacionadas con el existir humano. Normalmente tiene un componente ético, y se identifica con el recordar y estar despierto; como así también con un andar a la luz del día, en verdad y con sentido. Quien así camina tiene vida. En cambio, quien olvida, no vigila o duerme, pierde el camino, se extravía y muere.

Estas dos actitudes existenciales están presentes también en la Sagrada Escritura. En los libros de la Primera Alianza, el Camino se identifica con los mandamientos, preceptos y normas dados por Yahveh a su pueblo en el desierto; la Verdad se condensa en la Torah, y se convierte en sabiduría y vida para quien la medita de día y de noche. Porque la Torah es la Sabiduría misma, que sale de la boca de Dios (ver *Sab 7,25*) y hace a su pueblo partícipe de lo más original suyo: la Vida plena.

En los libros de la Nueva Alianza, Jesús encarna el Camino: Él mismo se convierte en Ley Nueva para sus discípulo/as (ver *Mt 5,20-48*). Él es también la Verdad, Palabra o Sabiduría del Padre hecha carne (ver *Jn 1,14*); en Él está la Vida porque Él mismo es Dios (1,4). En contemplarlo, escucharlo y seguirlo los cristianos experimentamos 'vida plena', ya que participamos por adopción de

su condición filial de Hijo de Dios en el Espíritu, y podemos entonces llamar con razón a Dios 'Abba, Padre' (ver *Gal 4,4-7*).

Frente a tantos senderos culturalmente vigentes que se truncan o nos extravían; tantas verdades a medias que no nos hacen más auténticos ni audaces, o experiencias de vida a media marcha que nos dejan insatisfechos y apesadumbrados, Jesús se nos propone hoy como 'Buena Noticia' que ilumina nuestro itinerario por este mundo, nos conduce al Padre mediante el poder de su Espíritu, y nos hace morar 'en el seno trinitario de Dios' (B. Forte) para siempre.

Podemos preguntarnos, ¿hice experiencia de Jesús como Camino, Verdad y Vida? ¿Escucho su Palabra y me dejo conducir por su Espíritu? ¿Busco encarnar en mi vida sus mismas actitudes, gestos y palabras?

Quinta Semana

"Les doy un mandamiento nuevo" (Jn 13,34)

1) El cometido fundamental de los cristianos es llegar a vivir *un amor como el de Jesús*: "Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros, así como Yo los he amado". En este legado se recapitula y trasciende toda otra exhortación moral posible: toda la pedagogía de la Primera Alianza o toda exigencia ética de la filosofía. En este mandamiento nuevo convergen también los hallazgos y prácticas morales de las diferentes tradiciones religiosas. Por último, el amor de Jesús en nosotros compendia y

potencia el aporte de todas las demás virtudes humanas y teologales.

A su vez, ese mismo amor se convierte en el rasgo misionero distintivo de los amigos del Señor: “En esto reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros”. Como si no hubiese acción misionera más elocuente que la que se expresa en el amor fraterno de los cristianos; como si nada hablase más alto de la fe que buscan profesar y proclamar; como si todo lo demás fuera nulo, o apenas una sombra, sin la caridad entre lo/as hijo/as de un mismo Padre.

Por lo dicho, la vida del discípulo misionero se resume en internalizar y manifestar el modo en que Jesús nos ama, que a su vez es el modo en el que Él es amado por el Padre en un mismo Espíritu de comunión. En lograr madurar esta actitud de fondo, que conlleva una especie de ‘parto pascual’ a lo largo de toda nuestra existencia, consiste la originalidad de la vida cristiana y su núcleo vivencial más creíble y sólido ante el mundo.

2) Ir fraguando un amor como el de Jesús, a saber, desinteresado y generoso, totalizante y teocéntrico, *no es sencillo*. Es por eso que Pablo y Bernabé “confortaron a sus discípulos y los exhortaron a perseverar en la fe, recordándoles que es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios”. Entrar en el Reino de Dios es posicionarse en el mundo desde el amor de Dios, y mirar cada realidad circundante desde ese centro: esto será siempre e ineludiblemente un don pascual que se recibirá mediado por la experiencia de la cruz.

El desafío de ir entrando en el Reino de Dios por el amor lo vamos acrisolando cotidianamente en la esperanza de “la tierra

nueva y los cielos nuevos”, confiados en Aquél que es capaz de ir haciendo nuevas todas las cosas en medio de pruebas y dificultades que nos advienen. San Agustín diría que avanzamos ‘entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios’.

2) De este modo, resulta claro que el amor de Jesús en nosotros no madura sin un fundamento de fe, pero tampoco sin la *virtud teologal de la esperanza*. La esperanza nos invita a pregonar y anticipar la vida del Reino definitivo. “Vi la Ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios, embellecida como una novia preparada para recibir a su esposo”. La esperanza va ‘a caballo’ entre el don de lo alto y la paciente fortaleza en medio de las tribulaciones.

El anhelo de participar en la Jerusalén celestial, de “la carpa de Dios entre los hombres” a manera de don, es no sólo lo que nutre nuestra esperanza, sino también lo que nos evita la presunción y nos aparta del desencanto. La certeza de que “Él habitará con ellos, ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será con ellos su propio Dios”; de que “Él secará todas sus lágrimas, y no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor, porque todo lo de antes pasó”, fortalece nuestro amor, ya que nos hace eludir por igual la tentación idolátrica y el desánimo escéptico.

Podemos preguntarnos: ¿Hago del amor de Jesús el centro de mi vida, por encima de cualquier otro precepto, costumbre o mandato? ¿Nutro ese amor en la fe y la esperanza teologales? ¿Qué ‘ruidos’ interiores y actitudinales percibo en mí, que me apartan de ese amor gratuito del Señor?

[Domingo Vº de Pascua (C): Jn 13,31-35; Hch 14,21-27; Sal 144,8-13; Ap 21,1-5]

"¡No se inquieten ni teman!" (Jn 14,27)

Hay situaciones en la vida que nos ponen entre la espada y la pared: son las situaciones límite. Lo primero que generan en nosotros es temor y desasosiego, ya que percibimos que algo muy importante parece quedar amenazado o en entredicho; algo que anteriormente nos daba seguridad y confianza.

Sin embargo, "llegada la hora de pasar de este mundo al Padre", Jesús deja la paz a sus discípulos (ver *Jn 14,27-31*), fundada en esa certeza profunda de que "el Príncipe de este mundo" nada puede contra Él. La paz es un fruto de la Pascua laboriosamente madurado en la experiencia de desconcierto y abandono que conlleva la cruz, pero luminosamente manifestado por Jesucristo a los discípulos en sus apariciones como resucitado.

Es cierto que "hay que perseverar en la fe" pasando "por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios" (ver *Hch 14,19-28*), como el ministerio público de los mismos Apóstoles lo atestigua. Sin embargo, existe en el creyente una paz, radicada en lo profundo de su corazón, que es 'don de lo alto' y certeza del Espíritu, que nada ni nadie le puede quitar; que se aquilata en medio de las pruebas, y se convierte en garantía y anticipo de un definitivo retorno del Señor en la Parusía (tal como lo atestiguan las palabras de Jesús: "Me voy y volveré a ustedes").

Podemos preguntarnos: ¿Qué es lo que hoy me hace temer y me inquieta? ¿Qué sentimiento prevalece en mí de cara a esta experiencia? ¿Adopto una actitud de apertura confiada en el Señor, o más bien un modo de comportamiento a la defensiva, timorato y retraído?

"Yo soy la verdadera vid" (Jn 15,1)

En la cultura agraria mediterránea la analogía de la vid resulta más que elocuente. Las ramas viven de la fuerza de la planta, y sin ella perecen. También es evidente que el sarmiento que no da fruto quita fuerza al conjunto, y que para que no consuma inútilmente su savia debe ser podado, y que su madera ya no servirá para gran cosa.

Para los cristianos, nuestras existencias se nutren vitalmente de Jesucristo, que es la verdadera vid (ver *Jn 15,1-8*). Sin Él nuestras vidas no fructifican; gracias a Él, pueden brindar fruto en abundancia. De acá podemos pasar a los corolarios de la metáfora: las pruebas por la que atravesamos son podas que nos permiten dar más fruto; daremos tanto más fruto cuanto más nos nutramos del tronco; si en un momento nos toca dar mucho fruto, tal vez en otro debemos descansar y recuperarnos un poco; el fruto en cuanto tal es y no es nuestro; si no damos fruto o perdemos la savia vital acabaremos siendo inevitablemente un peso para los demás, etc.

También es cierto que en la misma vida pastoral de la Iglesia, lo que en una época o en ciertos contextos dio o da frutos, tiende a ser estéril o a fructificar más modestamente en otros momentos o lugares. Como en una planta, ninguna rama da frutos abundantes para siempre; y algunas otras que parecían infructuosas acaban ofreciéndolo el día que menos se lo esperaba. De ahí que en la vida pastoral las podas y la paciencia sean necesarias para la vitalidad y fruto de la planta (ver *Hch 15,1-6*). Y para poderlo descubrir místicamente como tal...

Podemos preguntarnos: ¿Me siento rama viva que da frutos buenos o sarmiento seco a la espera de una poda? ¿Qué puedo hacer para nutrirme más en profundidad de la vida de Jesús?

"El que permanece en mí y yo en él da mucho fruto" (Jn 15,5)

Una de las preocupaciones humanas más recurrentes y significativas es la de la fecundidad. Llegado un momento en la vida de cada persona, buscamos que nuestro esfuerzo fructifique y encause el afán de autotrascendencia del que cada uno/a es despositario/a. Sin embargo, la constatación empírica opuesta a este anhelo, es la de la fugacidad que ostentan muchos pequeños frutos, que acaban siendo 'flores de un día', o también la ilusión prometeica de ciertos empeños que terminan resultando aparentemente estériles.

El más pleno fundamento para que la vida fructifique es Jesús mismo (ver Jn 15,1-8). Él es la vid de la que procede la savia vital que hace fecundas las ramas, cada una de acuerdo a su índole peculiar e irrepitible. Él es quien da consistencia, permanencia y relevancia a todo aquello que podamos emprender, en algún momento de nuestra existencia, con entusiasmo. Y esto, 'aunque no lo veamos' y sea 'de noche' (san Juan de la Cruz).

Puede suceder que en lo exterior, y con el transcurso del tiempo, mucho de lo que iniciemos ahora acabe pereciendo, pero si la motivación fue y es auténtica, la obra perdurará y se eternizará gracias al amor fundado en Cristo que la anima. De este modo, los emprendimientos históricos, de por sí finitos, pueden irse anclando en cierto modo en las arenas del más allá: en la playa de la otra

orilla (K. Rahner). Lo demás, lo que no surgió del amor purificado o no se ve animado por él, será paja que se llevará el viento (*Sal* 1,4).

Podemos preguntarnos: ¿Permanezco vitalmente unido al Señor? ¿Nutro mi vida interior de la suya? Lo que emprendo y hago, ¿está vivificado por la presencia santificadora (eternizadora) del Espíritu de Amor?

"Permanezcan en mi amor" (*Jn* 15,10)

Jesús relaciona el gozo vital con un permanecer en su amor (ver *Jn* 15,9-11). Éste es el criterio último y decisivo para un adecuado discernimiento de cara a los nuevos desafíos que se le irán presentando a la comunidad cristiana a lo largo de toda su historia, y ya desde sus inicios (ver *Hch* 15,7-21).

Hay momentos de conflicto o tensión en la vida personal de los creyentes o colectiva de la Iglesia, en los que la tentación puede consistir en 'querer arreglar las cosas' de un modo más pragmático, político y contundente: dicho en argentino, 'a lo guapo'. Sobre todo cuando constatamos que en el mundo hay personas que no juegan limpio, y que son como lobos disfrazados de corderos.

El discurso de Jesús se ambienta poco antes de la pasión, cuando la inclinación natural de muchos de nosotros/as podría haber sido la de querer actuar a la defensiva, cuidándonos y preservándonos para otra ocasión. Sin embargo el Señor insiste: "Permanezcan en mi amor" (*Jn* 15,10). Esto es lo único sólido y seguro, fuente de paz, confianza y alegría; lo único que puede mantenernos erguidos en medio de las pruebas y asaltos del Príncipe de las Tinieblas.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy firmemente anclado en el amor de Dios, tal como nos lo manifiesta Jesucristo? ¿Confío en que este amor es más fuerte que la muerte o que cualquier otro poder o estrategia oscuras?

"Ustedes son mis amigos" (Jn 15,14)

Hay diferentes modos de vincularse con Dios. Al respecto, en la historia y fenomenología de las religiones el abanico es amplio y diversificado: oscila entre el temor mágico a lo tremendo de una entidad suprema impredecible, analogada a un poder temporal absoluto, y la confianza familiar, casi ingenua, de una deidad fascinante hecha a nuestra medida para gratificarnos.

Entre los antropomorfismos extremos del dios ocioso impersonal de los cielos y la diosa madre complaciente en la tierra, se despliega un rico mundo de mitos y ritos, cultos y tradiciones, prácticas e imaginarios; construcciones simbólicas todas estas que buscan traducir, expresar, vincular y responder al inefable Misterio Absoluto, en conformidad con las experiencias, deseos y expectativas de los sujetos creyentes.

Para los cristianos, en Jesús Dios se hizo carne, adquirió rostro humano, devino historia concreta en palabras y gestos. En Jesús de Nazaret, Dios nos habló en lenguaje humano (H. U. von Balthasar). Sin perder su trascendencia divina y su condición de 'uno de la Trinidad', se hizo semejante a nosotros en todo menos en el pecado (ver *Heb 4,14-15*). Esto lo convirtió, simultáneamente, en icono viviente de trascendencia humana y divina, en sacramento fontal único y universal para el encuentro e intimidad de los hombres con Dios.

A las personas, Jesús nos mostró que Dios es amor, y a Dios le mostró en primera persona que los seres humanos somos efectivamente capaces de amar como Él lo soñó desde el principio. Es en este contexto que el Señor ha tomado la iniciativa de elegirnos para que seamos sus amigos y ya no nos consideremos más siervos (ver *Jn 15,12-17*). Es cierto: amigos a condición de que sigamos su ejemplo de servicio y cumplamos con el mandamiento nuevo del amor.

Ésta es la originalidad cristiana: que en Jesús cada uno de nosotros/as está llamado/a a participar del amor de Dios y a dar fruto en esa misma lógica divina; a amar desde Cristo con el corazón de Dios; a experimentar ese amor como un don gratuito que proviene de lo alto y puede pasar a la vida de las personas también por medio nuestro. Esto es lo esencial e indispensable que nunca debemos perder de vista al momento de entablar un serio discernimiento de prioridades (ver *Hch 15,22-31*): la elocuencia del amor a partir de la experiencia de amistad con Jesús.

Podemos preguntarnos: ¿Qué imagen tengo de Dios? ¿Cómo se ha ido gestando esa imagen en mí? ¿Coincide con la que nos ofrece Jesús de su Padre en el Espíritu? Mi dios, ¿es el Dios de Jesucristo? ¿Oro y medito la Palabra de Dios con asiduidad para que mi experiencia de Dios sea cada vez más rica y auténtica?

"¿No es el hijo del carpintero?" (Mt 13,55)

El 1º de mayo celebramos la memoria de *San José Obrero*.

1) En tiempos de Jesús el trabajo manual no era muy bien visto. Si bien los artesanos formaban la pequeñísima clase media del mundo hebreo, el contexto cultural greco-latino tendió a

consolidar una visión negativa del esfuerzo físico, dado que los ciudadanos de la *polis* griega y los patricios romanos valoraban preferentemente la capacidad de especular abstractamente, argumentar retóricamente, debatir democráticamente los problemas de la ciudad (los primeros), o resolver cuestiones administrativas y militares de la república (los segundos), dejando todas las demás tareas para los esclavos.

Sin embargo, Jesús fue conocido como el hijo del carpintero (ver *Mt* 13,55): como consecuencia de su Encarnación, el Hijo de Dios trabajó con manos humanas (ver *GS* 22), poniendo de este modo en práctica el mandato original del Señor dado a nuestros primeros padres de dominar y someter la tierra (ver *Gen* 1,28), en el sentido dignificante que esto debía tener, de acuerdo al proyecto de Dios, tanto para el hombre como para la naturaleza. Lo cierto es que el hecho de que Jesús, a diferencia de los doctores de la Ley y rabinos de su tiempo, haya trabajado manualmente, puso en crisis a sus conciudadanos (ver *Mt* 13,54-58), que en todo caso hubieran preferido tener un Mesías con otro perfil...

2) 'El trabajo dignifica', es el nombre de una conocida carta encíclica de Juan Pablo II (en latín, *Laborem exercens*, de 1981). Todo quehacer verdaderamente humano, tanto el llevado a cabo con las manos, como hoy más comúnmente, con la inteligencia tecnológica, los vínculos o la palabra; toda iniciativa de creatividad y servicio, reflexión y transformación para hacer nuestro mundo un poco más vivible (ambiente humano) y resaltar el esplendor del orden creado (ambiente natural) para gloria de Dios, hace al hombre (varón y mujer) más hombre.

Es cierto que hoy se tiende a dar mayor importancia a lo que se produce que a las mismas personas que trabajan. Pero si de hecho

el trabajo dignifica es a causa del sujeto que lo lleva a cabo. Decía el citado Pontífice que el materialismo consumista nos ha hecho olvidar esto, y a invertir los términos del problema, dando prevalencia al producto *objetivo* por encima del desarrollo *subjetivo* del trabajador. También Benedicto XVI, en su reciente encíclica *Caritas in veritate* (2009) hace alusión al riesgo actual de considerar en el mundo globalizado el lucro por encima de todo otro bien humano en la actividad económica.

De cara a estas observaciones podemos preguntarnos: ¿Busco a diario dignificar mi trabajo, haciéndolo más humano para mí y para los demás? ¿Lo convierto en espacio de servicio a otras personas y de crecimiento personal? Ante la grave constatación del desempleo, ¿agradezco el trabajo que tengo?

Sexta Semana

“El Paráclito, el Espíritu Santo, les enseñará todo” (Jn 14,26)

1) La peregrinación del pueblo de Dios, en la que se despliega la vida cristiana de cada uno/a de nosotros/as, tiene un gozoso *horizonte escatológico*: se orienta decididamente a lo que comúnmente llamamos el cielo, a saber, la comunión plena, feliz y definitiva con Dios. De la misma nos habla el libro del Apocalipsis en forma elocuentemente simbólica: “El Ángel me llevó en espíritu a una montaña de enorme altura, y me mostró la Ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios. La gloria de

Dios estaba en ella y resplandecía como la más preciosa de las perlas, como una piedra de jaspe cristalina”.

Esta convicción escatológica, asumida como promesa cierta de que “la Ciudad no necesitaba la luz del sol ni de la luna, ya que la gloria de Dios la ilumina, y su lámpara es el Cordero”, es el fundamento último de nuestra esperanza. Estamos seguros de que, finalmente, el Señor transfigurará definitivamente a la Iglesia peregrinante, de momento “santa, pero necesitada de una continua purificación” (ver *LG* 8), por medio de un ulterior modo de presencia y santificación; para convertirla definitivamente en Ciudad de Dios, en Morada de Dios con los hombres.

2) Sin embargo, de momento transitamos por la *historia humana*, no exenta de vicisitudes y situaciones difíciles de discernir, y de tensiones inquietantes que debemos resolver. La Iglesia las experimenta, incluso en su seno, desde los orígenes. El libro de los Hechos hace referencia al conflicto que se presentó entre los primeros cristianos provenientes del judaísmo y los del mundo griego. Apoyados por el Apóstol Santiago, los primeros hubieran deseado que los neófitos pasaran por la práctica de la Ley hebrea como ellos lo hicieron, y en concreto por la circuncisión, al momento de incorporarse al cristianismo. Los paganos que se abrían a la fe, en cambio, intuían que la novedad del Evangelio les permitía obviar este paso, y san Pablo salía en defensa de ellos con vehemencia.

3) En este orden de cosas, y para dirimir la cuestión, los Apóstoles se vieron obligados a celebrar el primer *Concilio* de la historia, el de Jerusalén. Y así tomaron la siguiente resolución: “El Espíritu Santo, y nosotros mismos, hemos decidido no imponerles ninguna carga más que las indispensables”. No obstante, aparece clara la componenda: “Que se abstengan de la carne inmolada a los

ídolos, de la sangre, de la carne de animales muertos sin desangrar y de las uniones ilegales”. En efecto, a nuestro modo de ver, aquí hay unas cuantas cosas más que las estrictamente ‘indispensables’...: como inevitablemente acontecerá a lo largo de toda la historia de la Iglesia, estas ‘soluciones de compromiso’, normalmente en consideración de las personas involucradas, serán inherentes a su misma encarnación histórica y consecuente dimensión socio-político-institucional.

4) En todo caso, lo que nos permite *discernir* lo esencial de lo accesorio, como ejercicio siempre necesario de libertad interior en la siempre nueva vida personal y eclesial, son la Palabra y el Espíritu. Ellos median la percepción de una real presencia trinitaria de Dios ya desde ahora en los ajetreados acontecimientos de nuestro tiempo; pero sobre todo en la vida creyente, comunitaria y misionera de la Iglesia, en vista a la eternidad: “El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él. Yo les digo estas cosas mientras permanezco con ustedes. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho”. Es sobre todo el Espíritu el que nos permite establecer un juicio prudencial capaz de jerarquizar prioridades al momento de poner en práctica las palabras del Señor; el que nos permite ‘recordar’ en su justa perspectiva y sopesar sabiamente el significado actual de lo que Jesús quiso decirnos en otro tiempo; para que obrando en consecuencia, hallemos sosiego interior.

5) En efecto, la *paz* que nos deja el Señor no es “como la que da el mundo”: no es la que brota de la ausencia de tensiones significativas, sino la que las trasciende a la luz de su Palabra y de la acción del Espíritu. En la vida personal y eclesial siempre

existirán experiencias y puntos de vista diferentes e incluso en oposición casi dialéctica, pero lo que Jesús nos dijo y el don del Espíritu nos permitirá vislumbrar en esperanza –siempre cuando estemos dispuestos a convertirnos– es un horizonte que los comprenda, asuma y encause teologalmente en vista del Reino definitivo. Por eso es que debemos orar: “El Señor tenga piedad y nos bendiga, haga brillar su rostro sobre nosotros”; para que el don escatológico (el *lumen gloriae*) se vaya anticipando ya desde ahora en la ‘Jerusalén terrena’.

Podemos preguntarnos: ¿Qué tensiones y crisis recuerdo haber vivido en mi vida personal y en mi experiencia eclesial? ¿En qué sentido esas vivencias me ayudaron a profundizar la fe y a crecer en capacidad de esperanza? ¿En qué sentido posibilitaron en mí una percepción anticipadamente escatológica de la vida?

*[Domingo VIº de Pascua (C): Jn 14,23-29; Hch 15,1-2.22-29;
Sal 66,2-8; Ap 21,10-14.22-23]*

Séptima Semana

Ascensión del Señor

“Recibirán la fuerza del Espíritu Santo” (Hch 1,8)

Con la fiesta de la Ascensión del Señor va concluyendo el tiempo pascual y se prepara la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. La ida de Jesús al cielo va acompañada por el envío de los discípulos, que de ahora en más deberán ser testigos del Señor hasta los confines del mundo.

1) “Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo”. “Lo vieron elevarse, y una nube lo ocultó de la vista de ellos”. “El Señor asciende entre aclamaciones, asciende al sonido de trompetas”, nos dice el salmo. La vuelta de Jesús al Padre no sólo manifiesta su dignidad filial de Hijo consustancial al Padre, como nos lo indica el Concilio de Nicea (325), merecedor de la misma adoración y glorificación que el Padre, como nos lo define el de Constantinopla (381) sobre todo en referencia al Espíritu, sino que además se convierte en una prefiguración de nuestra propia y futura participación gloriosa en su triunfo sobre el poder del pecado y de la muerte. Esta certeza es particularmente importante hoy, cuando parece imponerse culturalmente la creencia en la reencarnación.

2) Con su ida al cielo, nos alegramos de esta última manifestación filial de Cristo, y por otro lado nos sentimos urgidos a la misión, caminando en esperanza. “Hombres de Galilea, ¿por qué siguen mirando al cielo? Este Jesús que les ha sido quitado y fue elevado al cielo, *vendrá* de la misma manera que lo han visto partir”. Es necesario tomar conciencia de esta promesa, para descubrir la hondura y alcance de nuestra esperanza, la propia de los hijos e hijas de Dios: “Que Él ilumine sus corazones, para que ustedes puedan valorar la esperanza a la que han sido llamados, los tesoros de gloria que encierra su herencia entre los santos”. La historia humana no se cierra sobre sí misma, sino que se abre a un destino de gloria. Aguardamos la Parusía, la manifestación gloriosa de Nuestro Señor Jesucristo (ver 2 *Tim* 4,8).

3) Pero para esto necesitamos la ayuda del *Espíritu Santo*: “Yo les enviaré lo que mi Padre les ha prometido. Permanezcan en la ciudad, hasta que sean revestidos con la fuerza que viene de lo alto”. Es Él quien nos fortalecerá en la esperanza y en la misión,

quien nos convertirá en testigos ungidos del Señor: “Recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra”. Sin el Espíritu es imposible llevar a cabo la misión y perseverar en la esperanza. De ahí que la Ascensión del Señor nos haga anhelar su pronta venida vivificadora: de hecho, el próximo domingo, celebraremos Pentecostés.

4) Con el envío de Jesús a los suyos se inaugura el tiempo y misión de la *Iglesia*, presente en germen en la comunidad de discípulos y discípulas que vieron la última manifestación pública y visible del Señor. “Así está escrito: el Mesías debía sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y comenzando por Jerusalén, en su Nombre debía predicarse a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de todo esto”. Discipulado y misión van juntos, no pueden escindirse. Los cristianos somos por naturaleza discípulos misioneros, tal como nos lo recuerda el último documento de la Conferencia General de Obispos de América Latina y El Caribe celebrada en *Aparecida* (2007).

Podemos preguntarnos: ¿Creo en Jesús como el Cristo y Señor? ¿Vivo en esperanza? ¿Pido la asistencia del Espíritu Santo? ¿Participo vivamente en la misión de la Iglesia?

[Ascensión del Señor (C): Lc 24,46-53; Hch 1,1-11; Sal 46,2-9; Ef 1,17-23]

"Sirviendo al Señor con toda humildad" (Hch 20,19)

Al ir concluyendo su ministerio público, san Pablo tiene conciencia de haberse brindado plenamente a los neoconvertidos de

Éfeso anunciándoles el misterio de Jesucristo, sin haber omitido por temor nada útil a ellos (ver *Hch* 20,17-27). Como Jesús, Pablo de Tarso ha llegado al final de su carrera habiendo hecho las cosas bien, con paz interior.

Tal vez éste sea uno de los mayores premios o recompensas que podamos recibir en el atardecer de nuestras vidas: ir envejeciendo con la satisfacción de haber buscado elevarnos a lo mejor de nosotros mismos con humildad, en actitud de servicio desinteresado, sin mezquindad personal, habiendo procurado el bien de los demás y la mayor gloria de Dios.

Lamentablemente, en nuestra memoria afloran también recuerdos de actitudes que no fueron las mejores posibles, o incluso el peso del pecado. Es cierto que en ocasiones podemos excusarnos viendo estos límites, fragilidades y transgresiones sólo en los demás y no en nosotros: buscando en los demás lo que en realidad no queremos ver en nuestras vidas.

En el balance final del camino, estamos llamados a agradecer todo lo que de bueno pudimos ir concretando (¡con la gracia de Dios!), y a buscar reparar lo que no ha estado tan bien, o incluso ofendió gravemente a Dios y perjudicó a nuestro prójimo: pidiendo a Dios perdón de nuestras faltas, encomendándonos a su misericordia, y procurando renovarnos sinceramente en el amor.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy satisfecho y agradecido por lo que he podido vivir y hacer hasta el momento a lo largo de mi vida? ¿Hay algo que debería modificar para ser más auténtico conmigo mismo/a y, de ser creyente, con lo que el Señor aguarda de mí?

"Hay más felicidad en dar que en recibir" (Hch 20,35)

Siguiendo con la despedida de ayer, san Pablo recuerda a los presbíteros de Éfeso palabras de Jesús no consignadas en los Evangelios: "Hay más felicidad en dar que en recibir".

Cuando lo que cuenta es más el gozo que el goce, cuando la plenitud que anhelamos busca ser anclada en los valores más que en las necesidades personales, lo que nos hace más felices es lo que somos capaces de entregar gratuitamente. "Lo que recibieron gratis, denlo gratis" (Mt 10,8), habría dicho Jesús.

Hoy vivimos en una cultura predominantemente narcisista y autorreferenciada; con grave dificultad por poner en práctica alguna forma de autotrascendencia. Una cultura de la fluidez y la imagen, que no da espacio para cultivar un auténtico 'don', y la consiguiente actitud de autodonación: sin interioridad no hay capacidad de entrega. Sin embargo, de esto depende la verdadera felicidad...

Podemos preguntarnos: ¿Hice la experiencia de que 'hay más alegría en dar que en recibir'? Consecuentemente, ¿busco poner en práctica esta actitud de cara a los demás? ¿Qué es lo que retiene y consolida en mí hábitos autorreferenciados? ¿Qué puedo hacer para cambiarlos?

"Tendrás que dar testimonio de mí también en Roma" (Hch 22,11)

En tiempos de Pablo de Tarso, Roma era la capital socio-económico-político-cultural del mundo. Dar testimonio de Jesús en Roma era signo de haber llegado con el mensaje evangélico "hasta los confines del mundo" (Hch 1,8). Es así que el libro de los Hechos de los Apóstoles nos presenta a san Pablo, hacia el final de su vida,

predicando libremente al Camino en la Ciudad Eterna "con toda valentía, sin estorbo alguno" (28,31).

Para Juan Pablo II, los nuevos areópagos de misión son las grandes ciudades y los medios de comunicación social (ver *Redemptoris Missio*, 37). Es en estos ámbitos reales y virtuales donde se van gestando y configurando los nuevos modelos culturales. Es por tanto en estos espacios donde tiene más sentido buscar establecer nuevas síntesis entre fe y cultura. Porque "una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, ni totalmente pensada, ni fielmente vivida", decía el mismo Papa polaco (20/05/82).

Pero el Evangelio es culturalmente significativo sólo si viene respaldado con un estilo de vida creíble: de modo que el testimonio no se reduce a la mera palabra. Hacía notar Pablo VI que, si se cree a los maestros, es porque testimonian la enseñanza que proclaman con sus vidas (ver *Evangelii Nuntiandi*, 76). La experiencia de Jesús no puede comunicarse solamente por vía mediática, como si se tratara de una mera gnosis: la fe en Jesús no es un *slogan* publicitario, ya que tampoco la misión es proselitismo.

Podemos preguntarnos: ¿Busco dar testimonio de mis convicciones (teológicas) profundas? ¿Intento ser coherente entre lo que digo y hago?

"¡Sígueme!" (Jn 21,19)

Como en los albores del discipulado, Simón Pedro escucha de Jesús el llamado inconfundible: "¡Sígueme!" (Jn 21,19). Ahora, posiblemente, con mucha más experiencia y realismo que en el primer encuentro (ver *Lc 5,1ss.*). Sin embargo, una vez más se

tratará de renovar ese primer 'sí' que condujo al pescador del lago de Genesaret a convertirse en itinerante pescador de hombres.

Para cada uno/a de lo/as cristiano/as el llamado al seguimiento de Jesús es único e irreplicable: "Tú, sígueme" (Jn 21,22). Cada discípulo/a misionero/a tendrá que realizar su propio camino en pos de Jesús: fija la mirada en Él, sin mirar dubitativamente para el costado ("¿Y qué será de éste?", v.23), en busca de meras seguridades psico-sociales.

En el fondo, abrirse al seguimiento de Jesús es descubrirse viviendo desde lo mejor y más original de sí mismo/a 'como donado'. Significa, además, dejarse conducir por el estilo pastoral propio del Señor, sin retroceder ante las dificultades: "Te aseguro que cuando eras joven, tú mismo te vestías e ibas a donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus brazos y otro te atará y te llevará a donde no quieras" (Jn 21,18).

En última instancia, la grandeza y solidez del seguimiento del Señor está más en la docilidad creyente que en una pretendida valentía; más en el amor confiado que en el afán de permanente innovación creativa. *Podemos preguntarnos: ¿Tengo esa disponibilidad y docilidad propia del/a discípulo/a? ¿Me dejo conducir por los criterios de vida y prioridades que tuvo Jesús?*

Pentecostés

“Todos quedaron llenos del Espíritu Santo” (*Hch* 2,4)

La solemnidad de Pentecostés nos remite a la acción del Espíritu Santo: en la vida y misión de la Iglesia en general, y de cada uno/a de lo/as bautizado/as en particular.

1) Según el *Evangelio de Juan*, que tiende a una mayor concentración litúrgico-sacramental en los relatos, es el don de Cristo resucitado, quien deja la paz a sus discípulos (“¡La paz esté con ustedes!”) y los envía en su nombre (“Como el Padre me envió a mí, Yo también los envío a ustedes”), fortaleciéndolos con la acción de ese mismo Espíritu antes de su partida: “Reciban el Espíritu Santo: los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan”. De modo que el Espíritu Santo confiere a los doce una misión reconciliadora.

2) Frente a la versión del Evangelio de Juan, *el libro de los Hechos*, que es una continuación del Evangelio de Lucas y subraya la historicidad de la misión eclesial, nos presenta la irrupción del Espíritu Santo demorada hasta Pentecostés, o sea, cincuenta días después de la Resurrección del Señor. Nos dice que por medio de la acción del Paráclito, “todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintas lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse”. El relato subraya la desproporción entre la calidad inicial de los evangelizadores y su eficacia posterior al momento de hacer comprensible el anuncio: “¿Acaso estos hombres que hablan no son todos galileos? ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua?”.

3) Según san Pablo, es este mismo Espíritu el que distribuye los *dones* para el bien de la *Iglesia*: “Hay diversidad de dones, pero todos proceden del mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un solo Señor; hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios el que realiza todo en todos: en cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común”. El Espíritu del Señor obra en el Cuerpo de Cristo, al que cada cristiano es asociado por su bautismo: “Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo Cuerpo”. Es en la comunión con el Cuerpo que cada uno es vivificado por ese mismo Espíritu y recibe dones y carismas particulares para el bien de todo/as.

4) Las lecturas bíblicas y la tradición eclesial nos exhortan a la *invocación del Espíritu*, para que éste transfigure el mundo y santifique a su Iglesia. Pero también para que cada creyente individual tenga amor, luz y armonía: “Señor, envía tu Espíritu y renueva la faz de la tierra”; “Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor”; “Ven, Espíritu Santo, y envía desde el cielo un rayo de tu luz. Ven, Padre de los pobres, ven a darnos tus dones, ven a darnos tu luz [...]. Tú eres descanso en el trabajo, templanza de las pasiones, alegría en nuestro llanto [...]. Sin tu ayuda divina no hay nada en el hombre, nada que sea inocente”.

Podemos preguntarnos: ¿Valoro la acción del Espíritu Santo en mi vida? ¿Lo invoco como agente principal en mi vocación al discipulado misionero? ¿Lo descubro presente en la vida y comunión eclesial?

*[Pentecostés (C): Jn 20,19-23; Hch 2,1-11; Sal 103,1.24-34; 1
Cor 12,3-13]*

VI. Solemnidades y Fiestas del Tiempo Ordinario

Santísima Trinidad

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones” (Rom 5,5)

La Solemnidad de la Santísima Trinidad nos remite fundacionalmente al corazón de nuestra fe. Porque, efectivamente, el cristianismo es un *monoteísmo trinitario*.

1) Creemos en la *unidad esencial* de Dios, a la par que en la *trinidad de personas*: la unidad en Dios se funda en la comunión relacional del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En Dios, cada persona es sí misma en y desde las demás, de tal modo que Dios es siempre uno en sabiduría, poder y amor. Todo lo que Dios conoce, quiere y hace lo realiza desde esa unidad diferenciada de personas, cuya dignidad es para todas la misma, pero en la que el Padre no es el Hijo ni el Hijo es el Padre, o en la que el Padre y el Hijo no son el Espíritu ni el Espíritu es el Padre y el Hijo; y en la que lo propio del Padre es engendrar al Hijo y lo propio del Hijo es ser engendrado, y lo propio del Espíritu Santo es proceder del Padre y del Hijo como de un mismo principio.

Estas afirmaciones históricamente fundamentales del cristianismo, hoy un poco lejanas a nuestro lenguaje cotidiano, fueron madurando principalmente a lo largo del primer milenio de nuestra era, con *autores*, principalmente Padres de la Iglesia, como

Atanasio, Orígenes, Gregorio y Basilio Magno, Gregorio Niceno, Agustín (el único occidental de la lista) y Juan Damasceno; y en torno a los *concilios* de Nicea I (325) y Constantinopla I (381), que definieron la consustancialidad del Hijo con el Padre, y la divinidad del Espíritu Santo respectivamente; el de Toledo XI (675), que habló de la distinción de Personas, y el de Letrán IV (1215), que en cambio confirmó lo específico y propio de cada una de ellas. Por último, también el concilio de Florencia (1442), que explicitó que en Dios todo es uno donde no existe oposición de relación (ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, nnº253-255).

2) Las *lecturas bíblicas* correspondientes al ciclo 'C', nos hablan de la *Sabiduría* de Dios, “formada desde la eternidad, desde el comienzo, antes de los orígenes de la tierra”. Se nos dice de ella que estaba al lado del *Señor* “como un hijo querido y lo deleitaba día tras día”. Sabemos que el Evangelio de Juan hablará de Jesucristo como Sabiduría (o Palabra) encarnada. La *Hojmá* o Sabiduría bíblica, que estaba en Dios y era Dios, es la misma que se manifestaba en la *Torah* del pueblo hebreo, y de la que se nos dice que “es resplandor de la luz eterna, un espejo sin mancha de la actividad de Dios” (*Sab 7,26*).

Por ella fueron creadas todas esas cosas que llevan al salmista a la alabanza: “¡Señor, nuestro Dios, qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!”. Pero sobre todo, en ella fue recreado el género humano, en virtud de su encarnación y pascua, mediante lo cual accedemos a la salvación por la fe como puro don: “Justificados por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo”, ya que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado”.

3) Y aquí entra en acción la tercera persona divina, de quien nos habla el mismo Jesús: el *Espíritu*. “Cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él los introducirá en toda la verdad”. El Espíritu Santo es el mismo don y amor personalizado de Dios, que actúa efectivamente en nosotros la salvación, guiándonos hacia el misterio pleno de Jesucristo, verdad completa. Pero también, el Espíritu es el que glorifica a Jesucristo en medio del mundo, ya que es Él quien lo da a conocer: “Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes”. ‘Lo mío’: esta vida y misterio de Dios que, siendo del Hijo, es también del Padre, porque “todo lo del Padre es mío”.

En *síntesis*, el Espíritu nos hace gustar y anunciar a la Sabiduría de Dios encarnada en Jesús de Nazaret como fuente de salvación para mucho/as, haciéndonos de este modo partícipes por la fe en la vida divina, que coincidente con su amor eterno, tiene su origen y plenitud en el Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

Podemos preguntarnos: ¿Qué significa el misterio de la Santísima Trinidad en mi vida? ¿En qué cambia mi experiencia creyente el hecho de que Dios no sea una mónada absoluta, sino más bien una Trinidad de Personas? ¿Cómo me dirijo al misterio Uni-Trino de Dios en mi oración?

*[Santísima Trinidad (C): Jn 16,12-15; Pr 8,22-31; Sal 8,4-9;
Rom 5,1-5]*

Cuerpo y Sangre de Cristo

“Denles ustedes de comer” (Lc 9,13)

La multitud se agolpaba hambrienta y el pan era insuficiente lejos del propio hogar. La experiencia de indigencia colectiva queda puesta de manifiesto en la afirmación de los mismos discípulos: “No tenemos más que cinco panes y dos peces”. La solución más práctica era entonces despedir a la gente para que cada uno se procurara alimento y alojamiento en las aldeas de los alrededores.

1) Pero la sorpresiva indicación de Jesús va en sentido contrario a lo que la lógica pragmática de los suyos sugeriría: “*Denles ustedes de comer*”. ¿Cómo?, podría preguntarse azorada la comunidad de los doce. Humanamente esto es imposible: en el pasaje paralelo de Juan se hace notar que el equivalente a doscientos jornales de trabajo sería insuficiente para conseguir el pan necesario para esa ocasión (ver *Jn 6,7*).

Introduciendo la nueva lógica de la compasión, tan típica en la versión evangélica de Lucas, Jesús, “tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente”. Y así, este gesto hizo que el pan no sólo alcanzara, sino que incluso sobreabundara, y que además los renuentes discípulos, casi sin quererlo, fueran colaboradores necesarios para que el signo llegara a la gente y la multitud se saciara. Además, a los discípulos les quedaría una tarea pendiente, insinuada en la alusión velada que se hace de ellos en referencia al número remanente de canastos de panes: “doce”. En adelante, tendrán que repetir ellos mismos el gesto compasivo del Señor (ver *Lc 9,1-6*).

En efecto, el signo de Jesús nos evoca la celebración eucarística, ya que en el relato se mencionan los mismos verbos de su institución: 'tomar', 'bendecir', 'partir' y 'dar' (ver *Lc 22,19*). Esto es lo que nos recuerda San Pablo: "El Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó un pan y pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: 'Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía". O también: "Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; hagan esto cada vez que beban, en memoria mía". Así, "cada vez que coman de este pan y beban de esta copa, proclamarán la muerte del Señor, hasta que vuelva".

2) Pero, *¿qué significa* realmente comer de este pan y beber de esta copa en memoria suya? En nuestra vida como creyentes estamos llamados a perpetuar íntegramente lo que hizo Jesús: no sólo en sentido estrictamente sacramental, como aconteció en la última cena, sino también mediante ese elocuente gesto recapitulador de servicio que consistió en lavar los pies a sus discípulos, y que viene evocado también en el signo de la multiplicación de los panes, como caridad concreta para con la multitud hambrienta. En esos gestos de amor, es Él mismo quien se entrega: "Yo soy el pan vivo que está bajando del cielo; quien coma de este pan vivirá para siempre" (ver *Jn 6,51-52*).

En la entrega cotidiana, generosa y creativa de cada cristiano/a será Él mismo quien seguirá alimentando la vida del mundo de variados y necesarios modos. De ahí que cada uno/a de nosotros/as, como Melquisedec, rey de Salem, que "ofreció pan y vino" a Abraham, estemos llamado/as a ofrecernos a nuestro prójimo en este gesto bendito y multiforme del pan.

Podemos preguntarnos: ¿Vivo realmente una espiritualidad eucarística? ¿Busco ofrecerme a los demás como se entregó Jesús a lo largo de su ministerio público? ¿Soy lo suficientemente sensible como para advertir las necesidades profundas de mi prójimo? ¿Soy creativo/a al momento de intuir el gesto de caridad concreto y oportuno que responda a esas necesidades?

[Cuerpo y Sangre de Cristo (C): Lc 9,11-17; Gn 14,18-20; 1 Cor 11,23-26]

Sagrado Corazón de Jesús

“El Señor es mi pastor, nada me puede faltar” (Sal 22,1)

En el ciclo ‘C’, las lecturas de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús se anudan en torno a las imágenes del *Pastor* y su *Rebaño*.

1) Después de la experiencia acontecida con la mala dirigencia de Israel que ocasionó el destierro hebreo, en los tiempos mesiánicos *Yahveh* mismo se comprometerá a guiar al pueblo de la Primera Alianza: “Yo mismo voy a buscar mi rebaño y me ocuparé de él [...]. Como el pastor se ocupa de su rebaño cuando está en medio de sus ovejas dispersas, así me ocuparé de mis ovejas y las libraré de todos los lugares donde se habían dispersado, en un día de nubes y tinieblas [...]. Yo mismo apacentaré a mis ovejas y las llevaré a descansar –oráculo del Señor–. Buscaré a la oveja perdida, haré volver a la descarriada, vendaré a la herida y sanaré a la enferma, pero exterminaré a la que está gorda y robusta. Yo las apacentaré con justicia”.

Al respecto, el salmo 22 busca suscitar sentimientos de confianza en Yahveh que guía a su pueblo como un pastor empeñado en encontrar las mejores condiciones, recursos y protección para sus ovejas: “El Señor es mi pastor, nada me puede faltar. Él me hace descansar en verdes praderas, me conduce a las aguas tranquilas y repara mis fuerzas [...]. Aunque cruce por oscuras quebradas, no temeré ningún mal, porque Tú estás conmigo: tu vara y tu bastón me infunden confianza”.

2) Sin embargo, el pastoreo de Dios se tornará íntimo, decisivo y pleno recién con *Jesús*: “Yo soy el Buen Pastor: conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen a mí”. Efectivamente, en Él, “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado”. Este amor tiene rasgos de misericordia, que se revelan en el hecho de que “Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores”; de modo que, “si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida”.

En efecto, la acción pastoral de Jesús es desbordante en gratitud y misericordia en el momento en que da su vida en cruz por la humanidad pecadora. Esta entrega se personaliza en cada uno/a de nosotros/as que, a manera de ovejas descarriadas, fuimos rescatado/as de nuestras mezquinas actitudes y extravíos, para ser conducidos por este Buen Pastor al redil de la Iglesia y llevar de ahí en más una vida nueva y festiva por el amor: “Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, lleno de alegría, y al llegar a su casa llama a sus amigos y vecinos, y les dice:

‘Alégrense conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido’. Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesiten convertirse”.

3) *Celebrar* la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús es festejar con alegría el amor personal y excesivo que, en Jesús, Dios ha tenido para con cada uno/a de nosotros/as. Es celebrar su apuesta a lo mejor de nosotros/as mismo/as: es suscitar una actitud de confianza incondicional en Él a partir de esta experiencia de gratitud; es establecer un pacto y vinculación original con su persona; es ingresar decisivamente en el ámbito de la acción de gracias y la alabanza; es decidirse a vivir el amor en esa misma sintonía desbordante.

*Podemos preguntarnos: ¿Me dejo pastorear por el Señor?
¿Hice experiencia de su misericordia? ¿Me dejé encontrar por Él?
¿Me animo a reproducir con mi prójimo la calidad de su amor?*

*[Sagrado Corazón de Jesús (C): Lc 15,3-7; Ez 34,11-16; Sal
22,1-6; Rom 5,5-11]*

Nuestra Señora de Luján (8/5)

“Mujer, aquí tienes a tu hijo” (Jn 19,26)

1) La Solemnidad de Nuestra Señora de Luján, Patrona de la República Argentina, está enmarcada en un contexto de *incontenible gozo*, del que participará la misma naturaleza, de momento en abierto contraste con lo que se promete: “¡Regocíjense el desierto y la tierra reseca, alégrense y florezca la estepa! [...]. Digan a los que están desalentados: ‘¡Sean fuertes, no teman: ahí

está su Dios!' [...]. Brotarán aguas en el desierto y torrentes en la estepa [...]. Los acompañarán el gozo y la alegría, la tristeza y los gemidos se alejarán". El gozo anunciado por el profeta Isaías es el gozo de la esperanza, de algo nuevo que está por surgir, de la nueva creación que está inaugurando Dios para el pueblo desterrado y desanimado.

Desde una perspectiva cristiana, este gozo de la nueva creación se expresa en el *don de la filiación divina* y en nuestro destino escatológico de gloria y santidad, accesibles a cada persona que nace a la vida por medio de Jesucristo: "Nos ha elegido en Él, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia, por el amor. Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo. En Él hemos sido constituidos herederos, y destinados de antemano [...] a ser aquellos que han puesto su esperanza en Cristo".

2) Sin embargo, la vida de todos los días está muchas veces signada por el *dolor*. En nuestro país este sufrimiento se expresa en el creciente nivel de deterioro jurídico e institucional; en la precarización del empleo, la educación y la atención sanitaria; en la crisis de vínculos y la prevalencia del 'sálvese quien pueda'; en los ataques a la vida indefensa en el seno materno y la soledad de los ancianos; en la escalada del narcotráfico y la inseguridad. Es entonces cuando puede menguar el gozo y la esperanza, como podía ocurrirles a los desterrados hebreos en tiempos de Isaías, o a los cristianos procedentes del helenismo ante el influjo adverso de las Potestades, Poderes y Dominaciones celestiales, según nos lo da a entender la Epístola a los Efesios (ver 1,21).

3) En este contexto aparece María, como figura preciosa de la Iglesia y *signo de esperanza cierta* (ver LG 68): "Junto a la cruz de

Jesús, estaba su madre”. Es la presencia compasiva en medio del peso y agobio de la vida; el gesto de misericordia llamado a devolver la alegría y la esperanza al abatido. “Mujer, aquí tienes a tu hijo”; “Aquí tienes a tu madre”. María nos ayuda a recuperar la esperanza en medio de la desolación y las experiencias adversas de la vida, con tal que reconozcamos su presencia creyente y materna en nuestra vida de discípulos, y cultivemos una devoción mariana viva en nuestra oración: el *Totus tuus* [=todo tuyo] de Juan Pablo II.

4) *Recibirla en la propia casa*, como el discípulo amado, es tener presente su mediación y ejemplo de fortaleza creyente; es contemplar en ella la redención plenamente realizada y buscar imitar su incondicional ‘sí’ creyente. María es la estepa que florece, la tierra estéril de la que surge un manantial de agua fresca: es imagen de la creación nueva, de la humanidad redimida, en quien la Iglesia ya alcanzó su perfección (ver LG 65). Es imagen también de esa integridad moral asociada a la santidad de vida que debe inspirar la vida y cultura de nuestro pueblo argentino en cada uno de sus ciudadano/as; moral privada y pública bajo tantos aspectos hoy puesta en jaque, y que no obstante sigue siendo la única ‘receta’ para un desarrollo verdadero y sustentable.

Podemos preguntarnos: ¿Qué significa María en mi vida de cristiano? ¿En qué sentido estimula la vida de la comunidad eclesial de la que participo? ¿En qué sentido nos ayuda a recuperar la esperanza como Nación?

[Solemnidad de Nuestra Señora de Luján: Jn 19,25-27; Is 35,1-10; Ef 1,3-14]

Nacimiento de San Juan Bautista (24/6)

"¿Qué llegará a ser de este niño?" (Lc 1,66)

Es difícil, si no imposible, avizorar el futuro. Mucho más cuando se trata del futuro de las personas. Si en realidad todo tipo de proyecciones tiene algo o mucho de incierta, esta incertidumbre se torna supina cuando nos adentramos en el misterio de las personas. Sólo Dios sabe qué será de cada uno/a de nosotros/as de aquí a unos años. Y esto es tanto más cierto cuando hablamos de un/a recién nacido/a.

Cuando nació Juan Bautista, el precursor y primo de Jesús, todos se preguntaban: "¿Qué llegará a ser este niño?". Es la misma pregunta que los familiares y amigos se hacen respecto a todo/a niño/a que viene a este mundo: '¿Qué será de él/la?'. La vocación y destino último de cada uno/a están inscritos misteriosamente en el corazón de Dios. Podemos aventurar proyecciones médicas, psicológicas o familiares; vislumbrar condicionamientos económicos, políticos o socio-culturales, pero la realidad siempre acabará desbordando las previsiones más serias.

¿Quién hubiera dado algo por el hijo de un padre alcohólico, nacido en el seno de una familia con taras hereditarias? Y nació Ludwig van Bethveen. ¿Cuántos hubieran alentado a seguir incondicionalmente con su embarazo a una madre con diagnóstico de malformaciones para su futuro hijo? Y sin embargo esa mujer dio a luz un Andrea Bocelli. Entre tantas otras anécdotas parecidas, es conocida la sentencia del maestro de escuela que dijo a su mediocre alumno Thomas Edison que nunca llegaría a nada en la vida...

Podemos preguntarnos: ¿Creo verdaderamente en el misterio de las personas y en la libertad creativa actuada por la gracia de Dios; o me dejo llevar, más bien, por estereotipos y predicciones deterministas?

Santos Apóstoles Pedro y Pablo (29/6)

"Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16,18)

La Solemnidad de los Apóstoles Pedro y Pablo nos remite a dos iconos fundantes de la Iglesia. El primero prevalentemente asociado a la unidad e integridad de la fe, y el segundo a la misión evangelizadora en el mundo pagano. Entre otros dinamismos que configuran el misterio de la Iglesia, el que hoy celebramos Católicos y Ortodoxos pone de manifiesto esa tensión siempre real y fecunda entre fidelidad apostólica y creatividad pastoral, conservación de la sana tradición y apertura de vanguardia a los nuevos desafíos y realidades.

El pueblo de Dios, y en él cada uno/a de sus bautizado/as, está llamado al *discipulado misionero*. Ser discípulo significa estar dispuesto a recibir, aprender e integrar: a ser oyentes de la palabra que resuena a través de una extensa historia del cristianismo, y se autentica por medio de la voz de Pedro y sus sucesores, que son los Pontífices de todos los tiempos. Por su parte, convertirse en misionero es ser capaz de vivir y ofrecer de un modo siempre nuevo en lo referente a 'métodos, ardor y expresión' (Juan Pablo II) el mismo Evangelio de Jesucristo, quien "es el mismo ayer, hoy y siempre" (Heb 13,8).

Para los cristianos, no hay posibilidad de anunciar la vida nueva de lo/as hijo/as de Dios sin fidelidad al denominado 'depósito de la fe' (*depositum fidei*), del cual el ministerio petrino es garante a lo largo del tiempo. Pero tampoco sin la creatividad pastoral necesaria para traducir lo de siempre en inéditas formas de anuncio socio-culturalmente significativas, a lo cual nos invita con su testimonio emblemático el apóstol Pablo.

Podemos preguntarnos: ¿Busco conocer y profundizar mi fe? ¿Hago lo posible por comunicarla a los demás con gestos y palabras verdaderamente significativos?

Transfiguración del Señor (6/8)

"Éste es mi Hijo, el elegido, ¡escúchenlo!" (Lc 9,35)

La *fiesta de la Transfiguración* del Señor nos presenta un relato (ver Lc 9,28-36) que nos hace ver cómo las personas estamos más dispuestas a una nidificación idolátrica en las experiencias cumbre de la vida, que a una percepción icónica y realista de las mismas, lo cual incluye el aprender a 'bajar' de la montaña y 'escuchar' obediencialmente al Hijo de Dios.

La exclamación de Pedro: "Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Hagamos tres carpas" pone de manifiesto nuestra tendencia a lo que la teología moral denomina 'presunción', la cual es un pecado contra la esperanza que consiste en procurar anticipar, de modo decisivo y absoluto, el paraíso prometido, el Reino definitivo. Es a causa de la necedad de esta propuesta hecha por el discípulo que la voz de la nube continuará con lo suyo 'como si nada'.

Las experiencias cumbre de la vida, a saber, aquellos momentos particularmente satisfactorios que evocan una plenitud definitiva e inimaginable, son más bien para ser agradecidas y consignadas en actitud de desapropiación. Cuando se pretende retenerlas con avidez, las mismas se estropean y se nos escapan: como el providencial maná del desierto, cuando se las busca conservar indebidamente, se agusanan y pudren (ver Ex 16,20).

Jesús baja de la montaña y orienta su vida hacia el misterio de la cruz: hacia Getsemaní, que es la escena evangélica que manifiesta, tal vez del modo más elocuente, lo que significa una experiencia límite: evoca en la experiencia del Señor una confrontación directa con el misterio de su muerte y clama por una decisiva y necesaria coherencia ética final. También nuestra dignidad personal e integridad moral tiende a jugarse más en las situaciones dramáticas que en los momentos gozosos.

Podemos preguntarnos: ¿Reconozco y agradezco suficientemente las experiencias cumbre experimentadas a lo largo de mi vida, para luego consignarlas con desinterés? ¿Me ayudan a disponerme para una escucha generosa de la voz del Señor, para seguir a Jesús incluso cuando haya que atravesar experiencias límite?

Asunción de la Virgen María (15/8)

“Una mujer revestida de sol” (Ap 12,1)

1) “Cristo resucitó de entre los muertos, el primero de todos”, como primicia de una nueva creación. Él es el único capaz de poner “a todos los enemigos debajo de sus pies”. Él es el único fundamento para la humanidad nueva; por quien “lo que es

corruptible, debe revestirse de la incorruptibilidad; y lo que es mortal [...] de la inmortalidad”. Sin embargo, expresión acabada, icono y anticipo de esta humanidad transfigurada es María: asunta en cuerpo y alma a los cielos se convierte para nosotros en signo cierto de esperanza, primicia de una Iglesia resplandeciente que en ella alcanzó ya su perfección.

2) María es alabada en los Evangelios “por haber creído” que se cumpliría “lo que [le] fue anunciado de parte del Señor”. Es decir por escuchar la Palabra de Dios y practicarla. No sólo por haber llevado en su seno al Hijo de Dios y haberlo amamantado con sus pechos; sino sobre todo por haber sido capaz de contemplar con prontitud y sin demora el modo con que el Señor acostumbra obrar en su propia vida de creyente y en la vida de todo su pueblo: elevando a los humildes y derribando a los poderosos, colmando de bienes a los hambrientos y despidiendo a los ricos con las manos vacías. El motivo último que en definitiva justifica el gozo y alabanza exultante de María es que el Señor haya mirado “con bondad la pequeñez de su servidora”.

3) María se convierte en verdadera Arca de la Alianza que resplandece luminosa en el cielo; la “Mujer revestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en su cabeza”, que no obstante grita con dolores de parto “porque [va] a dar a luz” una multitud de hijo/as que aún deberán peregrinar, y de los que no podrá desentenderse por tener entrañas de misericordia. En medio de las vicisitudes y dramatismo de la historia humana, María asunta es la antítesis viva de ese “enorme Dragón rojo como el fuego”, imagen de todo poder oscuro que busca “devorar [al] Hijo en cuanto naciera”. De cara a todas las manifestaciones de una cultura de muerte que denota poderes adversos, ella constituye un signo

preclaro de que, aún en medio de persecuciones, "ya llegó la salvación, el poder y el Reino de nuestro Dios y la soberanía de su Mesías".

Podemos preguntarnos: ¿Cuál es el fundamento más profundo de mi gozo? ¿Cultivo una devoción confiada a la Madre de Dios? ¿En qué sentido María es para mí signo cierto de esperanza?

[Asunción de la Virgen María: Lc 1,39-56; 11,27-28; 1 Cr 15,3-16,2; 1 Co 15,20-27.51-57; Ap 11,19-12,10]

Apóstol San Bartolomé (24/8)

"¿De Nazaret puede salir cosa buena?" (Jn 1,46)

La *fiesta del Apóstol san Bartolomé (Natanael)* nos confronta con su inicial escepticismo: "¿De Nazaret puede salir cosa buena?" (Jn 1,46). No cabe duda de la buena voluntad de quien se convertiría en apóstol, pero su actitud descreída parecería cerrarlo de entrada a toda posible sorpresa. El hecho de que estuviera (¿descansando?) debajo de una higuera (v.48), nos muestra que tampoco debía tener exceso de iniciativa o 'pasión' al momento de buscar la verdad. La respuesta de Felipe será análoga a la que Jesús hiciera a los dos primeros discípulos: "Ven y lo verás" (v.48). Sin seguimiento no hay descubrimiento; sin movilizarse, no existe experiencia de lo inédito.

Finalmente, el Señor tendrá ocasión para entrar en diálogo con Natanael: "Ahí tienen un israelita de verdad, en quien no hay engaño" (v.47). No sabemos si el inminente discípulo era tan así como el Señor lo describía, pero lo cierto es que él se abrió a Jesús,

y el horizonte de la promesa pudo ingresar en su vida: "Verás cosas mayores" (v.50).

Podemos preguntarnos: ¿Conservo mi capacidad de asombro? ¿Me dejo interpelar por los acontecimientos? ¿Estoy a la búsqueda de Jesús?

Natividad de la Virgen María (8/9)

"No temas tomar contigo a María tu esposa" (Mt 1,20)

María, concebida sin pecado original el 8 de diciembre, es decir, dotada de una humanidad preservada de la herencia herida de Adán, nace nueve meses después: esto es lo que celebramos el día de la *Natividad de la Virgen María*.

Por supuesto que estas fechas litúrgicas, como tantas otras, son prevalentemente simbólicas; y en realidad lo que pretenden, es hacernos meditar y celebrar aspectos más profundos de nuestra fe. En este caso, el evangelio (ver Mt 1,1-23) nos sugiere que el nacimiento de María está ordenado a su maternidad divina, ya que nos presenta las vicisitudes de José al momento de tener que tomarla por esposa ya encinta por acción del Espíritu Santo.

Con su nacimiento, la Madre de Dios ingresa en un mundo de suspicacias, en cierto modo se hace cargo de una historia herida, se asocia a la genealogía de José, se identifica con la humanidad toda, en la que hay de todo. Mirado de este modo, María prepara el camino para Jesús, el Redentor del hombre, quien por su encarnación y nacimiento asumirá de lleno nuestra condición humana para elevarnos a la condición de hijo/as de Dios.

La perplejidad de José es análoga, y su actitud nos confronta a cada uno/a de nosotros/as, con su propio camino de fe. En todo itinerario creyente existirán momentos de encrucijada en los que tendremos que hacer opciones.

Podemos preguntarnos: ¿Me involucro suficientemente en la 'pasión' del mundo en el que vivo? ¿Busco ser signo de novedad y trascendencia en medio de estas vicisitudes humanas?

Exaltación de la Santa Cruz (15/9)

"Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único" (Jn 3,16)

(I) Los textos buscan hacernos ver que por el mismo camino que entró el pecado y el mal en el mundo debe ingresar la salvación: las serpientes abrazadoras deberán convertirse en icono sanante (ver *Num* 21,4-9), la muerte en cruz en vehículo de enaltecimiento (ver *Fp* 2,6-11). Y esto porque "Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en Él no muera, sino que tenga Vida eterna". O como insiste el mismo pasaje: "Porque Dios no envió a su Hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él" (ver *Jn* 2,16-17)

Naturalmente, tendemos a demonizar el sufrimiento, asociándolo a lo indeseado e inservible. Sin embargo, esas mismas situaciones no buscadas, que en ocasiones nos sumergen en tribulaciones, son las que en Cristo nos redimen de la vanidad de la vida. Dicho en otros términos, las contrariedades de la vida nos hacen madurar y crecer: desde una perspectiva de fe, todas estas situaciones adquieren connotaciones pascuales.

Podemos preguntarnos: ¿Soy capaz de descubrir la presencia salvadora del Señor en medio de las pruebas de la vida? ¿Capitalizo estas oportunidades para madurar y crecer?

(II) Un día después de la fiesta de la *Exaltación de la Santa Cruz*, celebramos la memoria de *Nuestra Señora de los Dolores (16/9)*. Se comprenderá la lógica de esta opción litúrgica: "Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, etc." (*Jn 19,25*). Pero aún así podemos preguntarnos: ¿Qué sentido tiene considerar a María asociada al misterio de la cruz? ¿Qué sentido tiene que Jesús diga en ese momento al discípulo amado, a saber, el que es presentado por el cuarto evangelio como paradigma del creyente: "Ahí tienes a tu madre" (*Jn 19,27*)?

El sufrimiento humano nos desconcierta, y es entonces que corremos el riesgo de perder la esperanza. Pensemos, por ejemplo, en la situación de incertidumbre vivida por los 33 mineros atrapados en Chile, a 700 metros de profundidad. Es entonces cuando necesitamos del afecto, de una presencia esperanzadora, incluso a la distancia. Este tipo de presencia, segura, discreta y profunda, se descubre, busca y valora justamente en la hora del dolor.

María encarna para lo/as cristiano/as, en forma emblemática, este tipo de presencia esperanzadora. Tenerla por madre cuando atravesamos momentos difíciles, no sólo que no nos infantiliza, sino que nos hace madurar y crecer como personas creyentes: cuando todas las puertas parecen cerrarse, ella nos ayuda a perseverar en la búsqueda pascual de una salida; o al menos a confiar esperanzadamente que en algún momento, inédito y sorprendente, ésta acabará adviniendo como un don de lo alto.

Podemos preguntarnos: ¿Recurro a María en los momentos difíciles de mi vida? ¿Encuentro en ella un cauce cierto para nutrir la esperanza?

San Mateo, Apóstol y Evangelista (21/9)

"¡Sígueme!" (Mt 9,9)

Los escribas y fariseos se sorprenden y escandalizan de que Jesús se vincule con pecadores. Hoy, en concreto, con Mateo, a quien llama a su seguimiento: "¡Sígueme!" (Mt 9,9). Mateo era recaudador de impuestos, un trabajo muy mal visto por entonces, ya que el beneficio de éste era lo que podía cobrar de más a su propia gente, para entregarlo a la potencia dominadora y quedarse él mismo con una interesante diferencia. Toda persona merece una oportunidad: Jesús parte de este presupuesto. Nadie está perdido/a de antemano: todo/as pueden renacer a una vida nueva. Y esto es lo que aconteció con Mateo, como en otra ocasión con Zaqueo, quien tenía la misma profesión.

Podemos preguntarnos: ¿Doy a las demás personas oportunidad de cambiar y ser diferentes? ¿Estoy convencido/a que también a mí el Señor me ofrece esta chance, porque confía en mí?

Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael **(29/09)**

"Los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre" (Jn 1,51)

Hoy celebramos la *Fiesta de los Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael*, que en la tradición bíblica aparecen derrotando a Satanás (ver *Ap 12,7*), anunciando la encarnación del Hijo de Dios (ver *Lc 1,26*) y acompañando a los hombres (ver *Tob 12,15*) respectivamente.

En todas las tradiciones religiosas existieron y existen mediadores que comunican el mundo de los humanos con el de los seres sobrenaturales y dioses. En la tradición hebrea de la Primera Alianza, el Antiguo Testamento para los cristianos, esta misión era cumplida principalmente por los ángeles. A partir de Jesús, Él mismo se convierte en el nuevo y definitivo mediador entre Dios y los hombres: Él es quien en realidad ha vencido al Demonio y destruido su reino; Él se ha convertido en Camino mismo para el creyente.

No obstante, los ángeles siguen participando, en Cristo, de las tareas que anteriormente les estaban encomendadas; cumpliendo, además, la de alabar a Dios en su gloria. Hace unas décadas, la fe en los ángeles entre los cristianos parecía destinada al olvido. Sin embargo, hoy resurge con fuerza, y en muchos casos, en espacios extra confesionales.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy convencido/a de que Jesucristo es el único y definitivo mediador entre Dios y los hombres? ¿Me

cuesta aceptar que Dios, en su gratuidad, pueda crear otras criaturas espirituales para que colaboren con el plan de salvación?

Conmemoración de los Fieles Difuntos (02/11)

"¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?" (Lc 24,5)

Las mujeres fueron al sepulcro pensando que encontrarían a un muerto (ver Lc 24,18). Sin embargo, Jesús había resucitado. También nosotros tendemos a pensar restringidamente respecto de algunas situaciones adversas, pensando que 'no son sino'. Y en realidad, las mismas 'no son sólo'. Donde pensábamos no encontrar sino muerte, acabamos hallando riquezas muy significativas. El corolario es que debemos apostar a la esperanza.

En esta conmemoración de los fieles difuntos, la situación límite por excelencia, que es la de la muerte, se abre a la vida. Cristo resucitado es el fundamento de nuestra esperanza. Sin embargo, hoy se mira el tema de la resurrección con escepticismo. Muchas personas que se dicen a sí mismas cristianas no acaban de creer en la vida eterna.

Podemos preguntarnos: ¿Creo en la resurrección de los muertos? ¿Oro por los difuntos de mi familia y demás personas que he ido conociendo?

Solemnidad de la Inmaculada Concepción (08/12)

"Yo soy la servidora del Señor" (Lc 1,38)

En la figura de María Inmaculada resplandece esa plenitud transfigurada a la que todos los creyentes somos llamados. Ella es como un icono de la humanidad nueva, signo cierto de esperanza para quienes peregrinamos "entre las tribulaciones de este mundo y los consuelos de Dios" (San Agustín de Hipona).

María correspondió plenamente a la iniciativa de Dios dando una generosa respuesta de fe (ver Lc 1,26-38). El 'sí' creyente y autoimplicativo de la virgen fue una permanente e incondicional apertura a Dios que le dirigía su Palabra. Por lo que al llegar la plenitud de los tiempos, la hija predilecta de Sión mereció llevar a Jesucristo en sus entrañas: la Palabra eterna hecha carne en la plenitud de los tiempos. En función de esta maternidad divina es que María fue preservada de todo pecado.

Podemos preguntarnos: ¿Vivo en actitud de apertura generosa e incondicional al Señor que me ama y me llama? ¿Considero e invoco a María como icono de esa humanidad nueva que también está llamada a resplandecer en mí?

VII. Consagrar la vida cotidiana: el tiempo durante el año

Primera Semana

"Jesús vio a Simón y a Andrés" (Mc 1,16)

No deja de resultar llamativo que una de las primeras cosas que según el Evangelio de Marcos hace Jesús sea "ver" (Mc 1,16). Éste es el tipo de mirada que explorará particularmente Lucas: la que llega al corazón y logra comprender la situación existencial de la persona. Sobre todo, de aquél/la que, por alguna razón en particular, está especialmente abierto/a al misterio del Reino de Dios.

Efectivamente, "el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca" (v.15), predicará Jesús, y en función de esta cercanía, están llamado/as a 'ingresar' en esta lógica quienes tienen verdadera disposición. También hoy "el Reino de Dios está cerca". Podemos preguntarnos si estamos preparados como Simón y Andrés para responder a esta invitación del Señor...

"Enseñaba como quien tiene autoridad" (Mc 1,22)

La enseñanza de Jesús 'tiene autoridad': una autoridad que no le viene conferida 'desde fuera', sino 'desde dentro'. Es la autoridad que se asocia al testimonio de su propia persona: a la integridad y coherencia de vida (ver Mc 1,21-28).

La palabra de Jesús está lejos de equipararse al discurso muchas veces manipulador de los escribas y fariseos de su tiempo. Por el contrario, el Señor dice lo que las cosas son; manifiesta con transparencia y decisión el anhelo salvífico de su Padre. Por eso sana y libera...

Podemos preguntarnos: ¿Procuro que mis palabras se condigan lo más posible con lo que vivo?

"Jesús curó a muchas personas de diversas dolencias y expulsó muchos demonios" (Mc 1,22)

Jesús se empeña en sanarnos de todo aquello que se oponga a nuestra verdadera felicidad. Especialmente de las cosas que nos bloquean desde dentro, y nos impiden vivir de acuerdo a nuestra dignidad de hijos e hijas de Dios. Las diferentes dolencias y demonios constituyen expresiones aptas y complementarias para resumir el alcance de esta liberación integral, que comienza por uno/a mismo y que responde siempre a una iniciativa amorosa del Señor en nuestras vidas.

Podemos preguntarnos: ¿Me siento liberado/a de toda dolencia y demonio por Jesús? ¿Soy yo, a su vez, agente de liberación integral para lo/as otro/as?

"Jesús, lleno de compasión, extendió la mano y lo tocó" (Mc 1,41)

Pocas veces nos detenemos a considerar los sentimientos que animan los gestos y palabras que Jesús realiza (ver Mc 1,40-45). El Señor no se limita sólo a 'ejecutar' acciones salvíficas, sanando y curando toda dolencia, sino que primero 'se compadece': establece

una vinculación de empatía con la persona que sufre, y animado por la misericordia, asume una actitud adecuada a las circunstancias.

Podemos preguntarnos: ¿Me dejo interpelar por las situaciones de sufrimiento que me circundan? ¿Realizo empáticamente el gesto y la palabra oportunas?

"Nunca vimos algo así" (Mc 2,12)

La presencia y acción de Jesús resulta inédita: algo nunca visto con anterioridad. Esta es la constatación que hace la gente: "Nunca vimos algo así" (Mc 2,12). En este caso concreto, se trata de la curación de un parálítico, colocado ante Jesús en actitud de fe, después de haber realizado una abertura en el techo a causa de la gran cantidad de gente presente (ver Mc 2,1-12).

En la lógica de aquél tiempo, esta curación estaba asociada al perdón de los pecados, ya que se consideraba que la enfermedad provenía de alguna transgresión grave. Si Jesús sana es porque perdona los pecados: y sólo Dios podía realizar algo así.

Podemos preguntarnos: ¿Me dejo sorprender por la presencia y acción misericordiosa de Dios en mi vida?

"No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos" (Mc 2,17)

Para los contemporáneos de Jesús resultaba chocante que el Señor se vinculase a quienes se consideraban pecadores (ver Mc 2,13-17). Pero el Señor justifica en ese tipo de actitudes el objetivo de su misión: "No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos" (v.17).

Lo cierto es que todos tendemos un poco a vincularnos más bien con personas prestigiosas y reconocidas que con individuos marginales o mal vistos. Lo primero, nos suma; lo segundo, nos resta. Sin embargo, la misión que Jesús nos encomienda nos invita permanentemente a buscar integrar 'a quienes no cuentan' o 'no van por buen camino'.

*Podemos preguntarnos: ¿Me identifico con la causa de Jesús?
¿Adopto su misma actitud sanamente 'transgresora'?*

Segunda Semana

“Se celebraba una boda en Caná de Galilea” (Jn 2,1)

El amor humano tiene mucho que ver con el modo en que Dios ama a su pueblo: “Como un joven se casa con su novia, así se desposa el que te construyó; la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo”. Yahveh es el Esposo de Israel, así como Jesús, el Cordero degollado, será el esposo de la Iglesia, Nueva Jerusalén. Nada extraño, entonces, que Jesús-Esposo esté presente en una boda, en Caná de Galilea. Leído así, el texto enlaza dos de las tres experiencias más significativas que podemos hacer las personas: la experiencia cumbre del amor (insinuando, como contrapartida, la experiencia límite de la muerte), y la experiencia sobrecogedora (fascinante y tremenda) de Dios. Además, esto tiene algo que ver con las diferentes etapas de la vida.

1) En efecto, en la vida hay *un vino del comienzo* que a la corta o a la larga se acaba. Si bien el vino evoca el anhelo festivo, también remite al sacrificio, a la copa de la ira de Yahveh, a la sangre que se derrama. El vino tiene además un riesgo: el exceso. Así, el vino pasional del principio es una metáfora de la juventud. Porque este vino es de inferior calidad por falta de añejamiento, beberlo en exceso puede quitar lucidez para percibir el vino bueno guardado para el final. Por eso es un vino que hay que beber con moderación: en la juventud hay que hacer un esfuerzo extra de templanza no sólo al momento de vivir la experiencia del amor, sino también la experiencia religiosa (que de otro modo se convertiría en idolátrica). Pero también al momento de concebir proyectos, evaluar las propias capacidades, tener una justa apreciación de sí o emitir opiniones con fundamento.

2) Llega un momento en que el vino del comienzo *empieza a escasear*. “No tienen vino”. Esto pasa en cualquier vocación humana y cristiana, comenzando por el matrimonio. Ya no hay ese entusiasmo del comienzo, y parecería que no surge nada nuevo bajo el sol. La rutina propia de la cotidianidad se apodera de nuestra vida. Es el tiempo para que “hagan lo que Él les diga”. Es el tiempo de la fidelidad paciente, expresada en el agua insípida de seis tinajas hasta el tope. En la Biblia el número seis expresa imperfección, ya que no llega a siete, signo de plenitud. Como los sirvientes del banquete, la mitad de la vida es tiempo para perseverar en el camino emprendido, más allá del cansancio, la sensación de incompreensión o soledad, y aunque los frutos no parezcan ser gran cosa. Esta fidelidad de la ‘edad mediana’ es condición para que surja el buen vino del final.

3) “Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú en cambio has guardado *el vino bueno* hasta ahora”. Es interesante que esto sea dicho por el encargado del banquete al novio-esposo, que posiblemente ni idea tenía de lo que estaba aconteciendo. Evidentemente era para él un don, ya que por sí mismo no podría haber ofrecido un vino así. Desde una perspectiva simbólica, el Esposo que aporta el buen vino del final es Jesús mismo. Lo hace gratuitamente, casi a contramarcha de lo que hacen todos. Si el vino es expresión de la pasión-deseo en su gran diversidad de expresiones vocacionales (porque según la segunda lectura “hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor; hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios”), el tramo final de la vida debería caracterizarse por un deseo-esperanzado, que como el vino añejo puede ser gustado (*sabiduría* proviene de *sápere*, que significa gustar) porque tiene profundidad y muchos matices.

El vino guardado para el final, mejor que el del comienzo, es el que emerge como don de Cristo Esposo en el atardecer de la vida, siempre cuando el primer vino juvenil haya sido bebido con moderación, y se haya perseverado incluso a manera de agua insípida en plena adultez. Con estas consideraciones, y de acuerdo a la etapa de la vida por la que transitamos, podemos preguntarnos: *¿Bebo con moderación el vino primero de la juventud? ¿Hago el esfuerzo por presentar tinajas imperfectas de agua insípida hasta el tope en mi adultez? ¿He aprendido a saborear agradecido/a el vino del final en la madurez?*

[Domingo II^o durante el año (C): Jn 2,1-11; Is 62,1-5; 1 Co
12,4-11]

"Vi descender al Espíritu, como una paloma, y permanecer sobre Él" (Jn 1,32)

Jesús es el Ungido del Padre: sobre Él reposa el Espíritu de Dios. Jesús es el Mesías, el siervo del Señor, el señalado desde siempre y enviado para nuestra salvación. Él es quien bautiza en el Espíritu Santo, el único que nos puede salvar, haciéndonos renacer de lo alto (ver Jn 1,29-34). Juan el Bautista se limita a preparar el camino para que otros puedan reconocer y encontrarse con Jesucristo. Esta tarea de precursores y mediadores es también hoy la nuestra, como discípulos-misioneros.

Podemos preguntarnos: ¿Reconozco a Jesús como centro y Salvador de mi vida? ¿Hago de mi vida un camino para que también otros puedan encontrarse con Él?

[Domingo IIº durante el año (A): Jn 1,29-34]

Tercera Semana

"Hoy se cumple esta palabra" (Lc 4,21)

1) La narración evangélica de Lucas comienza explicitando su propósito: "Muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han verificado entre nosotros, siguiendo las tradiciones transmitidas por los que primero fueron testigos oculares y luego predicadores de la Palabra. Yo también, después de comprobarlo todo exactamente desde el principio, he resuelto escribírtelos por su orden, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido".

Cada una de las *cuatro versiones del Evangelio* ha seguido el mismo procedimiento: los autores sagrados han compuesto por inspiración divina relatos que recogen la predicación de quienes fueron testigos directos de los hechos. Es de este modo que queda salvada la historicidad del acontecimiento Jesucristo. En particular, Lucas tiene una preocupación especial por ofrecer referencias históricas concretas (ver *Lc 2,1; 3,1*) que hagan más creíble el relato.

El procedimiento redaccional no es en realidad diferente del que han utilizado los libros históricos del Antiguo Testamento, si bien en aquél caso existía normalmente una distancia temporal mucho mayor entre los acontecimientos ocurridos y vividos, y la puesta por escrito de los mismos. Esto daba más espacio al campo de lo interpretativo, con el riesgo de distorsionar más fácilmente la exactitud de lo fácticamente acontecido. No obstante, esas Escrituras, que hoy seguimos leyendo, tienen valor de revelación, y son consideradas también por la tradición cristiana como Palabra de Dios. “Los levitas leían el libro de la ley de Dios con claridad y explicando el sentido, de forma que comprendieron la lectura”.

2) *En la sinagoga de Nazaret*, Jesús sigue este mismo procedimiento: lee el texto y lo explica. “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a dar la Buena Noticia a los pobres [...]. Hoy se cumple esta Escritura que acaban de oír”. En la tradición hebrea, el comentario rabínico al texto de la *Torah* (nuestro Antiguo Testamento o Primer Testamento) dio lugar primero a la *Mishná*, y luego al *Talmud* (comentario de la *Mishná*). En la tradición cristiana, la Palabra de Dios fue siempre importante al momento de entrar en relación personal con Jesucristo, de tal modo que “desconocer las Escrituras es desconocer a Jesucristo”

(san Jerónimo). Es cierto, no obstante, que por oposición al protestantismo, a lo largo de la modernidad, desde el siglo XVI hasta mediados del XX aproximadamente, la lectura de la Biblia fue bastante acotada y restringida.

3) *También en nuestro 'hoy' se cumplen las Escrituras*, en la medida en que abrimos nuestra vida y corazón a la Palabra que el Señor nos dirige. Como para los pastores en la noche de Navidad, para Zaqueo en el día de su conversión, o el buen ladrón momentos antes de morir Jesús, también 'hoy' puede ser un día de gracia y salvación para nosotros. La palabra de Dios escrita es el instrumento mediador insuperable que nos ayuda a comprender esto en el día a día. Como lo hicieron durante siglos los monjes del desierto o del monacato medieval, como lo practicaron los hermanos de las confesiones reformadas a partir de Lutero, como procuró recordarlo con vigor la constitución *Dei Verbum* en el Concilio Vaticano II.

También 'hoy', en conformidad a la originalidad vocacional de cada uno/a de nosotros como miembro de Cristo ("Ustedes son el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro"), estamos llamados a recibir y poner en práctica esta escucha obediencial. En particular, el día del Señor, en la celebración eucarística: "Hoy es un día consagrado a nuestro Dios: no hagan duelo ni lloren [...]. No estén tristes, porque el gozo en el Señor es la fortaleza de ustedes".

Podemos preguntarnos: ¿Dedico tiempo a la lectura (lectio) orante de la Biblia, para descubrir el 'hoy' como tiempo de gracia y salvación?

[Domingo IIIº durante el año (C): Lc 1,1-4; 4,14-21; Ne 8,2-10;
1 Co 12,12-30]

Cuarta Semana

“¿No es éste el hijo de José?” (Lc 4,22)

1) El Señor nos conoce desde siempre, y nos predestina en la vida para una *vocación original*. Por eso, de cada uno de nosotros podría decirse algo análogo a lo que dice Yahveh del profeta Jeremías: “Antes de formarte en el vientre materno, Yo te conocía; antes de que salieras del seno, Yo te había consagrado, te había constituido profeta para las naciones”. Cada uno/a de nuestro/as, en su irrepetible originalidad, y en cuanto misteriosamente vinculado por su encarnación a Cristo Palabra (ver GS 22), tiene y es, en cierto modo, una ‘palabra de vida’ que Dios quiere pronunciar en el mundo. En cada uno/a de nuestro/as Dios esconde un cierto mensaje que, mediando nuestra libertad responsable, está destinado a llegar hasta los confines de las naciones. Esto queda radicalmente de manifiesto en la persona y misión misma de Jesús.

2) En efecto, la originalidad y *universalismo de la misión de Jesús*, que trasciende los estrechos límites que le hubieran impuesto los mojigatos miembros de la sinagoga de Nazaret, queda puesta de manifiesto en la referencia a la “viuda de Sarepta” y a “Naamán el sirio”. En estas dos expresiones se condensan simbólicamente cuatro grupos que acabarán siendo prioritarios en la acción evangelizadora de Jesús: (a) los pobres, ya que los huérfanos y las viudas lo eran por excelencia en una sociedad patriarcal; (b) las mujeres, consideradas de inferior rango respecto de los varones, por el mismo motivo anterior; (c) los pecadores, representados en el leproso Naamán, que en el pensamiento de la época habría contraído su enfermedad a manera de castigo por

alguna falta propia o de sus ancestros; y (d) los extranjeros, despreciados por los judíos del tiempo de Jesús en el contexto de una sociedad etnocéntrica.

3) Lo más llamativo del relato de Jesús en la sinagoga de Nazaret es que, en ocasiones, la vocación universal del profeta contrasta con el *escepticismo del entorno más cercano*: “¿No es éste el hijo de José?”. La hostilidad o incompreensión de los más cercanos puede poner a prueba la misma confianza del creyente en el Señor (“Combatirán contra ti, pero no te derrotarán, porque Yo estoy contigo para librarte”). Sin embargo, podrá salir airoso de la encrucijada si el profeta tiene claridad acerca de quién es y vive su llamado con dignidad (“Jesús, pasando en medio de ellos, continuó su camino”). En realidad, mirada de este modo, la prueba es parte integral de la misión profética, y contribuye a su misma purificación y fortalecimiento. ¡Ay de nosotros, en cambio, cuando todo el mundo nos aplauda!

Por lo dicho, es decisivo que el profeta sea consistente en sus motivaciones. A largo plazo, las verdaderas motivaciones de la evangelización sólo se sostienen si existe en el creyente verdadera caridad. Nuestra misión será creíble, sobre todo entre los más cercanos, sólo si somos capaces de vivir y manifestar un amor de calidad. Entonces evangelizaremos no sólo ‘a pesar de’ las vicisitudes y contratiempos, sino más bien ‘gracias a ellos’. San Pablo traza algunas pinceladas de esta clase de amor elocuente, que es el que testimonió Jesús y busca que nosotros vivamos: “El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad”. Por eso la

universalidad de la misión de Jesús se identifica con la universalidad de su amor por el hombre concreto, histórico y real (ver RH 13-14).

Podemos preguntarnos: ¿Tengo clara cuál es mi vocación y misión en la vida? ¿Se sostiene y fortalece en medio de las pruebas y tribulaciones? ¿Es el amor el 'alma' de esa vocación-misionera?

[Domingo IVº durante el año (C): Lc 4,21-30; 1 Co 13,4-13; Jr 1,4-19]

Quinta Semana

“Si Tú lo dices, echaré las redes” (Lc 5,5)

1) La escena evangélica se desarrolla de mañana, *en torno al lago de Genesaret*. Allí “Jesús subió a una de las barcas, que era de Simón” para enseñar a la gente. Concluida la predicación, y de un modo inesperado, Jesús dice a Pedro: “Navega mar adentro, y echen las redes”.

Él y sus compañeros habían tenido una mala noche: en realidad no habían sacado nada y estaban cansados y fastidiados. Y además todos sabían muy bien que una vez despuntado el día ya no se pesca nada. Por todo esto, Simón podría haber pensado para sí mismo: ‘En verdad, a este hombre le estoy muy agradecido porque curó a mi suegra. Además es un Maestro que habla muy bien, hace signos y tiene popularidad. Pero pertenece a una familia de carpinteros, y no de pescadores. De pesca conocemos nosotros, que noche a noche tornamos a este lugar. Si ahora le hago caso y vuelvo al lago, no sólo tendré que ir, venir y vuelta a limpiar las

redes, demorando el descanso, sino que además me expondré al ridículo entre mis compañeros: me dirán que quise inventar no sé qué, yendo a pescar por la mañana, a contramarcha de la tradición, y así quedaré rotulado para siempre. A Jesús ya le permití hablar desde mi barca, y creo que esto es suficiente: entenderá las razones de mi negativa sin dificultad’.

2) Sin embargo, y también de un modo inesperado, Pedro se limita a decir: “Maestro, hemos trabajado la noche entera y no hemos sacado nada, pero si Tú lo dices, echaré las redes”. Simón no se cierra en su propia experiencia, y abre una posible ventana al asombro. Y fue así que con sorpresa recogieron tal cantidad de peces que las barcas casi zozobraban: él y sus compañeros nunca habían visto sacar de una vez tanta cantidad de pescado, ¡en ese lago! ¡¡¡Y menos por la mañana!!! Evidentemente, para quienes conocían el trabajo de la pesca, aquello era indudablemente un milagro. Por eso la reacción de Pedro y de los demás: “*Aléjate de mí, Señor*, porque soy un pecador”. En efecto, se trata de una ‘teofanía’, de una inequívoca manifestación de Dios; y dado que no se puede ver a Dios y seguir viviendo (ver *Ex 33,20*), Simón tiene la misma actitud que Isaías en su propia experiencia vocacional: “¡Ay de mí, estoy perdido! Porque soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros; ¡y mis ojos han visto al Rey, el Señor de los ejércitos!”.

Sin embargo, como en otras teofanías del Primer y del Nuevo Testamento, el Señor (o su Ángel) interviene para calmar los ánimos y encomendar una misión: “No temas, de ahora en adelante serás pescador de hombres”. Esto tiene más sentido que nunca en referencia a Jesús, ya que como Pablo atestigua, “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la Escritura. Fue sepultado y resucitó

al tercer día, de acuerdo a la Escritura". Y gracias a este acontecimiento es que podemos tener familiaridad con Dios y participar de la misión de su Hijo: en términos del Apóstol de los paganos, "por gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no fue estéril en mí". Así, sin quitarle nada a su persona, Jesús resignifica la identidad vocacional y misionera de Simón Pedro: de pescador de peces pasará a ser pescador de hombres; y de llamarse Simón pasará a ser justamente Pedro (ver *Jn 1,42; Mt 16,18*).

3) La respuesta de Pedro y sus compañeros a esta experiencia vocacional fundante fue contundente: "Ellos atracaron las barcas a la orilla y, *abandonándolo todo, lo siguieron*". Como si el signo obrado por Jesús se convirtiera para ellos en sinónimo de esa pregunta hecha por el Señor a Isaías: "¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?". Y como si el dejarlo todo para seguir a Jesús fuese un equivalente actitudinal al "¡Aquí estoy: envíame!" del profeta Isaías.

Podemos preguntarnos: ¿En qué circunstancias de mi vida hice una incipiente experiencia fundante de fe? ¿En qué sentido esta experiencia transformó y resignificó mi existencia? ¿A qué fui llamado entonces, en concreto?

[Domingo Vº durante el año (C): Lc 5,1-11; Is 6,1-8; Sal 137,1-8; 1 Co 15,1-11]

"Hagamos al hombre a nuestra imagen" (Gn 1,26)

Hoy se nos habla de la creación en general y del hombre en particular (*Gn 1,20-2,4*). La secuencia de elementos de la naturaleza que van siendo nombrados por Dios y llamados así a la existencia ("dijo" - "hizo") intenta desmitificar el carácter sagrado

asignado por los antiguos a las creaturas: el sol y la luna, los animales y plantas, la misma sexualidad humana. Nada de ello es Dios, sino quien los "crea".

En el zenit de la obra creadora aparece el hombre, varón y mujer, a imagen y semejanza del mismo Dios. El amor humano, la sexualidad y la vida, como así también el trabajo y la actividad económica (consecuencia del mandato de "dominar la tierra") son así bendecidos desde el origen. A partir de entonces, existe una vocación fundamental en cada persona a convertirse en sacerdote de la creación, contribuyendo a la transfiguración de este mundo.

Podemos preguntarnos: ¿Hago lo posible para que cada cosa que hago tenga a Dios en su origen y me conduzca más hacia Él?

"No conviene que el hombre esté solo" (Gn 2,18)

Cada persona es un ser de encuentro. De ahí que no convenga que esté sola. Salimos de nuestra soledad no sólo cuando estamos con otros, sino cuando nos encontramos. Y nos encontramos cuando nos autotranscendemos, cuando salimos de nosotros mismos y de nuestros intereses mezquinos.

Resulta interesante constatar que, en el relato, la multitud de animales y aves no resuelven el problema de la soledad humana. Hoy tenemos una gran sensibilidad ecológica, pero con esto no basta para que cada uno/a de nosotros/as viva feliz.

El anhelo de encuentro tiene un carácter interpersonal, y el más evidente, es el que se establece entre el varón y la mujer. Sin embargo, este encuentro tampoco sería posible, y no dejaría de convertirse en manipulación recíproca, si no existe un Tú trascendente que de amparo y sustento al mismo.

Podemos preguntarnos: ¿Hago un esfuerzo sincero por encontrarme con las personas con las cuales convivo?

"La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo" (Gn 3,1)

El relato de la creación se ve trastocado con la aparición de la serpiente, que entra en escena en actitud de sospecha interpelando a Eva: '¿Será tan así como Dios dice?'. Considerada como una personificación del demonio, "el más astuto de los animales del campo que el Señor había hecho" pone en tela de juicio el mandato divino y confunde la reflexión de la mujer, quien seducida por la curiosidad ("el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir discernimiento"), acaba cayendo en la trampa. Y así tanto a ella como a su marido "se les abrieron los ojos", "descubrieron que estaban desnudos" y, avergonzados, se escondieron de Dios. Lo que había comenzado como una bendición termina por convertirse en una pesadilla; la vida se trastoca realmente en muerte. Todo una metáfora de la modernidad europea, pero también de lo que puede acontecer en la vida de cada persona.

En ocasiones, este relato se interpretó atribuyéndole connotaciones meramente sexuales. Sin embargo, en el contexto de su época, el pasaje alude a la tentación que experimentaban los sectores ilustrados del pueblo hebreo por la sabiduría egipcia, a riesgo de apartarse de la Alianza con Yahveh. En su sentido más profundo, el texto nos advierte sobre el riesgo de una 'mayoría de edad' al margen de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿Soy capaz de poner un límite y ordenar mi curiosidad? ¿Tengo el hábito de discernir a qué me conducen verdaderamente las búsquedas e inquietudes personales?

"¿Dónde estás?" (Gn 3,9)

La pregunta decisiva que dirige Dios a Adán después de la caída es la más correcta: "¿Dónde estás?" (Gn 3,9). No se trata de inquirir por un lugar físico (v.g., aquí o allí), sino más bien existencial. La interpelación podría traducirse muy bien por un: '¿Dónde estás parado? ¿Dónde sustentás tu vida? ¿En torno a qué convicción fundamental hacés girar todo lo demás? ¿Qué es lo que ahora te define en cuanto existente?'

La respuesta de Adán es claramente evasiva: "La mujer que me diste...". Desplaza ingenua y tangencialmente el centro de atención, evita hacerse cargo, actúa irresponsablemente como un niño: 'Fue ella, Eva tiene la culpa'.

El Señor toma muy en serio nuestra libertad y sus consecuencias, ya que de esto depende nuestra personalización y el despliegue de nuestra originalidad creatural. De ahí que resulte tan importante hacernos cargo 'en serio' de nuestras decisiones...

Sexta Semana

“¡Feliz el que pone su confianza en el Señor!” (Jer 17,7)

1) “¡Maldito el hombre que confía en el hombre y busca su apoyo en la carne, mientras su corazón se aparta del Señor!”. La ‘carne’ es el hombre y lo humano en su fragilidad: confiar en esto es propio de necios. Por eso viene una metáfora adecuada para ese tipo de persona, enmarcada en un contexto de sequedad, aridez y esterilidad: “Él es como un matorral en la estepa que no ve llegar la felicidad; habita en la aridez del desierto, en una tierra salobre e inhóspita”. También el salmo 1 dice que los malvados son “como paja que se lleva el viento” (=no tiene arraigo), cuyo camino “termina mal” (=se pierde). El hombre que confía en la carne vive sin referencias ni horizonte firmes, y por eso, a la corta o a la larga, acaba consumiéndose a sí mismo en un dramático aislamiento existencial: ¿es un *looser* (=un perdedor)?

2) En cambio, “¡bendito el hombre que confía en el Señor y en Él tiene puesta su confianza!”, el que es capaz de ‘descentrarse’ e ir más allá de sí mismo, hacia Dios: esto es propio de sabios. También aquí llega la metáfora, llena de imágenes de vida, fecundidad y plenitud: “Él es como un árbol plantado al borde de las aguas, que extiende sus raíces hacia la corriente; no teme cuando llega el calor y su follaje se mantiene frondoso; no se inquieta en un año de sequía y nunca deja de dar fruto”. También aquí el salmo 1 va por el mismo lado: “¡Feliz el hombre que no sigue el consejo (=criterios) de los malvados, ni se detiene en el camino (=ética) de los pecadores, ni se sienta en la reunión (=participación) de los

impíos, sino que se complace en la ley del Señor y la medita de día y de noche (=siempre)!”: el salmo compara a este hombre con “un árbol plantado al borde de las aguas, que produce fruto a su debido tiempo, y cuyas hojas nunca se marchitan”. ¿Es éste el *winner* (=triunfador)?

3) Sin embargo, *visto desde el Evangelio*, estas reflexiones parecen ser demasiado ‘judeo-puritano-americanas’. En efecto, Jesús contrapone explícitamente la felicidad de los pobres, de los que ahora tienen hambre, de los que ahora lloran, de los que son odiados, excluidos, insultados y proscriptos en su nombre, a los ‘ayes’ fúnebres de los ricos, de los que ahora están satisfechos, de los que ahora ríen o de los que son elogiados. Esto es revolucionario, y la razón última se da en futuro: los primeros poseerán el Reino de Dios, serán saciados, reirán y tendrán una recompensa grande en el cielo; mientras que los segundos ya habrán tenido consuelo, pasarán hambre, conocerán la aflicción y las lágrimas, y serán equiparados a los falsos profetas. ¿Se trata de una reivindicación creíble?

Si somos honestos, en este momento de la reflexión no sabemos bien de qué lado ponernos. Los textos véterotestamentarios hacen referencia a una felicidad presente del justo, que sin embargo la experiencia de Job y de tantísimos otros (desde el mismo Jesús hasta los muertos de la *Shoá*) parecen desmentir. Jesús fue justo y comió con pecadores; Jesús fue justo y murió ignominiosamente crucificado. Es por eso que en su predicación habla de un Reino de los Cielos, y de una felicidad anclada en la esperanza. Es así que, “si Cristo no resucitó, la fe de ustedes es inútil y sus pecados no han sido perdonados”. O también: “Si nosotros hemos puesto nuestra esperanza en Cristo

solamente para esta vida, seríamos los hombres más dignos de lástima”.

4) Lo cierto es que la lógica evangélica sólo se sostiene *desde la fe en la resurrección del Señor*, de otro modo podríamos vernos tentados por el *carpe diem* (=aprovechar el día): si no existe una esperanza trascendente, ‘comamos y bebamos que mañana moriremos’. Si Cristo no resucitó, mejor es ser rico que pobre, reír que llorar, vivir saciado que con hambre, ser aprobado que excluido, dado que no habría espacio para que las experiencias adversas nutran la esperanza: hasta podrían llegar a ser éstas una irónica mueca del destino, o de un dios cruel y despiadado.

Más aún, si el evento de la resurrección del Señor no hubiese ocurrido, las bienaventuranzas serían verdaderamente ‘opio del pueblo’ (K. Marx), porque inhibirían las energías liberadoras de los menesterosos y postergados, y aportarían un ilusorio consuelo para los males presentes. Así, en términos de Nietzsche, el cristianismo sería una religión de siervos. Vivir la esperanza cristiana no es desentenderse de las situaciones de injusticia ni del propio desarrollo humano, sino más bien enmarcarlos en su justa perspectiva teológica, lo cual incluye el don y trasciende las soluciones o ‘recetas’ técnicas. Cuando la esperanza (=asociada al ‘don’ de ‘algo más’) se oscurece, también la alegría se apaga y los horizontes se achican. Cuando las respuestas a las búsquedas profundas del hombre ‘sólo’ provienen de la sociología, la economía y la política, que no dejan de ser ‘carne’, también la solidaridad real y la preocupación efectiva por el bien común disminuyen y desaparecen.

Podríamos preguntarnos: ¿En qué o en quién/es tengo puesta mi confianza? ¿En qué sentido es realista esperar tanto de esa/s

realidad/es o persona/s? ¿En qué sentido esa esperanza podría verse colmada, o en qué sentido nos podría acabar defraudando?

[Domingo VIº durante el año (C): Lc 6,12-26; 1 Co 15,12-20; Jr 17,5-8; Sal 1,1-6]

"Ante los hombres están la vida y la muerte" (Eclo 15,17)

No todo en la vida es azaroso. Las cuestiones humanas más decisivas tienen más bien que ver con el uso que hacemos de nuestra libertad: con cómo nos manejamos en la vida, los criterios y valores por los que optamos, las actitudes que asumimos y nos definen.

Al respecto, el libro del Eclesiástico nos advierte de modo contundente: "Ante los hombres están la vida y la muerte: a cada uno se le dará lo que prefiera" (Eclo 15,17). Algo análogo repropondrá Jesús, apelando también a nuestra responsabilidad moral (ver Mt 5,17-37).

La sabiduría consiste en elegir lo más atinado a cada momento: lo que más nos conduce a la vida, lo que mejor nos integra, lo que más nos dignifica. Éste es el "camino intachable" (Sal 118,1), estrecho por exigente, que conduce a la felicidad; animado por esa "sabiduría de Dios, misteriosa y secreta", revelada por medio del Espíritu (ver 1 Cor 2,6-10).

Podemos preguntarnos: ¿Qué tipo de actitudes priorizo en el uso que hago de mi libertad?

[Domingo VIº durante el año (A): Eclo 15,15-20].

"El Señor vio qué grande era la maldad del hombre en la tierra" (Gn 6,5)

La fuerza con que comienza la primera lectura de hoy, preludivando el mítico episodio del Diluvio, nos impacta: "El Señor vio qué grande era la maldad del hombre en la tierra y cómo todos los designios que forjaban su mente tendían constantemente al mal". Y añade el relato que "se arrepintió [Dios] de haber hecho al hombre sobre la tierra, y sintió pesar en su corazón".

En realidad, más que de un arrepentimiento divino, se trata de una constatación humana: en la época en que el pasaje fue escrito (hacia el 1000 a.C., durante el reinado del rey David), el autor sagrado percibe con hondura el poder del mal en la sociedad de su tiempo, tal vez de un modo análogo a como lo harán los célebres literatos ingleses C. Lewis o J. Tolkien en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, en referencia al nazismo.

El mal siempre estuvo presente en el corazón del hombre y acabó manifestándose en sus actos y estructuras sociales, incluso en modos aberrantemente aterradores. Pero los creyentes sabemos que el pecado también fue redimido, y que así como toda persona puede caer y de hecho cayó, del mismo modo puede desandar el camino equivocado y elevarse a una nueva condición en Jesucristo; para vivir con la dignidad de los hijos e hijas de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿Soy consciente de que también a mí el mal, el 'misterio de iniquidad', me afecta?

"Nunca más volveré a maldecir el suelo por causa del hombre" (Gn 8,21)

El texto de hoy constituye, por una parte, una solemne promesa de Dios: "Nunca más volveré a maldecir el suelo por causa del hombre". Pero también parece revelar una decisiva resignación suya: "Porque los designios del corazón humano son malos desde su juventud" (Gn 8,21). Es como si el Señor se viera obligado, casi de entrada en la historia salvífica, a incluir el principio de misericordia en referencia a la creación, y en concreto al hombre, ya que 'la cosa no da para más'...

De hecho, ésta es una línea de reflexión teológica que seguirá trabajándose y desplegándose a lo largo de toda la Sagrada Escritura: Dios es compasivo y misericordioso, tardo para la cólera y de gran piedad; cuyo amor se extiende para siempre. Este será un rasgo típico del Dios de la Alianza, lo cual se pondrá plenamente de manifiesto en Jesucristo. En Él se nos dará a conocer, decididamente, el Padre de las misericordias.

Podemos preguntarnos: ¿Qué imagen tengo de Dios?

"Sean fecundos, multiplíquense y llenen la tierra" (Gn 9,1)

El tiempo posterior al Diluvio se nos presenta como una nueva creación. El Señor no sólo bendice a la humanidad en Noé y sus hijos prometiéndoles que "los mortales ya no volverán a ser exterminados con las aguas del Diluvio" (Gn 9,11), sino que además les ordena: "Sean fecundos, multiplíquense y llenen la tierra" (Gn 9,1). Es decir, anima a la humanidad en germen a participar de su obra creadora. La fecundidad y el dominio progresivo de la

naturaleza son signos cada vez más elocuentes del señorío del hombre sobre la tierra.

Las fuerzas oscuras de la naturaleza siempre amenazaron al hombre, y el temor a sucumbir o ser aniquilados por pueblos más numerosos estuvo siempre presente en los antiguos clanes de la humanidad. La promesa del Señor, asociada a una incipiente Alianza, viene a revertir esa posibilidad tenebrosa y caótica, inspirando confianza y optimismo.

Podemos preguntarnos: ¿Me posiciono en la vida esperanzadamente, o más bien me focalizo en los aspectos negativos de la existencia?

"El Señor confundió la lengua de los hombres y los dispersó por toda la tierra" (Gn 11,9)

De acuerdo al relato en género mítico del Génesis, la multiplicidad de lenguas en el mundo se explica a causa de la soberbia de la humanidad, que intentando igualarse a Dios, procuró construirse una torre que llegara hasta el cielo. Detrás del episodio, está la crítica indirecta a la vida urbana: es en la ciudad donde se construyen edificios altos. Y la cultura prevalentemente rural y/o nómada del pueblo hebreo en los tiempos bíblicos disuadía de este estilo de vida.

Pero el relato es más profundo, porque detrás de la multiplicidad de lenguas subyace la división y dispersión del género humano. Las personas ya no pueden comunicarse, no se entienden y se confunden al momento de intentar hablar. El pasaje constituye una metáfora de las seculares incomprendiones y conflictos por los cuales fue atravesando y atraviesa la humanidad. En nuestros días,

también podríamos percibir cómo muchas veces el 'espíritu técnico' (Pío XII) divide y aísla a los hombres y mujeres, y perpetúa sus conflictos.

Podemos preguntarnos: ¿Hago lo posible por comunicarme con las personas con las cuales convivo? ¿Intento hablar un 'lenguaje' común?

"La fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven" (Hb 11,1)

Lo que se cree no se ve y viceversa. La fe presupone confianza en el dicente y en el contenido de lo que nos dice. Puede valerse de indicios, pero el creyente no tiene experiencia directa de aquello que acepta creyendo. De otro modo, lo que tendría sería conocimiento empírico. A diferencia de la fe puesta en alguna persona o realidad finita, Dios no puede engañarse ni engañar. De ahí que la fe religiosa tenga un carácter totalizante, y que por esto mismo pueda no quedar totalmente exenta de distorsiones o, incluso, aberraciones fundamentalistas.

Sin embargo, la ausencia de fe religiosa no suprime la dificultad, ya que en su defecto, esta misma búsqueda de absoluto acabaría inmanentizándose. Dicho en modo simple, terminaría por expresarse en referencia a un alguien o algo creado y limitado. Por ejemplo, en apego desordenado o exagerado a una persona o a la profesión, al dinero o a una ideología, etc.

Esta secularización o desplazamiento mundano de la fe puede resultar aún más dañino, ya que quita libertad interior y distorciona esa sana apreciación que deberíamos tener de lo real. Por eso es

bueno educarnos en una fe religiosa madura: la que nos abre a la esperanza, orientándose hacia el misterio decisivo de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿En qué o en quién creo? ¿Cuáles son mis convicciones decisivas? ¿En qué o en quién tengo puesta mi confianza de modo pleno?

Séptima Semana

“La medida con que ustedes midan también se usará para ustedes” (Lc 6,38)

1) Las lecturas nos confrontan con una de las exigencias humanas más decisivas pero también difíciles: la del perdón sincero manifestado en obras: “*Amen a sus enemigos*, hagan el bien a los que los odian. Bendigan a los que los maldicen, rueguen por los que los difaman”. Estas exigencias evangélicas tienden a generar en nosotros una cierta resistencia, cuando no un abierto rechazo. La razón de esta dificultad interior reside en que el agravio padecido tiende a herir nuestro sentido de dignidad: la acción injusta parece quitarnos, y de hecho nos quita, ‘algo’ personal o socialmente valioso. Y por eso la reacción natural con que tendemos a obrar es la de la ira, la venganza, o al menos la de una búsqueda de compensación justa a cambio del mal infligido.

Sin embargo, Jesús nos invita a ir más allá de esta comprensible reacción natural: ‘Errar es humano, perdonar es divino’, dice un sabio proverbio inglés. La grandeza del perdón ha sido comprendida y practicada por grandes líderes del siglo XX, como M. Gandhi o N. Mandela, que sin ser necesariamente

cristianos han descubierto su intrínseco potencial liberador, tanto individual como colectivo. El mismo Juan Pablo II perdonó a quien atentó contra su vida en 1981. Tenemos ejemplos opuestos y actuales en los que el resentimiento y afán de venganza promueven una escalada de violencia que se torna incontrolable, tanto entre sectores sociales y etnias como entre pueblos enteros en el plano internacional.

2) La grandeza del perdón se comprende, en última instancia, desde las mismas palabras de Jesús en la cruz: “Perdónalos, Padre, *porque no saben lo que hacen*” (Lc 23,34). En efecto, y sin saberlo quien lo inflige, el agravio denigra más al que lo produce que al que lo padece: pensemos, por ejemplo, en tantas formas de tortura física o psicológica llevadas a cabo en los últimos decenios. Por eso, para perdonar, hay que ponerse en cierto modo en el pellejo del otro, y comprender que él o ella aún no han descubierto su dignidad más profunda de hijo o hija de Dios. Pero para poder ir más allá de nosotros mismos hay que creer, simultáneamente, que nuestra dignidad y honra más profundas son salvaguardadas por Dios mismo: y esto más allá de las circunstancias que parecen amenazarlas, poniéndolas dramáticamente en jaque. Sólo si estamos convencidos de que lo mejor y más decisivo de nosotros mismos está a seguro resguardo podremos abrirnos y considerar compasivamente la situación del otro/a.

Además de esta consideración, las razones para poner en práctica el perdón son variadas y complementarias. “Hagan por los demás lo que quieren que los hombres hagan por ustedes”. Todos podemos equivocarnos en la vida o cometer injusticias en algún momento, y quisiéramos tener la posibilidad de resarcirnos de nuestros desvíos, aún en el caso de situaciones graves,

desconcertantes e incomprensibles. Sin embargo, el argumento más profundo y decisivo sigue siendo que “el Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia”. Este es el motivo por el que Jesús puede decir a sus discípulos: “Sean misericordiosos como el Padre de ustedes es misericordioso”. Nuestra dignidad más profunda se manifiesta cuando hacemos lo que Dios hizo en Jesús, mostrándonos el sentir profundo del Padre.

3) Existe una proporcionalidad entre el modo en que tratamos a los demás y la manera en que nosotros mismos seremos tratados: “Porque *la medida con que ustedes midan también se usará para ustedes*”. El mismo David, cuando pudiendo hacerlo no quiso matar a su enemigo Saúl, estaba convencido de que “el Señor le pagará a cada uno según su justicia y su lealtad”. Sin embargo, perdonar no resulta fácil, y solamente con nuestra disposición humana no basta. Necesitamos una ayuda de lo alto para purificar nuestra memoria, para no dejarnos abatir por la ofensa o asumir actitudes agresivas contrarias a la caridad. Para todo esto necesitamos ser asistidos por la gracia del Espíritu. De ahí la promesa de Pablo: “De la misma manera que hemos sido revestidos de la imagen del hombre terrenal, también lo seremos de la imagen del hombre celestial”.

Podemos preguntarnos: ¿Conservo algún resentimiento en mi memoria? ¿Qué obstáculos encuentro al momento de perdonar de corazón? ¿Qué pasos puedo dar para avanzar en la búsqueda de una sanación profunda?

[Domingo VIIº durante el año (C): Lc 6,27-38; 1 Sam 26,2-23;
Sal 102,1-13; 1 Cor 15,45-49]

"Ustedes serán santos, porque Yo, el Señor su Dios, soy santo" (Lv 19,2)

Siguiendo con la opción de focalizarme durante estas semanas principalmente en las primeras lecturas de cada día, destaco en la liturgia de este domingo la exhortación ética fundamental dirigida por Yahveh a su pueblo, a modo de máxima: "Serán santos, porque Yo, el Señor su Dios, soy santo" (Lv 19,2). Si el hombre, varón y mujer, fue creado a imagen de Dios, en cierto modo está llamado a 'ser como Dios'. Esa semejanza tendrá que buscarla no tanto en el poder de autodeterminación y/o conocimiento, sino más bien en la santidad de vida: esto es lo que verdaderamente lo dignifica.

La santidad de vida excluye todo lo que no se corresponda con el sentir de Dios, comenzando por el odio al hermano (ver Lv 19,17), o la profanación del templo de Dios, que es la vida y misterio del Espíritu en cada persona (ver 1 Co 3,16). Pero en la lógica del seguimiento de Jesús, el llamado a ser santo/as también nos invita a ir más allá del "ojo por ojo y diente por diente" (ver Mt 5,38-40).

Podemos preguntarnos: ¿Me tomo en serio el llamado a ser santo/a?

[Domingo VIIº durante el año (A): Lv 19,1-2.17-18].

"Si te decides a servir al Señor, preparar tu alma para la prueba" (Eclo 2,1)

El camino de la vida no es sencillo, tampoco para el creyente. En especial si se quieren hacer las cosas bien, la cuesta se hace sentir. "Endereza tu corazón, sé firme, y no te inquietes en el

momento de la desgracia", "acepta de buen grado todo lo que te suceda, y sé paciente en las vicisitudes de tu humillación".

El corazón, la voluntad y la esperanza se fortalecen y consolidan a partir de la adversidad y las dificultades. Sólo quien decide sobreponerse a ellas con entereza unificará sólidamente su vida en el Señor...

Podemos preguntarnos: ¿Qué actitud tomo frente al conflicto y aridez de la vida?

"La sabiduría encumbra a sus hijos" (Eclo 4,11)

Existe una estrecha vinculación entre sabiduría y dignidad: la primera consolida la segunda, eleva a lo mejor de sí mismo, confiere calidad de vida, ilumina el sendero. En cambio, la persona necia se degrada, y termina por no vivir bien: su camino se pierde. Este tipo de reflexión es típico de la literatura sapiencial, bíblica o extrabíblica, que intenta hacer recapacitar al desprevenido, y confirmar al justo en el camino emprendido. Tiene una vertiente didáctica: es la palabra del padre o del maestro dirigida al joven inexperto.

Es cierto que las cosas no son blancas o negras en la vida, y que el discernimiento sapiencial no es sencillo. Pero intentar caminar de todo corazón a la luz de la sabiduría ofrecida por la Palabra, hará que el itinerario de nuestra existencia se vaya articulando mejor, y con mayor y más gozoso sentido teologal.

Podemos preguntarnos: ¿Busco apasionadamente la sabiduría?

"No te fíes de tus riquezas" (Eclo 5,1)

Una de las tentaciones más sutiles que nos asedian es la de la presunción. El presumido piensa ya haber alcanzado la plenitud por anticipado, sin recabar que aún le queda un largo trecho hasta alcanzar la bienaventuranza definitiva en el cielo. Y de este modo, se torna autosuficiente. Una de las expresiones más representativas de esta presumida autosuficiencia es la idolatría del dinero, que invita a razonar del siguiente modo: 'Porque tengo, puedo. Y si puedo, ya no necesito de nadie'.

El relato sapiencial de hoy, tomado del libro del Eclesiástico, nos advierte con sobrado fundamento: "No te fíes de tus riquezas". Tener no es suficiente para asegurar la felicidad, la vida, o ninguna realidad verdaderamente valiosa que la despliegue. Por el contrario, las riquezas (con su diversificada expresión de capitales económico, intelectual, estético, social, político, etc.) son capciosas: en ocasiones defraudan nuestras expectativas, ya que nos hacen poner el corazón donde verdaderamente no está a buen resguardo, absolutizando lo que es relativo...

Podemos preguntarnos: ¿De qué o de quién me fío realmente?

"Un amigo fiel es un bálsamo de vida" (Eclo 6,16)

Uno de los principales desafíos de nuestro tiempo es el de lograr establecer vinculaciones de confianza. La vida agitada hace que las relaciones se desenvuelvan, en todos los niveles, de forma precaria. Y en el contexto de una cultura 'light' del descarte, incluso se prefiere este tipo de asociaciones sin demasiado compromiso: se piensa que 'patinar rápido sobre hielo resquebradizo' (Z. Bauman) es la opción más conveniente en 'tiempos líquidos'.

Sin embargo, las personas tenemos necesidad de referencias 'sólidas'. Promoverlas lleva tiempo y no se improvisa. En el fondo, los vínculos profundos y estables son siempre un don que debe ser acogido con gratitud y cultivado con empeño. "Un amigo fiel no tiene precio, no hay manera de estimar su valor. Un amigo fiel es un bálsamo de vida, que encuentran los que temen al Señor" (*Eclo* 6,15-16).

El Evangelio constata la fragilidad del matrimonio y remite, en boca de los discípulos, a la posibilidad del divorcio: "¿Es lícito al hombre divorciarse de su mujer?" (*Mc* 10,3). La respuesta de Jesús es contundente: "Los dos serán una sola carne. Que el hombre no separe lo que Dios ha unido" (vv.9-10). Amenazado por la precariedad de los vínculos, el matrimonio indisoluble se inscribe, en el plan de Dios, dentro del hallazgo del amigo/a fiel, bálsamo de vida, de valor inestimable, del que nos habla el Eclesiástico...

Podemos preguntarnos: ¿Agradezco y cultivo el don de la amistad? Si estoy casado/a, ¿inscribo mi vida matrimonial como un modo particular e irreplicable de esta misma experiencia?

"Los caminos de los hombres están siempre ante Él" (*Eclo* 17,15)

Vivimos en la presencia de Dios y nada de lo que nos acontece escapa a su mirada. Esto tiene consecuencias ambivalentes en nuestra propia psicología religiosa.

1) Una *interpretación negativa*, la del filósofo Nietzsche, consistiría en pensar que entonces no somos libres: si Dios existe y nos controla, si es ese ojo sin pupila ni rostro que todo lo observa, entonces no podemos ser nosotros mismos. Y consecuentemente,

no seremos felices hasta que no lo matemos. Es el ABC del ateísmo postulatorio (=Dios no debe existir).

2) La otra *interpretación es más liberadora y sanadora*. Va en la línea del texto del Eclesiástico: Dios "creó al hombre de la tierra", "puso bajo su dominio las cosas de la tierra", "hizo que todos los vivientes lo temieran", "le dio una lengua, ojos y oídos", "colmó a los hombres de saber y entendimiento", "les infundió su propia luz", "les dio como herencia una Ley de vida", etc.

De acuerdo a esta segunda interpretación, si la vida es un don, es justamente porque hemos sido creados: Dios nos cuida, guía y protege; es su amor providencial el que nos libera del propio temor creatural; en su presencia, estamos a salvo. Pero para mirar las cosas de este modo, tenemos que escuchar lo que nos dice Jesús en el Evangelio: "El que no recibe el Reino de Dios como un niño no entrará en él" (Mc10,15). Y como los niños, tendremos que permitirle al Señor que sea Él quien nos 'abraza', 'bendiga' e 'imponga las manos' (v.16).

Podemos preguntarnos: ¿Qué imagen tengo de Dios? ¿Cuál es mi actitud ante Él? ¿Cómo repercute esa imagen y esa actitud en mí como persona?

Octava Semana

"¿Se olvida una madre de su criatura?" (Js 49,15)

Las lecturas nos invitan a confiar en la amorosa providencia de Dios con elocuentes metáforas y comparaciones, superlativas y

contundentes, tomadas de la experiencia humana y de la naturaleza:

1) "¿Se olvida una *madre de su criatura*, no se compadece del hijo de sus entrañas? ¡Pero aunque ella se olvide, yo no te olvidaré!" (*Is 49, 15*).

2) "Miren los *pájaros del cielo*: ellos no siembran ni cosechan, ni acumulan en graneros y, sin embargo, el Padre que está en el cielo los alimenta. ¿No valen ustedes acaso más que ellos?" (*Mt 6,26*).

3) "Miren los *lirios del campo*, como van creciendo sin fatigarse ni tejer [...]. Si Dios viste así la hierba de los campos [...], ¡cuánto más hará por ustedes, hombres de poca fe!" (*Mt 6,28.30*).

En todos los tiempos las personas hemos temido lo inesperado, lo no controlable, el futuro, el acaso... Este temor es expresión de nuestra condición finita, creatural. El contrapartida, el Señor nos invita a 'confiar' en Él como única e inconvencible "Roca salvadora": "Sólo en Dios descansa mi alma" (*Sal 61,2*).

Podemos preguntarnos: ¿Confío en la providencia de Dios, y en que más allá de lo ahora me acontece, existe en el corazón del Padre un misterioso 'para qué'?

[Domingo VIIIº durante el año (A): Is 49,14-15; Mt 6,24-34].

"Apártate de la injusticia y odia profundamente toda abominación" (*Eclo 17,26*)

El Señor siempre nos está esperando. Incluso antes de la venida de Jesús al mundo, la misericordia de Yahveh era un atributo tan importante como su justicia: el Dios de la Alianza es

justo y misericordioso, lento para la cólera y rico en piedad. Eso significa que podemos cambiar, que nuestra vida puede ser mejor, que siempre estamos a tiempo de volver y experimentar su perdón. Pero para eso tendremos que abandonar toda injusticia y abominación, lo cual tiene connotaciones no sólo culturales, sino sobre todo sociales.

Sólo este propósito sincero de conversión, y la consiguiente reconciliación profunda ofrecida generosamente por el Señor, nos permitirán elevarnos a lo mejor de nosotros mismos, a nuestra condición de hijos e hijas de Dios. Sin esta sanación profunda, expresión de la compasión divina, nuestras vidas heridas continuarán a la deriva.

Podemos preguntarnos: ¿Confío y me abro a la misericordia del Señor?

**"Observar la Ley es como presentar muchas ofrendas"
(Eclo 35,1)**

Aún hoy, para los judíos ortodoxos, observar la Ley significa mantenerse y vivir en la presencia de Dios. Y ya hacia el siglo III a.C., a los ojos de Dios esto era tan o más valioso que presentar muchas ofrendas en el Templo de Jerusalén. De hecho, para el tiempo en que fue escrito el libro del Eclesiástico, el primer Templo había sido destruido.

De este modo, el estudio y práctica de la Ley hebrea, de día y de noche, en todo momento, promovido y cultivado celosamente por unos laicos piadosos conocidos con el nombre de fariseos, acabará por reemplazar las antiguas inmolaciones de animales cebados que debían realizarse en el Santuario.

También Jesús hablará con la mujer samaritana de un nuevo culto, en espíritu y verdad, ya no asociado ni a Jerusalén ni a Garizim. Es decir, un culto centrado en el modo de posicionarse y vivir en presencia del Señor, atento a la calidad y profundidad del amor, asociado a un talante más moral que celebrativo.

Podemos preguntarnos: ¿Mi oración se corresponde con la vida? La liturgia que celebramos, ¿es verdaderamente culto a Dios en espíritu y verdad?

"Que todos los que viven en la tierra reconozcan que Tú eres el Señor" (Eclo 36,17)

La vida de cada uno de nosotros está llamada a convertirse en culto grato a Dios, para que "todos los que viven en la tierra reconozcan que Tú eres el Señor" (Eclo 36,17). Esto puede sonarnos un poco 'pietista', pero es la clave de nuestra propia felicidad. El verdadero culto que Dios anhela es el de nuestra propia santidad de vida: una vida impregnada de amor a Dios y al prójimo, transfigurada por la acción del Espíritu Santo.

Sin embargo, la maduración de un estilo de vida así no está exento de pruebas. Esto es lo que tanto costó entender a los discípulos de Jesús, incluso cuando Él les hablaba de que el Hijo del hombre debía padecer mucho. El culto grato a Dios no es tanto el que se celebra en grandes y pomposos templos, donde acaba primando la lucha por los primeros puestos, sino más bien el que gira en torno al "cáliz que Yo beberé", subiendo a Jerusalén (ver Mc 10,32-45).

Podemos preguntarnos: ¿Es mi vida un testimonio viviente de la vida de Jesús y de la presencia transfiguradora del Espíritu?

"¿Quién se saciará de ver su gloria?" (Eclo 42,25)

Cuando ayer regresaba del cine, después de haber visto "*El cisne negro*" dirigida por Darren Aronofsky, pensaba: la perturbación experimentada por la bailarina tuvo su origen en el haber idolatrado, narcisistamente, la búsqueda de una perfección artística que en realidad sólo sería válidamente atribuible a Dios. Una pretensión humana semejante no puede no destruir a la persona.

Creo que esa fue la gran ceguera de la cultura moderna, que centrada en la calidad objetiva de la obra de arte entendida como producto estético, se acabó olvidando del más necesario ennoblecimiento subjetivo de las personas que participaban de semejante experiencia humano-espiritual.

En contrapartida, son muchas las ocasiones en las que los relatos bíblicos nos invitan a sorprendernos de la belleza y sabiduría que el Señor revela en la creación (ver *Sal* 8; *Jb* 38-39; *Sb* 13; *Rom* 1). La misma se convierte en un icono de la magnificencia divina, ya que es justamente el esplendor de las criaturas, y en particular la del varón y la mujer recién salidos de las manos de Dios (ver *Gn* 2,23), lo que nos remite agradecida y extasiadamente al Creador.

Sin embargo, existe un riesgo, tanto en la apreciación estética de la naturaleza como también en las plasmaciones artísticas que expresan la cultura humana: la de idolatrar lo que es finito y limitado. Es así que el ídolo, más que remitirnos al encuentro con el Señor, lo imposibilita: porque nos encandila, nos aleja; deja de transparentar la presencia trascendente que anima y sostiene al

icono. El ídolo es opaco, falto de luminosidad esperanzada: por eso puede resultar trágico.

Podemos preguntarnos: ¿Soy capaz de descubrir la gloria de Dios a través de las creaturas, y más en concreto, de las expresiones de arte?

"Elogiemos a los hombres ilustres, a los antepasados de nuestra raza" (Eclo 44,1)

Llamamos 'clásico' a lo que perdura, y perdura porque en su tiempo algo o alguien logró expresar o vivir valores universales, los que son válidos siempre y en todas partes. Es así que seguimos escuchando a W. A. Mozart, leyendo el Don Quijote de Cervantes, admirando el genio de Aristóteles, la belleza de la Gioconda o la poesía de Juan de la Cruz.

De modo análogo, "hombres ilustres" son "los hombres de bien", quienes de algún modo han permanecido en la memoria colectiva y siguen inspirándonos en nuevas coyunturas: "su descendencia permanecerá para siempre, y su gloria no se extinguirá". No son como esos otros "que cayeron en el olvido y desaparecieron como si no hubieran existido".

Para los cristianos, esas personas clásicas e ilustres son los santos y santas: canonizados o no, "su descendencia se perpetúa" porque una "rica herencia procede de ellos". Son quienes supieron encarnar, en las circunstancias históricas que les tocó vivir, los valores evangélicos; y dieron respuesta desde ellos a los desafíos que se les fueron presentando. Por eso siguen 'estando': porque 'honraron la vida' ofrendándola...

Podemos preguntarnos: ¿Qué santos y santas me siguen inspirando y movilizando en orden a perdurar 'para la vida eterna'?

"¿Qué debo hacer para heredar la Vida eterna?" (Mc 10,18)

Un hombre se acerca a Jesús para preguntarle qué debe hacer para heredar la Vida eterna, o dicho en otros términos, para ser feliz: no de un modo precario y superficial, sino definitivo y profundo.

Es de notar que el Señor no se apura en la respuesta. Primero invita al cumplimiento de los mandamientos, y sólo cuando emerge en ese hombre –que los había puesto en práctica desde su juventud– el deseo de 'algo más', es que el Maestro le habla de vender todo, darlo a los pobres y seguirlo (ver Mc 10,21).

En definitiva, la vida plena es consecuencia de una existencia planteada en clave de donación. Lo que nos hace felices es percibir con gratitud que, en última instancia, todo nos ha sido dado; y que por eso mismo estamos llamados a vivir en gratuidad, superando la mera lógica de lo estrictamente preceptuado. Cuando obramos así, nuestro ser 'revive'; en cambio cuando nos atenemos a una moral de mínimos, quedamos insatisfechos y nuestro semblante se entristece.

Podemos preguntarnos: ¿Vivo en la lógica de los mandamientos o en clave de gratuidad? ¿Estoy dispuesto a poner en práctica una autotranscendencia que me lleve un poco más allá de lo estrictamente exigido?

"María partió y fue sin demora" (Lc 1,39)

Hoy la Iglesia Católica celebra la memoria de *María Madre de la Iglesia*. Ella, que había permanecido de pie junto a la cruz (ver *Jn* 19,25-27), aparece ahora reunida con los Once y algunos hermanos de Jesús en oración, en vísperas de Pentecostés (*Hch* 1,12-14).

De este modo, María precede a la comunidad de creyentes: habiendo recibido primera el Espíritu en el momento de la Anunciación, intercede por ello/as para que ese mismo Espíritu sea derramado generosamente en la Iglesia naciente. Y así como participó con fortaleza de la cruz de su Hijo, avanzando como peregrina en la fe, ahora sostiene con su intercesión maternal al pueblo de Dios que "camina entre las tribulaciones del mundo y los consuelos de Dios" (San Agustín de Hipona).

En María la Iglesia ya alcanzó su perfección, nos recuerda la Constitución Conciliar *Lumen Gentium*, en su capítulo VIII. Como hija predilecta del Padre, templo del Espíritu y Madre de Dios, la Iglesia hace en ella plena experiencia de su procedencia y destino trinitario. Por su parte, su Concepción Inmaculada y Ascensión gloriosa, prerrogativas asociadas a la Maternidad Divina, revelan la santidad de la Iglesia, a la que cada bautizado/a en particular está llamado/a.

María es arca de la Nueva Alianza llevando en sus entrañas a Jesús, ese Nuevo Pacto que cada uno/a de nosotros/as está llamado a interiorizar y vivir en la fe. Siguiéndolo como verdadera discípula y llevándolo con prontitud y entusiasmo a casa de su prima Isabel, se convirtió en imagen icónica para todo el pueblo de Dios, llamado al discipulado misionero. Presente en Caná para asegurar el vino

nuevo de los esposos, se convirtió también para nosotros en causa de alegría y motivo cierto de esperanza.

Podemos preguntarnos: ¿Qué significa María en mi vida? ¿En qué sentido estimula y consolida mi fe, como discípulo/a misionero/a?

La prontitud de María para visitar a su prima Isabel, contarle la Buena Nueva de su futura maternidad divina y asistirle en los últimos meses de su embarazo, se condicen con la prontitud de la Iglesia, animada por el Espíritu de Pentecostés, para llevar a los hombres el mensaje de salvación. La Visitación de María se corresponde con el inicio de la evangelización. María misma es 'estrella de la Evangelización'.

Llama la atención la expresión "sin demora": sólo lo muy importante no puede esperar; lo que de todos modos se difundiría por su propio peso y significado; lo que de otro modo se convertiría en 'secreto a voces'. También los pastores irán sin demora a Belén (ver *Lc 2,16*), o las mujeres anunciarán del mismo modo la resurrección del Señor (ver *Mt 28,8*).

En nuestra vida tendemos a priorizar lo que juzgamos verdaderamente importante. Ésas son las cosas que no pueden esperar, y a las que en serio les dedicamos tiempo. Lo demás puede esperar, e incluso quedar 'cajoneado', aguardando mejor suerte. Lo que verdaderamente nos apasiona y moviliza es lo que en serio vertebra nuestras prioridades.

Podemos preguntarnos: ¿Doy prioridad en mi vida a la evangelización, al anuncio testimonial de Jesucristo? ¿Lo hago 'ungido por el Espíritu', con disponibilidad y prontitud, o como diría

la exhortación apostólica 'Evangelii Nuntiandi', con 'el fervor de los santos'?

"Recibirá ahora cien veces más" (Mc 10,30)

Al afirmar "ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido", Pedro manifiesta cierta necesidad de aprobación por parte de Jesús, o incluso el temor inconsciente de haber dejado más de lo conveniente por seguirlo, sin obtener, en contrapartida, algo que retribuya su abnegado desprendimiento (ver Mc 10,28). El Señor, que 'pesca al vuelo' lo que el discípulo andaría pensando, le hace ver que nadie que haya dejado personas cercanas o bienes significativos, a causa del Reino, quedará sin recompensa: en la vida presente recibirá cien veces más con persecuciones; pero además heredará la vida eterna (vv.29-30).

Es una constatación final de cada creyente que cuando nos animamos a vivir 'en serio' el desprendimiento, somos colmados a cambio con nuevas riquezas: dones, vínculos, bienes, vivencias, oportunidades, etc., que son capaces de hablarnos del amor de Dios de un modo muy elocuente y concreto. Esta experiencia sólo es posible si prima en el/la creyente una actitud básica de 'desapropiación' (J. Garrido), ya que la codicia mezquina es la que en realidad nos impide ver el don multiplicado.

Es cierto que esta desapropiación cuesta. Supone afrontar con realismo las exigencias de la vida, trascender inclinaciones naturales, afrontar la oposición del 'mundo' (en el sentido peyorativo que le da el Evangelio de Juan), y perseverar en la esperanza 'pese a todo'. Sin embargo, es la mediación de estas "persecuciones" lo

que finalmente nos lleva a constatar que hemos recibido más de lo que hubiéramos imaginado de antemano.

Podemos preguntarnos: ¿Vivo el seguimiento de Jesús en actitud de radical desapropiación? ¿Doy gracias a Dios por el don inédito que aflora cuando asumo generosamente una renuncia a causa del Reino de Dios?

"Comenzó a ver y lo siguió por el camino" (Mc 10,52)

Los Evangelios están llenos de signos que realiza Jesús. Por medio de ellos se muestra la irrupción de un nuevo orden de cosas: el advenimiento del Reino de Dios. Por eso siempre detrás de una curación existe también un simbolismo humano-espiritual. En este caso, Jesús cura a Bartimeo, un mendigo ciego que "estaba sentado junto al camino" (ver Mc 10,46-52). Su ceguera le impedía descubrir la riqueza de la vida: es una metáfora de la falta de fe; mientras que su actitud de postración, muestra su incapacidad de comprometerse a fondo con la existencia. Detrás de la ceguera y postración de Bartimeo tal vez podamos vernos reflejados también nosotros.

Sin embargo, advertimos que el ciego algo hace: llama a Jesús insistentemente. Es interesante notar que Jesús podía más que imaginar lo que el enfermo necesitaba, y no obstante esto le pregunta: "¿Qué quieres que haga por ti?". El Señor quiere evitar la pasividad de su interlocutor, y lo invita a implicarse activamente en su propia curación. Jesús no reparte dádivas milagreras despersonalizantes, sino que más bien ayuda a crecer, posibilitando una nueva mirada de las cosas a la luz de la fe.

La respuesta de Bartimeo es contundente: "Comenzó a ver y lo siguió por el camino" (Mc 10,52). Es decir, se convirtió en creyente y discípulo del Maestro. Y de este modo comenzó para él una nueva vida...

Podemos preguntarnos: ¿De qué ceguera necesito ser sanado? ¿Invoco al Señor con insistencia, como Bartimeo? ¿Qué me falta para imitar su prontitud discipular al momento de seguir a Jesús por el camino de la vida?

"Tampoco yo les digo con qué autoridad hago esto" (Mc 11,33)

Jesús acaba de hacer un signo contundente con los comerciantes y cambistas del Templo (ver Mc 11,15-19). Esto nos llama la atención a todos, ya que los primeros eran necesarios para que los sacrificios de los animales prescritos por la Ley fueran posibles: nadie iba a venir a Jerusalén con sus propios animales de lugares remotos, además de exponerse a que no cumpliesen los requisitos legales para ser inmolados como sacrificios válidos. Por otra parte, como no estaba permitido utilizar dinero del César, los cambistas eran los encargados de ofrecer monedas de 'curso legal' en el Templo.

Sin embargo, cuando a Jesús le pregunten con qué autoridad hace esto de derribar puestos y mesas (ver Mc 11,27-33), el Señor se escapará por la tangente respondiendo con otra pregunta: "Les voy a hacer una pregunta y, si me contestan, les diré con qué autoridad hago esto". Y dado que los sumos sacerdotes, letrados y ancianos no le responderán si el bautismo de Juan era cosa de Dios

o de los hombres, Él tampoco les dirá con qué autoridad hizo lo que hizo.

No será la única vez que Jesús se escabulla cuando lo pongan 'entre la espada y la pared', sobre todo el grupo de personas religiosas recientemente elencadas: cuando le pregunten sobre la conveniencia de pagar el impuesto debido al César (ver *Mc* 12,13-17); sobre la resurrección de los muertos (ver *Mc* 12,18-27) o sobre el mandamiento principal de la Ley (ver *Mc* 12,28-34).

La actitud de Jesús en todas estas circunstancias nos recuerda que sus discípulo/as debemos ser "mansos como palomas y astutos como serpientes" (*Mt* 10,16). Por eso, no siempre es bueno decir todo: una cosa es mentir, y otra no ofrecer la verdad en circunstancias que de por sí no la merecen, o donde esta verdad no será suficientemente apreciada, o cuando incluso será manipulada dolosamente. Muchas veces el mero 'signo' da más 'qué pensar' y 'que pensar' que la misma la palabra...

Podemos preguntarnos: ¿Busco que los gestos que realizo en mi vida (de cristiano/a) sean suficientemente elocuentes de por sí? ¿Sé esperar el momento adecuado para decir la palabra oportuna?

Novena Semana

“He pecado contra el Señor” (2 Sam 12,13)

1) La primera lectura (2 *Sam* 12,7-13) nos presenta la respuesta del Señor al conocido pecado de *David*, por medio del profeta Natán: “¿Por qué has despreciado la palabra del Señor, haciendo lo que es malo a sus ojos? ¡Tú has matado al filo de la

espada a Urías, el hitita! Has tomado por esposa a su mujer, y a él lo has hecho morir bajo la espada de los amonitas”. Sin embargo, porque David reconoció su falta y se arrepintió (“¡He pecado contra el Señor!”), el Señor lo perdonó (“No morirás”).

No es fácil abrirse al perdón, porque resulta difícil reconocer que nos hemos equivocado o, sobre todo, que hemos pecado. Existe en cada uno/a de nosotros/as una tendencia defensiva que nos impulsa a la autojustificación, y que se nutre de una esmerada defensa narcisista del propio yo. Con este escenario de fondo, reconocer una falta sería tornarse vulnerable. Pero esta misma cerrazón impide que el Señor entre en nuestra vida y nos renueve por dentro. En este sentido, el salmo 31 canta la felicidad del “que ha sido absuelto de su pecado y liberado de su falta”, de aquél que la reconoció y no escondió su culpa: “¡Tú perdonaste mi culpa y mi pecado!”.

2) El Evangelio nos muestra a *Jesús* comiendo en casa del fariseo Simón. En eso entra una mujer de mala vida que “se puso a llorar a los pies de Jesús y comenzó a bañarlos con sus lágrimas”, a secarlos con sus cabellos, cubriéndolos de besos y ungiéndolos con perfume. Ante el mal pensamiento de Simón (“Si este hombre fuera profeta, sabría quién es la mujer que lo toca y lo que ella es: ¡una pecadora!”), Jesús le hace ver que “aquél a quien se le perdona poco, demuestra poco amor”. En cambio ella, “porque sus numerosos pecados le han sido perdonados”, “demuestra mucho amor”.

La ecuación es fácil de comprender. De hecho, en el Evangelio de Lucas, una condición básica para ser salvados e iniciar un verdadero discipulado es la de haber experimentado humildemente la misericordia de Dios (por ejemplo, *Lc* 8,43ss; 15,24ss; 19,9ss).

Es así que en la misma selección evangélica de este domingo, a Jesús lo acompañaban no sólo los Doce, sino también “algunas mujeres que habían sido sanadas de malos espíritus y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, esposa de Cusa, intendente de Herodes, Susana y muchas otras, que los ayudaban con sus bienes”. Probablemente, la vida de todas ellas habría producido un vuelco significativo después de haber conocido, en Jesús, la misericordia del Padre.

3) La razón por la que sólo quien experimenta esta *misericordia* está en condiciones de convertirse en discípulo, es que la misma revela el sentido profundo de la gracia divina: que “el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo”. Este fue el gran descubrimiento de Pablo, que a partir de la revelación en él del Hijo, pasa a considerar basura todo lo anterior, y a vivir “en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”. Sólo el amor gratuito y misericordioso nos revela la amabilidad intrínseca del propio ser: sólo esta clase de amor es capaz de confirmarnos en el valor original que cada uno/a de nosotros/as tiene como hijo/a de Dios: para que, en definitiva, podamos vivir como tales.

Podemos preguntarnos: ¿Reconozco en mí la acción misericordiosa del Señor? ¿Me abro a este amor generoso de Dios confesando mis pecados? ¿Cultivo esta misma actitud compasiva para con los demás? ¿Soy capaz de ofrecer un perdón sincero a quien me ha ofendido?

*[Domingo IXº durante el año (C): Lc 7,36-8,3; 2 Sam 12,7-13;
Sal 31,1-11; Gal 2,16-21]*

"Graben estas palabras en lo más íntimo de su corazón" (Dt 11,18)

Grabar palabras, experiencias o acontecimientos en el corazón es en cierto modo *learn them by heart*. Es fácil constatar que tendemos a recordar lo que nos resulta significativo, y que más bien olvidamos lo que apenas ha rozado nuestras vidas tangencialmente. El Señor nos pide que acojamos sus palabras *by heart*, de corazón; que en tiempo bíblicos era el centro más profundo y decisivo de una persona. Allí se meditaban y pergeñaban los planes más ocultos y propios del hombre. De ahí que la Ley de la Primera Alianza no fuese meramente formal, sino sobre todo 'cordial' [=cor, cordis: corazón].

Los Padres de la Iglesia denominaban *logismoi* a los pensamientos profundos y entrañables de cada persona: los que salían del corazón en el sentido bíblico recientemente explicado. Es en el plano de los *logismoi* en donde cabía el discernimiento. En efecto, es allí, antes que en los actos externos, donde se decide la calidad con que cada uno/a edifica su vida (ver Mt 7,24-27): si la misma se yergue a partir del sólido fundamento de la Palabra divina, que porta bendición; o si más bien se ejecuta apresurada e irresponsablemente sobre las maldecidas arenas de la gratificación fácil, el esnobismo consumista o el autoendiosamiento narcisista.

Podemos preguntarnos: ¿Qué es lo que habitualmente conservo y medito en lo profundo de mi corazón, como fundamento para la construcción de mi existencia?

[Domingo IXº durante el año (A): Dt 11,18.26-28.32; Mt 7,21-27].

"No es un Dios de muertos, sino de vivientes" (Mc 12,27)

A lo largo de la vida estamos llamados a reconvertir permanentemente nuestra imagen de Dios. Una representación equivocada, o simplemente limitada o parcial de la divinidad, puede conducirnos tanto a una percepción ilusoria como a un antagónico agnosticismo o ateísmo militante. De hecho todo lo que de Dios podamos decir, siempre será escueto y provisorio. De ahí que pasar del ídolo al icono en nuestro imaginario psico-espiritual sea un desafío permanente.

En el pasaje de *Mc 12,18-27* se plantea el problema de la resurrección de los muertos. Sin embargo se lo hace desde la experiencia más limitada que nosotros tenemos en la vida presente: si una mujer se casa y enviuda siete veces, ¿de quién será esposa cuando resuciten los muertos? Así como toda representación de Dios es limitada, también lo que nosotros podamos proyectar sobre la vida futura será limitado. Hay que dejarse conducir por otra lógica para ingresar en el ámbito de la promesa: porque "somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos" (1 *Jn 3,2*).

Lo cierto es que Dios "no es un Dios de muertos, sino de vivientes" (*Mc 12,27*); que quiere para los suyos una vida en plenitud. Su promesa es un siempre más, que no queda limitado por nuestra restringida percepción de las cosas, ni por los escuetos horizontes de nuestros deseos. De ahí que lo mejor sea, particularmente para los cristianos, pensar en clave de inédita esperanza: "Aquello que nadie vio ni oyó es lo que Dios tiene pensado para aquellos que lo aman" (1 *Cor 2,9*). Es, en definitiva, lo que se manifestará en el Día o Parusía de Nuestro Señor Jesucristo (ver 2 *Tim 1,1-12*).

Podemos preguntarnos: ¿En qué o en quién fundo mi esperanza? ¿Son sólidos los fundamentos que la sustenta? ¿En qué sentido esta esperanza me abre a un orden trascendente?

"Como un fiel dispensador de la Palabra de verdad" (2 Tim 2,15)

Las dos epístolas a Timoteo, como así también la dirigida a Tito, se presentan como exhortaciones pastorales al responsable de una Iglesia ya más o menos organizada de fines del siglo I, que comienza a tener dificultades con la injerencia de los 'falsos doctores'. Por el contexto, sabemos que se trata del emergente gnosticismo del siglo II, que separando radicalmente materia y espíritu, negaba la encarnación del Hijo de Dios.

El significado cultural de esta tendencia místico-filosófica, cuyas sectas conocemos en gran parte gracias al *Adversus Haereses* de san Ireneo de Lyon, sería análogo al que hoy tiene la Nueva Era. Se trata de teosofías eclécticas propias de tiempos convulsionados, con profundas mutaciones socio-culturales, vinculadas por este mismo motivo a un clima de incertidumbre y relativismo, donde para muchos lo mejor sería alejarse del mundo visible con sus afanes diarios.

También nosotros estamos llamados a ser hoy "fieles dispensadores de la Palabra de verdad" (2 Tim 2,15). No una verdad abstracta, sino concreta y real, encarnada. No una Palabra rígida, inerte y fundamentalista, sino vivificadora, capaz de aportar sentido de trascendencia y propiciar encuentros fraternos en el 'aquí y ahora'.

Ser fieles a la Palabra es renunciar a un rédito inmediato de la misma: es servirla con devoción y generosidad; es ponerse a su escucha y manifestarla con transparencia; no dejar que se corrompa en componendas fáciles o de conveniencia mezquina; es reconocer su soberanía en medio nuestro. Y esto no sólo en el plano gnoseológico, sino sobre todo a nivel ético-práxico; ya que sin esa Palabra de verdad, como vertebradora de la vida moral, acaba primando el relativismo (como principio) y la ley del más fuerte (como norma).

Para los cristianos, esa Palabra de verdad y vida es Jesucristo, que acampó en medio nuestro (ver Jn 1,14).

Podemos preguntarnos: ¿Intento ser fiel a la verdad? ¿Hago de la autenticidad un culto? ¿Soy dócil para abrirme a todo lo que de bueno y verdadero percibo en la vida y en mi entorno? ¿Reconozco una verdad trascendente con incidencia real en mi vida moral?

"La multitud escuchaba a Jesús con agrado" (Mc 12,37)

Hoy estamos saturados de mensajes y palabras. La información que nos llega es muy superior a nuestra capacidad real de procesamiento. A esto se añaden los mensajes publicitarios y un mar de frivolidades. Necesitamos hacer silencio, y mantener cierta disciplina personal al momento de seleccionar lo que leeremos o escucharemos: porque inevitablemente nos 'afectará'. De ahí la urgencia de disponer de 'filtros' que nos permitan discernir entre lo significativo y lo banal, lo que nos motiva y lo que nos aturde, lo que nos alimenta y lo que nos 'empacha', lo que nos enriquece y lo que nos dispersa.

El Evangelio de hoy concluye diciendo que "la multitud escuchaba a Jesús con agrado" (Mc 12,37). Esto significa que Él hablaba con autoridad, y no como los escribas (ver Mt 7,29): hablaba desde la abundancia del corazón. También hoy se está a la expectativa de palabras significativas, que nos lleven más allá del fárrago farandulero y procaz del 'vale todo' con tal de obtener *rating*: todo/as necesitamos escuchar palabras de sabiduría que modelen y unifiquen nuestra interioridad.

Para los cristianos, Jesús tiene esas palabras de sabiduría que nos conectan con nuestras búsquedas profundas, decisivas y trascendentes. Por analogía, también los fundadores de religiones, y los clásicos de literatura, arte y filosofía nos permiten acceder a lo auténticamente humano. Por último, toda reflexión rigurosa que nosotros/as mismo/as podamos llevar adelante a partir de lo que nos acontece y vivimos, puede introducirnos en una apreciación sapiencial de la vida.

Aprender a escuchar y encontramos con todas estas realidades culturales valiosas 'con agrado' consolidará nuestra visión trascendente de las cosas, personas y eventos; y nos guiará más allá de un mero pragmatismo amorfo. En el caso de los cristianos, nos confirmará en nuestra experiencia y 'gusto' por Jesucristo, en quien se reúnen todos los tesoros de las naciones como riquezas propias dadas a Él en herencia.

Podemos preguntarnos: ¿Busco quedarme con 'poco y bueno'? En lo que hago, ¿priorizo la calidad por encima de la cantidad? ¿Procuró ahondar en el sentido profundo de los acontecimientos diarios? ¿Tengo espíritu contemplativo?

Décima Semana

"Yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento" (Mt 5,17)

Jesús se presenta ante el mundo como el legislador de una nueva Ley: como un nuevo Moisés que, sin embargo, no viene a abolir la Primera Alianza sino a perfeccionarla. Efectivamente, en el griego original del Nuevo Testamento, *teléios* significa 'plenitud', 'acabamiento'. Es por eso que el Señor insistirá: "Se les ha dicho... pero yo les digo" (ver Mt 5,27ss). O más explícitamente aún: "Si la justicia de ustedes no es superior a la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los Cielos" (v.20).

La vida cristiana no es simple moralismo: no se identifica con el camino ascético asociado a un mero cumplimiento de normas exigentes, prescriptas desde antiguo, sino más bien con la vivencia siempre nueva del amor. Evidentemente, la observancia de normas y la encarnación de los valores que éstas implican, preparan sólidamente el camino para un comportamiento habitual y consistente en el amor autotrascendente (teocéntrico). Pero no puede acabar allí el nuevo modo de vida propuesto por Jesús.

Lo más original de la experiencia cristiana es la gratuidad. Si el Señor ha ido más allá de lo que le correspondía, también nosotros estamos llamados a obrar del mismo modo. El amor cristiano tiene un plus moral que no surge de una mera exhortación ética, sino de la gratitud por el don recibido. Y es un obrar consecuente con esta experiencia lo que lleva a plenitud el cumplimiento de la Ley. Porque una elevación a lo mejor de nosotros mismo/as no puede

ser exigido coercitivamente, sino más bien asumido libremente como un llamado profundo que surge de nuestro interior.

Podemos preguntarnos: ¿Percibo el mensaje cristiano como una noticia buena y liberadora para mi vida moral, o más bien como un 'corsé' que hostiga y refrena mis aspiraciones más profundas?

"Ustedes son la sal de la tierra" (Mt 5,13)

En algún momento, todos hemos probado comida sin sal; y después de una determinada edad, casi como que estamos obligados a privarnos de ella. La sal da gusto a lo que ingerimos, realzando el sabor de los alimentos. Cuando falta o es escasa, el aprecio que tenemos por los mismos es menor. Pero además, cuando no existían los *freezers*, la sal servía para conservarlos, de modo que las bacterias no los corrompieran. Así debería ser la presencia de los discípulos de Jesús en el mundo: conservar lo bueno y aderezarlo para que tenga un mejor gusto.

De igual modo que la sal no sustituye ni crea lo saborizado, tampoco el/la cristiano/a reemplaza las estructuras económico-político-culturales de la vida en sociedad ni impone, materialmente hablando, estilos de vida propios; sino que más bien contribuye a darles mayor hondura, humanidad y trascendencia a los ya existentes o a los que van surgiendo en cada época. Si la sal perdiese sus propiedades o se confundiese con los mismos alimentos sin aportarles una cuota de originalidad, ya no tendría razón de ser. Tampoco un/a cristiano/a si dejase de presentar una perspectiva nueva y más luminosa de los asuntos que también otro/as pueden abordar y conducir.

La fe cristiana invita a los creyentes a encarnarse en el mundo sin ser del mundo: como la levadura en la masa o la luz en un recinto (ver *Mt* 5,14), que no reemplazan la harina ni el lugar que se ilumina. Este desafío no se lograría si la persona discípula de Jesús se presentase con distancia excesiva respecto de las cuestiones reales que afectan a la humanidad; pero tampoco si se mundanizase tanto que se confundiese con los criterios mezquinos, o al menos limitados, que muchas veces rigen el destino y vida de los pueblos, incluyendo en esto sus decisiones más cotidianas.

Podemos preguntarnos: ¿Soy como la sal respecto a la comida en mi vida de todos los días? ¿Contribuyo a valorizar y dar gusto diferente a las realidades que encuentro en los ámbitos en los que habitualmente me hago presente?

"La recompensa de ustedes será grande en el cielo" (*Mt* 5,11)

Las bienaventuranzas (ver *Mt* 5,1-12) nos plantean una felicidad que sólo se comprende en perspectiva de futuro. La dicha presente no se entiende sino en virtud de una promesa: "Felices los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos; felices los que padecéis, porque heredarán la tierra", etc.

Evidentemente, esta plenitud está en la antípoda de una expectativa de felicidad asociada al goce presente. Se funda en la encarnación de valores significativos, más que en la consumación de necesidades gratificantes. Por eso este gozo se relaciona con los niveles profundos de la propia experiencia humano-espiritual: lleva de por sí inscrita una lógica pascual.

Hoy nos cuesta vivir la virtud (teologal) de la esperanza. Tenemos dificultad en ir más allá de lo tangible y concreto, de lo que vemos y controlamos. Por eso, en ocasiones, se nos escapa lo mejor de la vida: lo que adviene como don y promesa, lo inédito e inefable, lo sorprendente.

Podemos preguntarnos: ¿Qué pasos puedo dar para ir más allá de la aspiración a un presente sin nubes ni dificultades? ¿Apuesto en la vida a un 'algo más' que el mero 'Carpe diem', es decir, la búsqueda de un bienestar y goce presentista?

"Proclama la Palabra de Dios" (2 Tim 4,2)

Decía el autor de 2 *Tim* que "llegará el tiempo en que los hombres no soportarán más la sana doctrina; sino que por el contrario, llevados por sus inclinaciones, se procurarán una multitud de maestros que les halaguen los oídos, y se apartarán de la verdad para escuchar cosas fantasiosas" (4,3-4). Por eso exhortaba al joven pastor destinatario de la misma epístola a "vigila(r) atentamente, soporta(ndo) todas las pruebas, realiza(ndo) tu tarea como predicador del Evangelio, cumpl(i)e(ndo) a la perfección tu ministerio" (v.5), proclamando la Palabra de Dios "con ocasión o sin ella" (v.2).

Las características epocales que permite entrever el texto son análogas a las actuales: tiempos de transición cultural en donde cuesta adquirir convicciones sólidas, y donde las modas se van desplazando unas a otras con relativa celeridad. Hay sed de absoluto, pero no se sabe bien dónde hallarlo; existe deseo de profundizar, pero acaba primando el afán de novedades; se anhelan cosas definitivas, pero se rehúye de la verdad desnuda.

En contrapartida, en esta clase de climas culturales, la tentación siempre fue la de buscar pseudo-verdades ideológicas, de tono rígidamente totalitario pero que simplifiquen y aclaren las cosas; visiones en donde no haya lugar para el conflictivo diálogo ni la molesta disidencia; y donde la libertad de conciencia y búsqueda del pensamiento acaben siendo mal vistas y proscriptas. Es así que, por lo general, de los tiempos de confusión y convulsión cultural, siempre emergieron modelos socio-culturales rígidos y dictatoriales.

De ahí la importancia de proclamar la Palabra de Dios con ocasión o sin ella (2 Tim 4,2): porque es un don que nos hace el Señor para iluminar la vida de todos los días, para que vaya floreciendo el sentido profundo de las cosas y los acontecimientos, sacándonos tanto de un escepticismo relativista como de una rigidez dogmático-ideológica. El anuncio testimonial de la Palabra de Dios debe ser siempre el centro vivificador de una Nueva Evangelización: nueva 'en su ardor, métodos y expresión', como lo expresara Juan Pablo II en la IVª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en *Santo Domingo* (1992).

Podemos preguntarnos: ¿Dedico un espacio diario a la meditación de la Palabra de Dios? ¿Procuró anunciarla del modo más conveniente en los espacios sociales en los que me muevo y trabajo? ¿Procuró respaldar este anuncio con un testimonio personal sólido?

Undécima Semana

"Ojo por ojo y diente por diente" (Mt 5,38)

Las personas tenemos un sentido connatural de la justicia que muchas veces se extralimita y nos induce a la venganza. La noción de pena justa viene a restringir los efectos de una irrefrenable sed de compensación. Y en la antigüedad, esta idea fue formulada en la denominada Ley del Talión, presente en el Código de Hamurabi: "Ojo por ojo, diente por diente". Esto fue un gran avance para la conciencia colectiva de la humanidad, y fundamento básico para el Derecho Romano. Tener hoy esta base como trasfondo no es poca cosa.

Sin embargo, resulta insuficiente. Lo que las partes afectadas sienten y consideran justo parece contradecir e invadir con creces lo que las otras perciben. En esta lógica, un juez imparcial podrá dictaminar un fallo más o menos objetivo, pero no necesariamente traer paz y sentido de compensación real a las partes involucradas. Es por eso que Jesús pide a sus discípulos que sean capaces de ir más allá de la Ley del Talión. 'Errar es humano, perdonar divino', dice un proverbio inglés.

En el perdón no se cierra los ojos a la justicia correspondiente, sino que se la trasciende. La misericordia que perdona es capaz de ir más allá del agravio, apostando en esperanza a que emerja algo más en la persona agresora, y a que también la parte agraviada pueda cosechar frutos más que compensatorios de la ofensa recibida. El perdón bien entendido es la respuesta más creativa posible a una injusticia determinada. Es la única que puede redimir plenamente la destrucción ocasionada por un agravio.

Podemos preguntarnos: ¿Soy lo suficientemente creativo como para trascender la mera Ley del Talión?

"Amen a sus enemigos" (Mt 5,44)

Amar al enemigo es apostar a lo mejor de nosotros/as mismo/as, pero también a lo mejor del que nos hostiga. Es pensar que en cada uno/a de nosotros/as hay más de lo que a primera vista se manifiesta. Es empeñarse seriamente en contribuir a la redención de la humanidad. Porque si existiera alguna situación o actitud humana en donde el amor no tuviera chances de prevalecer, y en cambio el odio anidase, la redención no sería tal.

Amar al enemigo nos pone frente a una seria encrucijada: porque pone a prueba la consistencia de nuestro compromiso cristiano y opción por Jesús. Si la prueba se supera, la credibilidad de nuestro seguimiento del Señor se fortalece. Pero si no se supera, todo deberá ser revisado y consolidado desde el inicio.

Podemos preguntarnos: ¿Hay alguna persona en mi vida a la que no puedo perdonar? ¿Me detuve a pensar en los motivos reales y profundos? ¿Qué pasos puedo dar para iniciar una reconciliación sincera?

"Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará" (Mt 6,18)

De acuerdo al pasaje evangélico de Mt 6,1-18, existen dos tipos de modelos éticos contrapuestos. En uno prima el obrar (dar limosna, orar y ayunar) para ser vistos y honrados por los hombres; en el otro para recibir la recompensa del Padre que ve en lo secreto. Estos dos modelos llevan a dos configuraciones psico-espirituales diferentes. En el primer caso, estructurada a partir de un

yo social que se esclaviza del reconocimiento ajeno; en el segundo, a partir de un yo personal que es fruto de la autocomunicación amorosa de Dios que es Padre.

Cuando se vive a partir del reconocimiento social, lo que se afianzan son las tendencias narcisistas que conducen al aislamiento; cuando se lo hace desde el querer de Dios, lo que se despliega es un proceso de personalización (J. Garrido) que conduce al encuentro y la reciprocidad. En un caso, prevalece la rígida necesidad de control vinculada al propio interés (= 'Existo si me reconocen') y a las pulsiones yoicas idolátricas; en el otro, se afianza la libertad afectiva y efectiva de la persona (= 'Soy porque Dios me ama'), que con gratitud asociada a la amabilidad intrínseca del propio ser conduce a la gratuidad (A. Cencini) y a vinculaciones icónicas.

Podemos preguntarnos: ¿Qué prima en mi opción ética fundamental: el obrar para ser visto/a o el hacerlo por un motivo autotranscendente (religioso, creyente)?

"Cuando oren, no hablen mucho" (Mt 6,7)

¿Qué es lo que entendemos por oración? A veces se la identifica con rezar, que literalmente (= *oris ratio*) nos remite a un hablar, expresándose vocalmente. En otras oportunidades, se la asocia a una tarea meditativa, en la que consideramos las cuestiones más significativas de nuestra vida en referencia a Dios. También se alude a la oración como a un estarse en silencio, buscando aquietar el espíritu en presencia y disponibilidad a Dios, o anhelando que su gracia produzca esa transformación en nosotros. Por último, muchas veces se equipara la oración a un agradecer o

pedir en variadas formas, por uno/a o por otras personas, por la humanidad en general o por la Iglesia en particular.

Podemos decir que la oración cristiana integra, de algún modo y en diferentes circunstancias, todas estas posibles alternativas. Pero que es fundamentalmente un encuentro con Aquél que sabemos nos ama, un trato de amistad (santa Teresa de Ávila) cara a cara con Dios que nos conoce y sabe lo que precisamos antes de que se lo digamos. Por eso, lo más importante no es la cantidad de las palabras ("Cuando oren, no hablen mucho", *Mt* 6,7), sino la disposición interior que las precede y acompaña, o las actitudes humano-espirituales que la prosiguen.

El mayor fruto de la oración no consiste en haber sentido la presencia de Dios durante el tiempo dedicado a la misma, sino en percibir un posicionamiento más teologal de la propia existencia, en conformidad a lo que el Señor va esperando del creyente. La oración, consolidada por el don de piedad, es el modo fundamental de religación a Dios, combustible espiritual para un auténtico discipulado misionero. Propicia y nutre ese culto espiritual agradable al Señor que consiste en la obediencia amorosa y filial del creyente en lo cotidiano de su vida.

Podemos preguntarnos: ¿Oro con frecuencia? ¿Hago de mi oración un acto de verdadero culto a Dios? ¿Dejo que esa oración vaya configurando mi vida en disponibilidad a la voluntad de Dios?

"No acumulen tesoros en la tierra" (*Mt* 6,19)

La codicia, y más radicalmente la avaricia, tienen un fundamento humano profundo: la radical fragilidad de las personas, que buscamos asegurarnos, como sea, un futuro de felicidad.

'Tener', en cualquier rubro que esto sea (dinero, bienes, vínculos, prestigio, poder, conocimiento), parece dar seguridad: genera una sensación psicológica de autosuficiencia, que ingenuamente tendemos a identificar con la confianza y el optimismo.

Sin embargo, si prestamos atención, el acaparar también nos consume, agobia e inquieta. Hay que mantener en orden y a resguardo lo poseído; además de incrementarlo porque nunca parecerá ser lo suficiente. Esta sensación de in-satisfacción (=nunca *satis*, nunca suficiente) surge porque la codicia, y mucho más la avaricia, nos aliena: nos saca del contacto profundo con nuestro ser personal y los valores trascendentes, para dirigir nuestra atención y volcar nuestro afecto y empeño en objetos y realidades que acaban adquiriendo connotaciones idolátricas.

Esto hace que ya no vivamos con libertad interior, sino más bien esclavizados de medios convertidos en fines. De ahí que la vida comience a perder esplendor y acabe restringiéndose: buscando ser ricos terminamos empobreciéndonos. El Señor nos invita a acumular tesoros en el cielo: a centrar nuestra vida en los bienes que perduran, anclados en la vida teologal, y sobre todo en el amor a Dios y al prójimo. Esto es lo que produce verdadera riqueza en la vida humana: porque sólo poseemos verdaderamente lo que somos capaces de dar.

Podemos preguntarnos: ¿Qué es lo que verdaderamente me inquieta y acaba dirigiendo mis pensamientos y afanes? ¿De qué posesiones me vengo esclavizando últimamente y debería liberarme, entregándolas?

"No se puede servir a Dios y al dinero" (Mt 6,24)

La razón fundamental por la que "no se puede servir a Dios y al dinero" (Mt 6,24) es que ambos tienden a polarizar culturalmente nuestras vidas: Dios a partir de una radical actitud de abandono creyente; y el dinero, a partir de una permanente preocupación por adquirirlo, conservarlo e incrementarlo. El pasaje evangélico de hoy (Mt 6,24-34) insiste en 'no inquietarse': "No se inquieten por la vida" (v.25); "no se inquieten diciendo: '¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos?'" (v.31); "no se inquieten por el día de mañana" (v.34). Desde una perspectiva psicológica, la 'inquietud' es una forma de obsesión que impide gozar de la vida presente, ya que una realidad simbólica ha ingresado regresiva, y por lo tanto adictivamente, en el imaginario de la persona, como una especie de *totem* sustitutivo a necesidades profundas no conscientes ni manifestadas: en este caso, Dios mismo.

Todas las formas de inquietud de las que habla el texto surgen de la radical indigencia humana, que no permite garantizar la vida ni lo que la sustenta, ni tampoco el futuro con sus vicisitudes incontrolables. En este marco, el dinero viene a convertirse en una especie de talismán o ídolo, que intenta exorcizar cualquier posible contratiempo o dificultad que ponga de manifiesto la referida fragilidad de la persona, garantizando una ilusoria realización ideal de sí: desde esta perspectiva, el dinero y los afanes desmedidos de la vida en general, se convertirían en una especie de 'opio' narcotizante, en la más engañosa religión secular.

Es evidente que el dinero constituye una creación humana, y que por eso debe ser seguida, estimulada y controlada para que produzca el efecto deseado a quien le rinde culto. Parecería ser uno de los más acabados y engañosos ídolos construido por manos

humanas: parafraseando el salmo, 'tiene ojos y no ve, oídos y no oye, que sean igual cuantos confían en él'. El idolátrico dinero y sus consiguientes preocupaciones deshumaniza por completo a sus devotos.

En contrapartida, servir a Dios es abandonarse teologalmente en su providencia, sabiendo que "quién de ustedes, por mucho que se inquiete, puede añadir un sólo instante al tiempo de su vida", y que si Dios viste a los lirios del campo y alimenta a las aves del cielo, mucho más lo hará con nosotros. Tiene razón el Señor cuando dice que "son los paganos los que van detrás de estas cosas", y sobre todo, del dinero: porque no tienen un verdadero Dios que lo sustituya icónicamente, desmontando el ídolo engañoso.

"A cada día le basta su aflicción": si buscamos controlar la vida en vez de consignarla al Señor, acabaremos perdiéndola momento a momento; si confiamos en el amor providencial del Padre, la iremos ganando y saboreando día a día.

Podemos preguntarnos: ¿Abro mi vida al Señor con suficiente confianza y abandono personal, o deposito mis expectativas de éxito y seguridad más bien en lo que fui atesorando a lo largo de la vida?

Décimo Segunda Semana

“¿Quién dice la gente que soy Yo?” (Lc 9,18)

La pregunta que dispara la reflexión de este domingo nos la hace el mismo Jesús: “¿Quién dice la gente que soy Yo?”.

1) Sabemos que a lo largo de estos más de veinte siglos de la Era Cristiana las *respuestas* que se dieron a este interrogante fueron bastante heterogéneas. Como en tiempos de la misma presencia histórica de Jesús de Nazaret “unos dicen que eres Juan el Bautista; otros Elías; y otros, alguno de los antiguos profetas que ha resucitado”: hay quienes subrayaron unilateralmente las excepciones de su privilegiada humanidad, pero desconociendo o relegando la confesión de su divinidad. O por el contrario, para no mezclar a Dios con las cosas pasajeras y transitorias de este mundo, se quedaron con un Cristo de la fe a-histórico y sin carne real, desvinculado de las vicisitudes nuestras de cada día; o reducido a una mera expresión de fe subjetiva.

Por eso, el Señor va más allá de lo que la gente dice y pregunta a quienes lo conocían de cerca, a partir de la convivencia diaria: “Pero ustedes, ¿quién dicen que soy Yo?”. Como es de imaginar, no se hizo esperar la respuesta de Pedro: “Tú eres el Mesías de Dios”. Conociendo el periplo que sufrirá el discipulado de Simón en vísperas de la pasión, intuimos que aún así no comprendía bien el alcance de las palabras que estaba diciendo.

2) Y no obstante sus palabras son veraces. *Jesús es Mesías* porque une lo humano con lo divino: humaniza lo divino y diviniza lo humano, ‘sin cambiarlo ni mezclarlo, sin confundirlo ni separarlo’ (dirá el Concilio de Calcedonia en 431). En Él se cumplen las palabras del profeta Zacarías: “Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de súplica [...]. Aquel día, habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, a fin de lavar el pecado y la impureza”.

Jesús es esa fuente abierta que, purificándonos, nos convierte en hijos y nos santifica: “Todos ustedes, por la fe, son hijos de Dios en Cristo Jesús, porque habiendo sido bautizados en Cristo, han quedado revestidos de Cristo”. La filiación divina presente en nosotros revela al Mesías que lo hizo posible, de modo que en cada uno/a de nosotros/as, personal y colectivamente tomados, “ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús”. Siendo la condición filial nuestra dignidad más profunda y radical, se comprenden las palabras del salmo 62 de un modo nuevo y más elocuente en referencia a Dios Padre: “Mi alma tiene sed de ti, por ti suspira mi carne como tierra sedienta, reseca y sin agua”.

3) Sin embargo Jesús *no es un Mesías al estilo como se lo esperaba*. Los discípulos debían modificar su imagen preconcebida de lo que el Señor ‘debía ser’. De ahí que “les ordenó terminantemente que no lo anunciaran a nadie”, y que en cambio se apresurara a decir, incluso sin ser de momento comprendido, que “el Hijo del hombre debe sufrir mucho, ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser condenado a muerte y resucitar al tercer día”. También preanunció un yugo cotidiano a todo/a aquel/la que buscara convertirse en discípulo suyo: “El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga”.

Esto inaugura una nueva lógica, tal vez opuesta a nuestra aspiración natural a una felicidad fácil y sin complicaciones, ya que la filiación divina presente en cada uno/a de nosotros/as sólo podrá resplandecer a partir de un anonadamiento de lo humano: no el que aniquila la riqueza de lo creado, sino el que posibilita su rescate y transfiguración; la cruz que da paso a la resurrección. De ahí el

corolario actitudinal: "El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la salvará".

Podemos preguntarnos: ¿Quién es Jesús para mí? ¿Qué significa como fuente de agua viva en mi vida? ¿En qué sentido su presencia ha transfigurado mi existencia?

[Domingo XIIº durante el año (C): Lc 9,18-24; Za 12,10-11; 13,1; Sal 62,-9; Gal 3,26-29]

"No juzguen y no serán juzgados" (Mt 7,1)

Del mismo modo que tendemos a la acumulación de bienes y dinero para resguardarnos de un futuro incierto, según veíamos en los comentarios de la semana pasada, la misma fragilidad e inseguridad propias de lo humano nos lleva muchas veces a emitir juicios lapidarios respecto de las personas con las que nos encontramos, convivimos o trabajamos.

El innecesario enjuiciamiento del prójimo constituye un mecanismo de defensa tanto más activado en nuestras vidas cuanto mayor sea la inseguridad personal que nos habita. Emerge porque nos sentimos amenazados por la presencia de otras personas a las que, inconscientemente, consideramos superiores a nosotros mismos, al menos en determinados campos de la vida, y consecuentemente, alarmantes amenazas.

En esta perspectiva, juzgar se convierte en sinónimo mágico (infantil y regresivo) de controlar: enmarcamos a las personas peligrosas en simbólicas coordenadas estrechas y convenientes como para poderlas sujetar y manipular sin riesgo; acentuando los aspectos negativos de sus figuras, intenciones y conductas para

que aquellos otros elementos positivos no nos hagan sombra ni pongan en jaque nuestra seguridad vital.

Por todo esto, es evidente que el juicio que hacemos sobre los demás resulta nefastamente destructivo: no sólo para las personas que lo padecen, sino también para nosotros mismos, ya que de hecho este procedimiento acaba acentuando una baja autoestima sobre todo en quien emite el juicio. Pero además genera un espiral de violencia: porque así como nosotros buscamos reducir y controlar a los demás, también las otras personas acabarán haciendo otro tanto con nosotros mismos.

Lo cierto es que cuando juzgamos a los otros, perdemos la preciosa oportunidad de revisar nuestras vidas y crecer: porque miramos la paja en el ojo ajeno para criticarla, y no percibimos la viga en el propio para corregirnos (ver *Mt 7,3-5*). Pero además instauramos un modo de juicio severo e inmisericorde que es el mismo con que nosotros seremos luego juzgados: un juicio que, en vez de focalizarse en lo mejor de las personas, acaba percibiendo de preferencia sus debilidades e iniquidad.

A modo de ejemplo de las consecuencias funestas que esto puede tener en la vida presente, recomiendo ver la película *La cinta blanca*, de M. Haneke: en ese miserable pueblo del norte alemán, en vísperas de la primera guerra mundial, cada habitante velaba para que todos tuvieran el justo castigo que se merecían. Incluso, cada uno para sí...

Podemos preguntarnos: ¿Estoy más inclinado a ver lo positivo que lo negativo en mi prójimo, o por el contrario, busco siempre destacar las debilidades y límites ajenos? ¿Busco ver en mí mismo

lo bueno que tengo, o más bien me concentro de un modo narcisista en mis defectos y límites?

"No den lo sagrado a los perros" (Mt 7,6)

Las cosas, servicios y gestos que podemos ofrecer son bienvenidos sólo cuando realmente se los necesita. Insistir en dar algo que no se reclama, puede ser contraproducente: por mejor que esto parezca para quien insiste en su generosidad. La observación vale también para las cosas de Dios: "No den lo sagrado a los perros, ni les echen sus perlas a los cerdos; las pisotearán y luego se volverán para destrozarlos" (Mt 7,6).

La razón profunda de esta observación es que la verdad, lo bueno y lo bello, debe ser ofrecido con discernimiento y acogido con libertad, como fruto de una decisión personal. Lo atinente a la experiencia de fe entra dentro de los rubros mencionados: por eso no puede ingresar 'a presión' en la vida de las personas, sino más bien como consecuencia de una búsqueda y apertura progresivas de las interesadas. Caso contrario, generaría violencia simbólica (psico-espiritual).

En efecto, por ser totalizante, la experiencia religiosa nunca es neutra en la existencia humana. Mientras que otras ofertas sólo tocan aspectos periféricos en la vida de la gente, el Evangelio moviliza las fibras íntimas del creyente. Son estas mismas connotaciones radicales las que pueden producir rechazo abierto en quienes no están de momento dispuestos/as a dejarse interpelar o afectar por el poder de la Palabra. De ahí que, para que una sana propuesta de vida en Cristo no acabe convirtiéndose en fuente de conflictos sociales, o en acusación de craso proselitismo

fundamentalista, haya que ser muy respetuoso/as con lo/as posibles interlocutores del Evangelio.

Se podrá argüir que en el mundo de hoy existen otros muchos mensajes publicitarios y propagandísticos que se imponen a la conciencia colectiva o individual sin respeto alguno por las personas, incluyendo en esto la predicación irrespetuosa de un laicismo militante que pretende impedir a lo/as creyentes de cualquier credo manifestarse como tales en la vida pública. Sin embargo, quienes hemos hecho experiencia del amor de Dios tenemos que ser capaces de trascender la mera confrontación: no es una ideología lo que nos interesa promover, sino la novedad de un estilo de vida que nos ha parecido muy conveniente en nuestras vidas, y que pensamos también podría llegar a serlo para otras personas.

Con estas premisas, sólo el gesto y la palabra oportunas serán capaces de iluminar adecuadamente la existencia humana y transformar la vida, haciendo amable y atractiva la propuesta de vida que nos hizo Jesús. Por diferentes razones, todo lo que rebalse, fuerce o vaya más allá de esta actitud de evidente prudencia, acabará siendo contraproducente.

Podemos preguntarnos: ¿Soy respetuoso de las convicciones ajenas? ¿Intento dialogar con honestidad, ofreciendo sin embargo mis puntos de vista y convicciones como un servicio a la verdad? Si el Evangelio es para mí significativo, ¿soy creativo/a al momento de proponerlo como estilo de vida posible para otras personas?

"Por sus frutos los reconocerán" (Mt 7,20)

Dos motivos pueden reducir la elocuencia de un testimonio de vida: la hipocresía y las inconsistencias. La primera es consciente y dolosa, las segundas tienen un amplio ingrediente inconsciente. Desde una perspectiva apostólica, ambas reducen la eficacia personal en la misión. El hipócrita se muestra diferente de lo que en realidad es. Sus actitudes son pura 'fachada'; está siempre pendiente de su imagen política. En el fondo, es un pecador, porque 'engaña'. El inconsistente tiende a priorizar la gratificación de necesidades propias por encima de la encarnación de los valores que lo solicitan; y esto, normalmente sin advertirlo. Por eso es más bien un inmaduro, porque 'se engaña'.

Lo cierto es que los frutos revelan las motivaciones y contenidos existenciales últimos de la persona: "Por sus frutos los reconocerán" (Mt 7,20). La solidez del testimonio cristiano se manifiesta en el grado de internalización de las virtudes humanas y teologales que haya logrado acrisolar el Espíritu de Dios en el creyente: prudencia, justicia, templanza y fortaleza; fe, esperanza y caridad respectivamente. La internalización más o menos satisfactoria de esta amplia gama de virtudes podría resumirse en una profunda experiencia de integración existencial. Esta se manifiesta en secuencias que vinculan, por ejemplo, intuiciones, discernimiento, decisiones y actitudes; percepciones, recuerdos, evocaciones y proyecciones; interioridad, autotranscendencia, donación y comunión; gratitud, gratuidad, autonomía y encuentro.

Podemos preguntarnos: ¿Percibo en mí unidad de vida o dispersión existencial? ¿Estoy convencido que la verdadera integración humana se da a partir de una radical actitud de

'desapropiación' (J. Garrido), y como un 'don' de lo alto? ¿Qué puedo hacer, al respecto, para disponerme a dar mejor fruto?

"Señor, si quieres puedes purificarme" (Mt 8,2)

El Evangelio nos habla de la curación que Jesús hace de un leproso (ver Mt 8,1-4). Por aquel tiempo, la lepra era no sólo una enfermedad incurable, sino que además connotaba un estigma social análogo a lo que en algunos entornos podría ser hoy el Sida. Tenía connotaciones éticas peyorativas, y segregaba al afectado no sólo de la vida en comunidad, sino también del culto litúrgico: el leproso era un impuro que atentaba contra la santidad del pueblo de la Alianza y de su Templo; su enfermedad estaba asociada indisolublemente al pecado.

Es de notar que este hombre enfermo y humillado se acerca a Jesús con decisión, respeto y confianza. Con decisión, porque "fue a postrarse ante Él", cuando en realidad la Ley hebrea prohibía todo tipo de acercamiento; con respeto, porque el leproso le dice: "Señor, si quieres", manteniendo cierta distancia y no avasallando la libre determinación de Jesús; con confianza porque está seguro de que, de así quererlo, "puedes purificarme". Jesús responde misericordiosamente, acogiendo su petición: "Lo quiero, queda purificado!": de este modo lo sana, dignifica y reintegra a la vida social de la que había quedado excluido.

También nosotros/as tenemos necesidad de Jesús: necesitamos de su atención y misericordia, de su compasión y perdón. Como el leproso, estamos llamado/as a pedirlo con decisión, respeto y confianza. Puede que haga años que estemos buscando vivir más en conformidad con el estilo de vida y enseñanzas que el Maestro

nos propone, y sin embargo haya dimensiones de nuestra persona, inconsistencias o actitudes deshonestas que no logremos modificar del todo. J. Garrido habla incluso de un tiempo de 'meseta', en el que 'sin ser santos ni mediocres', los cristianos podemos entrar en una especie de 'medianía'.

La transformación plena de nuestra vida humano-espiritual es siempre una gracia, un don de lo alto, una iniciativa que el Padre ofrece en su Hijo por el Espíritu 'cuando quiere'; gracia que normalmente acabará superando nuestras reducidas expectativas y horizontes. Pero esta gracia hay que pedirla insistente y decididamente en la oración. También nosotros/as, como el leproso, estamos llamado/as a decir, respetuosa pero confiadamente: "Señor, si quieres, puedes purificarme".

Podemos preguntarnos: ¿Confío en la misericordia del Señor, o más bien me muestro autosuficiente? ¿Pido con insistencia la sanación interior? ¿Estoy convencido de que esto será siempre, y en última instancia, un don de lo alto?

"Que suceda como has creído" (Mt 8,13)

Jesús puede obrar en la vida de las personas, pero para ello es preciso que se tenga fe. Es lo que Él reclama para todos los destinatarios de sus signos: especialmente, para las sanaciones referidas en los Evangelios. Sin fe, el poder adverso del demonio no puede ser derrotado (Teología de *Mc*), la nueva Ley no acaba de ser interiorizada (Teología de *Mt*), la misericordia no llega a manifestarse (Teología de *Lc*), o los signos pascales no pueden realizarse (Teología de *Jn*).

En perspectiva existencial, la fe es una disposición psico-espiritual frente al advenimiento novedoso del Señor. Abre nuestra vida al don siempre posible que viene de lo alto; capaz de recrear lo antiguo y de ofrecer nuevos horizontes. La fe sana lo herido: y recomponiendo lo humano, orienta la existencia humana hacia un siempre 'algo más' que lo conocido por experiencia. La fe permite descubrir lo aparentemente inexistente o alcanzar lo presuntamente improbable. De este modo, los milagros o signos de Jesús, y especialmente las curaciones, son expresión de que algo nuevo ha irrumpido en la vida presente; de que el Reino ya está en medio nuestro; de que el amor de Dios ya se ha manifestado. En fin, son elocuente manifestación de que Dios es 'siempre más'.

Podemos preguntarnos: ¿Confío plenamente en la acción inédita de Dios? ¿Me abro confiadamente a su promesa de vida?

Décimo Tercera Semana

“Jesús se encaminó decididamente hacia Jerusalén” (Lc 9,51)

Cuando tenía dieciocho años, recuerdo haber leído el libro de un dominico francés, Ch. Ducquoc, que llevaba por título: *Jesús, el hombre libre*. Este domingo el Evangelio nos invita a meditar en una triple 'libertad' del Señor, con significativas consecuencias para la vida de cada uno/a de nosotros/as.

1) *Libertad existencial*. Esta primera forma de libertad tiene que ver con la orientación del conjunto de la vida y misión del Señor. Promediando la narración de Lucas, el relato nos dice que “Jesús

se encaminó decididamente hacia Jerusalén” (Lc 9,51). Esto se recordará de ahí en más con cierta frecuencia (ver 13,22; 19,28). Pero es interesante notar que esta decisión ocurre justamente “cuando estaba por cumplirse el tiempo de su elevación al cielo”, es decir, su Pascua. Es justamente esta cercanía de la pasión lo que resalta la sorprendente libertad con que actúa el Señor, de cara a un círculo de hostilidad que se le va haciendo cada vez más estrecho y asfixiante. Dirá poco después san Pablo en la carta a los Gálatas: “Esta es la libertad que nos ha dado Cristo”.

La libertad existencial es la que nos permite mantenernos firmes “para no caer de nuevo bajo el yugo de la esclavitud”, y tiene que ver con la fidelidad a nuestra vocación personal. En las diferentes encrucijadas de la vida, cada uno/a de nosotros/as está llamado/a a confirmar su elección irrevocable con decisión. No se trata de un voluntarismo ciego a los acontecimientos, sino de la respuesta a la gracia que precede y sostiene esa orientación existencial previamente discernida: incluso en medio de amenazas y peligros.

2) *Libertad interior*. La ‘subida’ a Jerusalén no está exenta de obstáculos. En el pasaje de este domingo se nos dice que los samaritanos, enemistados por motivos históricos con los judíos, “no lo recibieron [a Jesús] porque se dirigía a Jerusalén”. Este rechazo encoleriza a los discípulos, que reaccionan enérgicamente y proponen al Señor: “¿Quieres que mandemos caer fuego del cielo para consumirlos?”. Jesús, que no desistirá de su firme decisión de subir a Jerusalén, pero que tampoco iba a confrontarse en el camino a instancia de sus discípulos, ni a hacer uso en provecho propio de su condición divina, “se dio vuelta y los reprendió”.

La venida del Hijo de Dios al mundo tenía por misión manifestar la misericordia del Padre, y no la ira del Día del Señor. Por eso también en esta actitud Jesús se manifiesta elocuentemente libre. Ésta misma libertad es la que anhela para sus discípulos, como Pablo nos lo recuerda una vez más: “Ustedes han sido llamados para vivir en libertad, pero procuren que esta libertad no sea un pretexto para satisfacer los deseos carnales: háganse más bien servidores los unos de los otros, por medio del amor”. Si bien esto está dicho en el contexto de la misma comunidad cristiana de Galacia, lo cierto es que la venganza, emparentada con el odio e invocada por los discípulos de Jesús en contra de los samaritanos, constituye uno de los más bajos ‘deseos carnales’ a que pueda quedar expuesta la persona humana. También el apóstol nos invita a ir más allá de esta emoción destructiva: “Yo los exhorto a que se dejen conducir por el Espíritu de Dios, y así no serán arrastrados por los deseos de la carne”.

3) *Libertad vincular*. Ser libre en Cristo y dejarse conducir por el Espíritu es estar en condiciones de seguirlo sin reservas: “¡Te seguiré adonde vayas!”. Esta decisión deberá tener muy en cuenta que “el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”. En conformidad al propio testimonio, el Jesús de Lucas es muy exigente con respecto al desprendimiento: no sólo de bienes, sino también de vínculos familiares legítimos. Por ejemplo, cuando llame a un discípulo para que lo siga, y éste le responda: “Señor, permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre” –ésta era una obligación legal prioritaria en la tradición veterotestamentaria–, la respuesta de Jesús mostrará, casi provocativamente, la preeminencia del Reino por encima de todo: “Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve a anunciar el Reino de Dios”.

Una libertad afectiva respecto de la propia familia será también exigida para aquél que le diga: “Te seguiré, Señor, pero permíteme antes despedirme de los míos”. A diferencia de lo que ocurrió cuando Eliseo decidió seguir a Elías, y pidiéndole besar a su padre y a su madre antes de seguirlo, éste último se lo permitió (“Sí, puedes ir. ¿Qué hice yo para impedírtelo?”), Jesús en este caso, mostrando una mayor exigencia, responderá: “El que ha puesto la mano en el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios”.

Podemos preguntarnos: ¿Tengo claro hacia dónde se encamina mi vida? ¿Soy interiormente libre en esa determinación? ¿Pueden en mí más los afectos cercanos y familiares que la docilidad generosa al Espíritu?

*[Domingo XIIIº durante el año (C): Lc 9,51-62; 1 Re 19,16-21;
Gal 5,1-18; Sal 15,1-11]*

"Deja que los muertos entierren a sus muertos" (Mt 8,22)

En el mundo hebreo contemporáneo a Jesús, enterrar a los muertos era una exigencia legal de primer orden. En la Sagrada Escritura se nos dice, por ejemplo, que el justo Tobías arriesga su vida por cumplir con este precepto en medio del clima hostil de los tiempos helenísticos (ver *Tob 2,4*). Mucho más si se trataba de un progenitor, y más aún, del propio padre.

La exigencia de Jesús debe entenderse como una exhortación a vivir el primado del Reino de Dios por encima de cualquier otra obligación y precepto. Como una invitación vehemente a mirar hacia adelante, a no quedar estancado en el pasado, en lo que ya fue. El cristianismo se funda en la autotranscendencia teocéntrica, que nos

invita a caminar en esperanza, abiertos al advenimiento del Señor: más expectantes del futuro que nostálgicos del pasado.

"Tú sígueme" (Mt 8,22): como si el Señor nos dijese: 'Que ninguna preocupación, por más importante que pareciese, sea capaz de retenerte en mi seguimiento; tampoco el Hijo del hombre tiene dónde reclinar la cabeza' (ver 8,20-21).

Podemos preguntarnos: ¿Cuáles son las preocupaciones que habitualmente me distraen de aquello que considero fundamental en la vida? Si soy cristiano, ¿qué cosas me dispersan al momento de buscar centrar la mirada y corazón en Jesucristo?

"Le rogaron que se fuera de su territorio" (Mt 8,34)

Jesús acaba de liberar a dos personas endemoniadas del peso que les impedía vivir con dignidad plenamente humana. El precio de estos exorcismos fue la pérdida de una piara de cerdos, de por sí impura en el contexto bíblico: en territorio pagano y animados por los espíritus impuros que emigraron de los energúmenos, los animales se arrojaron al lago y se ahogaron.

Quienes presenciaron los hechos no pudieron dejar de hacer un balance: '¿Con qué nos quedamos? ¿Con la gente sanada por este nuevo taumaturgo o con los chanchos que irremediablemente hemos perdido? Los índices económicos son claros: los porcinos reditúan, la gente curada no. Por eso es mejor que se vaya Jesús'. Y así "le rogaron que se fuera de su territorio" (Mt 8,34).

También en nuestra vida, la salud espiritual tiene su precio: resignar las ganancias mal habidas y alejarse de todo aquello que nos contamina, que nos degrada e infecta con sentimientos bajos y mezquinos. Sin embargo, esto puede costar mucho, y no sólo a

causa de los demonios: en ocasiones tendremos que luchar contra hábitos profundamente arraigados, o también trascender expectativas sociales sistémicas que nos inducen a no cambiar los comportamientos que hasta ahora hemos llevado.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy dispuesto/a a pagar el precio exigido por gozar de libertad interior, o más bien prefiero que sea Jesús el que se retire de mi vida y de mi conciencia?

"No he venido a llamar a justos sino a pecadores" (Mt 9,13)

Resulta fácil apostar a las personas que gozan de sobrados méritos personales y reconocido prestigio social. En cambio, no es tan sencillo 'ponerle fichas' a un pecador público, socialmente estigmatizado, como de hecho lo era Mateo sentado a la mesa de impuestos, a la espera de mejores propuestas y oportunidades (ver Mt 9,9-13). Y sin embargo, Jesús se juega y lo llama: "Sígueme". Ante la sorpresa de todos, lo integra a su círculo íntimo.

Nuestra insegura tendencia natural nos inclina más bien al acercamiento y vinculación con las personas populares y exitosas: al *winner* que suma; jamás al *looser* que resta. Porque en esta estrategia 'política' se juega, en gran medida, nuestro posicionamiento y prestigio social, lo cual se emparenta con un presunto incremento de la autoestima: 'Soy de los buenos, de los que pertenecen al sector VIP; no soy de los otros, de los que no cuentan'.

En realidad son pocas las personas que disponen de una consideración y valoración de sí lo suficientemente interiorizada y afianzada como para arriesgar abiertamente su capital social invirtiendo en personas 'de poca monta' o juzgadas

equivocadamente como no plausibles. Tampoco en nuestro tiempo abunda la libertad interior: 'Dime con quién andas y te diré quién eres', sigue siendo nuestro lema y bandera. Y así inferimos que, quien ha perdido una consideración satisfactoria en las encuestas, deberá arreglárselas como pueda.

Jesús no vino "a llamar a justos sino a pecadores" (*Mt 9,13*): aquí a Mateo, y en otras ocasiones a Zaqueo (ver *Lc 19,1ss*), o a la mujer pecadora que ingresa intempestivamente al recinto donde Él estaba a la mesa con Simón (ver *Jn 71ss*). Ante la sorpresa de escribas y fariseos, Jesús come con publicanos y pecadores. Porque Él sabe bien quién es y de quién recibe gloria: porque tiene un Padre con mayúsculas que le garantiza una dignidad trascendente, Jesús es un hombre libre.

Podemos preguntarnos: ¿Cuál es el criterio último que prevalece al momento de vincularme con los demás? ¿Qué es lo que realmente busco cuando me relaciono? ¿Qué puedo hacer para crecer en autenticidad y generosidad?

Décimo Cuarta Semana

“La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos” (*Lc 10,2*)

1) El texto evangélico comienza con una desproporcionada *constatación de escasez e indigencia*: “La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos”; y continúa con una exhortación: “Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha”. Tanto san Agustín de Hipona como san Gregorio

Magno advertían que esta restricción pastoral no era tanto cuantitativa como cualitativa: lo que se precisa para la mies no es un mayor número de sacerdotes, religiosa/os o catequistas, sino más bien la dedicación y fervor de los evangelizadores. Y para esto hay que rezar: para que el Espíritu suscite las vocaciones adecuadas para cada tiempo y lugar; no las que nosotros/as pretendemos para que sigan funcionando las instituciones concebidas en otros tiempos, sino las que Dios tiene pensadas para llegar al corazón de las personas de nuestro tiempo.

2) Jesús no es ingenuo: “Yo los envió *como ovejas en medio de lobos*”. Sabe que hay que ser ‘mansos como palomas pero astutos como serpientes’. Entiende que en todas las épocas existe una desproporción análoga entre evangelizadores y desafíos como la que pudo haber existido entre David y el mítico Goliat. Sin embargo no quiere que vayamos a la misión acorazados y a la defensiva, sino más bien confiando en el poder de Dios: “No lleven dinero, ni provisiones, ni calzado”. En contrapartida, es inherente a la actividad apostólica la concentración de los evangelizadores en lo verdaderamente necesario, sin distraerse ni dispersar energías en cuestiones secundarias: “No se detengan a saludar a nadie por el camino”.

3) La misión exige fidelidad: cuando lleguen a un lugar “*permanezcan en esa misma casa*”. Cuando se establece empatía con un determinado servicio pastoral, hay que perseverar en él. No se puede ‘picotear’ un poco en cada lado: “No vayan de casa en casa”. Y esto porque una evangelización verdadera e integral requiere tiempo de maduración. También aquí es válido el dicho: ‘El que mucho abarca, poco aprieta’.

4) *¿Qué es lo que debe hacer un evangelizador?* En primer lugar, llevar y buscar dejar paz: “¡Que descienda la paz sobre esta casa!”. En segundo lugar, anunciar el reino y sanar las heridas; pero también disfrutando de la gratuidad del encuentro y de lo que se ofrece: “En las ciudades donde entren y sean recibidos, coman lo que les sirvan; sanen a sus enfermos y digan a la gente: ‘El Reino de Dios está cerca de ustedes’”. La finalidad última de la evangelización, es que Dios enriquezca con nuevos miembros y riquezas humano-espirituales a la nueva Jerusalén, al pueblo de Dios peregrino hacia su destino escatológico: “Yo haré correr hacia ella la prosperidad como un río, y la riqueza de las naciones como un torrente que se desborda”.

5) *¿Dónde debe estar principalmente el gozo de los evangelizadores?* “No se alegren de que los espíritus se les sometan; alégrense más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo”. El gozo auténtico debe residir en el ‘estar con el Señor’, y no tanto en los éxitos pastorales, que no obstante serán lícitos y, en cierto modo, necesarios: si hemos trabajado y el esfuerzo rindió frutos, por supuesto que tenemos derecho a la acción de gracias. El gozo de estar con el Señor consiste en no gloriarse sino “en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo”. El gozo verdadero debe residir en una vivencia pascual del discipulado misionero en presencia del Señor.

Podemos preguntarnos: ¿Qué actitudes pastorales debería revisar en mi vida cotidiana? ¿Es mi vida portadora de paz y sanación en los ámbitos de los que participo? ¿Es la presencia del Señor en mi vida el motivo último de mi alegría?

[Domingo XIVº durante el año (C): Lc 10,1-20; Is 66,10-14; Gal 6,14-18]

**"Fatigados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor"
(Mt 9,36)**

Jesús siente compasión porque la muchedumbre está vejada y abatida como ovejas sin pastor (ver Mt 9,33-38). Es el texto que se nos propone en la fiesta de santo Toribio de Mogrovejo, obispo y patrono del Episcopado Latinoamericano. Hasta no hace mucho tiempo, en la Iglesia Católica este tipo de textos y celebraciones se utilizaban para rezar por las vocaciones sacerdotales y religiosas, que eran consideradas las vocaciones por excelencia. En los últimos decenios, en cambio, se empezó a incluir más decididamente la consideración de la vocación laical. Hoy, sin embargo, la ausencia de liderazgos pastorales significativos, sigue siendo una dificultad evidente.

No sólo por el descrédito que pudo haber generado respecto de la jerarquía eclesial el público conocimiento de casos de pedofilia cometidos por miembros del clero (sobre todo en países anglófonos), sino también a causa de la inadecuación que muchas propuestas pastorales parecen tener en la vida concreta de las personas y comunidades. Es así que el cristianismo parece tener poca incidencia en la vida de las nuevas generaciones. De hecho se difunde en Occidente la idea de un poscristianismo, y se promocionan nuevas espiritualidades al estilo *Ávatar*.

Lo cierto es que mucha gente hoy vive desconcertada, sin referencias ni sentido profundo para sus vidas, y que las propuestas de fe, por más válidas que sean para quienes procuramos vivirla,

parecen no tener suficiente mordiente en medio de una multitud de personas deseosas de un 'no sé qué' simbólico-espiritual que andan buscando y no acaban de encontrar. Creo que ha llegado la hora de cada uno/a de nosotros/as pueda poner al servicio de los demás, y de la misma humanidad, lo mejor de sí. Decantar y proponer las mejores intuiciones y convicciones adquiridas. Esto es necesario, de un modo particular, entre los creyentes de las diferentes religiones, para los cristianos y más concretamente para los católicos. Todos tenemos un anuncio que proponer, respaldado por el testimonio de la propia vida: tanto más cuanto más hayamos vivido. Sin esperar nuevos mesías predestinados, todo/as podemos cumplir con esta humilde pero necesaria misión. Y sobre todo si hemos recibido el Orden Sagrado.

Podemos preguntarnos: ¿Soy lo suficientemente valiente como para proponer de un modo abierto y significativo lo mejor de mi experiencia religiosa o creyente? ¿Busco ser en esto un cierto líder o pastor? ¿Intento acercarme al hermano sólo o desamparado con el gesto o palabra oportuna?

"Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores" (Mt 9,38)

"Al ver a la multitud", Jesús "tuvo compasión, porque estaban fatigados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor". El texto nos presenta una imagen de agobio y desamparo, referida a una cuestión fundamental de la vida, que es su orientación última. En efecto, el pastor es el que conduce; y no tener pastor es no tener rumbo cierto ni seguro. Por eso, la observación de Jesús nos remite a la situación de muchos contemporáneos nuestros, que viven esta

incertidumbre de la falta de horizonte en el actual tiempo de transición por el que atravesamos.

¿Cuáles son los guías de nuestro tiempo? ¿Quiénes son nuestros pastores? ¿Por quién o quienes nos dejamos orientar y conducir? Si bien Jesús se presenta como el "buen Pastor" (*Jn* 10,11) y el dueño de la viña (ver *Mt* 20,1ss), necesita mediaciones dóciles y trabajadores empeñados en su tarea para que ambas realidades puedan efectivizarse. Y hoy no resulta fácil encontrar personas dispuestas a 'poner el hombro'; y menos aún líderes espirituales convincentes, con ideas y criterios sólidos, y a la vez con carisma específico de animación.

Si bien para un cristiano católico esta misión la cumplirían principalmente el Papa, los obispos y presbíteros, no siempre los que hemos recibido el orden sagrado nos sentimos a la altura de este enorme desafío. Es cierto que hoy tenemos mayor conciencia de que este liderazgo ministerial se complementa con la aportación original de otros carismas laicales de animación, que en áreas específicas de la vida resultan de hecho más eficaces. Pero aún así, cuesta encontrar personas que reúnan cualidades suficientes para realizar tareas pastorales con generosidad, dedicación y desinterés. El sentimiento de orfandad, asociado a la kantiana 'mayoría de edad', parecería ser un rasgo distintivo de nuestro tiempo.

Por eso, todo/as un poco, estamos llamado/as a ser humildes, tanto al momento de ofrecer o aceptar nuestra contribución a la animación y conducción, como al momento de pedir solidez en aquellas personas que la llevan a cabo. Esto no debe entenderse como una concesión a la mediocridad o al conformismo, sino más bien como una muestra de realismo: el único Pastor con

mayúsculas seguirá siendo Jesús, como así también el responsable último de organizar (la siembra y) la cosecha. Los demás, seremos siempre mediaciones o instrumentos, en el mejor de los casos con buena voluntad, pero siempre con capacidades relativas o acotadas.

Podemos preguntarnos: ¿Quién pastorea mi vida? ¿Me dejo conducir por el Señor? ¿Ofrezco mis energías para la cosecha? ¿Soy yo mismo/a un fruto digno de la misma?

**"Han recibido gratuitamente, den también gratuitamente"
(Mt 10,8)**

Las realidades y experiencias más valiosas de la vida son prevalentemente gratuitas. Podría afirmarse contundentemente que todo aquello a lo que se le pone precio en verdad no vale tanto como eso otro que aparece o se ofrece desinteresadamente. Por su mismo dinamismo y etimología, lo más a-preciado viene sin cargo, porque sólo el don tiene un valor inestimable.

Podemos pensar en los gestos de amistad sincera, en la fecunda experiencia de amor matrimonial, en las relaciones de reciprocidad entre personas de buena voluntad, en la contemplación estética o la oración silenciosa, en la lectura de un buen libro o en una caminata distendida, en el placer de una conversación sin apuros, en los obsequios ofrecidos con el corazón, en la dedicación vocacional a lo que nos apasiona, en la satisfacción por el trabajo bien hecho, o en la paz de unos merecidos días de descanso.

Por su mismo dinamismo, lo que hemos recibido o experimentado gratuitamente está llamado a ser comunicado del mismo modo. Aquí podemos incluir el conocimiento sapiencial, que

va más allá del técnico-lucrativo con el que nos ganamos el pan; los procesos de formación humano-espiritual profundos y relevantes; y por último, y decisivamente, todo lo atinente a la misma evangelización. Podríamos pensar, por ejemplo, en el acompañamiento espiritual, en la celebración sacramental, en la instrucción catequística, en las experiencias mistagógicas, en las actividades misioneras.

Esto no significa que no se esté atento/a y agradecido/a de cara a las oportunas retribuciones o 'contraprestaciones' que puedan recibirse, ni tampoco que se desestimen los necesarios aportes económicos para el sustentamiento de los ministros o las actividades pastorales, ya que es el mismo Jesús el que invita a quienes envía a comer de lo que se les dé. Lo importante es que la motivación última de toda esta variada gama de actividades y emprendimientos asociados a la evangelización esté animada por un fundamental sentido de gratuidad / gratitud.

Podemos preguntarnos: ¿Cuáles son las realidades y experiencias que más valoro en mi vida personal? ¿Vivo la gratitud y la gratuidad como dimensiones vertebradoras de mi vida humano-espiritual? Si soy cristiano, ¿ofrezco con generosidad mi tiempo y mis recursos (humanos y materiales) para contribuir a que también otros hagan experiencia del amor de Dios en sus vidas?

"Proclamen que el Reino de los Cielos está cerca" (Mt 10,7)

Proclamar por el camino que el Reino de los Cielos está cerca (ver Mt 10,7-15) es animar la esperanza. Es profesar que la vida vale la pena porque el Señor nos acompaña cotidianamente, y que su presencia puede redimirnos de toda rutina y oscuridad. La

sanación de enfermos, el dar gratuitamente sin ir demasiado apertrechados, el dejar la paz y quedarnos donde seamos recibidos, son gestos que propician y manifiestan un sentido positivo de la existencia; que contribuyen a la apertura esperanzada del diario vivir. Invitan a confiar que en el camino nos espera algo más que lo que escépticamente a veces imaginamos; a creer que Dios es capaz de sorprendernos cuando menos lo pensamos.

Si bien muchos indicadores de nuestro mundo parecerían inducirnos al desconcierto y la claudicación, el Evangelio nos invita a un sano y fundado optimismo: el Reino de los Cielos está cerca. Es cuestión de abrir los ojos de la fe para descubrir, ya desde ahora, el esplendor de su presencia: para ver la luz en las aparentes tinieblas, para adentrarnos en un mundo transfigurado. Existe un sentido pascual que estamos llamados a desentrañar en los acontecimientos aparentemente pobres y oscuros de nuestro diario vivir.

Podemos preguntarnos: ¿Soy anunciador de esperanza y buenas noticias, o más bien 'pájaro de mal agüero'? ¿Cultivo en mí esa mirada mística que me haga ir más allá de los aparentes signos de muerte, o del oscuro escepticismo que paraliza?

"Como ovejas en medio de lobos" (Mt 10,16)

Jesús envía a sus discípulos "como ovejas en medio de lobos", y les recomienda: "Sean astutos como serpientes y sencillos como palomas". Los manda para que hagan el bien, anunciando el nombre de Cristo, sanando enfermos y dejando la paz. Sin embargo sabe muy bien que el verdadero amor se paga caro: "Los entregarán a los tribunales y los azotarán en las sinagogas".

Si bien esta advertencia responde al momento particularmente conflictivo que sobrellevaban los cristianos en su proceso de diferenciación y distanciamiento respecto del mundo judío en la segunda mitad del siglo I, su contenido será siempre actual. Cualquier persona que intente anunciar y vivir los valores del Evangelio tendrá que sufrir: se le exigirá integridad en su testimonio; posiblemente se le demandará más que a los demás, se lo calumniará injustamente, o se lo despreciará y discriminará a causa de Jesús.

De ahí que el discípulo misionero deba siempre manejarse con cuidado: no hace falta poner la cabeza dentro de las fauces del león. Pero tampoco podrá eludir o diluir, con actitudes pusilánimes o contradictorias, el gesto y la palabra oportunas. Hoy temas como la defensa de la vida desde la concepción hasta la muerte natural; el matrimonio indisoluble entre un varón y una mujer; la inclusión social de los más pobres y el desarrollo integral de los pueblos; la objetividad de la verdad metafísica y moral; la mediación única y universal de Jesucristo, y la necesidad de la Iglesia para encontrarse con el Señor, están entre las principales causas de crítica y persecución, llevadas adelante en ocasiones por personas bien intencionadas, y otras, tal vez la mayoría de las veces, por la desidia y apatía social de los opinantes, por mezquinos y redituables intereses económicos, o por un laicismo militante cargado de resentimiento.

Podemos preguntarnos: ¿Asumo una actitud sabia y prudente, a la vez que clara y firme, con respecto a las cuestiones humano-espirituales hoy debatidas y más relevantes en referencia a los valores evangélicos?

"¡Aquí estoy, envíame!" (Is 6,8)

El texto del profeta Isaías (ver *Is 6,8*) describe el corolario natural de la experiencia creyente: la disponibilidad para la misión. El misterio 'fascinante y tremendo' de Dios (R. Otto), y la santidad de lo sagrado ("¡Santo, santo, santo!") que irrumpe en la existencia humana y hace tomar conciencia de la propia finitud creatural ("¡Ah de mí, estoy perdido!"), acaba transformando radicalmente la vida de la persona ("Ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado") y encomendándole una misión original ("¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?"), libremente asumida por su destinatario/a: "¡Aquí estoy, envíame!" (ver *Is 6,1-8*).

Cada uno/a de nosotros/as tiene en cierto modo experiencias fundantes en el ámbito de lo humano, y posiblemente también, en la esfera de lo religioso-creyente. Me refiero a esas experiencias cumbre que marcan un antes y un después: en cierto modo, experiencias místicas que transforman radicalmente la propia existencia y el modo de posicionarse, de allí en más, en ella. Una amistad profunda, la experiencia de paternidad / maternidad, un acontecimiento sorprendente o inesperado, una percepción estético-poética decisiva, y sobre todo, el encuentro con el 'diversamente Otro' (R. Ferrara) que redimensiona por completo las posibilidades humano-espirituales de la persona religiosa o creyente.

Al final de la zaga "*El Señor de los Anillos*", del conocido novelista inglés J. R. Tolkien, y después de la dramática experiencia vivida en pos de la destrucción del anillo del poder oscuro, Frodo ya no es la misma persona. A diferencia de Sam ya no puede volver a la vida sencilla de la aldea, porque su vida ha ingresado en otro horizonte. Esto queda expresado en el cruce del lago en una barca,

imagen del viaje a otra orilla, a otra tierra, a un nuevo mundo. Este cuadro literario describe muy bien lo que acontece con toda experiencia cumbre y decisiva: particularmente, con la experiencia creyente.

Pero podemos añadir que así como Frodo tuvo una misión, y la misma misión lo fue configurando, también a nosotros/as las experiencias más significativas de la vida nos transforman y modelan: las experiencias fundantes incipientes acaban madurando en experiencias fundantes consolidadas (J. Garrido). Es así como, luego de haber sido fieles a las intuiciones profundas de la temprana juventud, constatamos que a lo largo de los años hemos ido desplegando un itinerario vocacional propio y original. Esto es lo que finalmente acabará dando sentido a nuestras vidas.

Podemos preguntarnos: ¿Cuál fue la experiencia cumbre más significativa de mi vida? ¿Tuvo connotaciones religiosas y/o creyentes? ¿En qué sentido esta experiencia cambió mi modo de ser y vivir? ¿A qué me impulsó?

Décimo Quinta Semana

“¿Quién es mi prójimo?” (Lc 10,29)

1) “Cristo Jesús es la Imagen del Dios invisible”, y por esto mismo, puede revelarnos el rasgo más característico del Padre: su misericordia. Y siendo que “Él existe antes que todas las cosas y todo subsiste en Él”, nos enseña algo todavía más importante y propio de Dios: *el camino de la compasión*. Cuando el escriba le pregunte: “Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la Vida

eterna?”, Jesús le responderá con los conocidos preceptos de la Primera Alianza: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas [y con todo tu espíritu], y a tu prójimo como a ti mismo”. De este modo, y sin forzar a su interlocutor, lo inducirá a formular la pregunta siguiente para dar un nuevo paso en su acercamiento a esa Vida con mayúsculas: “¿Y quién es mi prójimo?”.

Lo cierto es que no alcanza con seguir solamente, y de un modo minimalista, lo estrictamente preceptuado: hace falta ingresar en el orden de la gratuidad y el don. Es lo mismo que intuyó el hombre rico que, después de haber constatado el cumplimiento de los mandamientos desde su juventud, esbozó el anhelo de un ‘algo más’: “¿Qué más me falta?” (*Lc 19,20*). En aquel pasaje la pregunta por el más se asociaba al vender todos los bienes, repartirlos entre los pobres y seguir a Jesús. En el caso presente, ése ‘más’ se vincula a la práctica de la misericordia. Con lo que, dar lo propio a los demás y seguir al Señor es practicar la misericordia: sólo así se consigue experimentar Vida plena. Y el modo de hacerlo se verá ilustrado con la parábola siguiente.

2) “Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones, que lo despojaron de todo, lo hirieron y se fueron, dejándolo medio muerto”. No sabemos el nombre de este hombre desconocido que, yendo en realidad a contramano de Jesús que “subía a Jerusalén” (ver *Lc 9,51-53*), llegará a ser prójimo del que practicó con él la misericordia. Pero de lo que sí estamos seguros es que se hallaba en situación dramáticamente menesterosa: como el hijo menor en la parábola del padre misericordioso, cuando tocando fondo ‘recapacitó’ (ver *Lc 15,11-22*). Es en ese contexto de situación límite, cuando los recursos personales ya no bastan, que

resuenan con mayor vehemencia las palabras confiadas del salmista: “Yo soy un pobre desdichado, Dios mío, que tu ayuda me proteja”.

La parábola nos dice que tanto un sacerdote como un escriba dieron un rodeo y siguieron de largo. “Pero un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y se conmovió”. Es de notar que se utilizan los mismos dos verbos que en el referido relato del padre misericordioso muestran el sentir de Dios: ‘ver’ y ‘conmoverse’ [= *splagjnische*]. El buen samaritano comparte los mismos sentimientos y actitudes compasivas que el padre de esta otra parábola melliza: *la misericordia como rasgo propio del Padre de Jesucristo*. En efecto, este hombre perteneciente a un pueblo decisivamente enemistado con los judíos, “se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo”.

3) El episodio evangélico no acaba con la parábola, sino que induce a un cambio de vida en el interlocutor, pero también en nosotros/as: el buen samaritano, que es el mismo Jesús convertido en camino hacia el hombre concreto, histórico y real (ver *Redemptor hominis* 13 y 14), nos invita a reproducir lo más original del modo que tiene Dios de percibir, afectarse y obrar: “¿Cuál de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado por los ladrones?”. “El que tuvo compasión de él”. “*Ve, y procede tú de la misma manera*”. De este modo, el ‘Maestro’ nos muestra en dónde reside la plenitud de la Ley: en ‘ser misericordiosos como el Padre es misericordioso’ (ver *Lc 6,37*). A partir de esta exhortación puede releerse el texto del Deuteronomio: “Este mandamiento que hoy te prescribo no es superior a tus fuerzas ni está fuera de tu alcance [...]. La palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón,

para que la practiques”: en cada persona que llegue a convertirse para ti en prójimo...

Podemos preguntarnos: ¿En qué circunstancias experimenté la misericordia de Dios? ¿Busco hacerme prójimo de las personas que voy encontrando en situación menesterosa? ¿Trato de ayudar, en lo posible de modo creativo y eficaz, sin dejarme influir por los prejuicios? ¿Cuál es ese ‘más’ que posiblemente el Señor me esté pidiendo?

[Domingo XVº durante el año (C): Lc 10,25-37; Dt 30,9-14; Sal 68,14-37; Col 1,15-20]

"No he venido a sembrar paz, sino espadas" (Mt 10,34)

En ocasiones se busca la religión para hallar tranquilidad. No es que esta motivación sea incorrecta, pero sí insuficiente. De hecho, la experiencia religiosa, y mucho más aún la experiencia creyente, queda emparentada con la lucha espiritual. Y entonces, más que paz, lo que tenemos es conflicto, tensión, búsqueda. Efectivamente, lo que más promueve el dinamismo creyente es la constatación de una herida o vulnerabilidad profunda; una insatisfacción de fondo que sólo encuentra paz haciendo reposar nuestra vida en Dios (san Agustín de Hipona).

Por eso, la paz que nos ofrece Jesús será siempre el resultado de una experiencia pascual, en la que la tensión y el esfuerzo no quedarán reñidos con sus frutos gozosos. La libertad interior que unifica nuestra vida es el arduo resultado de una 'autotrascendencia teocéntrica' (L. Rulla). De ahí que, en particular para lo/as cristiano/as, la cruz sea inherente a la vida espiritual: seguir a Jesús nos posiciona en la antípoda de una distendida tranquilidad.

Cuando lo que prevalece en nuestras vidas es el afán de comodidad y despreocupación, el encuentro con el Señor se diluye, y nuestras vidas quedan, en lo profundo, insatisfechas: etimológicamente, 'no suficientemente realizadas'.

Podemos preguntarnos: ¿Qué es lo que verdaderamente entiendo por buscar la paz? Si soy cristiano/a, ¿acepto que esta experiencia tendrá siempre connotaciones pascuales? ¿Tomo mi vida de fe como un 'analgésico', o más bien como una experiencia fascinante que siempre me invita a un 'más' que me desinstala?

"Has escondido estas cosas a los sabios y prudentes" (Mt 11,25)

No siempre las personas inteligentes y sagaces son verdaderamente sabias y prudentes. Me animaría a decir, incluso, que el grado de adquisición de conocimientos no vitales es indirectamente proporcional a la capacidad de 'gustar internamente' (san Ignacio de Loyola) las cosas que realmente importan y nutren la existencia humana.

Jesús alaba a su Padre porque no reveló las cuestiones del Reino a los sabios y prudentes, sino más bien a los pequeños (ver Mt 11,25-27). En hebreo, los *petí* eran los ignorantes, los no instruidos en la Ley, los que no contaban, los que más bien eran despreciados: hoy diríamos, los excluidos sociales. Sin embargo, al modo de ver de Jesús, ellos eran los que estaban en mejores condiciones para percibir la novedad del Evangelio.

La fe es un don de lo alto, que resiste a los soberbios de corazón y se ofrece generosamente a los humildes. La sabiduría que ofrece no es aquel conocimiento de cosas que permite

posicionarse en el mundo como *winner*s, sino más bien la de percibir aquellas otras que enriquecen la vida humana y la dotan de profundidad, perspectiva y trascendencia. Las cuestiones esenciales de la vida; las que hacen al sentido decisivo de la misma.

Podemos preguntarnos: ¿Siento que mi modo de posicionarme en la vida tiende a la autosuficiencia? ¿Me dejo sorprender y autoimplicar por esa percepción inédita que ofrece de la existencia humana una vida de fe?

"El Hijo del hombre es dueño del sábado" (Mt 12,8)

La cultura palestinese hegemónica del tiempo de Jesús se caracterizaba, como aún hoy los entornos religiosos ortodoxos hebreos, por una férrea sujeción a la práctica de la Ley mosaica. Con el tiempo, a esta Ley se habían ido añadiendo otros preceptos que fueron componiendo una importante tradición oral, que luego será debatida y codificada en la *Mishná*, a su vez comentada por el *Talmud*. El riesgo de este significativo incremento en las prácticas religiosas, es que podía hacer perder de vista al hombre.

Jesús, que no vino a suprimir, sino a perfeccionar la Ley y darle plenitud, buscó a lo largo de todo su ministerio público rejerarquizar sabiamente sus prioridades: y a la más importante, que era el amor a Dios y al prójimo, darle nueva relevancia y trascendencia. Es así que en ocasiones como la que describe el Evangelio de hoy (ver Mt 12,1-8), Jesús parece transgredir la Ley: sin embargo, el Señor está tratando de interpretarla desde sus verdaderas prioridades. Y al estilo de un maestro de la Ley hebreo, ofrece argumentos de la

Torah para justificar lo que permite hacer a sus discípulos: arrancar y comer espigas en día sábado.

Toda época y grupo humano tiene sus dogmas y costumbres, que parecerían a primera vista incontrastables. Sin embargo, estos no siempre acaban siendo los más humanizantes, y por eso en ocasiones hay que resistirlos y modificarlos. No todo lo que acaba legalizándose, explícita o implícitamente, es necesariamente ético. Es cierto que tal vez hoy tengamos que tener cuidado con lo contrario: con innovar deshumanizando la ley vigente...

Podemos preguntarnos: ¿Estoy abierto a lo que el Señor quiere decirme hoy, o prevalece en mí la fuerza de la costumbre? ¿Abogo por lo nuevo por el mero hecho de ser nuevo, o prevalece en mí un sano sentido crítico?

"Planearon el modo de acabar con Jesús" (Mt 12,14)

El poder de las tinieblas acecha a la persona de Jesús. Con intrigas, astucia y violencia, los escribas y fariseos buscan el modo políticamente más correcto para terminar con el nuevo profeta. A esta altura del partido, el galileo les resulta un estorbo insoportable, que con sus actitudes, palabras y gestos cuestiona el modo de vivir la fe que hasta el momento los legitimaba a ellos como autoridades en Israel.

Los doctores de la Ley y líderes religiosos del pueblo se resisten al cambio promovido por Aquél cuya vida los interpela. Porque la autenticidad del humilde profeta compasivo, que pasó su vida haciendo el bien y sanando heridas, pone de manifiesto el culto vacío, la moral opaca y los dobles discursos de aquel entorno de hipócritas. De ahí que el siervo, el elegido de Yahveh, el amado y

predilecto de Dios deba padecer, ineludiblemente, para "implantar la justicia y el derecho" (ver Mt 12,16-21).

Podemos preguntarnos: ¿Estoy abierto a los valores auténticos de la vida y de la fe? ¿Me dejo cuestionar por el estilo de vida de aquellas personas que verdaderamente los encarnan en su modo de ser y de obrar? ¿Soy yo mismo/a testigo de esos valores para los demás?

Décimo Sexta Semana

“Una sola cosa es necesaria” (Lc 10,42)

Las lecturas bíblicas nos invitan a meditar e interiorizar la articulación profunda que existe entre don, esfuerzo y sabiduría.

1) *En la lógica del don.* El don se manifiesta y ofrece en la hospitalidad, ya que siempre supone un modo de acoger: “Una mujer que se llamaba Marta lo recibió en su casa [a Jesús]”. Esta misma hospitalidad es la que mueve a Abraham a recibir a esos tres extraños peregrinos del desierto: “Señor mío, si quieres hacerme un favor, te ruego que no pases de largo delante de tu servidor”. El dinamismo de ese mismo don, si es correspondido de modo auténtico, conlleva reciprocidad, y se expresa elocuentemente en la gratitud: “Volveré [dirá a Abraham uno de esos forasteros] a verte sin falta en el año entrante, y para ese entonces Sara habrá tenido un hijo”. En la lógica del don, el gesto de Abraham no quedó sin recompensa. Por el contrario, el modo de correspondencia superó con creces el ofrecimiento inicial.

2) *El sentido o sinsentido del sacrificio.* El don puede ofrecerse de manera impura o envenenada (J. L. Marion): es lo que ocurre cuando promueve dobles efectos, asociados a intereses o necesidades ocultas; a saber, cuando el don no es, en realidad, verdaderamente gratuito o libre. Y entonces el esfuerzo por ofrecerlo parece pesar. Es lo que ocurre con Marta en el relato que comentamos: “Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola con todo el trabajo? Dile que me ayude”. Algo no cierra del todo en la actitud de Marta, que posiblemente se siente obligada a hacer más de lo que tal vez estaba en sus manos. Por eso su don parece emparentarse con la queja amarga por la desidia de su hermana más que con el gozo distendido de la caridad. Es lo que nos acontece cuando ofrecemos algo no bien discernido, forzosamente o sin haber hecho el suficiente trabajo previo de desapropiación.

Por supuesto que el ofrecimiento del don siempre supondrá esfuerzo o sacrificio. En el ejemplo que vimos de Abraham, él se movilizó con su esposa para brindar la mejor hospitalidad posible a los tres visitantes: porque el don supone la entrega, junto con lo dado, de uno mismo como donante. Es lo que testimonia Pablo cuando afirma: “Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, para bien de su Cuerpo, que es la Iglesia”. Donarse es participar de la donación de amor del Señor, y esto conlleva inevitablemente algún modo de oblación: el don es presencia (cuerpo) que se derrama (sangre) gratuitamente en caridad, dando la vida sin que nadie nos la quite.

3) *Lo verdaderamente importante.* El dinamismo del don nos hace focalizarnos en lo que verdaderamente importa: “Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas, y sin embargo, una sola cosa es necesaria. María eligió la mejor parte, que no le será

quitada”. Una actitud sapiencial sabe integrar en el don esfuerzo y gratitud de modo satisfactorio: sin el primero no hay verdadero ofrecimiento; sin la segunda no hay verdadero exceso. ‘Marta y María deben ir juntas’, decía Santa Teresa de Ávila: es lo que comporta la vertiente autoimplicativa de la fe, donde el don nos mueve en gratitud y gratuidad (A. Cencini), y donde el ofrecimiento es siempre escuchado previamente como don ofrecido a nuestra libertad.

Esta es la experiencia de Pablo a la hora de evangelizar: “He sido encargado de llevar a su plenitud entre ustedes la Palabra de Dios, el misterio que estuvo oculto desde toda la eternidad y que ahora Dios quiso manifestar a sus santos [...], a fin de que todos alcancen su madurez en Cristo”. La tarea, si bien exigente, es llevada adelante con entusiasmo, porque es considerada un don en primer lugar para el mismo que la realiza. A esto podríamos denominar ‘mística del don’: a la capacidad sapiencial de unir teologalmente don y tarea, acción de gracias y abnegación, gozo y esfuerzo, ganar la vida perdiéndola y resucitar muriendo.

Podemos preguntarnos: ¿Vivo, en la lógica del don, actitudes de gratitud y gratuidad? Mi actividad, ¿está bien orientada, o más bien me deja insatisfecho/a? ¿Tengo mi vida sapiencialmente centrada en lo único verdaderamente importante?

*[Domingo XVIº durante el año (C): Lc 10,38-42; Gen 18,1-10;
Sal 14,2-5; Col 1,24-28]*

Décimo Séptima Semana

“Señor, enséñanos a orar” (Lc 11,1)

1) Los discípulos le piden a Jesús que les enseñe a *orar*, y Él condensa esta enseñanza en las conocidas palabras del *Padrenuestro*. En la versión de Lucas, esta oración-síntesis de los cristianos comienza por una alabanza (“Padre, santificado sea tu Nombre”); continúa por dos peticiones asociadas a la providencia divina en general (“Que venga tu Reino, danos cada día nuestro pan cotidiano”); se orientan hacia la misericordia de Dios en particular (“Perdona nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a aquéllos que nos ofenden”); y concluye con un profundo anhelo de perseverar en el buen camino (“No nos dejes caer en la tentación”). De este modo, la oración de los cristianos tiene en esta formulación breve enseñada por Jesús su núcleo inspirador y fundante (ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº2761).

2) Sin embargo, el Evangelio de hoy insiste en la necesidad de *orar confiada y perseverantemente*: “Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá”. Y se ponen como bases comparativas para adoptar esta actitud dos elocuentes ejemplos tomados de la experiencia humana: una asociada a la (a) amistad, y la otra a la (b) paternidad: (a) “Supongamos que alguno de ustedes tiene un amigo y recurre a él a medianoche” y le pide un pan para otro que acaba de llegar, “aunque él no se levante para dárselos por ser su amigo, se levantará al menos a causa de su insistencia y le dará todo lo necesario”. (b) “Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a aquéllos que se lo pidan!”. La inferencia que se

desprende de estos ejemplos es sumamente clara: ¡Vale la pena orar con decisión!

3) Como modelo de esta oración perseverante y confiada, la primera lectura nos presenta la figura de *Abraham*, empeñado incansablemente en impedir que Dios destruya las simbólicas ciudades pecadoras de Sodoma y Gomorra: “¿Así que vas a exterminar al justo junto con el culpable?”. Gracias a esta oración, al menos de momento estos poblados seguirán en pie. También el salmista hace experiencia de que su oración ha sido favorablemente acogida por Yahveh: “¡Me escuchaste, Señor, cuando te invoqué!”. En realidad, este mismo testimonio de acción de gracias podría darlo cualquier persona que haya verdaderamente luchado con Dios en la oración: el Señor nunca desoye nuestros ruegos.

4) Sin embargo cabe la pregunta: *¿Dios siempre nos concede aquello que le pedimos?* ¿No es acaso cierto que muchas veces los acontecimientos se desarrollan en sentido exactamente contrario a lo anhelado por el orante? Por eso hay que aclarar que lo que el Padre nos garantiza, de acuerdo a la versión de Lucas, es el Espíritu Santo. El principal fruto de la oración no es entonces la obtención de alguna otra cosa concreta, sino la mayor comunión con el designio de Dios a partir de un fortalecimiento de la vida teologal. El fundamento último de esta comunión es que “en el bautismo, ustedes fueron sepultados con Cristo, y con Él resucitaron”, de modo que “Cristo los hizo revivir con Él, perdonando todas nuestras faltas”. La oración actualiza nuestra experiencia filial ante Dios, renueva nuestro bautismo, purifica nuestra vida y la santifica en su presencia. Y eso mismo hace a favor de todas aquellas personas por las que oramos con amor.

Podemos preguntarnos: ¿Oro con insistencia? ¿Busco el designio de Dios para conmigo en la vida de todos los días? ¿Me relaciono con Él desde una experiencia filial, con confianza y docilidad interior?

*[Domingo XVIIº durante el año (C) – Lc 11,1-13; Gen 18,20-32;
Sal 137,1-8; Col 2,12-14]*

**"El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza"
(Mt 13,31)**

En ocasiones nos cuesta aceptar en la vida el lento ritmo de Dios para con las cosas importantes. En la actualidad estamos acostumbrados a resolver *on-line*, en tiempo real, la mayoría de nuestros asuntos, y por eso no estamos habituados a esperar: para todo tenemos prisa. Sin embargo, las cuestiones decisivas de la vida tienden a madurar muy lentamente: y si las apuramos, acaban estropeándose. Los frutos de un empeño laborar exigente, las vinculaciones humanas más significativas y relevantes, las intuiciones vitales más luminosas y prometedoras, la misma experiencia religiosa o creyente, son algunos de estos ingredientes profundos de la existencia que no maduran del día para la noche.

De ahí que estamos llamados a cultivar en nuestras vidas la virtud de la paciencia. Ser pacientes es dedicarse con constancia y humildad a lo que percibimos como valioso, afrontando con entereza y serenidad la posible adversidad que se presente. Ser pacientes es asumir con determinación, realismo y valentía una causa verdaderamente importante, y tras ella, la misma vida en su conjunto con tono esperanzado.

Así como en el imaginario cultural de los tiempos de Jesús un grano de mostaza crecía lentamente (ver *Mt* 13,31-43), también todo aquello que tiende a perdurar, por guardar relación con una mirada trascendente de las cosas (=el Reino), cobra forma y color muy de a poco. Y así como en aquellos tiempos era casi imposible que no brotara la maleza junto al grano bueno y sano, también en nuestra vida es casi inevitable que surjan dificultades y obstáculos internos y externos.

Podemos preguntarnos: ¿Soy paciente? ¿Confío en que si trabajo con dedicación y honestidad el esfuerzo finalmente producirá algún fruto? ¿Acepto que la misma historia humana sea 'una larga paciencia de Dios'?

"Se parece a un tesoro escondido en el campo" (*Mt* 13,44)

Cuando en nuestras vidas acontece algo muy importante, somos capaces de relativizarlo todo en función de ese nuevo hallazgo. La experiencia humana más significativa, al respecto, es la del enamoramiento: cuando aparece una persona significativa en nuestras vidas, todo comienza a girar en torno a ella. Desde una perspectiva negativa, podría decirse algo semejante de una experiencia límite: por ejemplo, una gran pérdida, o la misma enfermedad grave. Ambas marcarán un antes y un después en nuestro modo de percibir y afrontar la vida diaria.

Algo análogo a estas experiencias con trasfondo humano sucede en el plano de lo religioso: cuando irrumpe el Misterio trascendente, el totalmente Otro, fascinante y tremendo, la vida comienza a girar en torno a este acontecimiento decisivo, que inevitablemente marcará un antes y un después. En particular,

cuando en la experiencia creyente nos encontramos con la persona de Jesucristo, emerge en nuestras vidas una nueva clave para interpretar los acontecimientos y para posicionarnos de cara a las vicisitudes cotidianas. Es lo que podemos denominar estilo teologal: todo comienza a mirarse desde la Pascua del Señor.

Esto es lo que buscan hacernos percibir las dos pequeñas parábolas de hoy: la del tesoro escondido en el campo y la de la perla de gran valor hallada por un comerciante (ver *Mt* 13,44-45). En ambos casos, todo lo hasta el momento visto o experimentado palidece ante la posible nueva adquisición. "Lo que antes consideraba ganancia, ahora lo tengo por basura a causa de Cristo" (*Fp* 3,7).

Podemos preguntarnos: ¿Cuál ha sido el hallazgo más significativo de mi vida? ¿En qué sentido esto afectó mi modo de posicionarme en la existencia? ¿En qué sentido podría seguirlo afectando?

"Yo creo que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios" (*Jn* 11,27)

La fe es una certeza oscura, decía san Juan de la Cruz. De esta convicción da cuenta la respuesta de Marta: ante la muerte de su hermano Lázaro, se fía de la presencia y palabras de Jesús y presta su asentimiento creyente, aunque 'no ve nada'. Decir que la fe es una certeza significa que en la adhesión a la misma no puede tener lugar la duda. Esta seguridad no proviene solamente del plano reflexivo o volitivo del creyente, sino que más bien es posibilitada y atestiguada por el Espíritu Santo en el corazón de la persona de fe. Hasta tal punto, que ésta última llega a ser lo más real y decisivo que pueda llegar a concebir.

En contrapartida, y casi paradójicamente, decir que la fe es oscura significa que la misma trasciende nuestra capacidad de experiencia e intelección. La fe es inasible no por defecto, sino por exceso de luminosidad. Esto es constatable no sólo al momento de buscar una comprensión interna de la misma, sino también al momento de vivirla concretamente a lo largo de la vida. Es así que, aunque seamos creyentes, no siempre percibimos con claridad lo que el Señor está queriendo de nosotros; por más que, en última instancia, nos abramos a las implícitas connotaciones pascales de su proyecto salvífico. "¡Qué bien se yo la fonte do mana y corre, aunque es de noche!" (San Juan de la Cruz).

Podemos preguntarnos: ¿Estoy dispuesto a mantener viva y alimentar mi fe, incluso cuando el actual contexto cultural tienda a diluirla o apagarla? ¿Confío que detrás de la aparente oscuridad de la fe se esconde una luminosidad insospechada?

"¿De dónde saca éste esa sabiduría y esos milagros?" (Mt 13,54)

La población de Nazaret queda sorprendida por la desproporción que percibe entre la sabiduría y milagros de Jesús, y el conocimiento que de Él tiene como hijo del carpintero. Jesús es más común de lo que debería ser un maestro o un profeta: podría decirse que se les asemeja en todo, menos en esa extraña elocuencia y en la capacidad de realizar signos de un nuevo orden.

Lo cierto es que el Señor desmitifica nuestra tendencia a identificar la experiencia creyente con el mundo de lo mágico. Éste último tiende a producir distancia y manipulación de lo sagrado: distancia para los no iniciados, lo cual se expresa en fuertes dosis

de secreto y temor amenazante; manipulación para controlar y someter esos poderes ocultos a intereses personales e incluso mezquinos.

Jesús, por el contrario, se manifiesta y manifiesta abiertamente el Reino de Dios con sencillez; invita a ingresar en otro orden de cosas con relativa naturalidad. Esto es lo que más impacta e interpela a quienes lo conocen de cerca, porque lo vieron crecer: la simplicidad y cercanía con que su presencia y figura evoca el misterio escondido de un Dios trascendente y lejano.

Podemos preguntarnos: ¿Soy capaz de descubrir y agradecer la presencia de Jesús en los signos de la vida diaria?

"No te es lícito tenerla" (Mt 14,4)

Como un preludio de la pasión del Señor, Juan el Bautista es decapitado (ver Mt 14,1-12). El motivo de fondo era que a menudo le recordaba a Herodes que no podía tomar por mujer a la esposa de su hermano. Y si bien él lo respectaba y escuchaba con gusto, Herodías, la mujer en cuestión, buscaba una ocasión favorable para deshacerse del profeta.

En el relato contrasta abiertamente la integridad de Juan con la pusilanimidad de Herodes. Como acontecerá con Jesús y Pilato (ver Jn 18,28-40), o como había sucedido con Urías y David (ver 2 Sam 11), también aquí, por anticipado, parecería que quien se conduce con dignidad soberana y mayor autoridad moral es el que aparentemente está subordinado, prisionero y privado de toda potestad.

La bajeza de Herodes (Pilato y David) enaltecen la grandeza del Bautista (Jesús y Urías). En nuestro tiempo, cuando un evidente

laicismo militante de minorías, asociado a ideologías abortistas y de género en expansión, buscan imponerse a la opinión pública internacional y traducirse en marcos legislativos para la mayoría, también los cristianos y las Iglesias estamos llamados a dar un testimonio íntegro, e incluso martirial, de nuestras convicciones humanas más profundas y fundamentales.

Podemos preguntarnos: ¿Busco ser coherente con mis convicciones de fe y sus corolarios éticos? ¿Hago lo posible para manifestarla/os oportunamente?

Décimo Octava Semana

“Busquen los bienes del cielo” (Col 3,1)

1) Cada tanto, las personas nos detenemos a *reflexionar* y *hacer balances*: sobre todo cuando acontece algo inusual en nuestras vidas. Un hecho sorprendente e inesperado, una situación límite que pone al descubierto nuestra finitud creatural, nos hace tomar consciencia, con mayor realismo, de cómo funciona la vida o de cómo estamos parados en ella. Ésta es la experiencia que ha tenido el autor del libro del *Eclesiastés*, en un momento de crisis colectiva en Israel, hacia el siglo II a.C.: “¡Vanidad, pura vanidad! [...]. Un hombre que ha trabajado con sabiduría, con ciencia y eficacia, tiene que dejar su parte a otro que no hizo ningún esfuerzo [...]. Todos sus días son penosos, y su ocupación, un sufrimiento; ni siquiera de noche descansa su corazón”.

Lo cierto es que en ocasiones trabajamos y nos empeñamos denodadamente por lograr objetivos que luego resultan vacíos, o

que no acaban dando de sí todo aquello que aguardábamos. Es sobre todo promediando la mitad de la vida que, decepcionados, tendemos a realizar este tipo de constataciones. De ahí la advertencia de Jesús: “Cuídense de toda avaricia, porque aún en medio de la abundancia, la vida del hombre no está asegurada por sus riquezas”. Al hombre que estaba sobradamente satisfecho por lo que sus campos, ingenio y laboriosidad habían producido, el Señor lo confronta abiertamente con el desenlace de su vida: “Insensato, esta misma noche vas a morir. ¿Y para quién será lo que has amontonado?”. Algo semejante podría ocurrirnos a nosotros, y de hecho nos ocurre, cuando nuestro trabajo no está del todo bien orientado por el designio de Dios: sobre todo en el marco motivacional.

2) De ahí la invocación del salmo: “*Enséñanos a calcular nuestros años, para que nuestro corazón alcance la sabiduría*”. Parafraseando a san Ignacio de Loyola, es sabio quien tiende a ordenar todos sus afectos y pensamientos, decisiones y acciones hacia el fin último para el que fue creado (ver *Principio y Fundamento de los Ejercicios Espirituales*). En particular, es sabio el creyente que no pierde de vista que es peregrino hacia la vida eterna, y vive consecuentemente; procurando que toda su actividad esté motivada, impregnada y orientada hacia un destino teológico y trascendente. Sólo quien se arraiga en la existencia de este modo ‘sabe’ vivir bien, y puede hacerlo con sano optimismo.

A esto nos invita la carta a los *Colosenses*, en donde se nos dice: “Ya que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes del cielo donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Tengan el pensamiento puesto en las cosas celestiales y no en las de la tierra”. Esta orientación trascendente debe ir acompañada por

un esfuerzo ascético: “Hagan morir en sus miembros todo lo que es terrenal: la lujuria, la impureza, la pasión desordenada, los malos deseos y también la avaricia, que es una forma de idolatría”. De hecho, es lo ‘terrenal’, en sentido déuterio-paulino y por su carácter ‘idolátrico’, lo que tiende a dejarnos insatisfechos y decepcionados: lo que nos induce al escepticismo reflejado en las citadas palabras de Qohelet.

3) “Ustedes se despojaron del hombre viejo y de sus obras y se *revistieron del hombre nuevo*, aquél que avanza hacia el conocimiento perfecto, renovándose constantemente según la imagen de su Creador”. Esta exhortación nos estimula a vivir de un modo nuevo: en clave de autotrascendencia teocéntrica (L. Rulla), abriéndonos al don nuevo de lo alto y dejando que las mismas pruebas de la vida nos vayan depurando de toda inconsistencia. La docilidad al llamado de Dios, que nos invita siempre a más, es el que abre en realidad horizontes plenos de esperanza.

Podemos preguntarnos: ¿Llevo una vida dispersa, anclada en lo terrenal o en las preocupaciones inmediatas? ¿Sé dar la justa importancia a cada cosa, poniendo como criterio último de discernimiento la orientación teologal donada a nuestra propia existencia?

[Domingo XVIIIº durante el año (C): Lc 12,13-21; Ecl 1,2; 2,21-23; Sal 89,3-17; Col 3,1-11]

"Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" (Mt 14,31)

Los judíos del tiempo de Jesús no eran buenos navegantes, y por eso atribuían al mar poderes oscuros y demoníacos, que inspiraban una mezcla de temor y respeto: incluso para los

pescadores, que se adentraban al lago de Genesaret en precarias barcas. De ahí que una tormenta pudiera generar pánico. Los discípulos se asustan al ver caminar a Jesús sobre las aguas, pensando que se trataba de un fantasma. La soberanía de Jesús sobre el poder de las tinieblas los sorprenden. Él busca serenarlos, y Pedro en cierto modo se autoinvita a caminar por las aguas. Pero la violencia del oleaje lo atemoriza (ver *Mt 14,22-36*), y pronto comienza a hundirse: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?", le recriminará el Señor.

Las olas son metáfora de las situaciones límite que no controlamos y nos tienen en vilo con angustia: de todo aquello que nos retrae e inhibe nuestro comportamiento; que parece amenazarnos y, literalmente, hundirnos. En vez de mirar a Jesús, Pedro se dejó sugestionar por el poder de las olas: no supo mantener la tensión teologal propia de la fe, y librado a sí mismo, podría haberse ahogado. También a nosotros/as puede pasarnos que de cara a situaciones difíciles y angustiantes que nos toquen vivir nos olvidemos de confiar en Jesús, y que impresionado/as por los acontecimientos, obremos por nosotros/as mismo/as sin horizonte creyente, confiando más en nuestras fuerzas que en el poder de Dios. Y puede que también entonces tendamos a hundirnos.

Podemos preguntarnos: ¿Cuál es esa situación que habitualmente me desanima y deprime? ¿Cómo puedo prepararme para afrontarla desde una perspectiva creyente más sólida y serena, confiando más en el Señor que en mí mismo/a?

"Los cachorros comen las migas que caen de la mesa de sus dueños" (Mt 15,27)

El pasaje de *Mt 15,21-28* nos presenta un momento clave en el discernimiento pastoral de Jesús. Si bien refleja una convicción ya afianzada en la primitiva comunidad cristiana palestinese, a saber, el destino universal del mensaje evangélico, nos muestra a un Jesús desafiado a cambiar radicalmente la orientación de su misión. En efecto, deberá pasar de la convicción humana de haber sido enviado sólo a las ovejas perdidas de Israel, a una tarea pastoral más amplia, que incluirá incursiones por territorio pagano, y trato con personas que encarnan o simbolizan lo que históricamente fueron considerados cultos idolátricos en pugna con la auténtica fe del pueblo elegido.

Humanamente hablando, Jesús debe experimentar una conversión pastoral, un cambio de criterios. Como aconteció con los primeros cristianos, su vida y misión tendrá que adoptar un tono más universal, que es lo que expresa el mandato misionero final de este mismo Evangelio de Mateo: "Vayan y hagan discípulos a todas las naciones, bautizando en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (*Mt 28,19*).

También en nuestro presente cambio de época, lo/as cristian/as estamos llamados a la conversión pastoral: a pasar de estructuras y prácticas caducas a una evangelización "nueva en su ardor, en sus métodos y expresión" (Juan Pablo II). Esto incluirá el entrar en diálogo con sectores sociales y grupos religiosos hasta el momento ignorados o estigmatizados. Para eso es preciso un cambio de mentalidad, ya que normalmente lo más difícil de modificar no son las prácticas y acciones, sino más bien los criterios rectores que animan las mismas. Es cierto que después cada

persona puede pensar que lo que habría que modificar en el aspecto criteriológico son cosas muy diferentes, incluso a veces opuestas entre sí... (ver V. M. FERNÁNDEZ, *Estructuras caducas y conversión pastoral*, Ágape Libros, Buenos Aires 2010).

Podemos preguntarnos: ¿Soy sensible al cambio de época? ¿Percibo las transformaciones profundas que van produciéndose en el entorno socio-cultural y también pastoral? ¿En qué sentido me afectan también a mí? ¿Qué perfil propositivo adopto de cara a estas nuevas situaciones?

"Tus pensamientos no son los de Dios" (Mt 16,23)

Promediando su ministerio público, Jesús hace un sondeo de opinión: "¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre?" (Mt 16,13). Las respuestas son variadas, pero todas coinciden en captar solamente el aspecto humano de su persona. Como en tiempos posteriores, también para sus contemporáneos Jesús pudo haber sido un gran profeta, semejante o incluso superior a los conocidos hasta el momento. Sin embargo, para quienes vivieron con Él, lo escucharon hablar y lo vieron realizar signos, Jesús es algo más que eso: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo", le responderá Pedro. Como los demás discípulos, él había captado, o al menos intuido, un misterio más profundo en el profeta galileo: en Jesús 'había más' que lo que a primera vista podía parecer.

No obstante, que Pedro haya profesado correctamente su fe en el Señor, no significa que comprendiera acabadamente los corolarios de esta afirmación, particularmente en lo referente a la misión del Hijo del hombre: "Dios no lo permita, eso no sucederá", sugerirá con muy buena voluntad ante el anuncio de sufrimiento,

condenación y muerte del Señor. Pedro aún no había comprendido que la misión de Jesús debía transitar el misterio pascual, y que éste comenzaría por la pasión. Esta perspectiva mesiánica le resultaba incomprensible y hasta desatinada. En parte por esto en la noche del prendimiento lo negará: no sólo a causa del miedo a sufrir una suerte semejante, sino sobre todo debido a la perplejidad profunda que le producía aceptar que el Mesías, el Hijo de Dios, tuviera que padecer ignominiosamente.

También a nosotros el Señor podría decirnos en algunas circunstancias: "¡Retírate, ve detrás de mí, Satanás! Tú eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres". Por ejemplo, cuando circunscribimos la acción providencial de Dios a un mero cálculo humano de probabilidades; cuando desconfiamos que las pruebas y obstáculos de la vida conlleven algún sentido; cuando creemos que en ningún caso debemos perder el control de lo que nos acontece.

Podemos preguntarnos: ¿Quién es Jesús para mí? ¿Me identifico con su estilo mesiánico, o más bien busco adecuarlo a mis intereses y conveniencias? ¿Acepto que la fidelidad a su persona me conducirá también a mí a sufrir mucho, y en ocasiones a ser condenado y morir?

"Porque ustedes tienen poca fe" (Mt 17,20)

Los discípulos de Jesús no pudieron sanar al hijito de quien posteriormente se acercó a Él pidiéndolo que lo liberara de su epilepsia. Y por eso el Señor recriminará a los suyos la poca fe (ver Mt 17,14-20). Y añadirá: "Si tuvierais fe del tamaño de un grano de

mostaza, diríais a esta montaña: 'Trasládate de aquí a allá', y la montaña se trasladaría".

En realidad, este pasaje parece ponernos en un brete, ya que no siempre que invocamos el poder de Dios con confiada insistencia él nos concede todo aquello que le pedimos tal cual se lo pedimos. Lo que ciertamente siempre nos ofrece es su Espíritu, para configurarnos con su querer y designio, pero no en todos los casos aquellas peticiones categoriales y concretas que nosotros deseamos y esperamos.

La explicación más plausible para dar cuenta de este pasaje es que, en tiempos de Jesús, la epilepsia era considerada una posesión diabólica: y entonces sí hubiera tenido sentido hablar de oración insistente, o de una fe que mueva montañas. En la pedagogía del Maestro, lo que se busca subrayar es que Dios nunca deja a sus creaturas, que confían en Él y lo buscan, libradas al poder del Maligno. Por eso el texto dirá que "Jesús increpó al demonio, y éste salió del niño, que desde aquel momento, quedó sano".

Podemos preguntarnos: ¿Me dirijo confiadamente al Señor cuando me veo asaltado por la tentación? ¿Busco trascenderme y reposar en Él para no sucumbir a las tormentosas olas de las pasiones? ¿Dejo que Él viva en mí y desaloje toda otra presencia maligna, o menos buena?

Décimo Novena Semana

“La fe es la garantía de los bienes que se esperan”

(Heb 11,1)

1) Los cristianos *camina*mos en la fe, que según la epístola a los Hebreos, “es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven”. Es decir, transitamos la vida animados de una ‘certeza oscura’, en plena ‘noche’ (san Juan de la Cruz), sin experimentar aún lo que nos ha sido prometido: propio de la fe es avanzar en esperanza, no en la visión (san Agustín de Hipona).

Por eso, todos los testigos que nos precedieron, y sobre todo los de la Primera Alianza, “murieron en la fe, sin alcanzar el cumplimiento de las promesas: las vieron y las saludaron de lejos, reconociendo que eran extranjeros y peregrinos en la tierra”. En cierto modo también nosotros seguimos saludando de lejos las promesas, como forasteros en camino, sin experimentar aún el Reino consumado. “Los que hablan así demuestran claramente que buscan una patria”, porque “si hubieran pensado en aquélla de la que habían salido, habrían tenido oportunidad de regresar. Pero aspiraban a una patria mejor, nada menos que la celestial”.

2) El corolario de este horizonte existencial, es la exhortación de Jesús: “*Vendan sus bienes y denlos como limosna*. Háganse bolsas que no se desgasten y acumulen un tesoro inagotable en el cielo, donde no se acerca el ladrón ni destruye la polilla. Porque allí donde tengan su tesoro, tendrán también su corazón”.

Vender y compartir lo que se posee, dándolo a los pobres para seguir a Jesús y eternizar la riqueza, es convertir todo aquello que hayamos recibido en don para Dios y los demás: 'Todo nuestro haber y poseer', dirá san Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios Espirituales*. Lo que el Señor nos pide es una actitud radical de desapropiación: trascendiendo nuestra tendencia posesiva, consignarnos por entero, sin retener para nosotros nada que pueda corromper el inflexible paso del tiempo o robar la codicia y envidia ajena. Esto es hacer fructificar lo recibido, en esto consiste el ser buenos administradores para Dios.

3) Poner el corazón en las promesas y vender permanentemente lo que se recibe, supone *cultivar una actitud de vigilancia*: "¡Felices los servidores a quienes el señor encuentra velando a su llegada!". Es estar preparados, "porque el Hijo del hombre llegará a la hora menos pensada". La vigilancia exige cultivar la esperanza sin claudicar, sin 'coger flores' ni 'temer las fieras' (san Juan de la Cruz), orientando todo nuestro ser hacia Dios con decisión, irrevocablemente.

Por eso, "el servidor que, conociendo la voluntad de su señor, no tuvo las cosas preparadas y no obró conforme a lo que él había dispuesto, recibirá un castigo severo". El castigo consistirá básicamente en la inadecuación a la fiesta: al que no vigiló, ésta lo tomará de improviso, sin el traje adecuado. Dicho en términos futbolísticos, lo encontrará en *off-side*.

Podemos preguntarnos: ¿Busco reavivar una motivación teologal fundamental en mi vida de creyente? ¿Me animo a caminar en esperanza, despojado de todo aquello que obstaculice en mí 'el fin para el que he sido creado' (san Ignacio de Loyola, EE 23)?

[Domingo XIXº durante el año (C): Lc 12,32-48; Sap 18,5-9; Sal 32; Heb 11,1-19]

**"Si tu hermano peca contra ti, ve y corrígelo en privado"
(Mt 18,15)**

La corrección fraterna es una exigencia de la caridad. Sólo quien ama de verdad es capaz de ayudar honestamente a que otra persona se corrija, exponiéndose con esto a toda clase de malas interpretaciones o reacciones de su parte. En la práctica, nos tiende a parecer políticamente más correcto y seguro, hacer notar a otras personas el defecto o error del/a interesado/a. Si bien esto puede obligarla indirectamente a revisar sus actitudes o conductas, no siempre las modificará por convencimiento interno y profundo, transformándose desde dentro: usualmente lo hará porque no le quedará más remedio que hacerlo.

La corrección fraterna es una expresión de caritativa paciencia que estimula el crecimiento de un tú y fortalece los vínculos profundos. Es una apuesta en esperanza, ya que posibilita y personaliza el despliegue de lo mejor de una persona, aletargado u obstruido por un determinado comportamiento irresponsable. Y lo hace salvando su honor: su prestigio social y su propia dignidad.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy siempre dispuesto a corregir con el gesto y la palabra oportuna? Cuando me expreso de este modo, ¿lo hago por verdadera caridad o más bien con espíritu de bronca y despecho? ¿Busco que la otra persona verdaderamente crezca en cuanto tal?

"¿No debías tú también tener compasión de tu compañero?" (Mt 18,33)

En ocasiones esperamos de las demás personas mucho más de lo que nosotros/as mismo/as estamos dispuesto/as a ofrecer. Y con el Señor nos acontece lo mismo. En el presente pasaje la cuestión de fondo es el perdón: "¿Cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano?" (Mt 18,21). Jesús no pone límite al número de veces. Por el contrario, cuenta la parábola de un servidor que tenía una deuda enorme e impagable para con su amo, y a quien éste finalmente se la condonó; pero que no fue capaz, a su vez, de perdonar un monto muchísimo menor a otro consiervo suyo.

La moraleja es clara: si no perdonamos de corazón a nuestros hermanos, tampoco el Padre celestial hará lo propio con nosotros. *Podemos preguntarnos: ¿Estoy abierto a ese perdón de corazón? ¿Soy capaz de ponerme en el pellejo de mi prójimo?*

"Que el hombre no separe lo que Dios ha unido" (Mt 19,6)

En nuestra época cuesta mantener en el tiempo, y de modo irrevocable, los compromisos asumidos con anterioridad. Esto se aplica no sólo a las operaciones comerciales o a los contratos laborales, sino también a los vínculos de amistad y a la misma relación matrimonial. Hoy por hoy la mayoría de los Estados tienen promulgadas leyes que contemplan el divorcio. Como lo hace notar Jesús (ver Mt 19,3-12), esto es factible "por la dureza del corazón de ustedes, pero al principio no era así".

El matrimonio monogámico e indisoluble es para el cristiano sacramento del amor fiel que Dios tiene por su pueblo, y Cristo por

su Iglesia. Desde una perspectiva antropológica, permite a los cónyuges perseverar, de por vida, en un fecundo camino de autotranscendencia en el amor. En la medida que esto desafía a una cada vez más generosa entrega, purificada progresivamente de los inevitables egoísmos y mezquindades iniciales, las personas crecen en su capacidad oblativa.

Por otra parte, la fidelidad de los esposos se convierte en un testimonio recíproco del valor incondicional de la persona humana. El otro o la otra vale por lo que es, pase lo que pase: se lo hago saber y me lo hace saber. En este sentido, el amor fiel contribuye a consolidar la insustituible experiencia fundante acerca de 'la amabilidad intrínseca del propio ser' (A. Cencini): a partir del propio dar la vida por un alguien concreto, sabiendo que a su vez ese alguien concreto lo hace por mí, con un amor hasta el extremo.

Podemos preguntarnos: si soy casado/a, ¿cómo estoy viviendo la relación con mi esposo/a? ¿Hago lo posible, en lo cotidiano de la vida, por ser creativo/a al momento de recrear el amor primero?

Vigésima Semana

“Yo he venido a traer fuego sobre la tierra” (Lc 12,49)

1) La *conflictividad* es un ingrediente inevitable en nuestra vida diaria. A veces emerge por falta de delicadeza de nuestra parte en la relación que establecemos con las demás personas. Pero también puede ocurrir que acontezca como consecuencia de un estilo de vida coherente con algunas convicciones fundamentales.

Esto es lo que aconteció con Jeremías, el profeta de la Primera Alianza que tuvo por misión comunicar a su pueblo la destrucción de Jerusalén: “Esta ciudad será entregada al ejército del rey de Babilonia, y éste la tomará”.

La reacción de los jefes del pueblo no se hizo esperar: “Que este hombre sea condenado a muerte, porque con semejantes discursos desmoraliza a los hombres de guerra que aún quedan en esta ciudad, y a todo el pueblo. No, este hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia”. Como consecuencia de su prédica, Jeremías será arrojado en una cisterna profunda, con barro en el fondo y sin alimento. Desde su situación límite se hacen comprensibles las palabras de confianza expresadas por el salmista en medio de su angustia: “Yo soy pobre y miserable, pero el Señor piensa en mí; Tú eres mi ayuda y mi libertador, ¡no tardes, Dios mío!”.

2) La vida de profetas como *Jeremías* *preludia lo que acontecerá con el mismo Jesús*: “Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo! Tengo que recibir un bautismo, ¡y qué angustia siento hasta que esto se cumpla plenamente!”. También el mensaje de Jesús encontrará fuerte resistencia y hostilidad entre los suyos, y algo semejante predecirá para los discípulos que se tomen en serio su seguimiento: “¿Piensan ustedes que he venido a traer la paz a la tierra? No, les digo que he venido a traer la división”. Y esto, ¡incluso en el seno de la misma familia!

El Evangelio de Jesús no es fácil de digerir: viene preñado de nueva vida, y no se condice con los criterios hegemónicos y rastrosos que normalmente rigen la historia humana. Por eso quien se lo tome a pecho deberá inevitablemente sufrir. Quien adhiera a la

fe para encontrar reposo y tranquilidad, equivocó el camino. El mensaje del Señor siempre nos sumergirá en el dramatismo de la existencia.

3) De ahí que *la tentación de lo/as cristiano/as pueda ser el desaliento* o la desesperanza. En referencia a esto, la epístola a los Hebreos busca fortalecernos: “Ya que estamos rodeados de una verdadera nube de testigos, despojémonos de todo lo que nos estorba, en especial del pecado, que siempre nos asedia, y corramos resueltamente al combate que se nos presenta. Fijemos la mirada en el iniciador y consumidor de nuestra fe [...]. Piensen en Aquél que sufrió semejante hostilidad por parte de los pecadores, y así no se dejarán abatir por el desaliento”.

Sólo el encuentro y contemplación permanente del misterio de Jesucristo podrá sostenernos en medio de las vicisitudes de su seguimiento. Sólo la confianza plena en Él, insistentemente recreada mediante la oración, podrá fortalecernos en la esperanza. Sólo la identificación plena con sus actitudes y sentimientos será capaz de darnos una paz diferente de la que ofrece el mundo.

Podemos preguntarnos: ¿Soy consciente de que el seguimiento radical de Jesús conlleva contrariedades e inevitables hostilidades, incluso en ocasiones con las personas más cercanas? En medio de las tribulaciones y pruebas de la vida, ¿busco perseverar en la fe y orar sin desfallecer, para no dejarme ganar por el desánimo?

[Domingo XXº durante el año (C): Lc 12,49-53; Jer 38,3-10; Sal 39,2-4.18; Heb 12,1-4]

Vigésimo Primera Semana

“Traten de entrar por la puerta estrecha” (Lc 13,24)

1) Para el pueblo de la Primera Alianza, el *destierro babilónico* constituyó la peor catástrofe nacional de su historia: con la invasión territorial, desarticulación social y deportación de la clase dirigente del Reino del Norte en el siglo VIII a.C. y de Judá en el siglo VI a.C., Israel perdió su independencia política y cultural, como así también el primer Templo y todo lo que éste representaba en la identidad religiosa y nacional de los hebreos. La primera interpretación que los profetas dieron de esta traumática experiencia colectiva fue la de un castigo infligido por Yahveh a causa de la infidelidad del pueblo a los preceptos de la Alianza: sobre todo la de su élite, en lo atinente al prójimo y en especial al pobre.

Sin embargo, una lectura teológica posterior, fue capaz de descubrir en esa tragedia nacional una oportunidad providencial para que Israel, como Siervo de Yahveh, diera a conocer el nombre del único Dios a las naciones paganas, y éstas terminaran reconociendo a Yahveh y acudiendo a Jerusalén para darle culto: “Yo mismo vendré a reunir a todas las naciones y a todas las lenguas, y ellas vendrán y verán mi gloria. Yo les daré una señal, y a algunos de sus sobrevivientes los enviaré a las naciones extranjeras, a las costas lejanas que no han oído hablar de mí ni han visto mi gloria. Y ellos anunciarán mi gloria a las naciones. Ellos traerán a todos los hermanos de ustedes, como una ofrenda al Señor, hasta mi Montaña santa en Jerusalén”.

2) El evento referido nos permite universalizar la experiencia: toda ocasión adversa de aparente sufrimiento encierra, en realidad,

una riqueza salvífica aún no descubierta. *En las pruebas somos purificados*, como el oro es aquilatado por el fuego, para emerger más resplandecientes y con mayor valía. Por eso, “si ustedes tienen que sufrir es para su corrección; porque Dios los trata como a hijos, y ¿hay algún hijo que no sea corregido por su padre?”. Y el autor de la epístola a los Hebreos aclara: “Es verdad que toda corrección, en el momento de recibirla, es motivo de tristeza y no de alegría; pero más tarde, produce frutos de paz y de justicia en los que han sido adiestrados por ella”.

3) Lo cierto es que al Reino de Dios se ingresa por *la puerta estrecha del amor*, y no por el camino amplio del interés mezquino: “Traten de entrar por la puerta estrecha, porque les aseguro que muchos querrán entrar y no lo conseguirán”. La puerta estrecha de la práctica del bien, del servicio al prójimo, y especialmente al pobre, es mucho más difícil de franquear que el camino amplio que conduce a la perdición: “¡Apártense de mí todos los que hacen el mal!”. Siendo así, las pruebas nos disponen a una humilde actitud de caridad: por eso se convierten en una bendición para todos aquellos que acepten entrar por la puerta estrecha, sin importar en nada la procedencia. Así, “vendrán muchos de Oriente y de Occidente, del Norte y del Sur, a ocupar su lugar en el banquete del Reino de Dios”.

Podemos preguntarnos: ¿Cuál es el sentido que atribuyo a las experiencias límite en mi vida? ¿En qué sentido me han ayudado, y aún me ayudan, a ingresar por la puerta estrecha? ¿Comparto con Jesús su mirada universal, particularmente la que dirige de modo compasivo hacia los pobres?

[Domingo XXIº durante el año (C): Lc 13,22-30; Is 66,18-21; Sal 116,1-2; Heb 12,5-13]

"Te has considerado igual a un dios" (Ez 28,6)

Con diferentes expresiones, el profeta Ezequiel denuncia, en nombre del Señor, la soberbia del príncipe de Tiro: "Tu corazón se llenó de arrogancia"; "te has considerado igual a un dios"; dijiste "estoy sentado en un trono divino"; "te has hecho una fortuna", etc. (ver *Ez 28,1-11*). Y por eso el mismo profeta le anuncia una inminente destrucción: "Yo traigo contra ti gente extranjera, las más feroces de las naciones"; "te precipitarán en la fosa"; "morirás de muerte violenta"; "tendrás la muerte de los incircuncisos", etc.

Podríamos pensar que esta clase de arrogancia es la típica de muchas personas que acceden al poder, o acumulan grandes fortunas y prestigio, con lo cual acaban tornándose insensibles ante Dios y el prójimo. Puede ser el caso de muchos políticos y hombres de negocios, personajes de la farándula y comunicadores sociales, que terminan deshumanizándose: por eso, "difícilmente entrará un rico en el Reino de los Cielos" (*Mt 19,23*).

Pero las actitudes recriminadas por Ezequiel pueden también describir hábitos o tentaciones arraigados en cada uno/a de nosotros/as: porque en algún momento de nuestras vidas, todo/as podemos conseguir o acumular algo que acabemos considerando idolátricamente 'nuestra riqueza', y así también corremos el riesgo de autodivinizarnos. El éxito repentino o el bienestar continuo pueden conducirnos al pecado de presunción también a nosotros/as (¡y no sólo a los demás, a lo/as que no son como yo!). La presunción se asocia estrechamente a la soberbia, y nos hace creer que ya hemos alcanzado el paraíso, y que no necesitamos de más nadie. Y esta ilusión puede terminar convirtiéndose en la peor de las pobreza...

Podemos preguntarnos: ¿Soy interiormente libre frente a lo que poseo? ¿Sé tomar prudente distancia respecto de mis éxitos? ¿Remito al Señor y agradezco todo lo bueno que me acontece?

"Vayan también ustedes a mi viña" (Mt 20,8)

La viña es una metáfora del mundo en cuanto llamado a convertirse en Reino de Dios. Ir a trabajar a la viña (ver Mt 20,1-16) es participar activamente de su transformación teológica: para que su vida y estructuras se adecuen cada vez un poco más al querer de Dios. En este empeño, para todo/as hay cabida.

Pero no todo/as somos convocado/as para el trabajo a la misma hora. En la jornada de la vida, cada uno/a de nosotros/as puede escuchar la llamada en etapas y modos diferentes: unas personas antes, y otras después; unas para una cosa y otras para otra. Sin embargo, todas acabarán recibiendo la misma paga. Esta paga es el gozo mismo de trabajar en la evangelización, ya que no hay nada más angustiante que estar sin empleo. Pero también es el hacerlo en esperanza, sabiendo que lo que consigamos en la vida presente es tan sólo un pálido reflejo de lo que aguardamos para la Patria, en el Reino definitivo, en la Ciudad celestial.

Uno/as creyentes perciben esta convocatoria a convertirse en discípulo/as misionero/as antes, y otro/as después. Lo cierto es que el Señor no quiere obreros desempleados u holgazanes: todo/as lo/as bautizado/as somos llamado/as a la misión, por más que el modo y calidad de hacerlo pueda ir variando a lo largo de nuestras vidas.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy trabajando en la viña del Señor? ¿Lo hago con entusiasmo y generosidad? ¿Se ve mi actividad (pastoral) enmarcada en un horizonte de esperanza?

"Mi banquete está preparado" (Mt 22,4)

Jesús compara el Reino de los Cielos con un banquete de bodas. Todo está preparado, y es preciso que vengan los invitados. Sin embargo, muchos se excusan, y por eso el rey manda a sus sirvientes que traigan a todas las personas que encuentren en los cruces de los caminos (ver Mt 22,1-14).

En los tiempos de Jesús, un banquete era algo inusual. Mucho más aún, que se ofreciera gratis, sin contraprestación ni rédito político alguno. Y que además se invitara a los que estaban de paso, presumiblemente extranjeros, ni qué decir. La parábola subraya la gratuidad del don: excesivo en sí mismo, y sin embargo, ¡despreciado o al menos no suficientemente valorado por quienes debían ser los primeros en acudir!!! Lo único que hacía falta era postergar otros compromisos o negocios. Sin embargo, los destinatarios de la invitación tomaron una actitud diametralmente opuesta: maltrataron y mataron a los servidores, quienes en realidad no hacían otra cosa que ofrecer una buena noticia que podría cambiar sus vidas.

Tal vez sea ésta una metáfora de la misión de la Iglesia en el mundo: no siempre sus miembros serán escuchados, y en ocasiones serán maltratados, por más que lo que estén ofreciendo sea algo de valor incalculable. Pero tal vez también sea una metáfora del modo en como lo/as mismo/as cristiano/as tendemos a

recibir la propuesta: puede ser que no siempre prioricemos el banquete de bodas...

Podemos preguntarnos: ¿Estoy disponible para acudir a la cita? ¿Priorizo el banquete por encima de otros compromisos y ocupaciones? ¿Qué paso puedo dar para ser, al respecto, interiormente más libre?

"Los fariseos se enteraron de que Jesús había hecho callar a los saduceos" (Mt 22,34)

Los fariseos y saduceos eran algunos de los grupos religiosos y sectores políticos más prestigiosos e influyentes en tiempos de Jesús. Si bien representaban estilos de inserción del judaísmo tardío (desde el s.II a.C.) en la vida del mundo antiguo (sobre todo los primeros), acabaron concentrando su atención en aspectos prevalentemente políticos (sobre todo los segundos), y por eso tendieron a hostilizar el ministerio público de Jesús.

De hecho buscaron continuamente posicionarse ante el Señor, evaluando su conducta y tendiéndole trampas; prestando más atención a cómo se movía en el entorno social y la arena política, que al contenido elocuente de sus enseñanzas y testimonio de vida. Es la misma actitud que puede observarse en ciertos eclesiásticos y demás funcionario/as de la religión, más empeñado/as en controlar el pensamiento, actitudes y vidas ajenas, que en escuchar e interiorizar la Palabra de Dios y en vivir la fraternidad misionera.

Sin embargo, Jesús se maneja con mucha libertad. Su única fuerza es la verdad teológica (¡no su caricaturezca reducción ideológica, del cuño que ésta fuera, ni las volubles alianzas políticas!!). Esta verdad profunda, de cara a su Padre, fue la que

siempre logró desarmar los argumentos capciosos que le fueron planteando sus dobleces y maliciosos adversarios.

Podemos preguntarnos: ¿Tengo libertad interior, o me muevo más bien por una lógica de temores y réditos? ¿Pongo a la verdad (evangélica) como única referente de mis criterios y acciones? Tal como nos recomienda Jesús, ¿procuro ser 'manso como paloma y astuto como serpiente'?

"No hacen lo que dicen" (Mt 23,3)

La contradicción en las conductas parece algo intrínseco al ser humano. Pero en ocasiones se exagera, y entonces decimos que alguien es hipócrita. Esto es lo que Jesús observa en muchos fariseos de su tiempo. Pero también podría ocurrir que no percibamos conscientemente estas contradicciones, y entonces hablamos más bien de inconsistencias.

A todo/as nos puede ocurrir que detrás de pretendidas buenas acciones estemos buscando premios y gratificaciones personales. El termómetro último de nuestra calidad ética son las actitudes: si son o no coherentes, si hacemos o no lo que decimos. Cuanta menor sea la brecha entre el ideal y la realidad, tanto mejor; tanto más elocuente será nuestro testimonio; tanto más significativo para los demás.

Es cierto que el prestigio es necesario: sin buena fama el espectro de acción se reduce notablemente. En esta perspectiva, existe un derecho al honor. El problema está cuando buscamos los títulos por los títulos mismos: 'maestro', 'padre', 'doctor'... (ver Mt 23,1-12). Porque entonces los utilizamos no como ámbitos de servicio o posibilidades de despliegue ético-social, sino más bien

como ídolos propiciatorios de autocomplacencia. Y esto es lo que no le gusta a Jesús...

Podemos preguntarnos: ¿Reviso mis comportamientos en orden a que éstos ganen en coherencia interna? ¿Estoy más pendiente de la imagen que de la ética real? ¿Hago lo posible por crecer en servicio y humildad?

Vigésimo Segunda Semana

“No te coloques en el primer lugar” (Lc 14,8)

1) Las lecturas de este domingo se convierten en un llamado a la *humildad y sencillez de vida*. “Hijo mío, realiza tus obras con modestia y serás amado por los que agradan a Dios. Cuanto más grande seas, más humilde debes ser, y así obtendrás el favor del Señor”. Al respecto, Jesús propone la metáfora de una comida: “Si te invitan a un banquete de bodas, no te coloques en el primer lugar, porque puede suceder que haya sido invitada otra persona más importante que tú”. En contrapartida, el libro del Eclesiástico afirma contundentemente que “no hay remedio para el mal del orgulloso, porque una planta maligna ha echado raíces en él”.

¿Por qué las personas ambicionamos los primeros lugares, nos tentamos de orgullo y buscamos la grandeza? En el fondo, porque no aceptamos nuestra finitud creatural. Pensamos que de hacerlo, estaríamos resignando parte de nuestra valía personal. Es por esto que en ocasiones manipulamos a los demás, para afianzar nuestra frágil autoestima, sin darnos cuenta que lo único que de verdad puede garantizarla y sostenerla es la certeza del amor de Dios.

2) Si esto es verdad, la humildad deberá expresarse también en las *vinculaciones libres* que vayamos estableciendo con el prójimo. Una vinculación es libre cuando es fraterna, lo cual supone apertura a la reciprocidad, pero sin exigirla: un dar gratuitamente y un posible recibir agradecidamente que termine enriqueciendo a todo/as, pero sin demandar esto último. Por eso lo contrario a las vinculaciones libres son las que establecemos de modo utilitario, calculado, estratégicamente interesado. Contra esto nos alerta el Señor: “Cuando des un almuerzo o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez, y así tengas tu recompensa. Invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos. ¡Feliz de ti, porque ellos no tienen cómo retribuirte, y así tendrás tu recompensa en la resurrección de los justos!”.

3) La razón última para un comportamiento ético humilde y fraterno reside en que “ustedes se han acercado a la montaña de Sión, a *la Ciudad del Dios viviente*, a la Jerusalén celestial, a una multitud de ángeles, a una fiesta solemne, a la asamblea de los primogénitos cuyos nombres están escritos en el cielo”. En esta Iglesia definitiva todas las personas somos hermanas, porque el gran gozo está en la presencia y excelencia de Dios, y no en la nuestra: si bien esta Jerusalén celestial será siempre promesa en los textos bíblicos (ver también *Ez 40; Ap 21*), el desafío de vivir esta experiencia de plenitud escatológica se nos propone y ofrece en cierto modo ya, como un laborioso desafío para nuestro presente.

Podemos preguntarnos: ¿Acepto y agradezco con humildad lo que soy? ¿Tiendo a querer considerarme superior a los demás, o a vincularme de modo calculado? ¿Me doy cuenta de que si procedo

así es porque no confío en el tesoro escondido que el Señor puso en mí? ¿Agradezco las expresiones de reciprocidad fraterna?

[Domingo XXIIº durante el año (C): Lc 14,1.7-14; Eclo 3,17-29; Sal 67,4-11; Heb 12,18-24]

"Parecen sepulcros blanqueados" (Mt 23,27)

En esta serie de siete 'ayes' fúnebres dirigidos a sendos grupos hegemónicos de su tiempo, Jesús los compara con sepulcros blanqueados: debido a que son hermosos por fuera, los ocasionales transeúntes no advierten que por dentro están llenos de huesos de muertos y podredumbre (Mt 23,27); haciendo que, en conformidad a la costumbre hebrea del tiempo de Jesús, queden impuros sin advertirlo.

La hipocresía es un pecado de simulación moral que no tiene escrúpulos ni reconoce fronteras: parece decirnos que una cosa son las apariencias, y otra la verdad profunda. El hipócrita no deja de ser un ilusionista: hace creer lo que no es, manipula la opinión pública, 'hace jueguito' para la tribuna, miente descaradamente, foguea injusticias atroces, secunda al padre de la mentira.

Es debido a la perversidad de este tipo de actitudes ético-religiosas, que encarnadas por personas, grupos humanos y aún pueblos enteros, producen estructuras de pecado con consecuencias impredecibles, que el Señor dirige invectivas tan duras contra los escribas y fariseos: en ningún otro pasaje evangélico se percibe en Jesús una actitud más crítica y dura. Corolario: es también debido a esto que los escribas y fariseos decidirán la muerte del Señor.

Podemos preguntarnos: ¿Busco ser transparente en mis actitudes ético-religiosas? ¿Cultivo una verdadera unidad de vida? ¿Estoy atento/a para no dejarme engañar? ¿Soy honesto/a para no buscar engañar a otro/as?

"Estén prevenidos" (Mt 24,42)

La vigilancia es una actitud indispensable en la vida. En todos los campos de la misma debemos mantenernos atento/as. Esto resulta claro en las transacciones comerciales o cuando tenemos que cruzar la calle, pero también es necesaria al momento de realizar bien nuestro trabajo, hacer deporte o consolidar nuestros vínculos familiares.

Jesús nos invita a estar prevenido/as también en orden a ingresar al Reino. Nos pide adoptar esa misma actitud que mantienen los servidores cuando no conocen con certeza a qué hora va a llegar su señor (ver Mt 24,42-51): en términos actuales, el comerciante o funcionario administrativo que no sabe cuándo le caerá una inspección o una auditoría.

La vigilancia cristiana tiene mucho que ver con las actitudes que de hecho vamos encarnando. Nos invita a la introspección orante, a la caridad solícita, al servicio humilde. Nos exige ser prudentes y disponibles, responsables y serviciales, cordiales y generoso/as. Nos estimula a mantener la esperanza y la concordia, la alegría y la paz.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy atento/a al paso del Señor por mi vida en el día a día? ¿Oro lo suficiente como para que esa presencia me halle preparado/a y bien dispuesto/a?

"Ya viene el esposo, salgan a su encuentro" (Mt 25,6)

En la vida hay oportunidades que no se repiten, y por eso hay que estar preparado/as para aprovecharlas. Son acontecimientos, grandes o pequeños, que ya no volverán a suceder de idéntica manera, y que por eso no debemos dejar pasar. Con Dios acontece lo mismo: hay tiempos salvíficos (en lenguaje técnico, *kairo*) que asumen características inéditas de ejemplares únicos. Por eso, como los incunables, tienen un valor inestimable: abren, por unos instantes, puertas y horizontes nunca antes vistos, y que posiblemente nunca más volverán a percibirse o experimentados del mismo modo.

Por eso hay que transitar la vida con las lámparas encendidas (ver Mt 25,1-13): porque no sabemos exactamente en qué momento ocurrirá lo inefable. También la vida cristiana hay que vivirla con 'olfato de goleador': hay que estar a tiro en un lugar y actitud presumiblemente convenientes, por si se da esa oportunidad, que perdida, ya no volverá a acontecer. Tal vez la única del partido...

Podemos preguntarnos: ¿Estoy atento/a al paso del Señor por mi vida? ¿Oro lo suficiente para que las manifestaciones de su presencia no transcurran para mí desapercibidas?

"Bien, servidor bueno y fiel" (Mt 25,21)

A lo largo de la vida, cada uno/a de nosotros/as va recibiendo diferentes talentos para administrar. La misma existencia constituye una gran riqueza a la que hay que dar el uso correcto, capitalizándola y poniéndola al servicio de los demás. La parábola de Mt 25,14-30 nos presenta a un hombre que distribuye sus bienes entre tres servidores: a uno le da cinco, a otro dos y al último uno,

con la consigna implícita de que negocien. Los primeros dos hacen bien su tarea, duplican el capital, y a su regreso, el dueño los felicita y los hace partícipes de su fiesta. Pero el último, entierra lo recibido, seguramente por creerlo insuficiente y por falta de confianza en sí.

A este último, el señor lo acaba excluyendo, dando su talento al que tenía diez. Lo cual nos deja perplejos...: ¿acaso defiende Jesús la concentración de los bienes (los diferentes tipos de capitales económico, cultural, humano, etc.) en muy pocas personas, en detrimento de los menos dotados? ¿No es comprensible que el que recibió un talento, si el criterio de la distribución fue el de la capacidad que tenía cada uno, tema y dude en iniciar algo, y más bien procure preservar ese único talento escondiéndolo?

Las parábolas de Jesús no siempre tienen respuestas claras. Muchas veces, más bien, intentan dejarnos pensando. En todo caso, podemos preguntarnos: ¿Trato de utilizar del mejor modo posible los o el talento/s recibido/s? ¿Hago el esfuerzo y busco el modo conveniente para no enterrar lo que tengo por temor o inseguridad?

Vigésimo Tercera Semana

“El que no carga con su cruz y me sigue” (Lc 14,27)

1) Las lecturas de este domingo tienen un *tinte sapiencial*. Nos invitan a considerar las cuestiones decisivas de la vida, y a ésta misma mirarla en perspectiva de conjunto: “Enséñanos a calcular nuestros años, para que nuestro corazón alcance la sabiduría”, nos dice el salmo.

Uno de los principios básicos para posicionarse sabiamente en la vida es reconocer que “los pensamientos de los mortales son indecisos y sus reflexiones, precarias, porque un cuerpo corruptible pesa sobre el alma y esta morada de arcilla oprime a la mente con muchas preocupaciones”. Vistas las cosas de este modo, el hombre, varón y mujer, no sabe lo que le conviene verdaderamente, y necesita una palabra de lo alto para acertar con el camino providencial que lo conduzca a la auténtica felicidad: “¿Quién habría conocido tu voluntad si Tú mismo no hubieras dado la Sabiduría y enviado desde lo alto tu santo espíritu?”. El corolario es claro: para acertar, hay que discernir; para realizar lo que el Señor quiere de cada uno/a de nosotros/as, hay que meditar y orar.

2) De este modo, la sabiduría tiene *incidencias prácticas* en la vida. No se trata de un conocimiento teórico, sino más bien de un modo concreto de enfrentar las situaciones que se van presentando en el día a día. Sobre todo las conflictivas. Por eso la persona sabia se manifiesta en la vida: ‘En la cancha (o en la pista) se muestran los pingos’.

Un muy buen ejemplo nos lo presenta san Pablo. En la prisión de Roma convirtió y bautizó al esclavo Onésimo, que había huido de su amo, presumiblemente a causa de los malos tratos que aquél le propinara. En el contexto socio-cultural de aquel tiempo, Pablo resuelve muy bien el problema, con una excelente muestra de ingenio sapiencial: “Yo, Pablo, ya anciano y ahora prisionero a causa de Cristo Jesús, te suplico a favor de mi hijo Onésimo, al que engendré en la prisión. Te lo envío como si fuera una parte de mi mismo ser”. Y acaba invocando el hecho de que también Filemón fue engendrado a la fe por el apóstol, y por eso mismo está en deuda con Pablo. Podría cancelar esta deuda recibiendo como

hermano a su esclavo fugitivo: Pablo no lo obliga, sólo se lo sugiere...

3) La sabiduría también es invocada en el evangelio *al momento de querer convertirse en discípulo/as de Jesús*. A la multitud que lo seguía el Señor advierte: “Cualquiera que venga a mí y no me ame más que a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, no puede ser mi discípulo. El que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo [...]. El que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo”.

Esta consideración, que invita a relativizar todo afecto en función de Jesús, con las exigencias personales que esto pueda tener, se equipara a la del rey que deberá evaluar si está o no en condiciones de enfrentar una guerra, o a la de un constructor que deberá estar seguro de poder terminar lo iniciado. En síntesis, es un cálculo de fuerzas: para lograr un determinado objetivo, se requiere disponer de lo necesario. Si no se lo dispone, mejor no intentarlo. Para seguir a Jesús, hay que estar dispuesto/a relativizar todo lo demás y a cargar la cruz de cada día. Esto es lo propio de un/a discípulo/a sabio/a, que no se quedará a mitad de camino.

Podemos preguntarnos: ¿Cultivo una actitud sapiencial en mi vida creyente? ¿Busco que todo lo que hago se oriente hacia el fin último para el que he sido creado/a? ¿Hago de mi fe el criterio último de discernimiento?

*[Domingo XXIIIº durante el año (C): Lc 14,25-33; Sab 9,13-18;
Sal 89,3-17; Fm 9-17]*

"¿Has venido a destruirnos?" (Lc 4,34)

Jesús vino a destruir los demonios (ver Lc 4,31-37). Los demonios son, según san Ignacio de Loyola, 'enemigos de la naturaleza humana': en cierto modo, expresan todo poder interno, externo y preternatural, no controlable por el sujeto, que deshumanice e impida a la persona humana desarrollarse plenamente en cuanto tal. Jesús vino para acabar con esto: el Señor busca liberarnos de todo poder oscuro y destructivo, para que podamos vivir de acuerdo a nuestra dignidad de hijos e hijas de Dios, y nunca por debajo de estas posibilidades reales que todo/as tenemos a partir de nuestro bautismo.

Los poderes que oprimen y lucran con la miseria humana, que animados por intereses mezquinos promueven la subversión o tergiversación de los valores más nobles, y alientan en general la deshumanización de la persona, se ven acorralados ante la presencia de Jesús: lo identifican como el Santo de Dios y le temen; porque intuyen que su negocio se acaba, que no podrán salirse con el fin previsto, que su derrota es algo inminente. Por eso se resisten a salir, gritando a grandes voces; por eso desfiguran la realidad y mienten.

Podemos preguntarnos: ¿Me abro a la acción del Señor Jesús en mi vida? ¿Colaboro disponiblemente para que Él me sane y libere? ¿Soy también yo agente de liberación, o más bien acabo oprimiendo a otras personas y colaborando con los demonios?

"Predicaba en las sinagogas de toda la Judea" (Lc 4,44)

El Evangelio de Lucas nos presenta a un Jesús itinerante, que predica y hace el bien por todas partes, camino a Jerusalén. En

este caso, curando de su fiebre a la suegra de Simón, sanando las dolencias de numerosos enfermos, y predicando en variados lugares, sin permitir que la gente lo retenga (ver *Lc 4,38-44*). En este sentido, la libertad interior y exterior de Jesús está orientada a realizar el mayor bien posible.

Por otra parte, el Señor busca también a menudo lugares desiertos: no se siente obligado a estar siempre rodeado de multitudes, ni impelido a tener que hacer algo por los demás necesariamente en todo momento. Dedicó tiempo a la oración, gratuitamente (ver *Lc 6,12*), aunque la gente lo reclame y busque con insistencia. También en este sentido, Jesús es un hombre libre, que sabe estarse a solas con su Padre.

Podemos preguntarnos: ¿Busco hacer el bien a las personas que más lo necesitan? ¿Soy interiormente libre para ello? ¿Hago de la oración personal el motor espiritual último de mi vida como discípulo/a misionero/a?

"Navega mar adentro" (*Lc 5,4*)

La imagen de la fluidez como metáfora cultural es hoy sumamente evocativa: 'Modernidad líquida', 'Amor líquido', 'Tiempos líquidos', 'Temor líquido', son alguno de los títulos del conocido académico y ensayista Z. Bauman. Junto a él, también otro polaco, Juan Pablo II, habló en términos pastorales del 'océano inmenso del tercer milenio', icono visual que desarrolló en su carta encíclica *Novo millennio ineunte* (2001), tal vez buscando dar una creativa respuesta evangelizadora a las observaciones de su compatriota desde el versículo bíblico que preside este apartado: "Navega mar adentro" (*Lc 5,4*). Esta es la frase que le dice Jesús a Pedro, antes

de la pesca milagrosa en el lago de Genesaret, en momentos en que todo parecía ya concluido y perdido: no habían sacado nada durante la noche, y ya estaban recogiendo las redes. Todo un símbolo del desaliento que los embargaba. Sin embargo, aconteció lo inédito: el milagro se produjo, surgió lo inesperado, las redes se llenaron de peces.

Creo que hoy es muy importante la constancia en la búsqueda teologal, y en términos más generales, en la búsqueda de lo humano profundo. Sabemos por A. Machado que "no hay caminos, sino estelas en la mar". Y esto hoy se aplica mucho más que en su tiempo. Por eso la brújula y el astrolabio para la navegación del creyente ante este cambio de época será simplemente su fe. Y así tendrá que devenir un/a místico/a: "El cristiano del siglo XXI será místico o no será nada", decía el teólogo K. Rahner hace ya casi cincuenta años, previendo que en nuestro tiempo las instituciones religiosas ya no contendrán a las personas que verdaderamente busquen a Dios. Por eso estamos en un tiempo privilegiado, casi inmejorable, para hacer experiencia personal del Dios vivo, siempre nuevo, siempre en Adviento.

Podemos preguntarnos: ¿Me animo a confiar en Jesús pese a todo? ¿Estoy atento/a a las posibles sorpresas que el Señor quiera brindarme? ¿Procuro cultivar un espíritu místico, abierto a lo inaudito?

"El vino nuevo debe echarse en odres nuevos" (Lc 5,38)

El texto de hoy (Lc 5,33-39) nos invita a cultivar el sentido común. No se utiliza un vestido nuevo para remendar otro viejo, ni se pone el vino nuevo en recipientes vencidos. Tampoco el

evangelio puede recepcionarse en diseños caducos, ya que se perdería su originalidad y frescura o, en todo caso, haría estallar las estructuras antiguas que pretendieran circunscribirlo. La novedad de Jesús exige siempre una evangelización inédita, tanto en su ardor, como en sus métodos y expresiones (Juan Pablo II). No es la cultura y sus manifestaciones la medida del evangelio, sino más bien éste el de aquellas.

Podemos preguntarnos: ¿Recibo la Palabra de Dios como expresión inédita de vida?

Vigésimo Cuarta Semana

“Hijo mío, tú estás siempre conmigo” (Lc 15,31)

1) De cara a los escribas y fariseos que objetaban a Jesús que comiera con publicanos y pecadores, el Señor relata tres parábolas que sugieren el empeño de Dios por *buscar lo que está perdido*. Tanto en la parábola de las cien ovejas, como en la de las dracmas, o en la del hijo menor alejado, se subraya el esfuerzo del pastor, la mujer o el padre por recuperar lo que se había extraviado. Siendo que en el volumen total estas pérdidas parecían ser por lejos lo menos significativo, las tres parábolas destacan la paradójica preocupación de sus protagonistas por acudir en busca de la oveja o la moneda perdidas, o en aguardar el regreso del hijo ausentado. También las tres parábolas destacan la alegría y fiesta del reencuentro, tanto por parte de los ángeles en el cielo, como por parte del pastor o el padre misericordioso: “Comamos y festejemos,

porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado”.

2) Concentrémonos sobre todo en la *actitud del padre misericordioso*. Él es el que apuesta por el hijo ausente esperándolo y recibéndolo con entusiasmo. Pero es también el que busca hacer tomar conciencia al hijo mayor de que está viviendo en casa sin sentirse hijo, sino más bien funcionario: “Hace tantos años que te sirvo (=duleuo, ¡como esclavo!)”. El hijo mayor no solo no logra sentirse hijo, sino que tampoco se autocomprende como hermano. Y así se lo hace notar al padre: “Ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado”. Y el padre, en cambio, con mansedumbre, invitándolo a participar de la fiesta, busca hacerle tomar conciencia de ambas cosas: “Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo [...]. Este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”.

Como si le dijera: ‘No eres esclavo, sino hijo; no es sólo hijo mío sino también hermano tuyo; esta es la razón última para la alegría que de momento no has descubierto: siéntete en casa’. El padre quiere que ambos hijos hagan la experiencia de gratuidad, de modo análogo a como el autor de la primera carta a Timoteo lo testimonia de sí mismo: “Fui tratado con misericordia, porque cuando no tenía fe, actuaba así por ignorancia [...]. Sobreabundó en mí la gracia [...]. Si encontré misericordia, fue para que Jesucristo demostrara en mí toda la paciencia”.

3) El padre misericordioso busca *hacer partícipe al hijo mayor de su propia alegría*, y con esto procura hacerle tomar conciencia de ser hijo y hermano. Con esto va más allá de lo dicho por Yahveh a Moisés: “*Tu pueblo, ése que hiciste salir de Egipto, se ha*

pervertido [...]. Es un pueblo obstinado [...]. Mi ira arderá contra ellos y los exterminaré”. Simultáneamente, invita al hijo mayor a participar de los sentimientos de Moisés: “¿Por qué, Señor, arderá tu ira contra tu pueblo, ese pueblo que *Tú* mismo hiciste salir de Egipto con gran firmeza y mano poderosa?”.

Posiblemente era conveniente en la economía salvífica que primero se hiciera experiencia de la misericordia humana por medio de Moisés, para entender que esa es, en realidad, la actitud propia de Dios. En Jesús, la misericordia humana es simultáneamente misericordia divina: pedagógicamente, la primera manifiesta la segunda.

Podemos preguntarnos: ¿En qué sentido me identifico con el hijo mayor? ¿En qué lo hago con Moisés? ¿Logro asumir los sentimientos y actitudes del padre?

[Domingo XXIVº durante el año (C): Lc 15,1-32; Ex 32,7-14; Sal 50,3-4.12-19; 1 Tim 1,12-17]

"Se retiró a una montaña para orar" (Lc 6,12)

Jesús no sólo trabaja, sino que también descansa y ora. Sabe tomarse tiempo para encontrarse a solas con su Padre. Y es allí que discierne y toma las grandes decisiones: como por ejemplo, la de elegir a sus discípulos (ver Lc 6,12-19). Estos espacios de hondura contemplativa, que lo ponen en contacto humano con su misterio divino, son el gran secreto de esa "fuerza que sanaba a todos". Es esa fuente la que busca la muchedumbre cuando lo sigue.

Hoy todos estamos lleno/as de actividades, lo cual nos termina haciendo vivir en la superficie, sin profundidad significativa. Y así,

nuestra existencia puede desgastarse, y acabar por no comunicar nada de verdaderamente elocuente. *Podemos preguntarnos: ¿Me tomo tiempo y espacio humano para orar en profundidad, para encontrarme con el Señor en un reposado silencio contemplativo? ¿O sigo pensando que esto es un lujo reservado a unos pocos?*

"No hay árbol bueno que dé fruto malo" (Lc 6,43)

Con el tiempo, las personas acabamos por manifestar lo que somos en lo que decimos y hacemos. Por medio de las palabras y actitudes podemos, a su vez, comprender lo que hay en el corazón de los demás. No hay árbol bueno que dé fruto malo, ni árbol malo que dé fruto bueno. Sin embargo, hoy vivimos en una cultura de la imagen, en la cual las personas nos esforzamos exageradamente en cuidar las apariencias. Labramos laboriosamente un perfil en *Facebook*, con el que buscamos socializarnos y mostrarnos a los demás.

La fugacidad de los vínculos que se desprenden de este tipo de manifestaciones y asociaciones es evidente. Nos cuesta ahondar, y comunicarnos desde lo profundo, porque en gran parte lo desconocemos: verdaderamente, no sabemos lo que podemos encontrar en nuestro interior. Necesitamos recuperar el silencio, para descubrir lo mejor de nosotros mismos; para que el bullicio exterior no nos aturda. Es preciso que nos volvamos a conectar con nuestra interioridad, descubriendo allí mismo, donde mora el Señor, la fuente de la verdadera vida y bondad.

Podemos preguntarnos: ¿Procuro que mis palabras, gestos y acciones revelen al hijo o hija de Dios que hay en mí? ¿Me esfuerzo

en mejorar y crecer desde dentro, o simplemente me conformo con una cierta imagen social?

"Tus pecados te son perdonados" (Lc 7,48)

El fariseo Simón malpensaba de Jesús, porque parecía no darse cuenta qué clase de mujer era la que había irrumpido en su casa durante la comida (ver Lc 7,36-50). Como el hijo mayor de la parábola en referencia al menor, se mostraba insensible frente a la compasión manifestada por un Dios rico en misericordia. La lógica de Jesús es incontestable: si hubiera dos deudores, y a uno se le perdonara una deuda muy superior que a la del otro, ¿quién estará más agradecido?, "¿cuál de los dos lo amará más?" (v.42). Es evidente que el que más debiera.

Volviendo a la escena evangélica, y en referencia a la mujer, Jesús comenta que "sus numerosos pecados le han sido perdonados, por eso demuestra mucho amor". En cambio hace notar que "aquel a quien se le perdona poco demuestra poco amor". Es el caso de Simón... En el evangelio de Lucas, parecería condición indispensable para poder convertirse en discípulo/a de Jesús, la de haber experimentado la misericordia: Pedro (5,8); Leví (5,27); las mujeres que lo acompañaban (8,1-3), Zaqueo (19,1-10).

Podemos preguntarnos: ¿En qué situación concreta hice experiencia de la misericordia del Señor? ¿En qué circunstancias me sentí perdonado/a y rehabilitado/a?

"Recorría las ciudades y los pueblos" (Lc 8,1)

El Evangelio de Lucas nos presenta a un Jesús itinerante, en camino hacia Jerusalén, donde debe celebrar su Pascua, en

conformidad con las Escrituras. Entre tanto, mientras llega el día de su ascensión o partida (ver Lc 9,51ss), realiza signos y anuncia el Reino de Dios. La predicación de Jesús abre entre sus interlocutores un horizonte de sentido y esperanza, porque los remite al amor de Dios, quien como buen samaritano tiene como destinatarios preferentes a los pobres, enfermos, lisiados, ciegos y presos (ver Lc 4,16ss).

Esta es la Buena Noticia, que llega también a los pecadores, a los extranjeros y, en el caso del pasaje de hoy, a las mujeres, que consideradas por aquel entonces como personas de segunda clase, seguían no obstante a Jesús como discípulas: "Lo acompañaban los Doce y también algunas mujeres que habían sido sanadas de malos espíritus y enfermedades" (8,2).

Podemos preguntarnos: ¿Anuncio el amor de Dios con mis palabras y actitudes?

"El sembrador salió a sembrar su semilla" (Lc 8,5)

Dios siembra su Palabra en un terreno que es la vida de cada uno/a de nosotros/as (ver Lc 8,4-15). Este campo puede encontrarse más o menos proclive a permitir que la semilla dé su fruto. Puede resistirse por completo, como el camino duro y resistente; puede fructificar pronto pero en terreno pedregoso, sin profundidad ni humedad como para llevar la siembra a buen puerto. Puede también crecer laboriosamente en medio de zarzas, pero por falta de espacio, progresivamente asfixiarse. Por último puede llegar a dar fruto, de acuerdo a su originalidad y rinde.

En todo/as nosotros/as pueden coexistir, sucesivamente, estos cuatro terrenos. En cierto modo, son posibles etapas de un

desarrollo psico-espiritual nunca del todo concluido, y que va de la resistencia presuntuosa a una deseable fructificación generosa. La falta de profundidad de una vida *on-line* y dispersa, como así también las excesivas preocupaciones y temores a que el mundo globalizado nos expone, son los mayores obstáculos que se nos presentan para que, finalmente, lleguemos a ser aquello que estamos llamado/as a ser y en realidad somos: fecundo trigo de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿Qué estoy haciendo para que la Palabra de Dios sembrada en mí pueda dar más y mejor fruto en mi entorno?

Vigésimo Quinta Semana

“No se puede servir a Dios y al dinero” (Lc 16,13)

1) La especulación económica, el fraude comercial, la manipulación de voluntades y la explotación de personas no es únicamente un mal de nuestro tiempo. Ya en la Sagrada Escritura el profeta Amós ataca a los que dicen codiciosamente: “Disminuiremos la medida, aumentaremos el precio, falsearemos las balanzas para defraudar; compraremos a los débiles con dinero y al indigente por un par de sandalias, y venderemos hasta los desechos del trigo”.

Amós hace notar que el Señor “jamás olvidar[á] ninguna de sus acciones”, y en esta misma línea, el salmo insiste en que “Él levanta del polvo al desvalido, alza al pobre de su miseria, para hacerlo sentar entre los nobles, entre los nobles de su pueblo”. Como si el

mismo Dios fuese el abogado del pobre en contra de los abusos que a menudo éste padece. En nuestros días, tal vez el peor sea el de la exclusión: pobre es el invisibilizado, el que se descarta como deshecho humano, como excedente de una sociedad que evoluciona sacándose de encima lo que ya no cuenta.

2) En contrapartida, el proyecto salvífico de Dios incluye el anhelo de una paz social fundada en la justicia, ya que términos de Pablo VI, 'la justicia es el nuevo nombre de la paz'. Por eso el autor de la primera carta a Timoteo exhorta a su destinatario: "Te recomiendo que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los soberanos y por todas las autoridades, para que podamos disfrutar de paz y de tranquilidad, y llevar una vida piadosa y digna. Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, porque Él quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad". Si bien el Reino de Dios no se identifica únicamente con la justicia social promovida por modelos económico-políticos equitativos, no puede dejar de incluirla. La equidad entre los hombres es signo de que el Señor está cerca.

3) Por lo tanto, quien más tiene, en vez de valerse del pobre para exponer sus ganancias ilimitadamente, debe procurar hacerse amigos 'con el dinero de la injusticia'. A favor de esto, viene la parábola de Jesús, en la que alaba la astucia del administrador deshonesto. Cuando se enteró de que iban a despedirlo se dijo a sí mismo: "¿Qué voy a hacer ahora que mi señor me quita el cargo? ¿Cavar? No tengo fuerzas. ¿Pedir limosna? Me da vergüenza. ¡Ya sé lo que voy a hacer para que, al dejar el puesto, haya quienes me reciban en su casa!". Y aprovechó su precaria posición laboral para

disminuir las deudas de los acreedores de su dueño, y tener así, a futuro, 'un palenque en donde rascarse'.

Dice Jesús que “el señor alabó a este administrador deshonesto, por haber obrado tan hábilmente”, y concluye: “Gánense amigos con el dinero de la injusticia, para que el día en que éste les falte, ellos los reciban en las moradas eternas”. *Podemos preguntarnos: ¿Hago un uso honrado de mi dinero? ¿Especulo injustamente con afán de ganancia? Al respecto, ¿he perjudicado a alguien en este último tiempo?*

[Domingo XXVº durante el año (C): Lc 16,1-13; Am 8,4-7; Sal 112,1-8; 1 Tim 2,1-8]

"Cuando entren en una casa, quédense en ella" (Lc 9,4)

Hoy estamos muy acostumbrados a cambiar por cambiar: para no quedar 'afuera', la vida nos exige estar en movimiento continuo. Sin embargo, las transformaciones que hacemos no siempre son para mejor. En ocasiones, les falta la decantación sapiencial del tiempo, y así optamos por alternativas aún inmaduras, no del todo añejadas.

Jesús invita a sus discípulos a quedarse en la casa en donde sean recibidos. La misión no consiste en trasladarse por trasladarse, ni en innovar por innovar. Hay que detenerse y reposar en lo que parecería ir dando sus frutos; tampoco hay que claudicar anticipadamente en el esfuerzo.

Las cosas importantes de la vida emergen solamente cuando les damos tiempo. Lo hecho a las apuradas apenas nos deja un gusto a fugacidad. Parafraseando la expresión de san Ignacio de Loyola, tenemos que aprender que 'no el mucho conocer

(=experimentar) harta y satisface el alma, sino el gustar las cosas internamente'.

Podemos preguntarnos: ¿Me doy el tiempo para profundizar las cosas importantes de la vida?

"Herodes estaba muy desconcertado" (Lc 9,7)

El desconcierto de Herodes es el típico de las personas mediocres, que no nunca terminan de ir al fondo de las cosas. O también el simulado por quienes se manejan políticamente de modo maquiavélico, y evitan definirse cuando entran al ruedo cuestiones verdaderamente importantes y decisivas, con la precavida intención subyacente de mantenerse a salvo y a flote de las imponderables eventualidades futuras de esa misma política.

La personalidad desdibujada de Herodes contrasta ampliamente con la noble y austera integridad de Juan el Bautista, que había muerto mártir a causa de una promesa impremeditada de Herodes, solemnemente proclamada en plena orgía. Incluso después de muerto, la figura de Juan se hará inquietantemente presente en el imaginario del rey, como reprochándole su cobardía y recordándole su bajeza.

Podemos preguntarnos: ¿En qué sentido me identifico con Herodes, y en qué otro con Juan el Bautista?

¿Quién dice la gente que soy yo?" (Lc 9,18)

A Jesús se lo va conociendo de a poco, y con tal que se persevere en su búsqueda. Muchos vieron o ven en él tan sólo un profeta impactante, un maestro de sabiduría, un taumaturgo

asombroso o un revolucionario que debía liberar a Israel del yugo romano.

Sólo quienes convivieron con Él, u hoy se embarcan en su seguimiento, compartiendo su destino, y adentrándose en sus actitudes, palabras y gestos, son capaces de reconocer en Jesús al Mesías de Dios (ver *Lc 9,20*), al Salvador de los hombres y mujeres.

Sólo quienes profundizan en su misterio humano-divino pueden encontrarse con lo más original de su persona: Jesús es el Hijo de Dios humanado, aquel que debía venir al mundo para rescatarnos del poder de la muerte y del consiguiente sinsentido de la vida, para hacernos partícipes de la vida divina.

Podemos preguntarnos: ¿Quién es Jesús para mí?

"Que tu corazón sea feliz en tus años juveniles" (*Ecl 11,9*).

El texto del Eclesiastés hoy no tiene desperdicio, y por eso lo transcribo casi tal cual: es una mina de sabiduría, lleno de elocuente poesía y prudentes advertencias, a la que estamos muy poco habituados...

"Alégrate, muchacho, mientras eres joven, y que tu corazón sea feliz en tus años juveniles. Sigue los impulsos de tu corazón y lo que es un incentivo para tus ojos; pero ten presente que por todo eso Dios te llamará a juicio. Aparta de tu corazón la tristeza y aleja de tu carne el dolor, porque la juventud y la aurora de la vida pasan fugazmente.

"Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que lleguen los días penosos y vengan los años en los que dirás: 'No encuentro en ellos ningún placer'; antes que se oscurezcan el sol y la luz, la luna y las estrellas, y vuelvan las nubes cargadas de lluvia.

"En aquel día temblarán los guardianes de la casa y se encorvarán los hombres vigorosos; se detendrán las moledoras, que ya serán pocas, y se oscurecerán las que miran por las ventanas; se cerrarán las puertas de la calle, mientras declina el ruido del molino; cesará el canto de los pájaros y enmudecerán las que entonan canciones.

"Entonces se temerán las cuestas empinadas y los terrores acecharán por el camino [...]. Porque el hombre se va a su morada eterna, mientras las plañideras rondan por la calle" (*Ecl* 11,9-12,4).

Podemos preguntarnos: ¿Sé vivir realmente bien? ¿Doy a cada cosa el lugar que merece?

Vigésimo Sexta Semana

“El que no está contra nosotros está con nosotros” (Mc 9,40)

1) Hay realidades que las personas nos empeñamos en retener celosamente. Pueden ser personas, espacios, prestigio, riquezas... Se convierten así en *ídolos* de los que nos apropiamos, que nos impiden “entrar en la Vida”, y que por el contrario “ceban para el día de la matanza”. En efecto, a causa de los hábitos compulsivos (e irracionales) que suscitan, los ídolos pueden convertirse en *fuentes de injusticias*: “¡Ustedes han amontonado riquezas...! Sepan que el salario que han robado a los que trabajaron en sus campos está clamando, y el clamor de los cosechadores ha llegado a los oídos del Señor del universo”. Esto hace que se escandalicen los pequeños, los que parecen no contar: “Si alguien llegara a

escandalizar a uno de estos pequeños que tienen fe, sería preferible para él que le ataran al cuello una piedra de moler y lo arrojaran al mar”.

2) *Jesús y Moisés* abren camino con otro tipo de actitud. Frente a los discípulos de Jesús que buscaban impedir que también otros expulsaran demonios, el Señor les pide que “no se lo impidan”, porque “nadie puede hacer un milagro en mi Nombre y luego hablar mal de mí”. También Moisés, cuando le advierten que Eldad y Medad “están profetizando en el campamento” y le pidan que no se lo permita, les dirá: “¡Ojalá todos fueran profetas en el pueblo del Señor”. En ambos casos, prevalece una actitud de desapropiación, de autotranscendencia en lo que es ‘bueno en sí mismo’: en este caso, la predicación.

Es lo que en el fondo significa eso de que “si tu mano es para ti ocasión de pecado, córtala, porque más te vale entrar en la Vida manco, que ir con tus dos manos al infierno”, o lo mismo con lo del ojo. En el mundo semítico, la ‘mano’ expresa la acción humana, y el ‘ojo’ el conocimiento. Ambos suponen, a su modo, actitudes de control y dominio. Es preferible desprenderse y poseer menos antes que acumular y concentrar injustamente.

3) Antes que las riquezas se echen a perder y los vestidos sean roídos por la polilla; antes que el oro y la plata se herrumbren, tenemos que *aprender a consignar y compartir* lo que somos y tenemos, lo que en el fondo, Dios mismo nos dio para dar. Lo que conservamos celosa e idolátricamente, se acaba estropeando. Sólo se salva y nos salva lo que entregamos generosamente. Comenzando por algo tan simple como “un vaso de agua”, que “no quedará sin recompensa”...

Podemos preguntarnos: ¿Qué es lo que hoy tengo que entregar y compartir?

[Domingo XXVIº durante el año (B): Mc 9-38-48; Num 11,16-29;
Sant 5,1-6]

“A su puerta, cubierto de llagas, yacía un pobre” (Lc 16,20)

1) La parábola de este domingo nos refiere *un cuadro siempre actual de nuestro mundo*, con ‘ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres’: “Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino finísimo y cada día hacía espléndidos banquetes. A su puerta, cubierto de llagas, yacía un pobre llamado Lázaro, que ansiaba saciarse con lo que caía de la mesa del rico”.

Es de notar que el rico no tiene nombre: en su autosuficiencia ha quedado sin rostro, como despersonalizado. El pobre, en cambio, se llama Lázaro, y se encuentra ‘ahí’, en una situación menesterosa bien concreta. El rico es indiferente al pobre, vive en otra frecuencia, se cierra en su propia carne. A esta clase de personas el profeta Amós les advierte: “¡Ay de los que se sienten seguros en Sión! Acostados en lechos de marfil y apoltronados en sus divanes, comen los corderos del rebaño y los terneros sacados del establo [...], beben el vino en grandes copas y se ungen con los mejores aceites, pero no se afligen por la ruina de José”.

2) El paso del tiempo parece sugerir *que esta situación escandalosa se equipare o, más aún, se revierta*. Al menos éste sería el anhelo de quienes aspiran a una mayor justicia y equidad: que la muerte no sólo iguale, sino que incluso compense: “En la morada de los muertos, en medio de los tormentos, [el rico] levantó

los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro junto a él". El abismo levantado libremente por aquél en vida perdura inamovible después de la muerte: "Hijo mío, recuerda que has recibido tus bienes en vida y Lázaro, en cambio, recibió males; ahora él encuentra aquí su consuelo, y tú, el tormento". La intervención de Abraham tiene al respecto carácter de advertencia: "El Señor hace justicia a los oprimidos y da pan a los hambrientos. El Señor libera a los cautivos".

3) De lo dicho surge el corolario: *hay que vivir en actitud vigilante*, si bien esto resulta más difícil para quien se considera rico, y se mantiene encerrado en su mundo. "Te ruego entonces, padre, que envíes a Lázaro a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos: que él los prevenga, no sea que ellos también caigan en este lugar de tormento". La respuesta de Abraham es de sentido común: "Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, aunque resucite alguno de entre los muertos, tampoco se convencerán".

De ahí la exhortación ética del autor de la primera carta a Timoteo: "Hombre de Dios, practica la justicia, la piedad, la fe, el amor, la constancia, la bondad [...]. Observa lo que está prescrito, manteniéndote sin mancha e irreprochable hasta la Manifestación de nuestro Señor Jesucristo". En efecto, la parábola nos sugiere que todos tenemos algo de ricos. Sin embargo, no pretende asustarnos, sino más bien hacernos recapacitar. Todavía estamos a tiempo: gracias a Dios, aún no nos ha sucedido lo que al rico indiferente. Todavía podemos revertir la situación y establecer puentes de solidaridad con aquellos que tenemos golpeando a las puertas de nuestras vidas.

Podemos preguntarnos: ¿Asumo una actitud de solidaridad firme y perseverante para con los más pobres? ¿Doy a los bienes y

dones recibidos de lo alto un verdadero sentido social? ¿Me abro a las necesidades ajenas con dedicación, para que no tarde en llegar el día en el que el rico y el pobre Lázaro puedan sentarse juntos a la misma mesa?

[Domingo XXVIº durante el año (C): Lc 16,19-31; Am 6,1-7; Sal 145,7-10; 1 Tim 6,11-16]

"Jesús se encaminó decididamente hacia Jerusalén" (Lc 9,51)

Al promediar el evangelio de Lucas, se nos dice que el Señor manifiesta una firme determinación de llegar a Jerusalén (ver Lc 9,51). Allí debían cumplirse las Escrituras, allí debía celebrarse la Pascua: allí debía morir para luego resucitar. También en nuestra vida estamos llamados a tomar decisiones realistas, discernidas a partir de un cierto trajinar por la vida, que luego tendremos que mantener a lo largo del tiempo, 'pase lo que pase'.

En última instancia, si optamos por vivir en los valores algo importante y significativo, el misterio de la cruz será inevitable: en algún momento nos saldrá al paso. De ahí que tengamos que fortalecernos en la Palabra viva y la oración asidua para no claudicar.

Podemos preguntarnos: ¿Tengo claro hacia dónde se dirige mi vida? ¿Cuáles son esos valores innegociables que estoy llamado a asumir, sobre todo ante la adversidad?

"Los envió de dos en dos" (Lc 10,1)

Jesús "eligió a setenta y dos discípulos, además de los doce, y los envió de dos en dos" (ver Lc 10,1). Con esto Lucas quiere expresar la universalidad de la misión: setenta y dos eran los pueblos posdiluvianos (ver Gen 10,1ss.). La Buena Noticia debe llegar a todos los que estén dispuestos a recibirla, nadie puede quedar privado de ella por descuido. Pero además es la comunidad eclesial la que envía a los discípulos misioneros, de ahí la referencia a los doce, y también al hecho de que vayan de dos en dos. Evangelizar no es nunca una tarea individual, realizada por iniciativa propia del bautizado, sino una expresión de la dimensión misionera de la misma Iglesia.

El objetivo de esta evangelización es anunciar el advenimiento del Reino, sanar y dejar la paz (ver Lc 10,5-12). Hoy en América Latina y El Caribe se nos invita a una misión continental que responda creativamente a estas premisas. Este fue el principal desafío que surgió de la Conferencia General de su Episcopado en *Aparecida* (Brasil 2007). *Podemos preguntarnos: ¿Me siento enviado, como cristiano, para anunciar el Evangelio? ¿Lo hago explícita o implícitamente en mis espacios laborales? ¿Trato de conformar mi vida con aquello que anuncio?*

"¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida!" (Lc 10,13)

Jesús recrimina a los habitantes de estas pequeñas ciudades de Galilea su incredulidad. Si los signos que Él realizó allí hubieran sido hechos en territorio pagano, muchos hubieran creído y se habrían convertido (ver Lc 10,13-16). Este mismo juicio podría haberlo hecho sobre todas las personas que hemos recibido

formación cristiana y no acabamos de creer en profundidad o vivir de acuerdo a nuestras convicciones religiosas: bien podría decir el Señor: 'Ha sido en balde, hemos arrojado margaritas a los chanchos'.

Sin embargo, la intervención de Jesús tiene otra finalidad: la de hacernos recapacitar, más que la de 'precipitarnos al infierno' (v.15). Es como si nos 'sacudiera' para decirnos: 'Para tener vida, hay que abrirse a la fe con decisión'. *Podemos preguntarnos: ¿Estoy abierto a la Palabra que el Señor me dirige en los acontecimientos de cada día?*

Vigésimo Séptima Semana

“¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!” (Gen 2,23)

1) “*¿Es lícito al hombre divorciarse de su mujer?*”. Los fariseos hicieron esta pregunta a Jesús “para ponerlo a prueba”. De hecho, debido “a la dureza de corazón” de los hombres, “Moisés permitió redactar una declaración de divorcio y separarse de ella”. De hecho también la legislación civil de la gran mayoría de los Estados modernos posibilita el divorcio vincular, y esa es la experiencia que tenemos de muchos matrimonios desavenidos en nuestras sociedades.

En su respuesta, Jesús se remite al origen, al plan concebido por Dios desde siempre: “Desde el principio de la creación, ‘Dios los hizo varón y mujer’. ‘Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre, y los dos no serán sino una sola carne’. De manera que ya

no son dos, 'sino una sola carne'. Y concluye: "Que el hombre no separe lo que Dios ha unido". Por eso, Jesús afirma de modo lapidario: el que se divorcia y se vuelve a casar "comete adulterio".

2) Hoy la vida social se ha tornado muy compleja, y la fidelidad de por vida parece haberse convertido en un imposible, incluso pese a la muy buena voluntad de los esposos. Muchos son los factores que hacen que la primera exclamación de asombro y admiración ("¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!") se vaya diluyendo y tornando una vivencia cada vez más difícil, y que las personas acaben retornando a esa desencantada soledad de la que Dios dice "no conviene": razones de tipo sociales, económicas, laborales, psicológicas, etc., que tienden a llevar al varón y a la mujer por caminos impredecibles, y en última instancia, a que acaben 'solos' y 'solas'.

3) Ante este panorama, conviene recordar el *fundamento auténtico y más sólido del matrimonio*, que da pie a la formación de esa vida familiar descrita en el salmo 127 como bendición gozosa para la persona que teme al Señor y sigue sus caminos: "Tu esposa será como una vid fecunda en el seno de tu hogar; tus hijos, como retoños de olivo alrededor de tu mesa". Ese fundamento decisivo no es prevalentemente de tipo legal, sino profundamente humano-espiritual: se nutre del amor.

Pero no todo amor hace salir de la soledad, sino el que tiende a expresarse como *ágape* más que como *eros*. El amor autotrascendente (= *ágape*), el que busca el encuentro y el bien pleno de la otra persona en cuanto otra, el que se proyecta más allá del interés egoísta de los amantes. En definitiva, el amor que se inspira en la caridad de Cristo y es redimensionado y consolidado mediante el sacramento del matrimonio. El amor que surge de

necesidades personales (=eros), tiene muchas menos posibilidades de éxito, porque será incapaz de incluir las pruebas, ineludibles al momento de madurar un amor consistente, generoso y definitivo. El mismo Jesús, Esposo de la Iglesia, llevó a perfección su amor para con cada uno de nosotros "por medio del sufrimiento".

Podemos preguntarnos como esposos o como novios: ¿Qué actitud tendríamos que cultivar para consolidar o dejar que el Señor recree ese asombro inicial que hemos experimentado en algún momento el uno por la otra o la una por el otro?

*[Domingo XXVIIº durante el año (B): Mc 10,2-16; Gen 2,4-24;
Hb 2,9-11]*

"Auméntanos la fe" (Lc 17,5)

1) Jesús insiste: "Si *tuvieran fe* como un grano de mostaza, le dirían a esa morera: 'Arráncate de raíz y plántate en el mar', y les obedecería". Mirado así, para quien tenga fe nada sería imposible. Sin embargo, la constatación empírica de todo creyente es que no siempre las cosas salen tal como las deseamos y rezamos, por más fe que manifestemos en nuestra oración. Testimonio de ello, el profeta Habacuc, que en la primera lectura se queja abiertamente a Dios: "¿Hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches?". En efecto, no siempre las cosas salen tal como queremos, por mejor intencionados y devotos que seamos.

2) Dios esgrime una razón para esta *aparente indiferencia o tardanza*: "La visión espera su momento, se acerca su término y no fallará; si tarda, espera, porque ha de llegar sin retrasarse. El injusto tiene el alma hinchada, pero el justo vivirá por la fe". Efectivamente, una de las cosas que más subleva al creyente, o simplemente a una

persona de buena voluntad, es el hecho de que en el mundo prospere la impiedad y la injusticia, y que esto no tenga aparente sanción por parte de Dios. Esta constatación puede desanimar al hombre o a la mujer de fe, o hacerle claudicar en su esperanza. En contrapartida, el Señor nos invita a cultivar una paciente confianza en su plan providencial.

3) La segunda lectura nos exhorta a *reavivar el don recibido de lo alto*: "Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio", por lo que no hay que tener miedo "de dar la cara por nuestro Señor". Consolidar la fe es también resistir a los embates del mal con fortaleza, y afianzarse en la esperanza. Pero también es aprender a hacer con sencillez y humildad, en lo cotidiano de la vida, lo que verdaderamente corresponde, sabiendo que "somos unos siervos inútiles" y que apenas "hemos hecho lo que teníamos que hacer". Vivir de la fe teológica es aceptar que todo lo demás quede en manos del Señor.

Podemos preguntarnos: ¿Vivo verdaderamente de la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí? ¿He aprendido a poner en Él toda mi confianza?

[Domingo XXVIIº durante el año (C): Lc 17,5-10; Hab 1,2-4; Sal 94; 2 Tim 1,6-14]

"María eligió la mejor parte" (Lc 10,42)

En ocasiones nuestra vida termina un poco disipada. Quedamos como volcados hacia afuera en muchas cosas, y corremos el riesgo de perder de vista lo esencial, aquello que nos haría 'sabios'. Esto es lo que le reprocha Jesús a Marta, cuando ella se queja de que su hermana no la ayuda (ver Lc 10,38-42).

Si bien es cierto que el disiparse no tiene que ver tanto con la cantidad y variedad de trabajo como con el sentido profundo que en éste se descubra o se le asigne, lo cierto es que todos necesitamos tiempos de recomposición y unificación. Un ámbito teologal privilegiado, es el ofrecido por la escucha atenta, meditativa y orante de la Palabra de Dios. En este sentido, Jesús estaba en lo cierto al decir que "María eligió la mejor parte"...

Podemos preguntarnos: ¿Dedico tiempo a la lectura orante de la Biblia?

"Enséñanos a orar" (Lc 11,1)

Los discípulos le piden a Jesús que les enseñe a orar, y Él los remite a palabras esenciales, consignadas en los pocos versículos del Padrenuestro: "Padre, santificado sea tu Nombre, que venga tu Reino, danos cada día nuestro pan cotidiano; perdona nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a aquéllos que nos ofenden; y no nos dejes caer en la tentación" (Lc 11,2-4).

Llama la atención que en un Evangelio en el que se subraya tanto la oración de Jesús y la necesidad de orar, el Señor nos remita a palabras tan simples. Éstas nos invitan a la alabanza, a pedir, confiar y perdonar; sabiéndonos en todo hijos e hijas de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿Cómo es mi oración? ¿Manifiesta una experiencia de Dios como Padre?

"¡Cuánto más el Padre del cielo!" (Lc 11,13)

Las personas solemos tener buena disposición para quienes verdaderamente amamos: ¿quién le va a negar algo a un amigo o a

un hijo, cuando le pide algo que verdaderamente necesita o anhela? (ver Lc 11,5-11). Jesús parte de esta constatación para invitarnos a la oración confiada: "Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a aquéllos que se lo pidan!" (v.13).

Lo que el Señor nos garantiza como fruto de la oración es sólo el Espíritu, a saber, la acción de Aquél que puede hacernos sintonizar plenamente con el querer de Dios. No 'esto o aquello' que nos parece bueno y deleitable, sino esa disposición radical para secundar la iniciativa salvífica de Dios. *Podemos preguntarnos: ¿Oro confiadamente pidiendo el Espíritu para mi vida de todos los días?*

"Éste expulsa a los demonios por el poder de Belzebul" (Lc 11,15)

Cuando hay mala fe, hasta las acciones mejor intencionadas pueden ser mal interpretadas. Es lo que le ocurrió a Jesús con las curaciones y exorcismos que hizo en su tiempo: lo acusaban de hacerlos por el poder del príncipe de los demonios.

En nuestro tiempo, la sospecha se ha instalado como cultura. Estamos habituados a buscar en todas las situaciones posibles doble-intenciones: en la política, en la publicidad, en los negocios, en la vida institucional, en los centros asistenciales, en las comunidades religiosas e Iglesias, y aún en las personas allegadas. Si bien es cierto que no está de más ser precavidos, también es verdad que la desconfianza sistemática no nos permite crecer, porque nos cierra herméticamente a un posible don. Los prejuicios

erigidos por algunos contemporáneos de Jesús, los autoexcluyeron del beneficio mesiánico.

Aunque en algún caso nos equivoquemos, pienso que es mejor que lo hagamos por confiar de más que de menos. No sé si Jesús hizo bien cuando confió en Judas, pero gracias a la paciente confianza depositada en todos los demás discípulos es que hoy accedemos a la salvación.

Podemos preguntarnos: ¿Cultivo realmente esa capacidad de apertura y asombro necesaria para descubrir el paso de Dios por mi vida?

"Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios" (Lc 11,28)

Una mujer felicitaba a María por haber llevado en su vientre y amamantado a Jesús (ver Lc 11,27), pero Él más bien insiste: "Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen" (Lc 11,28). Mientras que lo primero consistió en un privilegio relativo al que sólo pudo acceder una persona, la Madre de Dios, lo segundo está al alcance de cualquiera y resulta decisivo.

En lo profundo de nuestro ser, cada uno de nosotros es un potencial 'oyente de la Palabra', y es esta práctica habitual la que activa y enriquece lo mejor de nosotros mismos. *Podemos preguntarnos: ¿Me tomo tiempo para leer y meditar la Palabra de Dios?*

Vigésimo Octava Semana

“¿Qué debo hacer para heredar la Vida eterna?”

(Mc 10,17)

1) La pregunta por la Vida eterna nos remite a la experiencia de fe: “*Sólo Dios es bueno*”. Nos remite a Jesucristo, que es su Palabra “viva y eficaz”, que “penetra hasta la raíz del alma y del espíritu (...), y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”. Esta Palabra de Dios está llamada a convertirse en Sabiduría para nosotros, preferible “a los cetros y a los tronos”, no igualable “a la piedra más preciosa”, amable más que “la salud y la hermosura (...), porque su resplandor no tiene ocaso”, porque “todo el oro, comparado con ella, es un poco de arena; y la plata, a su lado (...), como barro”. Y porque además, junto a ella, vienen “todos los bienes”.

2) Esta Sabiduría se asocia a un *aprender a “a calcular nuestros años”*. También se asocia a la experiencia de “la bondad del Señor”, que mirándonos “con amor” como al hombre rico, nos invita a ir siempre ‘más allá’. Ir ‘más allá’ tanto en el desprendimiento y entrega a favor de los pobres, como en el seguimiento de Jesús: “Ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme”.

Este ‘más’ va inscrito en el dinamismo mismo de la Palabra “de doble filo” ante la cual tenemos que decidimos libre y responsablemente. Y esto no resulta fácil. Si bien es cierto que “nadie que haya dejado casa, hermanos y hermanas, madre y padre, hijos o campos por mí y por la Buena Noticia” dejará de recibir el ciento por uno ya desde ahora “en medio de

persecuciones, y en el mundo futuro la Vida eterna”, la constatación de Jesús es que resulta difícil “para los ricos entrar en el Reino de Dios”. Y en cierto modo, todos tenemos, en algún sentido, riquezas que nos estorban y empobrecen.

3) *El hombre rico* oyó las palabras de Jesús, pero “se entristeció y se fue apenado, porque poseía muchos bienes”: no pudo hacer eso que el Señor le insinuaba y entrar así en la lógica sapiencial de la Palabra, que invita a la gratuidad. Por temor a perder, el hombre rico se aferró a la seguridad ficticia que daba el cumplimiento mezquino de los mandamientos. Buscando el propio interés, no eligió lo que verdaderamente le convenía.

Jesús sabe que el ingreso en la lógica de la gratuidad es en realidad “imposible para los hombres, pero no para Dios”. Por eso, sin forzarnos, nos estimula promisoriamente: “Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos”. Es cierto que también nos aclara: “Nadie puede venir a mí si el Padre no lo atrae” (Jn 6,44). No basta con cumplir los mandamientos: para ‘tener Vida’ en serio hay que ir más allá. Con su encarnación, la Palabra y Sabiduría de Dios se nos manifestó como ‘don’, como ‘exceso’. No basta con asumir una lógica ‘contractual’ (=te doy para que me des) para experimentar el gozo profundo y permanente, y la vida plena y eterna de Dios. Hay que ingresar en el orden de la gratuidad: para con el pobre, desprendiéndonos y sirviendo generosamente, y para con el Señor, siguiéndolo incondicionalmente.

Podemos preguntarnos: ¿Qué debo hacer para heredar la Vida eterna?

[Domingo XXVIIIº durante el año (B): Mc 10,17-30; Sab 7,7-11;
Heb 4,12-13]

"¿No ha vuelto más que un extranjero para dar gloria a Dios?" (Lc 17,19)

En la vida es importante aprender a ser agradecidos. Si bien es cierto que muchas veces nos tornamos exigentes, rara vez nos acordamos de dar las gracias. El agradecimiento surge de la experiencia del don, y debe ser tan gratuito como lo es éste. Y constituye la más elemental actitud de correspondencia y reciprocidad. En el texto evangélico de este domingo (ver Lc 17,11-19), el único leproso curado que regresa para dar las gracias a Jesús es un extranjero samaritano: ¡¡¡de quien menos se hubiera esperado que lo hiciera!!! Es cierto que, al sanarlos, el Señor no les pidió que obraran de este modo. Pero esto mismo resalta mucho más el gesto absolutamente desinteresado de este hombre creyente.

También en la primera lectura (ver 2 Re 5,14-17) se destaca la acción de gracias de otro leproso curado, Naamán el sirio; la cual se expresa en un doble modo: 1) queriendo retribuir con un presente a Eliseo, pero que éste no acepta porque el don no era algo suyo sino de Yahveh; 2) pidiendo entonces tierra de Israel para dar a culto al Dios vivo (ya que por entonces, los dioses estaban ligados a un territorio concreto).

En el fondo, todo don humano o divino tiene que conducirnos a dar gracias a Dios. Para los cristianos, el fundamento último para esta actitud cultural por excelencia es la vida misma de Jesús, quien se hizo semejante a nosotros y se entregó en la cruz para nuestra

salvación: fuere cual fuere nuestra disponibilidad para reconocer y acoger este don fontal, Él "permanecerá fiel, porque no puede negarse a sí mismo" (2 Tim 2,13).

Podemos preguntarnos: ¿Soy verdaderamente agradecido/a para con Dios y mi prójimo?

[Domingo XXVIIIº durante el año (C) – Lc 17,11-19; 2 Re 5,10.14.17; 2 Tim 2,8-13]

"Para vivir en libertad" (Gal 5,1)

A veces restringimos demasiado el concepto de libertad. Lo identificamos con la libertad de maniobra, con el tener muchas opciones, con poder flotar por encima de las vicisitudes de la vida sin tener que definirnos. La verdadera libertad, en cambio, es la que nos hace señores de nosotros mismos, y no esclavos de nuestras volubles pasiones. Es la que nos regala Jesús, particularmente por medio de su misterio pascual, redimiéndonos del yugo del pecado que conduce a la muerte.

En esta perspectiva, somos realmente libres si a cada momento estamos en condiciones de optar por lo mejor: de asumir y obrar lo que más nos dignifica a nosotros mismos y a nuestro entorno. O también, somos libres si estamos en condiciones de dejarnos conducir por el Espíritu de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿Cultivo este sentido profundo de libertad, o me conformo más bien con el poder seguir 'haciendo la mía' sin que nadie me lo impida?

"Si vivimos animados por el Espíritu" (Gal 5,25)

La primera lectura invita al discernimiento: entre aquello que procede del Espíritu de Dios y lo que en el fondo constituyen obras de la carne (ver Gal 5,18-25). La "fornicación, impureza y libertinaje, idolatría y superstición, enemistades y peleas, rivalidades y violencias, ambiciones y discordias, sectarismos, disensiones y envidias, ebriedades y orgías" no vienen de Dios, y tampoco nos hacen crecer. En cambio el "amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia" son claros frutos del Espíritu, y despliegan en nosotros nuestra condición de hijos e hijas de Dios.

Corolario: "Si vivimos animados por el Espíritu, dejémonos conducir también por Él" (v.25). *Podemos preguntarnos: ¿Soy dócil a las mociones del Espíritu Santo?*

Vigésimo Novena Semana

“El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir” (Mc 10,45)

1) Santiago y Juan se acercan a Jesús para pedirle sentarse uno a su derecha y el otro a su izquierda cuando venga en su gloria. Una actitud muy humana, en la que lo que cuenta parece ser el *prestigio de los puestos y espacios jerárquicos*. Con pretensiones no muy diferentes, “los otros diez se indignaron contra ellos”, porque también aspiraban a los mismos espacios, pero sin imaginar que la lógica de Dios era otra. Por eso Jesús les responde con

franqueza: “No saben lo que piden”. Y añade: “¿Pueden beber el cáliz que Yo beberé y recibir el bautismo que Yo recibiré?”.

2) La alusión a la temática de la cruz (“el cáliz”) en lugar del prestigio asociado a los puestos, o como se dirá más adelante, al servicio humilde en lugar de las jerarquías, se debe a que *la lógica de Dios es otra*, polarmente opuesta a la concepción y pretensiones humanas. A su propio Hijo y servidor, Dios “quiso aplastarlo con el sufrimiento”. No con una actitud sádica, como podría darlo a entender una espiritualidad morbosa o la experiencia victimizada surgida del ‘por qué a mí’, sino con un sufrimiento fecundo, pascual y redentor. En definitiva, el sufrimiento que brota de la injusticia humana y no de la intención divina, pero que incluso así tiene sentido en el designio de Dios: “Si ofrece su vida en sacrificio de reparación, verá su descendencia, prolongará sus días, y la voluntad del Señor se cumplirá por medio de él [...]. Justificará a muchos y cargará sobre sí las faltas de ellos [...], a causa de tantas fatigas, él verá la luz”.

3) A veces nos planteamos en nuestra vida cuál es *el sentido de aquello que nos toca sufrir*, sobre todo cuando el sufrimiento adviene por causas humanas, es decir, cuando juzgamos que podría haber sido evitado. La respuesta no parece ofrecernos claridad meridiana, pero nos remite al misterio de Jesucristo: “No tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades; al contrario, Él fue sometido a las mismas pruebas que nosotros, a excepción del pecado”. Dicho de otro modo, podemos estar seguros de que Jesús pasó por lo mismo que hoy nosotros atravesamos. Es a causa de su praxis de misericordia, que ponía en tela de juicio el poder de los líderes religiosos de su tiempo, que la creciente presión de los fariseos, escribas y Sumos

Sacerdotes, manipulando la opinión pública y presionando a un pusilánime Pilato, lo condujeron finalmente a la muerte.

4) Es por esto que el Señor saca algunas conclusiones prácticas para nosotros: “Ustedes saben que aquéllos a quienes se considera gobernantes, dominan a las naciones como si fueran sus dueños, y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así. El que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos”. Jesús se puso en el lugar de los que sirven y de las víctimas, no en el de los que dominan y oprimen: “El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino *para servir y dar su vida* en recate por una multitud”.

Sabiendo esto, ante la experiencia de sufrimiento injusto, inherente al testimonio evangélico, “permanezcamos firmes en la confesión de nuestra fe”, sabiendo que “los ojos del Señor están fijos sobre sus fieles, sobre los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y sustentarlos en el tiempo de indigencia”.

Podemos preguntarnos: ¿En qué sentido mis ambiciones personales oprimen a los demás injustamente? ¿Cómo comparto el cáliz del Señor en lo que me toca padecer?

[Domingo XXIXº durante el año (B): Mc 10,35-45; Is 53,10-11;

Heb 4,14-16]

"Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?" (Lc 18,8)

Hoy asistimos a una constatación paradójica: a medida que crece la búsqueda religiosa en el mercado de los bienes simbólicos,

parece disminuir la fe teologal, o al menos la práctica creyente de los cristianos. Se busca un sentido humanista de la vida, incluso trascendente, pero no por los canales tradicionales a través de los cuales históricamente lo hizo Occidente. De ahí que emerjan, en una dialéctica aparentemente irreconciliable, tanto el relativismo moral como el fundamentalismo religioso; el laicismo militante y el devocionismo extremo.

Urge una decisiva reconciliación. La misma debe producirse como respuesta a un don de lo alto: la fe, que integra y trasciende toda búsqueda religiosa o de sentido. Esta respuesta deberá ser hoy lo más personalizada posible, producto de una decisión teologal indelegable. Cabe preguntarse, sin embargo: "Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?" (Lc 18,8).

Podemos preguntarnos, también, cada uno/a de nosotros/as: ¿Cultivo por medio de la lectura orante de la Palabra una sólida y totalizante fe teologal?

"Estén preparados" (Lc 12,35)

La vigilancia es un tema característicamente humano, pero también cristiano. En la vida las cosas no pueden dejarse libradas a un destino azaroso, sino que deben ser previstas y llevadas adelante responsablemente. Para esto hay que estar atentos, como lo servidores que aguardan de un momento a otro a su señor: "¡Felices ellos, si el señor llega a medianoche o antes del alba y los encuentra así!" (Lc 12,38).

Vivir atentamente es propio del sabio, de quien no quiere que las cosas significativas se pierdan o pasen desapercibidas. La

vigilancia hace que no perdamos de vista lo esencial, lo que nutre la trama profunda de nuestras vidas.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy atento/a al paso del Señor por mi vida?

"¡Feliz aquél a quien su señor, al llegar, encuentra ocupado en este trabajo!" (Lc 12,43)

Ocuparse en el trabajo encomendado...: esto es lo que nos pide el Señor (ver Lc 12,39-48). No distraerse, embotarse ni dispersarse. Estar atentos a las cosas verdaderamente importantes, las que en definitiva cuentan.

La fidelidad a lo cotidiano, a las exigencias y desafíos del día a día, es fuente de paz y dignidad; lo que nos unifica desde nuestra condición de hijos e hijas de Dios: el estar en las cosas del Señor, sin desparramarnos por el camino con cualquier clase de vanidades o destemplanzas ocasionales.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy atento/a al advenimiento del Señor, en medio de mis actividades cotidianas, centrado/a en lo esencial?

"¿Piensan que he venido a traer paz a la tierra?" (Lc 12,51)

A las personas nos suele gustar la tranquilidad, la ausencia de problemas y conflictos. Y no deja de ser este un deseo noble. Sin embargo, las cosas verdaderamente valiosas muchas veces se adquieren por medio del conflicto, de la tensión y la lucha: del esfuerzo abnegado y constante. Esta experiencia no se opone al don: es justamente el trabajo laborioso el que nos permite valorarlo

con asombro; ya que supuesto éste, habremos recibido al final mucho más de lo esperado.

Por este motivo Jesús nos desinstala, y nos dice que no ha venido a traer la paz, sino fuego sobre la tierra, y a dividir a la familia (ver *Lc 12,49-53*). No es que Él venga a instalar la inquietud del desamor, sino más bien el anhelo siempre insatisfecho de una búsqueda constante, generosa y sincera de aquello que es bueno para el hombre y para el Reino: a lo sumo, Jesús viene a traer el conflicto que posibilita, a futuro, modos más plenos de comunión.

Podemos preguntarnos: ¿Vivo apasionado/a por lo verdaderamente importante? Si soy cristiano/a, ¿vivo apasionado/a por encarnar los valores evangélicos?

Trigésima Semana

“¡Ánimo, levántate! Él te llama” (*Mc 10,49*)

1) La curación del ciego Bartimeo se enmarca en un *contexto de ‘ceguera’ más amplio*: la de los discípulos de Jesús en todo *Mc 10*; tal como lo hemos venido escuchando en los anteriores tres domingos del ciclo ‘B’. Los discípulos ‘no ven’ que el varón y la mujer deben devenir una sola carne y no divorciarse (*XXVII B*); ‘no ven’ que la riqueza conlleva peligros y por eso hay que desprenderse a favor de los pobres (*XXVIII B*); ‘no ven’ que el que quiere ser mayor debe ponerse al servicio de los demás como lo hizo el mismo Jesús (*XXIX B*).

En este contexto, Bartimeo se convierte en una metáfora de lo que el Señor debe hacer por nosotros para que creamos y

entendamos su propuesta de vida evangélica: todos tenemos necesidad de Jesús 'para ver' la vida de otro modo y no quedarnos sentados inmóviles "junto al camino". Curiosamente, y tal como nos lo recuerda la primera lectura, el nuevo pueblo de Dios incluye entre los convocados a "ciegos y lisiados, mujeres embarazadas y parturientas"; a saber, categorías de gente consideradas impuras en la Primera Alianza. Que un ciego "de nacimiento" vea es entonces signo de que el Señor ha obrado algo inédito, algo absolutamente nuevo, algo 'nunca visto' con anterioridad. Nuestra fe, al respecto, no deja de abrirnos a algo verdaderamente sorprendente e impredecible: un 'más' apenas imaginado.

2) La contracara de este 'más', que es un don, suele ser *nuestra propia búsqueda insistente*: "¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!". Esta búsqueda personal exige muchas veces vencer la resistencia social e ir contra corriente: también a Bartimeo "muchos lo reprendían para que se callara", tal vez para que no molestara, o porque ya era así de nacimiento y no iba a cambiar... Es debido a la inercia de los hábitos que nos inmovilizan, pero también a causa de los condicionamientos que se imponen a nuestro yo social, que la búsqueda de Jesús debe ser incansable, entusiasta y disponible, con la convicción de que también a vos "Él te llama": "¡Ánimo, levántate!". Dice el texto que Bartimeo, "arrojando su manto, se puso de pie de un salto y fue hacia Él".

3) La búsqueda presupone libertad en el interesado, ya que nunca Jesús manipula: también a nosotros nos pregunta "¿qué quieres que haga por tí?". Esta pregunta presupone también un mínimo de claridad en lo que intuitivamente estamos anhelando: "Maestro, que yo pueda ver". La vista es una imagen de la fe madura (ver *Lc 24,31; Hch 9,18*), apenas vislumbrada por el ciego

como "torrente de agua". Se corresponde también con nuestros deseos más profundos y trascendentes (ver *Mt* 11,5). Así, la búsqueda decidida e insistente de Bartimeo se vio finalmente colmada por el don: "Vete, tu fe te ha salvado", has entrado en un nuevo orden de cosas.

4) Bartimeo "comenzó a ver", pero no se conformó con eso: "*lo siguió por el camino*", quiso ahondar en la novedad recientemente descubierta, y reestructurar su vida en conformidad a ella; no se conformó con 'sólo' empezar a ver: aspiró a 'más'... "Lo siguió por el camino": se trata de ese "camino llano" de que habla la primera lectura, y que acaba siendo Jesús mismo (ver *Hch* 9,2). Es el Camino que todos estamos llamados a transitar en la acción de gracias, conscientes de que "grandes cosas hizo el Señor por nosotros y estamos rebosantes de alegría".

Podemos preguntarnos: ¿De qué ceguera tengo que pedir ser sanado hoy por Jesús? ¿Qué hago en concreto para que esto sea factible? ¿Sigo el Camino en acción de gracias?

*[Domingo XXXº durante el año (B): Mc 10,46-52; Jer 31,7-9;
Heb 5,1-6]*

"Dos hombres subieron al templo a orar" (Lc 18,10)

Ante Dios nadie es justo, a no ser con la justicia suya, que confiere la fe a modo de gracia. Por eso es que tenemos que acercarnos a Él con humildad, sin pretensiones. Al modo como lo hizo el publicano de la parábola (ver *Lc* 18,9-14), y no en cambio el fariseo.

Justamente cuando reconocemos nuestros pecados ante el Señor, es que nuestras vidas se inundan con el don de lo alto. De

otro modo, permanecemos encerrados y asfixiados en nosotros mismos. El humilde publicano salió justificado, pero el autosuficiente fariseo se volvió a su casa tal como había venido...

Podemos preguntarnos: ¿Tengo una actitud humilde frente al Señor? ¿Oro con confianza?

"¿A qué se parece el Reino de Dios?" (Lc 13,18)

Jesús habla en parábolas: un lenguaje sencillo, y a la vez, elocuente. Un género literario que nunca cierra del todo, que deja pensando, que inquieta y provoca. Narraciones que pueden ser meditadas una y otra vez, siempre con nuevas percepciones y perspectivas. Son relatos que no sólo dicen, sino que además evocan.

La parábola es el lenguaje más típico de la fe: habla y remite al misterio. Supone en el destinatario capacidad de asombro y sencillez de corazón. Por eso es una revelación destinada más a los 'humildes y pequeños', que a los 'sabios y prudentes'. Es el estilo narrativo más típico del Señor...

Podemos preguntarnos: ¿Qué me dicen las parábolas de Jesús?

"Traten de entrar por la puerta estrecha" (Lc 13,24)

Las cosas que verdaderamente valoramos son las que nos han costado. Si bien el don excede con creces el esfuerzo personal, sin este último no se percibe y agradece el primero.

También el ingreso en la lógica del Señor está mediado por una puerta estrecha (ver Lc 13,22-30). Y esto, porque Jesús nos

invita a ir más allá de nosotros mismos, nos pide autotranscendernos, no conformarnos con gratificar necesidades, sino elevarnos a lo mejor de nosotros mismos: al plano de los valores y de las actitudes evangélicas.

Esto último no es algo que surja de nosotros con naturalidad, o fluya sin dificultades, sino que normalmente supone un perseverante esfuerzo y una búsqueda desapropiación personal.

Podemos preguntarnos: ¿Capto la lógica pascual de mi vida, a saber, la relación que existe entre crecimiento y renuncia?

"Aléjate de aquí, porque Herodes quiere matarte" (Lc 13,31)

La respuesta de Jesús es contundente: "Debo seguir mi camino" (ver Lc 13,32). Si bien el Señor se duele por la dureza de corazón de su gente ("¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados!"), no se echa atrás en el cumplimiento de su misión.

En la vida siempre habrá dificultades, y de hecho, cada uno de nosotros experimenta, en algún modo, la adversidad. Por eso es importante tener claro hacia dónde vamos, cuál es el norte de nuestras vidas. No podemos transitar nuestro itinerario vital dependiendo principalmente de los humores de turno o esperando que siempre gocemos de viento en la popa. En ocasiones, habrá que aprender a nadar incluso contra corriente...

Podemos preguntarnos: ¿Tengo claros la misión y horizonte de mi vida?

"A esto no pudieron responder nada" (Lc 14,6)

Jesús demuestra gran habilidad para eludir las trampas que le tienden sus enemigos (ver Lc 14,1-6). Sus respuestas son siempre sencillas, directas y creativas. Van al fundamento de las cosas, y así dejan sin palabras a los malintencionados interlocutores. Él mismo había enseñado a sus discípulos a ser "astutos como serpientes y mansos como palomas" (Mt 10,16).

Podemos preguntarnos: ¿Sé ubicarme en las situaciones de todos los días con sentido común e inteligencia?

Trigésimo Primera Semana

"¿Cuál es el primero de los mandamientos?" (Mc 12,28)

1) Para un judío del tiempo de Jesús no era nada fácil *jerarquizar los preceptos religiosos*, ya que en la tradición farisaica llegaban al 'módico' número de 613... Es así que podemos pensar que el escriba que se acercó a Jesús para preguntarle cuál de todos los mandamientos era el primero, tenía recta intención en su búsqueda. Al final del diálogo, Jesús mismo le dirá generosamente: "Tú no estás lejos del Reino de Dios".

De hecho el mismo escriba acabará repitiendo lo que Jesús le respondió, con palabras tomadas de los libros del Deuteronomio y el Levítico respectivamente: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas", y "amarás a tu prójimo como a ti mismo"; añadiendo Jesús el significativo matiz de "con todo tu espíritu" (que no estaba en el

Deuteronomio), y el escriba la observación de que cumplir este primer mandamiento “vale más que todos los holocaustos y todos los sacrificios” (cosas que sí aparecían en el Pentateuco).

En efecto, escuchar y recordar el precepto del amor, grabando “en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy”, y empeñándote “en cumplirlos” con lo mejor de vos misma/o, es condición para gozar “de bienestar” y llegar “a ser muy numeroso en la tierra que mana leche y miel”. Es así que a la puesta en práctica de este gran mandamiento del amor se asocia, de acuerdo a las expectativas de aquella época, una gran bendición. Un horizonte de plenitud y felicidad, al que en cambio no se llega por vía contractual: ‘Te doy (holocaustos y sacrificios) para que me des (lo que necesito y me interesa)’.

2) En todos los tiempos y geografías, *la experiencia religiosa tiende a ritualizarse*, y a veces, a deformarse desvirtuándose: tanto en sus expresiones celebrativas, como actitudinales y conceptuales. En esa ritualización caricaturesca tendemos, por lo general, a olvidar lo fundamental, quedándonos con ‘la carcasa o el estuche’ exterior. Ése había sido el problema de los fariseos, con quienes Jesús se la pasaba discutiendo. Por eso, igual que el escriba, también nosotros debemos revisar nuestra vida y aprender a ordenar y jerarquizar bien desde el amor. Cada uno de nosotros tiene que remitir el conjunto de sus convicciones, vivencias y prácticas a lo esencial: al amor, ya que fuera de él, no hay cristianismo.

El amor nace como gracia o don de Dios, del que nosotros acabamos participando por la fe y el bautismo, y que se incrementa en la medida en que lo vivimos y ponemos en práctica de modo habitual y progresivo, buscando que impregne las variadas

dimensiones de nuestra vida, 'cristificándolas' cada vez más. El amor se nutre de la gratitud (=eucaristía) y se expresa en la gratitud (=servicio); nace en Dios y nos 'devuelve' a Él pasando por nuestro prójimo: por las personas concretas que vamos encontrando en el camino de la vida, y en especial por los pobres y necesitados.

3) En la práctica, tenemos *áreas de nuestra vida que escapan a la lógica del amor*. Regiones paganas no suficientemente impregnadas por la buena noticia, y que aún necesitan ser rescatadas y redimidas. Muchas veces tenemos sentimientos, decimos cosas, adoptamos criterios, tomamos decisiones o actuamos al margen del amor, o con un amor que no acaba de ser el Amor con mayúsculas: en ocasiones nos conformamos con un amor interesado o de apariencias, un amor condicionado a las circunstancias o meramente emotivo, un amor reservado para algunos o limitado a temporadas.

Podríamos preguntarnos honestamente: ¿Es realmente la lógica del amor la que está conduciendo e impregnando hoy el conjunto de mi vida?

*[Domingo XXXIº durante el año (B): Mc 12,28-34; Dt 6,1-6;
Heb 7,23-28]*

"Gánense amigos con el dinero de la injusticia" (Lc 19,9)

Todo lo que tenemos tiene implícitamente un destino social. Esto hoy nos cuesta aceptarlo, ya que estamos habituados a una economía capitalista que acentúa la propiedad privada y la libertad individual. Sin negar estos valores y derechos, la doctrina social de la Iglesia ha insistido siempre en que sobre nuestra propiedad

"grava una hipoteca social" (Pablo VI); enmarcando, además, el sentido de propiedad en la más amplia consideración del "destino universal de los bienes".

Es decir que, desde una perspectiva ética, no podemos dejar de considerar a los demás seriamente en el uso que hacemos de lo que es nuestro. Y esto no sólo desde una perspectiva económica, sino sobre todo humana, social, intelectual. Si no lo hacemos, estas 'riquezas' se tornan dinero de la injusticia. O también, talentos enterrados que no reditúan..

Podemos preguntarnos: ¿Doy un uso social a mis capacidades, tiempo, salud, bienes e iniciativa?

"Hoy ha entrado la salvación a esta casa" (Lc 19,10)

Jesús no desespera de nadie. También un jefe de recaudación de impuestos puede convertirse a la fe (ver Lc 19,1-10). Zaqueo expresa esta conversión buscando a Jesús y recibéndolo en su casa. Pero además, prometiendo dar la mitad de sus bienes a los pobres y compensar cuádruplemente a quienes haya podido perjudicar.

La conversión parte del interior de la persona, gesta nuevas búsquedas y horizontes, y se plasma finalmente en actitudes, opciones y conductas teologales. Esto viene expresado por el 'hoy' de la salvación: Zaqueo ha dejado vivir a Jesús en su casa, recibéndolo en el centro existencial y cordial de su vida.

Podemos preguntarnos: ¿Busco al Señor de todo corazón? ¿Me conduce esta búsqueda a nuevos anhelos, actitudes y estilos de vida?

"Cualquiera de ustedes que no renuncie a todo lo que posee..." (Lc 14,33)

Para seguir a Jesús hay que ponerlo a Él en primer lugar. Renunciar a todo lo demás es relativizar toda otra preocupación, para animarse a mirar la vida desde el Señor. Que nada ni nadie rivalice contra esta centralidad cristocéntrica. Si de nuestra parte falta esta decisión, el seguimiento será inconsistente, desapasionado.

Podemos preguntarnos: ¿Ocupa Jesús el centro de mi vida?

"Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos" (Lc 15,2)

Jesús se empeña en buscar lo que parece perdido, lo que no cuenta, lo que se excluye, lo que se tira por considerarse 'residuo humano' (Z. Bauman). Y pone todo su corazón en recomponerlo, restaurarlo, reciclarlo, para que recupere su dignidad prístina, su esplendor original. Lo hace con el mismo empeño con que el pastor busca a su oveja extraviada, o con que la mujer busca la moneda perdida (ver Lc 15,1-10).

Podemos preguntarnos: ¿Me dejo encontrar por Jesús? ¿Soy yo, a su vez, compasivo y misericordioso con las demás personas?

Trigésimo Segunda Semana

“De su indigencia, dio todo lo que poseía” (Mc 12,44)

1) No siempre resulta fácil *apreciar la generosidad*: sobre todo cuando, a decir de Atahualpa Yupanqui, ‘se mira sin ver’. “Jesús [...] miraba cómo la gente depositaba su limosna”, pero lo hacía con esa mirada profunda que caracteriza su ministerio: la que ve a Zaqueo subido a un árbol, para llamarlo (ver *Lc 19,5*); la que dirige a Pedro después de su triple negación, moviéndolo a la conversión (ver *Lc 22,61-62*); esa mirada compasiva que es la del Padre misericordioso, que ve llegar a su hijo y lo recibe (ver *Lc 15,20-24*); o la del buen samaritano, que ve al hombre apaleado al borde del camino y lo socorre (ver *Lc 10,33-35*). La mirada de Jesús es profunda, y por eso no necesita que le digan qué hay en el corazón del hombre para saberlo (ver *Jn 2,25*).

Frente a la sala del Tesoro del Templo, había “muchos ricos [que] daban en abundancia”, pero “llegó una viuda de condición humilde y colocó dos pequeñas monedas de cobre”, con las que en realidad muy poco parecería poder hacerse. Tal vez por esto mismo su actitud no llamó demasiado la atención de los discípulos, que en contrapartida se dejaban deslumbrar por el esplendor de las piedras del Santuario (ver *Mt 24,1-2*). Pero sí movilizó a Jesús, que deslizó un breve comentario: “Les aseguro que esta pobre viuda ha puesto más que cualquiera de los otros, porque todos han dado de lo que les sobra, pero ella, de su indigencia, dio todo lo que poseía, todo lo que tenía para vivir”.

Posiblemente esta viuda entregó lo suyo con una generosidad análoga a la de esa otra viuda en tiempos de Elías (ver 1 Re 17,8-16), que compartió de lo poco que tenía una galleta de pan con el profeta. Fue a causa de esa generosidad suya que “el tarro de harina no se agotó ni se vació el frasco de aceite, conforme a la palabra que había pronunciado el Señor por medio de Elías”. Porque superó el temor ‘a quedarse sin nada, dando lo poco que tenía’, es que esta otra viuda sobrevivió a la sequía y experimentó el don de lo alto. A veces la mayor pobreza es la que nos cierra sobre nosotros mismos y nos impide compartir, inhibiendo a su vez la recepción de todo posible don. Es así que nada empobrece tanto como el egoísmo.

2) La generosidad no está tanto en la cantidad, como *en la actitud*: no es una cuestión cuantitativa, sino más bien cualitativa. Si bien importa el ‘don’, lo que cuenta es sobre todo el ‘donante’. No tanto el ‘dar’ algo externo a uno mismo, sino sobre todo el ‘darse’ uno mismo, tanto a Dios como al prójimo, por medio del ‘don’. Las lecturas del domingo pasado hablaban del mandamiento del amor: a Dios “con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas” y al “prójimo como a ti mismo”. En las de este domingo, tenemos sendas viudas poniendo en práctica este mandamiento de modo ejemplar: la del relato con Jesús, ‘donándose’ en referencia al Templo (=a Dios); y la de los tiempos de Elías, ‘donándose’ en referencia al profeta (=el prójimo).

Por entonces, las viudas y huérfanos eran el estereotipo de los pobres. En una sociedad patriarcal, no tener marido ni padre era quedar librado ‘a la buena de Dios’. Por eso estos episodios resultan mucho más elocuentes. Testimonian a las claras que lo que verdaderamente nos hace ricos es la capacidad de dar; y lo que

nos enriquece humana y espiritualmente es la calidad de esa entrega. Dar no es repartir, la entrega nunca es una dádiva que deshumaniza: el don siempre dignifica y eleva, tanto al que lo da como al que lo recibe. Por otra parte, el don clama por una reciprocidad desbordante que exceda con creces lo recibido; una reciprocidad que, además, deberá ser siempre libre y gratuita, nunca forzada ni socialmente impuesta. Por expresar el amor en sus formas más elevadas, vivir en la lógica del don nos descubre la perfecta alegría. Es la alegría que descubrimos en la gente sencilla, como en esa viuda alabada por Jesús.

*Podemos preguntarnos: ¿Vivo en actitud de generosidad?
¿Estoy abierto a la lógica del don y la reciprocidad?*

[Domingo XXXIIº durante el año (B): Mc 12,38-44; 1 Re 17,8-16; Heb 9,24-28]

"No es un Dios de muertos, sino de vivientes" (Lc 20,38)

Nos cuesta mucho imaginar el cielo, el Reino definitivo. Habitualmente para pensar en nuestra vida de resucitados partimos de las mejores experiencias tenidas en el tiempo presente, y luego, de algún modo buscamos exponenciarlas, pensando que lo que Dios tiene reservado para quienes le aman es mucho más y muy superior a todo lo que aventuremos imaginar.

La única certeza absoluta de la que partimos es que Dios "no es un Dios de muertos, sino de vivientes" (Lc 20,38). Cuando nos olvidamos de esto, nuestra esperanza queda condicionada, acotada o distorsionada por nuestra limitada experiencia de la vida presente, tal como le acontecía a los saduceos en el pasaje evangélico que leemos este domingo (ver Lc 20,27-38).

Podemos preguntarnos: ¿Estoy abierto a una esperanza que supera todo lo que pueda imaginar o pensar?

"Somos simples servidores" (Lc 17,10)

Una de las mayores satisfacciones es la del trabajo bien hecho. Trabajo bien hecho es el que en definitiva responde al querer de Dios, como respuesta a lo que Él nos encomienda en el aquí y ahora de nuestra vida. Su mejor recompensa es el gozo y paz profundo que esta actitud genera en nosotros, y que nos invita a decir con el Evangelio: "Somos simples servidores, no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber" (Lc 17,10).

La acedia, que no es la simple pereza, consiste en una actitud negligente de cara a lo que el Señor nos invita a hacer. La misma aletarga las mejores posibilidades de nosotros mismos, y nos sumerge en una especie de sopor infrahumano.

Podemos preguntarnos: ¿Pongo empeño en hacer bien mi trabajo, en la presencia de Dios?

"¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!" (Lc 17,12)

Los diez leprosos piden compasión a Jesús, pero sólo uno regresa para agradecer. Es cierto que no estaban obligados a hacerlo, y que tampoco el Señor les había pedido eso. Por eso resalta la espontaneidad del samaritano que sí "volvió atrás alabando a Dios en voz alta y se arrojó a los pies de Jesús con el rostro en tierra, dándole gracias" (Lc 17,17-18).

Una de las cosas más importantes que estamos llamados a incorporar en nuestras vidas es el agradecimiento. 'Agradecer' no

sólo resulta útil a quien ha hecho algo por nosotros para ser confirmado en su generosidad, sino que nos permite también a nosotros tomar conciencia del don recibido.

Podemos preguntarnos: ¿Soy suficientemente agradecido?

"Antes tendrá que sufrir mucho" (Lc 17,25)

El triunfo escatológico de Jesucristo está asegurado, "pero antes tendrá que sufrir mucho y será rechazado por esta generación" (Lc 17,25). Lo mismo acontece con cada cristiano/a, dado que no existe modo de participar en la resurrección del Señor si no es compartiendo previamente su cruz.

Por eso no debemos tentarnos en correr detrás de los ilusorios éxitos repentinos, que luego desilusionan, dejándonos seducir por el supuesto de un "está aquí" o "está allá" (v.23), sino más bien dedicarnos pacientemente y con fidelidad a nuestras responsabilidades cotidianas, puesto que "el Reino de Dios no viene ostensiblemente" (v.20).

Podemos preguntarnos: ¿Vivo con esperanza la expectativa de advenimiento del Señor a partir de una entrega generosa y mesurada a mis obligaciones de cada día?

"Jesús enseñó con una parábola que era necesario orar siempre" (Lc 18,1)

La viuda insistente que pide al juez que le haga justicia hasta lograrlo por cansancio (ver Lc 18,1-8) es una clara imagen del modo en que debemos orar con insistencia. La razón que esgrime Jesús es muy lógica: si este juez inicuo fue capaz de hacer justicia con tal

de que no lo sigan fastidiando, cuánto más Dios "no hará justicia a sus elegidos, que claman a Él día y noche".

Por supuesto que hay una aclaración: "aunque los haga esperar". Con la paciencia 'todo se alcanza' (Teresa de Jesús). Así, la parábola es una exhortación a orar confiadamente, sin desfallecer.

Podemos preguntarnos: ¿Oro confiada e insistentemente?

Trigésimo Tercera Semana

“Se verá al Hijo del hombre venir sobre las nubes” (Mc 13,26)

1) La *literatura apocalíptica*, en la que maduran los textos de *Mc* y *Dn*, surge en tiempos de crisis y persecución. Su intención es afianzar la esperanza de los creyentes en medio de la perplejidad: no se busca atemorizar, sino más bien decirle a un pueblo perseguido que la injusticia, el dolor y la muerte no tendrán la última palabra sobre la vida personal o colectiva de las personas. El trasfondo de *Mc* 13 es la persecución de la comunidad cristiana de Roma durante el imperio de Nerón (hacia el año 64 d.C.), y en el caso de *Dn*, la desatada contra los judíos por el rey griego Antíoco IV (siglo II a.C.).

A nosotros, el género apocalíptico nos habla de la venida del Hijo del hombre al final de los tiempos. Pero también nos remite a las situaciones límites de nuestras vidas, donde parece que 'el sol se oscurece, la luna deja de brillar, las estrellas caen del cielo y los astros se conmueven'. Son los momentos en los que todo

(convicciones, referencias, horizontes) parece tambalearse, y nada queda ni puede ya ser o quedar como antes. Momentos en los que el temor parece prevalecer y apoderarse de nosotros: “un tiempo de tribulación, como no lo hubo jamás”. Sin embargo, la fe nos dice que en medio de esta crisis, “se verá al Hijo del hombre venir sobre las nubes, lleno de poder y de gloria”, de modo que la prueba siempre posibilita un nuevo advenimiento del Señor.

2) En todos los momentos oscuros de la historia (guerras, invasiones, hambrunas, cataclismos, etc.) existió la *tentación milenarista* de interpretar los acontecimientos como un preludeo del fin. En esos contextos, no faltaron ‘profetas de calamidades’ que anunciaran la destrucción como asociada al juicio y cólera de Dios. Sin embargo, lo que dicen los textos bíblicos de este domingo es que “en aquel tiempo, será liberado tu pueblo, todo el que se encuentre inscrito en el Libro”. O sea, que el mensaje, si bien restringido, es prevalentemente optimista: de hecho, Dios “enviará a los ángeles para que congreguen a sus elegidos desde los cuatro puntos cardinales, de un extremo al otro del horizonte”.

Es cierto que habrá un juicio y que en él “muchos de los que duermen en el suelo polvoriento se despertarán [...] para la ignominia, para el horror eterno”: el infierno sigue siendo siempre ‘una posibilidad absolutamente real’ (H. U. von Balthasar). Sin embargo, en las lecturas prevalece la constatación de que otros lo harán “para la vida eterna”, y que “los hombres prudentes resplandecerán como el resplandor del firmamento, y los que hayan enseñado a muchos la justicia brillarán como las estrellas”. El mensaje que prima es más bien: ‘obren como corresponde y no aflojen en la esperanza’.

3) Todo esto nos invita a la vigilancia, a *estar preparados*. Lo más probable, es que no asistamos en primera persona al final absoluto de la historia. Pero inevitablemente el tipo de pruebas, calamidades y tribulaciones descritas son símbolos de lo que ocurrirá en nuestra vida personal. Aunque más no sea al momento de enfermarnos, o cuando la muerte se vaya acercando repentina o sigilosamente. “Cuando vean que suceden todas estas cosas, sepan que el fin está cerca, a la puerta”. En este caso también será cierto que el día y la hora “nadie los conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, nadie sino el Padre”, y que por eso debemos vivir tal como queremos nos halle la muerte.

El relato tiene por último una aplicación más concreta y casi cotidiana. Así como cuando las ramas de la higuera “se hacen flexibles y brotan las hojas” nos damos cuenta “de que se acerca el verano”, también cuando a lo largo de la vida nos toque entrar en alguna clase de crisis o situación límite (económica, laboral, social, afectiva, cultural o de salud, etc.), debemos confiar resueltamente en que se acerca el Hijo del hombre, y con Él, también nuestra liberación. Es decir, un salto pascual que, a manera de don, hará nuestra vida cualitativamente mejor.

Podemos preguntarnos: ¿Me preparo para el encuentro definitivo con Dios? ¿Qué situación límite estoy viviendo o he vivido en estos últimos años, y cómo se ha ido o se está resolviendo? Al respecto, ¿en qué sentido pienso que, con la venida del Hijo del hombre, se acerca mi liberación?

[Domingo XXXIIIº durante el año (B): Mc 13,24-32; Dn 12,1-3;

Heb 10,11-18]

"No quedará piedra sobre piedra" (Lc 21,6)

Las personas tendemos a considerar como definitivas y absolutas cosas que en realidad no lo son. Algo así les sucedía a los contemporáneos de Jesús con el Templo de Jerusalén, que en realidad era ya el segundo y no tenía el esplendor del primero. Para mucha gente ruda y desacostumbrada a ver grandes edificios, eso debía ser un gran espectáculo. Entre estas personas estaban los discípulos de Jesús, quien por eso se encarga de aclararles: "De todo lo que ustedes contemplan, un día no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido" (ver Lc 21,6).

También nosotros podemos idolatrar realidades finitas y limitadas, dándoles el lugar que sólo Dios puede ocupar. Esto hace que luego quedemos defraudados, con ilusorias esperanzas caídas por tierra a causa de esas presuntuosas expectativas. De ahí la importancia de dosificar y encauzar nuestros anhelos; evaluando con realismo sapiencial lo que cada realidad puede dar de sí, y lo que verdaderamente puede esperarse de ella. Sólo Dios puede darlo todo...

Podemos preguntarnos: ¿En qué o en quién tengo depositada plenamente mi esperanza?

"Hoy tengo que alojarme en tu casa" (Lc 19,5)

Hay momentos que transforman decisivamente nuestras vidas: una experiencia, un encuentro, un lugar, una persona... La vida de Zaqueo produjo un giro decisivo cuando el Señor lo vio subido a un sicómoro y le dijo: "Baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa" (Lc 19,5). Esta transformación profunda se expresó en su decisión de repartir la mitad de sus bienes entre los pobres y de

compensar cuádruplemente a quien pudiera haber perjudicado como jefe de los recaudadores de impuestos (vv.6-10).

Cuando en nuestras vidas acontecen estos momentos fundantes de carácter cumbre, el cambio interior tendremos que manifestarlo en actitudes exteriores concretas.

Podemos preguntarnos: ¿Qué ha significado en mi vida el encuentro con Jesús?

"Señor, tu moneda produjo otras diez" (Lc 19,16)

A diferencia de la parábola relatada por Mt 25,14-30, que pone el acento en el diferente valor objetivo confiado por el dueño a sus servidores, la versión de Lc 19,11-27 prefiere considerar la mayor o menor aptitud subjetiva de los servidores para multiplicar el monto inicial. De los resultados obtenidos por cada uno de estos servidores dependerá lo que el amo les vaya a confiar en el futuro. Lo que sí será censurada, es la desidia del tercero, que para no arriesgar resultados de cara a su amo exigente, enterrará el dinero encomendado.

Cada uno de nosotros está llamado a esforzarse por multiplicar los dones recibidos, poniendo los propios talentos al servicio de los demás. Cada uno debe hacerlo desde su carisma original, haciendo lo mejor de sí para que su valor inicial se incremente.

Podemos preguntarnos: ¿Qué estoy haciendo con los dones recibidos?

"No has sabido reconocer el tiempo en que fuiste visitada por Dios" (Lc 19,44)

Dios nos brinda abundantes posibilidades para descubrir su presencia salvífica en nuestra vida. Sin embargo, debemos estar atentos para no dejar pasar esas oportunidades. En ocasiones estamos demasiado distraídos u ocupados como para percibir y valorar esta presencia discreta; o incluso la resistimos culpablemente por no creerla oportuna.

Jesús personaliza en Jerusalén el mismo reproche que nos dirigiría a nosotros/as hoy de hallarnos indiferentes: "¡Si tú también hubieras comprendido en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos" (Lc 19,42).

Podemos preguntarnos: ¿Estoy atento/a al paso del Señor por mi vida?

"Jesús se puso a echar a los vendedores" (Lc 19,45)

Intentar lucrar con Dios es buscar manipularlo, y esto atenta contra el ABC de la religión, que es fundamentalmente 'humilde obediencia'. Al echar a los vendedores del templo, Jesús nos invita a un nuevo modo de vinculación con el Señor: gratuito, más que calculado; confiado, en vez de controlado; desbordante, en lugar de mezquino.

Pasar de la lógica del contrato a la lógica del don: éste es el gran aprendizaje que estamos llamados a realizar en nuestro encuentro orante con Dios Padre. Ésta es la lógica del Espíritu; y la lógica de Jesús...

Podemos preguntarnos: ¿Cómo es, en estos momentos, mi relación con el Señor?

"Y ya no se atrevían a preguntarle nada" (Lc 20,40)

Jesús tiene una palabra justa para cada objeción: sobre todo para las que se le plantean de modo capcioso. En este caso, acerca de la resurrección de los muertos (ver Lc 20,27-40), ya que los saduceos, judíos colaboracionistas con el poder político de ocupación, no creían en ella.

El Señor intenta mostrar que el día de la resurrección responde a una lógica muy diferente de la que podemos imaginar desde la historia presente; y que el argumento decisivo para creer en ella es que Dios "no es un Dios de muertos, sino de vivientes" (v.39).

Podemos preguntarnos: ¿Creo en la resurrección de los muertos y la vida eterna, tal como lo profesamos en el credo católico?

Trigésimo Cuarta Semana

Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo

"Mi realeza no es de este mundo" (Jn 18,36)

1) *Para hablar de Dios* tenemos que partir de lo que conocemos por experiencia, y usar palabras que en un sentido secular podrían tener de hecho otro tipo de connotaciones. En este caso, la palabra 'rey'. En tiempos de Jesús, todos sabían muy bien qué era un 'rey': un caudillo que lideraba un pueblo, pero que

también le hacía sentir su autoridad; que testimoniaba y consolidaba su independencia política estableciendo leyes, gobernando y ejerciendo justicia, pero que no siempre lo hacía de modo transparente y pensando en el bien común; que protegía a la nación de los intereses de otros reyes y caudillos, pero que le exigía tributo y hombres para la guerra; que buscaba afianzar y extender territorialmente sus dominios, pero que también se quedaba con 'la parte del león'. Bajo alguno de estos sentidos puede afirmarse que Dios reina, o que Jesús es Rey. Pero también hay que purificar y trascender el lenguaje: Jesucristo es Rey en un sentido 'analógico'.

2) *Aclarar y redimensionar el lenguaje*: eso es lo que hace Jesús cuando le preguntan "¿eres Tú el rey de los judíos?". Por un lado deja sentado que "mi realeza no es de este mundo", y por otro afirma contundentemente: "Tú lo dices: Yo soy rey. Para esto he nacido y he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad". La realeza de Jesús se afianza en la verdad trascendente que Él testimonia, y que es su misma persona humano-divina, que vence el pecado y la mentira del mundo mediante el amor. Jesús no viene a responder a las comprensibles expectativas humanas de liberación política que podían anidar en el oprimido pueblo judío de su tiempo, bajo el yugo romano. Su realeza tiene un sentido mucho más profundo, extendido y trascendente: "Él nos ama y nos liberó de nuestros pecados, por medio de su sangre, e hizo de nosotros un Reino sacerdotal para Dios, su Padre".

3) *La realeza de Jesús* se manifiesta en un Reino construido a partir de su condición de "Testigo fiel" de la Verdad, "Rey de los reyes de la tierra", "Alfa y Omega" de la historia humana, "el que es, el que era y el que viene". Desde esta perspectiva de orden trascendente, se comprende la aparente 'impotencia' de un Dios

“todopoderoso”: porque el reinado de Jesucristo no es de este mundo es que será crucificado. Pero justamente porque trasciende este mundo es que su muerte no será palabra definitiva: solo un Dios todopoderoso puede aceptar morir sin resignar su realeza ni perder su reino; sólo quien es verdaderamente grande puede manifestarse humilde y aceptar perder. Por eso “le fue dado el dominio, la gloria y el reino, y lo sirvieron todos los pueblos, naciones y lenguas”, y “su dominio es un dominio eterno que no pasará, y su reino no será destruido”.

4) La realeza y el reinado de Jesús *consolidan nuestra esperanza*. Nos aseguran que más allá de las vicisitudes de la historia, en Jesucristo se afianza el sentido trascendente de muchos acontecimientos que de momento pueden dejarnos perplejos, tanto en nuestra vida personal como familiar o colectiva. Tantos aparentes sinsentidos, injusticias y holocaustos. La realeza y el reinado de Jesucristo nos confirman que todo tiene un ‘para qué’, providencialmente misterioso, que en algún momento se develará. Y que si en Él confiamos, con Él reinaremos.

Los objetivos intrahistóricos pueden fracasar o pueden no resultar tales como los pretendíamos. Pero a los ojos de Dios y de su plan de salvación, todas estas piezas aparentemente inconexas cobran un sentido decisivo, inefable y sorprendente. El reinado de Jesucristo nos asegura que la historia es una apasionante novela, magistralmente escrita, cuyo último capítulo y consiguiente desenlace se escriben en el Reino definitivo, junto a Dios en el cielo. Sólo allí cobrará pleno sentido toda la trama. Sólo allí se comprenderán esos ‘por qué’ inciertos y angustiantes de capítulos precedentes.

[Jesucristo Rey del Universo (B): Jn 18,33-37; Dn 7,13-14; Ap 1,5-8]

"Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23,43)

Con esta *Solemnidad de Cristo Rey del Universo* concluye el presente ciclo litúrgico ('C'). En medio de los tormentos de la crucifixión, Jesús promete al llamado 'buen ladrón' el paraíso hoy (ver *Lc 23,35-43*). Jesús es Mesías y Rey de los judíos, pero no al estilo que se esperaba de Él. Su Reino no es de este mundo, pero puede prometerlo ya desde ahora a quienes en cualquier circunstancia confían en Él.

El Señor no reina desde la insensible omnipotencia, sino más bien desde la vulnerabilidad asociada a la compasión. Y nos invita a participar de estas mismas actitudes vinculadas a su seguimiento.

Podemos preguntarnos: ¿Estoy convencido/a de que 'si con Él sufrimos, reinaremos con Él'?

"No llegará tan pronto el fin" (Lc 21,9)

A lo largo de estos últimos 2000 años, toda crisis severa vino acompañada por un inocultable temor al fin del mundo. Y aún hoy, los agoreros de catástrofes continúan pronosticando las supuestas fechas del último día. Sin embargo, Jesús afirma que "no llegará tan pronto el fin" (*Lc 21,9*), y si habla de dramáticas calamidades, lo hace más bien para que vivamos atentos a las cosas importantes, y vigilantes para no extraviarnos.

En realidad, cada persona está llamada a considerar el desenlace último de su propia existencia, y pensar entonces, cómo

le habría gustado haber vivido para cuando le llegue ese instante decisivo.

Podemos preguntarnos: ¿Vivo atento a las cosas importantes y decisivas de la existencia?

"Gracias a la constancia salvarán sus vidas" (Lc 21,19)

Dice un dicho popular que 'lo que no mata engorda'. Y esto es bien cierto en todos los órdenes de la vida, incluyendo el filosófico y teológico de la existencia. Las dificultades, si no nos quiebran, nos fortalecen; las crisis, si no nos hundén, nos esperan.

Lo importante es creer que detrás de los acontecimientos está la mano de Dios que los conduce, misteriosamente, hacia una plenitud definitiva: "Ni siquiera un cabello se les caerá de la cabeza" (Lc 21,19). Si de nuestra parte ponemos lo mejor, el éxito pascual de la vida, el sentido final de la misma, está garantizado.

Podemos preguntarnos: ¿Me dejo hundir fácilmente por la adversidad?

"Tengan ánimo y levanten la cabeza" (Lc 21,28)

Cuando acontecen calamidades, todos estamos tentados de desesperar. Pensamos que el mundo se nos viene encima: eso fue lo que le pasó a los judíos contemporáneos de Jesús cuando vieron destruido el Templo de Jerusalén y arrasada la ciudad (ver Lc 21,20-28); o a los conciudadanos de san Agustín, cuando contemplaron la invasión y saqueo bárbaro de Hipona, hacia el siglo V.

Frente a lo inevitable, el Señor nos invita a posicionarnos de otro modo: "Cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación" (Lc 21,28). En gran medida, la fe se pone a prueba en medio de las dificultades, y sólo persevera en ella quien es capaz de mirar los acontecimientos con esperanza.

Podemos preguntarnos: ¿Soy capaz de descubrir en la crisis una oportunidad salvífica?

"Mis palabras no pasarán" (Lc 21,33)

Dice Jesús: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Lc 21,33). ¡Qué bueno que, en una cultura *on-line* del recurrente 'ya fue' haya algo que definitivamente permanezca...! Acostumbrados al permanente descarte y a la acumulación continua de 'basura y chatarra' (Z. Bauman), finalmente algo no transita ni envejece, sino que se queda para siempre.

Aunque todo lo demás inevitablemente perezca, el Señor 'no se muda'... De ahí que valga la pena anclar la vida en lo definitivo: ¡aunque más no sea para evitar quedar convertido en deshecho!

Podemos preguntarnos: ¿Tengo puesta mi vida y mi corazón en los bienes verdaderamente definitivos?

"No dejarse aturdir por los excesos" (Lc 21,34)

La templanza es una virtud que está al servicio de la esperanza. Quien se deja aturdir por los excesos, vislumbra horizontes borrascosos. La gula, la lujuria, la prodigalidad, la ira, la curiosidad y la soberbia son pecados contra la templanza: atentan

contra la moderación, el amor casto, la austeridad, la paz cordial, la sabiduría profunda y el sano concepto de sí, respectivamente.

La destemplanza nos impide ser fuertes, y por lo tanto, conducen a la desesperanza. Hoy tenemos que hacer un ejercicio extra para no dejarnos fascinar por estas variadas formas de seducción: para no perder el juicio y la lucidez; para seguir caminando por la vida con serena esperanza.

Podemos preguntarnos: ¿Soy una persona templada?

EPÍLOGO

Peregrinando al Santuario

Prólogo

Al comienzo de la celebración litúrgica del 2 de febrero la Iglesia nos dice: “Hoy conmemoramos el día feliz en que Jesús fue presentado en el templo por María y José, cumpliendo públicamente la ley de Moisés pero, en realidad, yendo al encuentro de su pueblo que lo esperaba con fe. Los santos ancianos Simeón y Ana fueron al templo impulsados por el Espíritu Santo; allí iluminados por el mismo Espíritu, conocieron al Señor y lo proclamaron con fe. También nosotros, congregados en la unidad por el Espíritu Santo, vayamos hacia la casa de Dios al encuentro de Cristo”. Cada vez que celebro la fiesta de la Presentación del Señor y leo este texto evoco, en mi corazón, los Santuarios: lugares privilegiados de encuentro con Dios a los que el pueblo fiel acude impulsado por el Espíritu Santo, lugares sagrados en que el corazón es iluminado por el mismo Espíritu Santo y se conoce más al Señor, lugares en que el Santo Pueblo fiel de Dios se encuentra congregado por el Espíritu para la adoración, la alabanza, la petición, la acción de gracias. En ellos “el peregrino vive la experiencia de un misterio que lo supera” (DA 260): la experiencia de la trascendencia de Dios y de la Iglesia, que va más allá de su familia y su barrio (cf. ib.)

En la peregrinación a los santuarios “se puede reconocer al pueblo de Dios en camino. Allí, el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera” (DA 259), caminando con el mismo Cristo Resucitado que se hace peregrino (cf. ib.). Sin mayores explicitaciones, “la decisión de partir hacia el santuario es ya una confesión de fe” (cf. ib.) y el peregrino camina y llega con una actitud de contemplatividad que posibilita que en un breve instante se condense en una viva experiencia espiritual (cf. ib.)

Teniendo en cuenta esta realidad el P. Gerardo D. Ramos s.c.j. intenta, en esta obra, adentrarse en las dimensiones antropológico–teológicas de los santuarios a fin de posibilitar algunas decisiones pastorales. Su reflexión es profundamente seria y erudita. Tiene la virtud de sugerir caminos y abrir puertas al servicio pastoral del santo pueblo fiel de Dios que peregrina a los santuarios. Deja espacios para ulteriores concreciones según los lugares y los tiempos. No pretende ofrecer un tratado exhaustivo sobre la pastoral de los santuarios ni agotar el tema sino, más bien, indicar pautas significativas que inspiren su pastoral.

Estoy seguro de que esta obra será de mucho fruto para quienes trabajan en la pastoral de los santuarios sirviendo a ese pueblo para quien “el caminar es un verdadero canto de esperanza y la llegada es un encuentro de amor” (DA 259).

*Buenos Aires, 7 de octubre de 2012,
al regresar de la 38º peregrinación juvenil a Luján.*

Card. Jorge Mario Bergoglio s.j.

Introducción

“Nos hemos sentido acompañados por la oración de nuestro pueblo creyente católico, representado visiblemente por la compañía del Pastor y los fieles de la Iglesia de Dios en Aparecida, y por la multitud de peregrinos de todo Brasil y otros países de América al Santuario, que nos edificaron y evangelizaron” (DA 3).

Mi experiencia del Santuario

Me fui acercando muy de a poco a la vida y experiencia del *Santuario*. A modo de peregrino, a lo largo de años, con motivaciones que progresivamente fui descubriendo, madurando y profundizando. Desde mi primera “peregrinación” a toda marcha, con dos compañeros del colegio secundario a los diecisiete años de edad, cuando en unas trece horas fuimos caminando desde Liniers hasta Luján y regresamos en tren a nuestras casas, tal vez más como deporte que por devoción...

Pasé luego por algunos servicios como formando betharramita –instituto de vida consagrada al que pertenezco– en un puesto sanitario que durante muchos años tuvieron los *scouts* de la parroquia Sagrado Corazón de Jesús (Barracas) en Rodríguez. También por la experiencia personal de peregrinar varias veces a pie hasta el referido santuario mariano, con jóvenes de dicha comunidad parroquial o incluso solo, “inmerso en la vida del pueblo de Dios en camino, celebrando el gozo de sentirme inmerso en

medio de tantos hermanos, caminando hacia Dios que me esperaba” (cf. DA 259).

En alguna ocasión, ya como diácono, me tocó hacer bendiciones en San Pantaleón (Mataderos), celebrar procesionalmente el aniversario del traslado de la Virgen del Valle (Catamarca) desde su antigua ermita hasta el actual Santuario, o colaborar esporádicamente como sacerdote con las confesiones en Mailín (Santiago del Estero). Más sistemática y recientemente, durante algunos años acostumbré ir los días siete de cada mes a San Cayetano de Liniers con el propósito de prestar este mismo servicio pastoral-sacramental, o también durante las peregrinaciones juveniles anuales, al Santuario arquidiocesano y Basílica Nacional “Nuestra Señora de Luján”, donde ahora resido y colaboro como huésped-peregrino de viernes a lunes.

Si bien mi acceso y vivencia de la fe fue en sus orígenes prevalentemente intelectual [=racionalidad conceptual] más que devocional [*afectividad simbólica*], la vida pastoral me fue mostrando la riqueza icónica del santuario, y su capacidad para decir y evocar “plásticamente” (C. Galli) mucho con poco [=racionalidad simbólica]: el misterio inefable de Dios, de modo simple pero elocuente. Punto de llegada y de partida para numerosos peregrinos, ámbito de conversión y celebración, oración y encuentro, el santuario moviliza y propicia una decisiva experiencia teológica en cada uno de nosotros como hijos e hijas de Dios.

El propósito de este Epílogo

Este pequeño libro, que acabó resultando un Epílogo de mi Trilogía, surge de meditaciones ofrecidas, confrontadas y enriquecidas en el contexto del 38º *Encuentro Nacional de Santuarios* (San Antonio de Arredondo, Córdoba, 27-30/09/12), y en el marco del *Año de la Fe* convocado por Benedicto XVI, iniciado con el 50º aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II (el 11/10/2012) y que concluirá en 2013, con la Solemnidad de Cristo Rey del Universo (24/11). Asume e integra observaciones medulares de los cinco libros de la Trilogía, y de un modo particular, amplía y profundiza lo dicho con bastante rapidez en el segundo excursus de la tercera parte del cuarto libro. Se apoya en la convicción de que hoy, en el contexto de la cultura urbana y el cambio de época, la pastoral de santuarios es una de las instancias más propicias para promover una Nueva Evangelización: en palabras de Juan Pablo II, “nueva en sus métodos, en su ardor y en su expresión”⁵.

De ahí que haya optado por un itinerario mistagógico, de discernimiento psico-espiritual y crecimiento, a partir de los iconos de la “peregrinación” y el “santuario”, de la mano de las virtudes teologales y el pasaje bíblico de Jesús y la mujer samaritana. Las mismas pueden resultar de utilidad espiritual y pastoral, tanto a las personas que trabajen y colaboren en algún santuario o ámbito que por su dinamismo se le asemeje, como también a quienes se decidan resueltamente a peregrinar, y busquen hacer de esa

⁵ “Discurso al CELAM” (Puerto Príncipe), *L'Oss.Rom.* 20/03/83, 179ss. El mismo Juan Pablo II habla de los santuarios como “lugares privilegiados” de evangelización (“Homilía en Zapopán”, 5, AAS 51, p.231; cf. *DP* 463).

peregrinación una experiencia de auténtico crecimiento humano-espiritual, abriendo verdaderamente sus vidas a Dios y al paso de su gracia.

En torno al santuario el peregrino entreteje una historia de amor, posibilitada por el mismo Dios que nos visita en su Hijo, o en la figura de alguno de sus santos o santas. En esta perspectiva, me animaría a caracterizar la vida teologal como una esperanzada “peregrinación de amor” animada por la fe, hacia el Santuario definitivo (cf. *Hb* 4,14-15; 10,19-21; *Catic* 1137): hacia el Padre, con el Hijo y por el Espíritu (cf. *LG* 2-4), hacia el seno trinitario de Dios que nos ama y convoca. Y en este único y mismo Dios, como incluyéndolos, el don de una multitud de hermanos y hermanas que enriquecen el pueblo y redil de Dios, cuerpo y esposa de Cristo, templo y viña del Espíritu (cf. *Ap* 7,9; *LG* 50; *Porta fidei* [=PF], 13).

“El santuario supremo y definitivo es Cristo resucitado (cf. *Jn* 2,18-21; *Ap* 21,22), en torno al cual se congrega y organiza la comunidad de los discípulos, que a su vez es la nueva casa del Señor (cf. *1 Pe* 2,5; *Ef* 2,19-22) [...], es un signo de la presencia activa, salvífica, del Señor en la historia y un refugio donde el pueblo de Dios, peregrino por los caminos del mundo hacia la Ciudad futura (cf. *Hb* 13,14), restaura sus fuerzas para continuar la marcha. El santuario, como las iglesias, tiene un valor simbólico: es imagen de la ‘morada de Dios con los hombres’ (*Ap* 21,3) y remite al ‘misterio del Templo’ que se ha realizado en el cuerpo de Cristo (cf. *Jn* 1,14; 2,21), en la comunidad eclesial (cf. *1 Pe* 2,5) y en cada uno de los fieles (cf. *1 Cor* 3,16-17; 6,19; *2 Cor* 6,16)”⁶.

Ponerse a peregrinar presupone y afianza la vida teologal: nos va abriendo la “puerta de la fe” y nos introduce en la vida del Santuario: el misterio del Dios-con-nosotros, en el que ya el mundo presente y cada uno de los que lo habitamos y por él transitamos

⁶ *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia* [=DPPL], 262-263.

como hijos e hijas de Dios, puede ir revelando anticipadamente el esplendor transfigurado que aguardamos, el misterio propio aún no revelado, pronunciado solo en esperanza por la boca creadora del Padre.

“La puerta de la fe’ (cf. *Hch* 14,27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma” (PF 1).

Junto a las reflexiones, ofreceré una cierta metodología de trabajo, para seguir personalmente o en grupos. Mi intención es que este librito no solo tenga valor teológico-antropológico-pneumatológico-pastoral, sino también y sobre todo utilidad práctica, de modo que pueda ser leído, comprendido y trabajado en comunidades de vida y misión: que efectivamente contribuya a profundizar, consolidar y anunciar la fe, junto a su correspondiente y concomitante dinamismo teologal. Ofrezco al final una sinopsis general del itinerario propuesto y la bibliografía fundamental utilizada, inspiradora de mis observaciones y comentarios pastorales.

Agradezco a Su Eminencia, el Cardenal Jorge Mario Bergoglio sj, Arzobispo de Buenos Aires y delegado para la Pastoral de Santuarios por la Comisión Episcopal de Liturgia, la iniciativa que ha tenido al proponerme la elaboración y publicación de esta obra-epílogo, sus apreciaciones y sugerencias al respecto, y el haberse ofrecido finalmente para prologarla. A su vez, encomiendo los frutos pastorales de mi trabajo, tanto en estas páginas como en el santuario, a nuestra Madre, la Virgen de Luján: oyente de la Palabra

y dócil peregrina en la fe, servidora del Señor y Patrona de la República Argentina.

Buenos Aires, 19/10/12

* * *

I. Peregrinos

Llegar como peregrinos

Llegamos al Santuario como *peregrinos*... En la vida somos peregrinos: no tenemos aquí ciudad permanente. De ahí que nada nos satisfaga plenamente y que todo nos deje balbuceando el deseo de un “algo más”. Decían los medievales que somos *homines viatores*, caminantes y peregrinos. La “Ciudad de Dios” no es la “Ciudad de los hombres”: caminamos en la fe esperanzada, aún no experimentamos la visión definitiva; vivimos de posada en posada, todavía no hemos llegado a la Patria (Agustín de Hipona).

Éste es nuestro límite y posibilidad: aún no somos lo que seremos, pero a causa de esta misma indigencia nuestro anhelo puede ir siendo ilimitadamente colmado por Dios. Paso a paso, según ese ritmo dosificado y progresivo que caracteriza a la esperanza teologal y la creación nueva: siempre más y mejor, siempre asombrosa e inédita. De ahí que la peregrinación hacia un santuario se convierta en una metáfora viva de la existencia cristiana, pero en cierto modo, también humana⁷.

“Todos los cristianos están invitados a tomar parte en esta gran peregrinación que Cristo, la Iglesia y la humanidad han recorrido y deben seguir recorriendo en la historia. El santuario hacia el cual se dirigen debe

⁷ Al respecto, es sumamente conocida el popular relato de P. Coelho, *El peregrino de Compostela*, su primera novela, con más de 36 millones de ejemplares vendidos en 150 lenguas (!). Más allá del juicio de valor literario que el mismo pueda merecernos, la constatación fáctica es que la temática interesa y moviliza: de hecho, la afluencia de peregrinos que toman parte del Camino de Santiago incrementó notablemente en estos últimos años.

convertirse en la 'tienda del encuentro'. [...] Cada santuario puede considerarse portador de un mensaje preciso, puesto que en él se vuelve a presentar, en el momento presente, el acontecimiento originario del pasado que sigue hablando al corazón de los peregrinos"⁸.

Jesús también fue peregrino: no tuvo dónde reclinar su cabeza, y el segundo tramo de su ministerio público se desarrolló subiendo a Jerusalén (cf. *Lc* 9,53ss.). Pasó la vida "haciendo el bien" (*Hch* 10,38), y orientándola como retorno al Padre. Eso fue lo que apasionó y "alimentó" su vida (*Jn* 4,34): un permanente dinamismo hacia "adelante" y hacia "arriba", pero también hacia el hermano y el menesteroso. Jesús peregrinó como deteniéndose: no en cualquier lugar ni de cualquier forma, con afán de novedad o aventura, como si el tiempo de la vida pudiera dilapidarse impunemente. Jesús peregrinó deteniéndose como quien "ve" con "entrañas de misericordia" (cf. *Lc* 10,33-34): sin ese apuro agitado que desencanta la vida y fractura el entusiasmo, sin esa prisa gélida que torna anodina e impersonal la existencia humana, deshabitando y vaciando el corazón.

Por eso, que Jesús haya sido peregrino no significa que haya participado y compartido nuestra humanidad sólo tangencialmente, como pudo sugerirlo el herético adopcionismo⁹, retirándose de la escena 'cuando las papas quemaban', como lo haría un mero turista ante la catástrofe. Jesús "nos amó hasta el extremo" (*Jn* 13,1): "trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre" (GS 22). Se solidarizó del modo más radical, imaginable y posible con

⁸ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES, *El Santuario: memoria, presencia y profecía del Dios vivo* [=SMPP], 1; cf. DPPL 281.

⁹ Esta herejía del siglo II sostenía que la humanidad de Jesús era "adoptada" transitoriamente por el Hijo de Dios, y que antes de la pasión fue librada a su propia suerte, para que Dios no muera...

nuestra condición humana. Haciéndose semejante a nosotros “en todo menos en el pecado” (*Hb* 4,15), tomó nuestra causa a sus espaldas. Tal como lo recordamos y experimentamos en cada *Vía crucis* los Viernes Santos (cf. *DPPL* 131): tal como lo contemplamos en la figura del Nazareno o del Cristo Paciente, dio su vida por nosotros, entregándose a una muerte ignominiosa, a una muerte en cruz.

“Nuestros pueblos se identifican particularmente con el Cristo sufriente, lo miran, lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo: Este es el ‘que me amó y se entregó por mí’ (*Gal* 2,20)” (*DA* 265).

Jesús y la mujer samaritana

Como ya conocemos el texto de *Jn* 4,1-42, me limitaré a recordar algunos puntos que nos ayuden a comenzar nuestro trabajo-taller en grupos, o también nuestra meditación personal¹⁰. El pasaje nos dice que Jesús fue como peregrino de camino a Galilea, y que como en otras ocasiones, estuvo atento para ir desplegando allí, ocasionalmente, su misión. Porque ése fue el único plan pastoral de Jesús: estar atento al Padre y estar atento a los hombres... y mujeres, dejándose conducir por el Espíritu incluso al desierto (cf. *Lc* 4,1). Como todo peregrino, en algún momento tuvo que descansar. En más de una ocasión lo hizo en comunidad con sus discípulos, y sobre todo, dedicando espacios nocturnos a la oración (cf. *Lc* 6,12).

¹⁰ Puede accederse a una exégesis más detallada del texto, con la correspondiente bibliografía específica, en el Volumen 1, Libro IIº: (“La fe los cristianos ante el actual pluralismo cultural”), Capítulo I, de esta misma Trilogía.

El texto que comento nos dice que “tuvo” que pasar por Samaria. En sentido estricto, esto no era literalmente indispensable, ya que también podría haber ido por el este, bordeando el Jordán, o por el oeste, recorriendo un camino más largo pero seguro, bajo la administración romana. De modo que intuimos que se trataba de una “necesidad” de otro orden. Llegado al pozo de Jacob quiso descansar, y allí se acercó una mujer con la que se “encontró”. Porque a contramano de lo que por entonces podría esperarse, tomó la iniciativa y le sacó conversación pidiéndole agua, con esa solercia pastoral que sugiere y posibilita la caridad.

En primera instancia, existían tres motivos por los cuales Jesús “no debería” haber entrado en diálogo con esta mujer. 1) Se trataba de una samaritana, pueblo con el cual los judíos estaban enemistados. 2) Pero además era mujer, y un estudioso de la Ley nunca hablaría con una de ellas, a no ser con su esposa y en casa: lo cual nos hace pensar si acaso no se nos querrá ir anticipando algún aspecto simbólico acerca de lo que luego diré... 3) Por último, tampoco podría pedir agua, porque al “tocar” el cántaro de la mujer extranjera quedaría legalmente contaminado.

Por otra parte, el agua tiene un rico simbolismo bíblico, y se emparenta con el pozo, la mujer, la sabiduría, la ley, el esposo, y la alianza con el Dios vivo (cf. *Pr* 5,15.18; *Ez* 19,10): porque en el agua está la vida. La mujer va cada día a buscar agua al pozo del mismo modo que el estudioso de la Ley busca “agua de sabiduría” en la Torah. Pero también en torno al pozo las mujeres encuentran esposo (cf. *Gn* 24; 29; *Ex* 2,15ss.). Jesús pide de beber, a pleno mediodía y en presencia de una mujer, para acabar ofreciendo agua viva como en *Jn* 19,34 (Crucifixión). Jesús será el nuevo pozo de Jacob o nuevo Templo de Dios del que broten manantiales de agua

viva (Jn 7,37-39). Las imágenes se yuxtaponen e interactúan de un modo sorprendente, ofreciendo a la escena densidad, vida y plenitud.

La verdadera adoración

La conversación de ambos interlocutores se detiene en el tema de la *verdadera adoración* (vv.19b-26). Esto nos interesa a nosotros de un modo especial, que estamos vinculados a la pastoral y vida de los Santuarios. Diariamente muchas personas se acercan a los santuarios en busca de sabiduría, vida y adoración. ¿En qué consiste la verdadera adoración? ¿Qué es lo que realmente agrada a Dios? ¿Toda actitud y expresión es válida? ¿En qué consiste ese culto en “espíritu y verdad”? ¿Hay pautas o normas al respecto, o hay que dejar que todo fluya tal como se presenta?

Ante la pregunta de la samaritana, Jesús le hace ver que llega la hora en que no se adorará ni en Garizim ni en Jerusalén, que eran santuarios que dividían al pueblo de la Primera Alianza, sino más bien “en Espíritu y Verdad”. Parece contradictorio que el culto al Dios vivo divida a los creyentes: sin embargo, esto también acontece con nosotros, que tenemos diferentes apreciaciones, valoraciones y perspectivas pastorales. Podríamos preguntarnos cuáles son hoy los lugares, tradiciones o criterios de culto que hoy nos dividen... ¿Es válido el culto a la Virgen del Cerro en Salta? ¿Tiene mérito visitar un santuario viviendo en situación matrimonial irregular? ¿Sirve de algo seguir caminando con los pies ampollados, acampar con un mes de anticipación a la puerta de un santuario, o

recorrer de rodillas el largo trecho que va desde la entrada del templo hasta la imagen venerada?

Jesús es el nuevo Templo de Dios, del que surge la vida, el que habla con vos (v.26). La inabordable trascendencia “fascinante y tremenda” (R. Otto) de Yahveh se hace presencia humilde, cotidiana, sencilla. Ya no hay que irlo a buscar a lugares lejanos e inaccesibles, posibles sólo para unos pocos iniciados o un grupo de elegidos. Esto es lo que decididamente sorprende a los discípulos cuando regresan: que el Señor esté conversando con una mujer extranjera que fue a buscar agua a un pozo a destiempo; que esté conversando con ella como un hombre lo haría con su mujer en casa...

La mujer representa al pueblo samaritano que había caído en la idolatría adorando cinco dioses o *baales* (=señores, cf. 1 Re 17,10-11). Incluso el que ahora tenía no era realmente el suyo. Jesús será el verdadero esposo que finalmente ella debía encontrar. Para eso Él tendrá que “hablarle al corazón”, como Yahveh a su pueblo “en el desierto”: para “seducirla” (Os 2,16). Los sucesivos siete nombres dados a Jesús a lo largo del pasaje ponen de relieve ese progresivo acercamiento, tanto por parte de esta mujer como de los mismos samaritanos, a quienes ella simboliza y representa, quienes acabaron yendo en peregrinación hacia Él: “Judío” (v.9), “Señor” (vv.11-15), “más grande que el patriarca Jacob” (v.12), “un profeta” (v.19), “el Mesías” escatológico esperado” (vv.25-26.29), y “el que Padre envió” para su obra (v.34).

También nosotros vamos peregrinando de a poco hacia Jesús, Sabiduría [=Hojmá] de Dios. La vida es una peregrinación desde las penumbras hacia la luz, desde el “Patio de los gentiles” hasta el

*sancta sanctorum*¹¹. Vamos dando pasos, jalonados por significativos descubrimientos que son siempre gracia, dones de lo alto, intuiciones del Espíritu. En ocasiones, dones inéditos que nos hacen abandonar el cántaro de las preocupaciones cotidianas, por indispensables que éstas fueren, para salir con entusiasmo y dar a conocer testimonialmente el hallazgo: “lo que hemos oído y lo que hemos visto” (1 *Jn* 1,1). Preocupaciones que a partir de entonces pueden ser consideradas “basura” a causa de Cristo... (cf. *Fp* 3,8).

La conversión de los discípulos misioneros

A diferencia de la mujer, los *discípulos* de Jesús lo siguieron tratando de “Rabí”, a saber, como gente que desconoce quién es Él en realidad (L. Rivas). Como en *Jn* 6,5, también aquí estaban preocupados por la comida, por el alimento que perece. La samaritana, en cambio, fue capaz de abandonar incluso el agua porque encontró otra de superior valor, que asociada al Espíritu “brota para la vida eterna” (cf. *Gn* 2,8-10; *Ct* 4,12-15; *Ez* 47,1; *Ap* 22,2). También a nosotros, peregrinos, los hallazgos importantes e inéditos nos obligan a desprendernos de adquisiciones que, de otro modo, acabarían convertidas en lastre pesado. “Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente” (*PF* 3).

Al respecto, en el capítulo anterior de este mismo Evangelio según San Juan (*Jn* 3) se mostraba la reticencia de un prestigioso varón judío, miembro del Sanedrín, que iba a ver a Jesús de noche,

¹¹ En el Templo de Jerusalén, el Santo de los Santos.

al momento de creer (v.4). Representa al envejecido pueblo de la Primera Alianza, pero encarna los rasgos propios de creyentes de larga data. También a él Jesús lo había invitado a un nuevo nacimiento, “a nacer de lo alto” [=anothen]. De hecho lo dejó pensando, porque en *Jn 7,50-52* dará la cara por ese Rabí ante sus pares del Sanedrín, exponiéndose al ridículo, y en *Jn 20,39* lo encontraremos con José de Arimatea junto al sepulcro nuevo, arriesgando su propia vida en vísperas de la resurrección del Señor. Pero de momento, la que acaba creyendo casi de inmediato es una mujer extranjera desprestigiada, en pleno mediodía. Y gracias a ella, el mundo pagano.

Efectivamente, con la presencia de Jesús, la *Palabra hecha carne* (la *Hojmá*, Sabiduría encarnada, el Hijo) y la Gloria de Dios (la *Shekináh*, el Espíritu) habitan en medio nuestro, y hacen del mundo su casa. Todo lugar, incluyendo el más cotidiano, puede convertirse en Templo y tienda de encuentro (cf. *Ex 33,7ss.*): todo lugar nos puede hacer tomar conciencia de que porque el Dios Unitrino inhabita en el mundo, el mundo mismo es casa de encuentro y morada de Dios (cf. *Ap 21,3*). Por eso, estrictamente hablando, ya no existen lugares profanos y ajenos a la presencia del Señor, a no ser el corazón endurecido del hombre o la criatura espiritual renegada. En Cristo y por el Espíritu, Dios se revela en el mundo, y el mundo revela a Dios, anticipando los cielos nuevos y la tierra nueva. Todo depende de que en ese lugar se produzca un “encuentro” de fe: como el de Jesús con la mujer samaritana, que nos remiten al Cordero degollado y la Ciudad Santa (cf. *Ap 21,9*). O como los que acontecieron en los lugares en los que luego se construyeron santuarios de piedra, hacia los que hoy peregrinamos y en donde tal vez desarrollamos un trabajo pastoral.

Si todo lugar puede devenir Templo, es que la mies ya está lista (cf. *Jn* 4,35). Y esto es “don” de Dios, no es el resultado de un trabajo o esfuerzo previo. La bendición de Dios se expresa más en el recoger que en el trabajar (*Dt* 11,22ss.). Ya no hay distancia entre siembra y cosecha: es cuestión de empezar a recoger los frutos gratuitos (cf. *Jn* 4,38). Sin embargo lo sabemos: “la mies es mucha y los obreros son pocos” (*Lc* 10,2). Porque cada uno/a puede ser obrero/a que reconozca la mies madura en relación al don que recibió. Para quien no recibió ese carisma, los frutos maduros son invisibles: se manifiestan en otra frecuencia de onda que él o ella no podrán jamás captar...

A. Para contemplar

Peregrinamos con la humanidad a lo largo del tiempo, y la fe de los profetas o de María nos ayuda a reconocer los signos de Dios en cada cosa, lugar y época. También en los albores del Tercer Milenio, en un pequeño pueblo o en una gran ciudad, en los grandes acontecimientos o en los detalles cotidianos. Para convertir todo esto, en cierto modo ya desde ahora, en Morada de Dios, Jerusalén que baja de lo alto: la villa morena (cf. *Ct* 1,6) en esposa bellamente ataviada para el desposorio...

❖ ¿Cómo se relaciona la canción con lo meditado en torno al pasaje de Jesús y la mujer samaritana?

María, historia de Dios

En la nube, el fuego, la zarza, el viento,
La piedra, el desierto... habló el Señor:
Con cada experiencia del hombre creyente
Se va abriendo huella la historia de Dios.

Los sabios Profetas dejaron certezas
De alianzas, promesas que el Señor cumplió.

Una fe sin sombras, un corazón puro,
Siempre –de la noche– ve nacer el sol.

*Leyendo la historia con ojos de pobre,
Con corazón virgen para un Dios-Amor,
Abría al Misterio, María, su mente,
Su vida, su entraña, al Dios-Salvador.*

Pisadas del Hijo, en el tiempo encontramos,
Dos mil años fueron siguiendo a Jesús:
El Tercer milenio está en nuestras manos:
Ir a la deriva... o ir hacia la Luz.

Leer nuestra historia como un gran romance:
Dios nos va cercando, herido de Amor.
La Villa Morena¹² –al fin en sus brazos–
Puede ser Esposa, Semilla, Misión.

¹² El *Carmelo de María* no está situado en la misma ciudad de Cauce, sino muy cerca, en el pequeño pueblo de Villa Independencia.

*Somos de la Virgen desde nuestro origen:
Raíz fue María del viejo Fortín;
¡Ella es nuestro orgullo, es nuestra esperanza!
Nuestra fortaleza: amar y servir.*

(CARMELO DE MARÍA, *Somos de María*, Caucete 2006; CD I, 9¹³).

B. Para reflexionar

❖ ¿Qué resonancias produce en mí el pasaje de Jesús y la mujer samaritana (*Jn 4,1-42*)?

❖ ¿Cómo se relaciona esto con las motivaciones y expectativas con que vivo, peregrino o trabajo en el Santuario?

¹³ Al final de cada capítulo utilizaré canciones de este monasterio de monjas: como disparadores afectivos para una ulterior reflexión / meditación contemplativa, porque “dan qué pensar” y “dan que pensar” (P. Ricoeur). Los 2 CD's pueden pedirse por correo: c-demaria@sinectis.com.ar. Las canciones surgen en torno a las novenas pastorales anuales en honor de la Virgen del Carmen (16/07).

II. FE: “El peregrino vive la experiencia de un misterio que lo supera” (DA 260)

“La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone [...]. Por la fe ‘el hombre se entrega entera y libremente a Dios’ (DV 5)” (Catic 1814).

La decisión de peregrinar

Dice el *Documento de Aparecida* que “la decisión de *partir hacia el santuario* ya es una confesión de fe” (nº359). Insume tiempo, esfuerzo físico, trabajo, dinero. Presupone una disposición particular en referencia a Dios que las personas no siempre tenemos: sólo cuando “nos toca” la gracia. Al Santuario vamos en momentos claves de nuestras vidas: en situaciones límites para “pedir”, pero también en situaciones cumbre para “agradecer”. Sin embargo el santuario no es ajeno a los afanes cotidianos: tal como lo ponen de manifiesto los cuadernos en los que los peregrinos plasman sus oraciones confiadas al patrono o patrona en muchos santuarios, es por situaciones concretas de la vida que se suplica, y también por beneficios concretos que se agradece. La peregrinación nos sustrae de la inercia de la vida, porque abre un nuevo horizonte, decididamente teologal-pascual¹⁴. Pero en este horizonte abierto al misterio trascendente presencializado en el santuario, queda incluida la vida cotidiana del peregrino con sus

¹⁴ En el nº286, el *DPPL* destaca seis dimensiones como propias de las peregrinaciones: a) escatológica; b) penitencial; c) festiva; d) cultural; e) apostólica, y de f) comunión.

ajetres y afanes, pero también con sus alegrías y esperanzas (cf. GS 1).

Dado que habitualmente están profundamente vinculados con la “religiosidad y piedad popular” (cf. DP 444-469), y en el marco de la “enculturación e inculturación de la fe” (cf. DPPL 91), la modalidad de la peregrinación y las características del Santuario están en estrecha relación con la historia, fe y necesidades del pueblo o de un sector social (ej., la Medalla Milagrosa, San Expedito o ¿la Virgen del Cerro?), de una región (ej. Del Valle, del Milagro, de Itatí), de una nación (ej. Luján, Copacabana, Aparecida, Częstochowa) o incluso de un continente (ej. Guadalupe). No es lo mismo un santuario urbano (ej., San Cayetano de Liniers, San Pantaleón) que uno de campo (ej., Mailín, Sumampa). La composición y disposición de los peregrinos no es la misma.

“La religiosidad del pueblo, en su núcleo, es un acervo de valores que responden con sabiduría cristiana a los grandes interrogantes de la existencia. La sapiencia popular católica tiene una capacidad de síntesis vital; así conlleva creadoramente lo divino y lo humano; Cristo y María, espíritu y cuerpo; comunión e institución; persona y comunidad; fe y patria, inteligencia y afecto” (DP 448).

En cierto modo, el santuario compendia un imaginario socio-cultural-creyente bien concreto: “en él se dan cita y se presentan, como resumidas en una síntesis, numerosas manifestaciones de la cultura de las poblaciones vecinas: testimonios históricos y artísticos, formas de expresión lingüísticas y literaria, expresiones musicales típicas” (DPPL 276). En el santuario se puede leer explícita o implícitamente el *ethos* de un pueblo, o al menos de un estamento social bien determinado del mismo (cf. *Evangelii Nuntiandi*, 48; DP 444).

Por otra parte, el Santuario constituye sobre todo “la memoria viva [...] de la iniciativa con que Dios nos amó primero (1 Jn 4,19)” (SMPP 5): evoca siempre un encuentro fundante, acompaña la fe del peregrino a lo largo de su vida, y lo invita a seguir ahondando en su experiencia de vinculación agradecida con Dios que ‘le salió al paso’. El encuentro fundante que da lugar al santuario es narrado y celebrado periódica y festivamente (ej., Niño Alcalde), porque remite al origen, a esa primera experiencia de fe y reconciliación que sigue posibilitando otras experiencias análogas, y que en muchos casos constituye la perspectiva última de auto comprensión colectiva de un determinado pueblo (ej., Guadalupe).

De este modo, el hombre o la mujer creyentes van peregrinando por el Santuario a lo largo de todo su arco vital descubriéndose a sí mismos. También podría decirse que el Santuario va peregrinando en el corazón del peregrino que a lo largo de su vida lo visita, convirtiéndolo en un “discípulo misionero” (cf. DA I). Efectivamente, quienes hacen una experiencia de gracia, se convierten naturalmente en portadores de una Buena Noticia: invitan a otras personas que pasan por trances parecidos a los que ello/as padecieron o atravesaron a que acudan a tal o cual santuario, invoquen tal o cual advocación por medio de una novena, o a que realicen esa misma peregrinación que ello/as realizaron y que cambió sus vidas. “Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que hice” (Jn 4,29).

Matices y evolución histórica

En la impostación de los santuarios y la peregrinación podría observarse una *cierta evolución histórica* (cf. DPPL I). Mirando nuestro contexto argentino en particular, observamos que se fue pasando de un estilo de santuario prevalentemente identificado con un lugar (ej., Del Valle), siguiendo por la asociación a una cierta interpretación de acontecimientos históricos (ej., Fátima), hasta llegar al santuario como decisivo lugar de encuentro (ej., San Nicolás). Por supuesto que en esta tendencia existen excepciones: por ejemplo, el Tinkunako de La Rioja, que data de hace más de 300 años y dio lugar al culto del Niño Alcalde, parte de una situación histórica de conflicto muy concreto.

Mirando el conjunto, pienso que lo que prima en la variada gama de santuarios que tenemos en nuestro país es lo primero (lugares, de inspiración barroco-medieval) y lo tercero (encuentros, de inspiración reciente, aunque se recurra a figuras antiguas, como sucede con San Expedito); modalidades que en ocasiones se entrecruzan. De lo segundo (vg., interpretación de acontecimientos históricos) hay menos, porque la ilustración moderna dio poco espacio al misterio... Y porque además la gente visita los santuarios mirando con preferencia la “pequeña historia”, más que la “gran historia universal”. Tal vez por esto mismo, las primeras corrientes liberacionistas posconciliares latinoamericanas tendieron a desestimar el valor de la religiosidad popular, a la cual habría que vincular, de preferencia, la vida de los santuarios. Sin embargo, en Argentina también tenemos santuarios en honor a Ceferino Namuncurá o el Cura Brochero, estrecha y emblemáticamente relacionados a nuestra vida nacional.

En lugares rurales, la naturaleza deviene creación, y entonces el espacio es muy importante: el santuario es espacio sagrado, custodiado por un patrono protector a quien anualmente se lo reconoce con una fiesta grande para que siga bendiciendo a su pueblo. Esto mismo es válido para las denominadas “canonizaciones populares”, o las fiestas populares que acaban cumpliendo tal función (ej., el Linyerita y San Esteban en Santiago del Estero; la Difunta Correa en Caucete; el Gaucho Antonio Gil en Mercedes, Corrientes), donde un segmento particular de la población, normalmente marginal, invoca su amparo y bendición. Pero a medida que el hombre va haciendo experiencia de su propia libertad, y desde su propia subjetividad construye historia, lo que cuenta es el tiempo. En la gran ciudad, por ejemplo, la distancia la medimos por el tiempo que nos toma llegar. Y aquí lo decisivo pasa a ser entonces el objetivo final de nuestra peregrinación: el encuentro como destino escatológico.

En el caso de la vida urbana, sobre todo en megápolis como Buenos Aires, el riesgo humano es la fragmentación, el sentimiento de inadecuación, sinsentido y anonimato: no ser nadie, no contar para nadie. Por eso lo que se busca y reconstruye la vida es el encuentro interpersonal. Si el peso está puesto meramente en los objetivos pragmáticos [=*happiness*¹⁵], nuestro esfuerzo tenderá a convertirse en idolátrico: “Solo cuando logre o consiga esto o aquello seré feliz” (ej., ganar en el juego invocando a San Cono). Es cierto que también existen metas en la vida que expresan y revelan un horizonte teologal de la existencia (ej., conformar una buena familia, afianzarme en el trabajo, o concretar una ONG para chicos

¹⁵ Del inglés *to happen*, que las cosas acontezcan tales como las proyectamos y esperamos.

de la calle). El problema es cuando las preocupaciones y afanes objetivos inquietan desproporcionadamente o innecesariamente el corazón, turbando o quitando la indispensable paz subjetiva.

Pero si considera con preferencia a las personas [=felicitas¹⁶], entonces nuestro quehacer tenderá a ser icónico. Es cierto, que también aquí sería factible la idolatría (ej., canonización popular de Gilda o Rodrigo)¹⁷, pero en términos comparativos el riesgo tiende a ser menor, o más acotado en el tiempo: el mismo dinamismo de las relaciones sociales y el sentido común irán acomodando las cargas y corrigiendo distorsiones, dado que los vínculos nos confrontan con nuestra misma humanidad, y así el riesgo de aislamiento en que estas modalidades pseudo religiosas se propagan será por esto mismo menor. Cabe aclarar, sin embargo, que

“el acento exclusivo en la piedad popular [...] puede favorecer un alejamiento progresivo de los fieles respecto a la revelación cristiana y la reasunción indebida o equivocada de elementos de la religiosidad cósmica o natural; puede introducir en el culto cristiano elementos ambiguos, procedentes de creencias pre-cristianas, o simplemente expresiones de la cultura y psicología de un pueblo o etnia; puede crear la ilusión de alcanzar la trascendencia mediante experiencias religiosas viciadas; puede comprometer el auténtico sentido cristiano de la salvación como don gratuito de Dios, proponiendo una salvación que sea conquista del hombre y fruto de su esfuerzo personal [...]; puede, finalmente, hacer que la función de los mediadores secundarios, como la Virgen María, los Ángeles y los Santos, e incluso los protagonistas de la historia nacional, suplanten en la mentalidad de los fieles el papel del único Mediador, el Señor Jesucristo” (DPPL 57).

¹⁶ Del indoeuropeo *fe*, el pecho materno, del que deriva *fecunditas*, *fidelitas*, *fides*, etc.

¹⁷ Al respecto, los modos perversos de relación interpersonal ponen de manifiesto esta posibilidad idolátrica, ya que también se nutren de fijaciones infantiles autorreferenciales.

Pedagogía icónica de la peregrinación y el santuario

Lo dicho vale para la experiencia creyente y los santuarios, que están llamados hoy a desarrollar una *pedagogía icónica*. La convicción última del peregrino es: alguien nos espera que nos saca de nuestro anonimato, de nuestra insignificancia cotidiana y profana, de nuestro “no ser”. En el santuario la mera ‘imagen de pantalla’ de la cultura virtual deviene símbolo profundo con densidad icónica. Y lo que parecía “no ser sino” acaba revelándose como “no sólo eso”. El esplendor del santuario es revelador del misterio: tiende a evocar y manifestar, a modo de Epifanía, la hondura, transparencia y trascendencia de lo real: del mundo decidida y definitivamente transfigurado en Dios. ¿Qué hacer, entonces, para que la vida diaria logre expresar, lo más fielmente posible, eso mismo que se celebra?

El cuanto posibilitante de un encuentro, el santuario nos entrena en el descubrimiento diario y con asombro de la trascendencia pascual que tienen los eventos cotidianos. Nos cambia la mirada, de incrédula a creyente, de idolátrica a icónica, de interesada a gratuita: nos anima a discernir la *historia santa* en la *historia secular*, las huellas de Dios en el devenir profano. En el santuario estamos llamados a hacer una experiencia “mística” de gratitud por el don de lo alto, que puede expresarse, por ejemplo, en el perdón recibido, en una bendición, en algún beneficio providencial, en un diálogo. En el santuario acontece de modo concreto, resumido y condensado, lo que estamos llamados a vivir de un modo más cotidiano, distendido y expandido a lo largo del tiempo en la vida diaria. “El santuario es el lugar de la acogida del

don de lo alto, la morada en la cual, en acción de gracias, nos dejamos amar por el Señor” (SMPP 7).

Una vida nueva en gratuidad

De la gratitud estamos llamados a pasar a la *gratuidad*, para pagar al Señor con la misma moneda: no en la lógica del “contrato”, sino del “*com-mercium*”¹⁸. El contrato “cancela”, el don recíproco “abre”. La lógica a la que el peregrino es invitado es la del “siempre más y mejor”: a pasar de una vida autorreferencial, mezquinamente calculadora, a otra centrada en la autodonación generosa a Dios y el prójimo, en la que cada “Tú / tú” sea verdaderamente significativo. En el fondo, el santuario afianza en nosotros el llamado a vivir desde el Otro y los otros: a la par que constituye “una excepcional escuela de oración” (SMPP 7), nos persuade de que “la liturgia, sin una vida fundada en la justicia, se transforma en una farsa (cf. *Is* 1,10-20; *Am* 5,21-25; *Os* 6,6)” (SMPP 8).

Las mediaciones tienen que ser proporcionadas a los objetivos. Si bien el autor principal será siempre el Espíritu, al momento de propiciar un afianzamiento de la fe contará la disposición subjetiva del peregrino. Pero también importará “el gesto y la palabra oportunas”¹⁹ de los ministros (servidores), su propia elocuencia “icónica” en cuanto hijos e hijas de Dios, y el imaginario inherente al mismo santuario: el modo de recibir, de escuchar, de atender, de hablar, de acompañar, de hospedar, de ayudar (cf. DPPL 275).

¹⁸ *Commercium*: etimológicamente, “don recíproco”.

¹⁹ Antigua *Plegaria Eucarística* Vb.

En la gran ciudad, el santuario concentra posibilidades para un itinerario mistagógico, que comienza por el mismo hecho de ofrecer un espacio de silencio. El silencio recompone en cuanto posibilita una escucha profunda que unifica y eleva a lo mejor de sí misma a la persona disgregada, dispersa y como “desparramada” por la vida. Por eso, el silencio deja en paz y “contento” [=contenido]²⁰: los gruesos muros de templos antiguos aíslan del bullicio propio de la urbe. El silencio ofrece tiempo y espacio de oración, personal o comunitario, eucarístico y contemplativo, adecuado a las posibilidades reales de cada creyente, en medio del fárrago y el vértigo. En esta perspectiva, muchos templos del microcentro de grandes ciudades (ej., Buenos Aires) pueden revestir cierto carácter de santuarios.

A. Para contemplar

“María de Guadalupe ofrece un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada”, nos dice Juan Pablo II en el *Discurso inaugural de Santo Domingo*, 24. Lo mismo podría decirse, por analogía, de otros Santuarios de nuestro continente. Si la cultura de un pueblo está marcada, en última instancia, por el modo en que el mismo se relaciona con Dios, los Santuarios estarían manifestando muy elocuentemente el alma de un pueblo. En él se revela la experiencia fundante y pascual del encuentro con Dios, del que nace la Vida... Es este encuentro fundante de fe el que asume, purifica y eleva (cf. AG 9) la tierra y el barro de nuestra condición humana situada. Y el que propicia el inicio de una evangelización inculturada.

²⁰ Intuición muy sugerente que escuché a M. Menapace en un retiro predicado al Clero de Santiago del Estero en el 2000.

Tierra en Camino

Fue caricia de Luz la que al mirarla,
Dejó grávida de Amor a “Pacha-Mama”,
Y alumbró en Guadalupe ese “Sol Nuevo”
Que a creer, a esperar y amar nos llama.

Es María la Tierra amanecida,
Que en Tepeyac hace esperanza la nostalgia,
Y a la cima del Carmelo nos conduce
Levantando a vida eterna lo que pasa.

*Nuevo Sol, nueva Tierra,
Un tiempo nuevo nos han dado
Para vivir con ardor nuevo
A Jesús resucitado.*

Somos Hijos de Dios y de la Tierra
-la Tierra que Dios forma con sus manos—
Él modela nuestro barro cada día
Y nos sopla su Aliento en las entrañas.

Es cierto que no somos más que arcilla,
Pero arcilla que el Amor hizo cacharro:
Y el fuego del dolor nos hace fuertes
Y capaces de Agua Viva como un cántaro.

Tu Tierra es nuestra Tierra.

*María, madre del nuevo Sol;
Escuchando a Dios, tu Padre,
Fuiste camino al Amor.*

Fuimos llamados al Amor y a la Familia,
Lo que Dios hizo a recrear con el trabajo;
Queremos celebrar hoy la alegría
De hacer nueva la historia que heredamos.

Nuevamente nos ponemos en camino,
Y una certeza acelera nuestro paso:
Es Jesús, que entre nosotros está Vivo.
¡El Señor –nuestro Dios– resucitado!

(CARMELO DE MARÍA, *Somos de María*, CD I, 6)

B. Para reflexionar

❖ ¿En qué sentido la vida (pastoral) del Santuario en el que sirvo o hacia el que peregrino refleja y expresa una significativa inculturación de la fe del pueblo creyente? ¿Y en qué sentido “no del todo”...?

❖ ¿En qué sentido las nuevas expresiones de religiosidad que conocemos podrían estar reflejando una fe implícita, o incluso explícita? ¿Y en qué sentido no?

III. ESPERANZA: “La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios” (DA 259)

“La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo” (Catic 1817).

Un canto de esperanza

Dice DA 259 que “el caminar es un verdadero canto de esperanza”: quien camina está convencido de que aún no llegó. El peregrino no cae en la tentación de decir ‘ya está, ya llegué, no me falta más nada’, sino que reconoce en su vida un horizonte que lo trasciende y hacia el cual se dirige confiadamente, con entusiasmo.

“La peregrinación es oración. No tanto hablar de Dios, sino hablar con Dios. Oración que no tiene lugar solamente con el hablar de nuestros labios, o con la voz de nuestros cantos, sino también con el mismo hecho de caminar hacia el santuario. Así como extender las manos hacia lo alto, hacia ese Dios, es ya orar, así también lo es el simple caminar hacia el santuario. En la peregrinación es todo el cuerpo el que ora” (L. Gera).

Canta y camina, decía San Agustín, y eso mismo repite la oración por la Patria de nuestros obispos. Somos peregrinos, *homines / mulieres viatores*. La peregrinación expresa nuestra condición humana profunda: no tenemos morada permanente en este “suelo ande hay tanto que sufrir” (J. Hernández). Intentar lo

contrario 'anidándose', sería vana presunción condenada al desencanto: aguardamos la "tierra sin males", la ciudad futura, esa "nueva Jerusalén" que desciende de lo alto (Ap 21,2). Olvidarlo 'navegando sin norte', conduciría progresivamente a la desesperación.

El santuario condensa nuestra experiencia cristiana de esperanza. Lo hace no sólo exteriormente, sino realmente: el símbolo es más que una mera figura decorativa. En el horizonte interpretativo de la "espiritualidad popular", el santuario "integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas", ya que manifiesta "una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos" (DA 263).

"El peregrino usa un lenguaje total, un lenguaje que no es conceptual; es el lenguaje de las manos, de las miradas, de entrar en el Santuario de rodillas, y de todos los demás gestos que hace, que son el lenguaje de la vida. Porque es la vida entera la que se está expresando a través de un gesto. Ese lenguaje, a medida que la gente se acerca al Santuario, se va volviendo sagrado. Y es un lenguaje plenamente propio, muy sincero, que el peregrino usa con gran libertad y si ninguna vergüenza, porque al entrar al Santuario está entrando a su propia casa" (E. Trucco).

Con este lenguaje no menos espiritual, ya que lo es "de otra manera" (DA, *ib.*), en el santuario de algún modo deben expresarse y decirse las cosas que aguardamos en esperanza: allí nos esperan nuestros amigos y amigas, ejemplos de vida cristiana y confiables intercesores. En los santos y santas la promesa que funda nuestra esperanza ya fue en cierto modo cumplida (cf. DA 266; 273; DPPL VI): lo será plenamente cuando también nosotros nos sentemos a la mesa del Reino.

“Ni siquiera los apóstoles han recibido su alegría [...]. Tendrás alegría perfecta si has sido santo. Pero la alegría será plena cuando no falte ningún miembro a tu cuerpo. Ya que tú esperarás a los otros, lo mismo que otros te han esperado a ti”²¹.

Así como el peregrinar nos dispone, la llegada en cierto sentido nos muestra el horizonte escatológico de nuestra peregrinación a modo de anticipo. Por eso, en el santuario debe recogerse y esperanzarse lo mejor de cada uno/a de nosotros/as como hijo/as de Dios: en cuanto aún esperado pero en cierto modo ya presente y manifiesto. Lo que en la inercia y vicisitudes de la vida diaria queda por momentos en *stand-by*, como adormecido o aletargado, podrá emerger con luminosa patencia. Lo mejor de nuestra condición filial podrá activarse gratuitamente mediante palabras y gestos, sentimientos y actitudes renovadas, encuentros movilizados y resoluciones de vida acertadas. El santuario es posiblemente el espacio más propicio al momento de concretar esa anhelada “elevación a lo mejor de nosotros mismos” (A. López Quintás), en cuanto hijos e hijas de Dios.

Mirado de este modo, el santuario puede convertirse para el peregrino en lo que J. L. Marion denomina “fenómeno saturado”. Son aquellas experiencias que, por la densidad humano-existencial que encierran, transforman en profundidad la vida. Para el peregrino con orante capacidad de asombro, en el santuario pueden anudarse, entretorse e ‘iluminarse’ los misterios centrales de nuestra fe ‘de un modo nuevo’. En cuanto fenómenos saturados, estas experiencias no sólo “dan qué pensar”, sino que también “dan que pensar”... (P. Ricoeur): nos dejan meditando y contemplando. El santuario concentra por esto mismo posibilidades pastorales muy

²¹ ORÍGENES, *Sobre el libro del Levítico*, 7,2.

ricas. Sobre todo en lo concerniente a la transformación del imaginario simbólico de los peregrinos.

Transformación del imaginario simbólico

¿Qué es el *imaginario simbólico*? El imaginario simbólico es la constelación de símbolos, propia de un determinado entorno socio-cultural [=vertiente objetiva], pero también amalgamada por experiencias propias y personales profundas de la vida [=vertiente subjetiva]: hábitos y recuerdos de origen arcaico o reciente, pero profundamente arraigados en la propia existencia, que por esto mismo se vinculan con el afecto, con lo que nos afecta, con un nivel de afectación profunda: con lo que finalmente “nos moviliza” en la vida. El imaginario simbólico es el que nos habita y mueve, el trasfondo último desde el que normalmente pensamos y obramos. Tiene connotaciones dinámicas, ya que no se cristaliza de una vez para siempre, sino que está en permanente mutación, incidido ya sea por lo que nos adviene desde el exterior como por lo que nos mueve desde dentro.

Creemos como personas psico-espiritualmente cuando vamos pasando de un imaginario prevalentemente regresivo a otro prevalentemente progresivo. El imaginario regresivo es el que se relaciona con nuestras necesidades, que a su vez conllevan aspectos infantiles y narcisistas, centrados en nuestro “yo”. El imaginario progresivo es el que se asocia a los valores, sobre todo evangélicos (L. Rulla). Supone una actitud más madura, que incluye y trasciende el principio freudiano de realidad y la capacidad de postergar gratificaciones infantiles (principio de placer). El

imaginario progresivo nos orienta por el lado de la “autotranscendencia teocéntrica”: hacia el Reino. En el santuario, “el peregrino vive la experiencia de un misterio que lo supera, no sólo de la trascendencia de Dios, sino también de la Iglesia, que trasciende su familia y su barrio” (DA 260).

El imaginario regresivo tienen connotaciones idolátricas, que tironean hacia abajo y hacia atrás: como el tango (“percanta que me amuraste”), es el reino del desencanto porque está anclado en “lo que fue”, en lo ya dicho y vivido. El imaginario progresivo tiene connotaciones icónicas: como el *magníficat* de María, nos impulsa hacia adelante y hacia arriba; hacia el Misterio “siempre más y mejor”. Ambos conviven en el yo de cada uno de nosotros: el italiano L. Rulla habla de un “yo que se trasciende” (=ideal de sí en situación: lo mejor que puedo hacer “aquí y ahora”), y un “yo trascendido” (=yo actual, manifiesto o latente, lo que soy o fui haciendo de mí “hasta ahora”, sea consciente o no de ello); el guatemalteco C. Cabarrús dice aproximadamente lo mismo de modo simbólico, cuando habla de “manantial” y “herida” respectivamente²².

El desafío de nuestra libertad responsable es hacer todo lo posible (“a Dios rogando y con el mazo dando”) para que el “yo trascendido” se subordine lo más posible al “yo que se trasciende”: para responder a la iniciativa del Espíritu e innovar psico-espiritualmente, y para no vivir de rentas pasadas que ya no alimentan ni esperan. El desafío de nuestra libertad responsable es ir pasando de lo “mítico” a lo “místico”: del “eterno retorno” a un

²² Efectivamente, el “yo que *no* se trasciende” termina reclamando y esclavizando despóticamente desde la “herida”, a modo de Faraón egipcio (Ex 5ss.). El “yo que se trasciende”, en cambio, es “manantial” de vida, liberación y crecimiento, ya que contribuye creativamente al desarrollo psico-espiritual y socio-cultural.

sentido esperanzado de la historia humana abierta a un final absoluto y trascendente en Dios (M. Eliade)²³, siempre nuevo, inédito e inefable.

Don de lo alto y tarea propia

La concreción progresiva de esa transformación, que lleva a una siempre nueva y cada vez más plena imagen de Dios, es ante todo un *don de lo alto*. El santuario la propicia, dado que en él convergen simultáneamente el lenguaje “catafático” y “apofático”: Dios “ya” se manifiesta positivamente por presencia, hablándonos en palabras, imágenes, actitudes, personas, experiencias y eventos concretos. Pero también nos dirige su Palabra desde la inevitable ausencia del exceso o del “todavía no”: muchas veces por medio de lo que en la vida no nos cierra del todo, no vemos, no comprendemos, nos hace sufrir, o simplemente nos resulta insatisfactorio. El santuario simultáneamente anticipa y evoca, balbucea y calla, dice y silencia, muestra y esconde el misterio del Dios Uni-trino.

Sin embargo, ciertas formas de religiosidad podrían alentar procesos regresivos (ej., Dios me bendice para que sea exitoso, para que me vaya bien en los negocios, incluso para que se solucionen mis problemas, para que me sane de mi dolencia, etc.). Por más comprensible que todo esto sea, la prevalencia de vehementes necesidades autorreferenciales no ayudaría a ir más allá del propio narcisismo. Y aquí no hay experiencia real de salvación: a lo sumo un sucedáneo “analgésico”. Porque en este

²³ Para ampliar estos conceptos, puede consultarse el Libro IIIº de esta Trilogía, capítulo II: “Transformación del imaginario simbólico”.

caso, lo que se estaría demandando imperiosa y vehementemente a Dios es que siga gratificando deseos infantiles y primarios.

Cabe aclarar que esto no se opone a la oración de impetración. Es el mismo Señor quien nos invita a pedir el “pan nuestro de cada día” (*Lc* 11,3), y en todo caso, “el Espíritu Santo intercede por nosotros con gemidos inefables” porque no siempre sabemos pedir “lo que nos conviene” (*Rom* 8,26). Lo que la oración hace a partir de una profunda necesidad que nos confronta con nuestro límite y vulnerabilidad creatural, es abrirnos a la experiencia agradecida de la misericordia y el don, que nunca podrán exigirse perentoriamente, al estilo de un pequeño dictador inconformista.

En efecto, la oración “es la elevación del alma a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes” (Juan Damasceno, cf. *Catic* 2559), “un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor, tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría” (Teresa de Lisieux, cf. *Catic* 2558), que presupone la humildad y confirma el deseo esperanzado, nuestro “canto” y “camino” (Agustín de Hipona). “La oración de la Iglesia y la oración personal alimentan en nosotros la esperanza” (*Catic* 2657). Mirada en esta perspectiva, la llegada al santuario es en cierto modo un descanso para recomenzar nuevamente desde Cristo.

Esto habrá que tenerlo en cuenta en el discernimiento de las nuevas expresiones de religiosidad. Algunas podrían ser alienantes, si no efectivizan una transformación del imaginario simbólico, o si por el contrario, alentaran necesidades regresivas de sus devotos (ej., pare de sufrir, sálvese ya): porque entonces no se aspiraría a más, no se continuaría caminando. Lo mismo vale para tradiciones religiosas no estrictamente cristianas presentes en nuestro territorio

argentino: por ejemplo, no cabe dudas de que el imaginario asociado a San La Muerte es definitivamente regresivo. Otras canonizaciones populares pueden no estar exentas de cierta ambigüedad y habrá que discernirlas: hoy tenemos una actitud más favorable hacia el Gauchito Antonio Gil, y un tanto menos hacia la Difunta Correa. Habrá que discernir bien en cada caso, a medida que las situaciones se vayan presentando.

Por lo dicho, estas observaciones acerca de lo “idolátrico” e “icónico” son transconfesionales, y debido a que consideran fuertemente la disposición subjetiva de cada peregrino/a, incluso los santuarios más canonizados por la tradición cristiana podrían no estar exentos de interpretaciones personales distorsionadas. La cercanía con Dios siempre podría ser simbolizada como una especie de *mana* o poder sagrado, de tinte mágico-ancestral, prerreligioso: en clave de “poder” más que de auténtica “religión” (ej., hay diferentes modos de “tomar gracia” o “ser bendecido”...: como “don gratuito” o como “ávida apropiación”; con actitud de “paciente y humilde espera”, o con “apurada exigencia prepotente”)²⁴.

Releer y esperanzar nuestra vida

“El santuario se presenta como un *signo profético de esperanza*, una evocación del horizonte más amplio que se abre a la promesa que no defrauda. En las contradicciones de la vida, el santuario, edificio de piedra, se convierte en evocación de la Patria vislumbrada, aunque aún

²⁴ En todo caso, los santuarios reconocidos por el sentido de fe de los fieles y debidamente avalados por la autoridad eclesiástica (CIC 1230), serán siempre referenciales para el discernimiento, tanto de nuevas expresiones de religiosidad, como de experiencias o vivencias subjetivas reductivas o distorsionadas de la fe.

no poseída, cuya espera, entrelazada de fe y de esperanza, sostiene el camino de los discípulos de Cristo [...]. Icono vivo de esta esperanza es sobre todo la presencia, en los santuarios, de los enfermos y de los que sufren” (SMPP 48).

La experiencia de auténtico encuentro con el misterio Uni-trino de Dios (en Cristo, por intercesión de María o de algún otro santo o santa) nos ayuda a *releer y esperar nuestra vida*. Lo que habíamos creído que “no era sino” tenderá a revelarse como “un no ser sólo”: aquello que me sucedió o que no logré, ese desencuentro o desventura, es en realidad “un tesoro escondido”: conlleva muchísimo más de lo que imaginamos. La vida se espera cuando se la lee desde el don-adviento de Dios; a partir del Espíritu que nos es dado siempre de un modo nuevo, más que desde la carne de nuestro pasado rígidamente mitificado y obsesivamente ritualizado²⁵. Entonces, incluso el pecado podría llegar a ser “feliculpa que no dio tan gran Redentor” (*Pregón pascual*).

El pasado es lo ya conocido y limitado a la inmanencia y finitud, mientras que la promesa es siempre inédita y abierta a la trascendencia del futuro. Según P. Ricoeur el pasado puede ser referido de dos modos bien diferentes: como recuerdo nostálgico (= *mneme*) o como evocación que espera (= *anamnesis*). Este segundo es el modo teológico de ejercitar la memoria (ej., traer a la memoria los bienes de creación, redención y otros bienes particulares recibidos... para dar gracias²⁶). Esta relectura de la vida personal y comunitaria se convierte en desafío permanente para todo creyente o comunidad de creyentes. Es lo que hizo el pueblo

²⁵ La “obsesión” sería el “no ser sino” del deseo esperado: es el deseo dominado por la angustia. A su vez, la angustia es suscitada por el temor, que presupone la falta de confianza. Por eso, detrás de una obsesión existe una implícita falta de fe... O un ídolo escondido en el propio imaginario que encierra neuróticamente en el propio narcisismo.

²⁶ IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales [EE]*, 234ss.

de la Primera Alianza con las sucesivas relecturas de su propia historia, “rememorando” [=tzajar] lo acontecido para tomar mejor conciencia de su carácter salvífico. O también María, “santuario vivo del Verbo de Dios, el Arca de la alianza nueva y eterna” (SMPP 18), con su cántico de alabanza gozoso y agradecido.

Se produce una internalización icónica consistente cuando las necesidades se subordinan a los valores evangélicos de modo satisfactorio en nuestras actitudes concretas. Cuando los valores proclamados coinciden con los valores vividos; cuando no nos mueven ilusiones o razones aparentes, diferentes a las que creíamos. Cuando esto se produce, la vida comienza a transfigurarse: el deseo interno purificado de “afecciones desordenadas” (EE 169) se manifiesta progresivamente en las actitudes. Se refleja particularmente en la libertad interior de la que se goza; en el hecho de estar abiertos al encuentro y la reciprocidad, con disposición al cultivo de lazos creativos y estables de comunión; con una vida que se proyecta en clave de donación y servicio.

El objetivo del encuentro en el santuario es que, finalmente, nuestra misma vida devenga icónica, que adquiera progresivamente el esplendor propio de la santidad. Esto será señal de que crecimos, de que la peregrinación ha constituido una gracia efectivamente aprovechada en nuestra vida, de la que han surgido frutos. Su contracara sería el regreso reiterado (ej., porque me siento bien o estoy tranquilo), obsesivo y dependiente; en cierto modo “a-dicto” y compulsivo, propio del que no dice o del que no habla (=in-fans). Ciertas expresiones y movimientos religiosos cultivan más bien este tipo de actitudes. También la excesiva expectativa de novedades y revelaciones que hoy pululan podría ir por este lado. Pero habría

que revisar también algunas prácticas pastorales, donde lo que importa es 'reunir gente como sea'.

Por eso, junto al gesto o la experiencia, que en sí mismos podrían resultar ambiguos y estar sujetos a diferentes interpretaciones (ej., ¿qué significa "tocar" a una persona, o soñar con alguien?), la palabra cumple una función muy importante en la transformación del imaginario simbólico, y en consecuencia, en la vertebración de una personalidad consistentemente cristiana. De ahí que "al fiel que se acerca al santuario se le deben proponer, directa o indirectamente, los elementos fundamentales del mensaje evangélico" (DPPL 274). Lograr expresar una actitud esperanzada y servicial, de autotranscendencia en todos los niveles, es parte de la pedagogía del encuentro que habrá que propiciar. En este sentido, la personalización sana y eleva. Ayuda a pasar de una autopercepción idolátrica de la persona en la que ella se valora sólo por algún aspecto de sí, a una aceptación agradecida e icónica de su condición de hija de Dios, que torna su misma personalidad expansiva por la caridad.

A. Para contemplar

La Palabra vertebra la vida y contribuye decididamente a la transformación del imaginario simbólico. La existencia que podría "no ser sino" un "día nublado sin rumbo de estrellas" puede resplandecer radiante de sol... Hay que "desovillarla hacia dentro", hacia lo más profundo y decisivo de la propia condición humana y teologal, hacia nuestra condición filial, ese "sueño de Dios" que es "primicia y presencia de un pacto de amor", "cita de amor". En María, Inmaculada y Asunta, se revela esa percepción icónica decisiva de la condición humana que la peregrinación y el Santuario despiertan y avivan.

❖ ¿Cómo se relaciona la canción con la meditación anterior?

María, sueño de Dios

La vida sin tu Palabra
Es como un día sin sol:
Un cielo mudo, nublado,
Sin rumbo de estrellas,
Sin cita de amor.

Tiene un sentido la vida,
Pa' el que se arrima al fogón
Desovillando hacia adentro
La historia del hombre
Hasta el "sueño" de Dios.

*¡Niña simple "la María"...!
Igual que un rancho con sol:
El fuego de tu Palabra
Transforma en Vida
Gozo y dolor.*

Si se recorre un sendero
–Teniendo por norte a Dios–
Es ya el camino un encuentro,
Primicia y Presencia

De un pacto de amor.

Subiendo de cumbre en cumbre,
Dejando atrás cada hondón,
Serenos el Pueblo camina...
Y en cada quebrada:
El Rostro de Dios.

Mirándose en el espejo
De la Palabra de Dios,
La Virgen se halló igualita
Y su casa le ofreció.
Dios Padre miró la escena
Y trazó su bendición.

(Ib., CD II,6)

B. Para reflexionar

❖ ¿En qué rasgos discursivos [=palabras] y actitudinales [=gestos] de religiosidad (o falta de ella) veo que en el Santuario en el que sirvo o al que peregrino se manifiesta una afectividad con ciertos rasgos idolátricos?

❖ ¿En qué expresiones de fe y vida se revela, en cambio, una afectividad icónicamente esperanzada?

❖ *Idem*, en las nuevas expresiones de religiosidad que conocemos y/o nos preocupan.

* * *

IV. CARIDAD: “La llegada es un encuentro de amor” (DA 259)

“La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios” (Catic 1822).

Transformación afectiva y moral

Dice DA 260 que “en los Santuarios, muchos peregrinos toman decisiones que marcan sus vidas”. Los *cuadernos de intenciones* en los que los mismos van plasmando sus agradecimientos y alabanzas, inquietudes y peticiones, anhelos y confianzas, tanto a la Virgen como a otros santos y santas, revelan que detrás de una peregrinación hay habitualmente en juego cuestiones decisivas: de aquellas que por sus connotaciones ético-espirituales afectan el conjunto de la vida y de un modo radical. De ahí que nuestra consideración, servicio y oración pastoral deba contribuir a que, en consonancia con el momento de gracia que vive, se efectivice una *transformación* afectiva (memoria esperanzada) y moral (caridad efectiva) del peregrino.

“El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera, que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renunciado a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede. Un breve instante condensa una viva experiencia espiritual” (DA 259).

B. Lonergan habla de conversión afectiva y moral para que no nos quedemos meramente en las observaciones exteriores y formales explícitas, sino para que intentemos interpretar lo implícito, interior y afectivo. Para la moral clásica, el acto moral interior, la intención subjetiva asociada al fin objetivo que se persigue, tiene mayor importancia que el acto externo que finalmente se concreta (cf. *Suma Teológica*, I-II, q.20, a.1). De ahí la importancia de purificar el corazón, clarificándolo y transparentándolo de cara a Dios. Porque “de lo que abunda en el corazón habla la boca” (cf. *Lc* 6,43-45).

Lo cierto es que las personas en última instancia no nos movemos por ideas o voluntarismos, sino por deseos profundos, lo cual no es sinónimo de mera sensiblería. A diferencia del pensamiento escolástico anteriormente citado de Tomás de Aquino, y más en consonancia con la tradición patrística-agustiniana, para la sensibilidad moderna, y ni qué decir después de los aportes del psicoanálisis, los afectos son decisivos. Lo que en última instancia termina orientando nuestra vida son los deseos profundos. De ahí la importancia que asignara Ignacio de Loyola a la conversión de “afectos desordenados”, procurando por todos los medios e insistentemente, que el ejercitante pase del “bien aparente” (prevalencia del *eros*) al “bien real” (prevalencia del *ágape*) (cf. *EE* 332).

Si bien es cierto que “el momento del *ágape* se inserta en el *eros* inicial”, ya que “de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza” (*Deus caritas est [=DCE], 7*), “el *eros* necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregustar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro

ser” (DCE 4). De ahí, continúa Benedicto XVI en su primera carta encíclica, que “la palabra *ágape* denota sin duda algo esencial en la novedad del cristianismo, precisamente en su modo de entender el amor” (DCE 3).

Esta transformación interior, que no es otra cosa sino la más plena integración humano-espiritual de la persona creyente, en donde se da un aprovechamiento tendencialmente óptimo de sus mejores recursos y posibilidades psico-espirituales, tendrá que expresarse en nuevas actitudes de vida, consistentemente integradas en el diario vivir en torno a valores evangélicos que contribuyan y promuevan la justicia del Reino.

A causa de lo anteriormente expuesto, intuimos que las actitudes son más que meros comportamientos externos: son manifestaciones icónico-sacramentales de la misma interioridad de la persona. Efectivamente, uno puede ‘portarse bien’ para que no lo reten o para adquirir prestigio social (¿eclesial?): pero con esto no basta para ser moralmente bueno. La vida nueva debe totalizar la existencia, y hacer que en ella prevalezca, desde adentro hacia afuera, del corazón hacia las actitudes, la caridad. En este sentido, “en el santuario se aprende a abrir el corazón a todos, en particular a los que son distintos de nosotros: el huésped, el extranjero, el inmigrante, el refugiado, el que profesa otra religión y el no creyente” (SMPP 12).

Silencio orante y contemplativo

En función de la conversión afectiva tiene mucha importancia el *silencio orante y contemplativo*. En la cultura “líquida” (Z. Bauman)

tendemos a la banalidad: superficial, esquiva, tangencial, ya que las personas, eventos y cosas tienden a mercantilizarse, usarse y descartarse. En este contexto el ideal es “no apegarse”: el que se afecta “pierde”. Pero en el correr sin compromisos, quien acaba siendo humanamente descartado es el propio protagonista del juego... En la sociedad líquida nada puede sustraerse al poder destructor del mercado que lo consume todo. Sin embargo, este diseño socio-cultural ha ido entrando en profunda crisis. En definitiva, las personas no aceptamos vernos reducidas a mera mercancía descartable, deshecho humano de la sociedad de consumo, por más halagadora y promisoria que esta alternativa pueda inicialmente parecer, al hacernos ‘sentir vivos’.

En los santuarios hay que cultivar otra lógica, más humana, profunda y trascendente: más digna de la persona humana, creada a imagen de Dios y llamada a la filiación divina en Cristo, Redentor del hombre. Lo que posibilita la hondura es el ejercicio de introspección orante: la *lectio* contemplativa de la Palabra de Dios (cf. *SMPP* 17), que promueve una mirada de sabiduría sobre acontecimientos, personas y realidades. Para esto hay que cultivar espacios de silencio: no todo tiene que ser movimiento, palabra y ruido. Si bien en el Santuario todo esto debería encontrar su lugar (ej., organización, discernimiento, festejo), también es cierto que una exacerbación unilateral de lo exterior impediría ahondar en los fundamentos interiores y decisivos de la vida humano-teologal. El santuario es espacio habitado, pero también la persona humana está uni-trinamente habitada, y solo el silencio contemplativo de la fe posibilita y acrisola este descubrimiento: como el de María (cf. *Lc* 2,19.51).

“La máxima realización de la existencia cristiana como un vivir trinitario de ‘hijos de Dios’ nos es dada en la Virgen María quien, por su fe (cf. *Lc* 1,45) y obediencia a la voluntad de Dios (cf. *Lc* 1,38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (cf. *Lc* 2,19.51), es la discípula más perfecta del Señor (cf. *LG* 53)” (*DA* 266).

El peregrino podrá encontrarse con el misterioso amor de Dios sólo si trae un corazón “lleno de soledades” (A. Yupanqui), vacío de sí y propiciadas éstas por el anhelo que instaura el camino, pero también por la imagen entendida como icono (Jesús, María, un santo) que nos contempla al ir llegando. “La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que representa la cercanía y ternura de Dios” (*DA* 259): la conversión afectiva es consecuencia de un diálogo de enamorados, cara a cara, en el que realmente no se acaba sabiendo quién mira a quien. De este modo, se concreta una mística de “transformación” (Juan de la Cruz, Teresa de Ávila) con arraigo popular, que hace salir esta “saturada” (J. L. Marion) experiencia espiritual de un cerrado y reducido círculo de elegidos, instaurando en cambio la posibilidad de una “mística popular” (J. Seibold)²⁷.

Los santuarios tienen que convertirse en escuela de oración, de diálogo profundo, con esas palabras del corazón bien dichas y pacientemente labradas por el Espíritu, que hacen de las personas contemplativas en la vida diaria. Por eso en el santuario no hay lugar para la charlatanería (¡ni siquiera en las homilías!). Pero tampoco para la mirada superficial, esquiva, inquisitiva o anecdótica: no es el espacio propicio para el turismo, la mediocridad, el control o la diversión. El silencio interior debe

²⁷ Cf. J. SEIBOLD, “La mística popular en la ciudad”, en J. BERGOGLIO – G. SÖDING – C. M. GALLI et alii, *Primer Congreso de Pastoral Urbana – Región Buenos Aires. “Dios vive en la Ciudad”*, Buenos Aires, San Pablo, 2012, 116-117.

propiciar el ver, oír, mirar; contemplar, sentir, decir; escuchar, expresar, proclamar; cantar, celebrar y amar, pero también el besar, bendecir, ungir, estrechar, admirar y abrazar propios de las celebraciones (para)litúrgicas animadas y conducidas por el Espíritu. Gestos, actitudes y acciones todos estos que concentran un alto, rico y profundo valor simbólico-humano, estético-comunicacional, teológico-cultural y espiritual-pastoral.

Sacramentos y sacramentales *de* y *en* la Iglesia

Hay que destacar en primer lugar los gestos, actitudes y acciones que giran en torno a los sacramentos de la Iglesia, para que sean fructuosos, fecundos, dadores de vida (cf. *DPPL* 267-270). ¿Cómo celebrarlos para que no sólo su *ex opere operato*, su eficacia natural por el mismo hecho de ser celebrados, sino también los gestos y actitudes que acompañen ese mismo acontecimiento celebrativo, sean decididamente elocuentes: para que la celebración llegue al corazón y movilice la vida? Al respecto habría que considerar también los que propician algunos sacramentales de fuerte impronta y arraigo popular; inevitables e ineludibles en la vida del santuario: el agua y las velas, la bendición y la imagen, la cruz y el rosario, la estampa o medalla, la presentación de fotos de seres queridos, o de llaves de domicilios y automóviles. Todas estas 'cosas' pueden ser asumidas, bendecidas y resignificadas para que el peregrino, o también las personas a las que éste las destina y lleva devotamente, ahonden y consoliden su vida cristiana.

“Bendice, Señor, el agua, signo de nuestro bautismo, de nuestra condición de hijos e hijas de Dios, de nuestro llamado a la santidad de vida. Las velas, que expresan la luz de nuestra fe, que ilumina nuestra

vida, sobre todo las situaciones más oscuras de nuestra existencia, los momentos difíciles. Las cruces y las imágenes de Jesús, nuestro Señor y Salvador, único y universal Mediador entre Dios y los hombres, Camino, Verdad y Vida. Las imágenes de María, modelo de discípula misionera y Madre: los rosarios, las estampas, las pulseras y las medallas que personalizan nuestra devoción mariana. También las imágenes y estampas de otros santos y santas, amigos y compañeros de camino, confiables intercesores. Te presentamos las fotos de nuestros seres queridos, para que en ellas los bendigas a ellos; las llaves de nuestros hogares, para que podamos convivir en amor y paz, y para que nos sintamos seguros en tu presencia; y también las llaves de nuestros vehículos, para que utilizándolos para el bien y conduciendo con prudencia, podamos llegar a feliz destino. A todos confirmamos en la fe, la esperanza y el amor²⁸.

Bautismo, eucaristía, reconciliación, unción, matrimonio

Hay que prestar particular atención a la *celebración del bautismo*, que tantos habitantes de nuestra Patria siguen pidiendo (¡sólo en Luján son unos 22.500 por año!), incluyendo en esto a muchísimos inmigrantes de países limítrofes radicados en Argentina. En un santuario esta celebración reviste un alcance especial, porque perciben que la Iglesia los integra, que no los excluye. El bautismo convoca a las familias consanguíneas a participar de la familia ampliada del pueblo de Dios, e inicia algo nuevo para todos que comporta ineludibles connotaciones festivas. La cordialidad en la recepción de las personas, la expresividad mistagógica de las palabras y gestos litúrgicos, la alegría esperanzada de los ministros y servidores en general, son

²⁸ Esta oración la fui 'labrando' de a poco, en sucesivas y numerosas bendiciones generales de objetos, en el Santuario de Luján.

mediaciones pastorales de innegable valor, que contribuyen decididamente al buen recuerdo de la realidad celebrada y el momento eclesial compartido: será parte constitutiva de la fiesta que habitualmente acompaña y prolonga, enriquece y entusiasma la vida, como manifestación comunitaria y popular, alegre y gozosa de la celebración bautismal.

Pero también y sobre todo habrá que prestar atención a la más habitual *celebración eucarística*, que es “la culminación y como el cauce de toda la acción pastoral de los santuarios” (DPPL 268). Con buena ambientación y animación, música y participación, sonido e iluminación; celebrada con devoción, y homilías concisas, claras, bien preparadas, se favorecerá una participación “plena, consciente y activa” (*Sacrosanctum Concilium*, 14). También importa la bendición final de objetos que recuerdan, evocan y en cierto modo actualizan la gracia vivida por el peregrino, posiblemente extensiva a sus seres queridos, en donde además el signo del agua pone de manifiesto la estrecha vinculación que existe entre bautismo y eucaristía. Cuando el número de concurrentes no es muy grande, puede incluso expresarse la cercanía de Dios que nos “toca” mediante una cruz en la frente acompañada de una sencilla imposición de manos: al menos para los niños, personas ancianas y enfermas.

En función de la celebración eucarística, también hay que valorar el sacramento de la *reconciliación*, que muchas veces tiene carácter extraordinario debido al tiempo que transcurrió desde el anterior encuentro, las dificultades que los peregrinos encuentran por celebrarlo en sus parroquias de origen, o también por lo decisivo del momento que se celebra: porque tal vez hacía mucho tiempo que no se acercaban a un templo. En el santuario, este

sacramento se convierte en una instancia muy concreta de encuentro con el amor misericordioso de Dios que acoge al peregrino, sana sus heridas y esperanza el dolor.

Como sacramento de sanación, la reconciliación viene asociada a un cierto acompañamiento espiritual ocasional. Creo que por esto mismo es bueno darle suficiente tiempo, ayudando a releer y esperar la vida desde la fe. Hay que permitir que las cuestiones decisivas afloren, se pongan de manifiesto, sean dichas. Para esto es muy importante el espacio humano que pueda ofrecer el ministro. También en esta misma línea de sanación, es necesario considerar la unción de los enfermos y sacramentales afines (ej., el “aceite de la Virgen”), que hacen experimentar la cercanía del Señor, y afianzan la certeza de su misericordia en momentos difíciles, de angustia, enfermedad o ancianidad.

Los santuarios son también lugares propicios para afianzar la vida familiar, y para celebrar o renovar el sacramento del *matrimonio* que las vertebrada. Sin embargo, a los santuarios acuden también muchas personas que conviven en familias disgregadas, en crisis o segundas nupcias, “ensambladas” o meramente convivientes. Para cada persona tiene que existir un creativo y adecuado “gesto y palabra oportunos”: nadie debería marcharse con las manos vacías, o con la sensación de que es un caso perdido, o de que su vida a Dios no le importa. “Gestos y palabras para todos” (!), especialmente para quienes se encuentran “solos y desamparados”. De ahí que lo que siempre tendríamos que preguntarnos sea lo siguiente: ¿Cómo ser honestos con la fe y praxis moral de la Iglesia sin que la verdad salvífica ofenda, excluya y aleje, sino por el contrario, acoja, incluya y acompañe? ¿Cómo

lograr que el peregrino experimente el potencial salvífico de la fe del modo más claro y profundo del que él sea capaz?

Conversión moral y compromiso social

La peregrinación tiene que llevar también a la *conversión moral*, y en concreto, a poder asumir mayor responsabilidad en las expresiones concretas de servicio y caridad. Comenzando por casa y el propio trabajo, donde hay que ser honestos, donde la ética pública cuenta, donde no se pueden hacer las cosas 'a lo chanta'. La fe no puede escindirse de la vida: tiene que transformarla en sus aspectos más cotidianos y domésticos. De otro modo, no sería una fe sólida y consistente: no redimiría plenamente lo humano, no impregnaría el corazón del creyente. Al respecto, Benedicto XVI constata y propone:

“Soy consciente de las desviaciones y la pérdida de sentido que ha sufrido y sufre la caridad, con el consiguiente riesgo de ser mal entendida, o excluida de la ética vivida y, en cualquier caso, de impedir su correcta valoración. En el ámbito social, jurídico, cultural, político y económico, es decir, en los contextos más expuestos a dicho peligro, se afirma fácilmente su irrelevancia para interpretar y orientar las responsabilidades morales [...]. Se ha de buscar, encontrar y expresar la verdad en la 'economía' de la caridad, pero, a su vez, se ha de entender, valorar y practicar la caridad a la luz de la verdad” (CV 2).

La experiencia final del peregrino debería llegar a ser: “Hoy se ha cumplido este pasaje de la escritura” (Lc 4,21), hoy he sido consolado y liberado, hoy me he sentido llamado a una vida nueva, a una misión que ahora veo más clara. Hoy ya no puedo seguir viviendo como lo hice hasta ayer: el Señor me ha visitado, me ha

confirmado en la fe, me ha conferido una tarea que no puedo ya descuidar. Porque soy único a los ojos de Dios, también es única e irreplicable mi vocación-misión. O también, si la vida del peregrino venía caminando “de bien en mejor”, la visita al santuario podría conducirlo a seguir consolidando lo que ya venía haciendo, pero ahora con mayor fervor y generosidad, superando su posible tendencia a la mediocridad en su trabajo, o al desencanto en su familia, apostando a un mayor entusiasmo, decisión y pasión por el bien común, etc.

“El ‘misterio del Templo’ ofrece una riqueza de estímulos que se han de meditar y hacer fructificar con la acción. En cuanto *memoria* de nuestro origen, el santuario recuerda la iniciativa de Dios y ayuda al peregrino a acogerla con sentimientos de asombro, gratitud y compromiso. En cuanto lugar de la *Presencia* divina, testimonia la fidelidad de Dios y Su acción incesante en medio de Su pueblo, mediante la Palabra y los Sacramentos. En cuanto *Profecía*, o sea, evocación de la patria celestial, recuerda que no todo está cumplido, y debe aún cumplirse en plenitud según la promesa de Dios hacia la cual nos encaminamos; precisamente, al mostrar la relatividad de todo lo que es penúltimo con respecto a la última Patria, el santuario ayuda a descubrir a Cristo como Templo nuevo de la humanidad reconciliada con Dios” (SMPP 17).

A. Para contemplar

Celebrar la fe es fundamentalmente celebrar la Pascua: es celebrar la fiesta del amor y la entrega, principalmente en la Eucaristía, sobre todo cuando lo hacemos en el Santuario. Celebrar el amor de lo alto, de Jesús que se dona, y como María, nos invita a una actitud semejante: a ser vino nuevo, con ritmo esperanzado, festivo, entusiasta...

❖ ¿Cómo se relaciona la canción con lo recientemente meditado?

María, Madre de todos

Preparan la mesa los ritmos de fiesta,
Van llegando todos, acercando ofrendas:
La Dueña de casa despliega manteles,
Jesús –nuevamente– entero se ofrece.

Celebremos juntos un recuerdo inmenso:
Un Amor más grande que todas las muertes.
Jesús entregado, sus brazos abiertos
Y un perdón que logra hacerse banquete.

El Pan en sus manos: somos Hoy Su Cuerpo,
Su Sangre en la Copa: somos Vino Nuevo.
Alcemos, hermanos, el cáliz: brindemos
Esta vida nuestra, entendiendo el gesto.

En cada familia el amor es fiesta,
Se hornea en la vida, se lleva a la mesa:
Fermenta en la noche, se aprende muriendo,
Se ofrece hecho vino para hacerlo nuevo.

Los llantos recuerdan que el Pueblo está en marcha
Que va de camino, que añora una Patria:

Abriendo horizonte la vida se amplía,
Se sirve a los otros y se multiplica.

El Pan abundante ensancha la Mesa:
Todos son llamados, nadie queda fuera:
Vino generoso de amplias cosechas
Alegra, da música, inspira, da fuerzas.

Sirviendo, María anima y comparte
El Pan –en la Mesa– fruto de su Sangre.
Es Madre de todos: lo aprendió una tarde
Ofrendando el Hijo al Amor del Padre.

(Ib., CD II, 9)

B. Para reflexionar

❖ ¿Qué prácticas y actitudes pastorales se manifiestan fecundas al momento de contribuir a una conversión afectiva y moral más decididamente icónica de las personas concretas que peregrinan al Santuario en el que sirvo?

❖ *Idem*, en referencia a las nuevas expresiones de religiosidad de los capítulos precedentes.

Sinopsis integradora de *Peregrinando al Santuario*:

<https://docs.google.com/file/d/0BwKSvvpzXYMNN2Mza21xb1huNm>

[M/edit](#)

Bibliografía

1. Magisterio

BENEDICTO XVI, *Carta encíclica “Deus Caritas est”* (2005)

_____, *Carta encíclica “Spe Salvi”* (2007)

_____, *Carta apostólica “Porta Fidei”* (2011)

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA (1993).

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Navega mar adentro* (2003).

CONCILIO VATICANO II, *Constituciones. Decretos. Declaraciones*, Bac, Madrid 1966.

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, Ciudad del Vaticano 2002.

JUAN PABLO II, “Discurso al CELAM” (Puerto Príncipe), *L’OssRom* 20/03/83, 179ss.

PABLO VI, *Exhortación apostólica “Evangelii Nuntiandi”* (1975).

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES, *El Santuario. Memoria, presencia y profecía del Dios vivo*, Ciudad del Vaticano 1999.

IIª CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO (*Puebla*, 1979).

Vª CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO (*Aparecida*, 2007).

2. Autores

Z. BAUMAN, *La vida líquida*, Paidós, Buenos Aires 2003.

- J. BERGOGLIO – G. SÖDING – C. M. GALLI et alii, *Primer Congreso de Pastoral Urbana – Región Buenos Aires. “Dios vive en la Ciudad”*, Buenos Aires, San Pablo, 2012.
- D. BILÓ, *Gocémonos, Amado. Iconos y palabras para el Cántico Espiritual*, Ede, Madrid 2011.
- C. CABARRÚS, *La danza de los íntimos deseos*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2006.
- CARMELO DE MARÍA, *Somos de María* (Música: 2 CD's), Cauce 2006.
- M. ELIADE, *Mito y realidad*, Labor, Barcelona 1985.
- P. EVDOKIMOV, *Teología de la belleza*, Claretianas, Madrid 1991.
- C. GALLI, “La peregrinación: ‘imagen plástica’ del Pueblo de Dios peregrino”, *Teología y vida* 44 (2003) 270-309.
- J. GARRIDO, *Proceso humano y gracia de Dios*, Sal Terrae, Santander 1987.
- A. GESCHÉ, *Dios, Sígueme*, Salamanca 1997.
- IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, Edapor, Madrid 1982.
- F. IMODA, *Sviluppo umano. Psicologia e mistero*, Edb, Bologna 2005.
- JUAN DE LA CRUZ, *Vida y Obras completas de San Juan de la Cruz*, Bac, Madrid 1964.
- B. LONERGAN, *Método en Teología*, Sígueme, Salamanca 1989.
- A. LÓPEZ QUINTÁS, *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*, Claretianas, Madrid 1990.
- F. MANNS, *L’Evangile de Jean et la Sagesse*, Fpp, Jerusalem 2003.
- J. M. MARDONES, *La vida del símbolo*, Sal Terrae, Santander 2003.
- J. L. MARION, *L’idole et la distance*, Bernard Grasset, Paris 1977.
- J. MARTÍN VELASCO, *Mística y humanismo*, Ppc, Madrid 2007.
- F. ORTEGA, “Teología y contexto epocal: una mirada recíproca”, *Teología* 102 (2010) 131-144.
- G. RAMOS, *Teología del cambio de época (Trilogía)*, San Benito, Buenos Aires 2012. Versión on-line: www.teologiayculturadesdeargentina.blogspot.com (PDF's a la derecha del blog).

- P. RICOEUR, *La memoria, la historia, el olvido*, Fce, Buenos Aires ²2010.
- L. RIVAS, *El Evangelio de Juan. Introducción, teología, comentario*, San Benito, Buenos Aires 2005.
- L. RULLA, *Psicología profunda y vocación (I)*, Atenas, Madrid 1990.
- A. SÁENZ, *El icono. Esplendor de lo Sagrado*, Gladius, Buenos Aires 2005.
- J. C. SCANNONE, *Religión y nuevo pensamiento*, Anthropos, Barcelona 2005.
- J. SEIBOLD, *La mística popular*, Buena Prensa, México 2006.
- SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA, *Dar razón de nuestra esperanza. El anuncio del Evangelio en una sociedad plural. XXXª Semana Argentina de Teología*, Ágape Libros, Buenos Aires 2012.
- TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología* (vol. II-III), Bac, Madrid 1997-8.
- A. VERGOTE, *Psicología religiosa*, Taurus, Madrid 1975.

APÉNDICE A: Recapitulación analítica de los tres volúmenes de la Trilogía

1. VOLUMEN I: HISTORIA Y CONTEXTOS

1.1. LIBRO I: Historia y perspectivas de las ideas teológicas

A modo de introducción

Intención y destinatarios

Consideraciones epistemológicas

I. La experiencia creyente como antesala de la teología

Teología, revelación, religión

La experiencia del totalmente Otro en las religiones

Universalidad de la experiencia. Los hallazgos de la fenomenología religiosa. Teísmo y politeísmo. Religiones cosmológicas y orientales. Sedimentación teológica

Del “Dios de los padres” al “Dios del universo” en Israel

Del “Dios de los Padres” a Yahveh, “Dios del Pueblo”. Significado y alcance de la Alianza. Del “Dios del Pueblo” al “Dios del Universo”. Expectativas mesiánicas en el judaísmo postexílico.

II. El Dios de Jesucristo en la plenitud de los tiempos (siglo I)

El anuncio del “kerygma” apostólico

Aproximación a los evangelios sinópticos

Marcos: la “kenosis” del Hijo de Dios. Mateo: Jesús como Maestro y nuevo Moisés. Lucas: el revelador de la misericordia del Padre. Recapitulación sinóptica.

El evangelio de Juan y la inculturación en el Asia Menor

III. La configuración simbólica de la teología en la Iglesia antigua (siglos II-III)

De la distinción al distanciamiento del mundo judío

El género apologético de cara a las persecuciones

Justino: el Logos universal. Ireneo de Lyon: la encarnación recapituladora.

Martirio, santidad y teología

Los teólogos africanos

Tertuliano: un nuevo lenguaje. Cipriano: la unidad de la Iglesia.

Cultura griega y perfil simbólico de la patrística

Orígenes y la Escuela de Alejandría. Brevemente, los Antioquenos.

IV. Las disputas cristológico-trinitarias y los ciclos de Nicea-Calcedonia (siglos IV-VI)

Entre la cristiandad y el monacato

El arrianismo y el Concilio de Nicea

Arrio y Atanasio. El Concilio de Nicea (325) y su lenta recepción.

Los padres capadocios y el Constantinopolitano I

El Padre de occidente: Agustín de Hipona

Pelagio y la cuestión de la gracia. La reflexión trinitaria. La teología de la historia. Oriente y occidente: dos estilos teológicos.

Las cuestiones cristológicas y el ciclo de Calcedonia

Nestorio y Éfeso (431). Eutiques y Calcedonia (451).

Perspectivas teológicas en oriente

Juan Crisóstomo: los pobres y la eucaristía. Juan Damasceno y el Niceno II (787).

V. La progresiva incorporación de la dialéctica en el pensamiento medieval (siglos VI-XIII)

El desmoronamiento del mundo antiguo y el nuevo orden de cosas

Obispos, monjes y Papas en los albores del Medioevo. La progresiva configuración del Sacro Imperio Romano Germánico. Tensiones políticas y ecuménicas. La vida de la Iglesia medieval.

La teología dialéctica medieval

El progresivo influjo de Aristóteles. Anselmo de Canterbury: las "razones necesarias". Cientificidad de la teología en la universidad.

La "Suma Teológica" de Tomás de Aquino

Contexto y motivaciones. Método, estructura y contenidos.

Un breve excurso por la teología oriental

VI. Giro antropológico y desconcierto teológico en la modernidad (ss. XIV-XIX)

El nominalismo teológico y la *sola fides* de los reformados

La fractura del mundo medieval. Un profundo anhelo de renovación espiritual. La reforma protestante.

El ciclo de Trento: hacia una teología de la sacramentalidad

Los decretos y reformas del concilio. Los frutos de la renovación en los siglos XVI-XVII.

El ciclo del Vaticano I: hacia una teología de la autoridad

El estancamiento de la teología en el Siglo de las Luces. Algunos contenidos del "Modernismo". Los clásicos "maestros de la sospecha". Una teología en franca retirada. Los incipientes gérmenes de renovación.

VII. Decidida asunción de lo histórico-antropológico en teología (siglo XX)

Los cimientos de la renovación teológica

El método histórico-crítico en los estudios bíblicos. La "cuestión social" y la apertura al mundo obrero. El diálogo con las ciencias modernas. El

movimiento litúrgico, el ecumenismo y la eclesiología. El personalismo filosófico y la teología moral. La originalidad histórico-existencial de K. Rahner.

El Concilio Vaticano II: una teología de la Iglesia, del hombre y su historia

La diversificada recepción de un Concilio

De la modernidad a la postmodernidad policéntrica. Una teología para América Latina y Argentina. La "Teología de la liberación" y la "Escuela argentina".

Recapitulación y perspectivas en los albores del nuevo milenio

Recapitulación desde el postconcilio. Perspectivas hacia el tercer milenio.

VIII. Hacia una experiencia y vivencia teologal de nuestro tiempo

Aspectos introductorios

El teólogo hoy como "monje en la ciudad". Intención, metodología e itinerario.

El despertar religioso del nuevo milenio

Un sorprendente talante místico. La siempre nueva religiosidad popular.

Adentramiento teologal en nuestro tiempo

Experiencia teologal. En la historicidad cotidiana.

Fundamentos cristológico-trinitarios

Connaturalidad crística. El testimonio de la comunidad creyente. La inclusión trinitaria.

La experiencia teologal del hombre

Misterio y alteridad. Existir en gratitud y gratuidad. La desconcertante constatación del pecado.

Vivencia teologal en la Iglesia

Sacramentalidad de la Iglesia. Sacramental en la Iglesia. Diversidad vocacional y ministerial.

Peregrinación histórica y esperanza escatológica

IX. La contribución argentina reciente para una *Teología del cambio de época*

¿Por qué una *teología del cambio de época*?

Constataciones y desafíos ante el cambio de época

Método y talante para una teología inculturada

Reflexiones con talante teológico. Reflexiones con talante filosófico.

La mediación místico-iconográfica de la inculturación

Conclusiones propositivas desde Argentina

Bibliografía general

1.2. LIBRO II: La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural

Introducción

I. Mística de la encarnación y mística evangelizadora

1. Mística de la encarnación

Aproximación al sentido de lo "místico". Mística cristiana como "mística de la Encarnación". Mística de la Encarnación y mística Pascual. En búsqueda de trascendencia diaria. Mística de la Encarnación y espiritualidad Trinitaria.

2. Jesús y la mujer samaritana (*Jn 4,1-42*)

De camino por Samaría. La mujer y el pozo. El agua y el esposo. Los verdaderos adoradores. El regreso de los discípulos. La conversión de Samaría.

II. La complejidad cultural de nuestro tiempo como desafío pastoral

1. Pluralismo cultural y religioso

El planteo de la cuestión. Algunos dinamismos del actual pluralismo cultural-religioso. ¿Pluralismo cultural-religioso en contextos cristianos? Un poco de historia acerca de las actuales adquisiciones. Aprender a convivir creativamente en un mundo plural. Nuestro original aporte como creyentes.

2. Cultura e inculturación en Juan Pablo II

Concepto y dinamismos de la "cultura". Contextualización teológico-pastoral. Significado y alcance del proceso de "inculturación". Inculturación en un área cultural concreta. Inculturación de un sujeto pastoral concreto. Conclusión

III. Algunas experiencias de vida cristiana inculturada en el mundo actual

A. DESDE AMÉRICA LATINA

1. Desde Santiago del Estero

"Abre la puerta y entra a mi hogar...". Cuando todo rumbo parece ir siendo posible. Lealtades, padrinzago y caudillismo clientelar... Frente al secreto y permanente afán de libertad y autonomía. La fiesta como ámbito hermenéutico privilegiado del *ethos* santiagueño.

2. Cambio de época y pastoral mística en Argentina

Pinceladas de nuestro tiempo. Incidencia en la vida pastoral. "¿Quién dijo que todo está perdido?". Una nueva etapa pastoral .

3. Asombrosa integración optimista de lo diverso en Brasil

La integración cultural de lo diverso... A partir de un emotivo optimismo. Un poco de historia social. Esperanzadas perspectivas de crecimiento. Implicancias en la vida pastoral. Apreciaciones conclusivas.

B. DESDE EUROPA

1. Algunas impresiones desde España, Italia y Francia

España: *Quijote* y *Sancho*. Italia: la elocuencia estética. Francia: el pensamiento riguroso.

2. Apreciaciones culturales y pastorales desde Inglaterra

Plano personal. Plano socio-económico-político. Plano cultural-religioso.

C. DESDE ASIA Y ÁFRICA

1. La conflictiva Tierra Santa

Algunas observaciones socio-político-culturales. La presencia de la Iglesia en Tierra Santa.

2. La mística India

Aterrizaje y aeropuerto. La comunidad de Bangalore. Cultura y religión. La vida social y económica.

3. Tailandia y la flor de Loto

Armonía, belleza y poesía. Budismo y cristianismo.

4. Costa de Marfil y un continente ancestral

Religión y cultura. Economía, política y sociedad

IV. Impregnación evangélica de la cultura y desarrollo integral de pueblos

1. Iglesia, sociedad y cultura en el actual contexto epocal

Desafíos en el actual contexto global. Algunas convicciones fundamentales

2. Principios y valores de la DSI

Persona humana y bien común. Subsidiariedad y participación. Solidaridad y valores de la DSI. Excurso: La solidaridad en diferentes contextos.

3. Ámbitos que invitan a la reflexión cultural desde la DSI

Cultura y familia. Trabajo y cultura. Economía y cultura. Comunidad política y cultura. Comunidad internacional y cultura. Ecología y cultura.

4. Acción pastoral y cultura en la DSI

Fundamentos teológico-pastorales. El compromiso particular de los laicos.

5. Algunos cauces prioritarios

En la dimensión socio-política. En los medios de comunicación social. En la dimensión trascendente (religiosa) de la cultura.

A modo de conclusión: cultura y vida teologal

V. Un necesario dinamismo antropológico-teologal en diálogo con nuestro tiempo

1. En el contexto de la era científica

Consideraciones antropológico-espirituales. Hacia modos de existencia simbólicamente progresivos. Deseables consecuencias ecológicas. El necesario examen de conciencia.

2. ¿Cómo hablar hoy de vocación?

Transformaciones epocales y vocación. La vocación cristiana como itinerario teologal. "Fidelidad creativa" de cara a lo inédito.

3. ¿Y cómo entender hoy la sacramentalidad?

Diferentes modos de adentrarse en el mundo de lo real. La constitución teándrica de Jesucristo como sacramento fundante. Diferentes niveles y densidades de sacramentalidad. La sacramentalidad específica desde la experiencia teologal del hombre.

4. Sacramentalidad eucarística

La eucaristía como *memoria*. La eucaristía como *presencia*. La eucaristía como *profecía*.

VI. Hacia una teología del cambio de época desde variadas expresiones culturales

A. LA TEOLOGÍA DEL CAMBIO DE ÉPOCA

1. Características paradójales de esta teología

Polícroma y con impostación pastoral. Abierta al cambio de época desde lo local. "Ya" esbozada y "hacia" una más plena configuración.

2. El método teológico transdisciplinar

A partir de B. Lonergan. En diálogo fecundo con la cultura.

B. DESDE VARIADAS EXPRESIONES CULTURALES

1. Juan Manuel Serrat: entre la exaltación y la nostalgia

Dionisio contra el crucificado. El fundamento erótico-poético. Caminante y navegante. La profunda tristeza y nostalgia por lo ido. El eterno retorno y la fiesta. ¿Hacia una religiosidad holística?

2. ¿Más sobre *El Código Da Vinci*?

Fenomenología del *Código*. Mensaje y aporte. Los bemoles de la propuesta. Reflexiones propositivas.

3. El *Romance de la muerte de Juan Lavalle*, de E. Sábato y E. Falú

"Cielito enlutado": el paraíso perdido. "La marcha de los derrotados": expiación de una culpa. "La última retirada": muerte y descenso *ad ínferos*. "Elegía por la muerte de un guerrero": discretamente, el *kerigma*. Consideraciones finales.

4. ¿*Drácula* redimido? A partir del musical de Cibrián-Mahler

El drama del pecado como destrucción de lo humano. La misericordia divina como fuente y gloria de la redención.

Conclusión: el cristiano del siglo XXI

Bibliografía

2. VOLUMEN II: IMAGINARIOS Y EVANGELIZACIÓN

2.1. LIBRO III: El Imaginario de los cristianos en contexto cultural argentino

Introducción

I. Hacer teología de otra manera

1. Fundamentación teórica

Racionalidad simbólica y teología. El arte como mediación. Método para la lectura pastoral de expresiones artístico-culturales.

2. Teología a partir del cine

"La cinta blanca" (*M. Haneke*). "Alicia en el país de las maravillas" (*T. Burton*). "Hadjwisch. Entre la fe y la pasión" (*B. Dumont*). "Cisne negro" (*D. Aronofsky*). "Paco" (*D. Rapecas*). "Babel" (*A. González Iñárritu*). "Carancho" (*P. Trapero*). "El discurso del Rey" (*T. Hooker*). "Avatar" (*J. Cameron*). "El ilusionista" (*N. Burger*). "Antes de partir" (*R. Reiner*). "De dioses y hombres" (*X. Beauvois*).

3. Teología a partir de otras expresiones culturales

"Los hombres que no amaban a las mujeres" (Novela, *S. Larsson*). "El sueño del celta" (Novela, *M. Vargas Llosa*). "La novicia rebelde" (Teatro musical). "La flauta mágica" (Ópera, *W. A. Mozart*).

II. La transformación del imaginario simbólico

1. La teoría interdisciplinar de L. Rulla

Autotrascendencia teocéntrica. Las tres dimensiones. Consistencias e inconsistencias.

2. Transitar del “ídolo” al “icono”

El planteo de la cuestión. En el plano psico-espiritual. Consideración de lo socio-cultural. El horizonte teológico-pastoral. Algunas sugerencias pedagógicas.

3. En las diferentes etapas de la vida

Experiencia subjetiva y percepción de lo real. Etapa de la vida y actitud existencial. Significado espiritual y cosmovisión efectiva.

4. Particularmente, en la mitad de la vida

La metáfora de la meseta. Tomar la vida en las propias manos. ¿Golpe de timón o viraje de rumbo?

Apéndice: mundo onírico, literatura y mística

“Poema de la vida”

Bibliografía

III. En la juventud: presuntuoso encandilamiento del “paraíso ya”

1. Charly García: amor, sociedad y existencia

El amor: del asombro a la nostalgia. Las instituciones sociales: de la crítica a la resignación. La vida: del despertar a la muerte. Síntesis retrospectiva e interpretativa.

2. “El Fantasma de la Ópera” (H. Prince)

3. “El Secreto de sus Ojos” (J. C. Campanella)

Una trama de ficción y realidad. Lectura interpretativa y horizonte teológico.

IV. En la adultez: desencantado temor del “paraíso nunca”

1. Enrique Santos Discépolo: el amor que no fue y la existencia trágica

El amor que no fue. La existencia trágica. Balance y conclusión.

2. Ástor Piazzolla: el nervioso contrapunto sincopado de Buenos Aires

“Balada para un loco” (1969): *experiencia cumbre del amor*. “Adiós Nonino” (1969): *experiencia límite de la muerte*. “La bicicleta blanca” (1971): *experiencia icónica de redención y trascendencia*.

3. “El Aleph” (J. L. Borges)

V. Hacia la madurez: serenamente bajo el realismo de la esperanza

1. Atahualpa Yupanqui: sabio caminante y místico trovador

El camino, metáfora de la dura existencia del paisanaje. El cantar, modo privilegiado de alumbrar sentido. La nostalgia, evocación profunda de la tierra, las raíces y lo cotidiano. Lo sagrado: fecundidad, trascendencia y eternidad.

Conclusión

Bibliografía

2. Mercedes Sosa: el cantar poético, dolido y apasionado de América Latina

La honda nostalgia de un adiós no asumido. América Latina manoseada en la dignidad de sus pobres. El compromiso profético del/a cantor/a con su pueblo. El amor y la poesía como experiencias que renuevan la vida. La seducción y ambigüedades de una libertad incierta. La esperanza que resurge de entre las cenizas del deseo. Conclusión

3. Algunas expresiones de maduro arte inculturado

“Los valores con humor” (Cuentos, L. Landriscina – M. Menapace). “La Misa Criolla” (Folklore, A. Ramírez) y “La Misa Tango” (J. C. Barbará). “Los Peques” (Animación 3D, Ch. Olmos).

Conclusión: celebrando el Bicentenario

Música popular, imaginario colectivo y espiritualidad pastoral. Iniciación cristiana y transformación del imaginario psico-espiritual. Aprender a bajar del Tabor...

2.2. LIBRO IV: La pastoral de la Iglesia en el actual contexto argentino

Introducción

Fundamentos de la vida pastoral

“Anunciar a los pobres la Buena nueva” (Lc 4,18)

Historia de la pastoral

Bajo las persecuciones. La cristiandad medieval. En la modernidad. La pastoral en el siglo XX

Primer esbozo sistemático

Ensayo inicial. Aportes de Juan Pablo II y Benedicto XVI. Método teológico-pastoral.

Los protagonistas de la vida pastoral

“Los doce y algunas mujeres” (Lc 8, 1-2)

El discipulado hoy

Desde las Iglesias particulares. Itinerarios vocacionales. La autotranscendencia teocéntrica. Varones y mujeres. Inculturación vocacional.

Modos de existencia vocacional

El laico en el mundo. Pastores, sacerdotes y maestros. La vida consagrada.

El intercambio de dones

Dimensiones del quehacer pastoral

“Habían venido para oírle y ser curados” (Lc 6, 18)

Dimensión profética

Oyentes de la Palabra. El kerigma. La catequesis. La Palabra de Dios. El magisterio. La teología.

La transmisión de la fe ante el cambio de época

Anunciar la fe de otra manera... ..Transformando el imaginario simbólico. Algunas consideraciones pedagógicas.

Dimensión sacerdotal

La Eucaristía. El Bautismo y la Confirmación. La Reconciliación y la Unción. El Matrimonio y el Orden. La oración. La religiosidad popular.

Los Santuarios y la celebración inculturada de la vida teologal

Fe: “El peregrino vive la experiencia de un misterio que lo supera” (DA 260). Esperanza: “La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios” (DA 259). Caridad: “La llegada es un encuentro de amor” (DA 259).

Dimensión real

La conducción pastoral. Conducir la propia vida. Estructuras y vida social.

Los actuales desafíos pastorales

“¿Quién es mi prójimo?” (Lc 10,29)

Para una nueva civilización

Pastoral juvenil. Pastoral educativa. Pastoral de la comunicación.

Ante la búsqueda de Dios

Pastoral popular. Pastoral misionera.

Frente a la pobreza y exclusión

Pastoral sanitaria. Pastoral penitenciaria. Pastoral de los inmigrantes. Pastoral aborigen. Pastoral social. Pastoral de empresarios.

Alentar el matrimonio y la familia

Promover una mayor comunión

La acogida cordial como servicio pastoral

Hacia una pastoral mística

APÉNDICE: La vida consagrada ante el cambio de época

El cambio de época y la vida consagrada

Pinceladas de un cambio de época. Cambio de época y vida pastoral. El cambio de época en la vida consagrada. Volver a lo esencial una vez más. Los votos como expresión de esta búsqueda. Nuevos horizontes para la vida comunitaria. Desafíos y perspectivas para la misión.

Humanamente significativa y pastoralmente elocuente

Las constataciones fácticas. Una consagración humanamente significativa. Pastoralmente elocuente. “Hacia”: de cara al cambio de época. Algunas sugerencias propositivas.

¿Por qué muchos Institutos no acaban de renovarse?

Diagnóstico de un problema. Análisis interpretativo de las dificultades. Algunas consecuencias y aplicaciones. Sugerencias y perspectivas.

Transformar el imaginario simbólico en la vida consagrada

¿Por qué y para qué el “imaginario simbólico”? “El artista” (M. Hazanavicius) como metáfora. “El artista” y la vida religiosa. “Renacer de estas cenizas”. Recapitulación, síntesis y conclusión.

¿Cómo transformar en concreto nuestro imaginario simbólico?

“Y tenía que nacer en un pesebre...”. O en una noche. Transformación del imaginario simbólico: propuesta metodológica. Del Inferos al Paraíso: un itinerario pascual personalizado. Aplicación del método a “La invención de Hugo Cabret”. “La invención de Hugo Cabret” y la vida consagrada.

La transformación del imaginario simbólico en ámbitos concretos de la VC

La vida como experiencia icónica. La vincularidad como relación teologal. La trascendencia como horizonte escatológico. Para recapitular y concluir.

Hacia una vida consagrada decididamente icónica

Vocación y misión icónica en la historia. Vincularidad icónica en la sociedad y en la Iglesia. Trascendencia icónica y anticipo escatológico.

Bibliografía

3. VOLUMEN III: LECTIO PASTORAL Y EPÍLOGO

3.1. LIBRO V: Lectio pastoral y sabiduría creyente

Introducción

I. La promesa del Adviento

Primera Semana

“Está por llegarles la liberación” (*Lc 21,28*)

“El Hijo del hombre vendrá a la hora menos pensada” (*Mt 24,44*). “Vendrán de Oriente y de Occidente” (*Mt 8,11*). “¡Felices los ojos que ven lo que ustedes ven!” (*Lc 10,24*). “Todos comieron hasta saciarse” (*Mt 15,37*). “No son los que

me dicen: ‘Señor, Señor’” (Mt 7,21). “Ten piedad de nosotros, Hijo de David” (Mt 9,31). “Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente” (Mt 10,8).

Segunda Semana

“Verán la salvación de Dios” (Lc 3,6)

“Conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca” (Mt 3,1). “Hoy hemos visto cosas maravillosas” (Lc 5,26). “Ni uno solo de estos pequeños” (Mt 18,14). “No ha nacido ningún hombre más grande” (Mt 11,11).

Tercera Semana

“¿Qué debemos hacer?” (Lc 3,14)

“¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?” (Mt 11,3)

“Los publicanos y las prostitutas creyeron en él” (Mt 21,32). “¡Feliz aquél para quien Yo no sea motivo de tropiezo!” (Lc 7,23). “Mi amor no se apartará de ti” (Is 54,10). “El testimonio que Yo tengo es mayor que el de Juan” (Jn 5,35).

Cuarta Semana

“Feliz de ti por haber creído” (Lc 1,45)

“Concibió un hijo por obra del Espíritu Santo” (Mt 1,18)

“Se cumplirá lo que te fue anunciado” (Lc 1,45). “Mi alma canta la grandeza del Señor” (Lc 1,46). “¿Qué llegará a ser de este niño?” (Lc 1,66).

II. El Dios-con-nosotros en Navidad

Nochebuena y Navidad

“Hoy les ha nacido un Salvador” (Lc 2,11)

“Y la Palabra se hizo carne” (Jn 1,14)

Sagrada Familia

“Tu padre y yo te buscábamos angustiados” (Lc 2,48)

“Será llamado Nazareno” (Mt 2,23)

San Juan Apóstol y Evangelista (27/12)

“Para que nuestra alegría sea completa” (1 Jn 1,4)

Santos Inocentes (28/12)

“Llanto y lamentos grandes” (Mt 2,18)

"El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría" (Lc 2,40)

María Madre de Dios (01/01)

"María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón" (Lc 2,19)

Segunda Semana

"La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14)

"Tú te llamarás Cefas" (Jn 1,42). "Hemos hallado a Aquél de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas" (Jn 1,44).

Epifanía del Señor

"Encontraron al niño con María, su madre" (Mt 2,10)

Bautismo del Señor

"Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco" (Mt 3,17)

III. La conversión cuaresmal del corazón

Miércoles de Ceniza

"Vuelvan a mí de todo corazón, con ayuno, llantos y lamentos" (Jl 2,12)

"Hoy pongo delante de ti la vida y la felicidad, la muerte y la desdicha" (Dt 30,15). "¿Es éste acaso el ayuno que Yo amo?" (Is 58,5).

Primera Semana

"Fue conducido por el Espíritu al desierto" (Lc 4,1)

"Se les abrieron los ojos y descubrieron que estaban desnudos" (Gn 3,7)

"La palabra que sale de mi boca no vuelve a mí estéril" (Is 55,11). "Dios se arrepintió de las amenazas que les había hecho" (Jon 3,10). "¡No tengo a nadie fuera de ti, Señor!" (Est 3,25). "¿Acaso deseo Yo la muerte del pecador?" (Ez 18,23). "Pidan y se les dará, busquen y encontrarán" (Mt 7,7). "Si no son mejores que los letrados y fariseos..." (Mt 5,20). "Sean perfectos como el Padre celestial es perfecto" (Mt 5,48).

Segunda Semana

"¡Qué bien estamos aquí!" (Lc 9,33)

"Deja tu tierra natal y la casa de tu padre" (Gn 12,1)

"Inventemos algún cargo contra él" (Jer 18,18). "Sean compasivos como el Padre de ustedes es compasivo" (Lc 6,36). "Hagan y observen..., pero no imiten su conducta" (Mt 23,3). "El que quiera ser el primero entre ustedes..."

(Mt 20,27). "Había un hombre rico..., y uno pobre, llamado Lázaro" (Lc 16,19).
"La piedra que los constructores desecharon" (Mt 21,42). "Padre, he pecado
contra el cielo y contra ti" (Lc 15,21).

Tercera Semana

"¿Creen que eran más culpables que los demás?" (Lc 13,4)

"Escucha los preceptos y las leyes que yo les enseño" (Dt 4,1.5-9). "Ésta es la
nación que no ha escuchado la voz del Señor" (Jer 7,28). "Yo los sanaré de su
apostasia" (Os 14,5). "Ningún profeta es bien mirado en su tierra" (Lc 4,24).
"¿Cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano?" (Mt 18,21). "Yo no he
venido a abolir, sino a dar cumplimiento" (Mt 5,17). "Éste expulsa a los
demonios por el poder de Belzebul" (Lc 11,15). "¿Qué mandamiento es el
primero de todos?" (Mc 12,28). "¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!" (Lc
18,13).

Cuarta Semana

"Padre, pequé contra el cielo y contra ti" (Lc 15,21)

"El hombre ve las apariencias, pero Dios ve el corazón" (1 Sam 16,7)

"El agua descendía por debajo del costado derecho de la Casa" (Ez 40,2). "¿Se
olvida una madre de su criatura?" (Is 49,15). "Tu pueblo, ése que hiciste salir
de Egipto, se ha pervertido" (Ex 32,7). "Tendamos trampas al justo, porque nos
molesta" (Sb 1,12). "Creyó él con toda su familia" (Jn 4,53). "Levántate, toma tu
camilla y anda" (Jn 5,8). "Yo no busco hacer mi voluntad" (Jn 5,30). "Ustedes
no quieren venir a mí para tener vida" (Jn 5,40). "Yo no he venido por mi
cuenta" (Jn 7,28).

Quinta Semana

"Vete, no peques más en adelante" (Lc 8,11)

"Yo voy a abrir las tumbas de ustedes, los haré salir de ellas" (Ez 37,12.14)

"Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti" (Nm 21,7). "Ustedes
deberán postrarse y adorar la estatua de oro" (Dn 3,5). "Camina en mi
presencia y sé irreprochable" (Gn 17,1). "Pero el Señor está conmigo como un
guerrero temible" (Jer 20,11). "Yo soy la luz del mundo" (Jn 8,12). "¿Por qué
nos has sacado de Egipto?" (Num 21,5). "La verdad los hará libres" (Jn 8,32).
"Les conviene que muera uno por su pueblo" (Jn 11,50).

Solemnidad de San José (19/03)

"José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor" (Mt 1,24)

Solemnidad de la Anunciación del Señor (25/03)

952

“Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38)

IV. Camino hacia la Pascua: la Semana Santa

Domingo de Ramos

“¡Bendito el que viene en nombre del Señor!” (Mc 11,9)

Sinopsis de Semana Santa

“Los amó hasta el fin” (Jn 13,1)

“La casa se impregnó con la fragancia del perfume” (Jn 12,3)

“Uno de ustedes me va a entregar” (Jn 13,21)

“¿Cuánto me darán si se los entrego?” (Mt 26,14)

“Empezó a lavar los pies a sus discípulos” (Jn 13,5)

“Como un cordero llevado al matadero” (Is 53,7)

“Descendió a los infiernos” (*Símbolo de los Apóstoles*)

V. Resurrección y vida nueva: el tiempo Pascual

Vigilia y Octava de Pascua

“¡Feliz culpa que nos mereció tan gran Redentor!” (*Pregón Pascual*)

“Fueron a dar la noticia a los discípulos” (Mt 28,8)

“Mujer, ¿por qué lloras?” (Jn 20,13)

“¿No era necesario que el Cristo padeciera?” (Lc 24,26)

“¿Por qué se admiran de esto?” (Hch 3,12)

“Sabían que era el Señor” (Jn 21,12)

Segunda Semana

“Dichosos los que crean sin haber visto” (Jn 20,29)

“No podemos callar lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20). “Tienes que renacer de lo alto” (Jn 3,7). “¿Cómo puede ser esto?” (Jn 3,15). “Para que todo el que cree en Él tenga vida eterna” (Jn 3,16). “Hay que obedecer a Dios antes que a

los hombres" (*Hch* 5,29). "¿Dónde compraremos panes para darles de comer?" (*Jn* 6,5). "Soy yo, no teman" (*Jn* 6,20).

Tercera Semana

"¿Me amas más que estos?" (*Jn* 21,15)

"Me buscan porque comieron pan hasta saciarse" (*Jn* 6,26). "¿A quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna" (*Jn* 6,68).

Cuarta Semana

"Yo les doy vida eterna" (*Jn* 10,28)

"Un hombre bondadoso, lleno del Espíritu Santo" (*Hch* 11,24). "Yo soy la luz" (*Jn* 12,46). "El servidor no es más grande que su señor" (*Jn* 13,16). "Yo conozco a los que he elegido" (*Jn* 13,18). "En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones" (*Jn* 14,2). "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (*Jn* 14,6).

Quinta Semana

"Les doy un mandamiento nuevo" (*Jn* 13,34)

"¡No se inquieten ni teman!" (*Jn* 14,27). "Yo soy la verdadera vid" (*Jn* 15,1). "El que permanece en mí y yo en él da mucho fruto" (*Jn* 15,5). "Permanezcan en mi amor" (*Jn* 15,10). "Ustedes son mis amigos" (*Jn* 15,14). "¿No es el hijo del carpintero?" (*Mt* 13,55).

Sexta Semana

"El Paráclito, el Espíritu Santo, les enseñará todo" (*Jn* 14,26)

Séptima Semana

Ascensión del Señor

"Recibirán la fuerza del Espíritu Santo" (*Hch* 1,8)

"Sirviendo al Señor con toda humildad" (*Hch* 20,19). "Hay más felicidad en dar que en recibir" (*Hch* 20,35). "Tendrás que dar testimonio de mí también en Roma" (*Hch* 22,11). "¡Sígueme!" (*Jn* 21,19).

Pentecostés

"Todos quedaron llenos del Espíritu Santo" (*Hch* 2,4)

VI. Solemnidades y Fiestas del Tiempo Ordinario

Santísima Trinidad

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones” (*Rom 5,5*)

Cuerpo y Sangre de Cristo

“Denles ustedes de comer” (*Lc 9,13*)

Sagrado Corazón de Jesús

“El Señor es mi pastor, nada me puede faltar” (*Sal 22,1*)

Nuestra Señora de Luján (8/5)

“Mujer, aquí tienes a tu hijo” (*Jn 19,26*)

Nacimiento de San Juan Bautista (24/6)

“¿Qué llegará a ser de este niño?” (*Lc 1,66*)

Santos Apóstoles Pedro y Pablo (29/6)

“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (*Mt 16,18*)

Transfiguración del Señor (6/8)

“Éste es mi Hijo, el elegido, ¡escúchenlo!” (*Lc 9,35*)

Asunción de la Virgen María (15/8)

“Una mujer revestida de sol” (*Ap 12,1*)

Apóstol San Bartolomé (24/8)

“¿De Nazaret puede salir cosa buena?” (*Jn 1,46*)

Natividad de la Virgen María (8/9)

“No temas tomar contigo a María tu esposa” (*Mt 1,20*)

Exaltación de la Santa Cruz (15/9)

“Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único” (*Jn 3,16*)

San Mateo, Apóstol y Evangelista (21/9)

“¡Sígueme!” (*Mt 9,9*)

Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael (29/09)

“Los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre” (*Jn 1,51*)

Conmemoración de los Fieles Difuntos (02/11)

“¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?” (*Lc 24,5*)

Solemnidad de la Inmaculada Concepción (08/12)

“Yo soy la servidora del Señor” (*Lc 1,38*)

VII. Consagrar la vida cotidiana: el tiempo durante el año

Primera Semana

“Jesús vio a Simón y a Andrés” (*Mc 1,16*). “Enseñaba como quien tiene autoridad” (*Mc 1,22*). “Jesús curó a muchas personas de diversas dolencias y expulsó muchos demonios” (*Mc 1,22*). “Jesús, lleno de compasión, extendió la mano y lo tocó” (*Mc 1,41*). “Nunca vimos algo así” (*Mc 2,12*). “No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos” (*Mc 2,17*).

Segunda Semana

“Se celebraba una boda en Caná de Galilea” (*Jn 2,1*). “Vi descender al Espíritu, como una paloma, y permanecer sobre Él” (*Jn 1,32*).

Tercera Semana

“Hoy se cumple esta palabra” (*Lc 4,21*)

Cuarta Semana

“¿No es éste el hijo de José?” (*Lc 4,22*)

Quinta Semana

“Si Tú lo dices, echaré las redes” (*Lc 5,5*)

"Hagamos al hombre a nuestra imagen" (*Gn 1,26*). "No conviene que el hombre esté solo" (*Gn 2,18*). "La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo" (*Gn 3,1*).

Sexta Semana

“¡Feliz el que pone su confianza en el Señor!” (*Jer 17,7*)

"Ante los hombres están la vida y la muerte" (*Eclo 15,17*)

"El Señor vio qué grande era la maldad del hombre en la tierra" (*Gn 6,5*).
"Nunca más volveré a maldecir el suelo por causa del hombre" (*Gn 8,21*).
"Sean fecundos, multiplíquense y llenen la tierra" (*Gn 9,1*). "El Señor confundió la lengua de los hombres y los dispersó por toda la tierra" (*Gn 11,9*). "La fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven" (*Hb 11,1*)

Séptima Semana

“La medida con que ustedes midan también se usará para ustedes” (*Lc 6,38*)

"Ustedes serán santos, porque Yo, el Señor su Dios, soy santo" (*Lv 19,2*)

"Si te decides a servir al Señor, preparar tu alma para la prueba" (*Eclo* 2,1). "La sabiduría encumbra a sus hijos" (*Eclo* 4,11). "No te fíes de tus riquezas" (*Eclo* 5,1). "Un amigo fiel es un bálsamo de vida" (*Eclo* 6,16). "Los caminos de los hombres están siempre ante Él" (*Eclo* 17,15).

Octava Semana

"¿Se olvida una madre de su criatura?" (*Is* 49,15)

"Apártate de la injusticia y odia profundamente toda abominación" (*Eclo* 17,26). "Observar la Ley es como presentar muchas ofrendas" (*Eclo* 35,1). "Que todos los que viven en la tierra reconozcan que Tú eres el Señor" (*Eclo* 36,17). "¿Quién se saciará de ver su gloria?" (*Eclo* 42,25). "Elogiemos a los hombres ilustres, a los antepasados de nuestra raza" (*Eclo* 44,1). "¿Qué debo hacer para heredar la Vida eterna?" (*Mc* 10,18). "María partió y fue sin demora" (*Lc* 1,39). "Recibirá ahora cien veces más" (*Mc* 10,30). "Comenzó a ver y lo siguió por el camino" (*Mc* 10,52). "Tampoco yo les digo con qué autoridad hago esto" (*Mc* 11,33).

Novena Semana

"He pecado contra el Señor" (*2 Sam* 12,13)

"Graben estas palabras en lo más íntimo de su corazón" (*Dt* 11,18)

"No es un Dios de muertos, sino de vivientes" (*Mc* 12,27). "Como un fiel dispensador de la Palabra de verdad" (*2 Tim* 2,15). "La multitud escuchaba a Jesús con agrado" (*Mc* 12,37).

Décima Semana

"Yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento" (*Mt* 5,17). "Ustedes son la sal de la tierra" (*Mt* 5,13). "La recompensa de ustedes será grande en el cielo" (*Mt* 5,11). "Proclama la Palabra de Dios" (*2 Tim* 4,2).

Undécima Semana

"Ojo por ojo y diente por diente" (*Mt* 5,38). "Amen a sus enemigos" (*Mt* 5,44). "Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará" (*Mt* 6,18). "Cuando oren, no hablen mucho" (*Mt* 6,7). "No acumulen tesoros en la tierra" (*Mt* 6,19). "No se puede servir a Dios y al dinero" (*Mt* 6,24).

Décimo Segunda Semana

"¿Quién dice la gente que soy Yo?" (*Lc* 9,18)

“No juzguen y no serán juzgados” (Mt 7,1). “No den lo sagrado a los perros” (Mt 7,6). “Por sus frutos los reconocerán” (Mt 7,20). “Señor, si quieres puedes purificarme” (Mt 8,2). “Que suceda como has creído” (Mt 8,13).

Décimo Tercera Semana

“Jesús se encaminó decididamente hacia Jerusalén” (Lc 9,51)

“Deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mt 8,22). “Le rogaron que se fuera de su territorio” (Mt 8,34). “No he venido a llamar a justos sino a pecadores” (Mt 9,13).

Décimo Cuarta Semana

“La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos” (Lc 10,2)

“Fatigados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor” (Mt 9,36). “Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores” (Mt 9,38). “Han recibido gratuitamente, den también gratuitamente” (Mt 10,8). “Proclamen que el Reino de los Cielos está cerca” (Mt 10,7). “Como ovejas en medio de lobos” (Mt 10,16). “¡Aquí estoy, envíame!” (Is 6,8).

Décimo Quinta Semana

“¿Quién es mi prójimo?” (Lc 10,29)

“No he venido a sembrar paz, sino espadas” (Mt 10,34). “Haz escondido estas cosas a los sabios y prudentes” (Mt 11,25). “El Hijo del hombre es dueño del sábado” (Mt 12,8). “Planearon el modo de acabar con Jesús” (Mt 12,14).

Décimo Sexta Semana

“Una sola cosa es necesaria” (Lc 10,42)

Décimo Séptima Semana

“Señor, enséñanos a orar” (Lc 11,1)

“El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza” (Mt 13,31). “Se parece a un tesoro escondido en el campo” (Mt 13,44). “Yo creo que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios” (Jn 11,27). “¿De dónde saca éste esa sabiduría y esos milagros?” (Mt 13,54). “No te es lícito tenerla” (Mt 14,4).

Décimo Octava Semana

“Busquen los bienes del cielo” (Col 3,1)

“Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?” (Mt 14,31). “Los cachorros comen las migas que caen de la mesa de sus dueños” (Mt 15,27). “Tus pensamientos no son los de Dios” (Mt 16,23). “Porque ustedes tienen poca fe” (Mt 17,20).

Décimo Novena Semana

“La fe es garantía de los bienes que se esperan” (*Heb 11,1*)

“Si tu hermano peca contra ti, ve y corrígelo en privado” (*Mt 18,15*). “¿No debías tú también tener compasión de tu compañero?” (*Mt 18,33*). “Que el hombre no separe lo que Dios ha unido” (*Mt 19,6*).

Vigésima Semana

“Yo he venido a traer fuego sobre la tierra” (*Lc 12,49*)

Vigésimo Primera Semana

“Traten de entrar por la puerta estrecha” (*Lc 13,24*)

“Te has considerado igual a un dios” (*Ez 28,6*). “Vayan también ustedes a mi viña” (*Mt 20,8*). “Mi banquete está preparado” (*Mt 22,4*). “Los fariseos se enteraron de que Jesús había hecho callar a los saduceos” (*Mt 22,34*). “No hacen lo que dicen” (*Mt 23,3*).

Vigésimo Segunda Semana

“No te coloques en el primer lugar” (*Lc 14,8*)

“Parecen sepulcros blanqueados” (*Mt 23,27*). “Estén prevenidos” (*Mt 24,42*). “Ya viene el esposo, salgan a su encuentro” (*Mt 25,6*). “Bien, servidor bueno y fiel” (*Mt 25,21*).

Vigésimo Tercera Semana

“El que no carga con su cruz y me sigue” (*Lc 14,27*)

“¿Has venido a destruirnos?” (*Lc 4,34*). “Predicaba en las sinagogas de toda la Judea” (*Lc 4,44*). “Navega mar adentro” (*Lc 5,4*). “El vino nuevo debe echarse en odres nuevos” (*Lc 5,38*).

Vigésimo Cuarta Semana

“Hijo mío, tú estás siempre conmigo” (*Lc 15,31*)

“Se retiró a una montaña para orar” (*Lc 6,12*). “No hay árbol bueno que dé fruto malo” (*Lc 6,43*). “Tus pecados te son perdonados” (*Lc 7,48*). “Recorría las ciudades y los pueblos” (*Lc 8,1*). “El sembrador salió a sembrar su semilla” (*Lc 8,5*).

Vigésimo Quinta Semana

“No se puede servir a Dios y al dinero” (*Lc 16,13*)

“Cuando entren en una casa, quédense en ella” (Lc 9,4). “Herodes estaba muy desconcertado” (Lc 9,7). “¿Quién dice la gente que soy yo?” (Lc 9,18). “Que tu corazón sea feliz en tus años juveniles” (Ecl 11,9).

Vigésimo Sexta Semana

“El que no está contra nosotros está con nosotros” (Mc 9,40)

“A su puerta, cubierto de llagas, yacía un pobre” (Lc 16,20)

“Jesús se encaminó decididamente hacia Jerusalén” (Lc 9,51). “Los envió de dos en dos” (Lc 10,1). “¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida!” (Lc 10,13).

Vigésimo Séptima Semana

“¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!” (Gen 2,23)

“Auméntanos la fe” (Lc 17,5). “María eligió la mejor parte” (Lc 10,42).

“Enseñanos a orar” (Lc 11,1). “¡Cuánto más el Padre del cielo!” (Lc 11,13).

“Éste expulsa a los demonios por el poder de Belzebul” (Lc 11,15). “Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios” (Lc 11,28).

Vigésimo Octava Semana

“¿Qué debo hacer para heredar la Vida eterna?” (Mc 10,17)

“¿No ha vuelto más que un extranjero para dar gloria a Dios?” (Lc 17,19). “Para vivir en libertad” (Gal 5,1). “Si vivimos animados por el Espíritu” (Gal 5,25).

Vigésimo Novena Semana

“El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir” (Mc 10,45)

“Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?” (Lc 18,8).

“Estén preparados” (Lc 12,35). “¡Feliz aquél a quien su señor, al llegar, encuentra ocupado en este trabajo” (Lc 12,43). “¿Piensan que he venido a traer paz a la tierra?” (Lc 12,51).

Trigésima Semana

“¡Ánimo, levántate! Él te llama” (Mc 10,49)

“Dos hombres subieron al templo a orar” (Lc 18,10). “¿A qué se parece el Reino de Dios?” (Lc 13,18). “Traten de entrar por la puerta estrecha” (Lc 13,24).

“Aléjate de aquí, porque Herodes quiere matarte” (Lc 13,31). “A esto no pudieron responder nada” (Lc 14,6).

Trigésimo Primera Semana

“¿Cuál es el primero de los mandamientos?” (Mc 12,28)

“Gánense amigos con el dinero de la injusticia” (Lc 19,9). “Hoy ha entrado la salvación a esta casa” (Lc 19,10). “Cualquiera de ustedes que no renuncie a todo lo que posee...” (Lc 14,33). “Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos” (Lc 15,2).

Trigésimo Segunda Semana

“De su indignancia, dio todo lo que poseía” (Mc 12,44)

“No es un Dios de muertos, sino de vivientes” (Lc 20,38). “Somos simples servidores” (Lc 17,10). “¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!” (Lc 17,12). “Antes tendrá que sufrir mucho” (Lc 17,25). “Jesús enseñó con una parábola que era necesario orar siempre” (Lc 18,1).

Trigésimo Tercera Semana

“Se verá el Hijo del hombre venir sobre las nubes” (Mc 13,26)

“No quedará piedra sobre piedra” (Lc 21,6). “Hoy tengo que alojarme en tu casa” (Lc 19,5). “Señor, tu moneda produjo otras diez” (Lc 19,16). “No has sabido reconocer el tiempo en que fuiste visitada por Dios” (Lc 19,44). “Jesús se puso a echar a los vendedores” (Lc 19,45). “Y ya no se atrevían a preguntarle nada” (Lc 20,40).

Trigésimo Cuarta Semana

Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo

“Mi realeza no es de este mundo” (Jn 18,36)

“Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,43)

“No llegará tan pronto el fin” (Lc 21,9). “Gracias a la constancia salvarán sus vidas” (Lc 21,19). “Tengan ánimo y levanten la cabeza” (Lc 21,28). “Mis palabras no pasarán” (Lc 21,33). “No dejarse aturdir por los excesos” (Lc 21,34).

3.2. EPÍLOGO: Peregrinando al Santuario

Prólogo (Card. Jorge M. Bergoglio sj)

Introducción

Mi experiencia del Santuario. El propósito de este Epílogo.

I. Peregrinos

Llegar como peregrinos. Jesús y la mujer samaritana. La verdadera adoración. La conversión de los discípulos misioneros.

Para contemplar: "María, historia de Dios". Para reflexionar.

II. FE: "El peregrino vive la experiencia de un misterio que lo supera" (DA 260)

La decisión de peregrinar. Matices y evolución histórica. Pedagogía icónica de la peregrinación y el santuario. Una vida nueva en gratuidad.

Para contemplar: "Tierra en Camino". Para reflexionar.

III. ESPERANZA: "La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios" (DA 259)

Un canto de esperanza. Transformación del imaginario simbólico. Don de lo alto y tarea propia. Releer y esperanzar nuestra vida.

Para contemplar: "María, sueño de Dios". Para reflexionar.

IV. CARIDAD: "La llegada es un encuentro de amor" (DA 259)

Transformación afectiva y moral. Silencio orante y contemplativo. Sacramentos y sacramentales de y en la Iglesia. Bautismo, eucaristía, reconciliación, unción, matrimonio. Conversión moral y compromiso social.

Para contemplar: "María, Madre de todos". Para reflexionar.

Bibliografía

APÉNDICE B: Fichas para una lectura guiada de la Trilogía

Un curso complejo de formación teológica...

La Trilogía TEOLOGÍA DEL CAMBIO DE ÉPOCA [=TCE] es un curso sistemático e inculturado de formación en la fe que puede ser recorrido a modo de viaje y peregrinación. De ahí que podamos transitarla, a decir de san Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios Espirituales*, "como si presente me hallase" (EE 114).

Cada ficha nos adentrará en temáticas y capítulos diferentes, introduciendo algunas sugerencias prácticas de lectura para considerar en el itinerario. Al ir finalizando la lectura de cada libro, sugeriré la elaboración de un pequeño trabajo práctico, que permita aplicar y capitalizar los pasos dados.

Invito vivamente a que recorran el camino en comunidad, o al menos con una o dos personas que posibiliten entrar en diálogo y debate constructivo y fecundo. El conocimiento sapiencial madura mejor cuando se comparten experiencias y se intercambian puntos de vista.

1. Volumen I: HISTORIA Y CONTEXTOS

1.1. HISTORIA Y PERSPECTIVAS DE LAS IDEAS TEOLÓGICAS (Épocas, corrientes, autores)

En una primera etapa, la travesía nos permitirá ir conociendo el modo concreto en el que se fueron desarrollando las ideas teológicas a lo largo del tiempo, en el marco de la historia de la Iglesia y la evolución del pensamiento prevalentemente occidental. Seguiremos el libro *Historia y perspectivas de las ideas teológicas. Épocas, corrientes, autores*. El mismo se enmarca en un proyecto más amplio que puede ser visualizado en la Sinopsis de la Trilogía (*Teología del cambio de época [=TCE] I*, 18-21).

Metodológicamente, recomiendo marcar el texto, sobre todo las frases y párrafos que resulten más elocuentes, de modo que en ellos pueda luego apoyarse la conversación con lo/as compañero/as de camino. Allí mismo podrían también consignarse las ideas que emerjan de la reflexión personal o el diálogo, de modo que a futuro les resulte más fácil ir armando una síntesis propia.

1.1. (I) La experiencia creyente como antesala de la teología

A partir de esta ficha comenzaremos con la lectura y "viaje" por los capítulos... y el tiempo. En este primer tramo, nos adentraremos en el mundo de las religiones antiguas y la historia bíblica de Israel. La idea es irnos situando en esos contextos y épocas, a decir de san Ignacio de Loyola, "como si presente me hallase" (*EE* 114).

Esto significa que a medida que vayamos leyendo, tendremos que detenernos en los párrafos, momentos, experiencias y figuras que 'más me digan', que más significativos me resulten; procurando imaginar y sentir lo que las personas de aquellos tiempos y lugares vivirían, pensarían, desearían, etc.

En este capítulo I (*TCE I*, 37-59) de *Historia y perspectivas de las ideas teológicas* recorreremos cosmovisiones precristianas. Sería interesante irnos preguntando qué interrogantes tendrían esos pueblos, esos hombres y mujeres, con sus culturas y modos de vida. De hacer el camino con alguna/s otra/s persona/s, esto daría lugar a un rico diálogo o intercambio. Sugiero no dejar de registrar por escrito lo más significativo que surja en ambas instancias, personal y comunitaria.

1.1. (II) El Dios de Jesucristo en la plenitud de los tiempos (siglo I)

Espero que hayan podido comenzar bien el viaje por la Trilogía, y que las fichas-guías les estén resultando claras. También que hayan podido encontrar otro/as compañero/as con lo/as cuales realizar este largo trayecto que estamos realizando a modo de viaje por diferentes entornos y contextos histórico-culturales, asumidos y leídos desde una perspectiva creyente-teológica. Les recuerdo que para todos los casos la idea será posicionarnos "como si presente me hallase" (*EE* 114); a saber, imaginándome (nos) en el lugar, deteniéndome (nos) en algún aspecto de lo que voy (vamos) leyendo, tratando de percibir qué puede significar eso para mí (o para nosotros, al momento de compartirlo) ese acontecimiento, situación, desafío, conflicto, búsqueda, o intuición de fe.

Hoy nos detendremos en el capítulo II (*TCE I*, 61-75). El capítulo nos ambienta en el tiempo inmediatamente posterior al del Jesús histórico, en la época en que el Señor comenzaba a ser anunciado desde una perspectiva pascual por los primeros cristianos. Nos adentraremos en el significado, contexto y contenidos más esenciales de los cuatro relatos evangélicos: los sinópticos (*Mc*, *Mt* y *Lc*) y la tradición joánica (*Jn*). Esto nos dará una primera visión de conjunto de lo que más adelante desglosaremos e internalizaremos desde una perspectiva litúrgico-sapiencial-pastoral en el quinto libro de esta Trilogía, y que llevará por título *Lectio pastoral y sabiduría de vida*.

1.1. (III) La configuración simbólica de la teología en la Iglesia antigua (siglos II-III)

Motivados por esta ficha (*TCE I*, 77-95) nos adentraremos en la vida de la Iglesia antigua, marcada por las persecuciones a los cristianos y, ocasionalmente, el martirio. Tanto en la meditación personal como en el intercambio con lo/as compañero/as de camino, intentaremos situarnos en estos primeros siglos de la era cristiana "como si presente me hallase" (*EE* 114), sabiendo que esta afirmación es convergente y complementaria de esa otra convicción: "como si presente se hallase [el Señor]".

A medida que la separación con el mundo judío se hace más evidente, que las persecuciones se suceden, o incluso que comienzan a emerger movimientos sectarios en el Asia Menor, se torna necesario un discurso apologético: en favor de la originalidad de la experiencia cristiana, de la libertad de los discípulos de Jesús y de la fe ortodoxa y verdadera. En este contexto de fragilidad y

minoría, hacerse cristiano significaba hipotecar la vida por completo. Las conversiones, precedidas por un largo catecumenado y expresadas en la celebración de la iniciación cristiana, podrían convertirse en la antesala del martirio. Podemos imaginar los sentimientos encontrados que anidarían en el corazón de los neófitos; el entusiasmo confiado de lo/as renacido/as a la fe por el bautismo, la fortaleza de los testigos de Jesucristo hasta el derramamiento de su sangre. Evidentemente, en aquellos tiempos no cabían las medias tintas...

La teología cristiana está en pañales. Aparecen los primeros pensadores, sobre todo con intención apologética: Justino, Ireneo, Tertuliano, Cipriano... También los primeros intentos de diálogo con la cultura griega de por entonces: sobre todo con Orígenes. Asistimos a la vida y el entusiasmo de los comienzos... Algunas preguntas podrían guiarnos en este viaje inaugural, dándonos cierta idea de por dónde hacer nuestro recorrido: ¿con qué figuras y personajes de los siglos II-III me identificaría más y conversaría aménamente? ¿Qué sentimientos y actitudes anidarían en mí al enterarme que las autoridades romanas buscan al obispo de la comunidad, o que un grupo de hermano/as ha sido apresado? ¿Qué testimonio daría yo acerca de la persona de Jesús? ¿Qué pensador y argumento me resultaría al respecto más elocuente y cercano?

1.1. (IV) Las disputas cristológico-trinitarias y los ciclos de Nicea-Calcedonia (siglos IV-VI)

Espero que puedan ir siguiendo las fichas sin inconvenientes. Como ya lo dije en una ocasión, les recomiendo plasmar por escrito,

brevemente, las principales intuiciones que vayan emergiendo, tanto a partir de la lectura personal como del intercambio con lo/as compañero/as de camino: servirán para el trabajo de síntesis que oportunamente les propondré realizar.

Nos detendremos ahora en el capítulo IV de *Historia y perspectivas de las ideas teológicas* (TCE I, 97-123). Son páginas relativamente densas, ya que abordan una serie de discusiones dogmáticas en torno a las naturalezas humana y divina en el misterio teándrico de Jesucristo, como así también lo concerniente a la relación entre la segunda Persona de la Trinidad y la esencia divina. Espero que quienes no estén familiarizados con estas cuestiones no encuentren en estas páginas un motivo para el desaliento y el abandono. En todo caso, quienes no tengan particular interés en incursionar en estos primeros y apasionados debates dogmáticos, que involucraron principalmente a la cristiandad de Oriente, pueden saltar el capítulo, y tomar estos días para volver sobre lo anotado en relación a las fichas precedentes. Quienes sí estuvieran interesados en estas cuestiones cristológico-trinitarias, verán que aquí se definen estructuras básicas para la teología dogmática posterior.

Siendo que con la conversión de Constantino y Edicto de Milán en 313, la fe cristiana pasará a ser como el alma de la cristiandad posterior, se comprende que el debate teológico adquiera connotaciones políticas. De ahí la vehemencia de las discusiones y los procedimientos poco transparentes, e incluso violentos, con los que se actúa y debate en torno a cuestiones esenciales de la fe. Por ejemplo, Arrio y Atanasio, Nestorio y Cirilo de Alejandría, Donato y Agustín, etc. Si la fe totaliza la vida de las personas, es casi inevitable que la misma genere acaloradas confrontaciones. Por

supuesto, hoy tenemos mucha más historia y experiencia al momento de evitar todos estos excesos...

1.1. (V) La progresiva incorporación de la dialéctica en la teología medieval (siglos VI-XIII)

En el marco de la una *Historia y perspectivas de las ideas teológicas*, a mi juicio esta ficha resulta particularmente interesante (TCE I, 125-149). Tiene un estilo prevalentemente histórico-narrativo: nos "pinta" a la Iglesia medieval, ayudándonos a situar en el imaginario socio-cultural de aquellos siglos. ¿Qué sucedía con los Papas y obispos? ¿Cuál fue la misión de los monjes? ¿Cómo se fue evangelizando lo que hoy denominamos "Europa"? ¿Qué problemas políticos se suscitaron entre el Imperium y el Sacerdotium? ¿Qué rol cumplía el Emperador? ¿Cómo era la vida diaria de la gente simple? Todo lo concerniente a la Cristiandad medieval: a la vida de la Iglesia en el marco del Sacro Imperio Romano Germánico...

Haremos también algunas incursiones por el mundo del pensamiento teológico, filosófico e incipientemente científico: ¿Qué significó el progresivo influjo de Aristóteles al momento de tener que pensar la fe? ¿Cómo surgieron las primeras Universidades en el siglo XIII? ¿Qué contiene, y por qué resultó ser tan importante la Suma Teológica de santo Tomás de Aquino?

1.1. (VI) Giro antropológico y desconcierto teológico en la modernidad (siglos XIV-XIX)

En este sexto tramo de nuestro viaje teologal, saldremos de la Edad Media e ingresaremos en una nueva etapa del pensamiento

teológico: la vinculada a la Modernidad (siglos XIV-XIX, *TCE I*, 151-175). La fractura cultural del mundo medieval; el surgimiento de los nuevos Estados, Iglesias y Confesiones; el empirismo inglés, las ideas "ilustradas" y la consiguiente fragmentación del saber son algunas expresiones de un anhelo epocal de mayor personalización. También en la praxis religiosa surge un deseo vehemente de espiritualidad "por experiencia" directa, sin mediaciones: la mística y la lectura reformada de la Biblia "sin glosa".

En medio de la crisis, la Iglesia necesitaba una urgente reforma teológica, y especialmente la curia pontificia, una impostergable reforma disciplinar. ¿Qué aportó en este contexto el Concilio de Trento (siglo XVI)? ¿Cuáles fueron sus consecuencias pastorales inmediatas y remotas? ¿En qué sentido incidió positivamente en la evangelización del Nuevo Mundo? En contrapartida, ¿qué objeciones a la fe surgieron progresivamente de la filosofía moderna? ¿Qué afirmaron los denominados "maestros de la sospecha [=Marx, Nietzsche y Freud]" (P. Ricoeur)? ¿Por qué la Iglesia se "atrincheró" detrás de un hermético dogmatismo magisterial, por ejemplo, con el Syllabus? Entre una teología en franca retirada y los incipientes gérmenes de renovación (siglo XIX)...

1.1. (VII) Decidida asunción de lo histórico-antropológico en teología (siglo XX)

En nuestro viaje por la historia de las ideas teológicas vamos llegando al tiempo presente. En esta ocasión nos detendremos en

los avatares del siglo XX, muy fecundo en cuanto a renovación teológica se refiere (TCE I, 177-208).

La asunción del método histórico-crítico en los estudios bíblicos, la apertura a la cuestión social y al mundo obrero a partir de la encíclica *Rerum novarum* (1891), el diálogo con las ciencias modernas a través de figuras como Teilhard de Chardin, los movimientos litúrgico y ecuménico, el desarrollo de la eclesiología (Y. Congar, H. De Lubac), la incorporación del personalismo filosófico (R. Guardini) y la renovación de la teología moral (J. Alfaro, B. Häring), la originalidad histórico-existencial de K. Rahner, y sobre todo el acontecimiento y recepción del Concilio Vaticano II (1962-1965) contribuirán al despliegue y afianzamiento de una nueva teología. Esto posibilitará el desarrollo de teologías contextualizadas, comenzando por América Latina.

En la ficha nos detendremos de un modo particular en el itinerario recorrido por la teología argentina. Quienes tengan especial interés por los rasgos de esta teología en los años recientes pueden incorporar, a modo de lectura complementaria, el capítulo IX de *Historia y perspectivas de las ideas teológicas* (TCE I, 259-275). En ambos casos, dejaré perfilados los desafíos que se le presentan a la teología hoy, en los albores del tercer milenio.

1.1. (VIII) Hacia una experiencia y vivencia teológica de nuestro tiempo

Llegamos al último tramo de nuestro itinerario histórico, que es el presente con los desafíos que nos interpelan. A la luz de las vicisitudes de nuestro viaje, después de haber hurgado en épocas, idiosincrasias, corrientes y autores, de la mano de la vida de la

Iglesia y el pensamiento prevalentemente occidental, tendremos que plantear la fe, de un modo elocuente y sistemático, para nuestro tiempo y región.

Seguiremos el capítulo VIII del libro *Historia y perspectivas de las ideas teológicas* (TCE I, 209-257), que nos ayudará a pensar la fe católica hoy. A lo largo de esas páginas, nos acompañarán una poesía "teológica" y la aproximación al fenómeno religioso (urbano) actual. Procuraremos un adentramiento teologal en nuestro tiempo, a partir de la historicidad cotidiana, que da de sí mucho más de lo que a primera vista parecería ofrecer.

En este contexto, propondremos los necesarios fundamentos cristológico-trinitarios, a partir del testimonio de la comunidad creyente. Plantearemos la existencia del hombre como una posible vida en gratitud y gratuidad, pese a la desconcertante constatación del pecado. Sugeriremos que la vivencia teologal del creyente cristiano está llamada a desplegarse en la Iglesia, desde una indispensable diversidad vocación y ministerial. En fin, hablaremos de la vida como peregrinación histórica y esperanzado anticipo escatológico.

Sería interesante que, durante la lectura y los diálogos que la misma pudiera suscitar, se pudieran ir recapitulando las observaciones escritas en torno a las fichas anteriores. De hecho, el presente capítulo busca dar respuesta a muchos de los interrogantes y dificultades que por entonces se fueron planteando.

1.1. Historia y perspectivas de las ideas teológicas (RECAPITULACIÓN)

Hemos concluido la primera parte de nuestro viaje. El recorrido histórico que realizamos de la mano de las ideas teológicas, en el contexto de la vida de la Iglesia y el pensamiento prevalentemente occidental, se ha ido decantando en "fotografías" que hemos ido tomando en las notas personales registradas después de cada ficha. Fue en torno a esos registros documentales o imágenes que posiblemente hayamos compartido con otro/a/s compañero/a/s de camino nuestras impresiones de viaje.

Ahora tenemos que hacer una recapitulación de todo el trayecto. Vamos a volver sobre nuestras "fotografías", sobre lo que hemos registrado por escrito: textos, observaciones, comentarios, intuiciones, objeciones, inquietudes, anhelos, expectativas, etc. De todo eso trataremos de concluir "algo": uno, dos o tres párrafos que "digan" lo que nos ha parecido más relevante, lo que hemos aprendido o descubierto, lo que se fue sedimentando en nuestra memoria o en nuestro corazón. Una, dos o tres observaciones relevantes que nos hayan hecho un poco "más sabio/as".

1.2. LA FE DE LOS CRISTIANOS ANTE EL ACTUAL PLURALISMO CULTURAL (Fundamentos, contextos, dimensiones)

Iniciamos nuestro recorrido por el segundo libro de la Trilogía, que lleva por nombre *La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural*. Se trata de un viaje místico-teologal por

contextos socio-culturales y pastorales representativos de cuatro continentes; que atraviesa los diferentes segmentos y dimensiones de la vida socio-cultural de cada nación o región; que invita a un modo de abordaje y pensamiento sapiencial-transdisciplinar, en diálogo con significativas expresiones artístico-culturales del propio medio. El viaje viene introducido por un elocuente ensayo sobre "mística de la encarnación", y acompañado por el icono bíblico de Jesús y la mujer samaritana.

En esta primera ficha, como para no entrar de lleno "en frío", nos limitaremos a leer la introducción (*TCE I*, 293-296), que nos ofrecerá una visión de conjunto de lo que esta segunda etapa de nuestro viaje pretendemos. También lo/as invito a recorrer mi meditación sobre "Mística de la encarnación" (*TCE I*, 297-309), que constituye una gran exhortación a descubrir la trascendencia diaria de los sencillos acontecimientos cotidianos, los cuales "no son sólo" lo que a primera vista parecerían. Lo haremos de la mano del misterio de la encarnación y de la Pascua, que nos permitirán descubrir la presencia del Dios Uni-Trino en el devenir de cada jornada. Por lo dicho, posiblemente estas páginas sobre "Mística de la encarnación" constituyan las más significativas de toda la Trilogía.

Como en la etapa anterior, también aquí sería deseable poder compartir el camino con compañero/a/s de viaje, con lo/a/s cuales intercambiar impresiones e intuiciones personales. También sería conveniente seguir registrando por escrito lo que de más significativo vamos percibiendo y compartiendo: aquello que debería quedar en nuestra memoria creyente y agradecida después del viaje...

1.2. (I) Mística de la Encarnación y mística evangelizadora

En continuidad con lo meditado sobre mística de la Encarnación en la ficha anterior, vamos a detenernos ahora en un icono bíblico sumamente elocuente: el pasaje de Jesús y la mujer samaritana (*Jn* 4,1-42). Recorreremos una exégesis simbólica, nutrida del imaginario sapiencial del Antiguo Testamento y las tradiciones rabínicas. Se trata del comentario a un texto bíblico más profundo de toda mi Trilogía. Surge de un stage de tres meses en el Instituto Franciscano de Jerusalén, y se remite en su origen al modo de lectura de las Sagradas Escrituras propuesto por F. Manns. El artículo fue publicado en su original inglés en la revista india del "College" jesuita Vidyajyoti (New Delhi) 73 (2009) 31-42. Con algunas correcciones y añadidos, puede seguirse en *La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural* (TCE I, 309-330).

El relato nos ayuda a profundizar lo dicho sobre mística de la Encarnación, y le da un tono más evangelizador, ecuménico e interreligioso, a nuestra reflexión. Nos invita a tomar conciencia de que Dios dirige su Palabra en cualquier lugar a cualquier persona que esté dispuesta a convertirse en adorador /a "en Espíritu y Verdad". Invito a leer tanto el texto como su comentario detenidamente, sin apuros, ya que éste es el único modo de captar el simbolismo místico-espiritual profundo que anuda las diferentes imágenes del entramado bíblico allí evocado. Y podríamos preguntarnos: ¿En qué sentido el diálogo de Jesús y la mujer samaritana ilumina el modo de comprender la misión evangelizadora de la Iglesia, y más en concreto, de cada cristiano/a?

1.2. (II A) La complejidad cultural de nuestro tiempo como desafío pastoral. Pluralismo cultural y religioso

Con la intención de favorecer lecturas y debates más ágiles, intentaré reducir los textos extensos, proponiendo su recorrido en diferentes y sucesivas fichas. En el marco del presente capítulo II: "La complejidad cultural de nuestro tiempo como desafío cultural", dedicado a ofrecer justamente una mirada complexiva de la cuestión cultural en nuestros días, nos abocaremos primeramente a rastrear los rasgos generales más característicos de la época actual, mirados estos inicial y principalmente desde una hipótesis y perspectiva de conflicto.

El pluralismo étno-socio-político-cultural intrínseco a sociedades complejas se proyecta también en el espacio religioso y concretamente en contextos y comunidades cristianas. Sin embargo los creyentes algo podemos hacer para promover una comunión plural, que dé cuenta de las legítimas diversidades, puntos de vista y prácticas ético-pastorales en las sociedades contemporáneas impregnadas por la cultura urbana. Nos servirá de apoyo para esta aproximación general la lectura de *TCE I*, 331-347. Como posible lectura de extensión, recomiendo vivamente las obras de Zygmunt Bauman, que enhebra sus percepciones socio-culturales a partir de la imagen de la "liquidez" contemporánea. Por ejemplo, *Tiempos líquidos*.

1.2. (II B) La complejidad cultural de nuestro tiempo como desafío pastoral

Esta ficha gira en torno al concepto y dinámicos de "cultura" y "inculturación" en el magisterio teológico-pastoral de Juan Pablo II.

Se incluye una aproximación al método, criterios y actitudes pastorales requeridos para que madure la segunda, como así también una breve reflexión sistemática de los textos pontificios referentes a un contexto socio-cultural concreto (América Latina) y a un sujeto eclesial específico (la vida consagrada).

Se trata de un estudio sistemático, que se remonta a mi investigación doctoral (1998), que fue publicado con cierto retraso en la revista *Teología* 81 (2003) 137-156, y que hoy puede leerse en versión revisada y mejorada en *TCE I*, 347-369. Aunque este tipo de estudios no resulte tan ameno como otras temáticas recorridas o por recorrer, en su conjunto nos brinda un necesario marco teórico; el cual se requiere para desarrollar los diferentes cruces del diálogo transdisciplinar y pastoral que estamos llevando a cabo, a modo de "viaje sapiencial", en esta lectura sistemática de la Trilogía.

1.2. (III A) Experiencias de vida cristiana inculturada en América Latina

A partir de esta ficha, vamos a iniciar un camino inculturado de fe en diferentes contextos del mundo actual. En cierto modo, iremos viajando por las tramas socio-culturales y pastorales de diferentes regiones y naciones del mundo, adentrándonos en el ethos profundo de cada lugar. Comenzamos por América Latina, deteniéndonos especialmente en los países comprendidos en la zona Mercosur, que es lo que conozco (*TCE I*, 372-402).

En todos los casos se tratará de experiencias que pude realizar en primera persona, y que nos aproximan a la idiosincrasia de pueblos y personas, valiéndonos para ello, de diferentes

observaciones y recursos. El ensayo descriptivo busca recrear, de un modo peculiar y propositivo, el imaginario cultural y religioso de los escenarios que recorreremos. Cada uno podrá luego hacer lo propio con los contextos que haya podido conocer un poco más, o en los que incluso viva.

Comenzaremos por Santiago del Estero, que anuda muchos aspectos de lo que podríamos denominar la cultura latinoamericana tradicional. Luego nos confrontaremos con algunos de los emergentes culturales urbanos, notablemente asociados al cambio de época. Concluiremos nuestro viaje latinoamericano con una aproximación a la asombrosa y optimista integración de lo diverso en Brasil.

Otros espacios que pude recorrer, normalmente no tan bien ni extensamente, quedarán considerados en los núcleos que arriba describí. Aquí lo importante no será tanto la cantidad de lugares abordados, sino la capacidad que pueda emerger en nosotros para un análisis profundo, a saber, descriptivo, crítico y propositivo, de lo realmente experimentado y vivido.

1.2. (III B) Experiencias de vida cristiana inculturada en Europa

En el marco de este itinerario por el cambio de época, seguimos recorriendo contextos socio-culturales y pastorales emblemáticos en los albores del siglo XXI. Y de América Latina pasamos a Europa (*TCE I*, 403-421). Nos detendremos en dos grupos de experiencias.

1) El primero tiene que ver con impresiones que al respecto pude recoger en España [2008], Italia [1997-8] y Francia [2008].

Tienen en común que son países de Europa occidental continental, con una raigambre latina en común, e histórica tradición católica.

2) El segundo se avoca a Inglaterra [2008]: adrede, prefiero no hablar del Reino Unido. Las características insulares y anglicano-protestantes de este otro contexto nos permitirá establecer algunas apreciaciones comparativas y valorativas respecto del grupo anterior de países.

En el marco del intercambio propuesto, tal vez aquí haya lectores que tengan experiencias de haber vivido, o al menos recorrido por poco tiempo, alguno de estos países, o tal vez otros del Viejo Continente.

1.2. (III C) Experiencias de vida cristiana inculturada en Asia y África

Con esta tercera ficha concluimos nuestra vuelta al mundo, adentrándonos en contextos socio-culturales y pastorales de países y regiones asiáticas y africanas (*TCE I*, 421-458). Insisto en que la idea fundamental de estas reflexiones es que nos aporten un estilo propio para hacer un trabajo análogo en torno a los contextos en que cada uno/a de nosotros/as viva, haya vivido, o con los que de algún modo haya tomado o pueda tomar contacto de modo significativo. También podría servir para aprovechar mejor algún posible viaje futuro: estoy convencido de que, en viajes de trabajo o de vacaciones, se puede hacer algo más que tomar fotografías para aprender y llevarse significativos recuerdos del lugar...

1) Intentaremos realizar algunas observaciones socio-político-culturales y eclesial-pastorales de la conflictiva Tierra Santa, que incluye los actuales territorios de Israel y Palestina. 2) Luego

pasaremos a la mística India, concediendo a la vertiente cultural y religiosa especial atención, pero sin descuidar las indispensables observaciones socio-económicas. 3) Luego nos trasladaremos a Tailandia, donde nos sorprenderá el sentido de armonía, belleza y poesía, en el marco de un país budista con absoluta pero respetada minoría cristiana. 4) De Asia nos desplazaremos al África: concretamente a Costa de Marfil. En el marco de un continente ancestral, nos detendremos en observaciones atinentes a cultura y religión, economía, política y sociedad.

1.2. (IV) Impregnación evangélica de la cultura y desarrollo integral de los pueblos

En esta ficha buscaremos hacer una recapitulación integradora del recorrido hecho en las cinco anteriores, tratando de encontrar denominadores comunes inspirándonos en la enseñanza social de la Iglesia [=DSI]. Para ello nos valdremos del *Compendio de Doctrina Social*, entresacando lo concerniente a "Cultura", lo cual facilitará visiones sistemáticas y relativamente complexivas de los temas.

Se convertirá también en un mapa minucioso para posteriores abordajes puntuales en el viaje virtual que estamos recorriendo. Aquí me limito a presentar los grandes items que encontrarán al recorrer este capítulo IV de *La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural* (TCE I, 459-508). La idea no es leerlo todo, sino más bien ir entresacando, a modo de "disparador" para el diálogo, las cuestiones que a juicio de ustedes resulte de mayor interés. En cada punto encontrarán ejes fundamentales y complementarios para un debate inteligente.

- Iglesia, sociedad y cultura en el actual contexto epocal. Desafíos y convicciones.

- Principios y valores de la *DSI*. Persona humana y bien común, subsidiariedad y participación, solidaridad y valores en diferentes contextos.

- Ámbitos que invitan a la reflexión cultural desde la *DSI*. Familia, trabajo, economía, comunidad política e internacional, ecología.

- Acción pastoral y cultura en la *DSI*. Fundamentos teológico-pastorales, el compromiso particular de los laicos.

- Algunos cauces prioritarios: en la dimensión socio-política, los medios de comunicación social, y la vertiente religioso-trascendente de la cultura. Cultura y vida teologal.

1.2. (V A) Dinamismo antropológico en el contexto de la era científica

El capítulo V del libro *La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural* lo dividiremos en tres secciones. La primera (TCE I, 511-520) nos ofrece un planteo antropológico-teologal en consideración del actual paradigma científico, y particularmente, de las denominadas ciencias de la naturaleza y ciencias "duras". En ámbitos latinos no estamos tan habituados a este tipo de cruces interdisciplinarios, más comunes en las naciones nórdicas. Entre nosotros es más usual el diálogo con las ciencias humanas y sociales: de ahí la importancia que asume este tipo de planteo.

El artículo original que subyace a este ensayo lo publiqué en un libro en colaboración que llevó por título *Evolución y cristianismo* (Ed. Dunken, Buenos Aires 2007, pp.203-210),

compilado por el Dr. Lucio Florio. El abordaje puede resultar de sumo interés para quienes estén familiarizados con el tipo de disciplinas aludidas, o incluso para personas especializadas en las mismas, y que quieran entrar en diálogo con la fe cristiana desde sus propios campos epistemológicos.

1.2. (V B) Dinamismo vocacional ante el cambio de época

Después de habernos detenido en un planteo antropológico apto para entrar en diálogo con nuestra era científica, vamos a pasar al dinamismo vocacional que el mismo naturalmente connota y conlleva. Porque la impronta de "relatividad" no solo afecta la constitución misma de lo humano, sino también al itinerario vital mediante el cual éste se despliega y desarrolla. El camino de la vida está jaqueado, tal vez hoy más que hasta hace algunos decenios, por transformaciones y sorpresas permanentes, que deberán ser integradas a un sentido decisivo. Para el creyente cristiano, será un sentido teologal animado por la fe pascual.

Hoy ya no tenemos vocaciones formalmente determinadas "de una vez para siempre": lo permanente va siendo la sedimentación de esos comunes denominadores e intuiciones que en realidad terminaron siendo lo que dinamizaron la vida en el Espíritu. Es allí donde hay que encontrar la originalidad vocacional de cada uno/a como hijo/a de Dios. De ahí la necesidad de cultivar una "fidelidad creativa" en torno al propio centro vocacional-teologal, conscientes de que existe un don que nos sostiene, y libres para el diálogo confiado de cara a lo inédito.

Para conversar en torno a estas cuestiones, que pueden resultar útiles en momentos vitales o etapas de inflexión en nuestro "viaje", vamos a seguir *TCE I*, 520-525.

1.2. (V C) Dinamismo teologal en contexto eucarístico-sacramental

Después de haber contemplado el dinamismo antropológico y vocacional, nos adentraremos en el simbólico-sacramental, estrechamente asociado a la vida teologal. Nos ayudará en la reflexión *TCE I*, 526-538.

Podemos asomarnos a la existencia desde diferentes perspectivas y profundidad: desde la empírica, pasando por la filosófica, hasta la simbólico-sacramental. Es aquí donde nos adentramos en el plano específicamente teologal, y donde se revela a modo de "epifanía" la hondura última de lo real. Esta vertiente tiene su fundamento en Jesucristo, Palabra hecha carne. Es por esta misma encarnación que lo histórico evoca lo trascendente, lo contingente lo necesario, y lo finito lo eterno. Es también a causa de ella que el hombre adquiere "vocación divina" (*GS 22*), y que lo divino 'toca' lo humano.

De un modo particular en el misterio de la Iglesia, entendida ésta como "sacramento universal de salvación" y de "la íntima vinculación del género humano entre sí y con Dios" (*LG 1 y 53*). De un modo más específico aún en los sacramentos de la Iglesia, y de forma eminente e insuperable en la Eucaristía: allí no sólo se evoca al trascendente y Éste actúa y salva en y a la creatura, sino que fundamentalmente 'Él es'.

Desde el misterio de la Eucaristía podemos recuperar lo dicho en fichas anteriores sobre dinamismo vocación y antropológico: porque indirectamente la Eucaristía es memoria, presencia y profecía de lo que cada uno de nosotros es en relación al misterio Uni-Trino de Dios. Estas consideraciones simbólico-sacramentales pueden aportar a nuestro viaje virtual un plus de hondura: pueden permitirnos ver que en realidad estamos caminando o navegando desde un centro óptico-personal que es siempre el mismo, pero del cual vamos tomando cada vez mayor conciencia a causa de nuestro viaje por la vida. Este centro icónico es nuestra condición de hijo/as de Dios, en la que el Trascendente resplandece siempre con inédito fulgor.

1.2. (VI A) Descripción y método para una teología del cambio de época

Habiendo fundamentado desde una perspectiva antropológica la posibilidad de una transfiguración cultural como empeño pastoral (capítulo V), y habiendo reflexionado ampliamente sobre sus variadas dimensiones y contenidos (capítulo IV), nos detendremos ahora en algunos aspectos que atañen más específicamente al método teológico utilizado, para comenzar a ejemplificarlos en la próxima ficha. Seguiremos *TCE I*, 539-553.

1) Primero intentaremos delinear las características de una "teología del cambio de época", polícroma, con impostación pastoral-sapiencial, abierta al cambio de época desde el contexto local-regional, en cierto modo "ya" esbozada, pero también "hacia" una más plena configuración.

2) Luego nos detendremos en el método teológico transdisciplinar, inspirándonos fundamentalmente en B. Lonergan, pero nutriéndolo con aportes epistemológicos de peso en Argentina.

En cierto modo, esta ficha tiene carácter de (a) llegada-balance y (b) proyección-partida. El itinerario recorrido hasta el momento desemboca en un modo nuevo de hacer teología, lo cual irá quedando más claramente de manifiesto en las siguientes fichas. Para quienes conozcan un poco más de filosofía, iremos pasando del trascendental *Verum* al *Pulchrum*. O sea, una nueva perspectiva, a modo de nuevos lentes, para nuestra Trilogía y camino teologal.

1.2. (VI B) Teología del cambio de época a partir de expresiones artístico-culturales

Después de haber descrito qué entendemos por "teología del cambio de época", y habernos adentrado en su dinámica metodológica, abordaremos algunos ejemplos concretos que anticipan el recorrido por el itinerario vital que haremos a partir del próximo libro, 3º de esta "Trilogía pentológica" [=en cinco volúmenes]. El criterio para la selección de expresiones artístico-culturales responde a la difusión e incidencia socio-cultural que las mismas han ido teniendo en estos últimos años en Argentina. Esto no significa que en todos los casos, y ni siquiera en su mayoría, hayan sido producidas localmente.

1) Comenzaremos con Joao Manuel Serrat, recorriendo el camino psico-espiritual-simbólico que va de "La saeta" a "Mediterráneo", mostrando el fundamento erótico-poético de

muchas de sus canciones, sus metáforas privilegiadas de caminante y navegante, la profunda nostalgia y tristeza por lo ido, el eterno retorno de la fiesta y, en fin, un esbozo de religiosidad holística.

2) Continuaremos por la novela *El Código da Vinci*, de Dan Brown. Intentaremos rastrear la fenomenología de la obra; mensaje, aporte y bemoles de la misma, y de bosquejar algunas reflexiones propositivas.

3) Nos detendremos en el *Romance de la muerte de Juan Lavalle*, de E. Sábato (texto) y E. Falú (música), que en el fondo relata en forma de relato épico una historia profundamente humana y religiosa: el paraíso perdido, la expiación de una culpa, la muerte y el descenso ad inferos, la "elegía por la muerte de un guerrero" y discretamente el *kerygma* o Buena Noticia.

4) Concluiremos con el musical *Drácula*, de Cibrián-Mahler. Intentaremos contemplar en los personajes el drama del pecado como destrucción de lo humano y la misericordia divina como fuente y gloria de la redención.

Con estos primeros análisis de expresiones artístico-culturales, accesibles on-line en www.youtube.com, y cuyos comentarios concatenados seguiremos en TCE I, 553-582, nos adentramos en el corazón de nuestra teología epocalmente inculturada, en la que intentamos ejercitarnos en el descubrimiento de Dios icónicamente presente en todas las cosas, pero sobre todo en la historia, vida y expresiones (artístico-culturales) de las personas concretas (en contextos concretos).

1.2. La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural (RECAPITULACIÓN)

Hemos concluido la segunda etapa de nuestro viaje virtual, y como lo hicimos al finalizar la primera, también ahora intentaremos recapitular el trayecto recorrido. En este caso, buscaremos tomar conciencia de las diferentes variables que integran el diálogo fe y cultura hoy y plasmarlo en un breve ensayo escrito. Sugiero volver sobre las fichas posteadas en torno al libro 1.2. La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural, que seguramente habrá suscitado alguna forma de diálogo o intercambio con nuestro/a/s compañero/a/s de camino y aventura teológico-cultural. También sobre nuestras "fotografías" o notas de viaje, intentando reconstruir el itinerario.

Hecho esto escribiremos, a modo de ejercicio de aplicación, una apreciación fenomenológico-interpretativa-teológica del contexto socio-cultural-eclesial en el que vivimos. El trabajo debe ser breve, no más de 1 página A4, en la cual volquemos nuestras principales intuiciones, procurando que allí queden reflejadas las diferentes variables del diálogo fe y cultura que fuimos proponiendo y desarrollando en el libro que concluimos. A modo de meditación inspiradora de trasfondo, podrían leer lo referente al "Cristiano del siglo XXI" (*TCE I*, 583-589).

2. Volumen II: IMAGINARIOS Y EVANGELIZACIÓN

2.1. EL IMAGINARIO DE LOS CRISTIANOS EN CONTEXTO ARGENTINO (Arte, Psicología, Mística)

Comenzamos con el 2º volumen de la Trilogía "TEOLOGÍA DEL CAMBIO DE ÉPOCA: polícroma, transdisciplinar-sapiencial, con impostación pastoral, desde Argentina", que comienza con el libro IIIº de la misma, a mi modo de ver el más original y creativo (no sólo "da qué pensar", sino también "da que pensar"...), y que lleva por nombre *El imaginario de los cristianos en contexto argentino*.

En el primer paso de una nueva etapa en nuestro itinerario teologal, nos limitaremos a familiarizarnos con el material de lectura propuesto. Contextuándola en el marco de la "Sinopsis de la Trilogía" (TCE II, 16-19) y el "Índice" (TCE II, 3-4), les sugiero dar una leída a su "Introducción" (TCE II, 21-22), de modo que vayamos teniendo una anticipada visión de conjunto de nuestro mapa de ruta. Sus principales jalones serán: Hacer teología de otra manera - La transformación del imaginario simbólico - En la juventud: presuntuoso encandilamiento del "paraíso ya" - En la adultez: desencantado temor del "paraíso nunca" - Hacia la madurez: serenamente bajo el realismo de la esperanza - Conclusión: celebrando el Bicentenario.

Esta nueva etapa del viaje trilógico nos llevará, de la mano de un eje psico-espiritual asociado al desarrollo de la vocación cristiana, a dialogar con expresiones del cine, la música, la literatura, el teatro musical e incluso la ópera.

2.1. (I A) Hacer teología de otra manera

En esta ficha se concentra mi reflexión sobre el modo de "hacer teología de otra manera". Presupone lo reflexionado en 1.2. (VI A) sobre el método teológico, si bien ahora cobra un perfil mucho más específico y original. Se trata de incorporar de un modo decisivo la racionalidad simbólica a la teología, de modo que el arte pueda convertirse en mediación, y se pueda pensar la fe a partir de expresiones artístico-culturales (cine, música, literatura, teatro musical, ópera), propias del presente cambio de época.

A su vez, este nuevo talante teológico, promovido en el siglo XX por autores como H. U. von Balthasar. O. González de Cardedal, y más recientemente B. Forte y A. Gesché, enriquecido desde una perspectiva psico-espiritual y filosófica por otros pensadores como L. Rulla y J. L. Marion, incide en otras áreas de la vida socio-cultural. Autores argentinos convergentes con este estilo son, en términos generales, J. C. Scannone y V. M. Fernández, y más específicamente E. Briancesco, C. Avenatti, F. Ortega y D. Biló.

Lo cierto es que la mediación artístico-psico-filosófico-cultural posibilita hacer teología pasando de interpretaciones simbólicamente regresivas, reductivas e idolátricas, en las que las realidades, personas y acontecimientos "no son sino", a otras simbólicamente progresivas, abiertas e icónicas, en las que esas mismas realidades, personas y acontecimientos "no son sólo", tal como ya lo insinuábamos en 1.2. (I A).

Estamos adentrándonos en el corazón de nuestro viaje virtual, que se nutrirá en el presente segmento (libro IIIº de mi Trilogía pentalógica) de variadísimos ejemplos tomados del campo artístico-

cultural. La breve lectura que ahora propongo para reflexionar e intercambiar está tomada de *El imaginario de los cristianos en contexto argentino*, TCE II, 23-28.

2.1. (I B) Teología a partir del Cine

Comenzamos a poner manos a la obra con el análisis sistemático de expresiones artístico-culturales. El primer género en el que nos adentraremos, por lo popular que su ágil formato hoy día resulta, y por haber ido sustituyendo a las clásicas y gruesas novelas, es el CINE. En *El imaginario de los cristianos en contexto argentino* (ver TCE II, 29-66) propongo 12 películas más o menos recientes, que analizo desde una perspectiva, primero artístico-antropológico-cultural, y luego teológico-espiritual-pastoral.

Están ordenadas siguiendo una cierta cronología lógica en el itinerario vital. Sus títulos son: *La cinta blanca* (M. Haneke), *Alicia en el país de las maravillas* (T. Burton), *Hadwijch* (B. Dumont), *Cisne negro* (D. Aronofsky), *Paco* (D. Rapecas), *Babel* (A. González Iñárritu), *Carancho* (P. Trapero), *El discurso del rey* (T. Hooker), *Ávatar* (J. Cameron), *El ilusionista* (N. Burger), *Antes de partir* (R. Reiner), *De dioses y hombres* (X. Bauvois).

Lo que les propondría es que cada uno/a trabaje película/s de su propio interés, contextualizándola/s de acuerdo a las inquietudes personales. Por ejemplo, desde esta perspectiva, y como se verá en el libro IVº, trabajé *El artista y Hugo* en referencia a la vida consagrada. Del mismo modo podrían interesar otras para jóvenes, temáticas sociales, específicamente religiosas, etc. La metodología se presta para compartir puntos de vista complementarios con la/s persona/s con la/s que hayan elegido seguir este curso-viaje virtual.

2.1. (I C) Teología a partir de Novelas, Teatro musical y Ópera

La cantidad de ingresos al blog suscitados oportunamente en torno a la ficha anterior sobre "Teología y cine" muestra a las claras que éste último es el formato artístico-cultural "estrella" del actual cambio de época: en un espacio de tiempo relativamente breve, la pantalla grande "da qué pensar" y "da que pensar" (P. Ricoeur). Pero también podemos continuar nuestro itinerario teologal por los diferentes ámbitos que hacen al fenómeno cultural actual a través de otros géneros, como son las novelas, teatro musical e incluso la ópera. Ya lo hicimos y más adelante nos seguiremos extendiendo en una teología a partir de expresiones musicales, poesía, animación 3D, cuentos, etc.

En el último tramo del libro anterior nos habíamos detenido en *El Código da Vinci*. Ahora incursionaremos en otro *best-seller* más reciente: la Trilogía de Stieg Larsson. Nos concentraremos en su primer libro: *Los hombres que no amaban a las mujeres*. Como no podía ser menos, también analizaremos una expresión significativa de la novela latinoamericana reciente: *El sueño del celta*, de M. Vargas Llosa. En el género del teatro musical habíamos visto *Drácula*: ahora nos avocaremos a *La novicia rebelde*. Y para concluir, una ópera: *La flauta mágica* de W. A. Mozart. Se trata de expresiones emblemáticas, si bien relativamente menos populares que el cine, pero que ponen de manifiesto nuevas posibilidades al momento de "hacer teología de otra manera". Los comentarios correspondientes pueden seguirlos de *TCE II*, 66-80.

Sugiero que a lo largo de estas fichas, concernientes al análisis concreto de expresiones artístico-culturales, cada uno/a individualmente, de a dos, o en el grupo de "viaje" que se haya ido constituyendo, pueda/n analizar los "textos" que más movilicen a los participantes: no necesariamente los que yo mismo ofrezco, sino aquellos que parezcan más evocadores y "decidores" para ustedes mismo/as.

2.1. (II A) Transformación del imaginario simbólico: teoría interdisciplinar

En ésta y en la siguiente ficha hablaremos de la transformación del imaginario psico-espiritual simbólico. Es la sección más teórica de *El imaginario de los cristianos en contexto argentino*: podemos seguirla en TCE II, 81-94. En esta ocasión nos adentraremos en los elementos constitutivos de la teoría interdisciplinar, y en la próxima los aplicaremos conceptualmente a las diferentes etapas del camino de la vida. En fichas sucesivas, ejemplificaremos con expresiones artístico-culturales, tomadas especialmente del mundo de la música.

En breve, las personas estamos llamadas a internalizar una "autotranscendencia teocéntrica" (L. Rulla), subordinando "necesidades" a "valores", priorizando el "yo que se trasciende" por encima del "yo trascendido", haciendo que una simbolización prevalentemente progresiva ("ícono") se imponga a otra de cuño preferentemente regresiva ("ídolo") en actitudes "consistentes". Esto tendrá consecuencias muy concretas en la experiencia religiosa, la ética personal, familiar, comunitaria y social, como así también en la vida pastoral de la Iglesia. Ofreceré algunas sugerencias

pedagógicas para crecer al respecto en capacidad de una efectiva autotranscendencia teocéntrica simbólicamente progresiva.

2.1. (II B) El imaginario simbólico en las diferentes etapas de la vida

En el camino de la vida, nuestro imaginario simbólico va transformándose y evolucionando, asociándose estrechamente este proceso a nuestro crecimiento y maduración psico-espiritual. En esta ficha nos detendremos en lo que podríamos considerar rasgos prevalentes o más característicos a cada etapa de la vida: 1) juventud, 2) adultez y 3) madurez.

La presentación comparativa de estos momentos paradigmáticos de nuestra existencia, con sus connotaciones subjetivas, cognitivas, actitudinales, simbólicas y espirituales, nos ayudará a preparar lo que veremos y analizaremos más detenidamente en las siguientes fichas en referencia a específicas expresiones artístico-culturales. Por las connotaciones e importancia decisiva que tiene en el conjunto del arco vital, nos detendremos particularmente en lo que da en llamarse "la mitad de la vida".

A modo de observación transversal, incluiré un cuadro de doble entrada con referencias descriptivas y comparativas al aporte que el imaginario onírico puede hacer al desarrollo psico-espiritual del/a creyente, en diálogo estrecho con la literatura y la mística. También un poema de la vida que procura anudar desde una perspectiva estética los diferentes momentos de nuestro itinerario vital. Podemos seguir una reflexión, que inevitablemente cada uno/a

tendrá que retomar y ahondar por sí mismo y desde su propia experiencia de vida, en *TCE II*, 95-112.

2.1. (III) En la juventud: presuntuoso encandilamiento del "paraíso ya" (ROCK NACIONAL)

Después de aproximarnos en términos generales al itinerario vital y al concomitante desafío de ir transformando nuestro imaginario simbólico para crecer psico-espiritualmente, incursionaremos más en detalle en cada una de sus principales etapas: 1) juventud; 2) adultez; y 3) madurez. Si bien no se corresponden exactamente las etapas de la vida con el desarrollo psico-espiritual, sí tienden a inducirlo o propiciarlo. Comenzaremos con la juventud, continuando nuestro recorrido por las expresiones artístico culturales.

1) Para estas fichas, siempre tendremos algún (cant)autor principal de referencia: en este caso, Charly García, en su época con *Sui generis*: "El tren de la vida", "Quizás porque", "Alto en la torre", "Rasguña las piedras", "Bubulina", "Juan Represión", "Botas locas", "Instituciones", "Pequeñas delicias de la vida conyugal", "Aprendizaje", "Cuando comenzamos a nacer", "Confesiones de invierno", "Cuando ya me empiece a quedar sólo", "Canción para mi muerte", "El Fantasma de Canterville"...

2) Una sistematización de estas canciones nos invita a recorrer el amor, del asombro a la nostalgia; las instituciones sociales, de la crítica a la resignación; y la misma vida, del despertar a la muerte. Pero también incursionaremos, desde esta perspectiva juvenil, en el musical teatral *El Fantasma de la Ópera* (H. Prince), en donde la conjunción entre elementos estéticos, psicológicos y espirituales es

sumamente elocuente, tanto en la figura del Fantasma, como de Christine y Raoul.

3) Por último, volveremos al cine argentino, de la mano de *El Secreto de sus ojos* (J. C. Campanella), que habiendo ganado un Oscar a la mejor película extranjera (2010), merece un análisis pormenorizado, desde una perspectiva no sólo artístico-antropológico-cultural, sino también teológico-moral-espiritual.

En todos los casos, seguiremos los comentarios de *El imaginario de los cristianos en contexto argentino*, TCE II, 113-138. Y lo bueno de la *Web*, y particularmente de *YouTube*, es que nos ofrece acceso fácil a todas estas expresiones artístico-culturales... para crecer.

2.1. (IV A) En la adultez, desencantado temor del "paraíso nunca": Enrique S. Discepolo (TANGO)

Continuando con nuestra reflexión en torno al itinerario vital (del creyente), y al desafío de una transformación del imaginario psico-espiritual; de la mano de expresiones artístico-culturales relevantes en Argentina, y con peculiar afición a la música, nos adentramos en el mundo del Tango.

En esta primera ficha lo haremos a partir de un prolífico escritor de letras, tal vez el más renombrado de todos los tiempos: Enrique Santos Discépolo. En este autor, "el amor que no fue" parece conducirnos a una desilusionada "visión trágica de la existencia" humana. Nostalgia, desencanto y estupidez se anudan íntimamente en torno a un imaginario notoriamente regresivo que bloquea decididamente la posibilidad de autotranscendencia.

La propia biografía, su época y entorno acaban construyendo una filosofía existencial que se nutre de la experiencia de fracaso, donde los espacios de consuelo son pocos, y en la que el mismo Dios resulta interpelado. Sin embargo, por sus connotaciones, los tangos de Discepolo manifiestan, más ampliamente, una cierta tendencia experiencial que emerge en la adultez de toda persona, especialmente hacia la mitad de la vida: el insoslayable temor de un "paraíso nunca". Si en la juventud el riesgo era la encandilada presunción de un "paraíso ya", desmoronado el ídolo con pies de barro, el impulso vital puede inducir a la claudicación desesperanzada (¿desesperada?).

El dramatismo estético del tango pinta muy bien este tipo de experiencia, que pueden ser apreciadas en www.todotango.com/spanish/creadores/sdiscepolo.html. La reflexión estético-antropológica y teológico-pastoral correspondiente podemos seguirla de *TCE II*, 139-160.

2.1. (IV B) Ástor Piazzolla (TANGO VANGUARDIA): el nervioso contrapunto sincopado de Buenos Aires

"Como el tango, Buenos Aires nació y se desarrolló desde afuera, mirando a Europa: con un sincopado compás de música ya comenzado, a destiempo y como quebrado, 'atado con alambre' o improvisado como el jazz, reelaborando a contrapunto lo dicho 'desde el otro lado del charco' a partir de sentires ancestrales; con una contradictoria aspiración de arraigo 'arrabalero', inconfesable nostalgia oceánica e ineludible voluntad de progreso". Así comienza el texto que propongo en esta ficha para continuar nuestro viaje teologal por la etapa de la adultez, de la mano del

tango-vanguardia o música ciudadana de Ástor Piazzolla, *TCE II*, 160-166. Sin perder la perspectiva que sugiero, invito a detenernos en tres temas de fácil acceso en *YouTube*.

1) "Balada para un loco" (1969), que canta con palabras de Horacio Ferrer la experiencia cumbre y afirmativa del amor humano, experimentando una nueva interpretación del mundo ("Yo miro a Buenos Aires desde el nido de un gorrión").

2) En abierto contraste, "Adiós Nonino" (también de 1969), que expresa 'sin palabras' la experiencia límite, negativa y dramática de la muerte. La música nos va conduciendo del dolor a la resignación, y de ésta, progresivamente, a la esperanza. La ocasión inspiradora para esta 'pieza maestra' fue dada por la inesperada partida del padre de Ástor, Vicente "Nonino".

3) Por último, "La bicicleta blanca" (1971) constituye una casi explícita cristología salvífica inculturada en Buenos Aires, convertida gracias a "ese eterno ciclista solo, tan solo, que repecha las calles por la noche", en una especie de Ciudad Santa o Jerusalén celestial. Constituye, de este modo, una espléndida plasmación icónica de la experiencia de redención y trascendencia.

Mi propuesta es que primero escuchemos muy detenidamente cada uno de los tres temas, varias veces, y sólo después accedamos al comentario que ofrezco en las páginas indicadas. Que además subordinemos el "decir" de las letras al "decir" de la música: para que esta expresiva 'trilogía' de canciones no sólo nos de "qué pensar", sino también y sobre todo "nos deje pensando". Y así intentemos percibir el mensaje de trascendencia que emerge desde lo profundo de estas expresiones artístico-culturales,

particularmente para los que vamos promediando nuestra existencia adulta en la gran ciudad...

2.1. (IV C) "El Aleph" de Jorge Luis Borges (CUENTO LITERARIO)

Para concluir nuestro itinerario por la etapa vital que denominé "adulter", vamos a intentar un nuevo diálogo con la literatura, deteniéndonos sucintamente en la más conocida obra literaria de Jorge Luis Borges: *El Aleph*. Es cierto que se trata de un estilo artístico-cultural más complejo que el de obras anteriormente recorridas, pero tal vez por esto mismo, nos interpela más radicalmente. Podemos seguir un breve comentario de este ensayo-ficción literaria en *TCE II*, 167-171.

El Aleph trasluce a las claras el pensamiento metafísico de su erudito creador, identificado en cierto modo con el agnóstico laberinto del Minotauro, del que sólo la muerte podría liberarnos. Una suerte de asfixia existencial asociada a un idealismo nominalista a ultranza, donde no hay verdadero espacio para la libertad, y donde el yo se diluye y confunde en una infinidad de personas posibles, en circunstancias coincidentes o históricamente yuxtapuestas, determinadas por dioses ajenos a este mundo.

La experiencia de la inmanencia a pleno cierra toda posibilidad de salida en un escéptico "no ser sino" de las realidades, personas y cosas, donde el propio imaginario acaba siendo idolatrado, donde sólo lo pensable es realmente posible y existente. Éste es uno de los riesgos más radicales al promediar la vida: el de caer en una postura existencial autosuficiente y autorreferencial, incapaz de trascender el yo de los propios intereses.

Sin embargo, en la obra de Borges existe la búsqueda denodada de un Aleph, en donde todas las cosas coincidan simultáneamente y se comprendan repentinamente, como consecuencia de una asombrosa iluminación. Una especie de punto de fuga o icono radical, que apacigüe la inquietud por el conocer e interpretar el sentido de los acontecimientos aparentemente azarosos y contradictorios. En esta perspectiva, hasta podría hablarse de una búsqueda de "totalidad en el fragmento".

Pero para esto habría que convocar al diálogo a H. U. von Balthasar, el teólogo suizo que "vivió" en la patria donde Borges "naufrió": la que despliega una historia de belleza, bondad y verdad, descubriendo que las realidades "no son sólo" circunstancias, sino más bien eslabones providenciales e irrepetibles de una "espléndida teodramática teológica" en la que puede leerse la acción teo-soteriológica de Dios.

2.1. (V A) Hacia la madurez... Atahualpa Yupanqui, sabio caminante y místico trovador (FOLKLORE)

Después de haber transitado por la juventud, prevalentemente de la mano del Rock Nacional, y la adultez, prevalentemente de la mano del Tango, nos adentraremos en la etapa vital de la madurez: prevalentemente de la mano del Folklore. Comenzaremos por Atahualpa Yupanqui, quien posiblemente se haya convertido en el referente más significativo de este género musical en el siglo XX.

La vida es un largo camino que progresivamente va adquiriendo su interpretación, su canto. Sobre todo si no se pierden las raíces ni se desiste en el afán de "dejar huella", si se conserva una referencia fontal a "lo sagrado" y decisivo. En el canto poético

de Atahualpa, el camino se convierte en una metáfora de la dura existencia del paisanaje, y el cantar, en el modo privilegiado de alumbrar camino. La nostalgia evoca con profundidad la tierra, las raíces y lo cotidiano, y es la contra parte de esa búsqueda de fecundidad, trascendencia y eternidad asociada a lo sagrado que el caminante busca a lo largo de su existencia.

Dice F. Boasso que "no llegaríamos a comprender la hondura única de este trovador -pocos lo comprendieron- si no captáramos el sentido final de la búsqueda de este caminante, la vocación a la trascendencia, algo sagrado, al que alude con llamativa frecuencia mediante un vocabulario que sugiere lo ilímite, lo infinito, el misterio". Podemos seguir el comentario concatenado a una selección de sus canciones, cuyas letras transcribo, en *TCE II*, 174-193. Las canciones pueden ser fácilmente halladas en *YouTube*.

2.1. (V B) Mercedes Sosa: el cantar poético, dolido y apasionado de América Latina

La madurez se asocia con la sabiduría, y es propio de ésta recoger y ordenar las vivencias y experiencias del itinerario vital, intentando desentrañar sentido profundo y trascendente. El sabio no recapitula todo, sino sólo aquello que a su modo de ver ha resultado más significativo y elocuente: es lo que hace Mercedes Sosa en *Cantora* (2 CD's), donde en cierto modo recoge y nos propone su legado artístico.

La acompañan canciones y cantores de todo iberoamérica, lo que convierte a su obra en algo sumamente interesante para intentar hacer teología contextualizada. Efectivamente, el canto de

Mercedes Sosa nos permite recorrer y adentrarnos en el ethos latinoamericano, pero en cierto modo, también ibérico.

1) Refleja la honda nostalgia por un adiós no asumido en "Aquellas pequeñas cosas" (J. M. Serrat), "Zamba de los adioses" (A. Tejeda Juárez), "Nada" (H. Sanguinetti), "Canción de las cantinas" (M. Castilla) y "Zamba para olvidarte" (J. Fontana).

2) Denuncia una América Latina manoseada en la dignidad de sus pobres en temas como "Sabiéndose de los descalzos" (J. Venegas), "Donde termina el asfalto" (P. Dumit - C. Sosa), "Canción para un niño" (A. Tejeda Gómez), "Novicia" (V. Heredia) y "Esa musiquita" (T. Parodi).

3) Manifiesta el compromiso profético del/a cantor/a con su pueblo: "Pájaro de rodillas" (A. Zitarrosa), "Barro tal vez" (L. Spinetta), "Parao" (R. Blades), "El ángel de la bicicleta" (L. Gieco), "Violetas para Violeta" (J. Sabina).

4) Expresa el amor y la poesía como experiencias que renuevan la vida: "Zamba del cielo" (F. Páez), "Himno de mi corazón" (M. Abuelo), "La luna llena" (N. Araya), "Agua, fuego, tierra y viento" (P. Martínez), "Razón de vivir" (V. Heredia).

5) Revela la seducción y ambigüedades de una libertad incierta: "Sea" (J. Drexler), "Zona de promesas" (G. Cerati), "Misionera" (M. Ferreira), "Deja la vida volar" (V. Jara), "Jamás te olvidaré" (M. Morelo), "Desarme y sangre" (Ch. García), "Y así y así" (L. Pereyra) e "Insensatez" (V. de Moraes).

6) Por último, evoca la esperanza que resurge de entre las cenizas del deseo: "Coração vagabundo" (C. Veloso), "Romance de la luna tucumana" (A. Yupanqui), "La maza" (S. Rodríguez), "Celador de sueños" (R. Orozco), "Cántame" (F. de Vita), "O que

será" (C. Buarque), y para concluir, "Himno nacional" (V. López y Planes - B. Parera).

Como podemos observar, *Cantora* también recoge temas de autores a los que ya nos habíamos acercado (J. M. Serrat, Ch. García, A. Yupanqui), como así también géneros musicales anteriormente abordados, que van más allá del Folklore. Por lo variado y representativo de las canciones, como así también por la autoridad artística de quien las selecciona en el otoño de su propia vida, la sistematización que propongo y desarrollo (ver *TCE II*, 194-215) nos permitirá asomarnos y abordar de un modo maduro y profundo el imaginario iberoamericano, y reflexionar sistemáticamente y en perspectiva antropológico-teológica en diálogo con él. Como mi comentario es breve, y por lo general transcribo los textos de las canciones, resultará fácil seguir las a partir de los CD's originales, y en algunos casos, desde *YouTube*.

2.1. (V C) Expresiones maduras de arte inculturado: L. Landriscina - M. Menapace (CUENTOS) - A. Ramírez (FOLKLORE RELIGIOSO) - "Los Peques" (ANIMACIÓN 3D)

Después de haber recorrido las diferentes etapas del itinerario vital, y habernos detenido en lo que he denominado "madurez" (en torno a A. Yupanqui y M. Sosa), vamos a disfrutar de algunas expresiones de arte cristiano inculturado. Si hasta ahora intentábamos rastrear valores teológicos implícitos en expresiones artístico-culturales de prestigiosa trayectoria, ahora nos detendremos en algunas manifestaciones en las cuales esos valores cristianos están explícitamente presentes. No es que no pudieran estarlo ocasionalmente en expresiones anteriores (ej., "La

bicicleta blanca" de A. Piazzolla, "El promesante" de A. Yupanqui), pero ahora aparecerán manifiestamente, y de modo inculturado, en el conjunto de las obras.

Entre las posibles opciones, de momento propongo tres (*TCE* II, 217-227): en el *Epílogo* de esta Trilogía ofreceré alguna expresión más.

1) Los cuentos de Luis Landriscina y Mamerto Menapace. Comento *Los valores con humor*, pero podría accederse a un amplio abanico de alternativas en *YouTube* (para el verdadero artista, no para el mercader, nada mejor que su arte se torne "copla" y adquiera impronta y arraigo popular...). El humor de Landriscina evoca el sentido trascendente de los hechos más simples, presentes en diferentes escenarios y situaciones de nuestra cultura argentina tradicional. Valiéndose de una aguda observación de la idiosincrasia del hombre o mujer del interior, intenta poner de manifiesto los rasgos que finalmente ensalzan su genuina nobleza. Más explícitamente, Menapace se ha valido de este mismo género narrativo para llegar a más de una generación de jóvenes de un modo sencillo y ameno.

2) *La Misa Criolla* (A. Ramírez) y *La Misa Tango* (J. C. Barbará). En ambos casos se recurre a una diversificada gama de posibilidades musicales, orquestales y líricas, que logran convocar los más variados sentimientos, regiones y estilos, para celebrar con devoción y belleza los textos litúrgicos. De A. Ramírez también puede disfrutarse Navidad en familia.

3) *Los Peques* (Ch. Olmos). Como al Principito de Saint-Exupéry, también a los tiernos e ingenuos Peques hay que "descubrirlos". Se trata de unos misteriosos gnomos patagónicos,

mezcla de comunidad mapuche y criolla, que llevan una vida sencilla y disfrutan de cada momento tal cual se les presenta, cuidando la naturaleza y transmitiendo valores profundamente humanos.

2.1. (VI A) Música popular, imaginario colectivo y espiritualidad pastoral: celebrando el Bicentenario Patrio

En fichas anteriores nos hemos detenido en una variada gama de expresiones artístico-culturales representativas tanto de diferentes regiones de Argentina y el mundo, como de variadas franjas etarias con los que las mismas tienden a identificarse. En todos los casos hemos intentado adentrarnos en el imaginario simbólico subyacente, para sugerir una transformación progresiva y teologal del mismo, que contribuyera al desarrollo psico-espiritual de las personas.

Ahora vamos a intentar una mirada retrospectiva sobre el itinerario realizado en prácticamente todo el libro. Lo haremos con talante diagnóstico-hermenéutico-crítico-propositivo, para capitalizar al máximo la experiencia realizada. Es por esto mismo que recomiendo vivamente no omitir el trabajo de esta ficha. Pueden seguir mi comentario en *TCE II*, 229-238.

Como no podemos detenernos en todas las expresiones, tomaremos tres que parecen representativas del trayecto realizado, en orden inverso al que fueron presentados en capítulos (o fichas) anteriores: Atahualpa Yupanqui, Enrique Santos Discépolo y Charly García. La idea es recapitularlas en orden a una madurez humano-teologal, en el horizonte celebrativo del Bicentenario Patrio (2010-

2016). Intentaremos una breve síntesis de cada una de las obras, destacando los ejes vertebradores de las mismas. Luego pasaremos a una apreciación hermética, estableceremos los comunes denominadores y sugeriremos elementos propositivos.

2.1. (VI B) Iniciación cristiana y transformación del imaginario simbólico en el contexto celebrativo del Bicentenario

Llegando al final de este libro IIIº de la Trilogía, propongo recapitular pastoralmente sus contenidos en referencia a la iniciación cristiana. Efectivamente, además de actualizar eficazmente la gracia, los sacramentos conllevan un imaginario implícito con capacidad simbólico-existencial de movilización afectiva.

En esta ficha, intentaremos vincular esta capacidad de movilización con algunos rasgos predominantes del ethos argentino. Podría decir que es la propuesta más explícita de inculturación pastoral en el desafío de transformar el imaginario psico-espiritual.

Por último, concluiremos recapitulando lo dicho a lo largo de todo el libro sobre el pasaje del "ídolo" al "icono", y traduciendo esto en consecuencias ético-prácticas a partir de una poesía... Pueden seguir mi reflexión en *TCE II*, 238-247.

2.1. El imaginario de los cristianos en el contexto argentino (RECAPITULACIÓN)

Lo que aquí les propongo es un tercer TP, con tónica recapituladora no solamente de este libro IIIº de la Trilogía, sino de todo el trayecto recorrido hasta el momento. Se trata de que cada

uno elija una expresión artístico-cultural que sea de verdadero interés para ustedes, y relevancia en el contexto socio-cultural-pastoral en el que se mueven, para trabajarla tal como lo hemos venido haciendo hasta el momento con los ejemplos incorporados a *El imaginario de los cristianos en contexto argentino*.

El desafío será ir captando, a través del método estético-místico-pastoral, las cuestiones fenomenológico-hermenéutico-pastorales inherentes al contexto (La fe de los cristianos ante el actual pluralismo cultural, Libro IIº) en el que la elegida expresión artístico-cultural vive y emerge (Libro IIIº). Pero también iremos reexpresando la fe que fuimos sistematizando a partir de una inicial aproximación histórica en Historia y perspectivas de las ideas teológicas (Libro Iº).

2.2. LA PASTORAL DE LA IGLESIA EN EL ACTUAL CONTEXTO ARGENTINO (Celebrando el Bicentenario 2010-2016)

El itinerario de esta "teología del cambio de época" nos conduce a planteos decididamente mistagógico-pastorales, en momentos en que "nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado", lo cual afecta incluso "a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la experiencia religiosa" (*Documento de Aparecida*, 39).

Comenzaremos con *La pastoral de la Iglesia en el actual contexto argentino. Celebrando el Bicentenario 2010-2016*. Para

irnos ambientando, y como lo hicimos en anteriores oportunidades con los libros previos, nos tomaremos un tiempo para leer la "introducción" (TCE II, 249-256) y el "índice" (TCE II, 4-5), en el marco de la "sinopsis de la Trilogía" (TCE II, 16-19), lo cual nos dará una idea y panorama de conjuntos.

La intención será dar un giro pragmático a la reflexión prevalentemente teórico-especulativa llevada a cabo hasta el momento. Por sus características, el recorrido que ahora iniciamos resultará de interés solamente a quienes hayan hecho la experiencia teologal de encuentro con Jesucristo, a saber, lo/as "discípulo/as misionero/as". Mientras que los libros Iº, IIº y IIIº tenían un carácter más abierto e inclusivo, el IVº y Vº están destinados a cristiano/as, de preferencia católico/as pero no sólo. Les deseo un muy buen recorrido mistagógico-pastoral.

2.2. (I A) Breve historia de la evangelización

Comenzamos nuestra incursión por la vida pastoral de la Iglesia a partir de una breve aproximación histórica. A diferencia del desarrollo más pormenorizado realizado en el Libro Iº (*Historia y perspectivas de las ideas teológicas*), aquí nos abocaremos a observaciones de carácter práctico respecto al modo, prioridades y acentos pastorales-misionológicos de cada época.

El recorrido viene precedido, como todos los inicios de capítulos en este libro, por un icono bíblico de referencia: en este caso, el relato de Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-30), donde se nos muestra un esbozo programático de la misión que Él llevará a cabo, como así también, de las actitudes que la misma

suscitará en muchos miembros del pueblo de la Primera Alianza (TCE II, 257-260).

El percurso histórico (TCE II, 261-286) nos llevará desde los primeros siglos bajo las persecuciones, pasando por la cristiandad medieval y la modernidad, hasta la pastoral del siglo XX y los albores del tercer milenio en América Latina y Argentina. Muchos de estos aspectos fueron ahondados en Historia y perspectivas, o serán retomados con mayor profundidad a lo largo del presente libro. De momento, la intención es registrar un panorama de conjunto. Por sus características, y para quienes estén haciendo este recorrido acompañados o en grupos, esta ficha se presta de un modo privilegiado para el debate y la discusión de diferentes puntos de vista.

2.2. (I B) ¿Qué es la teología pastoral?

Después de haber recorrido brevemente la historia pastoral de la Iglesia, intentaremos sistematizar un concepto, contenidos y método. Continuaremos con la lectura de *La pastoral de la Iglesia en el actual contexto argentino* en TCE II, 286-307.

1) Pablo VI decía en el documento *Evangelii nuntiandi*, considerado como el mejor documento pastoral de la Iglesia de todos los tiempos (C. Galli), que "evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda". La teología pastoral nos invita a reflexionar sobre este proceso evangelizador. Supone una Iglesia en diálogo con el mundo, abierta a sus "gozos y esperanzas, tristezas y angustias", y una presencia uni-trina de Dios que inhabita también a este último.

2) Sondaremos en el magisterio teológico-pastoral de Juan Pablo II, y en cierto modo también en Benedicto XVI (que necesariamente estará incompleto), los grandes ejes e inquietudes de la vida pastoral de la Iglesia, ya que en los contenidos existe un concepto y método implícitos relativos a la teología pastoral. Del misterio cristológico-trinitario pasaremos al "hombre concreto, histórico y real"; percibiremos una eclesiología viva y el desafío de su progresiva inculturación en diferentes contextos; preocupaciones transversales que tendrán que ver con la cuestión social, la verdad y la vida; como así también el inevitable horizonte y legado jubilar del año 2000.

3) Por último, nos adentraremos en el método de la teología pastoral, profundizando el clásico ver-juzgar-actuar de la mano de M. Midali, quien formula un diseño más analítico en tres fases y diez momentos.

La temática es prevalentemente teórica, y posiblemente no tan amena como las ulteriores aplicaciones y ejemplos pastorales que abordaremos en futuras fichas. Sin embargo, se trata de un paso necesario.

2.2. (II A) Los protagonistas de la vida pastoral

"La alegría que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo, a quien reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor, deseamos que llegue a todos los hombres y mujeres heridos por las adversidades [...], a todos cuantos yacen al borde del camino, pidiendo limosna y compasión (cf. *Lc* 10,29-37; 18,25-43)" (*Documento de Aparecida*, 29). En esta ficha nos detendremos en la percepción y dinamismo del discipulado misionero hoy.

Comenzaremos por el icono bíblico de "los doce y algunas mujeres" que seguían a Jesús y compartían con él vida y misión (Lc 8,1-2).

Lo contextualizaremos en la vida de las Iglesias particulares, ya que es en referencia y participación de las mismas que se despliega el discipulado misionero de cada bautizado/a. Nos detendremos en la originalidad vocacional y carismática en general de los variados itinerarios creyente-evangelizadores, desplegados a partir de un llamado fundamental a la autotranscendencia teocéntrica, tanto en varones como en mujeres.

Consideraremos, por último, el desafío de continua inculturación que se nos presenta a los discípulos misioneros, sobre todo ante las vicisitudes etario-biográficas de cada uno/a, pero también de cara al movilizador cambio de época. Seguiremos la reflexión básica para una posterior reflexión y diálogo del libro *La pastoral de la Iglesia en el actual contexto argentino*, en TCE II, 309-331.

2.2. (II B) Laicos en el mundo, pastores-sacerdotes-maestros

Después de haber reflexionado sobre la vocación de los discípulos misioneros en general, nos detendremos ahora en los modos concretos de existencia vocacional. Para ello seguiremos TCE II, 331-341. Abordaremos los desafíos que se le presentan a laicos y sacerdotes, dejando para la próxima ficha la temática de la vida consagrada, que por una cuestión carismática abordaré con mayor detenimiento.

1) ¿Qué es un laico? ¿Cómo vivieron los laicos su vocación y misión eclesial a lo largo de los siglos? ¿Hubo verdaderamente "dos

clases de cristianos"? ¿En qué sentido el Concilio Vaticano II promueve y consolida la identidad específica de los laicos, al afirmar que "el carácter secular es propio y peculiar de los laicos" (LG 31)? ¿Cuáles son los desafíos peculiares y prioritarios que se les presentan hoy, ante el cambio de época? ¿En qué sentido existen todavía asignaturas pendientes? Y en particular, ¿por qué muchos matrimonios no prosperan y se generalizan las uniones de hecho?

2) ¿Qué es un sacerdote-pastor-maestro? ¿Cómo se fue viviendo el ministerio jerárquico, y como evolucionó el mismo, a lo largo de la historia de la Iglesia? ¿Cómo se lo interpretó en referencia a Cristo y a la vida del Pueblo de Dios? ¿Qué desafíos concretos se le presentan hoy a obispos, presbíteros o diáconos? ¿Por qué muchos sacerdotes dejan su ministerio? ¿En qué sentido están llamados a promover un servicio de comunión, a partir del anuncio de la Palabra y la celebración litúrgica de los sacramentos? ¿En qué sentido están realmente en condiciones de hacerlo, haciéndose "todo a todos"?

Más que ofrecer un abanico de respuestas, la presente ficha nos invita a reflexionar juntos. Tal vez sea una buena ocasión para retomar el diálogo con lo/as compañero/as de camino con que hemos comenzado el itinerario teológico de esta Trilogía...

2.2. (II C) La vida consagrada y el intercambio de dones

En el marco de los modos concretos de existencia vocacional de lo/as protagonistas de la vida pastoral de la Iglesia, y después de haber meditado en la ficha anterior sobre la identidad y misión de los laicos y la jerarquía del Pueblo de Dios, nos detendremos ahora

en la vida consagrada y el intercambio de dones. En términos generales, seguiremos *TCE II*, 341-346. Pero para quienes estén interesado/as en acceder a un planteo sistemático más extenso, invito a darle una mirada al *Apéndice* de este mismo libro, que pueden encontrar en *TCE II*, 472-573, y que lleva por título "La vida consagrada ante el cambio de época".

En esa reflexión recapitulo propositivamente muchos de los aspectos históricos, contextuales, artísticos, espirituales y pastorales que hemos y estamos desarrollando a lo largo de este curso virtual, como así también una decisiva acentuación teologal para el mismo desarrollo eclesiológico.

Efectivamente, en este *Apéndice* se incluyen los siguientes títulos: 1) el cambio de época y la vida consagrada, 2) humanamente significativa y pastoralmente elocuente, 3) ¿Por qué muchos institutos no acaban de renovarse?, 4) Transformar el imaginario simbólico en la vida consagrada, 5) ¿Cómo transformar en concreto nuestro imaginario simbólico?, 6) la transformación del imaginario simbólico en ámbitos concretos de la vida consagrada, 7) hacia una vida consagrada decididamente icónica.

Estos títulos remiten a una seguidilla de artículos publicados en la revista *Vida religiosa* (Madrid) a lo largo de 2012, que aquí ajusto y enhebro. A su vez, presuponen dos ediciones de un libro de mi autoría que lleva un título homónimo al del *Apéndice*, y a cuyo PDF puede accederse desde el *link* "Otros LIBROS y ARTÍCULOS", www.teologiayculturadesdeargentina.blogspot.com. En el mismo, busqué plasmar propositivamente las principales intuiciones de mi tesis doctoral, que giró en torno a la inculturación de la vida religiosa en América Latina (1998).

Por lo dicho, considero esta ficha como recapituladora de un modo concreto de percibir, comprender y proponer la vida pastoral de la Iglesia en el actual contexto epocal.

2.2. (III A) La dimensión profética de la evangelización

Después de habernos detenido en los diferentes actores de la vida pastoral de la Iglesia, nos abocaremos a sus tres dimensiones: profética, sacerdotal y real. El icono bíblico que introduce esta meditación es el pasaje de *Lc 6,18-19*, donde se afirma en referencia a Jesús que "habían venido para oírle y ser curados".

Comenzamos por la dimensión profética de la evangelización, que se completará en la próxima ficha con una meditación sobre la transmisión de la fe hoy. Aquí se incluirá el presupuesto antropológico de que el hombre está llamado a convertirse en "oyente de la Palabra" (K. Rahner), a partir del anuncio o *kerygma* de salvación.

Este anuncio fundamental de que Cristo está vivo y salva remite a unos contenidos de fe que deben ser significativa y sistemáticamente reflexionados e internalizados mediante una adecuada catequesis; que la vivencia del mismo anuncio se ahonda por medio de la lectio divina o la lectura orante de la Biblia; que tiene para los católicos como referencia doctrinal ineludible al magisterio eclesial, y que debe ser comprendido en sus nexos internos y puesto en diálogo con los variados desafíos contextuales y epocales, ecuménicos e interreligiosos, por medio de la teología.

Seguiremos la reflexión que les propongo de *La pastoral de la Iglesia en el actual contexto argentino*, en *TCE II*, 347-369. Sería interesante en esta ficha conversar con lo/a/s compañero/a/s de

camino acerca de las diferentes experiencias que tenemos sobre vida y misión en referencia a la dimensión profética de nuestro quehacer pastoral.

2.2. (III B) La transmisión de la fe ante el cambio de época

Parece evidente que hoy las tradiciones culturales y religiosas encuentran graves dificultades al momento de ser transmitidas a las nuevas generaciones. Y la fe cristiana no sería una excepción. Los argumentos de autoridad ya no movilizan, y por eso el lenguaje doctrinal se encuentra fuertemente amenazado. Esto significa que, por más correcta que sea la enseñanza, si la misma no significa vitalmente nada en la vida de los destinatarios (v.g., catequizandos), no la internalizarán. Hoy, para que algo verdaderamente se acepte, incorpore y transmita, debe necesariamente "afectar" el corazón y vincularse con la experiencia de las personas.

Esto requerirá en lo/as "discípulos misionero/as" métodos, estilos y contenidos adecuados, que ayuden a reconocer el sentido teológico profundo de lo que acontece en la vida de la gente, de tal modo que contribuyan a la transfiguración del imaginario personal de cada uno/a.

Al respecto, el arte constituye una mediación privilegiada, sobre todo cuando una obra moviliza el imaginario colectivo en un determinado contexto socio-cultural, o cuando evoca nuestras experiencias más profundas. Pero también son fecundas las variadas circunstancias y vicisitudes de la vida, que de por sí encierran un mensaje teológico implícito, que no siempre advertimos en una primera instancia.

Hoy la comunicación de la fe pasa, en gran medida, por la explicitación creativa de esos contenidos teologales implícitos en la vida de las personas, evocados oportunamente y reinterpretados progresivamente, desde la "afectación" profunda, por la mediación artística. Podemos profundizar y desmenuzar estas reflexiones en *TCE II*, 369-375.

2.2. (III C) La dimensión celebrativo-sacerdotal de la evangelización

Nuestro viaje virtual está deviniendo, cada vez más explícitamente, una "peregrinación". Caminamos hacia el misterio del Dios uni-trino, manifestado en Jesucristo e internalizado, en la vida del discípulo misionero y de la Iglesia, por el Espíritu Santo que obra en las personas y el mundo.

De ahí que ahora corresponda profundizar en la dimensión sacerdotal de la vida pastoral, que se centra en el ámbito orante, litúrgico y celebrativo. Lo recorreremos, en primer lugar, a partir de una consideración sistemática de los sacramentos de la Iglesia, que constituyen su principal referencia: Eucaristía, Bautismo y Confirmación (=sacramentos de iniciación), Reconciliación y Unción (=sacramentos de sanación), Matrimonio y Orden (=sacramentos de generación). Luego diremos algo acerca de la oración y la religiosidad popular.

Unidos a la Iglesia Esposa de Cristo, con una fundamental impostación catequético-mistagógica, y en consideración de los desafíos pastorales que se presentan en el contexto del cambio de época, nos asociaremos a Jesucristo, único y definitivo mediador

entre Dios y los hombres, en su obra filial de dar culto a Dios y ofrecer salvación a la humanidad en un mismo Espíritu.

Seguiremos el comentario que animará nuestra reflexión, oración e intercambio en *TCE II*, 375-369.

2.2. (III D) Los santuarios y la celebración inculturada de la vida teologal

Con la creciente urbanización y globalización cultural, la emergencia de "tiempos líquidos" (Z. Bauman) y la nueva sed de espiritualidad, los santuarios se convierten en espacios privilegiados para la celebración de la vida teologal. Allí convergen imaginarios antiguos y nuevos, la experiencia mística y el anhelo por lo sagrado, un insoslayable sentido de pertenencia y el deseo de una plenitud que parecería anticiparse. Para el cristiano, el santuario es un inefable adviento escatológico: la morada de Dios con los hombres en la ciudad de los hombres.

Siguiendo el texto del *Documento de Aparecida*, 259-260, en el santuario "el peregrino vive la experiencia de un misterio que lo supera" (FE); su mirada "se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios" (ESPERANZA), "la llegada es como un encuentro de amor" (CARIDAD). Los santuarios se convierten para cada uno/s de nosotros/as, peregrino/as en la fe, en escuela de vida y oración, en espacios de humanización y encuentro, de silencio y escucha, de celebración y contemplación, de gratitud y gratuidad.

Colaboro pastoralmente como sacerdote en un Santuario mariano: la Basílica Nacional Nuestra Señora de Luján (Argentina). Cada fin de semana pasan por allí miles de personas de

variadísimas procedencias e incluso nacionalidades. Cientos de ellas para bautizar a sus hijos y reconciliarse con Dios. Muchas más para participar de la eucaristía y recibir una bendición. La gran mayoría, para tener un espacio a solas con la Virgen, en el que contemplar su imagen, dialogar con ella, pedir por alguna necesidad o dar gracias por los favores recibidos.

Invito a que nos adentremos más profundamente en estas reflexiones siguiendo el texto de *TCE II*, 396-407. El mismo ha sido ESPECIAL Y PARTICULARMENTE pulido, en vista a percibir la vasta gama de posibilidades celebrativas y pastorales que hoy un santuario nos ofrece. La meditación se retomará y ampliará en el *Epílogo* de esta Trilogía.

2.2. (III E) La dimensión real de la vida pastoral

Después de haber incursionado en las dimensiones profética y sacerdotal de la vida pastoral de la Iglesia, corresponde ahora detenernos en el *munus regendi* o ministerio real. Es el que hace al servicio concreto del pueblo de Dios a la sociedad humana, para que el Reino de Dios se haga presente ya desde ahora en nuestro mundo, llegando progresivamente Cristo a ser "todo en todos", "Rey y Señor del universo" (*CIC 786*).

La dimensión real de la Iglesia es participación de la realeza de Cristo, quien vino a nosotros para servir y no para ser servido. Se expresa en el estilo de conducción pastoral "hacia adentro" de la misma comunidad cristiana, lo cual involucra principalmente al ministerio jerárquico de la Iglesia; en el desafío de conducir sabiamente la propia vida, lo cual implica una búsqueda de santidad por parte de todo/a bautizado/a, pero de un modo especial

en las personas consagradas; y por último, en la transformación de las estructuras y vida social, tarea peculiarmente propia de los laicos y laicas.

El tema da para conversar bastante... Seguiremos como texto base de referencia *TCE II*, 407-418. En cada caso, la reflexión comienza por observaciones de carácter prevalentemente histórico-universal y tiende a resolverse prácticamente en cuestiones de actualidad-local. De este modo, se prepara la cuarta y última parte de este ensayo teológico-pastoral ("Los actuales desafíos pastorales").

2.2. (IV A) Iniciativas pastorales relacionadas con el cambio de época

A partir de esta ficha comenzamos a sistematizar los aspectos propositivos de la vida pastoral. El icono bíblico que nos guiará es el del buen samaritano (*Lc 10,29*), ya que "la Iglesia no puede permanecer insensible a todo lo que sirve al verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que lo amenaza" (*Redentor del Hombre*, 13-14). El primer eje que analizaremos, guiándonos al respecto por los cinco desafíos del documento de los obispos argentinos *Navega mar adentro* (2003), es el de la crisis de civilización, coincidente con lo que en esta Trilogía denominé "cambio de época".

Al respecto, tres pastorales parecerían prioritarias: 1) la pastoral juvenil, ya que es sobre todo en esta etapa de la vida donde más se expresan y configuran las nuevas idiosincrasias; 2) la pastoral educativa, que es el ámbito privilegiado para madurar modos de pensar, situarse y autodeterminarse en el mundo de hoy;

y 3) la pastoral de las comunicaciones, ya que vivimos en un mundo mediatizado, y fuertemente incidido por las nuevas tecnologías comunicacionales. En conjunto, estas tres prioridades pastorales responden de modo preferencial a los desafíos del cambio de época. Seguiremos TCE II, 419-433.

2.2. (IV B) Iniciativas pastorales relacionadas con la pobreza y exclusión social

Continuamos desplegando algunas propuestas pastorales relacionadas con el cambio de época. En este caso, más específicamente vinculadas a la pobreza y exclusión social (ver TCE II, 440-455). Decía Benedicto XVI que "la globalización, a priori, no es ni buena ni mala. Será lo que la gente haga de ella", y que por esto mismo "es necesario corregir las disfunciones" (*Caritas in veritate*, 42).

En esta ficha nos concentraremos rápidamente en algunas pastorales clásicas, que tienen que ver con la promoción humana: pastoral sanitaria y penitenciaria, de los inmigrantes y aborígenes. Pero también abordaremos lo que denominamos pastoral social "en general", y específicamente la pastoral de empresarios. Efectivamente, sin excluir las grandes corporaciones, son principalmente las pequeñas y medianas empresas las que generan mayor cantidad de fuentes de trabajo genuino en la vida de una nación, cuestión clave para el verdadero desarrollo.

En el camino, podríamos preguntarnos: ¿cuáles son las situaciones de pobreza más significativas y lacerantes que encuentro a mi alrededor? En efecto, al hablar de los jóvenes había hecho referencia a la problemática de las drogas y el alcohol.

Podríamos pensar también en los "sin techo", en personas que viven en condiciones de hacinamiento, de soledad o refugiados; en quienes son víctimas de guerras o tratas, etc. Podríamos también preguntarnos al respecto: ¿puedo (podemos) hacer algo en favor de esta/s persona/s o grupo/s humano/s vulnerable/s?

2.2. (IV C) La acogida cordial como servicio pastoral

En esta última ficha, meditaremos en una actitud decisiva y recapituladora del proceso evangelizador: la acogida cordial como expresión de caridad pastoral. Lo haremos a partir del icono bíblico de Betania, precedido del episodio de la revivificación de Lázaro (*Jn 11-12*). La misma Lectio pastoral nos irá guiando, y estará jalonada por preguntas que apuntan a la internalización del relato.

El aspecto simbólico será particularmente puesto de relieve: la comida, la mujer, el perfume. Otros cuadros bíblicos intervendrán oportunamente en la meditación contemplativa: los del joven rico, el buen samaritano y el padre misericordioso. De este modo, iremos anticipando y perfilando el próximo, 5º y último libro de esta "Trilogía pentalógica", que estará dedicado a una *Lectio* pastoral del año litúrgico, y que propiciará la transfiguración de la propia existencia.

Invito a seguir este camino mistagógico precursor en *TCE II*, 460-466.

2.2. La pastoral de la Iglesia en el actual contexto argentino (RECAPITULACIÓN)

Con esta ficha concluimos el recorrido por el libro IVº de la Trilogía "TEOLOGÍA DEL CAMBIO DE ÉPOCA". Como en anteriores ocasiones, también al finalizar este nuevo tramo de

nuestro itinerario virtual, devenido "peregrinación creyente", vamos a intentar un camino recapitulador.

Recomiendo volver sobre las "notas de viaje": apuntes, observaciones, fichas, pasajes, reflexiones, etc., que les hayan resultado más significativas por algún determinado motivo. Sugiero vivamente la lectura del *Apéndice* del libro, que lleva por título "El cambio de época y la vida consagrada": la razón es que si reemplazamos "vida consagrada" por "comunidad", "diócesis", "Iglesia", etc., podemos encontrar muchas intuiciones útiles al momento de pensar los desafíos, teología, criterios y propuestas para la vida pastoral ante el cambio de época. Y esto mismo nos introduciría en el próximo, quinto y último libro de nuestro viaje, que tendrá por objetivo la internalización creyente-teologal de la vida nueva en lo/as "discípulo/as misionero/as".

Como en anteriores ocasiones, también aquí sugiero realizar un pequeño trabajo práctico, de no más de 1 pág. A4 de extensión, *Times new roman 12*, Se trataría de analizar, de preferencia en diálogo con los demás compañero/as de camino, alguna experiencia pastoral, conocida por propia vivencia y contacto directo, según el método pastoral presentado y ejercitado a lo largo de este libro, que a modo de ver del/a/s interesado/a/s constituya una iniciativa significativa y relevante para orientar la vida pastoral de la Iglesia en nuestro actual contexto epocal.

De este modo, el presente TP 4 constituiría una respuesta al desafío socio-cultural abordado en el TP 2, que presupondría el imaginario simbólico de la expresión artístico-cultural trabajada en el TP 3, y permitiría presentar como Buena Noticia el artículo de fe desarrollado en el TP 1. Como ven, de a poco vamos armando nuestra pequeña reflexión sistemática...

3. Volumen III: LECTIO PASTORAL Y EPÍLOGO

3.1. LECTIO PASTORAL Y SABIDURÍA CREYENTE. La Palabra celebrada e interiorizada en el año litúrgico

Ingresamos en el quinto y último libro de esta "Trilogía pentalógica" concerniente a una "TEOLOGÍA DEL CAMBIO DE ÉPOCA". Nuestro itinerario teológico, devenido peregrinación creyente, llega a su climax por medio de la Palabra de Dios saboreada, internalizada y vivida a lo largo del año litúrgico.

De este modo, quienes hemos buscado entrar en diálogo desde la fe con diferentes vertientes y percepciones del fenómeno cultural (*Mística de la Encarnación*, Libros I-II), particularmente con significativas expresiones artísticas de nuestro medio, capaces de mediar un progresivo itinerario y desarrollo psico-espiritual (*Transformación pascual*, Libro III), enmarcado éste en el contexto socio-histórico-teológico de la pastoral de la Iglesia (*Pastoral cotidiana*, Libro IV), podemos ahora unificarnos desde dentro, a partir de la celebración gustada de la Palabra, recorriendo el Año Litúrgico: en Adviento y Navidad (Libro I-II), Cuaresma y Pascua (Libro III) y durante el tiempo ordinario (Libro IV).

La presente *Lectio* pastoral, decantación de dieciocho años ejerciendo el ministerio de la predicación y la docencia catequístico-teológica en variadas formas, induce y propicia un talante místico para la vida cristiana. Al estilo de la contemplación ignaciana, evocando cuestiones afines y pertinentes al texto bíblico, después de numerosos ejercicios de *Lectio*, la gran mayoría de las temáticas

significativas para el hombre y la mujer de fe, culturalmente situados, acaban siendo de algún modo abordados y, en cierto modo, acrisoladas en el núcleo decisivo de su vida teologal.

Con esta primera ficha, invito a familiarizarse con el método que utilizaremos en *Lectio pastoral y sabiduría creyente*, leyendo la "Introducción" (TCE III, 21-24), el "Índice" con los versículos bíblicos que iremos progresivamente desmenuzando (TCE III, 3-4), y contextualizando el libro en el conjunto de la obra ("Sinopsis de la Trilogía", TCE III, 16-19).

3.1. (I) Lectio pastoral: la promesa del Adviento

Comenzamos con la *Lectio* pastoral del tiempo de Adviento. En fichas posteriores nos adentraremos en la Navidad, Cuaresma, Semana Santa, Pascua y Tiempo ordinario.

La metodología para peregrinar será muy sencilla: seguiremos el texto base del libro *Lectio pastoral y sabiduría creyente*, en el presente caso el correspondiente para el Adviento (TCE III, 25-44). Allí encontraremos, semana por semana, (1) un versículo diario de referencia, (2) una sencilla meditación bíblico-sapiencial, un poco más extensa para los días domingos, y (3) una o dos preguntas finales para su más eficaz internalización.

Si bien recomiendo seguir el orden indicado por las mismas fichas, a fin de no dejar de lado cuestiones humanas relevantes y significativas, quedan ustedes en libertad de seguir la lectio de acuerdo a un itinerario más libre y personalizado, según los intereses propios de cada uno/a, o de las personas que compartan este itinerario humano-teologal.

3.1. (II) Lectio pastoral: el misterio de la Navidad

Después de haber contemplado versículos bíblicos de la liturgia de Adviento, nos adentramos en los textos del tiempo de Navidad: "Hoy les ha nacido un Salvador" (*Lc 2,11*); porque "la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" (*Jn 1,14*). Seguiremos *TCE III*, 45-58.

No hay mucho más para decir: la Navidad es un tiempo celebrativo particularmente abierto a la contemplación creyente: "María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón" (*Lc 2,19*). La idea de esta *Lectio* navideña es seguir interiorizando la Palabra hecha carne en nuestra interioridad creyente, de modo que vaya impregnando cada vez más nuestra vida: para que nosotros/as mismo/as como Iglesia pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu, podamos seguir prolongando en el tiempo y en el espacio la encarnación del Hijo de Dios.

3.1. (III) Lectio pastoral: la conversión cuaresmal del corazón

Seguimos recorriendo el año litúrgico en clave de peregrinación creyente. El itinerario virtual que se inició con un trayecto histórico (Libro I) y contextual (Libro II), que atravesó imaginarios artístico-culturales (III) y en la misma vida pastoral devino peregrinación creyente (IV), adquiere ahora rasgos netamente místico-espirituales, a partir de versículos bíblicos selectos, saboreados e interiorizados en la vida creyente con la ayuda de pocas palabras bien elegidas, y preguntas finales adecuadas "para sacar provecho" (Ignacio de Loyola).

En las fichas precedentes hemos recorrido el tiempo de Adviento y Navidad, y ahora corresponde ingresar en la Cuaresma (ver *TCE* III, 59-120), que es un espacio propicio para renovar nuestra conversión a Dios, recrear y fortalecer nuestros vínculos, descentrándonos en el servicio esforzado y generoso a los demás. En función de esto, la Cuaresma promueve un mayor dominio de nuestros impulsos y apetencias, para que adquiramos una mirada del mundo más libre y teologal. En última instancia, desde nuestro deseo más profundo de Dios.

3.1. (IV) Lectio pastoral: la Semana Santa, camino hacia la Pascua

Continuamos con la *Lectio* pastoral, en este caso, con los textos de Semana Santa (ver *TCE* III, 121-132). En esta peregrinación por el Año Litúrgico, que combina la lectura orante de la Sagrada Escritura con una reflexión sapiencial de la vida, nos concentramos en el espacio celebrativo que comporta mayor densidad teologal: el decisivo itinerario de Nuestro Señor Jesucristo hacia la Cruz como contrapartida y antesala de su gloriosa Resurrección y Ascensión. Se trata del nodo pascual y salvífico de nuestra experiencia y vivencia cristiana.

Comenzaremos con el Domingo de Ramos y una sinopsis general de la Semana Santa, para luego ir recorriendo versículos diarios, peculiarmente significativos en el marco litúrgico-celebrativo que consideramos, y terminar con el silencioso descenso *ad inferos* [=a las regiones inferiores] de Jesús, que yace en el sepulcro, en el Sábado Santo.

Por las características de esta Semana, los textos irán cobrando cada vez más un tono decididamente contemplativo. Nos irán invitando al silencio introspectivo y orante: en sentido ignaciano, a la "aplicación de sentidos" espirituales (ver, oír, mirar, gustar, tocar, etc.). En cierto modo, hasta quedarnos sin Palabra...

3.1. (V) Lectio pastoral: resurrección Pascual y vida nueva

De la Cuaresma y Semana Santa pasamos a la Octava y Tiempo pascual (ver *TCE* III, 133-193). La liturgia anuda celebrativamente el misterio central de nuestra fe. En la Pascua se ilumina el sentido último de nuestra condición de hijos e hijas de Dios. Estamos llamados a una vida nueva, a peregrinar esperanzadamente en medio de las vicisitudes de cada día. Lo que parecía no ser sino muerte, acaba ofreciendo vida en plenitud.

Lo que acontece con Jesucristo, el primogénito de entre muchos hermanos, está llamado a ocurrir también con nosotros, y con las situaciones que por momentos nos entristecen y agobian. Fuimos redimidos en esperanza, y esta es la Buena Noticia que los discípulos misioneros anunciamos. El tiempo pascual nos permitirá interiorizar en nuestra vida concreta estas convicciones...

3.1. (VI) Lectio pastoral: solemnidades y fiestas del Tiempo Ordinario

Poco a poco, la *Lectio* pastoral va integrando nuestro caminar como peregrinos. La vida teologal va unificando nuestra vida, confiriéndole hondura y trascendencia. Mojones importantes son los tiempos fuertes que ya hemos ido recorriendo: Adviento y Navidad,

Cuaresma y Pascua. Todos ellos se vinculan con experiencias decisivas de nuestra peregrinación humana: tocan sentimientos, anhelos y vivencias muy importantes.

De modo análogo, también las Solemnidades y Fiestas que jalonan el Tiempo litúrgico ordinario (ver *TCE* III, 195-217). El sentido festivo, asociado a la emotividad lúdica y gratuita, contribuye a una más significativa integración de nuestra condición de hijos e hijas de Dios, miembros vivos de Cristo y templos del Espíritu. De un modo particular, cuando estas celebraciones se asocian a un santuario, templo o peregrinación. Entonces, todo nuestro ser va adquiriendo un tono agradecido [=Eucaristía], esperando nuestro horizonte vital en gratuidad [=Caridad].

3.1. (VII) Lectio pastoral: consagrar la vida cotidiana en el Tiempo Ordinario

Vamos llegando al último eslabón de este curso / viaje / peregrinación virtual en general, y de la Lectio pastoral en particular, considerando aquí los textos del Tiempo Ordinario (ver *TCE* III, 219-419). El mismo asume, purifica y trasciende la cotidianidad de la vida, con su variada gama de experiencias y observaciones. Las treinta y cuatro semanas que lo conforman, distribuidas en dos ciclos (par e impar), parecerían avanzar muy de a poco. Pero esto mismo nos permite decantar la hondura del día a día. El camino madura lentamente, pero como el grano de mostaza, progresivamente irá desplegando y mostrando sus frutos en la internalización fructuosa de la Palabra rumiada e interiorizada.

Por sus características, dedicaremos a esta ficha un tiempo mayor al habitual. Debido a que en la misma se concentra la mayor

cantidad de textos bíblicos propuestos, meditados y comentados a lo largo de nuestro itinerario, sugiero ir considerando cuál/es de todos ellos resultan más movilizadores para cada uno/a de ustedes, ya que en la próxima ficha propondré un trabajo recapitulador.

3.1. Lectio pastoral y sabiduría creyente (RECAPITULACIÓN)

Del mismo modo que lo hicimos al concluir cada uno de los cinco libros de esta Trilogía, también en esta oportunidad recapitularemos el trayecto recorrido por medio de un sencillo TP. En este caso, se tratará de elegir y comentar en forma de "*lectio* pastoral" un texto bíblico que permita iluminar la iniciativa pastoral trabajada en el TP 4 (Libro IV^o). El mismo quedará en línea de continuidad con la expresión artístico-cultural elegida en el TP 3 (Libro III^o) para efectivizar la transformación del imaginario simbólico, y se responderá propositivamente al contexto socio-cultural abordado en el TP 2 (Libro II^o). También se establecerá un puente con el artículo de fe asumido y comentado en el TP 1 (Libro I^o).

De este modo, los cinco TP's formarán una significativa unidad recapituladora del itinerario-peregrinación virtual realizado a lo largo de toda la Trilogía. No obstante, en la próxima y última ficha nos abocaremos a un creativo Epílogo...

3.2. EPÍLOGO: "Peregrinando al Santuario"

El recorrido por la Trilogía "TEOLOGÍA DEL CAMBIO DE ÉPOCA" procuró ser, como puede serlo la misma vida de los

hombres y mujeres, una peregrinación teologal: desde la historia humana hacia el Santuario trinitario de Dios por medio de Jesucristo.

Lo que digo queda puesto de manifiesto en el pequeño librito que obra de EPÍLOGO para toda mi TRILOGÍA, generosamente prologado por el Arzobispo de Buenos Aires, Cardenal Jorge M. Bergoglio sj. A mi modo de ver, *Peregrinando al Santuario* compendia mis principales intuiciones en referencia a la “teología del cambio de época”, y viene equipado con algunas consideraciones y propuestas metodológicas para una ulterior profundización teológico-teologal-pastoral.